IMMANUEL WALLERSTEIN

IV



EL MODERNO SISTEMA MUNDIAL

El triunfo del liberalismo centrista, 1789-1914

XXI



Underwood y Underwood, *El arresto de la señora Pankhurst.* La señora Emmeline Pankhurst era líder de las sufragistas británicas. Aunque en su tiempo fue muy criticada por sus tácticas militantes, se le reconoce ahora un papel fundamental en la obtención del voto femenino en Gran Bretaña. La fotografía se tomó el 2 de junio de 1914, cuando Pankhurst se dirigía al parlamento a presentar una petición. Fue publicada por el *New York World-Telegram & Sun.* (Cortesía de la División de Grabados y Fotografías de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

EL MODERNO SISTEMA MUNDIAL

VOL. IV

El liberalismo centrista triunfante, 1789-1914

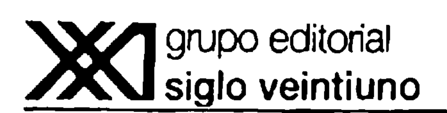
por

IMMANUEL WALLERSTEIN

traducción de

VICTORIA SCHUSSHEIM





siglo xxi editores, méxico
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS.
04310 MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina
GUATEMALA 4824, C 1425 BUP
BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

salto de página
ALMAGRO 38, 28010
MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

biblioteca nueva
ALMAGRO 38, 28010
MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

anthropos
DIPUTACIÓN 266, BAJOS,
08007 BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

HC51
W3518
2011 Wallerstein, Immanuel Maurice
El moderno sistema mundial / por Immanuel Wallerstein ; traducción de Victoria Schussheim . — 1ª ed. — México : Siglo XXI, 2014
4 volúmenes. — (Historia)

Traducción de: The modern world system
Contenido: v. 1. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI. – v. 2. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750. – v. 3. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850. – v. 4. El liberalismo centrista triunfante, 1789-1914

ISBN: 978-607-03-0568-9 (vol. 4)

1. Historia económica – 1600-1750. 2. Europa – Condiciones económicas – Siglo XVII. 3. Sistema mercantil – Historia. I. Schussheim, Victoria, traductor. II. t. III. ser

primera edición en español, 2014

isbn 978-607-03-0333-3 (obra completa)
isbn 978-607-03-0568-9 (volumen 4)

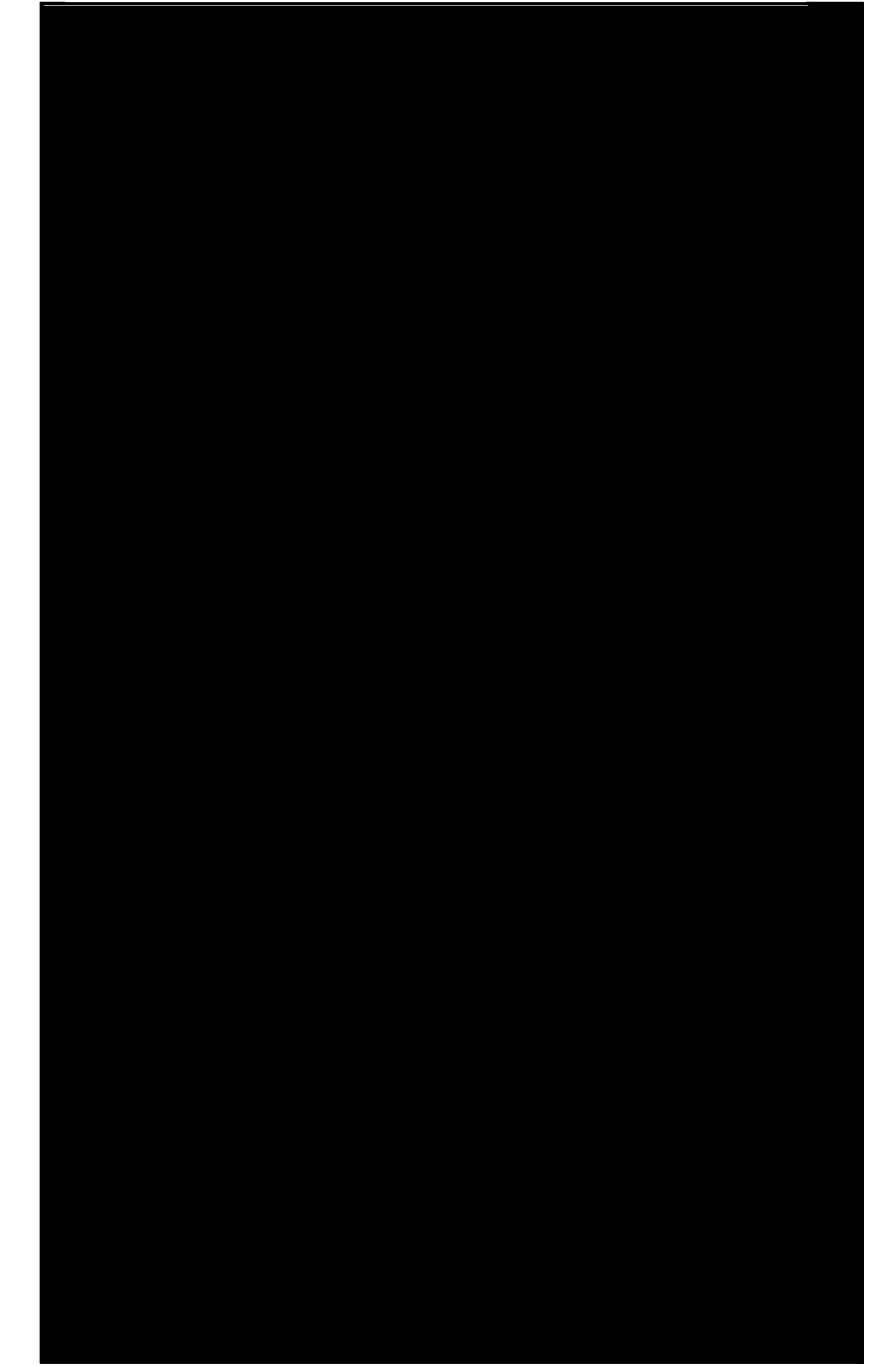
primera edición en inglés, 2011

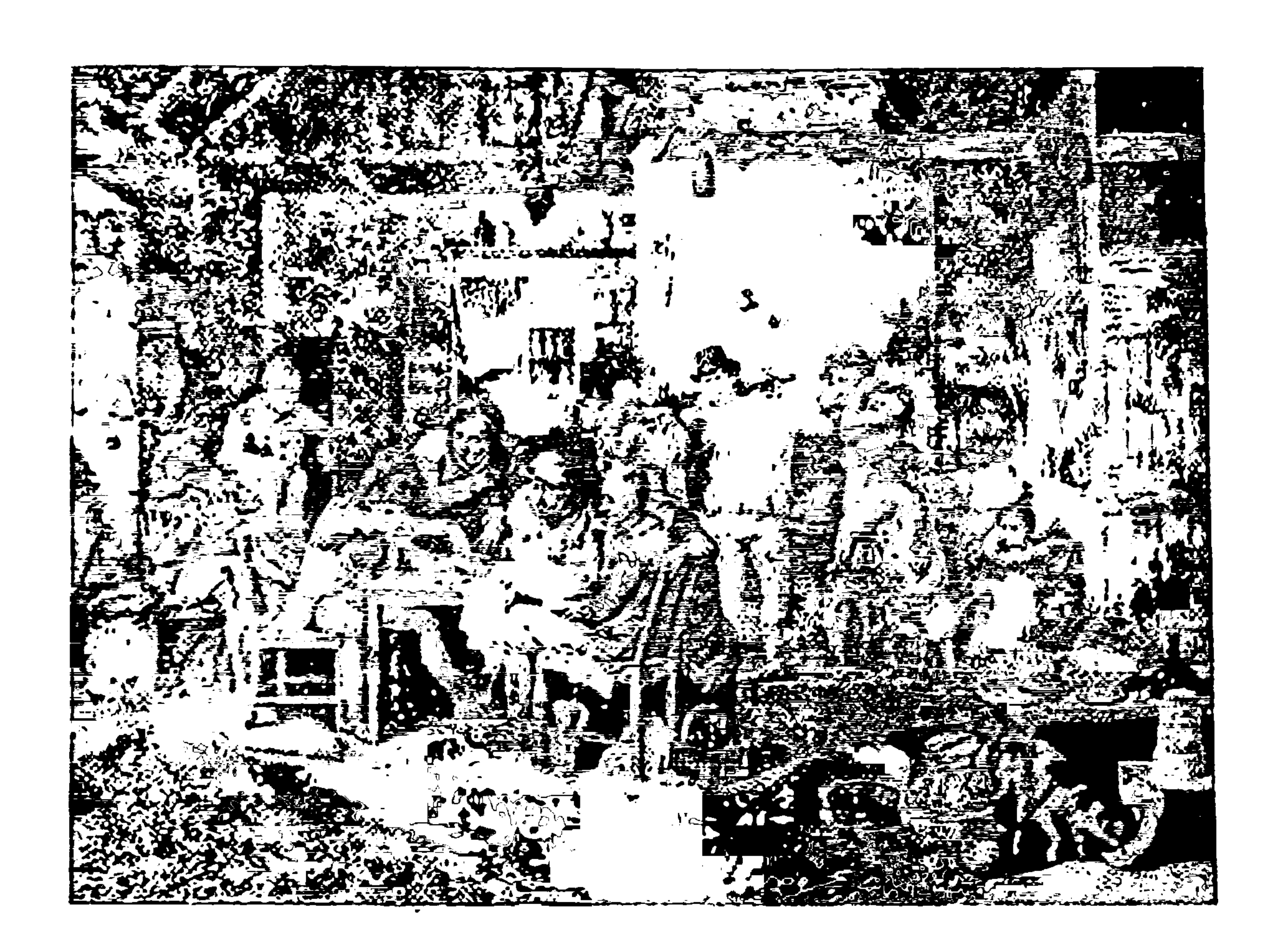
título original: *the modern world-system, iv. central liberalism triumphant, 1789-1914*

impreso en ingramex, s.a. de c.v.
centeno 162-1
col. granjas esmeralda
09810 méxico, d.f.



En recuerdo y homenaje a Giovanni Arrighi





David Wilkie/Abraham Raimbach, *Village Politicians.* Esta pintura del pintor escocés de género David Wilkie fue el éxito de la exhibición de la Royal Academy en 1806 y motivo de su reputación. Más tarde Wilkie entró en colaboración con Raimbach para hacer grabados de sus cuadros y asegurar una distribución más amplia. El primer grabado fue éste realizado en 1813. La importancia de la obra fue ejemplo de cómo el debate político se había convertido en una actividad local de la población y ya no se limitaba a los estratos superiores. (Cortesía de la División de Grabados y Fotografías de la Biblioteca del Congreso, E.U.)

PREFACIO: ESCRIBIR SOBRE EL MODERNO SISTEMA-MUNDO

Éste es el cuarto volumen de una serie, el primero de los cuales apareció en 1974. La obra en su conjunto se concibió como un análisis en varios volúmenes del desarrollo histórico y estructural del moderno sistema-mundo. Cada volumen estaba destinado a poder ser leído por sí mismo pero también, al mismo tiempo, para ser parte de la obra mayor. Esto les plantea ciertos problemas tanto al autor como al lector. Creo que a este último le resultaría útil que detallase cómo les he hecho frente a estas dificultades, no todas las cuales me resultaban aparentes cuando empecé. Lo hago con la esperanza de que mis intenciones y métodos le resulten más claros.

Cada volumen, y cada capítulo dentro de un volumen, versa sobre un tema y, por lo tanto, trata de establecer algo. Todo el libro es, simultáneamente, histórico/diacrónico y estructural/analítico/teórico. Esto está de acuerdo con mi premisa epistemológica de que la muy presumida distinción entre las epistemologías idiográfica y nomotética está pasada de moda, es espuria y nociva para un análisis sólido. La realidad social es siempre y necesariamente tanto histórica (en el sentido de que la realidad cambia inevitablemente a cada nanosegundo) como estructural (en el sentido de que la acción social está regida por restricciones que se derivan del sistema social histórico dentro del cual tiene lugar la actividad que se describe).

No obstante, si se trata de describir la realidad a lo largo de un gran espacio y un tiempo prolongado (digamos, el moderno sistema-mundo en su conjunto desde sus inicios en el largo siglo XVI [1450-1640] hasta hoy y hasta mañana), se topa uno con la elemental dificultad de que no es posible hacerlo todo al mismo tiempo. De manera que decidí ir llevando la historia más o menos cronológicamente, introduciendo aspectos estructurales del moderno sistema-mundo cuando se produjeron por primera vez o cuando se volvieron evidentes de manera significativa. Para mí no tenía sentido discutir, en un volumen dedicado en gran medida al largo siglo XVI, cuestiones estructurales que sólo se volvieron notorias en el siglo XIX.

Pero, asimismo, no parecía útil discutir, en un volumen dedicado en

gran medida al siglo XIX, asuntos estructurales que habían sido analizados ya en el primer volumen y cuyas características no habían cambiado de manera significativa en los siglos transcurridos. Sin embargo, como mis opiniones acerca de cuándo se produjo inicialmente un fenómeno tal como la "industrialización" son un poco diferentes de las que sostienen muchos otros analistas, es posible que los lectores no lo ubiquen en el volumen en el que esperan que se lo comente. A medida que avanzaba he procurado poner en claro la lógica de mis decisiones.

Permítanme empezar entonces diciendo cómo decidí manejar la cronología. Cuando redacté el volumen I dije en la introducción que dividiría al trabajo íntegro en cuatro épocas, de las cuales di fechas específicas. El volumen I procuraba cubrir el largo siglo XVI, definido como el periodo que va desde 1450 hasta 1640. No obstante, cuando empecé a escribir el volumen II, me di cuenta de inmediato de que la historia que quería contar no empezaba en 1640 sino más bien en 1600 y se extendía aproximadamente hasta 1750. Puse esos años en el subtítulo. Había adoptado, deliberadamente, el concepto de periodos largos que se traslapan, concepto que proseguí en los volúmenes III y IV. Pero esto, desde luego, significaba que no podía llegar al presente en tan sólo cuatro volúmenes, como pensaba en 1974.

El concepto de periodos temporales traslapados resultó ser esencial para mis análisis. Porque los límites temporales, desde luego, son bastante arbitrarios y sólo pueden justificarse en términos de la cuestión inmediata que se esté tratando. Puede pensarse que la historia de la hegemonía holandesa en la economía-mundo (capítulo 2 del volumen II) se inició en 1600 (o hasta antes) pero definitivamente no había concluido en 1640 y no constituye de hecho parte de la historia del largo siglo XVI. Le correspondía estar en el volumen II, dedicado a la consolidación de la economía-mundo europea en el siglo XVII... también más o menos.

Además, esto plantea el interrogante de cuándo hay que tratar de introducir nociones estructurales en el texto. En el siglo XVI no existía, al menos en mi opinión, ninguna potencia hegemónica. Por consiguiente, introducir el concepto en el volumen I hubiera estado fuera de lugar. Los holandeses fueron la primera potencia hegemónica del moderno sistema-mundo. También es cierto que no fueron la última. Pero el concepto de hegemonía no se discutió en el contexto en el que Gran Bretaña asumió ese papel, ni volverá a comentarse en la de la asunción del mismo por parte de Estados Unidos. El concepto,

como tal, una vez analizado se dio por sentado, y cuando resultó apropiado se hizo referencia a él sin revisar su lógica. El debate teórico ya se había llevado a cabo.

Asimismo, la cronología de cada capítulo sigue su propia lógica interna, con la única condición de que permanezca hasta cierto punto dentro de los parámetros de los límites cronológicos del volumen. Un buen ejemplo de ello se encuentra en el volumen III. Mientras que el volumen en su conjunto concluye presumiblemente en la década de 1840, el capítulo 3, sobre la incorporación, llega hasta 1850 (de acuerdo con su título) y, de hecho, va un poco más allá. Por otro lado, el capítulo 4, sobre la descolonización de América, abarca desde 1763 hasta 1833.

Como no puedo dar por supuesto que el lector de este volumen haya leído los tres anteriores, creo que sería útil resumir la narración diacrónica/teórica que he contado hasta ahora. Si quienes lean este volumen tienen la sensación de que no he logrado analizar algo que en su opinión tendría que haber sido incluido en él, tal vez descubran que es algo que ya he tratado extensamente antes. Por ejemplo, la mayoría de los libros dedicados al siglo XIX discutirán —largamente, de hecho— la denominada Revolución industrial. Yo me ocupé de ella como capítulo 1 del volumen III y no veo sentido en repetirlo en el volumen IV, sobre todo porque quiero contar una historia diferente sobre el siglo XIX.

Así que permítanme comenzar sintetizando lo que es en mi opinión el argumento general de cada uno de los volúmenes sucesivos. El I, que según lo definí cubre el largo siglo XVI, es la historia de la creación del moderno sistema-mundo y de la creación de algunas de sus instituciones económicas y políticas básicas. El volumen II es la historia, no de la refeudalización sino de la consolidación de la economía-mundo europea en un periodo que va de 1600 a 1750; procura explicar cómo respondieron los capitalistas de diferentes zonas de la economía-mundo al fenómeno del crecimiento lento global. El volumen III, que por definición abarca de 1730 hasta el decenio de 1840, es la historia de la expansión renovada —tanto económica como geográfica— de la economía-mundo capitalista. El volumen IV, que para mí va desde 1789 hasta 1873/1914, se dedica a la creación (y sólo en ese último punto) de una geocultura para el moderno sistema-mundo, una geocultura en gran medida configurada en torno a lo que llamo liberalismo centrista y dominada por él.

He mencionado que los diversos capítulos demuestran puntos teóricos sucesivos. En el volumen I discutía, en el capítulo 1, por qué y cómo el moderno sistema-mundo emergió del preludio medieval. Más tarde me pareció que este capítulo era inadecuado para el tema, y amplié considerablemente el argumento en un ensayo que se publicó inicialmente en 1992.[1] El capítulo clave del volumen I es el 2, en el cual bosquejo el concepto de una división axial del trabajo que lleva a la construcción de diferentes zonas en la economía-mundo: el centro, la periferia y la semiperiferia (este último es un concepto que agregué a la distinción centro/periferia que había planteado Raúl Prebisch). También sostuve que se trataba de la construcción de una economía-mundo capitalista, la forma que adoptó el moderno sistema-mundo, y que inicialmente este capitalismo se erigió en el escenario agrícola, con diferentes modos de control de la mano de obra para diferentes zonas de la economía-mundo.

El capítulo 3 analizaba la creación de los estados dentro del moderno sistema-mundo y el papel desempeñado en ello por las monarquías absolutas del siglo XVI. El capítulo 4 profundizaba en la distinción entre una economía-mundo y un imperio-mundo, y en por qué fracasó el intento de Carlos V de crear un imperio-mundo. El capítulo 5 observaba las zonas centrales de la naciente economía-mundo y analizaba por qué se establecieron allí estructuras estatales fuertes, así como el papel que desempeñó la clase en ese proceso. El capítulo 6 se ocupaba de las zonas periféricas y analizaba por qué sus estructuras estatales eran débiles. Además, ahondaba en la distinción entre las zonas periféricas dentro de la economía-mundo y los escenarios externos, es decir los que permanecieron fuera de la división axial del trabajo de la economía-mundo capitalista.

El volumen I planteó el argumento básico de la obra en su conjunto, y concluyó con un repaso que sintetizaba y conceptualizaba las transformaciones empíricas concretas descritas en el resto del volumen. Durante el largo siglo XVI, y en realidad durante un tiempo más, la economía-mundo capitalista existió sólo en una parte del globo: esencialmente en Europa occidental y algunos lugares de América. El resto del planeta todavía no formaba parte de este sistema históri-

[1] "The West, capitalism, and the modern world-system", *Review* 15, núm. 4, otoño de 1992: 561-619; reproducido en Timothy Brook y Gregory Blue (eds.), *China and Historical Capitalism: Genealogies of Sinological Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 10-56.

co social y, por lo tanto, no estaba sujeto a sus reglas y restricciones.

Si el volumen I iba en contra del argumento usual de que no existía nada que pudiésemos llamar "moderno" ni "capitalista" antes de finales del siglo XVIII, debatía también con la posición de aquellos que afirmaban que hubo un inicio de capitalismo en el siglo XVI pero que el capitalismo tuvo un gran retroceso en el XVII. Véase la amplísima bibliografía respecto a la "crisis del siglo XVII". Yo me ocupé de estos trabajos en la introducción y en el capítulo 1 del volumen II. Quería sostener que la presunta crisis no era para nada un retroceso sino una fase B normal (o mengua) de la economía-mundo, la cual más que trastocar el desarrollo capitalista lo impulsó.

El capítulo 2 se ocupaba, como ya señalamos, de la hegemonía holandesa y de los patrones generales que explican por qué y cómo un país llega a ser hegemónico... durante un tiempo. El capítulo 3 analizaba lo que ocurre cuando una potencia hegemónica comienza a declinar. Se ocupaba empíricamente de las aspiraciones inglesas y francesas por ser el Estado sucesor. En el capítulo 4 se discutía cómo manejan las zonas periféricas una fase B y por qué "volverse hacia adentro" no es anticapitalista sino una forma de supervivencia. El capítulo 5 es la primera discusión seria de las características de una semiperiferia; el papel que las semiperiferias desempeñan en la vida del moderno sistema-mundo, y la distinción entre las que están en "ascenso" y las que están en "declinación". El capítulo 6 se ocupaba de la perdurable rivalidad franco-británica en el periodo en el que ya no hubo un papel político significativo para los holandeses. Describía la ventaja que pudo obtener Gran Bretaña y por qué la misma fue resultado, no de estructuras económicas más avanzadas (que es el argumento habitual) sino del hecho de que el Estado británico, por diversas razones, era más *fuerte* que el Estado francés (en oposición a lo que suele afirmarse).

Si la época de finales del siglo XVIII y principios del XIX se reconoce generalmente como un periodo de expansión económica y geográfica de la economía-mundo capitalista, suele darse el crédito de ello a algo denominado la "Revolución industrial", y con frecuencia algo llamado la "primera revolución industrial" que presumiblemente tuvo lugar en Inglaterra. Desde el punto de vista analítico me pareció que esta concepción era débil por dos razones. Una es que no hubo, no pudo haber "revoluciones industriales" separadas en países diferentes. Si en efecto existió esa revolución, tuvo que ser un fenómeno de

la economía-mundo capitalista como un todo. Y, segundo, aunque lo que ocurrió en ese periodo reflejaba en efecto una cresta ascendente de la mecanización y de la producción de valor mundial, la misma no fue más significativa que varias otras crestas previas y posteriores. Eso es lo que pretendía demostrar el capítulo 1 del volumen III.

El capítulo 2 se ocupa de la historia de la Revolución francesa. La voluminosa bibliografía respecto a este "acontecimiento" se divide en la actualidad entre los seguidores de la interpretación social (o clásica) que tan destacada ha sido durante largo tiempo, y los de la interpretación liberal (o revisionista) que adquirió tanta fuerza en el último tercio del siglo XX. Mi afirmación es que las dos interpretaciones son erróneas, ya que ambas centraron su atención en fenómenos que se consideraban internos de Francia y en los tipos de cambios que se produjeron en el Estado y en las estructuras económicas francesas. El argumento de este capítulo era que la Revolución francesa fue parte de, o consecuencia de, la última fase de la lucha franco-británica por la sucesión hegemónica —que fue ganada, desde luego, por Gran Bretaña— y que los cambios internos de Francia a resultas de la Revolución fueron mucho menos fundamentales de lo que suele afirmarse.

Uno de los resultados de esta lucha franco-británica fue la segunda gran expansión geográfica de la economía-mundo capitalista, en la cual cuatro grandes zonas fueron incorporadas a la división axial del trabajo: Rusia, el imperio otomano, el subcontinente indio y África occidental. El argumento clave se refiere a lo que ocurre con una zona que ha estado previamente en el escenario externo cuando es incorporada como zona periférica de la economía-mundo capitalista. Las transformaciones de las estructuras tanto políticas como económicas en las cuatro zonas, a partir de estructuras existentes muy diferentes previas a la incorporación, parece haberlas llevado a las cuatro a tener estructuras más o menos similares como consecuencia de esa incorporación.

Por último, el capítulo 4 se ocupaba, por primera vez, del concepto de la descolonización formal: por qué se produce y por qué está vinculada con la aparición de una nueva potencia hegemónica. Pero yo sostuve asimismo que la descolonización de América fue de "pobladores", y no la reanudación, por parte de los pueblos indígenas, del control de su propia vida. La única excepción fue Haití, y allí traté de demostrar por qué y cómo Haití fue aislado y en gran medida destrui-

do económicamente, precisamente porque *no* fue una descolonización de pobladores.

Cuando llegué al volumen IV, que había planeado fuese la historia del "largo" siglo XIX, me enfrenté con dos problemas. A medida que avanzamos cronológicamente la geografía del sistema-mundo se ensancha, lo que aumenta la cantidad de material que debe tomarse en consideración. Pero el volumen de bibliografía especializada, incluso con respecto a un solo país, se ha expandido por lo menos aritméticamente, y es probable que geométricamente. Esto plantea un verdadero problema de tiempo de lectura y de dificultades de síntesis. Tal vez ésta sea mi débil excusa por haber tardado tanto en terminar el volumen IV. (La otra parte de la excusa es que, a medida que pasaba el tiempo, me fui involucrando más en muchas otras actividades intelectuales que competían con el tiempo de que disponía para redactar el volumen IV.)

El segundo problema fue decidir cuál sería el tema central de este volumen. En vista de mis análisis previos, no podía ser la Revolución industrial; tampoco la creación de un sistema capitalista, ya que creía yo que esto había sucedido antes. Asimismo, no podían ser las grandes revoluciones democráticas, ya fuesen al estilo francés o al estadunidense, puesto que pensaba que el papel de ambos tipos de revoluciones era muy diferente del que por lo general se les atribuye. Decidí que el acontecimiento clave tenía que ubicarse en las consecuencias culturales de la Revolución francesa para el moderno sistema-mundo como un todo. Lo concebí como la creación de una geocultura para el sistema-mundo, es decir, un conjunto de ideas, valores y normas que fue ampliamente aceptado en todo el sistema y que a partir de entonces restringió la acción social.

Como verá el lector, considero que la Revolución francesa había legitimado el concepto de la normalidad del cambio político y de la idea de que la soberanía no yacía en el soberano sino en el pueblo. Las consecuencias de este par de creencias eran múltiples. La primera fue la creación, como reacción a estos conceptos recién difundidos, de las tres ideologías modernas: conservadurismo, liberalismo y radicalismo. El argumento del volumen en su conjunto es que el liberalismo centrista logró "domesticar" a las otras dos ideologías y emergió triunfante en el curso del ciclo. Esto adoptó luego la forma de privilegiar la creación de estados liberales, antes que nada en los dos estados más fuertes de la época, Gran Bretaña y Francia. Además tomó tam-

bién la forma de estimular la creación y de limitar el impacto de los principales tipos de movimientos antisistémicos (un concepto nuevo que se trata aquí). Es aquí donde me ocupo de los avances permitidos por el concepto de ciudadanía y de las ilusiones relativas al alcance de esas ventajas. Y, finalmente, tomó la forma de estimular y restringir la formación de las ciencias sociales históricas. Toda la narrativa va desde 1789 hasta 1914, o tal vez sería mejor decir que va desde 1789 hasta 1873/1914.

Me llevó cierto tiempo darme cuenta de que este énfasis implicaba que tres historias que quería narrar en este volumen deberían ser pospuestas hasta el volumen v. Eran la rebatinga por África y el ascenso de los movimientos de liberación nacional; la rivalidad económica y política entre Estados Unidos y Alemania por suceder a Gran Bretaña como potencia hegemónica y el triunfo, en última instancia, de Estados Unidos, y la incorporación del este de Asia, su periferización y su resurgimiento a finales del siglo xx.

Las tres historias tenían su inicio en algún punto a mediados del siglo xix. Pero no había manera de contarlas como si terminasen de alguna manera en 1914. La historia del siglo xix estaba vinculada íntegramente con su continuación en el siglo xx. El año 1914 no representó un punto de inflexión para ninguna de las tres *per se*. La parte esencial de cada historia se ubicaba en una amplia curva de ascenso y decadencia o decadencia y ascenso. De cualquier manera decidí que cada una de ellas era una historia del "largo" siglo xx, una historia del siglo estadunidense, no del siglo británico. Así que le ruego al lector sea indulgente y paciente.

Si el volumen v, como lo proyecto ahora (aunque esto puede cambiar al escribirlo) va desde 1873 hasta 1968/1989, tendrá que haber, si duro tanto, un volumen vi, cuyo tema será la crisis estructural de la economía-mundo capitalista, y cuyos parámetros irían de 1945/1968 hasta algún momento a mediados del siglo xxi... 2050, digamos. Y creo que entonces estaríamos en una situación totalmente nueva. El moderno sistema-mundo habrá visto su defunción definitiva, cediéndole su lugar a un sucesor o sucesores aún desconocidos, incognoscibles, y cuyas características no podemos por ahora delinear.

BOURGEOIS ET OUVRIERS



[illegible] Bourgeois. — Vous avez confisqué deux révolutions à votre profit seulement ! Nous recommencerons la besogne [illegible] pour que tout le monde y gagne [illegible] ! Vous appelez ça être exigeants, là franchement C'EST-Y JUSTE.

Victor Delaive, *Bourgois et ouvriers.* Este dibujo apareció en mayo de 1848 en plena revolución social en Francia. El obrero le dice al burgués que ha confiscado dos revoluciones previas (1789 y 1830) y que en esta ocasión "nosotros los trabajadores exigimos lo que nos corresponde. Es justo". (Cortesía de la Bibliothèque Nationale de France.)

1. EL LIBERALISMO CENTRISTA COMO IDEOLOGÍA

La Revolución francesa [...] es la sombra bajo la que vivió todo el siglo XIX.

GEORGE WATSON (1973: 45)

En 1815 la nueva realidad política más importante para Gran Bretaña, Francia y el sistema-mundo era el hecho de que, en el espíritu de los tiempos, el cambio político se había convertido en algo normal. "Con la Revolución francesa la reforma parlamentaria se volvió una doctrina, algo diferente de un expediente" (White, 1973: 73). Además, la sede de la soberanía se había trasladado en la mente de cada vez más personas desde el monarca o incluso la legislatura a algo mucho más elusivo, el "pueblo" (Billington, 1980: 160-166; también 57-71). Ésos fueron sin duda los principales legados geoculturales del periodo revolucionario napoleónico. En consecuencia, el problema político fundamental al que tenían que hacerle frente Gran Bretaña, Francia y el sistema-mundo en 1815, así como a partir de entonces, era cómo reconciliar las demandas de quienes insistían en incrementar el concepto de la soberanía popular ejerciendo la normalidad del cambio, con el deseo de los notables —tanto dentro de cada Estado como en el sistema-mundo en su conjunto— por mantenerse en el poder y garantizar que seguirían estando en condiciones de acumular capital interminablemente.

El nombre que damos a esos intentos por resolver lo que, *prima facie*, parece una brecha profunda y posiblemente insalvable de intereses en conflicto es *ideología*. Las ideologías no son simplemente maneras de ver el mundo. Son algo más que meros prejuicios y supuestos previos. Las ideologías son metaestrategias políticas y, como tales, sólo se las requiere en un mundo en el cual el cambio político se considere normal, y no aberrante. Precisamente así era el mundo en el que se había convertido la economía-mundo capitalista bajo el trastorno cultural del periodo revolucionario napoleónico. Fue precisamente ese mundo el que desarrolló las ideologías que durante los siglos XIX y XX

sirvieron lo mismo como manuales de la actividad política cotidiana que como credos que justificaban los compromisos mundanos de esa actividad.

¿Estuvo inspirada la Revolución francesa por la ideología liberal o fue más bien la negación de la ideología liberal? Éste fue un tema central del debate francés (y mundial) durante el bicentenario de 1989. Pero tal vez la cuestión no sea muy significativa, porque el liberalismo como ideología es en sí mismo una consecuencia de la Revolución francesa, y no una descripción de su cultura política.[1]

La primera reacción ideológica a la transformación de la geocultura debida a la Revolución francesa, sin embargo, no fue de hecho el liberalismo sino el conservadurismo. Burke y De Maistre escribieron inmediatamente sobre la revolución, al calor de los hechos, en libros que han seguido siendo fuentes de ideología conservadora hasta el día de hoy. Desde luego, los conceptos precedían a los términos. Parece que el término *conservador* hizo su primera aparición apenas en 1818,[2] y el sustantivo *liberal* probablemente fue usado por primera vez en 1810.[3]

[1] Véase en Kaplan (1993) la historia del debate francés con todos sus morbosos detalles. Este libro deja claro lo inconcluso que fue el debate, en gran medida porque la cuestión no puede plantearse en esos términos. O mejor dicho, la razón por la cual la cuestión se planteaba en estos términos era para confrontar las cuestiones políticas de finales del siglo XX, más que para aclarar la realidad histórica. Plantear la cuestión de esta manera vuelve imposible comprender el surgimiento y el papel histórico de la ideología liberal. En nuestro volumen anterior hemos analizado cómo comprender la Revolución francesa en términos de la evolución histórica del moderno sistema-mundo (Wallerstein, 1989: caps. 1, 2).

[2] Bénéton (1988: 6) hace remontar el término al periódico *Le Conservateur*, de Chateaubriand, y a su uso en Gran Bretaña como denominación partidista para un artículo de J. W. Crocker, escrito en 1830. El término "reacción" o "reaccionario" parece haber empezado a formar parte del vocabulario aún más tarde. Tudesq (1964, 2: 1028) sostiene que esos términos se volvieron comunes (*se vulgarisent*) apenas en 1848, pero en realidad esto no nos dice nada sobre la cuestión de su primer uso.

[3] Como adjetivo con connotaciones políticas, el término parece haber sido usado por primera vez durante los años del Directorio en Francia. Cruz Seoane (1968: 157) le atribuye el primer uso "probablemente" a Benjamin Constant en 1796, cuando habló de "ideas liberales". Brunot y Bruneau (1937, 2: 660-661) ubican el inicio de su carrera en el año VIII (1797-1798) como término opuesto a "sectario" y a "jacobino". Pero encuentra también su uso como verbo político (*se libéraliser*) en el *Ami des Patriotes*, en 1791.

Todos parecen coincidir en que el adjetivo se convirtió en sustantivo en Cádiz, en 1810-1811, cuando se lo aplicó a un grupo de las Cortes españolas. Un miembro de las Cortes, el conde de Toreno, unos sesenta años más tarde, escribe que el público describía a los "amigos de la reforma" como "los liberales" (citado por Marichal, 1955: 58).

La ideología conservadora ha estado profundamente vinculada con una misión de la Revolución francesa como ejemplo del tipo de cambio político deliberado que perturba la lenta evolución de las fuerzas sociales "naturales". Para los conservadores este proceso de perturbación tiene una larga y dudosa herencia:

La Revolución francesa no fue más que la culminación del proceso histórico de atomización que se remontaba al origen de doctrinas tales como el nominalismo, la disensión religiosa, el racionalismo científico y la destrucción de aquellos grupos, instituciones y certidumbres intelectuales que habían sido básicos en la Edad Media (Nisbet, 1952: 168-169).

De esta forma, la ideología conservadora era "reaccionaria" en el simple sentido de que era una reacción a la llegada de lo que consideramos la modernidad, y se planteaba el objetivo ya sea de revertir por entero la situación (en la versión dura) o de limitar el daño y detener lo más posible los cambios que se avecinaban (en la versión más sofisticada). Los conservadores creían que al imponer su esquema "racional", deductivo, del proceso político, los partidarios de la revolución (o de la reforma; para el dogma conservador no hay mayor diferencia) creaban confusión en la sabiduría de los tiempos y, por consiguiente, provocaban daño social.

Billington (1980: 554, n. 33) dice que esto llevó a la creación de un "partido liberal" en 1813 (véase también Cruz Seoane, 1968: 158). A Marichal le resulta irónico que "España, el país menos 'burgués' de Europa occidental, acuñara el término temático de la burguesía europea del siglo XIX" (155: 60). Pero no es para nada irónico: en 1810 los liberales españoles estaban en medio de una lucha tempestuosa, y la claridad ideológica les servía como un punto de reunión política.

Manning (1976: 9) afirma que "las implicaciones originales del término liberal, igual que las del término imperialista, eran en su mayor parte despectivas". Pero esto no queda nada claro a partir de la descripción de las Cortes. Tal vez en lo que esté pensando es en el discurso que pronunció lord Castlereagh en el parlamento el 15 de febrero de 1816, en el cual dijo que el partido español, aunque militarmente antifrancés, "era políticamente un partido francés de la peor clase posible. Habían declarado que no admitirían el derecho de Fernando al trono a menos que pusiese su sello en los principios que exponían, entre otros, el de que la soberanía residía en el pueblo. Los 'liberales' eran en principio un partido perfectamente jacobino" (*Parl. Deb.*, xxxvii: 602, citado en Halévy, 1949a: 82, n. 3). Obviamente Fernando estaba de acuerdo, ya que ese mismo año prohibió el uso del término (véase Marichal, 1955: 60). Entró en el uso político francés y británico en 1819 (véanse Bertier de Sauvigny, 1970: 155; Halévy, 1949a: 81, n. 3), pero habría de pasar otro cuarto de siglo antes de que los *whigs* se rebautizaran como Partido Liberal.

El conservadurismo, igual que todas las ideologías, fue antes que nada un programa político. Los conservadores sabían perfectamente bien que tenían que aferrarse o reconquistar el poder del Estado, que las instituciones del Estado eran el instrumento clave requerido para alcanzar sus objetivos. Cuando en 1815 las fuerzas conservadoras regresaron al poder en Francia, bautizaron el acontecimiento como una "restauración". Pero, como veremos, las cosas no volvieron realmente al *statu quo ante*. Luis XVIII tuvo que conceder una "Carta", y cuando Carlos X trató de instalar una verdadera reacción, fue expulsado del poder y en su lugar se colocó a Luis Felipe, quien asumió el título mucho más moderno de "rey de los franceses".[4]

Para los conservadores la solución ideal hubiese sido la desaparición total de los movimientos que reflejaban impulsos liberales. Fuera de eso —que no ocurrió en 1815 y que llegó a reconocerse como utópico después de 1848— la mejor solución era convencer a los legisladores de la necesidad de ejercer la máxima prudencia al emprender cualquier cambio político de significación. La perdurable fuerza política del conservadurismo se encontraría en la desconfianza popular que las múltiples desilusiones ante las reformas inspirarían una y otra vez en el "pueblo soberano". Por otra parte, la gran debilidad del conservadurismo siempre ha sido que era esencialmente una doctrina negativa. "[La doctrina conservadora] nació en reacción a la Revolución francesa [...] Por ello, nació contrarrevolucionaria."[5] Y la contrarrevo-

[4] La carta concedida por Luis XVIII resultó políticamente crucial para su "restauración". En su declaración en St.-Ouen el futuro rey anunció que estaba dispuesto a "adoptar una constitución liberal", que designó como una "carta". Bastid observa que "el término carta, cuyos significados en tiempos previos habían sido múltiples y variados, hacía recordar más que otra cosa las libertades comunales". Añade que, "para quienes tenían una inclinación liberal evocaba de manera natural la Magna Carta inglesa de 1215". Según Bastid, "Luis XVIII jamás hubiese sido capaz de ganarse la aceptación pública de no haber satisfecho de alguna manera las aspiraciones de libertad". Cuando en 1830 Luis Felipe, a su vez, también proclamó una carta, en esta ocasión tuvo que ser una a la que se "consintiese" (*consentie*), más que una "concedida" (*octroyée*) por el rey.

[5] Bénéton (1988: 9), que continúa: "La esencia del conservadurismo sigue siendo una crítica antimodernista por fidelidad a sus tradicionales convicciones, y su destino es la impotencia para impedir la eliminación progresista del orden tradicional [...] Los conservadores apelan a la historia pero de una manera que hace que la historia nos desmienta" (p. 10). Gash hace el mismo señalamiento: [El conservadurismo] nació de la reacción; parte del mecanismo defensivo que puede remontarse a la época de la Revolución francesa que se inició en 1789" (1977: 21). En consecuencia, siempre vería limitada su capacidad de construir propuestas proactivas y, eventualmente, se encontraría restringido, como veremos, a convertirse en una variante del liberalismo reformista.

lución ha sido en general menos popular todavía en los siglos XIX y XX que la revolución; es un membrete que ha pesado como piedra de molino para los conservadores.

Éstos, no obstante, sentían que tenían una posición inatacable. La mayor objeción de los conservadores a la Revolución francesa era la creencia de sus seguidores y teóricos de que todo era posible y legítimo por medio de la política. Los conservadores pugnaban, en cambio, por una concepción orgánica de la sociedad, y por la "radical inadecuación de lo político como definición última del hombre".[6] Apoyaban al Estado en la medida en que encarnaba la autoridad, pero sospechaban del Estado central en la medida en que podía legislar. La consecuencia fue una inclinación por el localismo, en parte porque los notables tenían mayor fuerza en los niveles locales, y en parte porque, inherentemente, en ese nivel podía legislarse menos.[7] Desde luego, este sesgo antipolítico no era universal entre los "contrarrevolucionarios", era meramente dominante. Henry Kissinger hace una distinción muy convincente entre el conservadurismo burkeano (que

[6] White (1950: 4). Véase también Quintin Hogg: "Los conservadores no creen que el poder de la política para componer las cosas de este mundo sea ilimitado" (*The case for conservatism*, 1947, en White, 1950: 31). De manera similar Crick decía del conservadurismo, "por encima de todo, una renuncia a las posibilidades en favor de la prescripción nacida de la elección o del temor de la Revolución francesa (1955: 363). Finalmente, a comienzos del siglo XX, lord Cecil definió el conservadurismo político como derivado de un "conservadurismo natural", que involucraba la "desconfianza de lo desconocido" y la "preferencia por aquello a lo que estamos acostumbrados porque la costumbre realmente ha asimilado nuestra naturaleza a ello (1912: 14).

White (1950: 1-2) muestra de qué manera esta actitud es profundamente antipolítica y, derivado de ello, antiintelectual: "El conservadurismo es menos una doctrina política que una manera de sentir, una forma de vivir [...] Lo que hace que este terreno esté lleno de gente reunida evidentemente no es tanto un conjunto de principios formulados intelectualmente como una cantidad de instintos, y el instinto rector es el instinto de gozar [...] La importancia política de este instinto de gozar, de esta devoción en gran medida irreflexiva a la vida de aquí y ahora en toda su riqueza y variedad, es lo que pone a la política en su lugar como algo secundario o incidental."

[7] Roberts (1958: 334) describe la actitud de los *tories* en Gran Bretaña: "'Centralización' era una mala palabra. Evocaba lo más profundo de los prejuicios *tories* y tocaba lo más sagrado de los intereses tories [...] Los *tories* protegían vigilantes sus privilegios locales y defendían con igual energía el derecho del clero a educar a los pobres, el derecho del condado a manejar sus prisiones y el derecho de la parroquia a reparar sus caminos [...] El apego conservador al gobierno local surgió de muchas fuentes: del tradicionalismo, de los intereses personales por el poder y el patronazgo local, de la lealtad a la Iglesia y del temor al aumento de impuestos. Este último motivo era de no poca magnitud."

es lo que he venido describiendo aquí como conservadurismo) y el de Metternich:

> Luchar por el conservadurismo en nombre de las fuerzas históricas, rechazar la validez de la cuestión revolucionaria debido a su negación del aspecto temporal de la sociedad y del contrato social [...] tal fue la respuesta de Burke. Combatir la revolución en nombre de la razón, negar la validez de la cuestión sobre bases epistemológicas, como algo contrario a la estructura del universo, ésa fue la respuesta de Metternich. La diferencia entre estas dos posiciones es fundamental [...]
>
> Esta concepción radicalista del conservadurismo fue la que le impartió su rigidez a la política de Metternich [...]
>
> Fue así que la Ilustración conservó, hasta muy entrado el siglo XIX, a su último campeón, que juzgaba las acciones por su "verdad", no por su éxito.[8]

Éxito. Ése era el toque de diana de los liberales. ¿Pero éxito en qué? Ésta es la pregunta clave de la que debemos ocuparnos. El liberalismo como ideología, en oposición al liberalismo como filosofía política —es decir el liberalismo como metaestrategia *vis-à-vis* las demandas de soberanía popular, opuesto al liberalismo como una metafísica de la buena sociedad— no nació, ya adulto, de la cabeza de Zeus. Fue modelado por múltiples intereses, frecuentemente contrarios. Hasta el día de hoy el término *liberalismo* evoca resonancias muy diversas. Existe la clásica "confusión" entre el denominado liberalismo económico y el denominado liberalismo político. Está también el liberalismo del comportamiento social, llamado a veces libertarianismo. Esta mezcolanza, esta "confusión", le ha resultado muy útil a la ideología liberal, permitiéndole obtener el máximo apoyo.

El liberalismo empezó su vida ideológica a la izquierda del espectro político, o por lo menos al centro-izquierda. Se definió a sí mismo como lo opuesto del conservadurismo sobre la base de lo que podría denominarse una "conciencia de ser moderno" (Minogue, 1963: 3).

[8] Kissinger (1973: 193, 194, 196). La rigidez política de la posición de Metternich no sería benéfica, a largo plazo, para los intereses de quienes deseaban conservar sus privilegios y su poder. De hecho, los metería en serios problemas y en formas paradójicas de "radicalismo" disruptivo, como veremos que ocurrió con los conservadores bonaldianos durante la restauración en Francia. La versión de Metternich del conservadurismo sólo revivió en las últimas décadas del siglo XX. Una vez más, puede no estar siendo de especial ayuda para quienes desean conservar los privilegios y el poder.

El liberalismo se proclamó universalista.[9] Seguros de sí mismos y de la verdad de esta nueva visión del mundo de la modernidad, los liberales trataron de propagar sus opiniones e insertar la lógica de sus puntos de vista dentro de todas las instituciones sociales, librando así al mundo de los residuos "irracionales" del pasado. Para ello tuvieron que combatir con los ideólogos conservadores, a los que veían obsesionados con el temor a los "hombres libres",[10] los hombres liberados de los falsos ídolos de la tradición.

No obstante, los liberales creían que el progreso, aunque era inevitable, no podía alcanzarse sin cierto esfuerzo humano, sin un programa político. La ideología liberal era, entonces, la creencia de que, para que la historia siguiese su curso natural, era necesario comprometerse con un reformismo deliberado, continuo, inteligente, completamente consciente de que "el tiempo era el amigo universal, que inevitablemente acarrearía mayor felicidad para números aún mayores" (Schapiro, 1949: 13).

A partir de 1815 la ideología liberal se presentaba como el oponente del empuje conservador,[11] y como tal los conservadores la consideraban "jacobina". Pero a medida que el liberalismo iba ganando ímpetu, apoyo y autoridad como ideología, su filiación de izquierda se fue debilitando; en algunos aspectos llegó a tener incluso filiaciones de derecha. Mas su destino era afirmar que se ubicaba en el centro. Ya había sido conceptualizado de esa manera por Constant[12] en el siglo XVIII. En el XIX fue institucionalizado como la posición centrista. Y seguía siendo celebrado como el "centro vital" por Schlesinger (1962) a mediados del siglo XX.

Es verdad que el centro es una mera abstracción y un recurso retórico. Uno siempre puede ubicarse en una posición central con tan sólo definir los extremos como quiera. Los liberales son quienes de-

[9] "Es a la humanidad en su conjunto a la cual, sin grandes excepciones, se han dirigido los liberales" (Manning, 1976: 80).

[10] En *La cartuja de Parma*, de Stendhal, el revolucionario Ferrante Palla siempre se presenta como un "hombre libre".

[11] Rémond (1982: 16) fecha el inicio de la actual brecha que hay en Francia entre la política del conservadurismo y la del liberalismo no en 1789 sino en 1815, "el momento en el cual la derecha y la izquierda se convirtieron en realidades sociales y en hechos dados de la psique colectiva".

[12] "'Liberal' significaba para Constant una posición 'moderada' y 'central' entre los dos extremos del jacobinismo (o 'anarquía') y el monarquismo ('los fanáticos')" (Marichal, 1956: 293).

ciden hacer tal cosa como estrategia política básica. Enfrentados a la normalidad del cambio, los liberales reclamarían una posición entre los conservadores —es decir la derecha, que quería reducir lo más posible el paso del cambio normal— y los "demócratas" (o radicales o socialistas o revolucionarios) —es decir la izquierda, que quería acelerarlo lo más posible—. En síntesis, los liberales eran aquellos que deseaban controlar el ritmo del cambio para que se produjese a una velocidad que ellos consideraban óptima. Pero ¿es posible saber realmente cuál es la velocidad óptima? Sí, decían los liberales, y su metaestrategia estaba ajustada precisamente para alcanzar este fin.

En el desarrollo de esta metaestrategia surgieron dos figuras emblemáticas: Guizot y Bentham. Guizot era historiador, hombre de letras y, desde luego, político. Bentham era filósofo y defensor de la acción legislativa concreta. Al final, los ojos de ambos estaban centrados en el Estado. Guizot mismo definió la *modernidad* como "la sustitución, en el gobierno, de los medios materiales por los intelectuales, de la fuerza por la maña, de la política feudal por la política italiana" (Guizot, 1846: 299). Dijo que había comenzado con Luis XI, y tal vez sea así. Pero incluso de serlo, sólo se institucionalizó plenamente en la primera mitad del siglo XIX, precisamente cuando Guizot estaba en el gobierno de Francia.

Guizot buscó una manera de acallar la soberanía popular sin volver al derecho divino de los reyes. La encontró al sostener la existencia de una "mano irresistible" de la razón que progresaba a lo largo de la historia. Al aducir esta versión más política de la "mano invisible" de Smith, Guizot pudo establecer, como condición previa para el ejercicio del derecho de la soberanía popular, la posesión de "capacidad", definida como la "facultad de actuar de acuerdo con la razón".[13] Sólo si el voto se limitaba a quienes contaban con esta

[13] Rosanvallon (1985: 91, 95), que continúa para señalar cómo este punto de vista distinguía a Guizot y a los otros *doctrinnaires* de Bonald, por un lado, y de Rousseau, por el otro: "procuraban introducir en el pensamiento político un punto de vista sociológico que integrase como hecho irreversible y positivo el logro de la igualdad civil y el pleno reconocimiento del individuo moderno. Esto superó el antagonismo entre el pensamiento reaccionario y el pensamiento liberal-democrático, retirando conscientemente a la filosofía de lo que se consideraba el círculo vicioso de su confrontación [...] Como la capacidad es una facultad, y no una cualidad, tiene una dimensión tanto personal como impersonal. Permite que uno distinga a quienes están dotados de ella, los capaces, del resto de la población, sin que los últimos puedan incorporarse en ella o tomar posesión total de ella." De manera que el principio de capacidad permite que se

capacidad resultaría posible llegar a tener una "política científica" y un "gobierno racional". Y sólo semejante gobierno eliminaría la triple amenaza "del regreso del gobierno arbitrario, de desatar las pasiones populares y de la disolución social" (citado en Rosanvallon, 1985: 255-256; véanse también 156-158). La referencia a la ciencia no es casual sino fundamental. Manning (1976: 16, 21, 23) desarrolla los vínculos entre la ideología liberal y la ciencia newtoniana. Muestra cómo se derivaron los que según sostiene son los tres principios de la ideología liberal a partir del pensamiento de Newton: el principio del equilibrio, el principio de la generación espontánea y la circulación, y el principio de la uniformidad. Primero, la estabilidad del mundo "depende de que sus partes constituyentes se mantengan en relaciones de equilibrio". Segundo, "cualquier intento por transformar a la sociedad que se mueve por sí misma en la sociedad dirigida debe destruir necesariamente la armonía y el equilibrio de su orden racional". Tercero, "podemos esperar que las instituciones democráticas se materialicen en las sociedades humanas siempre que alcancen el nivel apropiado de desarrollo, tal como podemos esperar que cualquier fenómeno físico se materialice en vista del principio de su condición suficiente para su producción".

En pocas palabras, Guizot no apoyaba ni a Luis XVI (o a Carlos X) ni a Robespierre, porque ninguno de ellos era una opción racional. Y de los dos, es probable que Guizot (y sus epígonos) se preocupasen más por Robespierre y por Rousseau. "Lo que seguía llamándose en general 'liberalismo' a comienzos del siglo XIX era un intento por concebir la política en contra de Rousseau. El terror revolucionario fue hijo del voluntarismo político (*artificialisme*); todos estaban de acuerdo con este análisis" (Rosanvallon, 1985: 44).[14]

La reputación de Guizot se desvaneció, opacada sin duda por su papel crecientemente conservador en la monarquía de julio, y apenas hoy está siendo resucitada por los políticos neoliberales de Francia. Pero la reputación de Bentham como el liberal quintaesencial

una la estabilidad con la movilidad social, el orden con el movimiento. "Tenemos que arreglar las cosas mismas —escribió Guizot— y los hombres encontrarán su ubicación en torno a ellas" (p. 97).

[14] Rosanvallon añade en una nota al pie (p. 45, n. 2): "Por consiguiente el 'liberalismo' tiene que ser distinguido radicalmente de un liberalismo democrático fundado en el concepto de los derechos humanos".

de Gran Bretaña jamás ha dejado de ser afirmada (y aclamada).[15] La triple amenaza de Guizot también estaba presente, desde luego, para los benthamitas, pero tal vez éstos eran todavía más adeptos para contrarrestarlas.[16] El gran anglófilo y liberal francés Elie Halévy (1900: iii-iv) fue el que señaló cómo Bentham adoptó un punto de partida de hecho no demasiado diferente del de Rousseau, pero lo hizo desembocar, no en la revolución, sino en el liberalismo clásico:

Inglaterra, igual que Francia, tuvo su siglo de liberalismo: el siglo de la revolución industrial al otro lado del canal fue el equivalente del ciclo de la Revolución francesa; la filosofía utilitaria de la identidad de intereses, el de la filosofía jurídica y espiritual de los derechos del hombre. Los derechos de todos los individuos son idénticos. Cada individuo es el mejor juez de sus propios intereses. Por eso deberíamos eliminar todas las barreras artificiales que las instituciones tradicionales erigen entre los individuos, todas las restricciones sociales basadas en la supuesta necesidad de proteger a los individuos unos de otros y de sí mismos. Una filosofía emancipadora muy diferente en su inspiración y en sus principios pero cercana en muchas de sus aplicaciones prácticas a la filosofía sentimental de J.-J. Rousseau. La filosofía de los derechos del hombre culminaría, en el continente europeo, en la Revolución de 1848; la filosofía de la identidad de intereses en Inglaterra, en el mismo periodo, en el triunfo de los conceptos de libre comercio de Manchester.

Para Bentham, por un lado, la sociedad era el "producto espontáneo de la voluntad de sus miembros individuales [y por lo tanto] un crecimiento libre en el cual el Estado no tenía parte alguna". Pero exactamente al mismo tiempo —y esto es crucial para Bentham y el liberalismo— la sociedad era "una creación del legislador, progenie

[15] Eric Hobsbawm (1962: 228) dice que los radicales filosóficos benthamitas eran "la escuela burguesa más consciente de sí misma de todos los pensadores británicos".

[16] Roberts advierte que no hay que darle demasiado crédito directo a Bentham. "En realidad, lo que era tan notable respecto a Bentham no era tanto su influencia sobre numerosas personas sino la previsión, la claridad y la lógica con la que expresaba esas verdades que otras fuerzas, mucho más fuertes que sus propias ideas, llegarían a hacer realidad" (1959: 207). Pero en términos generales esto es lo que ocurre con todas las declaraciones ideológicas tempranas. Son expresiones convincentes de visiones que reflejan la metaestrategia subyacente de fuerzas políticas que con frecuencia son incapaces de expresar claramente, ni siquiera para sí mismas, exactamente qué política están siguiendo. Así, los ideólogos tempranos pueden no haber sido los iniciadores reales de la metaestrategia. Sólo más tarde estas aseveraciones ideológicas se utilizaron como un modo de socialización y de racionalización.

de la ley positiva". Por consiguiente, la acción del Estado era perfectamente legítima, "a condición de que el Estado fuese un Estado democrático y expresase la voluntad del mayor número".[17]

Bentham compartía la inclinación de Guizot por la política científica y el gobierno racional. El Estado era el instrumento perfecto y neutro para alcanzar "el mayor bien del mayor número". Tenía que ser, por lo tanto, el instrumento de la reforma, incluso de una reforma radical, precisamente debido a la triple amenaza:

> Bentham y los benthamitas [...] nunca se mostraron complacientes respecto a la condición de Inglaterra. Eran "reformistas radicales" y se esforzaron por lograr sus reformas; elaboraron detallados planes para las mismas, realizaron propaganda, agitación, intriga, conspiración y, a decir verdad, estimularon los movimientos revolucionarios hasta el punto —aunque no más allá— en que el siguiente paso hubiese implicado recurrir a la fuerza física.[18]

[17] Halévy (1950, 3: 332). El uso adecuado del Estado, ni muy poco ni demasiado. Representaba una preocupación evidente, pero los benthamitas no carecían de confianza en sí mismos. "Nadie sabía, o pensaba saber mejor que esa segunda generación de filósofos del *laissez-faire*, los benthamitas utilitaristas, de qué manera regular con más eficiencia y menos desperdicio" (Evans, 1983: 289).

[18] Viner (1949: 361-362). Viner enumera las muchas reformas con las que se asoció a los benthamitas tras la muerte de Bentham: una reforma legal fundamental, la reforma de las prisiones, el sufragio (incluyendo el sufragio femenino), el libre comercio, la reforma del gobierno colonial, la legalización de los sindicatos, la educación general costeada con recursos públicos, la libertad de expresión y la libertad de prensa, el voto secreto, la designación y ascenso en el servicio civil sobre la base del mérito, la reforma del gobierno local, el rechazo de las leyes sobre usura, el registro general de los títulos de propiedad, el código de seguridad para los barcos mercantes, la reforma sanitaria y la medicina preventiva costeadas por fondos públicos, la compilación sistemática de estadísticas, y la justicia libre para los pobres. Bentham, además, promovió el control natal antes que Malthus. Como podemos ver es una lista mezclada, que incluye elementos asociados con la implementación del *laissez-faire*, la protección de los derechos civiles, la intrusión del gobierno en el lugar de trabajo y el suministro de derechos sociales para los individuos. Lo que todo ello tenía en común era la necesidad de adoptar una legislación y, en última instancia, la imposición de estas reglas por parte del Estado.

Perkin (1977: 107) destaca la importancia del elemento de la imposición en la reforma benthamita: "la inyección del ingrediente x vital, la designación de funcionarios administrativos que eran el vínculo principal de la repetitiva cadena de retroalimentación". Véase también Roberts (1959: 207): Bentham "vio más cabalmente que sus contemporáneos la necesidad de un Estado administrativo expandido".

Fue Dicey (1914 [1898]) el que pintó a Bentham exclusivamente como el gran defensor del *laissez-faire*. Brebner (1948: 59-60) dijo que eso era un mito. Sin embargo, incluso quienes, como Parris (1960: 34-35) que cree que Brebner reaccionó de manera excesiva, se limitan a afirmar que los "temas gemelos" del *laissez-faire* y la intervención

Aquí llegamos al meollo de la cuestión. El liberalismo nunca fue una metaestrategia del antiestatismo, o ni siquiera del llamado Estado mínimo. Lejos de estar en contra del *laissez-faire*, "el estado liberal mismo fue creación del mercado autorregulado" (Polanyi, 1957: 3). El liberalismo siempre ha estado en el polo de la ideología del Estado fuerte cubierto por la piel de oveja del individualismo; o, para ser más preciso, la ideología del Estado fuerte como última garantía cierta del individualismo. Por supuesto, si se define el individualismo como egoísmo y la reforma como altruismo, ambos impulsos son, en efecto, incompatibles. Pero si se define el individualismo como la maximización de la capacidad de los individuos para alcanzar fines definidos por ellos mismos, y la reforma como la creación de las condiciones sociales dentro de las cuales los fuertes puedan moderar el descontento de los débiles y aprovechar al mismo tiempo la realidad de que a los fuertes les resulta más fácil poner en práctica su voluntad que a los débiles, no existe ninguna incompatibilidad inherente. ¡Todo lo contrario!

Gran Bretaña y Francia habían sido precisamente los dos estados en los que se crearan maquinarias estatales relativamente fuertes entre los siglos XVI y XVIII. Pero estos estados no gozaban de una legitimidad popular profunda, y la Revolución francesa había socavado la poca que tenían. El liberalismo del siglo XIX se abocó a la tarea de crear (recrear, incrementar significativamente) esta legitimidad y, con ello, consolidar la fuerza de sus estados internamente y dentro del sistema-mundo.

El socialismo fue la última de las tres ideologías en ser formulada. Antes de 1848 difícilmente se podía pensar que constituyese una ideología distintiva. Ello se debía primordialmente a que quienes a partir de 1789 empezaron a considerar que estaban a la izquierda de los liberales se veían por doquier como herederos y partidarios de la Revolución francesa, que realmente no los distinguía, en la primera

---

estatal eran "igualmente característicos a mediados del siglo XIX" y que "no es necesario suponer que estaban en contradicción entre sí". La razón, para Parris, es obvia: "El principio fundamental del utilitarismo era lo que sus mismos defensores creían y afirmaban: el principio de utilidad. La aplicación de este principio condujo a una considerable extensión tanto del *laissez-faire* como de la intervención estatal, simultáneamente". Ruggiero (1959: 99) dice sustancialmente lo mismo: "Los proyectos de reforma de Bentham, aunque requerían una considerable actividad por parte del Estado, no contradicen —ni pretenden hacerlo— los principios del individualismo, sino que les brindan un complemento necesario."

mitad del siglo XIX, de aquellos que habían empezado a llamarse a sí mismos "liberales".[19] Incluso en Gran Bretaña, donde se denunció ampliamente la Revolución francesa y donde por ello los "liberales" se asignaban un origen histórico diferente, al principio los "radicales" (que eran más o menos los futuros "socialistas) parecían ser meramente unos liberales un poco más militantes.

De hecho, lo que distinguía específicamente al socialismo del liberalismo como programa político y, por consiguiente, como ideología, era la convicción de que el logro del progreso no necesitaba simplemente que se le echara una mano sino que se le echara una *gran* mano, sin lo cual el proceso de llegar al progreso sería muy lento. El núcleo de su programa, en síntesis, consistía en acelerar el curso de la historia. A ello se debe que la palabra *revolución* les resultase más atractiva que *reforma*, que parecía implicar una mera actividad política paciente, aunque concienzuda, y que según se pensaba encarnaba primordialmente una actitud de espera y verás.

En síntesis, habían evolucionado tres posturas en relación con la modernidad y con la "normalización" del cambio: el conservadurismo, o circunscribir lo más posible el peligro; el liberalismo, o alcanzar, a su debido tiempo, la felicidad de la humanidad de la manera más racional posible, y el socialismo/radicalismo, acelerar el impulso del progreso luchando enérgicamente contra las fuerzas que se resistían a él con firmeza. Fue en el periodo 1815-1848 cuando comenzaron a utilizarse ampliamente los términos *conservadurismo*, *liberalismo* y *socialismo* para designar esas tres posturas.

Hay que señalar que cada una de estas posiciones se ubicaba en oposición a alguna otra cosa. Para los conservadores el blanco era la Revolución francesa. Para los liberales, el conservadurismo (y el antiguo régimen, que se pensaba que los conservadores procuraban revivir). Y para los socialistas, lo que estaban rechazando era el liberalismo. Este tono negativo, fundamentalmente crítico, en la definición misma de las ideologías, es el que explica por qué hay tantas versiones de cada una de ellas. Afirmativamente, como credo positivo, se postularon en cada campo muchas proposiciones diversas e incluso contradictorias, cada una de las cuales se declaraba el verdadero significado de la ideología.

[19] Plamenatz señala que, aunque en Francia había cuatro facciones a las que puede designarse como de "izquierda" entre quienes se oponían a la monarquía de julio, y que más tarde apoyaron la revolución de 1848, el término que se usaba entonces para referirse a ellos colectivamente no era "socialista" sino "republicanos" (1952: 47 y *passim*).

La unidad de cada familia ideológica radicaba sólo en aquello a lo que se oponía. Éste no es un detalle secundario, ya que fue esta negatividad la que logró mantener con vida a los tres campos durante ciento cincuenta años, aproximadamente (por lo menos hasta 1968).

Como las ideologías son, de hecho, programas políticos para manejar la modernidad, cada una necesita un "tema" o un actor político principal. En la terminología del mundo moderno esto se ha denominado la cuestión de la soberanía. La Revolución francesa afirmó una posición perfectamente clara al respecto. Contra la soberanía del monarca absoluto había proclamado la soberanía del "pueblo".

Este nuevo lenguaje de la soberanía del pueblo es uno de los grandes logros de la modernidad. Incluso si durante un siglo después perduraron las batallas en su contra, nadie, desde entonces, ha sido capaz de destronar a este nuevo ídolo, el "pueblo". Pero la victoria ha sido hueca. Puede haber habido un acuerdo universal en que el pueblo constituye el soberano, pero desde el primer momento no hubo coincidencia respecto a quiénes eran el "pueblo". Además, sobre esta delicada cuestión ninguna de las tres ideologías ha tenido una posición clara, lo que no ha impedido que sus seguidores se negasen a admitir la falta de claridad de sus respectivas posturas.

La de los liberales era aparentemente la posición menos equívoca. Para ellos el "pueblo" era la suma de todos los "individuos", cada uno de los cuales es el depositario último de derechos políticos, económicos y culturales. El individuo es el "sujeto" histórico de la modernidad por excelencia. Por lo menos se les puede reconocer a los liberales que discutieron ampliamente esta cuestión de quién es este individuo en el cual se asienta la soberanía.

Los conservadores y los socialistas deberían haber estado discutiendo también esta cuestión por razones de principio, ya que cada uno de ellos proponía un "sujeto" muy diferente del individuo, pero su discusión fue mucho menos explícita. O si el "sujeto" no es el individuo, entonces, ¿quién es? Resulta un poco difícil discernirlo. Véase, por ejemplo, *Reflections on the Revolution in France* [*Reflexiones acerca de la revolución de Francia*] de Edmund Burke (en White, 1950: 28):

> La naturaleza del hombre es intrincada; los objetos de la sociedad son de la mayor complejidad posible, y por lo tanto ninguna disposición o dirección del poder simple puede resultar adecuada ya sea a la naturaleza del hombre o a la cualidad de sus asuntos.

Si uno no supiese que se trataba de un texto que atacaba a los revolucionarios franceses, hubiese podido pensar que tenía la intención de denunciar a los monarcas absolutos. Las cosas se aclaran un poco si observamos algo que afirmó Burke casi dos décadas antes (1926 [1780]: 357): "Los individuos pasan como sombras, pero la mancomunidad es fija y estable."

El enfoque de Bonald fue muy diferente, porque insistía en el papel esencial de la Iglesia. No obstante, su visión tiene un elemento en común con todas las variedades de la ideología conservadora: la importancia que le confiere a grupos sociales tales como la familia, las corporaciones, la Iglesia, los "órdenes" tradicionales, que para los conservadores se convierten en los "sujetos" que tienen derecho a actuar políticamente. En otras palabras, los conservadores les daban prioridad a todos esos grupos que podían ser considerados "tradicionales" (y que por lo tanto encarnaban la continuidad), pero rechazaban identificar el conservadurismo con alguna "totalidad" como actor político. Lo que de hecho nunca ha estado muy claro en el pensamiento conservador es cómo es posible decidir qué grupos encarnan la continuidad. Después de todo siempre ha habido discusiones acerca de linajes reales contendientes.

Para Bonald (1988 [1802]: 87) el gran error de Rousseau y de Montesquieu había sido precisamente "imaginar [...] un estado puro de naturaleza anterior a la sociedad". Muy por el contrario, "la verdadera naturaleza de la sociedad [...] es lo que es en la actualidad la sociedad, la sociedad pública".[20] Pero esta definición era una trampa para su autor, porque legitimaba hasta tal punto el presente que virtualmente prohibía una "restauración". Sin embargo, la lógica precisa nunca ha sido el fuerte ni el principal interés de las polémicas conservadoras. Más bien los conservadores se preocupaban por emitir advertencias acerca del probable comportamiento de una mayoría constituida por la suma de los votos individuales. Su tema histórico era mucho menos activo que el de los liberales. Para ellos las buenas decisiones se toman lenta y poco frecuentemente, y en gran medida esas decisiones ya han sido tomadas.

Si los conservadores se negaban a darle prioridad al individuo

[20] Como señala Tudesq (1964: 235): "La oposición legitimista a la monarquía de julio era una oposición de notables a la autoridad establecida". ¿No estaban entonces los legitimistas contradiciendo la aseveración de Bonald?

como sujeto histórico en favor de pequeños grupos denominados tradicionales, los socialistas se negaban a hacerlo en favor de ese gran grupo que es el conjunto del pueblo. G. D. H. Cole (1953: 2), al analizar el pensamiento socialista en su periodo inicial, observó:

> Los "socialistas" eran aquellos que, en oposición a la presión predominante sobre las exigencias del individuo, ponían énfasis en el elemento social de las relaciones humanas y procuraban darle a la cuestión social el primer plano en el gran debate acerca de los derechos del hombre desatado en el mundo por la Revolución francesa y por la concomitante revolución en el campo económico.

Pero si es difícil saber qué individuos constituyen al pueblo, y más difícil aún saber de qué "grupos" se compone el mismo, lo más difícil de todo es saber cómo definir la voluntad general de todo el pueblo. ¿Cómo es posible saber qué es? Y, para empezar, ¿qué opiniones deberíamos tomar en cuenta, y cómo?

En pocas palabras, lo que nos ofrecían las tres ideologías no era una respuesta a la pregunta de quién es el sujeto histórico apropiado, sino simplemente tres puntos de partida para la búsqueda de quién encarna la soberanía del pueblo: el denominado individuo libre, para los liberales; los denominados grupos tradicionales, para los conservadores, y todos los miembros de la "sociedad", para los socialistas.

El pueblo como "sujeto" había tenido como "objeto" primordial el Estado. Es dentro del Estado donde el pueblo ejerce su voluntad, donde es soberano. No obstante, desde el siglo XIX se nos ha dicho que el pueblo forma una "sociedad". ¿Cómo podemos reconciliar el Estado y la sociedad, que forman la gran antinomia intelectual de la modernidad?

Lo más asombroso es que cuando volteamos a los discursos de las tres ideologías en relación con esto, todas ellas parecen ponerse del lado de la sociedad contra el Estado. Sus argumentos son familiares. Para los liberales a ultranza es esencial mantener al Estado fuera de la vida económica y reducir su papel, en general, a un mínimo: "El *laissez-faire* es la doctrina mínima del Estado" (Watson, 1973: 68). Para los conservadores el aspecto aterrador de la Revolución francesa no era sólo su individualismo sino también, y especialmente, su estatismo. El Estado se vuelve tiránico cuando cuestiona el papel de los grupos intermedios que reclaman la lealtad primordial de la gente: la familia,

la Iglesia, las corporaciones.[21] Y estamos familiarizados con la famosa caracterización que hicieron Marx y Engels en el *Manifiesto comunista* (1976 [1848]: 486):

[L]a burguesía, por último, implantada la gran industria y abiertos los cauces del mercado mundial, conquista la hegemonía política y crea el moderno Estado representativo. Hoy, el poder público viene a ser, pura y simplemente, el consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa.

Estas visiones negativas del Estado no impidieron que cada una de las tres ideologías se quejasen de que este Estado, que era el objeto de su crítica, estaba fuera de su control, y que dijesen que estaba en manos de sus oponentes ideológicos. De hecho, cada una de las tres ideologías resultó tener una gran necesidad de los servicios del Estado para promover su propio programa. No olvidemos que una ideología es, antes que nada, una estrategia política. Los socialistas han sido atacados durante mucho tiempo por lo que se ha dicho es su incoherencia, ya que la mayoría de ellos, a pesar de su retórica antiestatista, siempre se han esforzado por incrementar a corto plazo la actividad del Estado.

¿Pero acaso los conservadores eran más seriamente antiestatistas? ¿Se oponían habitualmente a lograr reformas por medio de la acción del Estado? En realidad, para nada. Porque debemos tomar en cuenta la cuestión de la "declinación de los valores", que los conservadores han visto como una de las consecuencias centrales de la modernidad. Para revertir la actual decadencia que perciben en la sociedad, para devolver a ésta a la condición de pureza en la que antes vivía, siempre ha necesitado al Estado. De uno de los grandes conservadores ingleses del decenio de 1840, sir Robert Peel, se ha dicho que "creía que una constitución que crease un ejecutivo fuerte era esencial para la era anárquica en la que vivía" (Gash, 1951: 52). De hecho este comentario se aplica de manera más general a la práctica de los políticos conservadores.

Adviértase de qué manera Halévy (1949: 42-43) explica la evolución de la oposición conservadora *vis-à-vis* el Estado durante la "reacción *tory*"[22] de Inglaterra a comienzos del siglo XIX:

[21] Véase el análisis de las opiniones de Bonald en Nisbet (1944: 318-319). Nisbet emplea "corporación" en el sentido de "asociaciones basadas en la ocupación o la profesión".

[22] En Inglaterra se denominan *tories* a los conservadores, y *whigs* a los liberales. [T.]

En 1688 y en los años siguientes el rey se veía a sí mismo, y era visto por la opinión pública, como el soberano. Siempre cabía temer que hiciese absoluta su soberanía, y la independencia de su autoridad de que disfrutaban todos los poderes del Estado constituía una limitación deliberada de esa prerrogativa, un sistema de garantías constitucionales contra el despotismo real. Al iniciarse el siglo XIX fue el pueblo el que en Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra, incluso, había afirmado, o estaba a punto de afirmar, el derecho a ser supremo; y, por consiguiente, ahora los tres poderes mantenían su independencia contra el pueblo. Ya no eran los *whigs* sino los *tories* los que apoyaban instituciones cuya significación había cambiado, mientras su forma seguía siendo la misma. Y ahora el rey presidía una liga formada por los tres poderes para la defensa de su autonomía contra el nuevo pretendiente de la soberanía.

Es un análisis diáfano. Los conservadores siempre estuvieron dispuestos a fortalecer la estructura del Estado en el grado necesario para controlar a las fuerzas populares que presionaban por el cambio. Esto, de hecho, estaba implícito en lo que afirmó lord Cecil (1912: 192): "Mientras la acción del Estado no involucre algo injusto u opresivo, no puede decirse que los principios del conservadurismo sean hostiles a él."

Pues bien, ¿por lo menos los liberales, campeones de la libertad individual y del libre mercado, no se mantuvieron hostiles frente al Estado? ¡Para nada! Desde el mismo principio los liberales se vieron atrapados en una contradicción fundamental. Como defensores de los derechos de los individuos *vis-à-vis* el Estado, se vieron empujados en la dirección del sufragio universal, única garantía de un Estado democrático. Pero, por consiguiente, el Estado se convirtió en el principal agente de todas las reformas destinadas a liberar al individuo de las restricciones sociales heredadas del pasado. Esto, a su vez, llevó a los liberales a la idea de poner la ley positiva al servicio de objetivos utilitarios.

Una vez más Halévy (1950: 99-100) señaló claramente las consecuencias:

La filosofía "utilitaria" no era exclusivamente, tal vez ni siquiera fundamentalmente, un sistema liberal; era al mismo tiempo una doctrina de la autoridad que buscaba la interferencia deliberada y en cierto sentido científica del gobierno para producir una armonía de intereses. A medida que se desarrolla-

ron sus ideas, Bentham, quien de joven había abogado por el "despotismo ilustrado", se fue convirtiendo a la democracia. Pero había llegado a esa posición por lo que podríamos denominar un salto largo, que lo llevó de un solo golpe por encima de un número de doctrinas políticas en las cuales hubiese podido esperarse que se detuviese: la aristocracia, una constitución mixta, el equilibrio de poderes y la doctrina de que el objetivo del estadista debería consistir en liberar al individuo debilitando la autoridad del gobierno y, en la medida de lo posible, dividiendo sus poderes. En opinión de Bentham, una vez que la autoridad del Estado se reconciliase, gracias a un sufragio universal, o al menos muy amplio, con los intereses de la mayoría, no habría ya razones para considerarlo sospechoso. Se volvería una legítima bendición.

Y por consiguiente los conservadores pasaban a ser ahora los detentadores de la legítima tradición liberal: el antiguo sistema de autogobierno aristocrático, con sus funcionarios sin paga, contra un nuevo sistema de despotismo burocrático administrado por funcionarios asalariados.

¿Resulta posible, entonces, pensar que el benthamismo era de hecho una desviación del liberalismo, cuya expresión óptima debe hallarse más bien en los economistas clásicos, en los teóricos del *laissez-faire*? No, porque veremos que cuando se promulgaron en Gran Bretaña las primeras Factory Acts,[23] todos los principales economistas clásicos del momento apoyaron la legislación, fenómeno que fue detallado (y aprobado) nada menos que por Alfred Marshall (1921: 763-764), el padre de la economía neoclásica. Desde esa época, el gran Estado burocrático jamás ha dejado de crecer, y su expansión ha sido auspiciada por sucesivos gobiernos liberales. Cuando Hobhouse escribió su libro sobre el liberalismo en respuesta al que había publicado lord Cecil sobre el conservadurismo, justificó tal expansión como sigue: "La función de la coerción del Estado consiste en superar la coerción individual y, desde luego, la ejercida por cualquier asociación de individuos dentro del Estado" (1911: 146).

Sin duda las justificaciones que cada una de las ideologías invocaba para explicar su estatismo ligeramente vergonzante eran diferentes. Para los socialistas el Estado estaba implementando la voluntad general. Para los conservadores el Estado estaba protegiendo los derechos

[23] Serie de leyes aprobadas por el parlamento inglés para limitar el número de horas de trabajo de mujeres y niños, primero en la industria textil, luego en todas. [T.]

tradicionales contra la voluntad general. Para los liberales el Estado estaba creando las condiciones que permitirían el florecimiento de los derechos individuales. Pero en cada caso el resultado final era que el Estado se estaba fortaleciendo en relación con la sociedad, mientras que la retórica llamaba a hacer exactamente lo contrario.

Toda esta revoltura y confusión intelectual involucrada en el tema de la relación correcta del Estado y la sociedad nos permite comprender por qué nunca hemos estado del todo seguros de cuántas ideologías distintas llegaron a existir en el siglo XIX. ¿Tres? ¿Dos? ¿Sólo una? Acabo de pasar revista a los argumentos tradicionales de que eran tres. Veamos ahora cómo es posible reducir esas tres a dos.

Parece quedar claro que en el periodo transcurrido desde la Revolución francesa hasta las revoluciones de 1848 la "única división clara" para los contemporáneos fue la que se dio entre quienes aceptaban el progreso como algo inevitable y deseable, y que por lo tanto "eran globalmente favorables" a la Revolución francesa, y quienes estaban en favor de la contrarrevolución, que se oponían a esa disrupción de los valores, considerándola profundamente errónea (Agulhon, 1992: 7). De esta forma, la lucha política se daba entre los liberales y los conservadores. Los que se llamaban a sí mismos radicales o jacobinos o republicanos o socialistas eran vistos simplemente como una variedad más militante de liberales. En *El cura de pueblo* [*Le curé de village*] Balzac (1897 [1839]: 79) hace exclamar a un obispo:

> Aquí se requieren milagros entre una población industrial cuya sedición se ha difundido y arraigado por doquier; donde las doctrinas religiosas y monárquicas se observan con espíritu crítico; donde nada se respeta debido a un sistema de análisis derivado del protestantismo por el denominado liberalismo de hoy, que es libre de adoptar otro nombre mañana.

Tudesq (1964: 125-126) nos recuerda que en 1840 un periódico legitimista, *L'Orléanais*, denunciaba a otro periódico, *Le Journal de Loiret*, como una "publicación liberal, protestante, saint-simoniana, lamennaisiana". Esto no estaba totalmente desatinado puesto que, como señala Simon (1956: 330): "de hecho, la Idea de Progreso constituía el núcleo y la inspiración central de toda la filosofía del pensamiento de Saint-Simon" (cf. Manning, 1976: 83-84).

Además, esta alianza liberal-socialista tenía raíces en el pensamiento liberal e igualitario del siglo XVIII, en la lucha contra la monarquía

absoluta (véase Meyssonier, 1989: 137-156). Siguió nutriéndose en el siglo XIX con el interés siempre creciente de ambas ideologías por la productividad, que cada una de ellas veía como el requisito básico de una política social en el Estado moderno. "Tanto el saint-simonismo como el liberalismo económico evolucionaron en dirección de lo que hoy podríamos llamar racionalización económica" (Mason, 1931: 681). Con el ascenso del utilitarismo, podría haber parecido que la alianza hubiese podido convertirse en matrimonio. Brebner habla con simpatía del lado "colectivista" de Bentham, para llegar a la conclusión (1948: 66), de "¿Qué eran los fabianos sino benthamitas tardíos?" Y añade que John Stuart Mill era ya en 1830 "lo que podía llamarse un socialista liberal".

Por otro lado, a partir de 1830 comenzó a aparecer una clara distinción entre los liberales y los socialistas, y la misma se profundizó después de 1848. Al mismo tiempo, el año de 1848 marcó el inicio de una reconciliación entre liberales y conservadores. Hobsbawm (1962: 117) piensa que la gran consecuencia de 1830 fue hacer posible la política de masas al permitir el triunfo político en Francia, Inglaterra y especialmente en Bélgica (e incluso parcialmente en Suiza, España y Portugal) de un liberalismo "moderado", que en consecuencia "separó a los moderados de los radicales". Cantimori, en su análisis de la cuestión desde un punto de vista italiano, opina que el tema de un divorcio estuvo pendiente hasta 1848. Hasta entonces, señala (1948: 288), "el movimiento liberal [...] no había rechazado ninguna vía: ni un llamamiento a la insurrección ni la acción política reformista". Sólo a partir de 1848 se consumó el divorcio entre estas dos tácticas.

Lo que resulta fundamental observar es que a partir de 1848 los socialistas dejaron de hacer referencia a Saint-Simon. El movimiento socialista empezó a organizarse en torno a ideas marxistas. La queja no era ya simplemente la pobreza, susceptible de repararse por medio de una reforma, sino la deshumanización provocada por el capitalismo, cuya solución requería cancelarlo por completo (véase Kolakowski, 1978: 222).

En ese mismo momento los conservadores empezaron a ser conscientes de la utilidad del reformismo para los objetivos conservadores. Sir Robert Peel, inmediatamente después de la Ley de Reforma de 1832,[24] emitió un manifiesto electoral, el Manifiesto Tamworth, que

[24] Se trató de un conjunto de leyes, económicas y financieras, entre ellas la reintroducción del impuesto sobre la renta. [T]

adquirió fama como afirmación doctrinaria. Sus contemporáneos lo consideraban "casi revolucionario", no simplemente porque anunciaba la aceptación de la Ley de Reforma como "el acuerdo definitivo e irrevocable de una gran cuestión constitucional", sino porque esta posición le fue anunciada al pueblo, más que al parlamento, lo que causó gran "sensación" en ese momento (Halévy, 1950: 178).[25]

En ese proceso los conservadores advirtieron su convergencia con los liberales en relación con la importancia de proteger la propiedad, aunque lo que les interesaba a ellos respecto a la propiedad era primordialmente el hecho de que representaba la continuidad y, por lo tanto, servía como base de la vida familiar, de la Iglesia y de otras solidaridades sociales (véase Nisbet, 1966: 26). Pero más allá de esta convergencia práctica estaba la amenaza concreta de una revolución verdadera, temor que compartían, como apuntó lord Cecil (1912: 64): "Porque una parte indispensable de la resistencia eficaz contra el jacobinismo es que haya una reforma moderada de líneas conservadoras."

Por último, no debemos dejar totalmente de lado la tercera posible reducción de tres a dos —que los conservadores y los socialistas se tomen de la mano en oposición a los liberales–, aunque sea teóricamente la menos probable. Con frecuencia se ha señalado el carácter "conservador" del socialismo saint-simoniano, sus raíces en las ideas de Bonald (véanse Manuel, 1956: 320; Iggers, 1958a: 99). Ambos campos podían reunirse en torno a su reflejo antiindividualista. De igual forma, un liberal como von Haydek denunció el carácter "socialista" del pensamiento conservador de Carlyle. En esa ocasión lo que se cuestionaba era el lado "social" del pensamiento conservador. De hecho lord Cecil (1912: 169) no titubeó en declarar abiertamente esta afinidad:

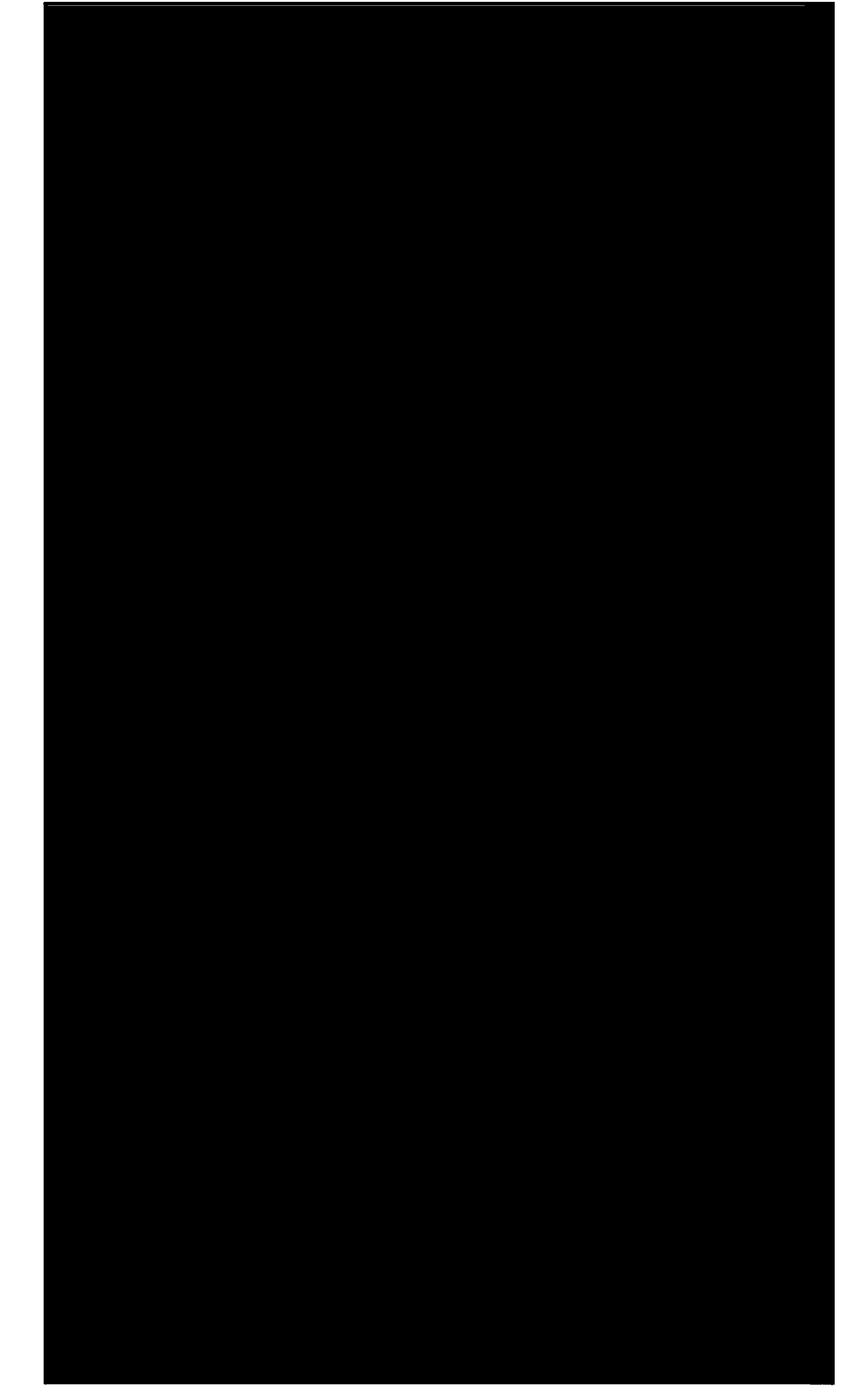
> Con frecuencia se asume que el conservadurismo y el socialismo se oponen directamente. Pero esto no es del todo cierto. El conservadurismo moderno

[25] Halévy citó un artículo que apareció en el *Quarterly Review* de abril de 1835 (vol. 53: 265), titulado "Sir Robert Peel's Address" ["El discurso de sir Robert Peel"]: "¿Cuándo antes le pareció idóneo a un primer ministro anunciarle al *Pueblo*, no sólo su aceptación del cargo, sino los principios y hasta los detalles de las medidas que pretendía producir, y solicitar —no del parlamento sino del pueblo— que mantuviese la prerrogativa del rey hasta el punto de concederles a los ministros que él escogía no tanto como una confianza implícita, sino una evaluación justa?" (1950: 178, n. 10).

> hereda las tradiciones del toryismo, que son favorables a las actividades y la autoridad del Estado. De hecho el señor Herbert Spencer atacó al socialismo por ser en realidad la resurrección del toryismo.

La consecuencia de las alianzas entre liberales y socialistas fue el surgimiento de una especie de liberalismo socialista, que culminó en dos variedades de liberalismo. Las alianzas entre conservadores y socialistas, más improbables, fueron originalmente simples tácticas pasajeras. Pero cabe preguntarse si no se podría pensar en los diversos "totalitarismos" del siglo XX como una forma más perdurable de esta alianza, en el sentido de que instituyeron una forma de tradicionalismo que era a un tiempo populista y social. Si así fuese, estos totalitarismos serían una forma más en la que el liberalismo siguió ocupando el centro del escenario, como la antítesis de un drama maniqueo. Detrás de esta fachada de intensa oposición al liberalismo se encuentra un componente central de las demandas de todos estos regímenes, la misma fe en el progreso por medio de la productividad que ha sido el evangelio de los liberales. De esta manera podemos llegar a la conclusión de que incluso el conservadurismo socialista (o el socialismo conservador) fue, en cierto modo, una variante del liberalismo... su forma diabólica. En cuyo caso, ¿no sería correcto llegar a la conclusión de que desde 1789 ha habido sólo una verdadera ideología —el liberalismo— que ha exhibido sus colores en tres versiones principales?

Desde luego, una afirmación como ésta tiene que sustentarse en términos históricos. Si durante el periodo 1789-1848 hubo una gran lucha ideológica entre el conservadurismo y el liberalismo, finalmente el conservadurismo fue incapaz de adquirir una forma terminada, como veremos. A partir de 1848 el liberalismo alcanzaría la hegemonía cultural en el sistema-mundo y constituiría el núcleo fundamental de la geocultura. En el resto del largo siglo XIX el liberalismo dominó el escenario sin una oposición seria. Es verdad que el marxismo trató de constituir una ideología socialista como polo independiente, pero nunca fue capaz de llegar al éxito total. La historia del triunfo del liberalismo en el siglo XIX es el tema de este volumen.





Sir Thomas Lawrence, *Prince Metternich* [*El príncipe Metternich*]. Este grabado fotomecánico reproduce un retrato del pintor inglés de Klemens Wenzel príncipe von Metternich, principal figura de la Santa Alianza reaccionaria durante el periodo 1815-1848. (Cortesía de la División de Grabados y Fotografías de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.)

2. LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO LIBERAL, 1815-1830

[La Revolución francesa] derrocó o aterrorizó a los príncipes, desconcertó a los filósofos, cambió la forma de los problemas.

ELIE HALÉVY (1901a: 276)

Durante el medio siglo posterior a la Revolución francesa, desde la caída de la Bastilla hasta el derrumbe final del cartismo inglés, el peligro de una revolución nunca estuvo totalmente ausente en ningún país europeo.

FRANK O. DARVALL (1934: 304)

Gran Bretaña y Francia libraron una larga batalla por la hegemonía dentro del sistema-mundo capitalista desde 1651 hasta 1815.[1] Gran Bretaña sólo logró alcanzar su victoria definitiva en 1815. De inmediato, y con una notable celeridad, ambos países entablaron una alianza tácita pero muy profunda en su esfuerzo por institucionalizar un nuevo modelo político para los estados ubicados en las zonas centrales (o que aspiraban a ubicarse allí). Este modelo fue el del Estado liberal, que representó un elemento clave de la legitimación de la economía-mundo capitalista en la era de la soberanía popular.

La alianza entre Gran Bretaña y Francia no se basaba sólo en el hecho de que se enfrentaban a presiones internas en cierta medida comparables, sino también a que se necesitaban mutuamente para poder llegar a alcanzar ese fin. Se necesitaban una a la otra para darse apoyo y aprendizaje mutuos en la construcción del modelo, desde luego. También se necesitaban la una a la otra para mantener un equilibrio geopolítico en su mutuo interés.[2] Pero más que nada necesitaban pre-

[1] Esta historia se analizó en el vol. 2, caps. 3 y 6. así como en el vol. 3, cap. 2.

[2] "Después de 1815 los tratados de paz restringían efectivamente la expansión francesa [...] Rusia era percibida cada vez más [por Gran Bretaña] como la nueva amenaza

sentarle una norma común al resto del mundo para poder deshacerse más eficazmente de los modelos alternativos y lograr que todos los ojos se dirigiesen hacia el de ellos. Así se inició la *entente* cómplice, aunque con gran frecuencia no del todo cordial. El periodo crucial de este proceso se extendió desde 1815 hasta 1875, fecha a partir de la cual el modelo quedó firmemente establecido y seguiría estándolo durante por lo menos un siglo, permitiendo que la economía-mundo capitalista mantuviese cierta estabilidad estructural en medio del muy tormentoso torbellino al que se vería sujeta. Sin embargo, después de Waterloo parecía haber muy pocos defensores del Estado liberal en puestos de poder, incluso en Gran Bretaña y en Francia. De hecho, todavía ni siquiera existía el término mismo.

La construcción del Estado moderno, ubicado dentro de un sistema interestatal y constreñido por él, había sido un elemento constituyente del moderno sistema-mundo desde sus inicios, en el largo siglo XVI. Los gobernantes se habían preocupado por fortalecer el Estado de dos maneras: reforzar su autoridad —es decir, su capacidad de tomar decisiones eficaces dentro de sus fronteras—; y reforzar su poder mundial —es decir, su capacidad de imponerle su voluntad a otros estados y reducir la posibilidad de que éstos hicieran lo propio—. Durante largo tiempo hubo mucho debate en torno a la distribución correcta de la toma de decisiones dentro del Estado: cuánto de ella debía concentrarse en el jefe de Estado como soberano, cuánto tenía que compartirse con los cuerpos legislativos. No obstante, durante tres siglos el debate siguió dándose en torno a la distribución de poder entre ramas del gobierno. Es verdad que en 1776 la declaración de independencia de Estados Unidos se proclamó en nombre de "nosotros, el pueblo", pero no quedaba del todo claro (ni siquiera para los firmantes de esta declaración) hasta qué punto había que tomarse en serio la idea de la soberanía popular y cuáles eran sus implicaciones. Para el sistema-mundo en su conjunto, fue "la Revolución francesa [la que] dejó salir al genio de la botella. A partir de 1789 resultó imposible mantener el debate político dentro de un círculo privilegiado de intereses poseedores de propiedades" (Evans, 1983: 66). La Revolución francesa y su secuela napoleónica hizo que

[...] la política británica estaba dirigida en general a ponerle obstáculos a la agresividad rusa" (Evans, 1983: 196-197). Desde luego, en la segunda mitad del siglo XIX la amenaza empezó a ser Alemania. Sin embargo, como sabemos, la alianza francobritánica se mantuvo firme durante todo el siglo XIX y el siguiente.

todos los gobiernos del mundo moderno tuviesen que hacerle frente al concepto de la soberanía popular, y en ningún caso tanto como los gobiernos de los dos poderes que rivalizaban por la hegemonía. En 1815 el interrogante era si 1789-1815 había sido meramente una especie de interludio revolucionario que sería enterrado por una "restauración" y una "reacción *tory*", o si el concepto de soberanía popular tendría un impacto político perdurable. Para sorpresa de los restauradores del orden global, era una idea que se había arraigado más profundamente de lo que se dieron cuenta. No podían enterrarla por mucho que lo deseasen. El espectro que acechaba a los notables[3] era el de la democracia. La distinción entre el Estado liberal y la democracia era, en palabras de Max Beloff, "la distinción más importante de la política del siglo XIX".[4] En el uso decimonónico, democracia significaba tomarse en serio la soberanía popular. Los notables no estaban ni habían estado dispuestos jamás a hacerlo. La comprensión de esta nueva realidad habría de darle origen a esa extraordinaria invención del siglo XIX: la ideología política.

En 1789 nadie sabía de verdad exactamente qué significaba transfe-

[3] Tomo el término de la monarquía de julio, en la cual se usaba para designar al estrato gobernante, y que reunía bajo un mismo nombre a "aristócratas, seudonobles y la gran burguesía [...] El notable es generalmente un heredero" (Jardin y Tudesq, 1973, 1: 57).

[4] Dice que esta distinción "fue percibida por Tocqueville y unos cuantos más, pero fue descartada por los herederos de los jacobinos y de los utilitaristas. Porque éstos veían la distinción como una excusa para mantener privilegios de clase tan indispensables como la restringida concesión de propiedades de la monarquía de julio, lo que es cierto, pero también nada más como una excusa, lo cual no lo es" (Beloff, 1974: 49). Este temor decimonónico a la democracia es advertido también y aprobado implícitamente por Rosanvallon (1985: 75, 76, 80):

"Mme. de Stael, Ballanche, Chateaubriand, Lamennais, Royer-Collard, Bonald, Saint-Simon, Benjamin Constant o Auguste Comte hablaban todos el mismo lenguaje a pesar de sus diferencias [liberales-conservadoras] [...]

"En el centro de sus preocupaciones comunes estaba el deseo de alejarse del modelo de la soberanía popular, que se consideraba responsable de todos los excesos del periodo precedente [el napoleónico-revolucionario], matriz del desorden revolucionario y terreno en el que se engendraba el despotismo napoleónico, al mismo tiempo [...]

"El reconocimiento de la *ambivalencia de la realidad democrática* en las sociedades modernas elaboró y completó este reconocimiento de su fragilidad. Una ambivalencia que es posible sintetizar sucintamente en los siguientes términos: la democracia era al mismo tiempo, para los *doctrinaires*, el fundamento positivo de la nueva sociedad y lo que amenazaba con subvertirla; representaba al mismo tiempo un principio justo sobre el cual construir (igualdad civil) y un potencial de destrucción (la erupción anárquica de los números en la toma de decisiones políticas).

rirle la soberanía del monarca al pueblo. Pensaban que tenía algo que ver con limitar el poder arbitrario de la autoridad ejecutiva que se asociaba con el concepto de un monarca absoluto. Y así era pero, aparte de eso, también era necesario encontrar una legitimación para las decisiones de las coaliciones pasajeras de multitud de dirigentes políticos. Desde entonces, tomarse en serio el lema de la soberanía popular les ha parecido amenazante a todos los que tienen poder político efectivo, como si sugiriese la desagradable perspectiva de someterse a los caprichos de masas volubles y desinformadas. Por consiguiente, el problema para los notables era cómo construir una estructura que pareciese ser popular y que de hecho no lo fuese pero que, no obstante, conservase el apoyo de una proporción significativa del "pueblo". No era cosa fácil. La solución histórica habría de ser el Estado liberal.

En 1815, cuando se miraba hacia atrás, a la larga aventura transcurrida entre 1789 y 1815 en términos de tensiones sociales internas en Francia y en Gran Bretaña, ¿qué era lo que se veía? Michel Vovelle (1993: 7) dijo en un ensayo sobre la Revolución francesa que sería pretencioso denominarla "el nacimiento de una nación" y que en cambio, "más modestamente" la denominaría "el descubrimiento de la política".[5] ¿Pero no es lo mismo? ¿A qué otra cosa nos referimos cuando hablamos de nación excepto aquello dentro de lo cual el ejercicio de la política por parte de los nacionales se considera legítimo? En un sentido profundo la soberanía del pueblo es un concepto que encarna la legitimidad de la política. Y por consiguiente del debate en torno a la implementación de este concepto tiene que ver con los límites de lo político; no sólo con quiénes pueden estar involucrados y cómo pueden estarlo, sino también acerca de qué asuntos están sujetos a la decisión colectiva de la nación. En este sentido, el inicio de Francia como nación fue violento. Pero lo mismo ocurrió en el resto de Europa. Porque, de hecho, "el invasor" Napoleón, "con sus ideas de emancipación y liberación social [...] difundió el concepto de nación" (Ponteil, 1968: vii),[6] y lo difundió con el violento inicio de Fran-

[5] Véase también Billington (1980: 57): "En la Revolución francesa [...] el concepto de 'nación' era central, aunque no se creó ningún país nuevo. Pronto la palabra *nation* predominó sobre el término *patrie*, más antiguo y paternalista".

[6] Véase también Demangeon y Febvre (1935: 111): "La reforma [fue] el primero de una serie de choques repetidos que, a lo largo de trescientos años, sacudiría el antiguo edificio de la Europa medieval antes de que Napoleón, con un brutal empujón del hombro, lo hiciese caer estrepitosamente." La alianza ideológica no reconocida, posterior a 1815, entre Francia y Gran Bretaña, en cierto sentido estaba vigente ya durante

cia. Para Francia, igual que para todas las demás nuevas naciones, la cuestión era qué diferencia haría la política de una nación en la vida de la gente común, en comparación con su vida cuando no existía la política y las decisiones estaban sujetas a las intrigas de una corte. Se pretendía que crease una profunda diferencia. Sin embargo, había quienes llegaron a ver a la revolución, como lo hizo Elton (1923:7) como "primordialmente un movimiento por el orden; un movimiento contra el caos". En ese caso, se podría decir de Napoleón (pero no sólo de él) "da lo mismo decir que 'organizó el antiguo régimen' o que consolidó la revolución: porque ambos procesos eran idénticos" (Elton, 1923: 69).

En términos de la política del periodo posterior a 1815 la era revolucionaria-napoleónica dejó dos legados políticos principales. Uno era la imagen del Terror, que afecta la política francesa y mundial hasta este día, un Terror que en la mente de muchos se asocia inextricablemente con la democracia. Durante largo tiempo el Terror fue, de hecho, el principal argumento esgrimido por los notables en contra de la extensión del sufragio. "En nombre de esta experiencia, hombres como Louis Guizot o Benjamin Constant rechazaron que se hiciesen extensivos los derechos políticos a las clases necesitadas" (Donzelot, 1984: 21-22). El segundo legado, íntimamente vinculado con el primero, fue el impulso incesante por tratar de excluir por entero a los estratos más bajos del escenario político de la nación.

La historia realmente no fue muy diferente en Gran Bretaña. Con frecuencia pensamos que en ese país el absolutismo desapareció mucho antes que en Francia. Pero de hecho fue sólo en ese preciso momento cuando el poder del rey para hacer y deshacer ministerios —es decir, para controlar el ejecutivo— quedó cancelado en los hechos. Es verdad que la Revolución francesa obtuvo al principio una modesta dosis de apoyo de los llamados jacobinos ingleses, pero eran relativamente timoratos, "y eludían los medios revolucionarios" (Thomis y Holt, 1979: 11).[7] Más bien, como afirma Evans (1983: 23), "puede

las guerras napoleónicas. Véase el análisis de Billington acerca de la difusión del racionalismo en la Europa del sur: "el liderazgo británico en la lucha antinapoleónica propició la unión de la derecha y la izquierda en toda Europa meridional, desde Grecia, pasando por el sur de Italia, hasta España y Portugal. El *medium* británico para movilizar políticamente a las élites eran con frecuencia las órdenes escocesas conservadoras de la masonería; pero el principal *message* inglés (la limitación constitucional del poder real) era un concepto revolucionario en esas tierras de absolutismo (1980: 119).

[7] Y continúan: "Cuando las demandas expresadas popularmente son ignoradas [...]

parecer extraño, y es indudablemente demasiado simple, aducir que [fue] Pitt el Joven [que ocupó su cargo desde 1773 hasta 1801] quien destruyó los poderes de la monarquía, pero la observación contiene un grano de verdad".[8]

El periodo de las guerras revolucionarias napoleónicas fue una era de represión de la clase trabajadora en Gran Bretaña. Se promulgaron las Leyes Antiasociación[9] de 1799-1800. Desde luego, éstas no eran totalmente nuevas. Había habido leyes por el estilo ya desde 1339, pero en gran medida se las había ignorado. George sostiene que lo mismo ocurrió con éstas.[10] De hecho, según afirma (1936: 177), las leyes fueron "en la práctica un instrumento de opresión muy poco importante". Pero si así fuese, habría que preguntarse para qué se molestó Pitt en su proclamación, y la respuesta es, desde luego, que se las promulgó "principalmente con el telón de fondo de la agitación ja-

los movimientos de reforma deben desintegrarse a menos que estén dispuestos a incrementar sus protestas por medios más directos." Ello no ocurrió en este caso. Véase también Evans (1983: 69): "Con frecuencia se señala con cuánta facilidad la autoridad triunfó sobre la reforma en 1794-1795; lo que se aprecia con menos frecuencia es lo mal preparados que estaban los reformistas en Gran Bretaña para cualquier lucha que fuese más allá de los cómodos límites del panfleto impreso o del grupo de discusión." El gobierno suspendió el *habeas corpus* en 1794, enjuició a doce dirigentes radicales londinenses en mayo de 1794 y en ese mismo año aprobó las "dos leyes": la Ley de Reuniones Sediciosas (toda reunión de más de cincuenta personas requería el permiso de un magistrado) y la Ley de Prácticas de Traición (que prohibía incluso hablar o escribir contra la constitución). "A partir de 1795 el radicalismo fue llevado a la clandestinidad" (p. 7).

Para que la represión no se atribuya al tradicional sentimiento antifrancés de la Inglaterra del siglo XVIII hay que advertir cómo cambiaron de lado con la Revolución de 1789. Antes de la misma ser antifrancés era una característica de los "radicales", que lo veían como una manera de estar contra las clases altas. Con la Revolución de 1789 "el movimiento perdió su afirmación de defender a Inglaterra y por lo tanto sus derechos a reclamar popularidad; en cambio, se vio una vez más reducido [...] a la posición de ser un culto odiado de los presuntos traidores antiingleses, amigos de Francia y de los estilos franceses" (Newman, 1987: 230).

[8] Al mismo tiempo, continúa Evans (1983: 60) la realineación de Pitt posterior a los *whigs*, en 1794, "fue una legítima coalición conservadora [que] obtuvo apoyo ideológico de los argumentos de Burke en sus *Reflections* [y] procuró resistir el maligno poder de Francia". Evidentemente, destruir el poder de la monarquía tenía bastante poco que ver con la democracia.

[9] Leyes que prohibían los sindicatos y las asociaciones de trabajadores. [T.]

[10] "Si la ley no se imponía la razón era, desde luego, que los señores no optaban por emprender procedimientos legales, ya fuese porque la organización de los hombres era demasiado fuerte para ellos o porque no querían arriesgarse a incurrir en los gastos y las incertidumbres de la ley, o porque no querían provocar sentimientos adversos" (George, 1927: 227).

cobina" (Evans, 1983: 158), agitación que, como ya señalamos, había sido exagerada por el gobierno del momento.

Se trató menos de la inmediatez de la amenaza contra el orden que el temor de que pudiera estarse gestando una amenaza seria. Evidentemente se estaba transmitiendo un mensaje ideológico a los trabajadores urbanos, que estaban empezando a tomarse demasiado en serio la doctrina de la soberanía popular. El mensaje se volvió más concreto con la célebre masacre de Peterloo de 1818,[11] pero desde el punto de vista de las autoridades los hechos que condujeron a Peterloo no fueron, en realidad, más que los actos culminantes de una oleada constante de desobediencia civil que se remontaba hasta 1789, y que para 1818 le había dado a Manchester "una especial reputación de turbulencia a ojos de los contemporáneos" (Read, 1958: 93). A los notables les resultó especialmente perturbador el hecho de que estaba cambiando el carácter del movimiento de protesta. Los motines locales por alimentos, que seguían siendo la forma de protesta dominante a finales del siglo XVIII, habían dejado de ser la modalidad preferida. Más bien los movimientos populares estaban volviéndose "de alcance nacional y adquiriendo organización [...] [Se los] identificaba cada vez más [a partir de 1800] con los nuevos distritos industriales" (Thomis y Holt, 1977: 29). Los luditas, pese a que sus lemas daban la impresión de ser retrógrados debido a su tono antiindustrial, alarmaban a los notables, no porque parecieran estar en contra del progreso ni por la violencia en sí misma, sino primordialmente debido a su demostración de la "notable capacidad de organización en las filas de la clase trabajadora".[12] Como consecuencia de ello, los luditas unieron tanto a los *tories* como a los *whigs* en contra del "jacobinismo de la clase trabajadora" (Thomis, 1970: 174).

No es casual que este periodo de afirmación de la soberanía popular y, por lo tanto, del nacionalismo, condujese directamente al intento de justificar la exclusión de la clase trabajadora del derecho a participar, con la excusa de que aún no estaba preparada para ello.

[11] En agosto de 1819 el ejército atacó a una congregación de sesenta a ochenta mil personas reunidas en St. Peter, Manchester, que exigían la reforma de la representación parlamentaria, dejando muertos y muchísimos heridos. Con ironía, se le dio ese nombre en recuerdo de la batalla de Waterloo, que había tenido lugar cuatro años antes. [T.]

[12] "y una notable solidaridad en la protección de los infractores de la ley, y sus secretos" (Thomis y Hold, 1977: 33).

Para poder validar este argumento los estratos superiores estaban dispuestos incluso a sacrificar su propio hedonismo. La cultura aristocrática del siglo XVIII en Inglaterra había sido "derrochadora, bucólica, fanfarrona", permitiendo entretenimientos suntuosos, licenciosidad, alcoholismo. El paso al siglo XIX fue la época del ascenso de los evangélicos, que predicaban "regularidad, autodisciplina y moderación en los hábitos personales" (Evans, 1983: 46). Los notables empezaron a cambiar su propio comportamiento (que se institucionalizaría después como victoriano), permitiendo así que los evangélicos hiciesen implícitamente que la conversión de las clases trabajadoras se transformase en la puerta de entrada a la resocialización, antes de concluir la cual no podía ni pensarse en hacerles extensivos los derechos políticos ni la aceptación social.

Sin duda la demanda era paternalista. Pero tenemos que ver que se trataba simplemente de la sustitución de una forma cara de paternalismo por una menos cara. Fue el mismo periodo en el cual el sistema de seguridad social isabelino (reglamentación del salario, leyes de pobres) se rechazaba como "anacrónico e impráctico":

> Hacia el final de las guerras francesas el paternalismo sancionado por la legislación estaba muerto; las relaciones entre los amos y los hombres eran defendidas "objetivamente" por las fuerzas del mercado. Una década antes del ataque frontal contra los aranceles, fue el primer triunfo de la nueva economía política y un talismán para la nueva era (Evans, 1983: 44).

Esta demanda de una resocialización previa, de una transformación del "orden moral" como manera de posponer la participación en los derechos políticos que acompañaban a la soberanía popular, no se expresó sólo en relación con las clases trabajadoras de Gran Bretaña sino también como un requisito para las clases peligrosas y mugrosas de lo que hoy llamaríamos el tercer mundo o el sur. Los mismos metodistas que encabezaron internamente la campaña evangélica fueron el primer grupo cristiano que organizó (en 1787) "un sistema constante de misiones extranjeras" (Halévy, 1949a, 1: 446).[13] Fue también el momento del ascenso del movimiento abolicionista. Desde luego, había muchos motivos tanto económicos como humani-

[13] La única misión protestante europea antigua fue la de los hermanos moravos de Alemania.

tarios detrás de la presión que se ejercía en Gran Bretaña en pro de la abolición tanto de la esclavitud como del comercio de esclavos.[14] No obstante, lo que observamos aquí es el mensaje cultural. La primera ley de Wilberforce[15] se había presentado en 1789. En ese momento el movimiento antiesclavista tenía un número sustancial de "seguidores radicales", y estaba aprovechando los trastornos revolucionarios generalizados. Pero la fase jacobina de la revolución "dividió las filas abolicionistas" británicas y provocó una "movilización contrarrevolucionaria" que hizo retroceder al movimiento. Diez años después el movimiento abolicionista pudo revivir dentro de un clima mucho más conservador, precisamente porque se lo veía "no tanto como lo más urgente, sino como la reforma menos controvertida que podía emprenderse" (Blackburn, 1988: 147, 295). Este giro conservador del mensaje puede entenderse mejor dentro del contexto del gran cambio de las actitudes británicas hacia sus "razas sujetas" que estaba produciéndose precisamente entonces. Como observa Bayly (1989:7):

Entre 1780 y 1820 [...] asiáticos, eurasiáticos, africanos e incluso europeos no británicos y no protestantes eran excluidos de manera generalizada de los puestos de autoridad en el gobierno [de las colonias], mientras se tomaban medidas para descontaminar las fuentes del poder ejecutivo británico de la influencia de la corrupción nativa. Irónicamente, el creciente e instrumentado desprecio por los subordinados asiáticos, africanos y hasta europeos se deriva en parte de los mismos impulsos humanitarios que presenciaron la abolición del tráfico de esclavos y los comienzos de los movimientos de emancipación de éstos. Era moralmente necesario rescatar a los esclavos de la muerte social e introducirlos en la sociedad civil. Pero en ese caso había que definir estrictamente la jerarquía de la sociedad civil tanto por medio de las instituciones como mediante una etiología que se derivaba de la idea de que las culturas alcanzaban la "civilización" en etapas de despertar moral y esfuerzo material. El "descubrimiento" de los pobres urbanos y de las clases criminales en [Gran] Bretaña fue parte de un proyecto similar, emprendido por las mismas entidades civiles y religiosas.[16]

[14] Los intereses económicos eran complejos y múltiples, lo que volvía a la "diplomacia del tráfico de esclavos" británica bastante ambivalente en los años posteriores a la ley de 1807, que abolía en tráfico de esclavos en el Atlántico. Véase Blackburn (1988: 316-326).

[15] Para la abolición de la esclavitud y la trata de esclavos. [T.]

[16] Bayly (1989, 12-13) también resulta muy interesante en lo que se refiere al grado

Gran Bretaña y Francia habían sido precisamente los dos estados en los cuales se habían creado ya maquinarias estatales relativamente fuertes entre los siglos XVI y XVIII. Pero esos estados no tenían una profunda legitimidad popular, y la Revolución francesa había socavado la poca que hubiesen tenido. El liberalismo del siglo XIX se abocó a la tarea de crear (de recrear, aumentándola significativamente) esa legitimidad, y consolidar así la fuerza de esos estados, tanto interna como dentro del sistema-mundo.

Desde luego, en 1815 Gran Bretaña y Francia no se encontraban exactamente en la misma situación económica. En realidad, en ciertos aspectos sus condiciones económicas habían llegado a tener un marcado contraste. Cuando concluyeron las guerras napoleónicas,

> Gran Bretaña se había puesto a salvo de la invasión y había desarrollado productividad, aptitudes técnicas y fuerza financiera. En lugar de ser un deudor, se había convertido prácticamente en el único país acreedor del mundo. En el curso de una lucha larga y agotadora, Francia, que era entonces la principal potencia del continente europeo, y sus renuentes aliados, habían quedado marginados del mundo ultramarino en expansión, y empobrecidos (Condliffe, 1951: 203).[17]

Es cierto que el fin de las guerras napoleónicas puso un alto al "anormal desarrollo [de tiempo de guerra] de la agricultura, los astilleros y el comercio de reexportación" de Gran Bretaña, y esas ra

---

en el que el nacionalismo irlandés y escocés de este periodo, cualesquiera fuesen sus otras raíces y aspiraciones, se derivaba, al menos en parte, de una "exclusión percibida del imperio, no [...] de la inclusión en el mismo". Una vez más, cuando el pueblo es soberano la pregunta clave es: ¿quién es el pueblo?

[17] En opinión de Condliffe, "la posición de Gran Bretaña al final de las guerras napoleónicas es paralela en muchos sentidos a la posición en la que se encontró Estados Unidos al final de la segunda guerra mundial". El contraste puede verse con mayor dramatismo si se observa la marina mercante. Antes de 1789 había unos dos mil navíos franceses, pero para 1799 "ni un solo barco mercante en alta mar enarbolaba la bandera francesa" (Bruun, 1938: 86-87). Por otro lado, la flota de Gran Bretaña, incluso durante el periodo de guerra activa, aumentó de quince mil a dieciocho mil naves.

Lévy-Leboyer (1964: 246) dice que en la primera mitad del siglo XIX la batalla por el control de los mares se libraba exclusivamente entre Gran Bretaña y Estados Unidos, y que los estados europeos occidentales estaban fuera de ella ya que su flota marina mercante, que combinada ascendía a un millón de toneladas, era la mitad de la de Estados Unidos y una tercera parte de la de Gran Bretaña. "Tal eliminación (*effacement*) era difícilmente posible de imaginar a finales del siglo XVIII, sobre todo en el caso de Francia." Ubica el punto de inflexión en 1793.

mas cayeron en una "depresión grave y crónica" (Rostow, 1942:18).[18] Pero Gran Bretaña simplemente le puso más énfasis a la inversión interna en el periodo 1815-1850, haciendo lo que Rostow (1942: 22) denomina un ajuste "increíblemente fácil".[19]

La brecha en materia de producción industrial entre Gran Bretaña y sus vecinos del continente europeo se fue ensanchando.[20] Pero enton-

[18] Véase también la descripción algo quejumbrosa que hace Buer (1921: 169) sobre la depresión en Gran Bretaña tras el fin de las guerras napoleónicas: "No resulta difícil explicar el prolongado estancamiento. El país estaba exhausto por la lucha colosal. Era imposible aligerar la pesada carga impositiva; los costos de la deuda absorbían la mitad del ingreso nacional y los gastos civiles incluían una gran proporción de cargos fijos. Por consiguiente, los gastos nacionales disminuyeron poco con la caída de los precios, mientras que la verdadera carga para los contribuyentes se elevó. Quienes pagaban sus impuestos como una proporción de sus ingresos se encontraban en un problema similar. La ayuda a los pobres, una vez más, y a pesar de los precios descendentes, seguía representando una carga desastrosa."

[19] Por lo tanto, Rostow no cree que la economía de Gran Bretaña durante el periodo 1815-1847 merezca su "mal nombre en la historia económica". Es verdad que las condiciones de salud y vivienda en las nuevas ciudades industriales eran malas, y que hubo periodos de un serio desempleo, malas cosechas y elevados precios de los alimentos. Es cierto que la comunidad agrícola estaba descontenta y que había presión sobre los márgenes de ganancia. Pero para compensar, se dio un desarrollo nacional intensivo: "las tasas de intereses descendieron; los salarios reales se elevaron, y los términos de comercio cambiaron favorablemente para Gran Bretaña" (Rostow, 1948: 19).

[20] "Entre 1789 y 1848 Europa y América estaban inundadas de exportaciones británicas, máquinas a vapor, maquinaria para el trabajo del algodón e inversiones" (Hobsbawm, 1962: 51). Véase la explicación de Lévy-Leboyer (1964: 32, 41):

"Todo nos lleva a pensar, de hecho, que al tomar la delantera tecnológica un país o una ciudad se encontrará en una posición de privilegio para reunir y adiestrar una fuerza laboral especializada, construir y amortizar rápidamente fábricas... en pocas palabras, ejercitar una gran influencia sobre el precio de costo (*prix de revient*), mantener a los consumidores potenciales fuera del mercado y convertirse casi en el único beneficiario del aumento esperado de la demanda. De cualquier manera, la abundancia de recursos energéticos fue un factor en favor de la industrialización de Gran Bretaña. En 1817 produjo 16 millones de toneladas de carbón, comparadas con 800 000 en Francia. Esto les dio a los ingleses un gran margen de maniobra, permitiéndoles abandonar fábricas antiguas, dispersas a lo largo de los ríos, concentrar los telares cerca de los campos carboníferos y posiblemente aumentar la escala de sus operaciones [...]

"Cualesquiera que fuesen las modalidades de la concentración, hay un hecho que se destaca: el grupo de Manchester se volvió más fuerte en el primer tercio del siglo XIX.

"Pero Francia no estaba impotente ante la potencia de Gran Bretaña. Véase Johnson (1975: 143 144): la tesis de Lévy-Leboyer respecto a la 'desaceleración masiva' de toda la era revolucionaria-napoleónica requiere cierta modificación. Sin embargo, en 1815, igual que en 1830, la industria francesa se enfrentaba a una seria desventaja competitiva frente al gigante del otro lado del canal.

"Francia se adaptó a esta situación, en primer lugar, con una política de tarifas res-

ces la que había con Francia (y con Bélgica, y quizá con algunos otros) empezó a cerrarse, de manera tal que, en algún momento entre 1835 y 1850, prácticamente desapareció.[21] No obstante, Gran Bretaña había

---

trictivas [...] Menos apreciadas hasta hace poco tiempo son las otras estrategias adaptativas a las que recurrieron los hombres de negocios franceses. La especialidad de la producción industrial británica eran los bienes comunes de consumo masivo, sobre todo en lo referente a textiles. La producción intensiva en capital fue el resorte del éxito en ese campo. Pero en los artículos de calidad superior, *articles de goût*, Francia tenía una reputación histórica y, cosa más importante, una oportunidad competitiva [...] En términos generales los salarios industriales franceses eran aproximadamente de dos terceras partes de los que se pagaban en Inglaterra. Esto significaba que cuanto más fuera la calidad de los bienes producidos, mayor era el insumo de mano de obra y, por consiguiente, más fuerte la posición relativa de la industria francesa [...] Todo esto significaba que el trabajo manual, especialmente en el tejido, mantuvo su importancia mucho más tiempo en Francia que en Inglaterra. Además, la mayor parte de la primera mitad del siglo XIX presenció un fenómeno que, a primera vista, parece realmente extraño para un país que está experimentando la industrialización: el desarrollo masivo del trabajo rural a domicilio en industria textil. La razón, desde luego, no era difícil de encontrar. La mano de obra rural era más barata."

[21] Véase al mismo Lévy-Leboyer (1964: 115, 326, 409): "En 1820 cabría preguntarse si [Francia] lograría superar alguna vez la brecha que la separaba de Inglaterra. En 1840 esa labor estaba prácticamente completa [...]

"Para 1835, ya sea que observemos los textiles o el transporte, el balance de logros continentales parece positivo: el retraso acumulado a comienzos del siglo se había reducido significativamente; quedaría eliminado por entero cuando los telares automáticos y las máquinas, los ferrocarriles y los barcos a vapor llegasen a ejercer su efecto pleno sobre la economía [...]

"Ya sea que observemos la producción industrial, que creció a una tasa anual de 3% entre 1815 y 1850, o el ingreso por concepto de inversiones extranjeras, que tuvo un crecimiento anual ligeramente superior, de 4%, los resultados globales se comparan muy favorablemente con las estadísticas británicas."

Markovitch (1966: 122) afirma que el crecimiento industrial de Francia fue más alto en el periodo 1815-1848 que en cualquier otro momento del siglo XIX. Véase también Sée (1927: 70), quien considera que el rasgo más característico de este periodo fue "el progreso del maquinismo", que se manifestó en el mejoramiento de los telares textiles y la difusión de la máquina de vapor. De manera similar, Demoulin (1938: 298-299) sostiene que la industria belga fue transformada entre 1800 y 1830 por la introducción generalizada de maquinaria en las industrias tradicionales, y que ese crecimiento se aceleró a partir de 1830.

Para una visión discrepante acerca de la brecha que había entre Gran Bretaña y Europa continental, incluyendo Francia, véase Crouzet (1978: 19), quien piensa que en la primera mitad del siglo XIX, esta brecha "se volvió mínimamente más pequeña" en términos relativos, y creció en términos absolutos. Señala que en 1860 Gran Bretaña representaba 2% de la población mundial y 10% de la europea, pero de 40 a 45% de la producción mundial y entre 55 y 60% de la de Europa. En un artículo previo Crouzet (1972b: 115-116) explica esta incapacidad de Europa occidental para "alcanzar" a Gran Bretaña en el periodo de 1815-1850 debido a la pequeñez de sus mercados

de seguir siendo dominante en el comercio mundial (es decir en el comercio más allá del noroeste de Europa) durante otro cuarto de siglo, por lo menos,[22] dominio que mantendría gracias a sus préstamos de capital al extranjero.[23] "La contribución que hicieron el comercio exte-

---

internos y las dificultades para desarrollar un sólido comercio de exportación, en vista del "casi completo monopolio" de Gran Bretaña sobre el comercio con Estados Unidos y América Latina. Asume entonces una posición muy cercana a la de Lévy-Leboyer en relación con el efecto coercitivo de la hegemonía económica: "Parece [...] que una vez establecida una gran economía industrializada 'moderna' —[Gran] Bretaña— todo el contexto comercial internacional se volvía poco favorable para otras naciones, y la mera presencia del nuevo gigante industrial restringía notablemente las oportunidades para crear las bases de un importante ímpetu industrial hacia los mercados extranjeros."

La afirmación de Hobsbawm respecto a la perdurable fuerza industrial de Gran Bretaña es similar a la de Crouzet pero más restringida: "Gran Bretaña [en 1850-1870] era el país industrial por excelencia y [...] logró mantener su posición relativa, aunque su poder productivo con vapor había empezado a retrasarse seriamente (1975: 40). Y la caracterización que hace Cameron también es intermedia: por un lado, observa que "para 1850 Francia tenía 6 800 máquinas a vapor, más que todos los demás países del continente combinados", pero luego añade, en una nota al pie: "Por otro lado, [Gran] Bretaña tenía probablemente un número superior al de todos los países del continente combinados, incluyendo a Francia" (1961: 66 y n. 9).

[22] "A mediados del siglo XIX las mercancías que fluían por los puertos británicos constituían casi una cuarta parte del valor del total del comercio internacional" (Imlah, 1950: 194). Esta cifra había subido desde un mero 3% en 1800 (p. 191, n. 24). "El mercado británico era imbatible" (p. 192, n. 24).

[23] "El volumen de las exportaciones se vio influido significativamente por la dirección de los préstamos británicos. Las exportaciones de capital se transformaban exitosamente en mercancías y es posible que, en un grado abrumador, en mercancías británicas. Las enormes exportaciones a la Europa continental durante los años de guerra, a Sudamérica en 1808-1810 y 1820-1825, a Estados Unidos en la década siguiente, a la India y China en la de 1840, no puede disociarse de los préstamos de esos periodos; desde luego, la subsecuente declinación tampoco puede verse sino en relación con la interrupción de esas actividades de préstamo" (Gayer, Rostow y Schwartz, 1953, 2: 842).

En este proceso del comercio mundial la Europa continental (y especialmente Francia) llegaron a desempeñar un papel semiperiférico en este periodo: "Al desarrollar una tras otra la venta de algodón hilado en Europa y la de productos terminados en los países nuevos, Inglaterra estaba en condiciones de compartir los riesgos y prepararse para el futuro, porque lo que estaba ocurriendo en el continente muy probablemente se reproduciría allende los mares. Los franceses se beneficiaban indirectamente de la industrialización de terceros países al proporcionarles artículos de lujo, y los ingleses lo hacían directamente al abastecerlos de tela, algodón hilado —de calidad incluso mejor— ocasionalmente maquinaria y siempre técnicos" (Lévy-Leboyer, 1964: 181). No obstante, para mediados del siglo XIX sería Francia, "la segunda potencia industrial del mundo", y no Gran Bretaña, la que desempeñaría el "papel dirigente" en la industrialización de la Europa continental por medio de la exportación de tecnología y de capital (Cameron, 1953: 461).

Aunque Bairoch (1973: 592-593) considera que, a lo largo de todo el siglo XIX, el

rior y la inversión exterior a los niveles de consumo alcanzados por las familias británicas" (O'Brien y Keyder, 1978: 63) explica esencialmente el nivel de vida más alto que ese país habría de mantener en relación con Francia a lo largo de todo el siglo XIX, pese a la paridad aproximada de ambos países en producción nacional per cápita de mercancías.

De esta forma, la visión convencional de la Gran Bretaña de principios del siglo XIX como "taller del mundo"[24] empezó a sufrir has

---

comercio de la Europa continental con el tercer mundo fue "relativamente marginal", esto no se puede aplicar al Reino Unido. "Ya a mediados del siglo XIX las exportaciones [del Reino Unido] al tercer mundo representaban 40% del total de sus exportaciones, mientras que las que realizaba a Europa sólo constituían 35%." De manera similar, Evans (1983: 340) apunta que en 1815 Europa había absorbido más de la mitad de las exportaciones de Gran Bretaña y Asia apenas el 6%, mientras que a mediados de la década de 1850 Europa había descendido al 32%, Asia había subido a 20% y no menos de 37% iba a dar a América. Véase también Condliffe (1851: 207). Schlote (1952: 41) observa que el ascenso más marcado en el comercio ultramarino en relación con el tamaño de la población se produce precisamente entre 1845 y 1855, lo que subraya una vez más la importancia del comercio extraeuropeo.

Sin embargo Imlah (1950: 176) coincide con Gayer, Rostow y Schwartz: no fueron las exportaciones las que explican la gran ventaja de Gran Bretaña. De hecho la balanza neta de los términos del comercio (la serie de números del índice de exportación dividida por la serie del precio de importación) fue decayendo constantemente hasta mediados de siglo. Ningún cambio de los índices "se observa con más claridad [...] estuvo causado por un descenso más rápido en los precios de exportación que en los nuevos precios de importación, y gran parte de la declinación de la balanza comercial neta se produjo hacia el año 1839". Véase también Chekland (1964: 62).

Estos excedentes de importación "precedieron por muchas décadas" las políticas de comercio más libres del decenio de 1840 (Imlah, 1958: 6). "La reducción de los precios de materias primas [fue] efecto de la reforma de las tarifas" (Imlah, 1958: 189). McCloskey (1964: 313) invierte el orden de la relación de excedentes de importación a las menores tasas tarifarias: "Una política deliberada de libre comercio internacional [...] fue responsable sólo de una parte —una pequeña parte, en realidad— de la reducción de los índices tarifarios. El accidente de una razón más elevada de importaciones en relación con el ingreso nacional, que a su vez era sólo en parte una consecuencia de la reforma financiera británica, explica mucho de la reducción y el triunfo de la ideología del libre comercio aclara muy poco." Cualquiera que fuera el orden del proceso, se deducía que "el nuevo sistema industrial británico no creaba excedentes de exportación, y [...] su fenomenal acumulación de créditos ultramarinos en el siglo XIX no puede explicarse por esta venerable suposición". Más bien fueron los créditos invisibles (la marina mercante, las comisiones comerciales, las remesas de los ahorros del personal y la llegada de inversiones del exterior) los que "crearon el déficit de su comercio visible y proporcionaron todo nuevo capital que se invertía fuera del país" (Imlah, 1948: 149).

[24] William Cunningham, en la cuarta edición (1907) de su principal obra escribió lo siguiente: "Durante el periodo de la ascendencia *whig* se concentró la atención en la promoción de la industria de todo tipo, y no se ahorró esfuerzo alguno para convertir

cierto punto el ataque de francotiradores. Ya en 1934 Darvall (1934: 12) había sostenido que "en 1811 Inglaterra seguía siendo en gran medida un país rural y agrícola".[25] Este tema fue renovado por Samuel (1977: 19) unos cuarenta años después:

> El triunfo más completo de la máquina se dio en el comercio del algodón en la zona industrial de Lancastershire. Fuera de allí su progreso fue más lento, y hubo importantes sectores de la economía [...] en los cuales, hasta el decenio de 1870, la energía del vapor causó muy poca impresión [...] Incluso en los textiles, el progreso de la mecanización fue desigual.[26]

Si la mecanización estaba menos difundida y avanzada que lo que sostiene nuestra visión convencional, ¿cómo fue entonces que alcanzó Gran Bretaña su notable desarrollo industrial? Algunos estudios recientes están cuestionando incluso cuán notable fue, o por lo menos si el crecimiento fue realmente tan grande como nos lo hicieron creer especialistas anteriores (como Walther Hoffmann, Phyllis Deane y W. A. Cole). Harley (1982: 267; véase también 285), con nuevos cálculos basados en datos de ocupación del censo de 1841, llega a la conclusión de que este crecimiento fue "una tercera parte menor" de lo que se había afirmado para el periodo 1770-1815. Y Bairoch (1962: 318, 323) asevera que la tasa de crecimiento de Gran Bretaña en el siglo XIX (al igual que en Francia y en Estados Unidos) fue de menos de 2% anual. Bairoch señala que el hecho de que fuese más alta fue "una

---

a Inglaterra en el taller de las extensas esferas en las que su influencia y su amistad le servían para mantener abiertos los mercados a nuestras manufacturas" (p. 494).

No estoy seguro de si ése fue el origen de la fórmula hoy clásica de que Inglaterra es "el taller del mundo" (o si este segmento se puede encontrar en ediciones previas, la primera de las cuales se publicó en 1890), pero es muy posible que fuese Cunningham el que creó el concepto.

[25] Véase también Rousseaux: "Hasta 1830 la economía inglesa seguía estando en la etapa agrícola" (1938: 62). La frase es casi idéntica a lo que dijera Henri Sée respecto a Francia en los años 1815-1848. "En el periodo de la monarquía basado en el sufragio limitado [*la monarchie censitaire*], Francia era esencialmente un país agrícola" (1927: 11). Darvall (1984: 12-13) continúa: "La industria seguía estando ubicada principalmente en el campo. Incluso las industrias nuevas, como las grandes y crecientes fábricas de algodón del norte, se ubicaban más en el campo que en la ciudad [...] En 1811 el trabajador típico del nuevo norte industrial, así como del más antiguo sur y este rurales, trabajaba en casa o en un tallercito, a mano o con una única máquina."

[26] Samuel (1977: 47) atribuye este "lento proceso de mecanización" a "la relativa abundancia de mano de obra, tanto calificada como no calificada".

gran exageración" que se originó en una época en la cual la teoría del crecimiento lento en las economías maduras, de la década de los treinta, tenía una gran influencia, lo que en consecuencia llevó a una sobreestimación retrospectiva.[27]

Sin embargo, sería riesgoso irse al otro extremo y perder de vista la relativa fuerza de Gran Bretaña. El análisis revisionista nos permite ver sus debilidades a pesar de su fuerza, y por lo tanto los dilemas políticos a los que se enfrentaba el gobierno incluso en esa época de relativa fuerza en la economía-mundo. El problema básico para los países centrales en el periodo 1815-1873 fue que el crecimiento llevó a una declinación de los precios,[28] y en particular de los precios industriales en relación con los de las materias primas (Markovitch, 1966: 228-229). Desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XIX el control de costos para los productores se centró en el gran papel que desempeñaban los salarios en el precio total. Se utilizó exitosamente una combinación de represión y mecanización para reducir tales costos. De hecho, esas técnicas habían tenido demasiado éxito, por eso tuvieron la consecuencia negativa de estimular la turbulencia política y, al mismo tiempo, de llevar a la declinación relativa del mercado mundial de los precios industriales. Sólo mediante la creación del Estado liberal fue posible superar este dilema, y los productores capitalistas en las zonas centrales pudieron beneficiarse con la restauración del orden interno y la vuelta a términos de comercio favorables. El mecanismo clave que utilizó el Estado liberal fue trasladar el foco central en el control de los precios del frente interno a la periferia, proceso que se encarnó en las expresiones coloniales del último tercio del siglo XIX.

Pero mientras eso no ocurrió, Gran Bretaña, en particular, y Europa occidental, en general, tuvieron que vivir con los dilemas de la deflación, especialmente agudos desde 1815 hasta finales de la década

[27] Sin embargo, compárese la cifra de Bairoch con la de Hoffman (1949: 165-166), quien dice que Gran Bretaña, entre 1781 y 1913, mantuvo una tasa de crecimiento de 2.8 por ciento.

[28] Gayer, Rostow y Schwartz (1953, I: 486) hablan de "una declinación secular [de los precios en Gran Bretaña], cuyo punto más bajo parece haberse alcanzado en 1850". Véase también Marczewski (1987: 34-36) sobre Francia. La recesión seguía siendo inflacionaria, vinculada con los tradicionales problemas de las malas cosechas que reducían el PIB mientras hacían subir el precio del consumo diario. Eso habría de cambiar una vez que las mejoras del transporte mundial suprimieran la capacidad de las dificultades de las cosechas locales de causar un impacto semejante, lo que posiblemente ocurrió a partir de la década de 1870 y sin duda en el siglo XX.

de 1840. Los trabajadores asalariados padecían puesto que los niveles de los salarios descendieron tanto absoluta como relativamente.[29] Los productores agrícolas padecían porque hubo "un descenso constante de los precios ingleses del trigo en los tres primeros cuartos del siglo XIX" (Fairlie, 1969: 105).[30]

¿Les estaría yendo tan bien a los industriales británicos? Ya señalamos que su ventaja inicial desde 1815 sobre Europa occidental, que era bastante significativa, pareció diluirse para 1850, y eso sin hablar del surgimiento de Alemania y Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX. La rentabilidad de la industria británica corría el riesgo de ser efímera. Era necesario conseguir alternativas, y así se hizo. Si la hegemonía británica en el sistema-mundo sirvió para crear alguna ventaja económica perdurable, fue porque hizo posible el notable crecimiento de las inversiones extranjeras británicas, "uno de los hechos más importantes del desarrollo económico británico en el siglo XIX, y de ninguna manera menor en los asuntos mundiales" (Imlah, 1952: 222).

Desde luego, Francia, sobre todo para los industriales, parecía encontrarse en dificultades aún peores. Tenía, sin duda, ciertas ventajas. Su educación técnica, gracias a la revolución y a Napoleón, había florecido y se consideraba la mejor del mundo en la primera mitad del siglo XIX. Podía exportar su sapiencia técnica y comercial (véase Cameron, 1957a: 245-246; 1961). Y su base industrial se expandía constantemente, según hemos visto. Sin embargo, se ha pensado durante

[29] Rousseaux (1938: 229), que se está refiriendo al periodo 1822-1848/1850. Véase también Evenas (1983: 141): "Los peores años para los trabajadores fueron los siguientes a 1815, cuando un mercado repleto de soldados desmovilizados coincidió con la depresión de los precios agrícolas. En esos años los salarios fueron forzados a descender y el gasto para el alivio de la pobreza alcanzó su punto culminante [...] Lo más duro de todo fue que en los veinte años —1811-1831— en los que las oportunidades de empleo estaban reduciéndose más seriamente, la población de los países más afectados en el sur y en el este aumentó 31 por ciento."

[30] Véase también Thompson (1963: 232). Fairlie (1969: 108) continúa: "Una vez que aceptamos una ola de incremento constante de escasez en Europa en su conjunto hasta alrededor de 1870, la única manera en que esto puede reconciliarse con la aparente caída constante de los precios del trigo inglés consiste en mantener que los precios del trigo, antes protegidos, habían sido tan altos —en relación con las potenciales fuentes de oferta internas de Europa— que un paso a un comercio sin restricciones entre [Gran] Bretaña y Europa implicó un descenso neto en Inglaterra, pese a que la tendencia subyacente seguía ascendiendo." Es fácil ver por qué había tanta resistencia a la revocación de las Leyes de los cereales.

mucho tiempo que la industrialización de Francia y, por ende, su ventaja competitiva en el mercado mundial, se había visto obstaculizada por su lento crecimiento demográfico y por el papel especialmente importante que desempeñaba la industria pequeña, en oposición a la grande.[31] Este punto de vista había sido cuestionado por Nye (1987: 650, 668), quien ha sostenido que el menor tamaño era de hecho una "respuesta racional a las condiciones económicas imperantes, y que de ninguna manera obstaculizó el proceso de industrialización francesa", ya que "con cualquier vara de medir los ingresos en relación con la escala [eran] bastante bajos". Y Gille (1959b: 163) ha sostenido que había más industrias grandes de lo que solía pensarse. De hecho ubica el nacimiento de la industria capitalista de gran escala en Francia precisamente en el periodo 1815-1848.

Sin embargo, ¿no adoptaron Gran Bretaña y Francia posiciones antagónicas acerca de la cuestión crucial del libre comercio en la economía-mundo? La respuesta es menos evidente de lo que se nos ha inducido a creer. En primer lugar,

> En 1815 [Gran] Bretaña seguía siendo una potencia proteccionista y el Estado desempeñaba un papel importante en la dirección del comercio exterior y la expansión a ultramar. La protección tarifaria no sólo se había extendido a la agricultura sino también a las crecientes industrias manufactureras de [Gran] Bretaña. Se impusieron severas restricciones a la inmigración de mano de obra calificada y a la exportación de maquinaria (Evans, 1980: 12).

En segundo lugar, muy al margen de la protección gubernamental las industrias británicas estaban "cargadas de acuerdos para controlar precios o arreglos equivalentes, con frecuencia sólo en el nivel regional, pero a veces también en el nacional" (Cain, 1980: 20). En tercer lugar, los industriales británicos, incluyendo a los de Manchester, no estaban todos incuestionablemente a favor del libre comercio. Todavía en la década de 1840 el libre comercio "se veía como un arma

[31] Éste es un tema frecuente de la bibliografía (Marcovitch, 1966: 316; Landes, 19[illegible]; Kindleberger, 1961a). Cameron (1957a: 411) lo explica en parte por la relativa escasez del lado de la oferta, con un costo consecuentemente alto de las materias primas industriales. Pero como ya hemos visto que los costos de las materias primas eran altos también para Gran Bretaña, ésta sólo puede ser una afirmación comparativa: más altos que para Gran Bretaña.

en [la] guerra comercial [con otros países], y cuando no parecía responder [a las necesidades de ganar esa guerra] no se le daba apoyo] (Evans, 1960: 20).[32]

Y, por último, Imlah (1949: 307-309) observa que el proteccionismo británico estuvo en "su peor momento" en sus últimos años:

Tuvo efectos mucho más graves después de las guerras napoleónicas que en el periodo previo, en el que el industrialismo británico estaba en la cuna, cuando constituía virtualmente un sistema nuevo [...]

Puesto a prueba por valores reales [es decir, no "oficiales"], los derechos aduaneros británicos a finales del siglo XVIII eran muy moderados [...] el problema acuciante [que explicó el considerable ascenso de los derechos aduaneros a principios del siglo XIX] fueron los ingresos.

Imlah sostiene que esos derechos fueron lo bastante graves como para que, al reducir significativamente las importaciones, afectasen el poder de compra de clientes potenciales. Y como el comercio internacional era esencial para la salud económica de Gran Bretaña, "su sistema fiscal [estaba] desequilibrando su economía internacional".[33]

Tal vez parte de este proteccionismo era sólo aparente; sin duda no todo se aplicaba estrictamente.[34] Pero mancha la imagen de la centra-

[32] Cain (1980: 24) nos recuerda que, entre otras razones para titubear, "el libre comercio implicaba también el fin del privilegio colonial y hacía que pareciese imposible el firme control de las colonias cuando éstas se habían desarrollado hasta la madurez". Véase también Musson (1972b: 18-19): "Los historiadores han tendido a destacar demasiado generalmente la ventaja competitiva de Gran Bretaña, ignorando el hecho de que los fabricantes británicos se habían desarrollado detrás de una muralla protectora y de que muchos de ellos todavía sentían la necesidad de que se la mantuviese [...] Los fabricantes de Manchester —al mismo tiempo que exigían la supresión de derechos sobre las importaciones de algodón en bruto y la abolición de las Leyes de los cereales— seguían siendo tercamente proteccionistas en su oposición a la supresión de restricciones sobre la exportación de maquinaria, especialmente de la usada para fabricar productos de algodón, que fomentaría la competencia extranjera."

[33] Los derechos aduanales en 1830 ascendieron al 38% del ingreso del gobierno, y 45% en 1840, lo que representaba casi el doble de la proporción previa a la guerra. Además, "la imposición sobre los valores del mercado era sustancialmente más pesada y tendía a aumentar" (p. 311).

[34] Véase Jeremy (1977: 2): "a principios del decenio de 1780 ningún artesano o fabricante calificado estaba autorizado legalmente a salir de [Gran] Bretaña o Irlanda e ingresar a ningún país extranjero fuera del dominio de la corona con el propósito de poner en práctica su oficio". Pero, desde luego, muchos lo hacían. Jeremy calcula que cien mil personas emigraron del Ulster hacia Estados Unidos entre 1783 y 1812. Las restricciones sobre la emigración de los artesanos se suprimieron en 1824. En 1825 la

lidad del libre comercio en la política británica, por lo menos antes de 1850, especialmente cuando lo relacionamos con la realidad, y no la teoría, del proteccionismo francés. Las tasas tarifarias francesas fueron de hecho "sustancialmente más bajas" que las británicas durante todo el periodo de 1800-1840, aunque se percibía lo contrario. Nye explica esta percepción errónea de tres maneras: por la atención que el mundo le dio a la revocación de las Leyes sobre Cereales;[35] por el hecho de que los analistas sólo tomaron en cuenta ciertas industrias, en lugar del patrón de comportamiento de la economía en su conjunto; y por el hecho de que los británicos se inclinaban por hablar del libre comercio mientras que los franceses solían hablar de proteccionismo, incluso en el reinado de Napoleón III. Pero, dice Nye, en realidad "las historias tradicionales del libre comercio que contraponen a una [Gran] Bretaña liberal con una Francia proteccionista, arrastrada a regañadientes a un mundo de política comercial más esclarecida, deben verse ahora como falsas". De hecho, Imlah, él mismo un gran creyente en los méritos económicos del libre comercio, explica (1958: 123) las *deficiencias* del desempeño económico de Gran Bretaña durante ese periodo precisamente por la ausencia relativa de libre comercio:

En muchos sentidos la primera mitad del siglo XIX tendría que haber sido una era de bonanza para el comercio británico. La eficiencia técnica de sus industrias cada vez más mecanizadas, las posibilidades de desarrollar demanda interna y externa para su carbón y sus maquinarias —cosas más fáciles de exportar a partir de 1825—, las potencialidades de su marina mercante y servicios comerciales y la demanda de su capital crearon un oportunidad que ha tenido pocos equivalentes en la historia económica. Esta oportunidad,

---

prohibición directa sobre la exportación de maquinaria también se derogó y fue sustituida por un sistema de licencias. Sin embargo, fue apenas en 1843 cuando Gladstone, como presidente del Consejo de Comercio, finalmente eliminó todas las restricciones. Jeremy cree que estas leyes restrictivas, sin embargo, "fueron notablemente incapaces de detener el flujo de información tecnológica que se difundía en el exterior, ya fuese a través de los hombres o de maquinarias, en el periodo industrial temprano" (p. 34). Véase también Henderson (1954: 6), quien asevera que las autoridades británicas "dejaron que se les escurrieran entre los dedos muchos agentes que reclutaban mano de obra y contrabandistas de maquinarias y planos".

[35] Las Leyes de los cereales aplicaron aranceles a la importación de granos, para defender los precios más altos de la producción local. Protegían a los terratenientes pero elevaban los precios de los productos básicos para la población, y fueron muy combatidas. [T.]

finalmente, no se cumplió por el elevado proteccionismo de los años posteriores a la guerra.[36]

Ese falso contraste entre Gran Bretaña y Francia[37] es el telón de fondo contra el cual debemos volver a ver otra discusión revisionista, la relativa a la presunta lentitud de la industrialización de Francia,[38] o la declarada "tardanza" del "despegue" en Francia.[39] O'Brien y Keyder (1978) realizaron una serie de comparaciones entre Gran Bretaña y Francia para el periodo 1781-1913 y descubrieron lo siguiente: la producción nacional de mercancías per cápita era aproximadamente la misma. Los niveles salariales eran marcadamente inferiores en Francia, pero como menos personas eran trabajadores asalariados, esto no nos dice mucho respecto al nivel local de ganancias. La productividad de la mano de obra británica era más alta, lo que se veía contrarrestado por la asignación de una porción más grande de la fuerza de trabajo potencial de Francia a la producción agrícola e industrial.[40] la productividad agrícola británica era mayor, cosa que los autores atribuyen,

[36] Además, Imlah (1958: 23) culpa al proteccionismo por la inquietud social. Dice que si uno usa valores reales (y, una vez más, no los engañosos valores "oficiales") el comercio de exportación se había estancado. Al comparar 1842 con 1816, ambos años de depresión, el comercio de exportación fue sólo 14% más alto, mientras que la población había aumentado 40% y las nuevas importaciones 55%. "Esto sugiere un endurecimiento de las arterias, más que de los tendones [como dijera Bismarck elogiando el proteccionismo británico de este periodo] y explica más adecuadamente los síntomas de la ascendente presión sanguínea social que se hicieron evidentes por entonces. La adopción de una política de libre comercio [a partir de 1842] puede haber sido un escape de una senectud prematura." Este análisis parece demasiado simple, como sostendremos más adelante.

[37] A lo largo de todo este trabajo hemos visto con cuánta frecuencia nuestra historiografía nos ha proporcionado falsos contrastes. Esta perversión historiográfica es parte del legado de la ciencia social decimonónica en su función de ideología liberal.

[38] Los antecedentes de este subdebate en particular se trataron ya en el vol. 3, caps. 1 y 2 (Wallerstein, 1989).

[39] La ya casi olvidada moda del concepto de "despegue" fue iniciada en 1960 por W. W. Rostow (1971), que ubicaba el que se produjo en Francia en 1830-1860), mientras que el que tuvo lugar en Gran Bretaña se había producido en "los dos decenios posteriores a 1783" (p. 9). La existencia de un único periodo de "despegue" para Francia es disputada por Marczewski, o más bien este autor dice que si en efecto existió, se produjo como muy tarde a comienzos del siglo XIX (1961; 1963: 123); véanse también Bouvier (1965: 270), Markovitch (1966) y Lévy-Leboyer (1968b: 801).

[40] Por eso Francia tenía un sector de servicios más pequeño y menos parásitos, lo que induce a O'Brien y Keyder (1978: 32) a comentar que ahora "ven la fuerza de la observación de Nietzsche en el sentido de que 'la fuerza de una civilización' debe medirse por el número de parásitos que es capaz de mantener".

no a más eficiencia, sino a mejor dotación de tierras y más asignación de tierra a la agricultura intensiva en animales.[41] En la industria la productividad de la mano de obra francesa era más alta, y los británicos no alcanzaron ese nivel sino hasta la década de 1890, aunque había menos masa industrial. En conclusión, O'Brien y Keyder (1978: 198) critican toda sugerencia de un "retraso relativo" de Francia, y ven que sus decisiones económicas son sin ninguna duda diferentes, pero igualmente racionales; de hecho, van más allá y dicen que se "inclinan por ver una transición más humana y tal vez no menos eficiente a la sociedad industrial en la experiencia de Francia".[42] El impacto

[41] "El 'atraso' agrícola [menor producto por trabajador] en Francia provenía del mantenimiento de elevadas densidades de mano de obra en el campo, lo cual conduce inevitablemente al cultivo intensivo de tierras de calidad inferior y a una combinación de cultivos dominada por productos alimenticios básicos. Pero en Francia quienes carecían de tierras representaban una proporción mucho menor (una minoría, de hecho) de la población rural, y durante décadas y décadas la mayoría no exhibió deseo alguno de trasladarse de sus tierras 'inferiores' a las ciudades [...] Los críticos del desempeño económico francés olvidan a veces que las instituciones agrarias de Francia habían sido consolidadas por las acciones de campesinos militantes durante la Revolución" (O'Brien y Keyder, 1978: 190, 195).

Hobsbawm también nos recuerda que los campesinos franceses que a mediados del siglo XIX miraban hacia atrás, al periodo transcurrido desde 1789, y se comparaban con los trabajadores rurales en Gran Bretaña, "difícilmente podían dudar de cuál de los dos había hecho mejor negocio" (1962: 201). Luego Hobsbawm reproduce la opinión de un autor británico, H. Colman, en un libro escrito en 1848 y titulado *The agricultural and rural economy of France, Belgium, Holland and Switzerland* [*La economía agrícola y rural de Francia, Bélgica, Holanda y Suiza*]. Colman escribe (pp. 25-26): "Tras haber estado mucho tiempo con el campesinado y la clase trabajadora, tanto en Inglaterra como en el extranjero, en honor a la verdad tengo que decir que jamás he conocido personas en su condición [...] más corteses, limpias, industriosas y frugales, sobrias o mejor vestidas que el campesinado francés. En este sentido representan un marcado contraste con una parte considerable de los trabajadores agrícolas escoceses, que son sucios y miserables en grado sumo; con muchos de los ingleses, que son serviles, de espíritu derrotado y gravemente agobiados por su forma de vida; con los pobres irlandeses, a medias vestidos y en condición salvaje" (citado en la p. 201, s. f.).

Por último, Hohengerb (1972: 238-239) sostiene que "a lo largo de todo el siglo XIX, la Francia rural experimentó más cambio [en estructura social, comportamiento demográfico e instituciones del uso de la tierra] de lo que se observa en la superficie. Paradójicamente, fue el cambio el que hizo posible preservar y de hecho fortalecer un equilibrio básico construido sobre la granja manejada y poseída por la familia".

[42] Véanse revaloraciones similares de la racionalidad de las decisiones económicas francesas y del desempeño relativamente bueno de la industria de Francia en el siglo XIX en Lévy-Leboyer (1968b), Roehl (1976) y Cameron y Freedeman (1983). Pero Lévy-Leboyer, quien en 1968 elogió la "flexible adaptación de la economía [francesa] y su vigoroso *élan* industrial", que caracterizó su "expansión relativamente armoniosa"

de este revisionismo ha sido fuerte, tanto que incluso los que desean insistir en la "superioridad" británica, como Crouzet, se ven reducidos a "matizar" las observaciones de los revisionistas y a insistir en que los logros económicos franceses del siglo XIX eran "meritorios, pero no más que eso".[43] Crafts (1984: 59, 67), que se propone demostrar que "la interpretación revisionista [del desempeño económico francés en el siglo XIX] exagera los logros franceses", se ve obligado sin embargo a llegar a la conclusión, tras indicar diversas reservas, que "incluso si se aceptan todos los puntos arriba señalados, es verdad que el desempeño económico francés parece ser sustancialmente mejor de lo que se pensara anteriormente".[44]

De manera que tanto Gran Bretaña como Francia, a partir de 1815, procuraron concentrar la acumulación mundial de capital dentro de sus fronteras, y lo bien que lo hicieron estuvo sólo parcialmente en

---

a lo largo del siglo XIX (p. 801) adoptó una visión menos feliz en el libro que publicó con Bourguignon en 1985. Hablan (pp. 103-104) del "problema francés": una parte demasiado grande del consumo se dirige a los alimentos, hay muy poca demanda diversificada, muy poca exportación industrial, también muy poca inversión... y culpa de eso al campesinado francés: "El hecho de que al país se le fuese así de las manos la iniciativa tecnológica, cosa que tiene sus orígenes en el decenio de 1790, cuando los problemas políticos, la inflación y las guerras interrumpieron la primera revolución industrial, se explica por dos factores: 1) en el largo plazo, el hecho de que el margen de pobreza rural, heredada de la era preindustrial, se había reducido sólo muy lentamente [imagen diferente de la que presenta Hobsbawm en la nota al pie previa]. Esto explica las deformaciones observadas, en periodos de crecimiento acelerado, en la estructura de los salarios y los presupuestos de consumo. El ingreso al mercado de trabajo de una fuerza laboral menos calificada y el movimiento de emigración rural cambiaron en todos los casos las cifras de las diferentes categorías sociales [...] incrementando los grupos más bajos (*les classes défavorisées*). La elevación insuficiente de los niveles salariales y de la demanda de bienes industriales en el ciclo se debe al cambio de los subgrupos que tenemos que incluir al calcular los medios válidos para la población total."

Esto equivale a decir que en la segunda mitad del siglo XIX Francia seguía teniendo una gran población urbana en la que podían basarse los industriales cuando era necesario a fin de reducir los niveles salariales urbanos, el ejército industrial de reserva que Gran Bretaña había utilizado, en mayor medida, en la primera mitad del siglo XIX. (El segundo factor que consideran responsable los autores es el papel excesivo de la intervención del Estado en las décadas de 1870 y 1880.)

[43] La primera cita puede encontrarse en Crouzet (1970: 86) y la segunda en Crouzet (1972a: 278). No obstante, en su libro de 1985, supuestamente acerca de la "superioridad" de Inglaterra sobre Francia, Crouzet presenta una larga lista de "primeros" unidos y llega a la conclusión bastante desganada de que: "Entre estos dos destinos hay muchísimas semejanzas y convergencias" (1985: 454).

[44] También lo caracteriza como "responsable pero no excepcional" (p. 67), lo que es un poquito más fuerte que "meritorio, pero no más que eso".

función de la fuerza de sus respectivas empresas industriales. También estuvo en muy gran medida en función de su capacidad de restringir los costos de la mano de obra, de garantizar un aprovisionamiento externo constante y de obtener mercados adecuados para su producción. Y ésta era más una labor política que una cuestión de mejorar sus respectivas eficiencias económicas que, en una escala mundial, eran bastante altas para ambas naciones. Por consiguiente el papel operativo de los estados era fundamental, pero su uso era una cuestión delicada, ya que los estados podían provocar daños, así como asegurar ventajas. Los estados tenían que ser domesticados, manipulados y dirigidos racionalmente. La política de los siguientes sesenta años habría de concentrarse en este esfuerzo por "racionalizar" el papel del Estado; es decir, de sintonizar la estructura del mismo a fin de maximizar las posibilidades de incrementar la "riqueza de la nación" y, especialmente, de quienes acumulaban capital dentro de sus fronteras.

Este proceso se inició en el nivel interestatal. Desde el 18 de septiembre de 1814 y hasta el 9 de junio de 1815 se reunieron en Viena monarcas y cancilleres europeos para decidir la paz que presumiblemente habría de regir Europa, lo que llegaría a conocerse como el Convenio de Europa. A mediados de ese largo cónclave Napoleón regresó de Elba por "cien días", pero luego fue derrotado, final y definitivamente, en Waterloo, el 18 de junio de 1815. Siempre es más difícil llegar al consenso respecto a la paz que respecto a la guerra. Sus objetivos son más a largo plazo y más numerosos; por eso dividen a los pacificadores. Sólo Gran Bretaña se había opuesto irrevocablemente a Francia (y desde una época anterior a Napoleón). Austria, Rusia y Prusia habían tenido un historial variado en el periodo de las guerras. Por consiguiente, Gran Bretaña fue el primer ganador de la serie de guerras de 23 años de duración (que sería mejor considerar una guerra única), así como del debate de 150 años por la hegemonía en el sistema-mundo. Tenía todas las razones para mostrarse calmada, equilibrada y decidida. Desde luego, quería estar segura de que Francia nunca más se levantase para desafiarla. Pero después del fracaso de los cien días eso no podía parecer un problema demasiado grande. Probablemente lo que pesaba más en el pensamiento de lord Castlereagh era cómo impedir que las otras tres grandes potencias ampliasen indebidamente su poder, especialmente en vista de que no compartían del todo la visión que Gran Bretaña tenía del mundo ni, desde luego, sus intereses económicos.

Por otro lado, ya quebrantado el poder militar francés, Gran Bretaña sólo debía preocuparse por la fortaleza militar rusa y por sus posibles ambiciones expansionistas. Por decirlo en el lenguaje del siglo XX, sólo había dos "superpotencias", aunque de hecho no existía una posibilidad real de confrontación militar entre ellas.[45] El verdadero problema de Castlereagh era que tenía un rival en la construcción del orden político, el príncipe Metternich, que usaba su habilidad diplomática y el hecho de que representaba las sensibilidades políticas del trío "oriental" —Austria, Prusia y Rusia— para contrabalancear la fuerza mundial de Gran Bretaña. La valoración de Henry Kissinger (1973: 5) es que Castlereagh "negoció el acuerdo internacional" pero fue Metternich el que "lo legitimó":

Castlereagh, tranquilo con la certeza de la seguridad insular de Inglaterra, se inclinaba a oponerse sólo a la agresión *explícita*. Pero Metternich, estadista de una potencia ubicada en el centro del continente, procuraba por encima de todo *prevenir* los trastornos.[46]

[45] Véase Krache (1992: 693). Schroeder (1992a: 684) habla incluso de una "hegemonía británica y rusa compartida", pero me parece que esto es inflación verbal. Véanse también Jervis (1992), Gruner (1992) y Schroeder (1992b). Por lo que se refiere a Austria y Prusia, eran "grandes potencias sólo por cortesía" (Hobsbawm, 1962: 129).

Halévy (1949a: 95) capta bien la valoración británica de la situación militar en 1815: "Desde luego no había ninguna razón de seguridad nacional que impidiese que los ingleses redujesen sus gastos en el ejército. Inglaterra no tenía entonces enemigos que temer. Después de una guerra que se extendió a lo largo de más de un siglo el poder de Francia por fin se había quebrantado. Cartago había conquistado a Roma."

[46] Sobre Metternich, véase también Schroeder (1992a). Acerca de Gran Bretaña, Webster (1925: 48-49) destaca de manera similar su sentido de separación del continente europeo y la constante prioridad que trató de concederle a los problemas marítimos e imperiales. "El poder en el océano y los derechos marítimos seguían siendo vistos verdaderamente como el baluarte del poder [...] Ni siquiera se admitía someter a discusión los 'derechos marítimos'. El 'derecho de búsqueda' y otros principios del derecho internacional, no aceptados por ninguna otra gran potencia, se preservaron así con todo su vigor... [No obstante] los 'derechos marítimos" nunca fueron ejercitados nuevamente [después de 1815]."

Es verdad que Castlereagh era más "aislacionista" de lo que lo serían sus sucesores, pero sería un error confundir la arrogancia *tory* con una estrategia a largo plazo. Momentáneamente, en 1815, entre la insularidad de Castlereagh y el momento de romántica exuberancia del zar Alejandro, podemos observar lo que Weill (1830: 14) denominó el "curioso hecho de que la mayor parte de estos proyectos constitucionales tenían como defensora [en 1815] a la aristocracia rusa y como adversarios a los diplomáticos británicos: esos *tories* orgullosos pensaban que sólo su país era capaz de mantener en funcionamiento un sistema de libertad que dejaría el poder en manos de la aristocra-

Por mi parte, yo diría que Metternich trató de imponer cierta forma de legitimación que no era realmente del gusto de Gran Bretaña y que esta nación, de hecho, terminaría por triunfar. De cualquier manera, no tardó en ser evidente que Metternich no previno demasiado.[47]

De cualquier manera, iba evidentemente en pro del interés inmediato de Gran Bretaña (por no hablar de su estrategia de largo plazo) restablecer a Francia a una posición en la que pudiese servir como aliado potencial en las luchas político-diplomáticas (incluso si Francia se molestaba en ocasiones por su papel de socio minoritario). De hecho se podría afirmar que Francia fue el gran triunfador del Congreso de Viena, puesto que "la característica más impactante del acuerdo de paz posnapoleónico fue, más allá de toda duda, la generosidad que se mostró hacia la potencia derrotada" (Schenk, 1947: 45).[48] Esto, por lo general, y con cierta justicia, se le atribuye al ingenio de Talleyrand. Sin embargo, no se debe subestimar el papel que desempeñó la comprensión de Gran Bretaña de lo que se requeriría para estabilizar un régimen no napoleónico en Francia. Un informe secreto escrito (por M. Gallars) en abril de 1816 al embajador británico en París (sir Charles Stuart), y transmitido luego a lord Castlereagh, indica exactamente lo que temían los británicos:

---

cia". ¡Bravo! Bien dicho, en el perfecto espíritu del comentario francés ácido sobre el mundo del poder.

En todo caso Castlereagh consiguió en Viena lo que Gran Bretaña consideraba esencial y deseaba de inmediato: "Mantuvo su dominio sobre los mares; obtuvo seguridad general y local; adquirió posesiones importantes" (Nicolson, 1946: 211), a saber una serie de islas y puertos estratégicos en las vías marítimas mundiales, adquiridos en el periodo 1783-1816. La lista puede encontrarse en Wallerstein (1989: 122).

[47] De hecho Metternich lo reconocería cuando, en 1830, dijo de la revolución de julio en Francia que había tenido "el efecto de romper el dique" (citado, sin nota al pie, en Vidal, 1931: 34). Hobsbawm (1962: 123) está de acuerdo: "Las revoluciones de 1830 destruyeron absolutamente" el acuerdo de 1815. Pero, para ser más exactos destruyeron la versión de Metternich, a fin de proteger mejor la versión británica. Weill (1930: 4) habla del periodo 1815-1847 como el del "fracaso" de la Santa Alianza, que "no podía resistir ni el progreso de la idea nacional ni la apasionada propaganda de los partidos liberales".

[48] De hecho, Clapham (1930: 317) considera que todos ellos fueron demasiado generosos: "Los europeos continentales coincidieron con los isleños [en los años posteriores a 1815] en que las islas tenían una temible carga de deuda y un sistema impositivo radicalmente malo. Pocas veces se señalaba que una razón de la carga de esa deuda era la negativa política y caballerosa de Castlereagh y de Wellington de considerar arrebatarle a Francia indemnizaciones de guerra de importancia."

La convulsión general provocada por la revolución subsiste aún en los espíritus puesto que la autoridad, que durante tanto tiempo se depositó en manos de civiles, ha perdido su majestad, que había sido la base de la confianza y del respeto [y] porque la religión perdió todo su control sobre esa clase de hombres que, por carecer de una educación adecuada, no conocen las leyes de la moral y no pueden ser intimidados por los temores del infierno y del patíbulo (citado por Schenk, 1947: 49).

Debido a estos temores, los británicos, incluso los ultra*tories* como Wellington, estaban del lado de los asesores más moderados que rodeaban a Luis XVIII, temerosos de que una gran dosis de medicina reaccionaria fuese rechazada por el "paciente", que podría entonces "recaer en su antigua ilusión revolucionaria izquierdista" (Schenk, 1947: 130-131).[49] Nada que pudiese hacer Gran Bretaña haría más por fortalecer la autoridad de Luis XVIII que la rehabilitación diplomática de Francia.

En realidad, la rehabilitación de Francia contribuía a la capacidad de Gran Bretaña de ejercer su hegemonía. Las fórmulas algo simplistas de Castlereagh —Nicolson (1946: 155) habla de su sueño de un "equilibrio ideal, calculado casi matemáticamente en términos de población y de poder"— fueron luego suavizadas y mejoradas por la "concepción más realista" de Talleyrand, lo que le permitió a éste (y por consiguiente también a los británicos) darle la cara al mundo con "lucidez, elasticidad y velocidad". Así fue como Francia fue admitida en el círculo interno. La llamada Cuádruple Alianza que se forjó en Viena en 1815 fue remplazada por la Quíntuple Alianza (o la Pentarquía de las Grandes Potencias) en Aix-la-Chapelle, en 1818. Como señala Dupuis (1909: 165), eso lo cambió todo:

El ingreso de Francia al directorado europeo pareció aumentar la fuerza y autoridad de éste; en realidad, las debilitó [...] El peligro francés se desvaneció en las brumas del pasado; ahora sería más fácil expresar diferencias de opinión o ir en pos de intereses contradictorios.[50]

[49] Schenk (1947: 132) señala además que "Wellington [...] previó con una penetración notable que a los Borbones les esperaba el destino de los Estuardo".

[50] Mientras que Gross (1968: 45) dice que el proceso de consulta y de conferencias sobre los intereses mutuos instituido por el Acuerdo de Europa "proporcionaba algún tipo de cuerpo directivo autonominado para el mantenimiento y la manipulación del equilibrio de poder sobre el cual la paz europea descansó precariamente durante

Desde luego, la visión de Metternich era muy diferente de la de Gran Bretaña. En septiembre de 1815 los tres monarcas del "este"[51] firmaron el documento que llegó a conocerse como la Santa Alianza, el compromiso de trabajar de consuno para mantener el *statu quo* en Europa, en caso necesario mediante la intervención en países amenazados por una revolución.[52] Gran Bretaña no se unió a los signatarios. El príncipe regente se excusó sobre la base de que, constitucionalmente, necesitaba contar también con la firma de un ministro. Se contentó con endosar las "máximas sagradas". Castlereagh se negó a transmitir el documento a su gobierno sosteniendo que era "una muestra de sublime misticismo y sinsentido" (Weigall, 1987: 111; véase también Ruggiero, 1959: 93). Pero Metternich no tenía nada de místico. Era, simplemente, un verdadero creyente en el antiguo régimen, como puede verse con toda claridad en sus *Memorias*, cuando analiza los movimientos en pro del cambio en Francia, Alemania, Italia y España:

En los cuatro países las clases agitadas están compuestas primordialmente por hombres acaudalados, por verdaderos cosmopolitas que se aseguran de su ventaja personal a expensas de cualquier orden imperante en las cosas: funcionarios al servicio del Estado, hombres de letras, abogados y los individuos

---

unos cien años", Dupuis (1909: 192) me parece más preciso cuando sugiere que éste realmente no duró mucho: "El Congreso de Verona [1822] le puso fin al periodo de prueba de un gobierno común de Europa por medio de frecuentes deliberaciones entre las grandes potencias sobre asuntos de interés para todos." El Acuerdo de Europa se había convertido, en el mejor de los casos, en un "sindicato intermitente de interese" (p. 503).

Renouvin (1954: 57) ubica el fin de la acción concertada incluso antes, con el documento presentado al gabinete el 5 de mayo de 1820 relativo a la propuesta intervención en España. El documento afirmaba que la alianza "nunca se pretendió como una unión para el gobierno del mundo o para la supervisión de los asuntos de otros estados. [Gran Bretaña] no puede ni desea actuar a partir de principios de precaución abstractos y especulativos" (citado en Crawley, 1969: 674-675).

[51] Para que no me vayan a acusar de utilizar un concepto posterior a 1945, véase el análisis que hace Temperley (1925a: 23) de la Circular de Troppau (8 de diciembre de 1820) emitida por Austria, Prusia y Rusia en una conferencia en la cual Gran Bretaña y Francia insistieron en mantenerse como meros observadores: "La doctrina así proclamada era que la insurrección revolucionaria, incluso si se trataba estrictamente de una cuestión de cambio interno, jamás podría ser reconocida por los tres déspotas militares del este de Europa."

[52] En relación con la Santa Alianza como pilar del acuerdo posterior a 1815, véase Seton-Watson (1937: 47-49). Schenk (1947: 41) nos recuerda que la invitación a incorporarse a la Santa Alianza se les hizo a todos los estados europeos *con excepción* del imperio otomano. "El carácter cristiano del pacto brindaba una justificación."

responsables de la educación pública [...] Este mal puede describirse con una sola palabra: presunción (citado de 3: 465, 467, en Boyle, 1966: 832-833).

Gran Bretaña era lo bastante fuerte como para ignorar la presunción. "Cuando Castlereagh se opuso a la revolución, no fue, como en el caso de Metternich, porque era 'antinatural' sino porque era desestabilizadora" (Kissinger, 1973: 32, 35). Y continúa: "Las revoluciones, aunque indeseables, no representan [para él] un peligro real". Para Gran Bretaña no parecía quedar ningún obstáculo para "el único gran interés expansionista" que tenía: el del comercio y la inversión (Hobsbawm, 1962: 134). Gash (1979: 282) dice que Gran Bretaña era "una potencia saciada". Por lo tanto procuraba —y bien podía darse el lujo de no procurar otra cosa— "influencia sin enredos" (Evans, 1983: 196-203).[53] Con un "pacifismo pragmático" (Polanyi, 1957: 5) Gran Bretaña "sabía cómo obtener lo máximo de su preponderancia" (Renouvin, 1954: 131).

Una manera de hacerlo consiste en concentrarse no meramente en el comercio mundial sino en convertirse en proveedor de préstamos públicos a otros estados. Dichos préstamos fueron en gran medida, durante una generación, un monopolio de los Rothschild, y solían ser "préstamos en apoyo de la revolución, más que de la legitimidad", es decir, préstamos a América Latina, Grecia, España y Portugal. Las ofertas de intercambio accionario, por lo tanto, "apelaban a esa mezcla de idealismo político y estrategia comercial que era el tono dominante de la opinión pública británica". A su vez, las garantías de esos préstamos (que entre 1815 y 1830 ascendían a unas 750 000) representaban una "acumulación de bienes fácilmente negociables en el extranjero" y resultaron ser una divisa disponible para "financiar el comercio cerealero" (Jenks, 1927: 44-45, 61-62).[54]

[53]Véase también Condliffe (1951: 203-209). Como de costumbre, Imlah (1958: 2) es el que lo expresa de manera más brillante: "Lo que se volvió distintivo en la *pax britannica* [más que el poder militar] era la influencia que ejercía sobre las actitudes de otros pueblos y, por consiguiente, sobre las políticas de otros gobiernos, gracias a su propia libertad y a su política sumamente provechosa."

[54]Jenks (p. 63) también señala que en el caso de América Latina esos préstamos eran "viles", ya que se los usaba primordialmente para comprar armamento. "La violencia, la corrupción, la inestabilidad, la imprudencia financiera que caracterizaron a la mayoría de las repúblicas sudamericanas durante una gran parte del siglo se pueden atribuir, en buena medida, a la temprana laxitud del mercado monetario londinense." ¿Estamos seguros de que era laxitud?

Una estructura de hegemonía en el sistema-mundo no podía ser estable si no estaba asegurado el frente interno, y a partir de 1815 Gran Bretaña estuvo en problemas. La combinación de una población creciente, zonas urbanas e industriales en expansión, y el gran declive económico posterior a las guerras, representaba "un agregado de males sociales que llegó a ponerse bajo control al cabo de medio siglo" (Gash, 1979: 2). La opción esencial en términos presupuestales para el gobierno era si debería poner énfasis en la reducción de los gastos, incluyendo los gastos sociales, y abriendo al máximo la economía, o adoptar las políticas más cautelosas y proteccionistas propuestas por la mayoría de los seguidores de los *tories* que estaban en el poder. "De hecho [el gobierno] oscilaba entre las políticas rivales" (Halévy, 1949b: 46).[55]

Aunque en el momento de la llamada reacción *tory* la variante británica de la ideología conservadora fue relativamente "esclarecida" desde el principio, si bien a veces un poco a regañadientes. Sin duda el toryismo hacía hincapié en el "sentido de armonía de la sociedad" (Brock, 1941: 35).[56] El problema era qué significaba esto en términos prácticos. Para Halévy (1949a: 199) la reacción *tory*, a final de cuentas, representó muy poco. Las pasiones políticas explotadas por los líderes *tories*, los lemas que tenían tan frecuentemente en los labios, no diferían en nada esencial de la masa de sentimientos y lugares comunes que habían compuesto al grupo *whig* de seis décadas antes.[57] Y Brock (1941: 35, 76) remonta la marginalización de los viejos o "altos" *tories*, "que se resistían a las reformas dondequiera que apareciesen" a la época en que lord Liverpool fue ministro (1812-1827, pero especialmente en su versión reorganizada a partir de 1822). Dice que ese ministerio fue "el primero de esos gobiernos decimonónicos que, sin poder ser llamados 'reformistas', pueden sin duda ser denominados

[55] Halévy continúa diciendo que "la primera triunfó claramente cuando, en 1819, por la restauración del pago en especie, la escuela de Ricardo logró una sonada victoria y, además, en el momento mismo en el que Ricardo se compró un escaño en la Cámara de los Comunes".

[56] Brock continúa: "No debe gobernar ni un rey, ni los lores, ni los comunes ni el pueblo, sino que cada uno tiene su esfera asignada y cada uno de ellos puede perturbar el equilibrio si se sale de la misma."

[57] Halévy (1949a: 200) enumera como puntos de coincidencia de la política: el gobierno como el partido de la guerra y de la defensa firme de las libertades en Europa; el apoyo social al gobierno; la no intervención de los militares en el gobierno; la reforma de los servicios públicos; una constitución mixta con una asignación difusa de poderes

'mejoradores'".[58] No se trataba tanto de que los conservadores pensaban que la mejora debía ser lenta como de que creían que no tenía que ser planeada conscientemente ni construida intelectualmente; debía aparecer, simplemente, como sereno consenso de los hombres sabios.[59]

El problema inmediato de semejante táctica era que, en una época de inquietud económica, a veces la paciencia de las clases trabajadoras llegaba a su límite. Es bastante difícil implementar la mejora como consenso sereno en medio del desorden social. Antes de que Gran Bretaña pudiese lanzar las mejoras, por lo tanto, el gobierno pensaba que era necesario poner control sobre el desorden, y la vía que escogió fue la represión. En los años de guerra no había faltado la represión de la inquietud social, desde la de los jacobinos ingleses en la década de 1790 (véase Thompson, 1997) hasta la de los luditas en 1811-1812. En 1815 la paz acarreó la adopción provocadora de las Leyes de los Cereales (precisamente las que fueron derogadas con tanta conmoción en 1846). Estas leyes produjeron "un movimiento de petición en una escala sin precedentes" (Stevenson, 1970: 190).[60] En

[58] Asa Briggs (1959) describe el periodo entre la década de 1780 y el año de 1867, en Gran Bretaña, como la "era del mejoramiento".

[59] De hecho, en el siglo XX habría académicos conservadores que sostendrían que eso fue realmente lo que ocurrió. Hart (1965: 39) analiza lo que denomina la "interpretación *tory* de la historia" (refiriéndose a historiadores como David Roberts, Oliver MacDonagh y G. Kitson Clark), en contraposición con la interpretación *whig*, que hace hincapié en los hombres y las ideas: "Al explicar el progreso en la Inglaterra del siglo XIX minimizan el papel de los hombres y las ideas, especialmente el de los benthamitas; consideran que la opinión, con frecuencia movilizada por una conciencia cristiana, era en general humanitaria; que por lo tanto los males sociales eran atacados y manejados cuando la gente sentía que resultaban intolerables; que muchos cambios no fueron premeditados ni planeados en sentido alguno, sino resultado de procesos 'históricos' o de 'fuerzas ciegas'. La implicación es que el progreso social, en el futuro, igual que en el pasado, tendrá lugar sin esfuerzo humano; si nos limitamos a dejarnos llevar por la corriente en un bote oakeshottiano, todo va a ser para bien."

[60] En Londres, "creó escenas que, una vez más, evocaron recuerdos de los motines de Gordon" de 1780. Sobre la adopción de las Leyes de los cereales de 1815 véase Holland (1913: cap. 10). El gobierno había implementado estas leyes ostensiblemente para garantizar el abasto de alimentos. Hilton (1977: 303) ofrece esta justificación: "Cuando la caída de precios de 1814-1815 presentó la amenaza de que hubiese grandes pérdidas en la inversión agrícola en tiempo de guerra, un abandono generalizado del cultivo y una huida del capital de la tierra, los ministros intervinieron para impedir una inapropiada [*¡sic!*] desviación de dinero a la industria, y también para excluir los excedentes extranjeros lo bastante grandes como para haber arruinado a los granjeros, pero demasiado pequeños como para alimentar a los consumidores." El argumento parece interesado.

1817 el denominado levantamiento de Pentrich, de los tejedores que usaban telares manuales (que no llegó a ser una revolución pero que les pareció tal a algunos en ese momento) condujo a la suspensión del *habeas corpus* y a que se ahorcase a los dirigentes.[61] Una reunión masiva de unas sesenta mil personas en Manchester, en agosto de 1819, en St. Peter's Field, Manchester (después de reuniones parecidas en Birgmingham, Leeds y Londres) desató una reacción de pánico que ha llegado a ser conocida como la masacre de Peterloo. (Este sardónico juego de palabras con el nombre de Waterloo ha quedado grabado irrevocablemente en los manuales de historia.) El Estado respondió a su propio pánico creando los "once mártires" y aprobando las "Seis Leyes", así como aumentando el tamaño de las fuerzas armadas (10 000 soldados y 2 000 marinos) (véase Read, 1958: 186-189).[62] Por

Los argumentos contra las Leyes de los cereales eran muy poco más altruistas. Read (1958: 11-12) esboza los motivos de los industriales: "Quienes se oponían en Manchester a las Leyes de los cereales en 1815 no pensaban en los términos de justicia social que usaría también la Liga contra las Leyes de los cereales. Sus argumentos tenían que ver, desembozadamente, con la mano de obra barata. El alto precio de los alimentos, afirmaban, obligaría a los patrones a pagar salarios altos y en consecuencia sus productos perderían importancia en los mercados mundiales."

Véase la evaluación que hace Coleman (1988: 35, 39) de todo el periodo que llevó a Peterloo y culminó allí: "El 'hábito de autoridad' que se les atribuyó a las clases dominantes de la Gran Bretaña del siglo XIX se convirtió en autoritarismo cuando, a comienzos de la centuria, se vio cuestionado. Algunos de los medios de represión eran informales —como presión y acoso social, el cambio de proveedores por parte de los adinerados, el estímulo o la connivencia con la violencia de los movimientos lealistas— mientras que otros eran formales y legalistas, como el mayor rigor de las prohibiciones y controles estatutarios, las campañas de persecución, el aumento de asentamientos militares para aterrorizar o desalentar a los opositores. [El] gobierno se encontró reforzado. Al margen de lo que la posteridad pensase de Peterloo, ésa fue la verdadera lección de 1819."

[61] Véanse Briggs (1967: 43); Evans (1983: 181-186). White (1973: 175) observó acerca de los ahorcados que "lord Colchester expresó su gratificación porque el acontecimiento había servido para eliminar la nociva ilusión de que 'la alta traición era un delito por el cual las personas de baja condición no eran castigadas'. Otro privilegio de la aristocracia se había hecho extensivo a la flamante democracia." Acerca del papel central de los tejedores en el radicalismo de este periodo véanse Clapham (130, I: 178-180); Prothero (1979) y Read (1958).

[62] Las Seis Leyes, aprobadas el 23 de noviembre de 1819, eran la Ley de Prevención de Adiestramiento (prohibición del adiestramiento en el manejo de armas); la Ley de Confiscación de Armas (el derecho a buscar armas y efectuar arrestos); la Ley de Delitos Menores (para reducir las demoras en el proceso judicial); la Ley de Reuniones Sediciosas (para impedir las reuniones de más de cincuenta personas, que sólo podían encontrarse en la parroquia en la cual residían habitualmente, e incluso en ese caso

último, en febrero de 1820 fue expuesta, por su *agent provocateur*, la conspiración de la calle Cato para volar a todo el gabinete, y se ahorcó a cinco personas. ¿Cómo debemos ver este periodo de desorden? Brock (1941: 1) sostiene que "sigue siendo el único periodo del siglo XIX en el cual pudo haberse dado una revolución".[63] Esto parece una hipérbole poco amistosa. En contraste, Thomis y Holt (1979: 124) llegan, acerca de la "amenaza revolucionaria", a la conclusión de que "la impresión más perdurable" que deja es la de la "debilidad" de "un movimiento exclusivo de la clase trabajadora, sin intervención de la clase media".[64] Tal vez sea así, pero de cualquier manera se puede coincidir con White (1973: 192) que, como resultado, "con Peterloo y con el final de la Inglaterra del periodo de la Regencia, la reforma parlamentaria llegó a su mayoría de edad". El sereno consenso de los hombres sabios consistiría en que la combinación de la represión seguida por la reforma (pero no la una sin la otra) era la mejor garantía de la estabilidad política a largo plazo.

Esto queda aún más claro cuando se recuerda que los trastornos no se limitaban a Gran Bretaña. En 1819-1820 abarcaron toda Europa. Metternich reaccionó promoviendo la intervención en Nápoles y España en el Congreso de Troppau en 1820. Como ya vimos, el gabinete británico rechazó formalmente esta idea, a pesar de la "creciente simpatía" que experimentaban los seguidores de los *tories* por Metternich a la luz de su propia sensación de inseguridad "en el control de las masas del pueblo" (Webster, 1925: 176-177). Las mentes más frías veían que esa batalla ya estaba ganada y que era momento de pasar de la represión a la reforma, o por lo menos a las mejoras.

Inicialmente Francia, en muchos sentidos, padeció menos descon-

---

podían recibir la orden de dispersarse; y que de cualquier manera no podían portar armas, desplegar banderas, usar tambores, tocar música o presentarse con ropaje militar); la Ley de Blasfemia y Libelos Sediciosos (que restringía el papel de la prensa radical), y la Ley de Estampillas de Derechos para los Periódicos (que ampliaba las estampillas de derechos a las publicaciones que aparecían más de una vez cada 26 días y costaban *menos de* seis peniques sin impuesto). Véase también Prothero (1979: 75).

[63] Con ánimo reprobatorio, Brock (pp. 35-36) sostiene que "los disturbios radicales de 1816 a 1819 retrasaron, en lugar de impulsar, la causa de la reforma parlamentaria. Los *tories* estaban más convencidos que nunca de la maldad de los reformistas, y los *whigs* se volvieron tibios en una causa que veían tan apoyada".

[64] Thomis y Holt reprueban además (p. 127) el temor a una revolución inminente: "En vista de tal evidencia de debilidad del lado revolucionario, la explicación de que no se produjese una revolución a finales del siglo XVIII o a principios del XIX no necesita buscarse en la fortaleza de la posición del gobierno y en las fuerzas de que disponía."

tento popular que Gran Bretaña por la caída económica posterior a la guerra. Tal vez se debió al hecho de que los franceses estuviesen tan involucrados en la reconstrucción del aparato de gobierno. Quizá fue por el legado de estructuras revolucionarias, pese al hecho de que se suponía que Francia estaba viviendo una restauración. A lo mejor fue la mayor necesidad de controlar a un grupo de "ultras" que aceleraban el paso del centro liberal. Tal vez, más que nada, fue la presunción excesiva de los "ultras", que puede haber distraído la atención de las cuestiones sociales.

Incluso podría decirse que fue Napoleón el que inició la reestructuración. En sus Cien Días se había "convertido al liberalismo". Enfrentado a un Luis XVIII que había proclamado una constitución liberal, le dijo a la Cámara de los Pares dos semanas antes de Waterloo: "He venido a inaugurar la monarquía constitucional" (Suel, 1958: 180). Lo que logró de hecho esa "reaparición mesiánica" de Elba fue obnubilar la imagen de Napoleón como tirano y restablecer su imagen de revolucionario. Logró así dejar un legado. "Las tres naciones que dominaron la tradición revolucionaria de principios del siglo XIX —Francia, Italia y Polonia— fueron precisamente aquellas en las que más desarrollado estaba el culto a Napoleón" (Billington, 1980: 129).

En 1814 el rey, que todavía no se sentía muy seguro en su trono, buscó apoyo en el centro. Como no deseaba conceder por principio el concepto de control popular, promulgó por *edicto* una Carta que garantizaba gran cantidad de los logros "populares" de la revolución: igualdad ante la ley, en materia de impuestos y para el servicio militar; libertad de expresión y religión (aunque el catolicismo volvería a ser la religión del Estado); mantenimiento del código civil de Napoleón; continuidad de los títulos y jerarquías concedidos en el régimen anterior; seguridad de las propiedades que habían sido confiscadas y vendidas bajo los procedimientos revolucionarios y, por encima de todo, continuidad del Estado centralizado. Por supuesto, un elemento de este compromiso fue el hecho de que, políticamente, la primera restauración se llevó a cabo con la connivencia de muchos de los principales seguidores de Napoleón, que habían negociado su propia continuidad en los cargos (véase Zeldin, 1959: 41). Pero es importante señalar que, si bien algunas de esas mismas personas se comprometieron con el rey durante los Cien Días y luego fueron purgadas —y en algunos casos ahorcadas— en el Terror Blanco de la segunda

restauración, la Carta perduró. Era obvio que reflejaba algo más que un arreglo circunstancial; era una elección política.

Ante el desaliento del rey, las primeras elecciones parlamentarias conjuntaron una asamblea ultrarrealista: los discípulos de Maistre, Bonald y Chateaubriand. En el curso de un año los "moderados" leales a las preferencias del rey se encontraron en una minoría parlamentaria. Y Francia entró a la situación irónica en la cual los ultrarrealistas, los que estaban en favor de la "tradición convertida en sistema y postulada como política",[65] una tradición de la cual el pilar era la monarquía, se encontraban en oposición con la encarnación de ese pilar de la tradición. El rey disolvió esa asamblea y logró reunir una que le resultaba un poco mejor, pero la lucha habría de continuar hasta 1824, cuando los ultrarrealistas tuvieron un gran impulso con la sucesión del hermano de Luis XVIII coronado como Carlos X. No obstante, ese definido giro hacia la derecha conduciría directamente, desde luego, a la revolución de julio de 1830.

La batalla crucial y definitiva en torno a la creación del Estado liberal no se libró en Gran Bretaña —donde, como hemos visto, se había ganado incluso dentro del partido *tory* ya para la década de 1820— sino en Francia, donde los legitimistas lucharon dura e incesantemente durante la restauración para alcanzar lo que consideraban que debería haberse obtenido con la salida de Napoleón: la restauración de una aristocracia privilegiada y una Iglesia privilegiada; es decir, según su punto de vista, "¡la destrucción de la igualdad!" (Elton, 1923: 103). De modo que cuando se encontraron bajo la autoridad de un rey que deseaba gobernar racional y moderadamente —es decir, en el centro—, porque era consciente de que el verdadero problema consistía en cómo canalizar un sentimiento popular que ya no podía seguir siendo simplemente ignorado como indigno de recibir atención, los legitimistas se volcaron contra el rey y, por lo tanto, contra la tradición. Ya en 1817 Bonald (citado en Mellon, 1958: 102-103) observó claramente lo que estaba ocurriendo:

Nosotros, los que nos denominamos a nosotros mismos realistas, queremos que la realeza se afirme por medio de la legitimidad; entonces, si comenza-

[65] Ésta es la definición que da Rémond (1982: 22) de los "ultras" como uno de los tres "derechos" de Francia; los otros dos eran los orleanistas (conservadores-liberales) y los nacionalistas-bonapartistas.

mos a actuar en algún lado como miembros de la liga,[66] debemos ser perdonados —y hasta encomiados— ya que es porque pensamos que la realeza se está oponiendo a la legitimidad, y que hacemos bien al servir [a la realeza] contra sí misma.[67]

Los legitimistas se autodestruyeron. Por un lado, llegaron a estar en favor de un Estado autoritario, que no es lo mismo que estar a favor de uno absolutista, ya que implica una tonalidad populista o por lo menos antielitista.[68] Al mismo tiempo, "su adhesión a la monarquía absoluta y al derecho divino [su esfuerzo por servir a la realeza en contra de sí misma] los llevó a oponerse a la monarquía constitucional y a volverse partidarios del parlamento" (Ruggiero, 1959: 174).[69] Peor aún, se volcaron a una ampliación del sufragio, pensando que el voto de la clase media podía ser diluido por el sufragio campesino "tradicionalista". Y, al hacerlo, destacaron aún más el papel del parlamento. Louis Blanc, que escribía en 1841 (1: 73), era lúcido:

¿Qué le importa a la historia lo que quería hacer la Cámara de 1815? Su legado es lo que hicieron. Ellos fueron los que proclamaron el dogma de la

[66] Referencia a la "Santa Liga" francesa del siglo XVI, que combatió contra los protestantes, a los que procuró expulsar definitivamente del país. [T.]

[67] *Archives*, I, 1817: 10 (citado en Mellon, 1958: 102-103).

[68] Lecuyer (1988: ii) señala, en su prefacio del editor a una nueva publicación de Bonald realizada en el decenio de 1980, que cuando se publicó la *Théorie du pouvoir politique...*, en 1796, fue prohibida por el gobierno francés (el Directorio), de modo que tuvo pocos lectores en Francia. Pero Bonald tuvo "un lector notable: Bonaparte oyó hablar del libro en su época y parece haberlo encontrado especialmente de su gusto". El hecho de que el mismo Bonald fuese ferozmente antinapoleónico en los años por venir, precisamente sobre la base de que Napoleón era un tirano (véase Koyré, 1946: 57, n. 6) es irrelevante, ya que la lógica de su posición lo impulsaba hacia una dirección autoritaria moderna, como lo aprecia Béneton (1988: 43): "como la verdadera razón es enteramente social, toda innovación debe ser considerada a priori perniciosa y peligrosa [...] Lo más peligroso es una nueva *idea* [...] Por eso es necesaria la censura de libros [...] La primacía de lo social justifica apelar a las autoridades seculares. De esta forma el tradicionalismo radical de Bonald culmina en una fórmula autoritaria".

[69] Esto permite que Ruggiero (1959: 85), liberal quintaesenciado, ataque a los legitimistas por revolucionarios: "No hay nada (en el pensamiento de Maistre, Bonald etc.] a lo cual pueda aplicarse la palabra 'restauración' en su sentido apropiado. Es más bien una continuación de la misma revolución que muestra un nuevo aspecto [...] Los monarcas del periodo moderno realmente surgieron de una ruptura del universalismo de la edad media [...] El universalismo religioso de la Santa Alianza, por lo tanto, está totalmente desconectado de la tradición; se dirige contra la *Declaración de los Derechos del Hombre* y no es, en sí mismo, de carácter menos revolucionario."

soberanía absoluta de la legislatura, y por eso fueron ellos quienes sin saberlo sentaron las bases del silogismo por el cual, tras quince años de lucha, 1830 representa la conclusión extraída... [El resultado de que Luis XVIII disolviese la Cámara fue que] los que se autodenominaban *ultrarrealistas* se quedaron consternados y los que se llamaban a sí mismos *liberales* aplaudieron. Tendría que haber sido a la inversa.

Por lo tanto no es sorprendente que fuesen estos mismos legitimistas quienes para 1840 estaban formando el primer partido político organizado de Francia.

Los legitimistas les abrieron la puerta a los liberales, permitiéndoles apropiarse de la revolución (y hasta de Napoleón) para tener una tradición verdadera, disociándose, entre tanto, de los matices excesivamente democráticos de la revolución.[70] Ésta había sido virtuosa pero había errado al desviarse de su intención liberal original, dijeron Guizot[71] y otros historiadores liberales (tema que Furet habría de revivir a finales del siglo XX), pero, "con la Carta, resultó posible completar el catecismo: la revolución ha concluido y ha triunfado". De esa manera, "los liberales se convirtieron en los verdaderos realistas y los ultras en los verdaderos revolucionarios" (Mellon, 1958: 47).[72] Mellon considera que esta lectura de la historia de la Revolución francesa es

[70] Véase Mellon (1958: 3, 7): "La primera tarea política a la que se enfrentaron los liberales [...] fue vender la Revolución francesa. Su misma existencia durante este periodo dependía de su capacidad de justificar la Revolución, de exculparla de crímenes, de explicar a sus criminales [...] En lugar de glorificarse en la 'novedad' de la Revolución, de su repulsa frente a siglos de oscuridad y tiranía, los liberales de la restauración podían apoderarse de sus conexiones con este pasado; contrarrestaban el esfuerzo conservador por leer a la Revolución fuera de la historia francesa con una versión que sugeriría su deuda con el pasado, su continuidad."

[71] "La revolución, el resultado de la necesidad divina de una sociedad en progreso de avance, basada en principios morales, emprendida en nombre del bien público, era la lucha terrible pero legítima del derecho contra el privilegio, o de la libertad contra lo arbitrario y [...] sólo ella, regulándose a sí misma, purgándose a sí misma, fundando la monarquía constitucional, es capaz de consumar el bien al que dio inicio y reparar los males que cometió" (Guizot, 1820b: 28). De modo que, como lo expresa Rosanvallon (1985: 199): "entendida desde esta perspectiva, la Carta de 1814, lejos de ser un compromiso bastardo, circunstancial, parece, por el contrario, ser la culminación de una larga historia".

[72] Este análisis que hace Mellon en 1958 de la historiografía de la Revolución francesa durante la restauración debería leerse junto con el análisis que lleva a cabo Kaplan en 1993 de la historiografía escrita durante el bicentenario de la Revolución francesa. *Plus ça change...*

"un hito en el desarrollo del liberalismo europeo". De esa forma, los liberales se desradicalizaron y se distinguieron, en su propia opinión, cada vez más en la de otros, de los "demócratas". *Liberalismo* se volvió un término vinculado con un *statu quo* moderado.[73] Perdió su "significado partisano al disolverse semánticamente en un calificativo general de diversos 'logros' franceses posteriores a 1789" (Marichal, 1956: 293). Y con eso podía pasar de representar la oposición al despotismo napoleónico a continuar con la experiencia napoleónica:

> El liberalismo como práctica de gobierno se derivó de la misma matriz que la administración napoleónica, con la única y prácticamente restringida excepción de la representación por elección como límite al gobierno arbitrario. Igual que los funcionarios napoleónicos, los liberales estaban convencidos de que encarnaban el progreso social y económico, favorecían la ciencia y la tecnología y proclamaban principios racionales, utilitarios, como base de una administración superior y neutra. La continuidad entre la experiencia napoleónica y el liberalismo se vio acentuada por la fuerte defensa de los antiguos administradores imperiales contra las pretensiones legitimistas de algunas monarquías de la restauración, así como por su papel dirigente en plantear propuestas estadísticas para resolver problemas sociales (Woolf, 1991: 242).

Una vez que el liberalismo se deshizo, así, de sus asociaciones radicales, tanto en Gran Bretaña como en Francia, se vio lanzado a su senda tecnocrática, reformista. Para el gobierno británico de la época el problema más urgente a resolver era el del dinero. En realidad, W. Cooke Taylor dijo en 1851 que Gran Bretaña tenía que solucionar tres problemas urgentes después de 1815 —"efectivo, cereales y católicos"—, pero nótese que puso el dinero en primer lugar. En 1797, debido a dificultades económicas resultantes de gastos de guerra y de una posición militar endeble, Pitt suspendió "temporalmente" los "pagos en metálico" de los billetes del Banco de Inglaterra, preservando así sus reservas metálicas,[74] pero "precipitando también una controversia

[73] Como de hecho lo afirma Ruggiero (1959: 89) en su defensa del liberalismo: "la verdadera restauración no está contenida en el Tratado de Viena, territorial, ni tampoco en la política de la Santa Alianza, sino que se va dando por grados en la historia de las naciones europeas en las cuales tradición y revolución, reaccionarios y jacobinos colaboraron de maneras opuestas en la labor común de restablecer el equilibrio y llevar a cabo una fusión de lo viejo y lo nuevo".

[74] Acerca de la sangría del tesoro desde 1793 hasta 1797 véase Clapham (1944, I: 259-272). Este autor (p. 172) habla de la "importancia crucial [del] metálico" del Ban-

que continuó durante más de tres cuartas partes de un siglo" (Fetter, 1965: 1). Para ser más precisos, hubo dos controversias. La reanudación marcó la culminación de la denominada controversia metalista, la cual, a su vez, condujo a una segunda controversia entre la llamada escuela bancaria y la escuela del efectivo.[75] Los metalistas se asustaron en 1809-1810 ante las presiones inflacionarias, que atribuían a la excesiva emisión de billetes. Predicaban el remedio de la convertibilidad. Los antimetalistas sostenían que el problema no podía resolverse mediante un cambio de política monetaria, ya que era resultado de las extraordinarias presiones de la época de guerra, y sería pasajero. El compromiso consistió en posponer la reanudación hasta la llegada de la paz. Sin embargo, en ese momento se instaló una aguda deflación y surgió una oposición considerable a toda restricción del crédito, que era a lo que equivalía la reanudación.[76] En ese punto era en gran medida una controversia entre quienes (como los dirigentes de la industria algodonera) hacían hincapié en la posición de Gran Bretaña en materia de divisas, que se vería fortalecida por un patrón oro, y los que se preocupaban por mantener los precios de los productos agrícolas,[77]

co de Inglaterra "justo antes de la suspensión de los pagos en efectivo en 1797" (1: 172). Los billetes emitidos por el Banco de Inglaterra no tenían respaldo legal en ese momento, y "mientras el público aceptase los billetes del banco sin que tuviesen respaldo legal, el gobierno y el banco lo preferían así". Un elemento para evitar el término "respaldo legal" era que "en la mente del público se asociaba con los *assignats* de la Revolución francesa" (Fetter, 1965: 59). El colapso de los *assignats* en 1795 había conducido derecho a un aumento del uso del dinero metálico en Francia, lo que a su vez había constituido uno de los factores que causó tal sangría en el tesoro británico (véase Fetter, 1965: 11-21).

[75] Una síntesis de los intríngulis de estas dos controversias puede verse en Laidler (1987) respecto a la controversia sobre el uso de metales preciosos y en Schwartz (1987) por lo que toca a la escuela bancaria versus la del efectivo. Respecto a ambas controversias véase también Fetter (1965: 28, 187-192).

[76] Por lo que se refiere a las implicaciones políticas del debate sobre la reanudación véanse Jenks (1927: 25-31) y Fetter (1965: 95-103).

[77] "Los descontentos agrícolas se vieron agravados por la reanudación de los pagos en efectivo. Se habían hecho contratos, se había tomado dinero prestado y se habían calculado los impuestos con el régimen del papel. Con el regreso del patrón oro el valor del dinero ascendería, los precios descenderían, y las deudas contraídas deberían ser pagadas en dinero de mayor valor" (Brock, 1941: 186).

"En este momento en el movimiento de protesta se traslapaban claramente las cuestiones de los cereales y del dinero; de hecho, durante cierto tiempo se convirtieron en una única cuestión [...] Sobre los deudores recayó una pesada carga [...] Uno de los grupos más importantes de deudores era el de los granjeros [...] Los detalles técnicos de la manipulación del dinero eran [...] de gran importancia para los cultivadores de

que no eran sólo los grandes terratenientes sino también los "hombres pequeños".[78]

Cuánto espacio debía haber para el "hombre pequeño" una vez que Peterloo demostró la rígida posición del gobierno era una cuestión que absorbía cada vez más el interés público en Gran Bretaña. Resultaba evidente que la causa subyacente del descontento popular era la "angustia", y las instituciones de asistencia existentes eran a todas luces insuficientes para impedir que las clases trabajadoras "recurriesen a los disturbios" (Darvall, 1934:199).[79] Pese al hecho de que Peterloo había sido un esfuerzo por intimidar a las clases trabajadoras, cosa que se logró hasta cierto punto, las clases gobernantes temían el creciente poder social de las mismas.

El debate entre liberales y conservadores (que es mejor que decir entre *whigs* y *tories*, o incluso entre radicales y *tories*) no era sobre si existía un "problema" por resolver. Era más bien sobre cuál era la mejor manera de resolverlo. Los liberales se inclinaban por una legislación que diese poderes a los expertos, mientras que los conservadores se inclinaban por una vaga entidad denominada "intereses".[80] Los tímidos

---

cereales, por poco que los comprendiesen. Y a los críticos les resultaba fácil olvidar los detalles y atacar a los economistas políticos con sus 'falsa especulación' y 'teorías abominables' y 'especialistas cambiarios' que parecían estar a cargo de la alta política. '¡Caray! Ahora se están convirtiendo en *todo.* Baring colabora en el Congreso de los Soberanos y Ricardo [que introdujo la legislación de la reanudación] reglamenta las cosas aquí" (Briggs, 1959: 204-205).

[78] "Todo estaba muy bien para los ricos, que podían obtener todo el crédito que necesitaban para hacerle frente a la rígida deflación y la ortodoxia monetaria de la economía después de las guerras napoleónicas; y que sufría el hombre pequeño, así como aquel que en todos los países en todos los momentos del siglo XIX requería crédito fácil sin ortodoxia financiera" (Hobsbawm 1962: 58). "El regreso al patrón oro a partir de 1819 fue visto como la reinstalación del poder monopólico de la clase rica que controlaba la provisión de dinero" (Cole, 1953, 1: 110). Los radicales de clase media estaban del lado de la reanudación porque pensaban que eso permitiría que el país "volviese a las tasas impositivas normales de tiempo de paz" (Read, 1958: 64).

[79] Desde luego, lo mismo ocurría en los distritos rurales, donde había "dos clases separadas cuyos intereses eran totalmente diferentes y discordantes [...] Cuando los capitalistas se enriquecían, los trabajadores padecían. [Para 1815] en los distritos rurales de Inglaterra y Escocia se había desarrollado un proletariado listo para una revuelta" (Halévy, 1949a: 249).

[80] "La idea de 'intereses personales' dominaba la actitud del partido *tory* hacia las clases trabajadoras. Lo que se resistía con mayor persistencia a los esfuerzos de los reformistas liberales para modelar la administración pública sobre líneas racionales, inteligibles, era el viejo prejuicio dieciochesco en favor de los 'intereses' más que el Estado como unidad de gobierno" (Hill, 1929: 92).

inicios del enfoque legislativo se llevaron a cabo, no obstante, bajo un gobierno *tory*, en 1817, con la Ley de Empleo de Pobres, que brindaba trabajo en canales, caminos y puentes. La ley representó "un nuevo y significativo punto de partida" puesto que "reconocía implícitamente" una obligación de ayudar al "hombre pequeño" en una época de depresión (Flinn, 1961: 92).[81] Al tímido esfuerzo legislativo debemos agregar los elementos pacificadores del metodismo, la emigración y el imperio. Desde hace mucho se discute el papel de las sectas protestantes en garantizar la estabilidad política de Gran Bretaña.[82] Las propuestas de Wilmot Horton de promover la emigración como solución de la pobreza han sido calificadas de una política de "sacar a patadas a los indigentes".[83] Y la emigración, a su vez, se vinculaba con el imperio.

[81] Flinn (pp. 84-85) señala que entre 1793 y 1811 el parlamento votó leyes de hacienda para proporcionar asistencia a mercaderes, fabricantes y plantadores coloniales en dificultades. La cuarta de esas leyes mencionaba "la amenaza consecuente al empleo". Pero antes de 1817 las leyes sólo contribuían a aumentar la liquidez de los emprendedores y a promover obras públicas específicas. La ley de 1817 involucraba también "el deseo de elevar el nivel de empleo". De hecho, la legislación social gubernamental era anterior a la ley de 1817. Existía ya la Ley de Salud y Moral de los Aprendices, de 1802, que limitaba el trabajo de los aprendices indigentes en los talleres de algodón a 12 horas diarias. Aunque tal vez se trataba más bien de una derivación de las leyes de pobres isabelina que de una respuesta a la nueva fuerza social de las clases trabajadoras (véase Heywood, 1988: 218). Peel, a instancias de Robert Owen, presentó una segunda ley con los mismos lineamientos en 1815 (véase Ward, 1973: 56). Es difícil trazar una línea, si acaso existe, entre la caridad social *tory* (*noblesse oblige*) y la prudente aceptación *tory* de la necesidad de limitar las turbulencias sociales. Como quiera que sea, "el conservadurismo peelista no era unánime en lo tocante a cuestiones laborales. La atención del partido oficial bajo la dirección de Wellington y de Peel se ocupaba de otras cosas" (Hill, 1929: 181).

[82] "Ofrecían una salida por la cual la desesperación del proletariado en épocas de hambre y miseria podía encontrar alivio, oponían una barrera pacífica a la difusión de las ideas revolucionarias y suplían la falta de control legal con el dominio de una opinión pública despótica" (Halévy, 1949b: vi). "A su pasión por la libertad [los no conformistas] unían la devoción por el orden, y en última instancia este último predominaba" (Halévy, 1949a: 424).

[83] Johnston (1972: 64) defiende a Horton de esta denigración cuando dice que tenía una verdadera "fe en el valor de las posesiones coloniales". Tal vez así fuese, pero la emigración fue de tamaño significativo (cerca de 11 000 personas, o 1 de cada 19 emigrantes) y redujo el problema. Y el gobierno la impulsó, como lo aclara el mismo Johnston (pp. 1-2): "Entre 1815 y 1826 el gobierno de lord Liverpool llevó a cabo seis experimentos distintos de emigración con ayuda del Estado. [...] La emigración, igual que la reforma parlamentaria y que la revocación de las Leyes de los cereales, fue una cuestión que encontró raíces en el sufrimiento de las clases bajas."

Otra preocupación era que los irlandeses y los escoceses de las tierras altas pudiesen emigrar a las "áreas económicamente desarrolladas del Reino Unido" (Clapham, 1930:

El punto fundamental de la política británica en el periodo inmediatamente posterior a 1815 parece haber sido la cautela. Se mostraban cautelosos respecto a levantar las estructuras proteccionistas. Se mostraban cautelosos acerca de resumir los pagos en metálico. La misma cautela podía verse en relación con las colonias y el sistema mercantil. Los economistas políticos liberales eran antiimperialistas por principio,[84] pero había oposición a cualquier "derogación repentina del sistema existente". Aquí, como en todo lo demás, los liberales apostaban con cuidado. Sí, libre mercado, pero no a expensas de la acumulación de capital. Eventualmente se produjeron las modificaciones, aunque "a los defensores del libre mercado les parecía que el antiguo sistema, igual que Carlos II, tardó un tiempo desmesurado en morir" (Schuyler, 1945: 103).

Los liberales eran prudentes incluso en sus enseñanzas respecto a las colonias. Los economistas liberales en general se preocupaban mucho por la merma de las utilidades. Wakefield llegó a la conclusión de que las colonias eran una respuesta parcial a la reducción de las oportunidades de inversión rentable. James Mill (citado en Winch, 1963: 398), aunque aceptaba en general las restricciones de Ricardo, concedió: "Si la colonización fuese una necesidad económica para Gran

63). Obviamente lo harían y, obviamente, hasta cierto punto, esto resultó muy útil para los empresarios. Pero a partir de determinado momento contribuyó al problema de la miseria social urbana, mientras que la emigración de esas mismas personas fuera del Reino Unido no contaba con esta desventaja. La *Emigration inquiry of 1826-7* [Investigación sobre la migración de 1826-1827] hablaba del "aumento infinito de migrantes irlandeses en potencia y [...] el riesgo para el nivel de vida británico" (citado en Clapham, 1930: 64).

[84] "Como enemigos jurados del mercantilismo y de todas sus obras, los economistas [Ricardo, Malthus, Mill, McCulloch] se oponían, desde luego, al sistema colonial, y en un momento en el que el imperio sin restricciones comerciales parecía una anomalía, sus enseñanzas, naturalmente, eran de tono antiimperialista" (Schuyler, 1945: 70). Una de las aseveraciones más enérgicas que hubo fue la de Huskisson (1825: 24) con ocasión de un debate parlamentario relativo a ponerle fin al monopolio de la navegación: "De hecho [...] el monopolio [colonial] es inútil o pernicioso. Es inútil cuando la madre patria puede brindar a la colonia mercancías al mismo nivel, o uno inferior, que otros, y cuando no es capaz de hacerlo el monopolio, al forzar una parte de su capital en empleos para los cuales no tiene una actitud especial, es clara e indudablemente pernicioso." Como verificación de estas verdades señala el ejemplo del vigoroso comercio ininterrumpido con Estados Unidos después de su independencia. En cuanto a impedir el acceso de la competencia extranjera, dice (p. 285): "Todos los reglamentos tiránicos y los guardacostas de la vieja España no impidieron que sus colonias se inundasen con las mercancías prohibidas de Inglaterra, Francia y Alemania."

Bretaña, requeriría el apoyo gubernamental."[85] Wakefield desarrolló "una concepción de imperio nueva, liberal", con una justificación adecuadamente benthamita de las colonias eficientes y autofinanciadas.[86] Las colonias del imperio de la Regencia fueron entonces realmente diferentes de las anteriores, como lo ha sostenido Harlow (1953). Se convirtieron en "una extensión de los cambios sociales en ultramar, un ejemplo del imperialismo social" (Bayly, 1989: 252-253).[87]

En la práctica, el cambio social en ultramar para los británicos implicaba colonización por parte de los británicos cuando era una necesidad económica para ellos, y descolonización de las colonias de otros países cuando a los británicos les resultaba económicamente útil. Para un pueblo insular, sin pretensiones universalistas napoleónicas, el mundo estaba repentinamente a sus pies. "Desde 1815 Inglaterra había estado mandando sus enjambres por todo el globo", como turistas, como emigrantes, como colonizadores y como defensores románticos de las revoluciones (Halévy, 1949b: 126-127).[88] Gran Bretaña, después

[85] Huskisson (1825: 287), sin embargo, tenía un punto de vista muy diferente: "La verdad es que la TASA de utilidad no depende ni en mínimo grado de la magnitud del terreno para el empleo del capital, sino que está determinada por entero por la productividad de la industria en el momento."

[86] "Wakefield subrayó la naturaleza 'científica' de su propuesta [...] Es posible trazar un paralelismo entre el Consejo Central de Tierra y Emigración de Wakefield y otra creación benthamita, el Consejo Central del sistema de las Leyes de Pobres revisadas. En ambos casos se trataba de burocracias centralizadas de un tipo poco común y poco afín a la mentalidad británica existente. Ambos requerían un plantel de expertos de tiempo completo, totalmente informados sobre los principios subyacentes al sistema, para que pudiesen ejercer la administración económica y eficientemente, con una cadena de mando y responsabilidad clara y llegar hasta sus subordinados [...] Las colonias no debían ser ya simples puestos de avanzada militares ni lugares donde deshacerse de los convictos; tampoco había que mantenerlas por las canonjías que representaban para la aristocracia ni para la ventaja del aprendizaje de grupos de interés específicos. Había que construir nuevas comunidades, libres de las restricciones políticas y religiosas de la vida inglesa, pero con algunos de los atributos de una antigua civilización" (Winch, 1965: 149-150.

[87] Bayly continúa: "Desde luego, en la mente de los estadistas no existía una sensación burda de que tomar una isla del Caribe por aquí o una provincia de la India por allá pudiese contribuir a disciplinar a la clase trabajadora y brindase un terreno para la emigración de los escoceses indigentes o de los campesinos irlandeses rebeldes. Se trataba más bien de que el sentimiento de una misión nacional, que se forjara por los conflictos e inquietud en Gran Bretaña, y difundido especialmente por terratenientes no aristocráticos, recientemente militarizados, se había dispersado en el extranjero y regenerado las ambiciones latentes de gobernadores complacientes en enclaves coloniales."

[88] Halévy continúa: "Los nobles y los miembros de la clase media se habían trasladado a París o a Italia para disfrutar de una vida más barata, menores impuestos [adviertan

de un largo periodo lleno tanto de titubeos como de incitaciones a los movimientos de independencia de los colonos de América Latina, finalmente se decantó decisivamente en 1823 en oposición a que cualquier otro país europeo, aparte de España, enviase allí tropas para aplastar esos movimientos; eso se reconoció como el momento definitivo de la lucha.[89] Porque Gran Bretaña estaba dispuesta a combatir allí, aunque no había estado a hacerlo en oposición a la intervención de Francia en la misma España en 1820.[90] Desde luego, eso era lo que cabía esperar de una potencia hegemónica y de la forma en que la misma se afirma, haciendo amenazas implícitas que espera no sean cuestionadas, pero sabiendo también cuándo no tiene la fuer-

---

esto todos aquellos que piensan que Gran Bretaña era el Estado supervigilante], mejor clima y placeres más abundantes. Los trabajadores desempleados se iban de Inglaterra para encontrar trabajo en el suelo virgen de América del Norte, Sudáfrica y Oceanía; y las revoluciones que estaban estallando casi por todo el mundo permitían que todos los que sintiesen el acicate del espíritu de aventura, y que encontrasen insípida una vida de paz, encontrasen una oportunidad de presentarse como campeones de la libertad. En París sir Robert Wilson ayudó a huir a La Valette; en Ravena, Byron entró en conflicto con la policía austriaca. Pero Sudamérica era la que les ofrecía las aventuras más gloriosas a esos caballeros errantes. Lord Cochrane era quien comandaba la flota chilena; el almirante Brown estaba al mando de la flota del Virreinato del Río de La Plata, anclada frente a Buenos Aires. En Venezuela el general MacGregor pasaba de una batalla a otra, y el general English encabezaba un cuerpo angloalemán de 300 hombres. Se ha calculado que más de 10 000 hombres salieron de puertos irlandeses en 1819 'para luchar contra la causa del despotismo en Sudamérica', y que tan sólo una brigada contenía a más de 1 500 que habían combatido en Waterloo."

[89] "Es bien sabido cómo le hizo frente Canning al problema [del riesgo de intervención europea]. Advirtió oportunamente que se utilizaría la marina británica para impedir la partida de tropas francesas o de otros países al margen de España [...] a los gobiernos continentales se les proporcionaron bases muy esclarecedoras para calcular los riesgos antes de comprometerse" (Imlah, 1958: 9).

[90] La doctrina Monroe también se promulgó en 1823, pero no debe exagerarse su eficacia. Perkins (1927: 256-258) habla de su "interés temporal, más que perdurable, para la mayoría de los europeos", agregando que "la idea de que llenó de miedo el corazón de los diplomáticos del Viejo Mundo es una leyenda, nada más". La reacción diferente hacia Gran Bretaña está clara, como lo señala Seton-Watson (1937: 88): "No es exagerado afirmar que la actitud de Canning, más que la doctrina Monroe, fue el factor decisivo de la 'creación del Nuevo Mundo': porque Estados Unidos aceptaba no estar dispuesto a ir hasta el fin de la guerra, mientras que Canning claramente lo estaba y Europa, que se daba cuenta, estaba visiblemente impresionada." En el caso de intervención propuesta en España misma, Castelreagh y su entonces primer ministro Canning rehusaron participar. Es muy cierto que habían aclarado que no aprobaban la intervención francesa, pero lo hicieron "de manera totalmente pasiva siempre que Francia se mantuviese lejos de la América portuguesa y española" (Seton-Watson, 1937: 84).

za necesaria para emitir un ultimátum.[91] Así, tras haber maniobrado exitosamente a los estados europeos para colocarlos en una posición de no hacer nada, "Canning llegó a obtener todo el crédito entre los sudamericanos" (Temperley, 1925b: 53) y de esa manera Gran Bretaña se aseguró su papel de portaestandarte de la libertad, a pesar de los evidentes intereses que tenía en juego.

Esta disposición de Gran Bretaña a desempeñar el papel de defensor limitado de los movimientos de independencia se hizo extensiva también a los Balcanes y al imperio otomano, muy especialmente en el caso de Grecia. La opinión pública de Gran Bretaña se dividía entre el desprecio por la autocracia, que se veía como algo no del todo civilizado, y un prudente deseo de no enredarse demasiado en esas cosas. "Influencia sin involucramiento" es como describe Evans (1983: capítulo 21) las aspiraciones británicas en materia de política exterior en Europa durante esa época. Otra manera de describir esos objetivos, sin embargo, consiste en decir que su meta primordial era carcomer lentamente la Santa Alianza haciéndola avergonzarse allí donde sus principios más se tambaleaban. El caso de Grecia brindaba una oportunidad de oro. La revolución griega comenzó a la zaga —pero también al mismo tiempo— de otras que se produjeron en Europa en 1820-1822. Como vimos, Gran Bretaña desaprobaba "pasivamente" la intervención en el caso de las demás. Sin embargo, el levantamiento griego tenía la característica especial de ser una rebelión de cristianos contra un imperio musulmán, y en particular un alzamiento de cristianos ortodoxos. Metternich podía permanecer impávido, pero eso era más difícil para el zar de todas las Rusias. Incluso así Alejandro titubeó, pero Nicolás, que ascendió al trono en 1825, estuvo dispuesto a unirse

[91] Véase el análisis de Temperley (1925b: 37) en relación con la clara autoridad de Gran Bretaña en esta cuestión: "Castelreagh consiguió que Alejandro, en Aix-la-Chapelle (1818) abandonase toda intención de intervención por la fuerza en América Latina [...] Pero el hecho de que la neosanta Alianza se sometiese a Castelreagh en 1818 no era razón para que tuviese que hacerlo [en 1823] si Francia estaba dispuesta a arriesgar algo para lograr ese propósito." ¿Pero lo estaba Francia? Francia parecía sugerir que sí. Luis XVIII ya había intentado rehabilitar el Pacto de Familia en 1815, y por consiguiente ofreció apoyo a España. Subsecuentemente Francia esperaba estimular la creación de monarquías borbónicas en América Latina. Pero para finales de 1823 se convenció de que "España no reconquistaría a sus ex colonias" (Robertson, 1939: 319) y que por lo tanto no valía la pena emprenderla contra Gran Bretaña, pese al hecho de que el partido ultra (incluyendo a Monsieur, que no tardaría en convertirse en Carlos X) apoyaba enérgicamente la intervención.

con Gran Bretaña y después con Francia para forzar la cuestión,[92] que en última instancia no se resolvió cabalmente hasta 1830.

En Gran Bretaña y otros lugares, por un lado, el levantamiento griego era la causa de los radicales:[93]

Grecia [...] se convirtió en la inspiradora del liberalismo internacional y del "filohelenismo", que incluyó el apoyo organizado para los griegos y el viaje de numerosos combatientes voluntarios; al concitar al ala izquierdista europea en la década de 1820 desempeñó un papel análogo a lo que haría a finales de la de 1930 el apoyo a la República española (Hobsbawm, 1962: 145).

Pero, por el otro lado, el nacionalismo griego actuaba como una cuña que el gobierno británico podía utilizar para socavar lo que quedaba de la Santa Alianza. Si de ser un "monstruoso portento" todavía en 1822 la Santa Alianza se había convertido para 1827 en un "objeto de desprecio" (Temperley, 1925a: 474), fue, primordialmente, debido a la revolución griega. "El artesano primordial de esa ruina [la de la Santa Alianza] fue George Canning" (Weill, 1931: 68).[94]

El papel ambiguo de la revolución griega —tanto arquetipo de revolución nacionalista para la posterior "primavera de las naciones"

[92] Schenk (1947: 41) nos recuerda que cuando en 1815 el gobierno otomano fue excluido de la Santa Alianza, "se sintió dispuesto a buscar motivos ulteriores detrás de esta exclusión. Después de todo, no podía ser fácil olvidar que en fecha tan reciente como 1808 Rusia había reclamado sus derechos sobre Constantinopla".

[93] Véase también Billington (1980: 135): "[La revolución griega de 1821] aumentó el prestigio de las revoluciones constitucionales por toda Europa en el momento mismo en el que la causa parecía más humillada. Le dio un refuerzo imaginativo a la causa de la revolución nacional —como algo distinto de la revolución social— y movilizó políticamente a los influyentes escritores románticos". La verdad es que el nacionalismo necesitaba ese refuerzo. Era una política muy joven, nacida hasta cierto punto en los años napoleónicos, pero que todavía se confundía con la resistencia a una fuerza de ocupación. Fue sólo a partir de 1815 que se convirtió en una doctrina consciente que afirma que el Estado y la nación deben coincidir. Como dice Renouvin (1954: 12), "En 1815...] esta doctrina no había emergido aún plenamente en ningún lado".

[94] Weill (p. 95) sostiene: "La disolución de la Santa Alianza, iniciada en relación con España y la América española, se completó en el Oriente [...] Fue la descomposición de este grupo europeo la que hizo posible la victoria del liberalismo en 1830." Véase Temperley (1925a: 474-475), que de manera similar se lo acredita a Canning: "La labor así realizada fue permanente. La seguridad de que gozó Inglaterra en medio de las tormentas de 1848 se debió más a Canning que a cualquier otra persona [...] Las revoluciones de 1830 y 1848 probaron que el mundo podía 'volverse seguro para la monarquía constitucional'. Y fue Canning el que había previsto esta influencia moderadora en la década de 1820)."

cuanto pieza de ajedrez crucial en la lucha británica por reforzar su control hegemónico sobre la economía-mundo, y por lo tanto lo mismo mito de los radicales que excusa para una astuta maniobra de los *tories*— refleja precisamente las ambigüedades del romanticismo. Porque Grecia se convirtió en el principal inspirador del romanticismo europeo, incluso mientras los buenos clasicistas de Europa celebraban la racionalidad de los antiguos griegos. El romanticismo "llega a la mayoría de edad entre 1780 y 1830". Se asociaba naturalmente con la Revolución francesa, ya que el romanticismo tenía que ver con "crear una nueva sociedad, diferente de su antepasado inmediato" (Barzun, 1943: 52). Así, era individualista, voluntarista y poético. Abogaba por la liberación de la imaginación. Pero, precisamente porque quería una liberación de la imaginación, y rechazaba las limitaciones del presente, al mismo tiempo "era también el amor del pasado, el apego a las viejas tradiciones, la curiosidad por aquellas épocas en las que los pueblos, empapados [*bercés*] de leyendas, creaban poesía ingenua, un poco infantil pero sincera y espontánea" (Weill, 1930: 215).

De esta manera, aunque el romanticismo involucraba la espontaneidad, y por consiguiente podía sancionar la revolución, se oponía enérgicamente a cualquier matiz universalista de la revolución, en particular tal como había sido encarnada la misma en la imposición napoleónica del proyecto universalista a pueblos que no lo deseaban.[95] Por esa razón un revolucionario radical, racionalista, como Blanqui, consideraba que los románticos eran el enemigo. Cuando Blanqui, el gran revolucionario práctico del siglo XIX, terminó de combatir en la revolución de 1830, hizo irrupción en la sala de redacción del periódico en el que trabajaba. De pie en el umbral arrojó al suelo su rifle y gritó con juvenil entusiasmo [¡cualidad romántica, sin duda!] a los periodistas ancianos que allí trabajaban: "*Enfoncez, les romantiques!*": "¡Eso termina con los románticos!" Para él la revolución por la cual acababa de arriesgar su vida no era primordialmente la victoria de los trabajadores republicanos sobre sus opresores; lo primero que se le ocurrió fue que el ornado estilo romántico de Chateaubriend, la idealización de la Edad Media, del falso gótico y la imitación del feudalismo, desaparecerían ahora en favor de un estilo clásico más

[95] "Para [los románticos] la idea de imponer los estilos, el ambiente o el arte de cualquier nación sobre otra era repelente. Precisamente a eso se debe el error racionalista de que la Revolución francesa había intentado proseguir y que estaban combatiéndola" (Barzun, 1943: 129). Weill (1930: 216) asegura que "la alianza entre los políticos antirrevolucionarios y la nueva literatura le parecía evidente a muchos contemporáneos".

puro que se modelaría, en las letras, en el drama y en la arquitectura, sobre la noble tradición de la Roma republicana (Postgate, 1974: 97).

No obstante, dice Barzun (1961: xxi), "el romanticismo es popular-ta [...] incluso cuando los románticos, como Scott o Carlyle, predican un orden feudal". Tal vez Hobsbawm (1962: 306) sea el que capta mejor el tono general:

Aunque de ninguna manera queda claro qué representaba el romanticismo, es bastante evidente contra qué estaba: el medio. Cualquiera que fuese su contenido, era un credo extremista. Los artistas o pensadores románticos [...] se encuentran a la extrema izquierda [...] a la extrema derecha [...] brincando de izquierda a derecha [...] pero casi nunca entre los moderados o los liberales-*whig*, en el centro racionalista, que era de hecho el baluarte del "clasicismo".[96]

¿Donde encaja entonces Grecia en términos de este concepto demasiado maleable? Aquí viene a cuento el importante trabajo de Bernal (1987, 1991) acerca de la conceptualización de la ascendencia de Europa. Señala que los pensadores renacentistas habían visto a Egipto, no a Grecia, como "la fuente original y creativa", y que tanto Egipto como China habían mantenido "una elevada reputación por [su] filosofía y su ciencia, pero sobre todo por [su] sistema político" (Bernal, 1987: 16), precisamente hasta la época de la Revolución francesa, momento en el cual, bajo la guía de los pensadores románticos, el centro se desplazó a Grecia:

Para finales del siglo XVIII el "progreso" se había convertido en un paradigma dominante, el dinamismo y el cambio se valoraban más que la estabilidad, y el mundo empezaba a ser visto a través del tiempo, más que a través del espacio. No obstante, el espacio siguió siendo importante para los románticos, debido a su preocupación por una formación local de pueblos o "razas" [...]

[96] Hobsbawm continúa: "Sería excesivo denominarlo un credo antiburgués, porque el elemento revolucionario y conquistador de las clases jóvenes que aún debían hacer estremecerse el cielo fascinaba también a los románticos [...] Elemento demoníaco de la acumulación de capital [...] los llenaba de angustia [...] Y no obstante los elementos románticos siguieron estando subordinados, incluso en la fase de la revolución burguesa." Hobsbawm (p. 310) nos recuerda también que "los resultados más perdurables de esas críticas románticas fueron el concepto de 'alienación' humana, que habría de desempeñar un papel crucial en Marx, y el presagio de la sociedad perfecta del futuro".

La comunicación real no se percibía ya como si tuviese lugar por medio de la razón, que podía alcanzar a cualquier hombre racional. Ahora se la veía fluir a través del sentimiento, que sólo podía tocar a aquellos vinculados entre sí por parentesco o por "sangre" y que compartiesen una "herencia" común (Bernal, 1987: 28).

Y precisamente por eso fue necesario eliminar a Egipto de la línea de antecedentes de Europa. Para los románticos y los racistas de los siglos XVIII y XIX era simplemente intolerable que "Grecia —que había sido vista no simplemente como el epítome de Europa sino también como su infancia pura— pudiese ser resultado de la mezcolanza de europeos nativos con africanos y semitas colonizadores" (Bernal, 1987: 28). Grecia representaba —se la hacía simbolizar— la línea entre Europa y el mundo exterior, el Oriente, las tierras de la barbarie. El nacionalismo era aceptable, deseable incluso, dentro de la zona de "Europa" (sobre todo si protestaba contra una entidad imperial no cristiana) —por ello tanto los colonos blancos en América Latina como los griegos podían contar con el apoyo británico contra la "autocracia"—, pero eso no tenía nada que ver con lo que resultaba adecuado en climas culturales remotos, como la India.

La existencia de formas de romanticismo más conservadoras y más revolucionarias se correlaciona con una escisión tanto en tiempo como en lugar. En tiempo, el romanticismo que fue nutrido contra el universalismo del periodo revolucionario napoleónico fue dominante en los primeros años y en los países centrales. Alrededor de 1830 cedió su puesto en Italia, Alemania y Polonia, siguiendo los pasos de Grecia, a un "romanticismo del progreso", que se convirtió en "un importante factor de los movimientos de liberación nacional" (Renouvin, 1954: 19). Pero en el centro, y especialmente en Gran Bretaña, sigue estando identificado "con la tradición y con la conservación de la autoridad de la Iglesia y del Estado", en oposición al "carácter revolucionario o semirrevolucionario" que tenía en el continente (Seton-Watson, 1937: 40).

El romanticismo le funcionaba bien a la hegemonía británica. Socavó la Santa Alianza que, como ya señalamos, era bastante racionalista y universalizadora. Quebrantó los vestigios de la tradición revolucionaria napoleónica. Propició una reorganización del espacio geopolítico en Europa (y en América) que servía a los intereses económicos inmediatos de Gran Bretaña y a su capacidad de mantener y reforzar su orden

hegemónico. Y trazó una clara línea entre Europa y el mundo exterior, creando una justificación básica para el imperialismo y el racismo, ambos tan cruciales para la geopolítica y la geocultura del mundo posterior a 1789. Desde luego, era impredecible y no siempre se lo podía controlar. De manera que el romanticismo llegaría también a ser, con el tiempo, parte del derrumbe del orden hegemónico británico, pero no antes de que ese orden fuera quebrantado por las transformaciones económicas y políticas del último tercio del siglo XIX.

Para los británicos constituyó una gran ayuda el hecho de que la evolución interna de Francia fuese de la mano con este grandioso esquema. Igual que en Gran Bretaña, también en Francia el período posterior a 1815 "no había acarreado ni prosperidad ni abundancia para las clases trabajadoras" sino más bien desempleo, empeorado por la migración interna hacia los grandes centros urbanos (Ponteil 1968: 285).[97] Desde el punto de vista social, la brecha entre los trabajadores y la burguesía urbana era inmensa.[98] Los derechos de los trabajadores a organizarse estaban estrictamente limitados a las sociedades de ayuda mutua, bajo vigilancia policial.[99] Hubo inquietud obrera en Lyon en 1817, cuando los trabajadores enarbolaron la insignia tricolor, acontecimiento que el prefecto del Ródano atribuyó al contagio de las noticias acerca de levantamientos en Inglaterra (así como de la rebelión en América y el complot en Lisboa).[100] Sin embargo, un liberal como Guizot podía decir en 1820: "No desespero de obtener el apoyo de las masas (*saissir les masses*), especialmente en relación con las instituciones políticas."[101]

[97] Véase también Bruhat (1952: 186-187): "Para los trabajadores las condiciones empeoraron considerablemente desde 1815 hasta 1830. Los salarios bajaban mientras que el costo de la vida subía [...] La iluminación a gas, que había comenzado a difundirse, servía primordialmente para alargar el día de trabajo de la temporada de invierno."

[98] "Para un trabajador era un acto de 'valor' declararse igual a un burgués" (Daumard, 1963: 517).

[99] Bruhat (1952: 206-207), quien no obstante señala: "Sin embargo, incluso aunque sus actividades se veían restringidas a la asistencia mutua, estas asociaciones contribuyeron a darle un sentido de organización a los trabajadores, aunque sólo fuese por el cobro regular de cuotas, la realización de reuniones y la designación de los cobradores" (p. 208).

[100] Véase Rudé (1969: 61-62) acerca del informe del prefecto, el conde de Chabrol, el 24 de junio de 1817. Rudé menciona asimismo un panfleto, "Lyon en 1817", escrito por un coronel Fabvier, que de manera similar implica un contagio de los movimientos en Lisboa y de la revolución en Pernambuco, Brasil.

[101] Carta a Fauriel, citada en Rosanvallon (1985: 39).

No obstante, los años de mediados del decenio de 1820 crearon una grave agitación del proceso político. Exactamente en el momento en que el torismo liberal estaba prendiendo en Gran Bretaña Carlos X, por el accidente de la muerte prematura del rey, ascendió al poder en Francia en 1824 y empezó a poner en práctica sus puntos de vista especialmente reaccionarios. Esto provocó tensiones con los británicos, tensiones incluso con grandes segmentos del *pays légal* en la misma Francia, y tensiones con las clases trabajadoras. Además, el ascenso al trono de Carlos X coincidió con una caída económica que se inició en 1825 y que se intensificó muchísimo en 1829. La combinación de esclerosis política y problemas económicos suele ser explosiva, y llevó directamente a la atmósfera revolucionaria de 1830 (véanse Bourgin, 1947: 203; Gonnet, 1955: 250-280).

En lugar de tratar de moderar sus políticas y apaciguar a algunos de los descontentos, Carlos X afirmó su autoridad de manera aún más arbitraria.[102] Cuando 221 diputados encontraron el valor para enviarle una comunicación pública, pidiéndole que respetase los derechos de la legislatura, él la vio, no del todo incorrectamente, como la defensa de los principios esenciales de la Revolución francesa, tal como se sustentaban en la Carta de Luis XVIII, e ignoró la petición. Ésa fue, en cierto sentido, la última oportunidad de Carlos X. "Si en 1830 se produjo una revolución, se trató de una revolución que había sido provocada." El 26 de julio Carlos X proclamó un decreto que reprimía la prensa. Los diputados contemporizaron; una multitud de trabajadores actuó. Esta multitud no estaba compuesta ni por los "desesperados y desposeídos" ni por la "sustancial clase media", sino, "en gran medida, por artesanos capacitados, hombres de edad razonablemente madura" (Suel, 1953: 188).

¿Era entonces ésta la revolución que Buonarrotti, el "primer revolucionario profesional" de Europa, estaba esperando cuando, "en vísperas de la revolución de 1830 llegó a rezar por el triunfo de la reacción"? (Eisenstein, 1959: 49).[103] Realmente no. Fue una revolución de

[102] Labrousse (1949a: 19) sostiene que ésta era una de las características comunes de las revoluciones francesas de 1789, 1830 y 1848. Fueron todas espontáneas; las causas fueron endógenas; en todos los casos tuvieron carácter social; todas estuvieron precedidas por dificultades económicas. "Para que estos dos fenómenos vinculados entre sí, la atención económica y la política, causen una explosión, tienen que encontrar resistencia [...] En Inglaterra hay una política de flexibilidad: concesiones oportunas, y nada explota. En Francia, hay resistencia... y explota todo."

[103] Lo que más temía Buonarrotti no era la Santa Alianza sino "el enemigo más útil

tres días —del 27 al 29 de julio, *les Trois Glorieuses*— que fue capturada rápidamente por el liberalismo de la restauración y que desembocó en la monarquía de julio, con Luis Felipe, quien estaba dispuesto a llamarse, no rey de Francia sino rey de los franceses. Thiers dijo: "Sin el duque de Orleáns [...] jamás hubiésemos podido contener a esa turba" (citado por Dolléans, 1947: 42). Contra los ultras, que todavía esperaban restaurar realmente alguna versión del antiguo régimen, la monarquía de julio legitimó una versión liberal de la Revolución francesa. "Con la revolución de 1830 fue derrotado finalmente del ataque contra la revolución de 1789" (Elton, 1923: 88).[104]

Los trabajadores se darían cuenta rápidamente de que, "en términos de la economía y de la estructura social, la revolución [de 1830] no había acarreado absolutamente ningún cambio" (Bourgin, 1947: 205).[105] Si los trabajadores estaban desilusionados, también los ultras

representado por la Inglaterra de Canning y la era de la reforma" (Eisenstein: 1959, 139).

[104] Esto se celebra el día de hoy por el hecho de que el monumento a las *Trois Glorieuses*, se levanta en París, en la plaza de la Bastilla. Pero la Revolución francesa que se celebró fue la que estuvo encarnada primordialmente en la Carta de Luis XVIII, de 1814. La oposición de la burguesía parisina a los ultras "no fue progresista; la Carta, en la mente de los notables, era un punto final, no un punto de partida. Los líderes de la burguesía parisina, mientras luchaban contra aquellos cuyas opiniones reaccionarias denunciaran, seguían estando ellos mismos igualmente vueltos hacia el pasado. Su actitud conservadora se manifestó en el nivel social así como en el dominio de la política" (Daumard, 1963: 575).

[105] Dolléans (1947: 44) está de acuerdo: "Nada cambió para la clase trabajadora [...] Los ministros [de Luis Felipe] eran más hostiles al pueblo que los hombres de la restauración". También coincide Daumard (1963: 576, 583): "en general se acepta la tesis de que después de los días de julio la burguesía confiscó, para su propio beneficio, una revolución hecha por el pueblo [...] A finales de 1831 la sociedad burguesa estaba organizada. Las reformas fueron limitadas, pero representaban lo que eran por entonces los deseos de las clases medias, cuyos representantes, sin excepción, tenían la impresión de haber logrado el lugar que les correspondía dentro del Estado".

Véase también Newman (1974: 58-59): la revolución de 1830 fue "producto de una alianza, que estaba construyéndose desde hacía varios años, entre liberales constitucionalistas y la gente común. [Las dos clases] podían verse a sí mismas como parte de una sola unidad política —el pueblo— estadunidense contra un enemigo común, el partido aristocrático lleno de curas encabezado por Carlos X. [Sólo más tarde la gente común] con la ayuda de socialistas como Louis Blanc [vería que] no bastaba con la libertad, y que la clase media liberal no representaba ni podía representar sus intereses".

Ese "más tarde" se dio de hecho casi inmediatamente. Para mediados de agosto había muchas huelgas en París; para octubre había "disturbios". "La clase trabajadora descubrió que la revolución, lejos de traerle una mejora de su destino, como habían esperado, no había hecho más que empeorarlo" (Pinkney, 1972: 313). Para el siete de

estaban deprimidos. El 7 de agosto de 1830 Chateaubriand (citado en Béneton, 1988: 56-57, n. 3) pronunció un discurso en la Cámara de los Pares negándose a apoyar a Luis Felipe: "Inútil Casandra, fastidiando al trono y a la patria con mis advertencias desdeñadas; lo único que me queda es sentarme sobre las ruinas de una catástrofe que predije tantas veces." Y los grandes hombres de negocios no supieron con certeza si debían aplaudir o no, temiendo al mismo tiempo "reacción [...] de los legitimistas [y] revolución social de las masas" (Price, 1975b: 6).[106]

Por último, también los británicos, al principio, dudaban si aplaudir o no. De hecho, en las semanas inmediatamente posteriores a la revolución la "amenaza de guerra pendía pesadamente sobre Francia" (Pinkney, 1972: 303). La tricolor, *La Marsellesa*, la reorganización de la guardia nacional, todo hacía estremecerse a los estados de la Santa Alianza, que incluso empezaron a temer una renovada agresión francesa. Pero el gobierno británico, encabezado nada menos que por Wellington, portavoz de los *tories* más conservadores, se apresuró a reconocer al nuevo gobierno. Y, para octubre, lo mismo habían hecho todos.

¿Por qué actuó tan rápido Gran Bretaña? Sin duda fue de ayuda que Luis Felipe fuese tanto un "sincero admirador" de las instituciones parlamentarias de Gran Bretaña como partidario de una alianza con este país (véase Guyot, 1901: 579). Sin duda fue astuto por parte de Luis Felipe reclutar a un conocido exponente de estos dos puntos de vista, Talleyrand, como embajador ante Gran Bretaña, simbolizando que éste era el país cuyo apoyo "resultaba más importante ganar para [Luis Felipe]" (Guichen 1917: 186).[107] Y sin duda los británicos

---

octubre de 1831 el prefecto del Ródano señalaría el descontento de la clase trabajadora "inmediatamente después de la revolución que, como deben sentir, se había hecho en su nombre" (citado en Tarlé, 1929: 151).

[106] Para empezar, a los grandes negocios ya les estaba yendo bastante bien, incluso con Carlos X. Aunque la revolución "llevó nuevos hombres a los cargos públicos" —de hecho representó una " verdadera [...] purga de los máximos cargos del Estado" (Pinkney, 1972: 276-277)— no había "introducido un nuevo régimen de la *grande bourgeoisie*" (Pinkney, 1964b: 71). En realidad veían con cautela el impacto económico del movimiento. En su opinión, la primavera de 1830 había representado "cierto ascenso después de tiempos difíciles". Las condiciones comerciales habían "empeorado en los meses posteriores a la revolución". Y, después de la revolución, hubo "agitación popular" (Johnson, 1975: 150-151, 153).

[107] Aunque la designación de Talleyrand provocó controversias tanto en Francia como en Gran Bretaña, fue muy bien recibida por el pueblo llano británico. Véase Masure (1893: 108-113).

tenían muchas razones para estar molestos con la política exterior que había llevado a cabo Polignac para Carlos X. En particular estaban muy disgustados por las implicaciones de la invasión francesa de Argelia a principios de 1830, especialmente cuando se dieron cuenta de que Carlos X veía en ella prácticamente una reanudación de las cruzadas.[108] En un momento en el que Gran Bretaña había logrado restringir a la Santa Alianza, Carlos X parecía estar desbaratando las cosas.[109] Gran Bretaña se había visto impedida de actuar directamente contra él debido al firme apoyo que Francia estaba recibiendo de las demás potencias europeas, en particular de Rusia.[110] Sin embargo, ahora, podía esperar algo mejor de Luis Felipe, como en efecto ocurriría.[111]

Pero pese a todos los titubeos, el hecho es que la revolución de julio triunfó. Es decir, se instaló el Estado liberal, por lo menos en su forma primitiva. Cien años más tarde Benedetto Croce (1934: 101-102) podía volver la mirada a lo que llamaba el "sol de julio" y escribir, exultante:

> Con [los días de julio] todo el absolutismo europeo quedó moralmente derrotado y por el contrario el liberalismo europeo, que se debatía y luchaba en la

[108] "Esa lejana expedición contra la regencia de Argelia, la retirada de los piratas bereberes [...] le agradó al rey de Francia, Carlos X, porque su espíritu religioso la concebía tal como, en los tiempos de la Edad Media, los reyes habían concebido las cruzadas" (Coulet, 1931: 2). Esto debe de haberle parecido provocadoramente peligroso a los británicos.

[109] Luis XVIII había sido contenido en su política colonial a fin de apaciguar a los británicos. Carlos X se sentía menos restringido. Es verdad que al principio se involucró en Grecia, junto con Gran Bretaña y con Rusia. Pero el Tratado de Adrianópolis, de 1829, que garantizaba la independencia griega, que para los británicos sirvió para sellar su orden hegemónico, liberó tropas francesas para comprometerlas en otras y distintas expediciones ultramarinas (véase Schefer, 1928: 32-33).

[110] Véase Guichen (1917: 65): "La opinión pública en Europa consideraba la campaña de Argel como un expediente, pensado para distraer la atención de la situación parlamentaria y fortalecer la posición política del gobierno y del trono mismo, con un triunfo que podría impresionar a toda Europa." Como resultado, "el casi unánime beneplácito de las potencias restringía fuertemente a Aberdeen y a Wellington" (p. 67). Mientras "Inglaterra protestaba incesantemente... la *entente* entre Petersburgo y París se volvía cada vez más cordial" (Schefer, 1907: 446).

[111] Por lo menos un poco mejor. Aunque Talleyrand le propuso a Luis Felipe que cediese Argel como un gesto a los británicos, aquél se negó (véase Guichen, 1917: 187). No obstante, los británicos podían tratar con Luis Felipe como alguien que compartía su visión de Europa, cosa que no hubiesen podido hacer con Carlos X.

depresión, se convirtió en ejemplo de cómo enfrentar al enemigo en los casos extremos, prueba de que de esta forma la victoria es segura, una ayuda ante el hecho mismo de que una gran potencia había alcanzado la plenitud de la libertad, y base de confianza para las revoluciones que pronto habrían de venir.

Como lo indica Croce, la revolución de 1830 sería contagiosa, difundiéndose casi inmediatamente a las vecinas Bélgica e Italia, pero luego también a Polonia. "Los pueblos de Europa emergieron de una larga apatía. La Santa Alianza se estremeció" (Rudé, 1940: 413).[112] De las tres revoluciones, la única que triunfó fue la de Bélgica, y por buenas razones. Fue la única que coincidía con el proyecto de crear y consolidar el Estado liberal en los países centrales de la economía-mundo. El levantamiento italiano de los carbonarios contó con el apoyo de los elementos más radicales de Francia y de diversos sectores del Parti du Mouvement bajo el liderazgo de Lafayette. Organizaron a los *Volontaires du Rhône* para acudir en ayuda del Piamonte (y de paso para anexarse Saboya). No obstante, fueron engañados en parte por las mismas autoridades francesas.[113] Porque el nuevo gobierno francés sólo quería contener Austria; y Carlos-Alberto, rey de Piamonte, quería sacar a los austriacos pero mantener bajo control a los liberales. De manera que al final los que perdieron fueron estos últimos (véase Renouvin, 1954: 73-75). En cuanto a Polonia, la revolución se suprimió sin demasiadas dificultades. El vínculo que había entre la misma y la revolución de Francia era espiritual, pero nada más.[114] Los

[112] Pero para Masure (1892: 696) ya se había "estremecido" antes de 1830: "Hacia comienzos del año 1830 la Santa Alianza no era más que un nombre."

[113] Véase Rudé (1940: 433) que señala cómo, en consecuencia, "los cuadros de los *Volontaires du Rhône* sobrevivían en cierto número de grupos de trabajadores organizados secretamente en Lyon [...] El 21-22 de noviembre de 1831 fueron ellos los que encabezaron a los trabajadores hacia la batalla en Lyon". Lafayette era un objeto especial de desprecio y temor para la Santa Alianza. Pozzo del Borgo, el embajador ruso en París, lo denominaba "el protector y obvio provocador de esta cruzada de inquietud universal". Y Apponyi, secretario de la embajada de Austria en París, dijo que era el "ídolo del pueblo y maniquí de la revolución" (citado en Guichen, 1917: 180).

[114] Véase Leslie (1952: 121): "Hay muy pocas evidencias para demostrar que los principales conspiradores [en Polonia] iniciaron la revuelta a fin de impedir que el ejército se utilizase para controlar la revolución francesa de 1830. Ésta fue una justificación posterior a los acontecimientos a fin de tratar de obtener la simpatía francesa, en buena medida tal como se había afirmado que la segunda y la tercera partición salvaron la Revolución francesa de 1789. La verdad es que [el gran duque ruso] Constantino [comandante en jefe del ejército] había descubierto la existencia de la conspiración de Wysocki, y por esa razón fue necesario que los conspiradores tomasen una decisión rápida."

franceses estaban muy lejos y ni podían ni estaban dispuestos a hacer algo.

Bélgica era una historia completamente distinta. Nunca había sido un Estado independiente, pero en el largo periodo transcurrido entre la revuelta de los Países Bajos y la Revolución francesa había sido una unidad administrativa más o menos autónoma, primero bajo el dominio español, después el austriaco. Durante ese periodo había florecido la agricultura,[115] pero también prosperó la industria sobre todo después de los "32 años de prosperidad" (1748-1780) con el gobierno del príncipe Carlos. El delegado del príncipe, el conde de Coblenza (1753-1770), conocido como "el Colbert de los Países Bajos", instituyó una política proteccionista (Briavoinne, 1839, I: 86-90) que dio por resultado un "deslumbrante" crecimiento entre 1765 y 1775,[116] crecimiento que continuó ininterrumpidamente a partir de entonces.[117] Una de las ventajas que los Países Bajos austriacos tenían sobre las Provincias Unidas en esa época era su combinación de elevado crecimiento de la población, salarios bajos y una fuerza de trabajo calificada.[118] Un resultado de ello fue que Bélgica

[115] Slicher van Bath (1963: 234) dice que "el mayor desarrollo" se dio en el periodo 1650-1750 porque "el tipo de agricultura intensiva flamenca se basaba menos en los cereales que en las cosechas industriales y forrajeras". Pero esto continuó después de 1750. Abel (1973: 286) observa: "Alrededor de 1800 los viajeros europeos se mostraban unánimes al atribuirle una vez más [a Flandes] el primer lugar [en la producción agrícola] de Europa".

[116] Hasquin (1971: 299), quien se refiere en particular a Charleroi. Véase también Garden (1978b: 21), quien dice que "pese a que están incompletas y son imprecisas las estadísticas para 1764 dan la impresión de que había un cúmulo de industrias en la mayor parte de los Países Bajos austriacos".

[117] Lebrun (1961: 654), refiriéndose al periodo 1770-1840, habla del "carácter extremadamente rápido y compacto de la revolución industrial belga".

[118] Mokyr (1974: 381) atribuye el elevado crecimiento de la población a la papa sumada a las industrias domésticas rurales, y dice que "los salarios extraordinariamente bajos que se pagaban en la propia industria impresionaban tanto a los contemporáneos de esa época como a los historiadores". Llega a la conclusión de que "los bajos salarios pueden haber sido importantes para determinar la rápida industrialización de Bélgica y los salarios más altos para determinar el estancamiento holandés" (p. 385).

Milward y Saul (1973: 452-453) ofrecen esta explicación para los bajos salarios de Bélgica: "La estructura de la agricultura contribuyó [...] a desintegrar las rigideces que limitaban a Francia. Las granjas eran tan pequeñas que la misma mano de obra era frecuentemente compartida por el empleo agrícola e industrial. El obrero fabril regresaba a su pequeña propiedad después de un día de trabajo a una distancia considerable. Ésta no fue una etapa transitoria del desarrollo de un proletariado sino una característica permanente de la economía belga. Parece haberse desarrollado a partir de una larga

estaba introduciendo maquinaria industrial casi tan rápido como Inglaterra.[119]

Francia se anexó Bélgica en 1795. Los principales centros de producción industrial —algodón en Gante, lana en Verviers y Eupen, e industria pesada en Lieja y Hainault— experimentaron una "notable expansión" adicional en el periodo francés (Mokyr, 1974: 366).[120] Parecía haber dos razones principales: "integración con una enorme área protegida y unificada de 30 millones de clientes" (Crouzet, 1964: 209), y transformación de la estructura social: la supresión de las barreras internas al comercio (aduanas, peajes), la abolición de los gremios, la igualdad civil, la reforma de los códigos y los tribunales y la abolición de los derechos feudales (véase Wright, 1955: 90).[121] Ambas cosas juntas parecen haber funcionado espléndidamente, cosa en la que todos parecen coincidir: "aceleración brusca", el momento de un "despegue" rostoviano, "total transformación [y] el momento de la expansión decisiva" son algunas de las frases utilizadas (Lebrun, 1961: 555; Devleeshouwer, 1970: 618; Dhondt, 1969: 42, 44).[122] Ésa era ya la

---

tradición de emigración laboral dentro de Bélgica y fue una de las razones de los salarios agrícolas relativamente más bajos en Bélgica que en Francia, porque el empresario no necesitaba alejar permanentemente a su fuerza de trabajo de la tierra".

En relación con los trabajadores calificados véase Ruwet (1967: 23): "El hecho de que desde comienzos del siglo [XVIII] el elector del Palatinado, la república de Venecia, el elector de Baviera, el emperador [del Sacro Imperio Romano], el rey de Prusia y más tarde la zarina de Rusia intentasen periódicamente atraer a sus respectivos países a trabajadores de Verviers es testimonio más que abundante de la reputación de Verviers y sus técnicos."

[119] Lebrun (1948: 24) habla de la "pequeñez del retraso".

[120] Crouzet (1964: 583) agrega la seda en Krefeld. Mokyr (1974: 368-369) advierte una "considerable tensión" en el periodo holandés y luego la pérdida de "cierto impulso" a partir de 1830. Craeybeckx (1968: 123-124) añade una nota de advertencia. Dice que el bloqueo continental "estimuló ciertas industrias" pero que también "retrasó [...] el progreso técnico" en otros sectores, notablemente en la metalurgia. No obstante, observa que en la última parte del periodo francés el impacto de la supresión de "los últimos obstáculos que habían quedado del antiguo régimen" fue "especialmente importante".

[121] Demangeon y Febvre (1935: 128) señalan que el emperador José II de Austria había tratado de imponer muchas de esas reformas sin lograrlo, mientras que Napoleón tuvo éxito. "De esta manera Napoleón asumió en Bélgica el papel de ejecutor de la voluntad de José II".

[122] Milward y Saul (1973: 292) coinciden en lo esencial, pero lo plantean con más sobriedad. Dicen que los efectos del dominio francés en Bélgica fueron "complejos pero en conjunto benéficos". Dhondt y Bruwier (1973: 352) denomina a este periodo la "cumbre" de la revolución industrial belga. Sin embargo, Lebrun (1961: 574-576)

opinión del analista belga de la época, Natalis Briavoinne (1839:11):

Los acontecimientos políticos [del periodo francés], una legislación civil unificada y, cosa más importante, la total reorganización de los tribunales [y] mejores instituciones comerciales, subyacían a un impulso notable tanto en Bélgica como en Francia; pero Bélgica fue el país que cosechó los primeros y mayores beneficios.

Después de Waterloo Bélgica quedó integrada al reino de Holanda. No se consultó a la opinión local. Esta reunión (tras 250 años de separación) fue recibida con hostilidad en Bélgica por los dos principales grupos de la población: por los demócratas, fuertes en Valonia, que querían un sistema parlamentario, y por los católicos, fuertes en Flandes, que desconfiaban de encontrarse bajo el mando de un monarca protestante sin un pacto previo para defender sus derechos religiosos (véase Ponteil, 1968: 17). El efecto económico inmediato fue negativo en parte debido al descenso mundial general de la economía, y en parte por la contracción del mercado para sus bienes.[123] En términos de política, el debate central giraba en torno a las tarifas entre los mercaderes neerlandeses que sobrevivían en *entrepôts* abiertos y que se preocupaban mucho más por Hamburgo que por Manchester,[124] y los industriales belgas, que buscaban protección contra la competencia británica.[125]

---

apunta algunas "oportunidades perdidas" causadas por permitir aglomeraciones urbanas demasiado grandes y por una atención insuficiente a la educación.

[123] Dhondt y Bruwier (1973: 349) observan que la reestructuración política sumada al libre flujo de productos británicos "llevó al derrumbe de la industria algodonera de Gante. El estancamiento duró hasta 1823". Pero entonces la industria encontró nuevas salidas en las Indias Orientales Holandesas. Lis y Soly (1977: 480) registran que los niveles de vida en Amberes "declinaron drásticamente, tanto en sentido cuantitativo como cualitativo", si se los mide por el consumo de alimentos.

[124] Véase ahí Wright (1955: 28, 77): "A fines del siglo XVIII gran parte del comercio neerlandés dependía de la costumbre, más que de una clara ventaja económica. Las condiciones del tiempo de guerra habían obligado a los comerciantes extranjeros a buscar nuevas conexiones." La pregunta era si volvería alguna vez el comercio. Esto se vio más complicado a partir de 1815 por la apertura del río Escalda, que había estado cerrado desde 1585, así como por la reducción de complicaciones en las fronteras alemanas. "En 1816 la mayoría de los mercaderes neerlandeses hicieron frente al reto de la nueva era con el espíritu de la Venecia del siglo XV más que con el del Hamburgo del siglo XIX: deseaban un porto franco que estuviese limitado por todas las restricciones posibles a favor de las ganancias y tradiciones comerciales neerlandesas."

[125] Véase Demoulin (1938: 124): "Tras la pérdida del mercado francés la industria belga estaba en el caos [...] No obstante, las demandas de los belgas eran exageradas

La preocupación primordial del rey Guillermo era mantener unido su reino acrecentado y poder cumplir con los pagos de la enorme deuda del Estado.[126] De hecho, la disputa tarifaria cedió. A los belgas les fue mejor que a los holandeses y se volvieron menos proteccionistas. Esto, a su vez, se convirtió en parte del problema, porque la depresión europea posterior a 1825 creó una reserva de proletarios desempleados precisamente en Bélgica, que estaban "preparados para recibir el fermento revolucionario" (Demoulin, 1938: 369).

De modo que la revolución de julio en París tuvo resonancia inmediata en Bélgica. Revivió la idea siempre latente de una posible reunión con Francia y animó a parte de la burguesía valona. Resucitó la incomodidad de los católicos con el mandato protestante neerlandés. Pero hacía falta una chispa. Incluso si, como sostienen algunos, el levantamiento del 25 de agosto fue inspirado por "agitadores llegados de París", necesitaban "tropas", y esas tropas sólo podían encontrarse entre los trabajadores desempleados (Harsin, 1936: 277). Fue una "revuelta popular", precedida por un malestar social marcado por el ludismo y por cierta violencia.[127] Pero también aquí, como en el caso

querían prohibiciones universales. [Por cierto], en ese momento toda Europa estaba siendo proteccionista." Wright (1955: 100) observa que "la mayoría de los liberales belgas eran proteccionistas".

[126] La deuda de los Países Bajos se había estado acumulando desde el siglo XVI y en ese momento requería un pago anual de intereses de más de 14 millones de florines. Bélgica no había tenido prácticamente deuda (con un cargo de menos de 300 000 florines anuales por concepto de intereses). Es verdad que durante la era napoleónica los belgas habían pagado 75-80 millones de florines anuales, pero los belgas estaban comparando a los holandeses con los periodos austriacos en términos de régimen fiscal. Se quejaban en particular de que las reformas fiscales de 1821-1822 "sacrificaban la agricultura y las zonas industriales de Bélgica en pro de los intereses de las ciudades comerciales de los Países Bajos" (Terlinden, 1922: 16). En vista de las protestas belgas el rey dio marcha atrás y concedió mayor protección. Según la enmienda, "el sistema de 1821 resultó ampliamente satisfactorio para los belgas. Su hierro, su carbón y sus artículos de algodón y lana siguieron gozando de una valiosa protección en el mercado neerlandés, y la obtuvieron también en las colonias neerlandesas" (Wright, 1955: 208). Además, los banqueros belgas estaban obteniendo grandes utilidades de la persistencia de los dos conjuntos de monedas metálicas —los florines neerlandeses y los francos belgas— en una situación en la que la tasa de cambio favorecía a los francos, lo que hizo que el capital del norte se trasladase hacia el sur (Chlepner, 1926: 28-30).

[127] Demoulin (1950: 17-21), que se mofa del argumento de la policía neerlandesa de que los agitadores de la revuelta popular fueron los burgueses de Bruselas: "Eso nos parece una explicación a posteriori, porque la burguesía realmente le tenía miedo al pueblo y era demasiado sensata para desempeñar el papel del aprendiz de hechicero"

de la revolución de julio, el levantamiento fue rápidamente recuperado por las fuerzas de la clase media y se transformó en una revolución nacional liberal (véase Demoulin, 1950: 152).[128]

A diferencia de lo que ocurría en Francia, en Bélgica no había un fuerte partido ultra, precisamente porque los católicos no estaban en el poder. Esto hacía que los católicos belgas se mostrasen más abiertos a la versión del liberalismo católico del cual Lamennais fuera pionero en Francia, pero que no logró realmente convertir en una fuerza social primaria en ese país.[129] Desde luego, el mismo Vaticano era muy legitimista, y por lo tanto muy reservado respecto al nacionalismo liberal belga, pero "la política de Roma era una cosa y el comportamiento del clero belga era otra" (Demoulin, 1950: 143).[130] Los libera-

---

(p. 17). Para el argumento contra la interpretación de la revolución como de origen "proletario" véase Van Kalken (1930).

[128] La revolución fue nacional no sólo porque hablaba por Bélgica frente a los Países Bajos, sino porque incluía a Lieja en Bélgica. Lieja no había formado parte de los Países Bajos austriacos. Los franceses se la habían anexado junto con Bélgica y dieron inicio a un proceso para asimilar ambas. Pero en 1815 las dos seguían considerándose separadas. No obstante, "en 1830 se había vuelto por doquier la cuestión de sólo [una única] Bélgica" (Stengers, 1951: 105, n 1).

[129] El rey Guillermo había ofendido incluso a los católicos conservadores cuando en 1825 trató de exigir que todos los seminaristas católicos acudiesen a su Collège Philosophique para estudiar derecho e historia eclesiástica (afirmando que estos temas no formaban parte de la teología). Para 1829 había llegado, para la iglesia católica, "la hora de Lamennais y de los liberales" (Simon, 1946: 8). Liberales y católicos habían sido unidos por su "enemigo común" (p. 10). Jacquemyns (1934: 433) sugiere que también el romanticismo desempeñó un papel al estimular tanto la religiosidad como el nacionalismo a un mismo tiempo, prestándose así a un reformismo social lamennaisiano, lo que confirma algunas de las consecuencias ambiguas del movimiento romántico que comentamos previamente.

El papel de Lamennais en Francia constituye una historia fascinante. Empezó su vida como el más ultra de los ultras. Era de una lógica tan ultramontana que terminó por ver a la monarquía, vinculada con el galicanismo, como el verdadero enemigo, por lo cual buscó hacer causa común con el "enemigo del despotismo, la libertad. Una vez que sugirió esta sorprendente alianza, quedó rápidamente cautivado por ella", y empezó a argumentar que había una congruencia histórica entre las dos, viendo tanto la liga católica del siglo XVI en Francia cuanto el levantamiento de la Vendée durante la Revolución francesa como ejemplos de esa congruencia. De hecho fue la situación belga la que le permitió desarrollar sus propias ideas y la que presagió su posterior "giro a la izquierda" (Mellon, 1958: 189). Para 1832, cuando el papa Gregorio XVI, en la encíclica *Mirari vos*, condenó el liberalismo, la separación de la iglesia y el Estado y el vínculo de la religión con la libertad, Lamennais estaba dispuesto a "sacrificar la iglesia a la democracia" (Ponteil, 1968: 308).

[130] Aunque esto ocurrió antes y durante la revolución belga, luego la situación empezó a cambiar. A medida que Lamennais y los lamennesianos se inclinaban más hacia la

les anticlericales valones estaban dispuestos a hacer concesiones a los católicos (en gran medida flamencos) para ganarse su apoyo sobre la cuestión nacional.[131]

El tema rápidamente pasó a ser, no el *statu quo* en oposición a un cambio, sino simplemente la forma del cambio. Había tres posibilidades: separación de Holanda y Bélgica, pero bajo un rey proveniente de la Casa de Orange; reunión con Francia, o independencia, con un rey elegido en otro lado. Las posibilidades del príncipe de Orange, el hijo del rey Guillermo, se desvanecieron cuando el rey bombardeó Amberes el 27 de octubre, cosa que los belgas vieron como una forma de ayudar a los comerciantes holandeses en contra de ellos. Por el otro lado, el sentimiento reunionista nunca fue terriblemente fuerte, y de cualquier manera tenía una oposición muy poderosa fuera de Bélgica. Y tanto el orangismo como el reunionismo tenían un enemigo muy poderoso adentro: la Iglesia, que veía a la Casa de Orange como protestante y a Francia como demasiado anticlerical.[132]

Pero el compromiso social interno hubiese sido insuficiente para triunfar de no ser porque la independencia belga se debía a las necesidades más grandes tanto de Gran Bretaña como de Francia. La Santa Alianza había albergado la esperanza de que Gran Bretaña no se precipitase a reconocer al nuevo régimen, tal como lo había hecho con Luis Felipe. Esperaban que los vínculos comerciales británicos con Holanda pudiesen inducirlos a seguir la línea dura. Asumieron, asimismo, que Gran Bretaña temería un renovado expansionismo

izquierda, la iglesia aplicó algunos frenos y los católicos comenzaron a desempeñar un papel moderador en la revolución nacionalista (véase Guichen, 1917: 255).

Con la publicación de *Mirari vos* la iglesia logró ponerle fin a la alianza con los liberales. En Bélgica la iglesia comenzó a aducir que había una diferencia entre el liberalismo católico de Lamennais y el catolicismo liberal en cuyo favor estaba. Es decir, no eran primordialmente liberales sino primordialmente católicos y si aceptaban una separación entre la iglesia y el Estado sólo podía ser como un *pis aller*. Esto se conoce como la enseñanza de la escuela de Malinas (véase Simon, 1959: 416). Pero si bien esto era fundamental para la futura política interior de Bélgica como Estado independiente, el hecho es que esta retirada del liberalismo se dio demasiado tarde. Ya se había creado Bélgica como Estado liberal, dividido entre liberales anticlericales y liberales católicos. Y así siguió durante todo el siglo XIX.

[131] Este proceso del compromiso, primordialmente sobre el tema de la escuela, se había iniciado ya en 1828 (véase Renouvin, 1954: 62).

[132] Para una descripción detallada de esta elección entre las tres opciones véase Stengers (1951).

francés (véase Guichen, 1917: 172 y *passim*).[133] No lograron entender el dinamismo del modelo emergente británico-francés y la forma en que una Bélgica independiente, industrializada y liberal, de hecho lo consolidaría. "La idea de la 'alianza liberal' [fue] a partir de la década de 1830 un tema constante del periodismo liberal de Londres y París" (Lichtheim, 1969: 42). Los franceses proclamaron el principio de "no intervención" para disuadir a las tropas prusianas de intervenir a finales de agosto, y lograron que los británicos hiciesen lo propio.[134] "Las relaciones de confianza de Gran Bretaña y Francia en los primeros días de octubre de 1830 tuvieron una importancia fundamental para mantener la paz" (Demoulin, 1950: 127)[135] y permitieron, así, la declaración de independencia por parte del Congreso Nacional el 18 de noviembre. El 24 de ese mes el congreso hizo a un lado toda consideración de un rey procedente de la Casa de Orange. Pero en el momento mismo en que Rusia estaba movilizándose para mandar tropas, el 29 de noviembre estalló la insurrección polaca. De hecho el zar se vio impedido dos veces de intervenir. Previamente, la oposición del gran duque Constantino y del ministro de Relaciones Exteriores, el conde Nesslerode, habían demorado la acción. Aconsejaron prudencia, puesto que el gran duque temía que diezmaran al ejército de Polonia, que era su "dominio privado". Y ahora el levantamiento polaco definitivamente "salvó a Bélgica de la intervención y tal vez a Europa de la guerra" (Guyot, 1926: 64). En realidad, la misma movilización por parte del zar constituye un elemento en el levantamiento polaco, puesto que los oficiales polacos temían ser diezmados (véase Morley, 1952: 412-414).[136] El 15 de enero de 1831 Lafayette dijo: "Caballeros,

[133] No era del todo absurdo. La actitud francesa frente a una Bélgica independiente era sumamente ambigua. En su momento la apoyaron, pero Jean-Baptiste Nothomb creía que, con excepción de Luis Felipe y de Guizot, la mayoría consideraba que su "existencia era transitoria" (Stengers, 1951: 29, n. 1). Michelet llamó a Bélgica "una invención inglesa" (citado en la p. 7). Y todavía en 1859 el ministro francés en Bélgica dijo que los belgas eran "una nacionalidad por acuerdo [*nacionalité de convention*]" (p. 8).

[134] Talleyrand, al presentarle sus credenciales al rey de Inglaterra, utilizó el tema de la no intervención que Canning usara en una ocasión porque le convenía. "Y así, de un recurso político momentáneo que Canning había tomado en préstamo de Monroe [en relación con las independencias en América Latina] Talleyrand pretendía crear una ley general y permanente de las relaciones entre los estados" (Guyot, 1901: 585).

[135] Véase también Betley (1960: 245): "Las opiniones que se originaron en Londres y en París proporcionaron la base para la existencia del Estado belga, a pesar de las diferencias al respecto entre ambos gobiernos."

[136] De hecho, el levantamiento polaco tuvo entonces repercusiones dentro de la mis-

se ha preparado la guerra contra nosotros. Polonia debía formar la avanzada; la avanzada se ha volcado contra el grueso del ejército" (citado en Morley, 1952: 415).

El levantamiento polaco marcó, así, el final de toda posibilidad de intervención rusa contra Bélgica. Es cierto que no le hizo mucho bien a la misma Polonia. Cuando el primer ministro de Gran Bretaña, lord Grey, recibió al enviado polaco, el príncipe León Sapieha, a principios de 1831, el segundo le recordó un panfleto que había escrito en defensa de Polonia. "Grey dijo que no había cambiado de principios, pero que en vista del peligro de que los franceses fuesen llevados por la opinión pública a anexarse Bélgica, Gran Bretaña debía tener un aliado capaz de contrarrestar tal acción. Ése sólo podía ser Rusia" (Betley, 1960: 89).

El cinismo era de rigor. Sin embargo, confirma la diferencia crucial entre Bélgica y Polonia: el papel que Bélgica, pero no Polonia, podía desempeñar, potencialmente, para consolidar el modelo franco británico. Por lo menos Buonarrotti fue claro respecto a lo que ocurrió: Bélgica, bajo el gobierno del rey elegido finalmente, Leopoldo I, se había unido a Gran Bretaña y a Francia para constituir los "baluartes de esa monarquía constitucional basada en un sistema parlamentario y en el consentimiento generalizado de las clases medias" que denunciaba como "el orden del egoísmo" (Eisenstein, 1959: 86). Metternich fue igualmente claro. En una carta al conde Nesselrode escribió: "Mi idea más secreta es que la vieja Europa está en el principio del fin [...] La nueva Europa, por otro lado, no está aún en sus comienzos. Entre el fin y el comienzo habrá caos" (citado por Silva, 1917: 44).

Evans (1983: 200) llama a esto el "parteaguas natural de la historia de la diplomacia europea": autocracias en el este, constitucionalismo liberal en el oeste.[137] Esto sirvió como base material para ese nuevo

---

ma Rusia. Los polacos estimularon la conspiración de los cadetes. Crearon el lema "Por vuestra libertad y por la nuestra" como un gesto hacia los cadetes. "El día que el *Sejm* votó por destronar a Nicolás como rey de Polonia (25 de enero de 1831) la Liga de los Cadetes organizó una compleja demostración funeraria para honrar la memoria de los cinco decembristas rusos que habían muerto en el cadalso. En la procesión se llevaban estandartes con la inscripción 'Por vuestra libertad y la nuestra'" (p. 415).

[137] Véase también Seton-Watson (1937: 151): "El resultado [de la inquietud en Europa en la década de 1830] consiste en dividir Europa definitivamente en dos campos: las potencias orientales, como exponentes de la autocracia [...] y el occidente liberal, que se basaba en el progreso constitucional en sus respectivos países y estaba ansioso [...] de promoverlo en España y Portugal contra la feroz reacción de los carlistas y de Dom Miguel."

concepto cultural, "Occidente", que fue desarrollado precisamente en el periodo de 1815 a 1848, en parte por Auguste Comte, en parte por diversos teóricos rusos que contemplaban anhelosos y frustrados esa "forma específica de civilización" (Weill, 1930: 547). El concepto de un Occidente militarmente fuerte y económicamente dominante, que se atribuía el estandarte de la libertad individual contra un "este sin libertad", económicamente retrasado, habría de convertirse en el patrón del resto de los siglos XIX y XX.

La ventaja que tenía Bélgica sobre Polonia era su ubicación geográfica en el noroeste de Europa, combinada con una base industrial ya desarrollada. Por consiguiente, podía incluirse en el núcleo ampliado; de hecho, se la necesitaba como parte de la sede ensanchada de producción de alta tecnología requerida por una economía-mundo en crecimiento.[138] Bélgica se recuperaría rápidamente de las dificultades económicas transitorias causadas por la turbulencia de una revolución política,[139] para ser sabiamente gobernada por un rey que se propondría el objetivo de "trabajar por la *entente* francobritánica" (Ponteil, 1968: 327).

Con Francia y Bélgica en manos confiables, Gran Bretaña podía hacer con cierta facilidad sus propios ajustes políticos. De hecho, la historia de la reforma no se inició en 1830, durante el gobierno *whig* de lord Grey, sino en 1829, cuando el duque de Wellington presidía un gobierno *tory*, lo más parecido que tuvo Inglaterra a un régimen ul-

[138] Pollard (1973: 640) opina que Bélgica seguía desempeñando un papel semiperiférico. Al analizar el papel de Bélgica en el periodo 1815-1865 dice que "algunas compañías, las mejores y más resistentes, sobrevivieron [ante la industrialización británica]. Su mundo yacía entre los británicos más avanzados, por un lado, y la Europa más atrasada por el otro. Bélgica fue el territorio al que se le atribuyó primero y con más éxito ese papel intermedio, y la historia industrial belga puede ser plenamente entendida sólo en términos de esta relación dual". Me parece que Pollard minimiza la fuerza económica belga, especialmente a partir de 1834.

[139] Henderson (1954: 125) señala que "Bélgica logró su independencia política al costo de una seria dislocación de su economía". Chlepner (1926: 57) también afirma que "la revolución de 1830 provocó [...] una profunda crisis económica]. Pero para 1834 Bélgica estaba iniciando una gran expansión industrial basada en la construcción de ferrocarriles. Y el renacimiento de Amberes le permitió convertirse en sede del creciente comercio británico-germano. Además, Bélgica pudo beneficiarse entonces de ser la recién llegada. "Cuando los maestros en hierro franceses y alemanes tenían buenas razones para perseverar con las técnicas más viejas, en Bélgica lo más razonable era convertirse lo antes posible a la nueva tecnología del hierro. Los rieles de hierro fueron el producto básico de la mayor parte de las nuevas grandes forjas belgas a partir de 1834" (Milward y Saul, 1977: 443).

tra. La cuestión no era la autonomía de las clases medias urbanas sino la "emancipación" de los católicos. La cuestión de la emancipación católica había estado siendo discutida en el parlamento desde 1778, cuando se derogaron las leyes penales.[140] Originalmente se trató de hacer extensivos los derechos civiles a una minoría, un elemento de la liberalización gradual del sistema político. No obstante, el Acta de Unión, en 1800, complicó las cosas. Una vez que Irlanda quedó jurídicamente incorporada al Reino Unido, ampliar los derechos católicos podía verse como "la conclusión necesaria" del acto. Pero podía verse también como una marcha atrás parcial, un elemento de una posible descolonización del imperio británico.

Al mismo tiempo aparecieron dos elementos más en el panorama. El primero fue el renacimiento protestante del siglo XVIII que, aunque por sí mismo ejercía presión sobre el *establishment* anglicano, añadió una fuerte voz que estaba "en conjunto en contra de la emancipación [católica]" (Hexter, 1936: 313). El segundo, que iba en la dirección contraria, fue la Revolución francesa. La oposición a la revolución creó un cambio en la forma en que se veía a los católicos en Gran Bretaña: "El catolicismo, que no era ya un ogro devorador de armas, se volvió un Atlas virtuoso que sostenía al mundo tambaleante contra los embates de un sansculottismo ateo" (Hexter, 1936: 301).[141]

Sin embargo, fueron sin duda las clases bajas irlandesas las que forzaron la cuestión, y sus acciones no reflejaban un ímpetu de integración al sistema político británico sino los comienzos de un nacionalismo popular irlandés:

> Era más bien que en la emancipación católica [las clases bajas irlandesas] preveían vagamente la satisfacción de muchos deseos, la expropiación de los terratenientes protestantes y la división de las tierras entre ellos mismos [...] en una palabra, la restitución a los católicos de las tierras que pertenecían a sus antepasados (Halévy, 1949a: 191).

[140] La necesidad de obtener reclutas irlandeses y el apoyo de Quebec en la guerra contra las trece colonias de América del Norte desempeñaron sin duda un papel (véase Hexter, 1936: 297-298). La ley de 1778 fue la causa inmediata de los motines de Gordon por parte de los protestantes (véase Stevenson, 1979: 76-90).

[141] Un resultado inmediato fue el Acta de Asistencia a los Católicos que Disentían, de 1791.

Para 1829 el nacionalismo habría arraigado lo suficiente como para que Irlanda diese la impresión de estar al borde de una rebelión. "Por lo menos eso le parecía al duque de Wellington" (Reynolds, 1954: 30).[142] Ante la necesidad, según pensaba, de escoger entre la emancipación y la revolución, el duque de Wellington —el duque de Hierro, ferozmente opuesto a la emancipación— "decidió una de sus retiradas estratégicas. Le arrancó permiso al rey" (Reynolds, 1954: 30)[143] para plantear la medida de una emancipación sin calificaciones.

La emancipación habría de cambiar la vida de las clases bajas irlandesas mucho menos de lo que esperaban.[144] ¡No importaba! La retirada de Wellington tuvo la consecuencia de que "volvió respetable la reforma" (Moore, 1961: 17), y al mismo tiempo tuvo el toque final de convertir a los mismos ultras británicos en partidarios de la reforma electoral. Era la misma reacción que habían tenido los ultras franceses de la restauración ante lo que consideraban la postura insuficiente

[142] Wellington contaba con algunos indicios claros de los sentimientos políticos de los católicos irlandeses. El líder de la Asociación Católica, Daniel O'Connell, fue electo como miembro del parlamento en representación del condado de Clare en 1828, cuando se enfrentó al recién designado presidente del Consejo de Comercio, Vesey Fitzgerald, por una votación de 2 057 contra 982. "La emancipación era inevitable. Pero su puesta en práctica en 1829 y no cinco o diez años más tarde puede atribuirse directamente a la situación irlandesa y en particular a la asociación [católica]" (p. 164).

[143] Fue aconsejado por su lugarteniente, Robert Peel, quien se erigiría más tarde en el arquitecto de la revocación de las Leyes de los cereales. Desde luego, también tuvieron que convencer al parlamento. Thomis y Holt (1977: 82) lo llama "un triunfo para el nuevo estilo de organizarse y de hacer campañas políticas". Compárese a estos tories ("ilustrados") con el liderazgo *whig*. Halévy (1950: 255-256) observa que en la década de 1830 "por todo el mundo, en Irlanda, Bélgica, Polonia, Canadá y Terranova, los descontentos, los clientes de los liberales de avanzada, eran católicos". Sin embargo, para 1838 esos *whigs* "habían traicionado a Polonia, sometido al bajo Canadá a la ley marcial y devuelto a los católicos de Luxemburgo y de Limburgo a una potencia calvinista [los Países Bajos]". De manera similar, Holland (1913: 77) reconoce: "Durante la década de poder [de los *whigs*, 1830-1841; que de hecho se interrumpió de noviembre de 1834 a abril de 1835] los gobiernos *whig* no cambiaron sustancialmente el sistema nacional de las Leyes de los cereales, de la Preferencia Colonial, las Leyes de Navegación y los altos derechos proteccionistas a las manufacturas." Los *whigs* casi nunca tuvieron el valor de su presunto liberalismo. Esto realmente no es sorprendente, ya que "siempre llevaron la marca de la aristocracia [...] Un 'demócrata *whig*' era un deporte, no un género" (Southgate, 1965: xv-xvi).

[144] Véase Reynolds (1954: 168): "En Irlanda misma los efectos inmediatos de la medida parecían escasamente proporcionales a la energía y el entusiasmo que habían desembocado en seis años de confusión."

mente autocrática de Luis XVIII. Los ultras británicos pensaban que Wellington y Peel se habían vuelto poco confiables. Como habían sido apoyados por los representantes de los condados más pequeños, más fáciles de influir, los ultras argumentaban, "paradójica pero no irracionalmente" que sólo "podía contarse con un electorado racional y de base amplia para que se reuniese en torno al estandarte de 'no al papismo'" (Evans, 1983: 206).[145] La oportuna retirada de Wellington del tema de la emancipación católica garantizó que no se produjese nada parecido a los días de julio, pero el resultado terminó siendo sustancialmente el mismo, porque fue, asimismo, la culminación de procesos esencialmente paralelos en ambos países.

La emancipación católica puede haber calmado las cosas en Irlanda, pero el fracaso de la cosecha en Inglaterra ese mismo año revivió la sensación de turbulencia. En el invierno de 1830 el desempleo en las áreas rurales se había vuelto "generalizado" y se vio seguido por la quiebra de los bancos ubicados en el campo, lo que produjo motines agrícolas (véase Gash, 1935: 91). En ese momento, a la espera de nuevas elecciones, estalló la revolución de julio (los Días de Julio). Como ya señalamos, la reacción fue mixta. Los radicales estaban "triunfantes". Veían a julio de 1830 como "la renovación de 1789". El centro liberal (los aristócratas *whig*, los notables de la clase media urbana) tenía la esperanza de que la revolución de julio resultase ser "al mismo tiempo liberal y conservadora, y de hecho no reviviese 1789 o 1792 sino 1688, convirtiéndose así en un tributo francés a la sabiduría política de Inglaterra" (Halévy, 1950: 5-6).

[145] La primera "propuesta de ley de reforma concienzuda" fue presentada por uno de esos ultras, el marqués de Blandford, en 1830. Proponía "la transferencia de los escaños de los distritos con muy pocos electores a los condados, la descalificación de los votantes que no fuesen residentes, la expulsión del parlamento de quienes detentasen cargos de la corona, el pago a los representantes parlamentarios y la concesión del derecho al voto en general a quienes pagaran impuestos". Desde luego, hay más de una manera de ver el hecho de que un parlamento lleno de representantes de distritos con muy pocos votantes votase por las reformas. Halévy (1949a: 145, 147) lo tiñe con un matiz comprensivo: "de esta manera la corrupción misma del electorado corregía hasta cierto punto los vicios del sistema y brindaba un medio por el cual las nuevas clases de la sociedad podían obtener escaños en el parlamento y la representación de sus intereses en el mismo. [Votar los proyectos de reforma dos veces consecutivas] prueba que, a diferencia de lo que ocurría en la Cámara de los Lores, la Cámara de los Comunes no reformada representaba ya en gran medida la opinión del país"... o por lo menos la de "los banqueros, comerciantes y hombres de negocios de todo tipo" de cuya participación en la Cámara de los Comunes está hablando Halévy.

En todo caso, Wellington perdió la elección, en lo que en opinión de Halévy (1935: 53) es el "resultado natural de la caída del último de los reyes de Francia".[146] Aunque julio puede o no haber perjudicado a Wellington, ya vimos que de hecho éste no le era hostil a Luis Felipe. Como señaló Louis Blanc en ese momento, si los *whigs* apoyaban a la revolución de julio como "el triunfo del liberalismo francés", los *tories* hacían lo propio porque estaban tratando de mantener la "supremacía [de Gran Bretaña] en Europa":

La aristocracia inglesa, como todas las aristocracias, es muy clarividente y coherente al tratar de cumplir sus objetivos. Sabía que, con Carlos X, había una seria posibilidad de que Francia se apoderase de la margen izquierda del Rin y que entregase Constantinopla a los rusos. Sabía que el duque de Orleáns era inglés por sus gustos y sus inclinaciones.

El contagio de 1830 se difundía claramente. Pese a ello, es posible que la reforma nunca se hubiese producido, ni en Inglaterra ni en Francia o Bélgica, de no haber habido una presión popular. El nuevo gobierno *whig* de lord Grey reaccionó a las continuas perturbaciones agrarias aplicando las leyes "con la máxima severidad", logrando poner fin a los motines y los incendios provocados (Halévy, 1950: 15). Una vez que los motines estuvieron bajo control lord Grey propuso su acta de reforma. Cuando sólo logró una mínima mayoría, se disolvió el parlamento y se reintegró con una mayoría más fuerte en favor de la reforma. Pero cuando la Cámara de los Lores votó en contra del acta de reforma adoptada nuevamente, en octubre de 1831, empezaron a producirse disturbios urbanos. Los líderes reformistas de la clase media, como Francis Place, luchaban por mantenerse en el liderazgo. Place lanzó el famoso lema "Para detener al duque [de Wellington] vayan por el oro". Eso quería decir que se retirasen los fondos privados de los bancos. Se dejaba oír la sugerencia de pre-

[146] Gash (1956) cuestiona el argumento de Halévy de una influencia directa de la revolución de julio en las elecciones británicas. Dice que para el momento en que las noticias llegaron a Gran Bretaña, el 3 de agosto, ya habían regresado 60 de 120 miembros. Admite que los 60 restantes incluían la cuarta parte de los escaños que estaban en mayor disputa, pero dice que la reforma se había convertido en un tema significativo antes de julio, y que atribuirles a los días de julio un impacto directo sobre la opinión británica era, primordialmente, una afirmación retrospectiva de voceros radicales. No obstante esto, asume que el impacto de la revolución de julio funcionó afectando a quienes eran electos, más que las posiciones de quienes efectivamente resultaban electos.

sentarle resistencia armada a un nuevo ministerio *tory*, aunque "una revolución encabezada por Francis Place hubiese sido un fenómeno incongruente" (Evans, 1983: 211). No obstante, la amenaza funcionó. Wellington abandonó su oposición y el rey le prometió a Grey que, de ser necesario, nombraría nuevos pares. "Nunca fue necesario probar si era cierto" (Thomis y Holt, 1977: 91, 98).[147]

Tanto los defensores como los opositores de la reforma estaban de acuerdo en que en ese momento Gran Bretaña se había "asomado al borde de un precipicio de desorden" (Fraser, 1969: 38). Rudé afirma que en 1830 no se produjo una revolución inglesa porque no existía "un movimiento de clase trabajadora con conciencia de sí" y porque las iras ocasionales de los obreros "carecían de un apoyo sólido de la clase media" (Rudé, 1967: 102). Pero ¿será ésta la forma de analizar lo que ocurrió? En respuesta al alarde de que las reformas de 1832 se habían logrado "sin una insurrección", John Stuart Mill, escribiendo en 1849 (p. 12), pregunta: "¿Pero fue sin el *temor* a una insurrección? Si no hubiera existido la posibilidad de un levantamiento, ¿hubiese la Cámara de los Lores abandonado su oposición, o el duque de Wellington, desesperado, hubiera dado por perdido el juego?".[148] La respuesta, casi ciertamente, es que no.

[147] "Y así los modernos reformistas parlamentarios se salieron con la suya, y el precedente que establecieron al obtener concesiones mediante la extorsión de amenazar con la resistencia armada habría de ser para ellos una intensa vergüenza cuando los cartistas comenzaron a exigir nuevas medidas de reforma parlamentaria y emplear tácticas similares para lograrlo" (Thomis y Holt, 1977: 99).

[148] El análisis de Ward (1973: 56) es muy diferente: "No hace falta buscar el metodismo ni otras restricciones a la revolución. No existía una situación revolucionaria. La reforma tuvo éxito porque sus defensores habían sido electos, en gran medida, en la última elección no reformada, debido a que Wellington fue incapaz de formar un ministerio, porque los pares no querían verse empantanados por nuevas creaciones y porque una cuidadosa manipulación *whig* de las cláusulas de la propuesta garantizaban un electorado preponderantemente burgués." Todo eso es cierto, pero se trata en su mayoría de variables que intervinieron. No contradicen el factor aducido por Mill: el temor a la insurrección.

Como lo expresa muy bien Southgate (1965: 21-22): "El único argumento de una reforma extensa, tal vez el único argumento de *cualquier* reforma, que todos los ministros de Grey pudiesen en buena conciencia expresar al unísono, era que resultaba necesaria para la seguridad, la influencia y la reputación de la clase gobernante. Convencidos de que su labor era esencialmente conservadora, una operación de rescate del rango y la propiedad, los autores de la ley pudieron desempeñar el papel que la hagiografía *whig* les atribuía a los héroes de antaño [...] Estaban procurando separar a la clase media de las filas de quienes se oponían a la constitución, un gran conjunto incipiente de personas que se distinguían de los 'meros mecánicos' y los trabajadores por su riqueza,

Sin embargo, esto no significa que los insurrectos putativos alcanzasen sus metas. Porque una vez más los liberales centristas se hicieron cargo del proceso. El "propósito primordial" de la Ley de Reforma era "reunir el apoyo de la clase media en torno al sistema aristocrático" (Gash, 1979: 147).[149] Los *whigs* "se cercioraron —por usar su mismo lenguaje— de que la 'era de las mejoras' no se transformaría repentinamente en una 'era de la disrupción'". Para eso necesitaban una ley, cualquier ley, que pareciese incluir a las clases medias en el cuerpo político.[150] Hasta John Bright, que quería mucho más, diría: "Si la ley no era una gran ley [...] fue una ley genial cuando la aprobaron" (Briggs, 1959: 259-260).

Las reformas tuvieron algunas consecuencias inesperadas para la política británica. "Escocia y la Irlanda católica emancipadas se convirtieron en refuerzos poderosos para la solidez parlamentaria de los *whigs* y los liberales" (Gash, 1979: 154). Los marginados celtas habrían de ser el baluarte, primero de Gladstone y de Lloyd George, y luego, más tarde, del laborismo. Al mismo tiempo, los conservadores pasarían de ser meramente el "partido de la corona y la nobleza" a ser el "partido de Inglaterra" (Halévy, 1950: 182). Sin embargo, podría aducirse que las reformas de 1829-1832 establecieron el Estado nacional liberal tanto por integrar a los celtas marginados como por hacer lo propio con las clases medias.

Además, al eliminar los condados más pequeños, la ley debilitaba el poder de los ministerios *vis-à-vis* los miembros individuales, que ahora tenían que responder ante sus electores. Eso se revertiría cin-

---

su propiedad, su educación, su 'respetabilidad', y que por lo tanto calificaban para ingresar al *pays légal*. La Ley de Reforma no les ofrecía nada a las masas. Era una medida no democrática y antidemocrática".

[149] Y por supuesto funcionó: "La validez de la afirmación *whig* de que había separado a las clases medias del radicalismo de la clase baja nunca quedó más claramente demostrada que en los años 1831-1836 [...] el logro de la reforma parlamentaria fue seguido por un derrumbe de la membrecía y las finanzas de la Unión Política Nacional de Londres" (Gash, 1979: 191).

[150] Una vez más, no debemos exagerar. La Ley de Reforma duplicó el electorado que pasó de medio millón a un millón (véase Halévy, 1950: 27). Pero como afirma Clark (1962: 7) "la clase media, comoquiera que se la definiese [no] dominó el país a partir de 1832. Ciertamente se la consideró políticamente importante en el momento de esa Ley de Reforma, y que la ley fue propuesta y aprobada es en gran medida un reconocimiento a su importancia; pero después de la ley el control final en materia de política seguía estando, sin duda alguna, en manos de las viejas clases gobernantes, la nobleza y los terratenientes".

cuenta años después con el desarrollo de los partidos centralizados, que volvieron a imponer el control sobre los miembros y sus electores. Mientras tanto, este debilitamiento de un centro autocrático, aunque ministerial, provocó de hecho "desánimo" en muchos radicales, liberales y hasta *whigs*, porque les parecía que con frecuencia era más difícil, y no más fácil, obtener una nueva reforma a la legislación. Ya no bastaba con convencer a unos pocos individuos que ocupaban la cima misma para que realizasen cambios esenciales, oportunos. Era necesario tomar en cuenta los intereses de un grupo mucho más grande pero también estrecho de miras:

La inclinación de los benthamitas por lord Wellington y por Peel en 1829 y 1830 puede ser, en realidad, extremadamente importante. Si la historia siguiese una progresión lógica (cosa que nunca hace), se podría sostener que la primera Ley de Reforma hizo más por retrasar medidas tales como la derogación de las Leyes de los Cereales que por acelerarlas (Moore, 1961: 34).

Si las clases medias obtuvieron menos de lo que podían haber deseado, recibieron honor, y ya no volverían a ser turbulentas. No obstante, lo único que obtuvieron las clases trabajadoras, en Gran Bretaña, igual que en Francia fue "desilusión" (Briggs, 1956:70) y una posición debilitada para la siguiente ronda de combate.[151]

Para 1830-1832 se había fabricado en Gran Bretaña, Francia y Bélgica, los tres estados más industrializados de la época, un Estado liberal gobernado por un centro liberal. Colectivamente, los tres constituirían el núcleo económico y cultural del sistema-mundo. El modelo del Estado liberal estaba destinado a su uso y al uso de aquellos otros que estaban aspirando a alcanzar una prosperidad y una estabilidad comparables. Se había controlado a la Santa Alianza y a los ultras en el centro; de hecho, habían sido aplastados. Los conservadores y los radicales habían dado inicio a su transformación *de facto* en meras variantes del liberalismo centrista. Así como los ultras fueron definitivamente neutralizados, los revolucionarios que estaban en favor de la insurrección apenas habían logrado alcanzar cierta presencia política, especialmente en los tres estados liberales modelo.

[151] Véase Southgate (1965: 24): "La 'gran estrategia' social de la Ley de Reforma resultó reivindicada con el fiasco cartista de 1848, cuando Gran Bretaña, con su constitución reformada, pasó incólume la tormenta desatada por una nueva revolución en Francia.

Ahora tenía que desarrollarse la maquinaria del Estado liberal. El proceso de reforma electoral seguía siendo tímido. Pero ya se lo había lanzado, y continuaría avanzando inexorablemente hasta alcanzar su cumbre como sufragio universal en el curso de un siglo. El sufragio fue acompañado por la extensión de los derechos civiles a todos los ciudadanos, incluso los súbditos, incluso los residentes. Lo que todavía no había empezado del todo en el segundo gran pilar del Estado liberal era su amansamiento de las clases peligrosas: la protección estatal de los económica y socialmente débiles. Este proceso se iniciaría en el siguiente periodo, el de la consolidación de los estados liberales, entre 1830 y 1875.



Lechard (?), *Insurrection du Lyon, 9-14 avril 1834*. La huelga de los *canuts* en Lyon degeneró en un enfrentamiento armado entre los trabajadores y las fuerzas del orden, que dio por resultado una masacre de obreros. En la bandera que enarbolan éstos se lee: "Vive trabajando o muere luchando". (Cortesía de la Bibliothèque Nationale de France.)

3. EL ESTADO LIBERAL Y EL CONFLICTO DE CLASES, 1830-1875

La intervención estatal británica fue creciendo como una bola de nieve a lo largo de todo el siglo [XIX], que la mayoría de los historiadores se inclinaban por caracterizar como la centuria en la cual el gobierno no metió las manos en los negocios.

J. BARTLETT BREBNER (1948: 108)

Las revoluciones simplemente ocurren, no fracasan ni triunfan.

JOHN PLAMENATZ (1952: XII)

La lucha entre los órdenes sofoca o mejor dicho crea toda esta historia... Los hechos no sólo desaparecen porque los ministerios y los partidos lo desean ni porque les resulta útil que lo hagan.

FRANÇOIS GUIZOT (1820: 6)

Durante la primera mitad del siglo XIX el socialismo como concepto no se había separado todavía de la "democracia burguesa" como concepto o, según dice Labrousse (1949b: 7), "el jacobinismo y el socialismo seguían siendo una revoltura en la vida política". En cierto sentido, probablemente habría de pasar todavía al menos un siglo en el que no existió una distinción cabal de ambos conceptos. No obstante, el liberalismo (que me parece mejor expresión que "democracia burguesa") y el socialismo empezaron a tener trayectorias divergentes como opciones políticas a partir de 1830. De hecho, como sostiene Hobsbawm (1962: 284):

Los liberales prácticos [...] rehuían la democracia política [...] Los descontentos sociales, los movimientos revolucionarios y los ideólogos socialistas de la

era posnapoleónica intensificaron este dilema [de confiar en que la mayoría llevaría adelante los dictados de la razón], y la revolución de 1830 lo volvió agudo. El liberalismo y la democracia parecían ser adversarios más que aliados.[1]

El concepto de clase y de conflicto de clase no fue una contribución de los ideólogos socialistas, y mucho menos de Karl Marx. Era una idea saint-simoniana, desarrollada y utilizada por Guizot como parte del proyecto liberal.[2] La visión que tenía Saint-Simon de la estructura de clases en el moderno mundo industrial era que existían *tres* clases: los propietarios, los que carecían de propiedad y los sabios. Veía el conflicto de clase entre los "industriales" (los que trabajan) y los ociosos como una fase transicional, que sería superada por una sociedad armoniosa de clases industriales productivas bajo la égida de los sabios, visión meritocrática en la cual la vieja aristocracia por nacimiento sería sustituida por una aristocracia del talento (Manuel, 1956; Iggers, 1958b).[3] Para Guizot el concepto de clase era un elemen-

[1] Hobsbawm continúa (p. 285): "Mientras la ideología liberal perdió así su confiada capacidad de alcance inicial [...] una nueva ideología, el socialismo, reformulaba las viejas verdades del siglo XVIII. La razón, la ciencia y el progreso eran su sólida base. El año de 1830 señala "un parteaguas" también para Coornaert (1950: 13) y "un punto de partida" en la historia del proletariado. También él destaca (p. 26) la adopción de la filosofía del siglo XVIII: "fe en la razón, en la ciencia, una fe simplista en el interminable progreso de la humanidad".

[2] Esto lo explica Plejánov muy claramente y bastante pronto desde la perspectiva marxista (1902-1903). Y tampoco es todo: la clásica definición marxista del socialismo en la *Crítica del programa de Gotha* —"de cada quien de acuerdo con su capacidad, a cada quien de acuerdo con su trabajo"— está tomada de hecho directamente de la *Doctrine de Saint-Simon* (1830: 70): "*À chacun selon sa capacité; à chaque capacité selon ses oeuvres*" (citado en Manuel, 1956: 227). Es cierto que Marx especifica que ésta es una fórmula transitoria. En el periodo subsecuente de "comunismo" será "a cada quien de acuerdo con sus necesidades".

[3] Iggers le imputó originalmente a Saint-Simon que era "totalitario" (1958a: 3), pero se retractó en un libro posterior, en el cual prefirió hablar de las bases conservadoras del pensamiento saint-simoniano: "Igual que De Maistre, a quien [los saint-simonianos] admiraban profundamente, y a diferencia de otros defensores de la teoría del progreso, ellos estaban convencidos de que el hombre poseía '*penchants vicieux*', y que estas propensiones hacían necesaria la existencia de un Estado que restringiese y regulase la libertad del individuo" (1970: 689). Stark (1943: 55) lo llama "profeta de la burguesía". Véase también Brunet, que destaca la claridad de Saint-Simon acerca de qué estaba en contra y su variedad respecto a aquello de lo que estaba a favor, y lo caracteriza (1925: 9) como "Edipo frente a la esfinge", observando el siglo XIX que se extendía frente a él y tratando de adivinar el futuro. Véase también Hayek (1952: 156-188), quien remonta esta influencia en tres direcciones: a los jóvenes hegelianos y al socialismo posterior

to esencial en sus esfuerzos por "legitimar las aspiraciones políticas de la burguesía" (Fossaert 1955: 60).[4]

Pero en 1830 Guizot y sus amigos lograron, tal como estaban lográndolo simultáneamente en Gran Bretaña,[5] establecer una forma de gobierno de la clase media "como un *juste milieu* permanente, un justo medio entre los extremos de la revolución y de la reacción" (Starzinger, 1965: viii).[6] El 7 de agosto de 1830 la Cámara de Diputados suprimió el preámbulo a la Carta de 1814 "pues lesionaba la dignidad nacional al dar la impresión de *conceder* a los franceses derechos que les corresponden esencialmente" (Collins, 1970: 90). Los liberales, políticamente, y la *grande bourgeoisie*, socialmente, habían conquistado por fin su *droit de cité*.[7]

1848, al "capitalismo continental" y a Comte y la sociología positivista. Y G. D. H. Cole (1953, I: 43) es severo: "En todo esto no había ningún elemento de democracia."

[4] Fossaert continúa la exposición del pensamiento de Guizot: "La burguesía que se afirma a sí misma y aspira a dominar el Estado no teme volcarse a métodos revolucionarios: 1830 es prueba de ello. Tampoco le tiene miedo a las teorías científicas. Es consciente de ser una clase en lucha y acepta que se la defina como tal." Todavía en 1847, cuando Guizot seguía una línea políticamente mucho más conservadora, era denigrado por sus oponentes por este espaldarazo a la doctrina de la clase. En la Cámara de Diputados un tal Garnier-Pagès declaró: "No existen clases en este país [...] Y usted, M. Guizot, ésta es una de las teorías más detestables que apoya, que hay diferentes clases, que están la burguesía y los pobres, la burguesía y el pueblo [...] Quiso dividirnos pero no lo logrará [...] en Francia sólo hay ciudadanos franceses". Daumard (1963: xi) que cita esta perorata, señala que Garnier-Pagès casi inmediatamente continuó así su discurso a la cámara: "Veo aquí muchos burgueses". Por lo menos la cámara se rió.

[5] Cash (1977: 39) observa que el gabinete de pares de lord Liverpool estaba integrado de hecho por hijos y nietos de la clase media. En 1835 sir Robert Peel, al pronunciar un discurso en la City de Londres, se refirió al hecho de que su padre había sido un fabricante de algodón. "¿Sentí que de alguna manera eso me menoscababa? [...] No, ¿pero no hace que uno, o no debería hacer que ustedes, caballeros, hiciesen todo lo posible para concederles a otros hijos de otros hiladores de algodón las mismas oportunidades por medio del mismo sistema de leyes con las cuales este país ha florecido tan largo tiempo, de llegar por los mismos medios honorables a un destino equivalente?" (citado en p. 71).

[6] Guizot "no rechazaba ni aceptaba la Revolución en bloque [...] La sociedad de la 'razón' y la 'justicia' era el concepto filosófico básico con el cual los doctrinarios rechazaban las pretensiones exclusivas tanto de la Revolución como del antiguo régimen" (Starzinger, 1965: 20-21).

[7] Tanto Lhomme (1960: 36) como Pouthas (1962: 258) hablan de la sustitución de una clase por la otra como la fuerza dominante. No obstante, Tudesq (1964, I: 355) nos alerta acerca de cómo debemos interpretar este fenómeno. "No se trata de negar la supremacía de la *grande bourgeoisie* en la monarquía de julio; pero no se trató tanto de que expulsara a la antigua aristocracia como de que la asimilara." Sin embargo, las consecuencias sociales de este cambio fueron reales, como lo demuestra la carta que el

Como además esto coincidió con un periodo de cambio económico y social acelerado, los problemas más urgentes a los que se enfrentaban Francia y Gran Bretaña eran por entonces los "problemas sociales" del industrialismo, y especialmente los del "nuevo proletariado, los horrores de la urbanización descontrolada a toda velocidad" (Hobsbawm, 1962: 207). Por consiguiente, el conflicto de clases llegaría a significar algo diferente de lo que pensaban Saint-Simon y Guizot. La misma revolución de 1830 se produjo en un momento de especial dificultad económica para los trabajadores (alto desempleo, precios del trigo insólitamente elevados).[8] Probó la utilidad del levantamiento político y sirvió para estimular la conciencia de los trabajadores, el sentido de tener un interés común "tan sólo como proletarios", un sentimiento de la "dignidad del trabajador" (Festy, 1908: 330).[9] Los liberales percibieron inmediatamente este cambio. Thiers, en una declaración a la Cámara de Diputados, afirmó: "al día siguiente de la revolución de julio vimos que teníamos el deber de moderarla. De hecho lo que peligraba no era ya la libertad sino el orden" (citado en Bezucha, 1974: 137).[10]

---

prefecto de París dirigió a los alcaldes de los diversos *arrondisements* poco después de la revolución de 1830, en la que discutía las preparaciones necesarias para la realización de posibles festividades en el palacio: "Sin duda encontrarán apropiado [...] redactar con antelación una lista de las personas de cada *arrondisement* que puedan ser incluidas en el honor de recibir indicaciones del rey. Mérito eminente, riqueza adquirida en forma honorable, un nombre justamente famoso, gran industria, tales [...] son las condiciones que, además de una vida honorable, deben guiarlos en las elecciones que realicen. Por lo tanto, incluyan por favor a los magistrados, a los grandes propietarios, los banqueros, los *agents de change*, los notarios, los abogados, los fabricantes, los oficiales militares, los artistas, los hombres de letras que residan en su distrito, cinco o seis de las personas más notables en su profesión." Esta carta es citada por Daumard (1963: 361) quien comenta: "No es ya cuestión de antepasados, excepto incidentalmente y con el propósito de no excluir a nadie con un 'nombre justamente famoso', e incluso en este caso no es necesariamente alguien que sea tradicional."

[8] "Al crear descontento entre la población, al acostumbrarla a los motines, la crisis creó el ambiente revolucionario" (Gonnet, 1955: 291).

[9] Véase también Moss (1975a: 204): "Las *Trois Glorieuses* inspiraron tanto un renacimiento de las ideas igualitarias de la primera república como una oleada sin precedentes de protesta de la clase trabajadora."

[10] Un mes después de la revolución de 1830 el *Journal des Débats* alertaba a las clases medias sobre el levantamiento de los proletarios en la sociedad moderna, comparándolos con los bárbaros en el imperio romano (véase Daumard, 1963: 515). Y cien años más tarde ese otro liberal, Benedetto Croce (1934: 150) analizaba de manera similar la revolución de 1830: "Los términos habían cambiado. Ya no se trataba de una lucha entre liberalismo y absolutismo sino entre liberalismo y democracia, de su forma moderada

Los años siguientes habrían de presenciar una inquietud obrera de una intensidad y calidad nuevas tanto en Francia como en Gran Bretaña. En las obras sobre huelgas e inquietud de los trabajadores se ha señalado crecientemente cuánta de esta actividad era de "artesanos", en oposición a "obreros". Aunque la línea divisoria no siempre es tan clara como parecen querer algunos autores, en general los denominados "artesanos" tenían más aptitudes técnicas, mayor ingreso real y más autonomía en el lugar de trabajo que otros tipos de trabajadores. Muchos de estos "artesanos" eran miembros de organizaciones que existían desde mucho antes del siglo XIX, y que funcionaban para mejorar el bienestar de sus miembros a través del apoyo social y la ayuda mutua. Las organizaciones eran jerárquicas y se estructuraban en torno a rituales.

Estas organizaciones eran las únicas permitidas en los periodos en los que se había prohibido estrictamente la organización sindical,[11] y sólo se las toleraba bajo la cuidadosa vigilancia de las autoridades. No obstante, en la cambiante situación política posterior a 1830, hasta las sociedades de ayuda mutua empezaron a asumir nuevos papeles, como lo ha señalado Sée (1951, 2: 199): "Muchas de estas sociedades servían [...] para ocultar verdaderas *organizaciones de resistencia* hostiles a los empleadores; al crear *reservas monetarias auxiliares* (*bourses auxiliaires*), creaban fondos para sostener a los desempleados y a los huelguistas."[12] De manera que podía ocurrir, como ha sostenido Stearns (1965: 371-372), que tales "artesanos" tuviesen más probabilidades de dedicarse a acciones de huelga en esa época que los "obreros fabriles", los cuales, al estar en una posición aún más débil, eran "casi por entero aquiescentes".[13]

---

a su forma extrema y socialista. Esta lucha, que fue la lucha verdaderamente presente y progresista del siglo XIX, se desarrolló [...] en los países que gozaban de libertad".

[11] Véase Wallerstein (1989: 107, 120-121 [ed. en esp.: 149, 167-168) sobre la *Loi Le Chapelier* en Francia y las Leyes Anticombinación en Gran Bretaña.

[12] Rudé (1969: 22) afirma que la militancia de estas asociaciones fue visible ya antes de 1830: "De hecho, los acontecimientos de octubre-noviembre de 1831 no pueden considerarse una sorpresa. Para los miembros de la asociación de jefes de talleres de seda en Lyon, llamada *Mutuelisme*, no fue en 1831 cuando 'se dio la señal de la emancipación de los trabajadores', sino más bien tres o cuatro años antes, cuando se fundó su organización [1828]... Y a lo largo de toda la restauración el movimiento de los trabajadores, que se expresaba como 'coaliciones' y conspiraciones, en ningún momento dejó de mostrar una asombrosa vitalidad."

[13] Tilly, por un lado, dice que 1830 "hizo poca diferencia" para la política de los trabajadores del norte de Francia. Habla de la "ausencia casi total de huelgas". Pero por

La distinción que hacen muchos especialistas entre los artesanos y los obreros fabriles parece realizarse primordialmente sobre la base de una organización diferente del lugar de trabajo. Pero de hecho, los artesanos solían estar en "talleres", que no eran tan diferentes en estructura e incluso en organización social de las "fábricas" bastante pequeñas que existían en esta época. Yo sospecho que la verdadera diferencia estaba en el origen social de ambos grupos de trabajadores. Los "artesanos" eran varones, y varones que en su mayoría provenían del área circundante. Los "obreros fabriles" eran mayormente mujeres y niños (Bezucha, 1974: 35) o "migrantes", que incluían tanto a quienes venían de comunidades rurales como a los obreros que hablaban otro idioma.[14]

La expresión más dramática de protesta por parte de los "artesanos" fue la de los *canuts*[15] de Lyon, primero en 1831 y luego en 1834. Las luchas se iniciaron inmediatamente después de la revolución de junio e incluyeron destrucción de maquinaria y expulsión de trabajadores

otro lado nos dice que "el creciente ritmo del conflicto industrial durante los decenios de 1830 y 1840 volvió normal la huelga, al menos hasta cierto punto" (1986: 262, 264-265).

[14] Véase Bezucha (1974: 23), quien cuenta con estadísticas de 1833 para un distrito de trabajadores en Lyon que demuestran que, de 3 257 jornaleros, sólo 547 habían nacido en esa ciudad. Los demás eran extranjeros o provenían de comunidades rurales. "La inmigración fue el factor principal del crecimiento de Lyon durante este periodo" (p. 158). Aguet (1954: 4) menciona un informe del *Constitutionnel* del 16 de agosto de 1830, respecto a una marcha a la prefectura de policía de París, en la cual los trabajadores locales exigían que a los trabajadores "extranjeros" ("extranjeros" incluía a los trabajadores franceses de origen rural) se les pidiese que abandonasen París. El prefecto se negó sobre la base de que la presencia de los trabajadores "extranjeros" representaba "una competencia que promueve la emulación, favorece el espíritu de mejoramiento y ha contribuido considerablemente a fortalecer la industria francesa". Aguet (p. 9) informa de casos similares en Lyon y en Grenoble.

Entonces, igual que ahora, a los trabajadores "extranjeros" se les pagaba menos que a los trabajadores locales, pero eran atraídos por salarios superiores a los que podían obtener en sus zonas de origen. Sée (1924: 494, 498) cita un estudio de 1840 realizado por Villermé con datos de los trabajadores de París, que le permite llegar a la conclusión tanto de que los campesinos se sentían atraídos por "los niveles salariales [relativamente] elevados que ofrecía la industria manufacturera" como que, sin embargo, "la existencia del trabajador parecía bastante precaria".

[15] *Canut* se deriva aparentemente de la palabra *canette*, que significa "carrete", y era el nombre que se había usado en los espectáculos de marionetas de Lyon desde el siglo XVI para caricaturizar a los trabajadores de la seda de esa ciudad. Levasseur (1904, 2: 7) insiste en que "no era un término despectivo".

"extranjeros".[16] El antecedente de esto fue la militancia de los jornaleros en el siglo XVIII, que había hecho erupción en 1786 en el llamado motín de dos centavos (*émeute de deux sous*), en el cual los jornaleros procuraban obtener una tasa mínima fija para la tela terminada. Los disturbios continuaron hasta la Revolución francesa y la imposición de la *Loi Le Chapelier*. Bezucha (1974: 11) llega a la conclusión de que "de hecho, la Revolución francesa interrumpió el impulso creado antes de 1789 y puede haber retrasado el desarrollo de un movimiento obrero en Lyon". No obstante, en los años comprendidos entre 1789 y 1830, el sistema relativamente estable del *compagnon* había sido remplazado por uno "más fluido de trabajadores que laboraban a tanto la pieza" (Bezucha, 1974: 46).

Levasseur (1904, 2: 6) plantea la pregunta ¿por qué Lyon?; ¿por qué 1831? Su respuesta es que Lyon estaba viviendo de una industria de lujo, la seda, lo que la volvía más "sensible [...] a las crisis económicas y la agitación política". La cuestión inmediata, igual que en 1786, fue un salario mínimo, con el cual había estado de acuerdo el prefecto pero que fue subsecuentemente revocado por el gobierno central. La primera huelga fue relativamente no política. Pero el descontento continuaba. En 1832 hubo huelga en París. El ambiente estaba cada vez más politizado, en parte por la insatisfacción de las clases trabajadoras con la política de la monarquía de julio, en parte (por lo menos en Lyon) por la agitación de las fuerzas nacionalistas italianas. El ayuda de campo de Mazzini, el general Romorino, estaba con frecuencia en Lyon reclutando gente para sus intentos de liberar Saboya y Piamonte (Bezucha, 1974: 122). El 14 de febrero de 1834 se convocó una huelga general. No tuvo éxito. El partido republicano local tenía una actitud dividida.[17] Una ley represiva provocó mayor reacción de

[16] "Si se deseaba poner más empleos a disposición de los franceses, esto implicaba que a los extranjeros que estuviesen en Francia deberían expulsarlos sus empleadores y el Estado [...] esta cuestión de expulsar a los trabajadores extranjeros fue uno de los principales puntos de desacuerdo entre los trabajadores y el gobierno durante los primeros meses posteriores a la revolución de julio" (Newman, 1975: 23). Véase también a Bruhat (1952, 1: 223) quien se queja de que "los trabajadores no atacaron directamente ni al régimen (el capitalismo) ni a los hombres (los capitalistas) que eran la causa de sus sufrimientos".

[17] Es cuestión de controversia cuánto apoyo de los republicanos recibieron los trabajadores. Bezucha (1974: 171) lo minimiza: "En último análisis la participación republicana en el levantamiento de Lyon de 1834 fue resultado de la debilidad del partido local, no de su fuerza." Fue una revuelta obrera, dice Bezucha, y no política, como afirmó el gobierno. Bruhat también quiere destacar la primacía de la conciencia de clase de los

los trabajadores en abril, un levantamiento en el cual mataron a unos trescientos. Este intento llegó a ser visto como "un hito en la historia de la clase trabajadora europea" (Bezucha, 1974: 124). Esta vez la represión por parte de las autoridades fue definitiva. En 1835 se celebró un "juicio monstruoso" que el gobierno usó "para deshacerse de los republicanos".[18] Enfrentado a los inicios de una seria lucha de clases por parte de la clase obrera trabajadora, el Estado liberal reaccionó inicialmente de manera tan represora como lo hicieran sus predecesores.

La historia no era muy diferente en Gran Bretaña. El equivalente moral de la revolución de julio fue la Ley de Reforma de 1832. Gran Bretaña no conoció "tres días gloriosos" de "revolución". Hubo en cambio una batalla parlamentaria en la cual la revolución se "aprobó", en la crucial segunda lectura, en 1831, por un único voto. Cuando, pese a ello, la ley fue derrotada en comités, el parlamento se disolvió y se eligió otro, prorreformista. En ese momento había una gran conciencia de los acontecimientos de Francia y de las posibilidades de que ocurriese algo "peor". El discurso de Macaulay del 2 de marzo de 1831 en favor de la reforma deja en claro el razonamiento de quienes abogaban por ella:

> Adonde quiera que volteemos, adentro, alrededor, la voz de grandes acontecimientos nos proclama: reforma, para que puedas preservar [...] Renueva la juventud del Estado. Salva la propiedad dividida contra sí misma. Salva a la multitud, puesta en peligro por sus propias pasiones incontrolables. Salva a la aristocracia, puesta en peligro por su propio poder impopular. Salva al país más grande, más bello y más altamente civilizado que haya existido jamás de calamidades que, en unos pocos días, podrían barrer con toda esta rica herencia de tantos siglos de sabiduría y gloria. El peligro es terrible. El tiempo es breve. Si esta ley se rechazase, le ruego a Dios que ninguno de quienes

---

trabajadores (1952, I: 262). Levasseur (1904, 2: 819) opina lo opuesto: los republicanos "habían tomado su revancha" por la decepción de 1830 al apoyar el levantamiento de 1834, considerando que el de 1831 en realidad no fue político. Dolléans (1947, I: 9?) invierte el asunto diciendo que fueron los trabajadores quienes insistieron en mantener su lucha limitada a sus intereses inmediatos: "Ellos temían comprometer sus demandas al trabajar junto a los republicanos. Preferían ser cautelosos."

[18] Plamenatz (1952: 55), quien añade: "o, para acercarnos más a la verdad, los empujó hacia la clandestinidad". Los que siguieron, dice, fueron "los años de silencio". Véase también Dolléans (1947, 1: 107) respecto a la manera en que el gobierno utilizó la huelga como pretexto para suprimir a los republicanos.

coincidan en ese rechazo tenga jamás que recordar su voto con inútil remordimiento en medio de las ruinas de las leyes, la confusión de los rangos, la expoliación de la propiedad y la disolución de los órdenes sociales.[19]

El argumento de Macaulay fue atendido. Y exactamente igual que en Francia, una vez que los estratos medios ganaron su *droit de cité*, la atención se dirigió inmediatamente a contener los reclamos de las clases trabajadoras. El cartismo, "con mucho el movimiento más importante de los trabajadores" (Evans, 1983: 215),[20] y continuación del antiguo movimiento radical de reforma, fue contemporáneo de la gran depresión industrial de 1837 a 1843, época de su mayor fuerza. Alcanzó una considerable notoriedad y durante varios años pareció ser una legítima amenaza para las autoridades. Gran parte de las filas de los artistas provenían de miembros de sociedades gremiales.[21] Pero contaba también con apoyo de radicales de las clases medias (Rowe, 1967: 85). El movimiento cartista existió al mismo tiempo que otro con el que estaba en franca rivalidad, el movimiento de libre comercio de la Liga Contra las Leyes de los Cereales. Halévy (1947: 9) plantea el espectro de un potencial de "guerra civil". Briggs (1959: 312) señala que los dos movimientos representan "un contraste entre dos segmentos de una sociedad dividida". Gash (1965: 2) dice del "Movimiento" ("frase tomada de la política del continente europeo") que "tenía un innegable aire de guerra de clase".[22]

Sin embargo el cartismo, después de un destellante comienzo, em-

[19] *Miscellaneous writings and speeches* (ed. popular, p. 492), citado en Fay (1920: 33-34).

[20] Ward (1973: 7) llama al cartismo "primer partido político de la clase trabajadora".

[21] Véase Prothero (1971: 203, 209): "Porque los éxitos que alcanzó el cartismo de Londres se debían a que se había ganado la adhesión de secciones de los más importantes oficios de la metrópolis, como los carpinteros, los picapedreros, los sastres y los zapateros." No obstante, Prothero sostiene que el cartismo recibió un apoyo más fuerte y más consistente de "los oficios menos fuertes pero organizados". Los denominados oficios aristocráticos solían unirse sólo cuando sus propios intereses se veían directamente amenazados por leyes como la Ley de Amos y Sirvientes de 1844 (véase Prothero, 1969: 84).

[22] Para Jones (1983: 57) ésta fue la consecuencia de la desilusión posterior a 1832: "la Ley de Reforma fue vista como la gran tradición de lo que se había considerado una lucha común [de los radicales de clase media y los trabajadores]. Las medidas del gobierno *whig* que le siguieron —la Ley de Coerción Irlandesa, el rechazo de la Ley de las Diez Horas, las Leyes de Municipios y la Nueva Ley de Pobres— se vieron como una confirmación de la traición de la clase media. La consecuencia práctica que debía extraerse era que la clase trabajadora tenía que luchar por su propia emancipación."

pezó a apagarse. Entró en declinación a partir de 1843. En parte no había en Gran Bretaña suficiente apoyo social para un movimiento que era primordial y explícitamente de los trabajadores. En parte, el movimiento tampoco podía ponerse de acuerdo respecto al grado en que la violencia era un arma legítima. Y, en parte, estaba el "factor irlandés": la clase trabajadora de Inglaterra ya no sólo era inglesa sino inglesa e irlandesa, y las cuestiones del nacionalismo irlandés se entretejieron con los asuntos de clase. Cuando Feargus O'Connor asumió la dirigencia de los cartistas la confusión se volvió demasiado grande y el movimiento se vio "comprometido".[23] Tal vez lo más importante de todo fue que las cosas mejoraron un poco y que el programa de reforma económica de sir Robert Peel eliminó parte del descontento.[24] Al final, en ese momento la guerra de clases no corrió con mucha mejor suerte en Gran Bretaña que en Francia.

Los problemas internos de Gran Bretaña y Francia nunca fueron tan grandes como para que esas potencias no pudiesen concentrar su atención en la geopolítica del sistema-mundo. La revolución de julio, repetida y confirmada por la independencia de Bélgica y por la Ley de Reforma de 1832, habría de tener un efecto inmediato en Europa. Mientras que las relaciones de Gran Bretaña y Francia entre 1815 y 1830 habían sido correctas, y esos países se habían encontrado muchas veces de lados similares de las cuestiones mundiales, el legado de la lucha de dos siglos por la hegemonía seguía brindando la suficiente suspicacia mutua como para que se mantuviese cierto grado de distancia. La revolución de julio superó eso, afectando incluso al gobierno *tory* de Wellington antes de que entrase en vigor la Ley de Reforma. Europa ingresaba en ese momento en la era de la *entente cordiale*, un matrimonio, tal vez no por amor pero sin duda razonable, que sobreviviría a todas las disputas posteriores por lo menos hasta 1945. Es probable que el término mismo fuese acuñado por Palmerston

[23] Véase Halévy (1947: 208, 211): "Al parecer la imaginación pública confundía a los irlandeses con los franceses. 'Un francés —escribió un periodista— es un celta civilizado, un irlandés es un galo bárbaro. Lo que en Francia es comunismo en Irlanda es bandidaje.' Estaba claro que la nación no quería tener nada que ver con un movimiento encabezado por irlandeses para iniciar en Inglaterra una revolución siguiendo el modelo francés."

[24] Tal vez los cartistas militantes no se engañaron. Halévy (1947: 149) dice que 'por lo que a los cartistas se refiere, la aprobación de la Ley de las Diez Horas no fue más que una victoria de una retaguardia sobre un ala del enemigo". Se trata menos de las opiniones de los militantes que de las de sus potenciales defensores.

ton en 1831, aunque no llegó a usarse oficialmente hasta 1842 (Guyot, 1926: 220; Halévy, 1950, 3: 73, n. 1). La base geopolítica de la alianza estaba clara. "Francia, como potencia liberal, era [después de la revolución de julio] de manera natural, la aliada de la Inglaterra liberal]" (Halévy, 1950, 3: 73).[25] Ahora Gran Bretaña podía abocarse con más facilidad a contener el absolutismo en Europa y a expandir el círculo de estados liberales (Guyot, 1926: 88, 117).[26]

Pero había motivos adicionales. Gran Bretaña y Francia se enfrentaban a los mismos problemas internos, y aunque Francia todavía no estaba preparada para adoptar las panaceas de libre comercio de Gran Bretaña, la *entente cordiale* daba la impresión, "a ojos de los demócratas y los socialistas", de ser una "alianza de capitales" que representaba un "*fait accompli*" (Guyot, 1926: 302). ¿Y estaba tan mal? De hecho, ambos efectos no estaban separados. Al presionar a otras potencias para que siguiesen su ejemplo, Gran Bretaña y Francia, con la *entente cordiale*, "desalentaron la propaganda revolucionaria internacional que contaba con las divisiones entre las potencias" (Guichen, 1917: 424-425).

Además, 1830 desencadenó un patrón que desalentaría aún más esa propaganda. Para Francia, al menos, 1830 sirvió para devolverle un sentido de centralidad en el mundo y de orgullo nacionalista. No sería Guizot sino el socialista francés Louis Blanc (1844, 4: 143-144) quien escribiría:

> La revolución de julio [...] fue algo más que el *dénouement* de una lucha contra la Iglesia y la realeza; fue la expresión del sentimiento nacional que había sido excesivamente reprimido por los tratados de 1815. Estábamos dispuestos a sacudirnos el yugo de esos tratados y a restaurar el equilibrio europeo.[27]

[25] El duque de Broglie, en su prefacio a las *Mémoires de Talleyrand*, denominó a la *entente cordiale* "la alianza de dos monarquías liberales, basada por ambos lados en sus intereses nacionales" (citado en Weil, 1919: 4).

[26] Jardin y Tudesq (1973, 1: 179-180) sostienen que las condiciones para la alianza estaban "maduras": acababan de colaborar para imponer un armisticio en Holanda; el Tratado de Unkiar-Skelessi que los otomanos firmaron representaba una amenaza para las posiciones de ambos; los dos sentían simpatía por los liberales en las Alemanias y las Italias en 1832.

[27] En 1830 se afirmó en un periódico obrero, *Étrennes d'un Prolétaire*, que "derrocamos al gobierno de los borbones no porque nos hiciese infelices, ya que la gente nunca fue más feliz que entre 1816 y 1829, sino porque nos había sido impuesto por los así llamados vencedores, por fuerzas extranjeras y por traidores del interior" (citado por Levasseur, 1903, 1: 667).

Uno de los hechos curiosos que cabe señalar en relación con la revolución de julio fue lo que ocurrió en Argelia. La aventura imperial desencadenada por Carlos X había dejado muy descontenta a Gran Bretaña, y Luis XVIII estuvo dispuesto a sacrificarla para tranquilizar a los británicos. No obstante, cuando los franceses se abstuvieron de una intervención directa en Bélgica, sintieron que ya habían hecho lo necesario para complacer a los británicos y simplemente mantuvieron la ocupación, esta vez sin protestas inglesas.[28] Evidentemente una razón fue su efecto sobre la inquietud de los trabajadores en Francia. La población "flotante" de París, los revolucionarios potenciales, estaban siendo instados a asentarse en Argelia. De hecho, en 1838 Léon Blondel, alto funcionario público en Argelia, podría decir con cierta confianza: "África es un elemento de orden en Francia" (citado en Tudesq, 1964, 2: 815).[29]

De esta manera los estados liberales combinaron la legitimación del papel político de las clases medias (y por lo tanto a su vez recibieron legitimación de las mismas) con la represión interna del descontento de la clase trabajadora ante una *entente cordiale* entre ellos mismos para asegurar su dominio en el escenario geopolítico. Al principio esto pareció funcionar. Pero era frágil, como lo demostraría la revolución europea de 1848. Habría que hacer algo más para garantizar un marco de referencia político estable para la economía-mundo capitalista en la situación posterior a 1789.

[28] Schefer (1928: 50-51), que dice: "Los belgas [...] conquistaron Argelia para nosotros por segunda vez". La razón de que la monarquía de julio continuase con la política hacia Argelia, que sus seguidores habían criticado tan estrepitosamente justo antes de tomar el poder, la explica Renouvin (1954: 109): "No tiene nada de sorprendente. Los liberales que habían combatido contra Polignac habían sido hostiles a esa aventura porque podía consolidar un régimen político que detestaban. Una vez desaparecido ese régimen, esos mismos hombres creían que abandonar lo ganado resultaría peligroso para el prestigio de la monarquía orleanista." Afirma que los ingleses participaron en parte porque no tenían muy claras las intenciones de la monarquía de julio y también porque "tenían interés en manejar con cuidado a Francia, ya que necesitaban su colaboración en las cuestiones europeas. Resultaba sensato aplicar una política de alto el fuego" (p. 111).

[29] Tampoco los socialistas se oponían a la política en Argelia. Louis Blanc presumía sentir entusiasmo por la lucha contra Abd-el-Kader (1844, vol. 5: cap. 9), aduciendo la legitimidad tanto civilizatoria como geopolítica del imperialismo: "del verdadero genio de Francia se sigue [...] que tiene el deber de expandirse. Por temperamento, incluso más que por ubicación geográfica, Francia es una potencia marítima [...] La alianza inglesa nos condena [...] a no ser más que una nación continental, y si aceptamos aunque sea mínimamente este papel, la competencia nos ahogará" (pp. 504-505).

La fragilidad radicaba en el hecho de que las concesiones liberales a las clases trabajadoras eran sumamente limitadas, y esto hacía difícil que los gobiernos liberales, si no estaban dispuestos a ir más allá, superasen el desorden causado por periódicas caídas económicas graves. Esto ocurría de manera más notable en Francia, donde la monarquía de julio y su epígono liberal, Guizot, se habían ido volviendo más y más conservadores según pasaban los años, ante el purulento descontento social. La crisis económica de 1847-1848, una de las "más violentas" conocidas hasta entonces, le pegó muy duro a Francia. Las ganancias decayeron seriamente. En el momento culminante de la crisis, 75% de los trabajadores industriales de París se quedaron sin trabajo (Markovitch, 1965: 256; Sée, 1951, 2: 143; Labrousse, 1976b, 3: 983-984).

El gobierno no se mostró flexible. Más aún, no había advertido que su principal mecanismo político, el *vote censitaire*, estaba fracasando porque alienaba al mismo grupo de pequeños comerciantes cuyo apoyo habían ganado en 1830 al reducir el *cens*. El problema era que, a medida que el gobierno bajaba los impuestos, este mismo hecho alejaba a esos votantes de sus filas, socavando no tan sólo los derechos políticos de este grupo sino también su posición social,[30] con lo cual lo volvían receptivo a la agitación de la reforma por el sufragio. Mientras tanto, entre las clases trabajadoras, los muy moderados icarianos de Étienne Cabet, que en el decenio de 1840 habían representado el principal voto socialista —cristianos, pacifistas, legalistas, nacionalistas, inclinados por la reconciliación de las clases— resultarían desplazados en la crisis económica y cederían así su espacio a grupos más radicales.[31]

El creciente conservadurismo del régimen francés contrastaba con lo que estaba ocurriendo en los demás estados liberales. En 1846, ante el horror de Metternich (Bury, 1948: 425), había sido electo un papa liberal, Pío IX. Si Bélgica se mantenía "en calma" en 1848 "era porque había hecho su revolución, pacíficamente, en 1847" (Dhondt, 1949: 124). De manera similar, los liberales y los radicales habían ganado su

[30] Daumard (1963: 57), quien advierte que "el papel de elector y el de alguien elegible para ser electo tenían valor psicológico, casi el de un logro mundial; se lo mencionaba específicamente, por ejemplo, después del nombre, en el *Almanach des 25 000 adresses*".

[31] "Cabet el *endormeur* pedía a la gente que descansase cuando la situación exigía una preparación revolucionaria, una vigilancia militante por parte de la clase trabajadora" (Johnson, 1974: 286). En ese momento el mismo Cabet se dio por vencido y emigró a Texas.

lucha interna contra el Sonderbund en Suiza en 1847, con el apoyo diplomático de los británicos pero ante la duda de los franceses (Halpérin, 1948, 1: 157).[32] Ése fue, en realidad, un momento de ruptura temporal de la *entente cordiale*.[33] En su país los británicos habían manejado bien el desafío cartista al mismo tiempo que sir Robert Peel los conducía a través del rechazo a las Leyes de los Cereales,[34] de tal manera que el "espectro del comunismo"[35] también los dejo incólumes. La crisis de 1847 "no provocó una perturbación revolucionaria" (Halévy, 1947:

[32] Halévy (1947: 193-194) señala: "Lucerna en 1847 [que cayó ante los cantones que se rebelaron contra el Sonderbund] vengó el destino de Cracovia en 1846. Fue una seria derrota para Metternich y, en consecuencia, para Guizot, que abiertamente había hecho causa común con él [pero no para Luis Felipe cuya 'cautela había (...) detenido a (Guizot)]', y por consiguiente una importante victoria para Palmerston y, al mismo tiempo, para el liberalismo occidental. El distanciamiento de Guizot del proyecto británico de un orden liberal mundial había ido aumentando desde hacía cierto tiempo. El 16 de marzo de 1844 le escribió una carta al conde de Flahut, el embajador de Francia en Austria, en la que decía: "No existe hoy, sin importar qué divida profundamente a las grandes potencias, ningún serio conflicto de intereses, ninguna verdadera lucha por la influencia [...] En Europa no hay más que una preocupación, la misma para todos: reprimir el espíritu anárquico y mantener la paz con ese fin." A su vez, el príncipe de Metternich, tras haber visto la carta de Guizot, le escribió al conde Apponyi, su secretario de la embajada de París, una carta en la que citaba este fragmento y decía de él: 'Tal es también mi convicción". Las cartas se citan en Weil (1921: 6, 8, 13).

[33] La ruptura de la *entente cordiale* se había iniciado en 1846, con el regreso de Palmerston a la cancillería. Greer le atribuye esto a una ya antigua hostilidad de Palmerston hacia la casa de Orléans, que se remontaba al hecho de que había sido ministro de Guerra desde 1809 hasta 1815; pero esto parece remoto, sobre todo en vista del hecho de que fue Palmerston mismo el que acuñó el término. De todos modos, "esta hostilidad anglo-francesa era tal vez el hecho diplomático más impactante al comenzar el año de 1848 (1925: 136)... y, cabría añadir, uno de los de mayores consecuencias.

[34] "Materialmente, la revocación de las Leyes de los Cereales protegería a las clases más pobres en tiempos de escasez ante cualquier aumento desastroso de los precios de alimentos. Moralmente, les daba la certeza de que, aunque carentes del derecho a voto, como lo era la mayoría de ellos, su bienestar era objeto de preocupación para un gobierno en un parlamento aristocrático" (Gash, 1977: 97). Roberts (1958: 336) dice de Peel que "fue el arquitecto del nuevo conservadurismo dispuesto a hacer las paces con el siglo XIX, intentando, como predicaba Burke, mezclar reformas cautelosas con viejas tradiciones".

[35] "Cuando Marx habló en 1848 del 'espectro del comunismo' que recorría Europa enunció [...] un hecho verificable, por lo menos para Francia y Alemania. A mediados del siglo existían genuinos sentimientos de temor o esperanza en relación con el levantamiento de las masas" (Hammen, 1958: 199).

181),[36] aunque los irlandeses tuvieron que pagar el precio de ello.[37]

No obstante, el debilitamiento del proyecto liberal en Francia, uno de los dos estados pilares, proporcionó suficiente yesca para que se encendiese la flama revolucionaria por todas las partes no liberales de Europa. Desde luego, Metternich y los austriacos les imputaron los levantamientos a los británicos, acusados de ser demasiado liberales,[38]

[36] En realidad, funcionó a la inversa. La debacle del 10 de abril, un "fiasco", no sólo "señaló el fin" del cartismo como fuerza política sino que creó el espacio para que el gobierno británico, amedrentado por el ejemplo de las revoluciones que tuvieron lugar en París, Berlín y Viena, "lo matara a golpes" (Bury, 1848, 1: 415). Sin embargo Jenks añade una nota de advertencia: "Los economistas y hombres públicos de Inglaterra nunca percibieron realmente lo cerca del precipicio que había pasado la Inglaterra financiera en 1845 y 1848". Jenks no le atribuye la salvación de Gran Bretaña ni a su sabiduría política ni a su "fetiche" y "abracadabra" acerca del libre comercio, sino al oportuno descubrimiento de oro en California (1848) y en Victoria (1851), que condujo al "aumento mundial de precios y [...] al consecuente estímulo de las empresas, en el cual el ferrocarril y el libre comercio se convirtieron para Gran Bretaña en activos esenciales, en lugar de pasivos" (p. 162).

[37] La hambruna irlandesa por el fracaso de las papas se produjo justo en el momento del debate sobre las Leyes de los Cereales. "Con Cobden y Bright preparándose para una lucha decisiva en la siguiente elección general, a celebrarse en 1847, y gran parte de la opinión de las clases medias y bajas británicas que estaban afuera de las áreas estrictamente agrícolas convertida a sus opiniones, a Peel y a [sir James] Graham [el secretario del Interior] les quedaba claro que pedirle al parlamento un millón de libras o más del dinero de los contribuyentes para alimentar a Irlanda al mismo tiempo que se mantenían en operación las Leyes de los Cereales, desataría una tormenta de controversias" (Gash, 1977: 95). En la versión que da Clark (1951b: 3) de la revocación queda claro que la hambruna irlandesa se convirtió en una trama del juego político interno de los conservadores: "El remedio tradicional para las hambrunas consistía en suspender las Leyes de los Cereales y abrir los puertos. Pero Peel le dijo a su gabinete que si hacía eso [en el caso de Irlanda, en ese momento] no podía prometer que volvería a imponerlas, y una mayoría del gabinete sintió que en esos términos no podían apoyarlo para seguir esa línea política. Por consiguiente se retiró, pero los *whigs* no podían o no querían formar un gobierno. De manera que, a petición de la reina, Peel regresó a su cargo [y] revocó él mismo las Leyes de los Cereales". Véase también Schuyler (1945: 145) que dice: "El desastroso fracaso de la cosecha irlandesa de la papa en 1845 reforzó en gran medida [...] el movimiento para la revocación de las Leyes de los Cereales", pero señala que la revocación no resolvió el problema alimentario para Irlanda, y que 1846 y 1847 siguieron siendo años de hambrunas (p. 186). El millón de libras esterlinas nunca llegó a solicitarse.

[38] Metternich hablaba del "papel infernal" de Palmerston, quien en gran medida era responsable de las revoluciones, mientras que Palmerston "creía firmemente que una reforma constitucional era la barrera más eficaz contra la revolución" (Bury, 1948, 1: 420, 429). El embajador de Austria en Bélgica había escrito el 16 de noviembre de 1847: "Los liberales belgas están ciegos; el comunismo los va a devorar a todos." Esto lo cita Bartier (1948, 1: 358), quien observa: "Sabemos que el futuro desmintió estas sombrías

pero sería más legítimo atribuirle la culpa a los franceses, que se amedrentaron y no eran suficientemente liberales. John Stuart Mill (1849: 7) se mostró muy severo con Luis-Felipe al valorar las causas del levantamiento de febrero de 1848 de París, que fue el inicio de la revolución europea de 1848:

> Ahora ningún gobierno puede esperar ser permanente a menos que garantice el progreso, así como el orden; y tampoco puede mantener realmente el orden a menos que promueva el progreso. Puede seguir como hasta ahora con sólo un poco del espíritu de mejora; mientras los reformadores tengan una esperanza aunque sea remota de lograr sus objetivos por medio del sistema existente, en general están dispuestos a tolerarlo. Pero cuando ya no hay esperanza alguna; cuando las instituciones mismas parecen oponer una barrera infranqueable al programa de mejora, el avance de la marea se acumula tras ella hasta derrumbarlas.[39]

La marea —es decir, la revolución europea de 1848— como todos los grandes acontecimientos de ese tipo, estaba integrada por una mezcla de movimientos y objetivos. En Francia consistía esencialmente en la unión de la "primera gran insurrección proletaria" de Europa (Tilly, 1972: 228)[40] con el intenso descontento de los liberales de izquierda que compartían la opinión de John Stuart Mill sobre la tendencia al conservadurismo de la monarquía de julio. En otros lugares de Europa, en estados que no estaban aún tan comprometidos con

predicciones. Fue Luis Felipe [Francia] y no Leopoldo I [de Bélgica] el que perdió el trono, y Metternich el que se refugió en Bruselas, y no Charles Rogier [el líder de los radicales belgas] el que se refugió en Viena".

Las opiniones de Metternich fueron compartidas un siglo después por Fejtö en un libro que celebraba 1848, o por lo menos que lo celebraba en parte: "El hecho mismo de la existencia [de Inglaterra], el estado evolucionado de su estructura social, sus luchas inherentes, fueron un estímulo para las ideas de reforma. Por lo tanto, desde este punto de vista, Inglaterra puede ser considerada como uno de los principales agentes de la revolución. Pero, por el otro lado, también podemos observar que la existencia misma de Inglaterra, su poder, contra el cual Francia no se atrevía a enfrentarse, impidieron la extensión de esta ola revolucionaria" (1948c, 2: 456). Quienquiera que fuese culpable, lo que distinguió a 1789 de 1848 fue precisamente la "internacionalización de la revolución" (Beloff, 1974: 44; véase también Hobsbawm, 1975: 10).

[39] Otro error —aún "más fatal"— del gobierno de Luis Felipe fue el "*culte des intérêts matériels*" y "la adoración de la caja registradora y el libro de contabilidad", lo que lo convertía, por lo tanto, en "un gobierno desmoralizante" (Mill, 1849: 7-8).

[40] "Y merece la denominación" ya que, por primera vez, los trabajadores "*como tales*" aparecieron en la "violencia colectiva" (Tilly, 1972: 245).

el liberalismo, no hubo insurrecciones proletarias; hubo más bien levantamientos liberales combinados con levantamientos nacionalistas. Dos situaciones con dos soluciones: Luis Napoleón manejó la primera; Palmerston las demás.

El levantamiento de febrero de 1848 arrojó luz sobre las esperanzas de una "república social", una vaga utopía socialista que les daría empleo a los desempleados y liberación a todos los que padecían indignidades y desigualdades. Todos planteaban sus exigencias: los "artesanos", que buscaban restaurar sus privilegios y su modo de producción;[41] los campesinos, que anhelaban restablecer los derechos tradicionales de uso colectivo;[42] las mujeres, que buscaban la extensión del sufragio "universal" para que las incluyese;[43] los esclavos, que buscaban la abolición de la esclavitud.[44] El péndulo estaba empezando a oscilar demasiado, y en junio las fuerzas del orden al mando del general Cavaignac refrenaron a las turbulentas clases peligrosas.[45] "¡Lamentable

[41] Ellis (1974a: 41) dice, con cierta aspereza, que la "revolución de 1848 [...] representó la aventura agónica de la clase artesanal en decadencia".

[42] Se trató de un "esfuerzo por parte de las comunidades agrícolas, dedicadas primordial pero no exclusivamente a los cultivos de subsistencia, de proteger algunas de las diversas formas en las que se ganaban la vida del asedio de individuos más ricos que procuraban mejorar las técnicas agrícolas por medio de los cercados y del abandono de las prácticas colectivas, de los agentes del gobierno que intentaban proteger los bosques de la degradación, o de dueños particulares de bosques que asimismo trataban de proteger los árboles que constituían su capital" (Price, 1975b: 16).

[43] El sufragio universal masculino se aprobó el 6 de marzo. El 22 de marzo una delegación de mujeres le presentó esta petición a Armand Marrast, miembro del gobierno provisional y alcalde de París. Les contestó que, puesto que las mujeres nunca antes habían tenido derechos políticos, no le correspondía al gobierno provisional tomar una decisión de tal importancia sino más bien a la Asamblea Nacional una vez que fuese electa. Véase Thomas (1948: 36-37). Desde luego, nunca antes había habido tampoco sufragio universal masculino.

[44] Victor Schoelcher, que presidía la *Commision Instituée pour Préparer l'Act d'Abolition Immédiate de l'Esclavage*, sostuvo que la abolición de la esclavitud era la única manera de salvar las colonias. Igual que en el caso del voto para las mujeres, Marrast deseaba posponer la cuestión, pero esta vez no se salió con la suya, y el 27 de abril de 1848 el gobierno decretó la abolición inmediata. Justo a tiempo, dice Césaire (1948: 1): "¿Que hubiese ocurrido con la idea de la abolición si, como Marrast, Mestro [el director de Colonias] y tantos otros deseaban, se hubiese esperado a las elecciones y dejado el tema en manos de la Asamblea Constituyente para que lo resolviese?" Véase también Schoelcher (1948: 175-184). Además, las colonias obtuvieron el voto a partir del día de la abolición, incluyendo a los ex esclavos, y el derecho "a determinar la forma de sus elecciones de manera tal que sus representantes pudiesen participar con la metrópolis en la constitución de la república (Césaire, 1948: 23).

[45] "Las clases medias no estaban en absoluto preparadas para acceder a las demandas

gobierno provisional!", exclamó Labrousse (1948: 2). "Le tenía tanto miedo a la revolución social como a la contrarrevolución."[46]

Cavaignac podía reprimir; lo que no podía era relegitimar el Estado. Tampoco podían regresar los monarcas: habían agotado su credibilidad. En ese vacío ingresó Luis Napoleón, que procuraba recrear un Estado liberal, ordenado, moderno y que, como lo expresa tan bien Zeldin (1958: 6), "no fue electo porque era [el] candidato [del Partido del Orden], sino que [...] era su candidato porque veían que iba a ganar".[47] ¿Pero qué representaba Luis Napoleón? Representaba,

---

de los trabajadores, ya fuese de revertir al modo artesanal de producción o de realizar reformas sustanciales en el emergente modo industrial. No sólo se emperraron [¡sic!] ante los planes socialistas de propiedad cooperativa, sino que se mostraron igualmente contrarios a conceder incluso modestos incrementos de sueldo. El conflicto entre los dos grupos está particularmente bien indicado en la actitud de la burguesía con su poder recién ganado. En todas las ciudades afectadas por las insurrecciones de 1848 se estableció algún tipo de milicia civil para proteger a los victoriosos y sus propiedades. Y casi en todos los casos, una vez pasado el primer ramalazo de entusiasmo eufórico, la milicia se usó como arma contra las clases bajas" (Ellis, 1974a: 39-40). Véase la afirmación similar de Bourgin (1948, I: 214-215): "Al comenzar el reinado de Luis Felipe un general francés pudo decir después de la represión de la insurrección polaca: 'en Varsovia reina el orden'. Después de los días de junio [de 1848] reinaba el orden en París, y el zar Nicolás consideró apropiado felicitar a Cavaignac por su victoria [...] La república social tal como la soñaran los proletarios y los socialistas de 1848 murió durante los días de junio, como lo expresó claramente Lamennais."

[46] Labrousse (p. 3) contrasta la timidez del gobierno provisional con la audacia de la *Constituante*, que "no temió exceder con mucho su mandato". ¿La explicación de Labrousse de esta timidez? "¿A los hombres de 1848 les faltó la 'voluntad'? No seamos demasiado duros con ellos. Aunque lo hubiesen deseado, probablemente no hubiesen podido hacer más, no 'sabían' cómo [...] Francia en 1848 era más como la antigua Francia rural de Luis XV que como la Francia de finales del segundo imperio [...] El profundo drama de la revolución de 1848 fue quizá que planteaba los grandes problemas del siglo XX en una sociedad que tenía estructuras del siglo XVIII."

Hobsbawm (1975: 20) hace un juicio más duro: "En 1848-1849 los liberales moderados hicieron dos importantes descubrimientos en Europa occidental: que la revolución era peligrosa y que algunas de sus demandas sustantivas (especialmente en cuestiones económicas) podían cumplirse sin ella. La burguesía había dejado de ser una fuerza revolucionaria."

Además, como señala Bouillon (1956: 71), aunque los contemporáneos hablaban de la "Montaña" y de la "lista roja", "no existía de hecho [...] un 'partido' de la Montaña: esta denominación oculta una compleja realidad". Era, como mucho, una coalición de tendencias izquierdistas de grupos diversos, e incluso entonces, cuando se presentaron bajo el liderazgo de Ledru-Rollin en las elecciones del 13 de mayo de 1849, sólo obtuvieron una tercera parte de los votos.

[47] Zeldin señala que hubiesen preferido a Thiers. Y desde luego lo hubiesen conseguido, pero tendrían que esperar un poco más de veinte años.

antes que nada, la tradición napoleónica, que combinaba haber llegado de la Revolución francesa, un compromiso con el progreso científico e industrial y el nacionalismo. Durante la década de 1840 Napoleón había sido un agudo crítico de la monarquía de julio porque sentía que, al distanciarse del liberalismo progresivo, estaba "construyendo sobre la arena y seguramente se derrumbaría". Y, a diferencia de Guizot, era consciente de que "con las salvaguardas adecuadas era posible establecer un régimen democrático sin poner en peligro la estabilidad del país".[48]

Los liberales actuaron en 1848 igual que lo hicieran en 1830. Desalentados por un régimen que se había vuelto demasiado rígido, demasiado poco liberal, se levantaron rápidamente y triunfaron con velocidad. Luego, desalentados por la posibilidad de que los estratos más bajos pudiesen sacar ventaja de la situación y llevar las cosas demasiado lejos, renovaron sus vínculos con los grupos políticos a los que acababan de expulsar del poder, porque "el enemigo, en este momento, está la izquierda" (Palmade, 1961: 255).[49] Cuando Luis Napoleón dio su golpe de Estado, el 2 de diciembre de 1851, el objetivo primario era reprimir a la izquierda.[50] No obstante, el objetivo secundario era

[48] Estas citas no están en las palabras mismas de Luis Napoleón, sino que son una síntesis de sus ideas elaborada por Campbell (1978: 3-4). Campbell nos recuerda además que en la década de 1840 "el bonapartismo se volvió parte de la corriente del romanticismo social [y] Luis Napoleón estableció una reputación hasta cierto punto de socialista (p. 5). El plan para la armonía de clases por medio de la acción del Estado, esbozado en su libro *Extinction du paupérisme*, era similar a las ideas que propagaban los saint-simonianos, adecuado prólogo al papel que los ex saint-simonianos habrían de desempeñar en el segundo imperio.

[49] "Lo que facilitó el acercamiento —que de hecho fue una interrelación de elementos aristocráticos con la burguesía empresarial— fue que la lucha social, después del shock de 1848, había cambiado de frentes."

[50] "La represión después del golpe de Estado fue peor que cualquier otra cosa hecha por un gobierno francés de la época del Terror. Más de 26 000 personas, casi todas republicanas, fueron arrestadas y llevadas a juicio ante comisiones especiales [...] El propósito de las mismas no era dispensar justicia sino llevar a cabo una purga política" (Plamenatz, 1952: 105-106). A los exiliados no se les permitiría regresar hasta 1859. Véase también Merriman (1976: 210): "El golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte del 2 de diciembre de 1851 fue [...] la culminación de una larga serie de golpes asestados al Partido Republicano radical." Wright (1975, 2) señala esencialmente lo mismo: "La represión tuvo mucho más alcance y fue mucho más impresionante de lo que pueden sugerir las cifras oficiales", puesto que, dice, tenemos que añadir la represión no registrada y no oficial. Sin embargo, añade esta advertencia: "La represión, por terrible que fuese, podía haber sido mucho peor" (p. 303). Bourgin (1948, 1: 246-247 llega a la conclusión de que el ascenso al trono de Luis Napoleón fue una gran derrota para los revo-

restringir la capacidad de las fuerzas conservadoras de actuar a menos que fuese a través de él.[51] Si se quiere, es posible destacar el elemento cesarista —el elemento llamado bonapartista— del régimen.[52] Pero al hacerlo se corre el riesgo de perder de vista el grado en que el resultado de la represión, que fue al mismo tiempo real y eficaz,[53] fue el

---

lucionarios de 1848: "un triple fiasco: un fiasco social, con la eliminación del derecho al trabajo; un fiasco político, por la reducción de los derechos electorales y los cambios consiguientes al golpe de Estado; un fiasco internacional, con la expedición a Roma".

[51] Al mismo tiempo que Luis Napoleón arrestaba a los republicanos, arrestaba también a los parlamentarios conservadores. Price (1975b: 56) lo ve primordialmente como una táctica: "Se desarmó cierta oposición potencial de la izquierda al proclamar la restauración del sufragio universal, e incluso con la disolución de la Asamblea, dominada por los conservadores y los monárquicos, para la mayoría de cuyos miembros no cabía esperar mayor simpatía ni de los pobres ni de los demócratas. Pero más que un golpe antirrealista, la mayoría de las medidas adoptadas indicaban un ataque preventivo contra las organizaciones democráticas. Se trató, más que otra cosa, del acto culminante de un largo periodo de represión." ¿Pero no era esta táctica parte de la estrategia subyacente de Luis Napoleón? De cualquier manera, Price (p. 63) señala que, si bien los conservadores "en general [...] aceptaron el golpe", fue "con recelo".

[52] Véase la opinión de un historiador alemán en una ponencia presentada en un coloquio franco-germano sobre bonapartismo: "El año de 1848/1849 fue el de la primera revolución paneuropea. A partir de entonces quedaron sentadas las bases psicológicas del cesarismo, no sólo en Francia sino también de este lado del Rin. El naufragio del liberalismo en lo relativo a la cuestión nacional, su indiferencia a la cuestión social, el surgimiento de un mercado político de masas tras el sufragio universal, el llamamiento a las masas y el establecimiento de una nueva legitimidad sobre la base de un acuerdo entre un líder carismático y sus seguidores... todo eso, a partir de 1848, forma parte del alfabeto con el cual, tanto en Alemania como en Francia, se escribe el nombre de César. La ruptura de la legitimidad sería santificada por el apoyo y el júbilo de las masas. Sin embargo, ¿qué pasaría si alguna vez se negase ese apoyo?" (Stürmer, 1977: 110). Shapiro (1949: 330) tiene una visión igualmente lóbrega: "Se había inventado un nuevo método político para combatir a la revolución social, para convertir la corriente revolucionaria del descontento de los trabajadores en el nuevo canal de una dictadura popular y socializada."

[53] La táctica de Luis Napoleón consistía en hacer que las formas liberales cumpliesen fines represores, lo mejor para alcanzar objetivos liberales seguros, pero no democráticos. El voto secreto es un buen ejemplo. A los liberales les gustó la decisión de mantener el voto secreto instituido en 1848 pues lo veían como una garantía de voto libre. Plamenatz (1952: 107-108) señala que el razonamiento de Luis Napoleón discrepaba mucho del de sus asesores: "Lo que ellos querían era permitir que el miedo actuara sin ser restringido por la vergüenza." La gente suponía que las autoridades sabían cómo votaban. "El secreto de las urnas, si votaban contra el presidente, no los protegería de la policía, pero podría ahorrarles los reproches e insultos de sus amigos. Por eso el voto se hizo secreto, para que los tímidos pudiesen entregarse a su debilidad sin temor a los audaces [...] El terror combinado con el voto secreto [...] demostró su eficacia por primera vez el 31 de diciembre de 1851."

de un régimen centrista orientado hacia la expansión capitalista que construye un compromiso liberal,[54] no guiado por un liberal clásico sino por un conservador esclarecido.

Si el centro liberal estaba seguro nuevamente en Francia, eso había

[54] Véase el punto de vista de un historiador francés en ese mismo coloquio franco-germano: "¿Trajo ideas nuevas? Casi nada. El bonapartismo salió de la Revolución francesa [...] Es una ideología democrática, tricolor. Pero para los bonapartista la revolución no era un bloque. Había que tamizar lo que había dado [el bonapartismo planteó la doctrina] del justo medio, del centrismo" (Girard, 1977: 23). Girard cita a Luis Napoleón en 1850: "Debemos tomar de la Revolución los buenos instintos y combatir enérgicamente los malos [...] Para mí, el orden es la conservación de todo lo que ha sido elegido libremente y aceptado por el pueblo; es la voluntad nacional que triunfa sobre las facciones." De manera semejante Duverger (1967: 191) habla del bonapartismo como un "centrismo brillante". La brillantez inicial radicaba en haber logrado llegar al poder: "En esta infeliz república sin republicanos no tardó en convertirse en una carrera entre los que apoyaban la restauración de una dinastía (ya fuese un Borbón o un Orléans) y los bonapartistas. Luis Napoleón la ganó basándose en el apoyo del centro y mediante el uso de la fuerza. Así impidió que el poder cayera en manos de la verdadera derecha" (p. 141).

Véase también Zeldin (1958: 44-45): "Las elecciones de 1852 demuestran lo que significaba el segundo imperio. Procuraba combinar la aristocracia con la democracia [...] La fuerza impulsora en su interior era la ambición y los honores mundanos abiertos a todos era su recompensa. Permitía que los campesinos votasen por la izquierda —por los revolucionarios que habían desafiado la constitución y en contra de las antiguas pandillas y de los nobles— pero al mismo tiempo que votasen por la derecha, por el orden, por la propiedad, por la familia y por la religión." Morazé (1957: 2) dice esencialmente lo mismo pero es más acerbo: "Durante varios meses la burguesía temió perderlo todo: en 1848 el pueblo de París trató de volverse el amo del progreso. Pero no, aún no sonaba la hora del socialismo. Lo que Napoleón III y Bismarck llevaron al poder fue un capitalismo arrogante, que procuraba alcanzar y rebasar a Inglaterra, combatiendo entre sí para ser el primero en llegar, convirtiendo la competencia entre empresarios en una competencia entre naciones."

Blanchard (1956: 211-212) pone énfasis en el resultado liberal: "Si uno cree que el sufragio universal es el instrumento necesario de la soberanía nacional, podemos decir que, pese al sistema de candidatos oficiales, el [segundo] imperio representó al mismo tiempo un aprendizaje para el sufragio universal y un momento decisivo de la evolución democrática del campesino francés, muy especialmente en la formación política del campesinado nacional." Campbell (1978: 24) es igualmente positivo: "La garantía de orden autoritario de Napoleón prometía brindar lo que no pudieron los del 48. Al impedir el desorden el gobierno preservaba el principio del sufragio universal [...] Para el decenio de 1860 el sufragio universal se había convertido en parte integral de la vida política francesa." Campbell nos recuerda el *bon mot* de Saint-Beuve: que la mayor contribución de Napoleón III fue librar a Francia de los regímenes previos. "Era más correcto de lo que él mismo pensaba" (p. 26). Hobsbawm (1975: 26) está de acuerdo pero le da un giro diferente: "La elección de Luis Napoleón significó que hasta la democracia del sufragio universal, esa institución identificada con la revolución, era compatible con el mantenimiento del orden social."

requerido una forma bonapartista, en vista de la fuerza de la rebeldía de la clase trabajadora combinada con la rigidez de las fuerzas conservadoras, consecuencia del margen de maniobra más estrecho de Francia ante una recesión económica, en comparación con lo que ocurría en ese momento con el de Gran Bretaña. No obstante, en otros lugares de Europa el problema no era volver a entronizar el centro liberal sino permitirle hacer su aparición. El papel de la potencia hegemónica, Gran Bretaña, era impedir que este proceso, al que por supuesto favorecía, alterase demasiado la calma geopolítica.

Fuera de Francia, el fantasma del comunismo no tenía una base social equiparable. Sin embargo, parecía real para las élites gobernantes, a las que les resultaba difícil distinguir entre liberales y socialistas. Un autor francés, al escribir acerca de España en la *Revue des Deux Mondes*, en enero de 1848, justo antes de que comenzaran las revoluciones, dijo:

> No creo, vuelvo a decirlo, que sea posible una revolución a menos que nuestro gobierno cometa errores de los que en mi opinión es incapaz. Pero por lo menos no nos hagamos ilusiones. ¡Que me oigan aquellos tan imprudentes como para excitar las iras del pueblo y tan ambiciosos como para especular con su furia! Una revolución no tendrá lugar en beneficio de un punto de vista sino en beneficio del comunismo.[55]

De manera semejante, Cantimori (1948, 1: 279) sostiene que en el norte y el centro de Italia "el miedo a una revolución social [...] no era más que el reflejo del miedo al 'espectro rojo', a las *jacqueries* y al comunismo, que sentía toda la reacción europea". Las revoluciones estallaron por doquier, adoptando diferentes colores locales según la historia: en el imperio austriaco ("en ningún lado [...] más virulenta" [Vermeil, 1948b, 2: 46; cf. Endres, 1948]), en Alemania y en Polonia, en Europa septentrional y en Europa meridional.[56] Y en todos lados

[55] Citado en Quero (1948, 1: 323). La frase "un punto de vista" refleja el ambiente cultural de la época. Tudesq (1964, 1: 368), al analizar el sistema de "partidos" en el gobierno de Luis Felipe, observa: "La prensa de la monarquía de julio usaba excesivamente el término 'partido' para designar tendencias de opinión. Sólo las opciones políticas extremas, hostiles al principio mismo del régimen de julio, tenían una organización (no muy estructurada) y un programa (a veces bastante ambiguo) del que pudiese decirse que había unido a sus seguidores".

[56] En Bohemia la cuestión nacional iba bien, junto con la cuestión social: "La gran mayoría de los checos apoyaban el movimiento revolucionario, en el cual pronto se

los "azules" liberal/nacionalistas y los "rojos", mucho más débiles, se separaban prontamente (Fejtö, 1948c, 2: 441).[57] Los elementos radicales eran contenidos fácilmente, pero en ese proceso se limitaban las ganancias de los nacionalistas y liberales centristas.[58] Desde luego, era posible usar el nacionalismo tanto para promover el liberalismo como para contenerlo, de acuerdo con las circunstancias.[59]

Gran Bretaña entraba en el panorama, aquí para apoyar a los liberales, allá para cerciorarse de que no fuesen demasiado lejos, en todas partes para mantener un equilibrio y, en consecuencia, ejercía su influencia sobre el sistema interestatal. En España, donde el gobierno anterior a 1848 había estado íntimamente vinculado con el de Luis Felipe, Gran Bretaña apoyó intentos de los liberales, en marzo de 1848, por cambiar el gobierno del general Narváez. De hecho Palmerston le mandó una carta formal al gobierno el 16 de marzo, en la cual se permitía decir: "La reina de España actuaría con prudencia, en este crítico estado de cosas, si reestructurase el gobierno ampliando las bases sobre las cuales descansa su administración, y apelando al consejo

volvió dominante el elemento nacionalista. Pero como la mayor parte de los checos eran personas comunes y corrientes, las demandas sociales estaban indisolublemente vinculadas con las demandas nacionalistas. La burguesía alemana de Bohemia pronto tuvo la sensación de que los checos querían aliarse con los trabajadores en contra de los alemanes" (Klima, 1948, 2: 218).

[57] Tissot (1948, 1: 390) habla del "triunfo de las concepciones nacionalistas sobre las ideas de reforma".

[58] Véase Luzzatto (1948: 86) acerca del miedo de los liberales de Mazzini a los comunistas y a su influencia sobre los trabajadores urbanos: "Para [los liberales] igual que para la [policía austriaca] el terror del comunismo era real, y conducía como mínimo a mantener a las clases bajas a una gran distancia, temiendo su participación en las luchas políticas y sociales. El resultado fue precisamente lo que [los liberales] habían dicho que querían evitar: el debilitamiento de las fuerzas que podían haber continuado luchando por la libertad y la independencia, despojando a la lucha del entusiasmo combativo de las fuerzas populares."

[59] Por un lado, en Grecia, que ya tenía una constitución bastante liberal, el gobierno se defendió del movimiento democrático enarbolando "la bandera de la Gran Idea"... es decir el helenismo, que "desviaba la atención popular de los problemas internos" (Sakellariou, 1948, 2: 337). Pero en Suecia, que desde hacía mucho era un Estado independiente y por lo tanto no tenía un "problema nacional" en sí, el nacionalismo adoptó la forma del escandinavismo. Esto implicaba tanto pasar de una política exterior prorrusa a una "prooccidental" (es decir probritánica) cuanto afirmar el "liberalismo" escandinavo frente al "germanismo, en particular en sus dimensiones autoritarias y feudales" (Tissot, 1948, 1: 394-395). Y en Alemania la oposición de esa época a unificar tendencias "también representó una reacción contra el liberalismo" (Vermeil, 1948b, 2: 30).

de algunos de quienes cuentan con la confianza del partido liberal" (citado en Quero, 1948, 1: 328).[60]

La intervención británica, si acaso no tuvo éxito directo, puede haber limitado la represión. A los británicos les fue mejor en Sicilia, donde apoyaron a los insurgentes en contra del reino de Nápoles. Nápoles decidió que Austria, su amiga, estaba lejos y ocupada en otras cosas, y concedió una constitución, como se le exigía; de un golpe "Italia [o por lo menos Nápoles] se encontró del lado de Francia, Inglaterra y Suiza" (Cantimori, 1948, 1: 265). Palmerston también solicitó a los austriacos, en 1849, que tratasen a Hungría "con generosidad", petición a la cual el embajador austriaco en Londres respondió que Austria sería "el único juez" de cómo debía tratar a los rebeldes (Fejtö, 1948b, 2: 202). Por otro lado, Palmerston se negó a intervenir ante el zar en lo relativo a Polonia, temiendo el estímulo que eso podría darle al movimiento irlandés (Goriély, 1948a, 2: 277). En síntesis, la política de Palmerston era muy simple: "Su política exterior [...] no tenía otra meta que convertir en ventaja para Inglaterra la situación creada por los acontecimientos revolucionarios" (Fejtö, 1948a, 1: 35). En general la política fue eficaz, incluso cuando se rechazaban las intromisiones diplomáticas.[61]

[60] Palmerston estaba hablando de los denominados progresistas, que se ubicaban a la izquierda de los moderados en el gobierno pero que seguían siendo promonárquicos y menos radicales que los radicales. No obstante, la actitud británica envalentonó a los liberales españoles, "impulsándolos a derrocar por la fuerza el gobierno del general Narváez" (Quero, 1948, 1: 329). El levantamiento fue infructuoso y el gobierno suprimió las libertades civiles y disolvió las Cortes, ante lo cual el ministro británico en España, lord Bulwer, le escribió al gobierno pidiendo la reapertura de las Cortes, recordándoles la promesa de la reina Isabel de preservar la libertad, para terminar diciendo que "hoy la más firme garantía del trono de un soberano se encuentra en la libertad nacional y en una justicia esclarecida dispensada bajo su autoridad" (citado en la p. 332). La prensa se enteró de la carta y la publicó. El ministro español de Relaciones Exteriores le dio a la carta un *fin de non recevoir* [la dio por no recibida], afirmando que era una ofensa contra una nación independiente, y planteando la cuestión de Irlanda. Se produjo entonces una ruptura de las relaciones diplomáticas que duró hasta 1850.

[61] De cualquier manera, los británicos se congratulaban de sí mismos, como corresponde a una potencia hegemónica. En 1851 la reina Victoria dijo: "cuando el movimiento revolucionario barrió el continente [en 1848] y estremeció a casi todos los gobiernos de Europa, sólo Inglaterra mostró esas cualidades de orden, de vigor y de prosperidad que eran el saldo de tener un gobierno estable, libre y bueno" (retraducido de Bury, 1948, 1: 403). Menos admirativa fue la actitud que asumió Ledru-Rollin, líder de los republicanos en Francia, en su libro *Décadence de l'Angleterre* (1850, 1: 99): "Al estudiar sus leyes y sus costumbres Inglaterra nos revela todas las iniquidades del privilegio y todas las corrupciones de la inteligencia. La historia de sus conquistas y sus

La revolución europea de 1848 se inició como una amenaza al régimen liberal mundial que estaba estableciendo la potencia hegemónica, Gran Bretaña —con la ayuda fundamental de Francia—, pero luego se convirtió en el crisol en el cual se garantizaba la dominancia del liberalismo en la geocultura. Cuando Polanyi bosqueja en *The great transformation* (1957: 3) los cuatro pilares de la civilización del siglo XIX —el sistema de equilibrio de poderes, el patrón oro internacional, el mercado autorregulado y el Estado liberal— dice que "la fuente y matriz del sistema era el mercado autorregulado". Si hubo algún momento en el cual este mercado autorregulado pareció estar funcionando tan cerca como era posible de su modelo teórico, fue en los años 1850-1873. Y el preludio crucial a este momento de funcionamiento óptimo de este principio fue la revocación de las Leyes de los Cereales en Gran Bretaña en 1846. La historia amerita ser revisada con cierto detalle.

Lo que se conoció como los "cuarenta del hambre", que se dieron a la zaga "de la muy real angustia de las décadas de 1820 y 1830", permitió que se diese un punto de encuentro de intereses entre las clases trabajadoras, que se preocupaban por el precio de las mercancías básicas, y los liberales, que estaban predicando las virtudes del mercado. Unos y otros podían encontrar su objetivo en los monopolistas cuyas prácticas garantizaban un alto costo de la vida: los intereses cafetaleros y azucareros de las Antillas; la Compañía de las Indias Orientales, que controlaba el comercio del té, y sobre todo los terratenientes ingleses, el precio de cuya producción cerealera estaba protegida por las Leyes de los Cereales (Mellor, 1951: 14).[62]

guerras nos hará conocer la perfidia de sus políticas y nos proporcionara el número y la medida de sus crímenes." Pero fue Ledru-Rollin quien más habría de perder tanto simbólica como personalmente por la solución napoleónica en Francia... una solución que encajaba bien con la política de Gran Bretaña.

[62] Véase McCord (1958: 16): La Liga contra las Leyes de los Cereales era "esencialmente un vástago del partido radical, y su éxito se debió en gran medida el hecho de que un ataque contra la Ley de los Cereales resultó ser una forma aceptable para la energía radical en un momento en el que los radicales padecían la triste necesidad de un elemento de convocatoria". Después de 1835 y del Manifiesto Tamworth [en el cual Robert Peel sentó los principios del moderno Partido Conservador inglés] los conservadores se habían convertido "en el enemigo con el cual debían contender los radicales, y desde varios puntos de vista las Leyes de los Cereales eran un mejor terreno de ataque que las urnas [...] Era obvio que una revocación de esas leyes por la presión radical representaría un golpe no sólo económico sino también social y político a la preeminencia de los intereses de los terratenientes" (pp. 20-21). Atacar las Leyes de los

La balanza política había empezado a inclinarse contra la protección continuada de los cereales. Después de 1815 había habido un superávit cerealero en Europa debido a la expansión previa de la producción como consecuencia de los requerimientos militares y los efectos del bloqueo, y ese superávit había servido para justificar las Leyes de los Cereales.[63] Pero para finales de la década de 1830 el excedente había dejado de existir. La expansión industrial había aumentado las poblaciones urbanas y la tierra se estaba dedicando a cosechas industriales, así como a la cría de animales (cambio normal en un periodo de descenso de Kondratieff). "El noroeste de Europa se volvió colectivamente deficiente en granos panificables" (Fairlie, 1965: 568).[64] La lucha por la revocación de las leyes adquirió fuerza y sus defensores se vieron reducidos a defender una posición conservadora por su propio bien. No obstante, es interesante observar, ya que hemos llegado a ver la revocación de las leyes como una gran derrota de la aristocracia terrateniente, que la oposición a la misma era mucho más fuerte entre los pequeños granjeros rentistas que entre los grandes terratenientes.[65]

Cereales era para los radicales una manera de estar en el centro de la lucha política sin ser *demasiado* radicales, sobre todo porque "la tendencia predominante del pensamiento económico estaba en contra del proteccionismo" (p. 21).

[63] "Uno de los argumentos que se plantearon para poner en vigor las Leyes de los Cereales británicas, en 1815, fue el temor de que el trigo polaco, producido por mano de obra esclava, pudiese aventajar al producido en el país" (Leslie, 1956: 51).

[64] En esta época hubo incluso un aumento de la producción en Gran Bretaña para compensar la declinación de las importaciones de las fuentes tradicionales del extranjero, que eran la zona litoral alemana y polaca y, en menor grado, las costas atlánticas de Dinamarca, Holanda y Francia (Fairlie, 1965: 562). Esto redujo de manera considerable el argumento en pro del proteccionismo, especialmente ya que hasta la producción británica incrementada resultaba insuficiente. "Una situación en la cual las Leyes de los Cereales protegían a los cultivadores británicos de los excedentes continentales posteriores a la guerra estaba dando paso a otra en la cual mantenerlas amenazaba a Gran Bretaña con una hambruna" (pp. 571-572).

[65] "El dirigente de la Liga contra las Leyes de los Cereales [Robert Baker] no era miembro de la aristocracia y ni siquiera de la clase terrateniente. De hecho el señor Baker no era tampoco propietario de tierras [...] meramente un mediero [...] Fueron los cultivadores medieros quienes encabezaron la Liga, y los terratenientes fueron sus seguidores renuentes y timoratos (Mosse, 1947: 134). Para empezar, como señala Mosse, toda esta agitación pública era demasiado "democrática" para el gusto de los grandes terratenientes, que mostraban un "desinterés conservador en descender a la escena de la política cotidiana" (p. 139).

Esa renuencia política se combinaba con un interés económico de menor escala. Como lo señala Clark (1951b: 10) el argumento en pro de la revocación podía parecer

¿Y entonces por qué tanto alboroto, ya que en efecto hubo alboroto? La respuesta es que, para ambos lados, "las Leyes de los Cereales eran un símbolo"; para quienes favorecían su revocación, de lo nuevo y progresista contra lo viejo y privilegiado; para quienes se oponían a ella, de la defensa de la nobleza terrateniente, "sin la cual no puede haber un medio constante entre la democracia y el despotismo".[66] En esta batalla simbólica sir Robert Peel se dedicó al único objetivo digno de alcanzarse: no el triunfo de las clases medias sino el triunfo del Estado liberal, con la "perpetuación del estatus de las clases con tierras en nuevas condiciones tecnológicas" (Moore, 1965: 651).[67] Cuando el 15 de mayo de 1846 Peel logró el triunfo para la causa de la revocación, en su tercera lectura, tenía en su contra a las dos terceras partes del Partido Conservador. Fue una extraña alianza parlamentaria la que salió ganadora.[68]

Peel impulsó la revocación en el parlamento con dos condiciones o consideraciones. La primera era que el garrote de la revocación para forzar la extensión de nuevas técnicas agrícolas en la agricultura británica iba acompañado por zanahorias que facilitarían financieramente la transición: una reducción de las tarifas sobre las semillas de pasto y de trébol; leyes que hacían más difícil enviar de regreso a los pobres urbanos a sus áreas de nacimiento rurales, reduciendo así los impuestos locales necesarios y, "lo más importante de todo [...] el préstamo

le bastante razonable a los grandes nobles "cuyos ingresos derivados de la tierra se veían cómodamente complementados por entradas provenientes de minas, o muelles, o propiedades urbanas", o cuyas grandes extensiones de tierra les brindaban un excedente lo bastante grande como para mantenerlos mientras instalaban la nueva tecnología del drenaje profundo. "Eso no era consuelo para los granjeros que pensaban que podían quedar en la ruina por el descenso de precios de un año, que tal vez tenían poco capital y nada de ciencia." Véase también Moore (1965: 544): "[Para el decenio de 1840] el valor económico de las Leyes de los Cereales para los intereses de los terratenientes ya no se veía tan claro."

[66] Ésta fue la opinión expresada por John Wilson Croker, un destacado *tory*, en una carta a lord Brougham, escrita el 19 de febrero de 1843 (Jennings, 1884, 3: 13).

[67] Véase también Clark (1967: 27) "[Peel] no revocó las Leyes de los Cereales hasta haberse asegurado por sí mismo, tras cuidadosas investigaciones, de que la agricultura no necesitaba la protección de las mismas y que estaría mejor sin ellas."

[68] El análisis que realiza Aydelotte (1972: 326) de los patrones de votación parlamentaria es claro al respecto: "La evidencia de los votos demuestra que existían desacuerdos sustanciales sobre temas importantes entre los peelitas [aquellos conservadores que votaron a favor de la revocación] y los *whigs* o liberales, y que Peel se alineó con los miembros de su partido y en contra de los liberales en la mayoría de los temas de específico interés para Cobden, con la única excepción del libre comercio."

para el drenaje", destinado a popularizar las nuevas técnicas entre los agricultores que rentaban sus tierras concediendo préstamos a las "propiedades establecidas", lo que permitía que los inquilinos vitalicios les cobrasen a las propiedades los costos de las mejoras (Moore, 1965: 554).[69] La segunda consideración era puramente política. Peel quería estar seguro de que la revocación se viese como una decisión del parlamento debida a su sabiduría, y no a la presión popular. Peel se negó a hacer de la revocación un tema de las elecciones generales de diciembre de 1845. (De cualquier manera, podría haber provocado una profunda escisión en su propio partido.) Al impulsarla en el parlamento, con un voto que atravesó las líneas partidistas, la convirtió en "una victoria sobre la agitación democrática y la Liga [Contra las Leyes de los Cereales], y una prueba de que el parlamento ponía el bienestar general por encima de los intereses de las secciones" (Kemp, 1962: 204).[70]

¿Qué fue realmente lo que logró la revocación de las Leyes de los Cereales? Fueron dos cosas, en realidad. Por un lado, garantizó la reorganización de la división axial del trabajo en la economía-mundo, de modo que la producción de trigo se convirtió nuevamente en una actividad de la periferia. Los siguientes años presenciarían el ascenso de Estados Unidos y de Canadá, en Norteamérica, y de Rusia y Rumania, en Europa oriental, como grandes exportadores de trigo a Europa occidental, lo que permitiría una intensificación de la concen-

[69] Esto lo hicieron los terratenientes "para compensar [a los granjeros medieros] por sus mejoras en el momento en que abandonasen [la gran propiedad]" (Moore, 1965: 558).

[70] McCord (1958: 203) capta este propósito al subrayar las consecuencias: "Nada demuestra más claramente la impotencia fundamental de la Liga [contra las Leyes de los Cereales] en las condiciones políticas del decenio de 1840 que su posición durante la última crisis. Desde hacía ocho años la Liga había encabezado la agitación contra las Leyes de los Cereales, pero ahora que estaban siendo revocadas sus miembros carecían de todo control sobre el procedimiento o sobre los términos exactos utilizados." No obstante, después de la revocación, comenzó "a crecer la leyenda de la Liga" (p. 208). Evans (1983: 263) se expresa en un sentido similar: "Cuando Peel logró la revocación de las Leyes de los Cereales, la influencia de la Liga estaba en un punto muy bajo. No es posible caracterizar la revocación de las Leyes de los Cereales como el resultado preordenado de esa presión de la clase media que la crisis de 1830-1832 le había enseñado a la aristocracia que era incapaz de resistir. Por lo menos puede plantearse que las Leyes de los Cereales hubiesen sido revocadas incluso de no haber existido la Liga contra las Leyes de los Cereales." Además, dice Evans (p. 267): "Peel [...] le negó a la Liga su prueba última al hacer aprobar la revocación de las Leyes de los Cereales antes de una elección general [...] Esto puede no haber sido una coincidencia."

tración industrial en esta última zona.[71] Pero este cambio se realizó de manera tal que los grandes terratenientes británicos pudiesen hacer la transición financiera a nuevas fuentes de riqueza.[72]

Por otro lado, garantizó la reestructuración de la política británica dividida entre un Partido Conservador que se ubicaba a la derecha del centro y un Partido Liberal localizado a la izquierda del centro (que con el tiempo llegaría a ser suplantado por un Partido Laborista colocado a la izquierda del centro), pues ambos aceptaron básicamente la lógica de la política centrista liberal... Se podría pensar que fue una victoria para las clases medias o, cosa igual de fácil, que fue una concesión de la aristocracia, "una oportuna retirada [...] de una posición adelantada que había demostrado ser peligrosa" (Kitson Clark, 1951b: 12).[73] Dejó

[71] El mecanismo por el cual se dio este cambio fue muy simple: "Cuando regían las Leyes de los Cereales los comerciantes que podían estar razonablemente seguros de obtener beneficios de la importación de puertos y depósitos en el noroeste de Europa cuando las condiciones lo ameritasen titubeaban en aventurarse en el Mar Negro y en América incluso cuando las condiciones de hambruna en Gran Bretaña podían haber convertido esto en un enorme deber. En primer lugar, los viajes de regreso eran tan largos que la probabilidad de que los granos llegaran después de que se hubiesen desplomado los precios y se hubiese vuelto a imponer aranceles eran demasiado grandes para arriesgarse. En segundo lugar, las naves británicas [...] escaseaban hasta en los mejores momentos en el Mar Negro y en otros puertos cerealeros, y sus fletes se disparaban locamente ante la más leve expectativa de aumento de los precios de los granos. La revocación del deslizamiento de precios [1846] volvía 'respetable' el comercio de granos a larga distancia, y la revocación de las Leyes de Navegación [1849] permitía que los comerciantes utilizaran cualquier navío disponible en los puertos desde los que se despachaban cereales" (Fairlie, 1965: 571).

[72] "Para muchísimos propietarios de tierra se desencadenó una nueva gran era de mejoras agrícolas en los cinco o seis años posteriores a la revocación" (Thompson, 1963: 247). Las mismas incluían el mejoramiento del drenaje de los campos, la producción en masa de tubos de drenaje de arcilla, la incorporación de cultivos verdes (nabos, caléndulas) a la rotación, y el mayor número de reses y de ovejas. "Esencialmente los terratenientes veían todo este complejo de mejoras como una operación de rescate" (p. 248). Los beneficios eran "magros" (p. 253) en comparación con los que se experimentaron en la época de los cercados. Sin embargo, aunque "la gran propiedad agrícola se convirtió en un lujo cada vez más caro [el cambio de la forma de operación garantizaba un] prolongado crepúsculo de gran honor, prestigio y riqueza personal, [incluso] si su ascendiente había pasado" (p. 291). Thompson llama incluso a los años 1880-1914 un "Veranillo de san Martín" (el título del capítulo 11) antes del "eclipse" (título del capítulo 12) definitivo de 1914-1939.

[73] "Después de la batalla el poder permaneció en el mismo tipo de manos en las que había estado antes." La siguiente ley de reforma no se presentaría hasta 1867, propuesta ni más ni menos que por Disraeli, que había encabezado, dentro del Partido Conservador, el intento exitoso de castigar a Peel por lograr la aprobación de la revocación. Así los conservadores inteligentes siguieron por el camino de implementar sabiamente un programa liberal.

de existir el concepto de *whigs* y *tories*, coaliciones ambas del siglo XVIII.

La ventaja inicial fue para el Partido Liberal, debido a la gran escisión entre las filas conservadoras como consecuencia de la revocación.[74] Pero surgió entonces un nuevo tipo de conservadurismo, en sintonía con la normalidad del cambio, que habría de recuperar el poder "basándose [...] por entero en el apoyo y los votos del pueblo" (Mosse, 1947: 142). Mientras tanto, aquellos miembros del Partido Liberal (radicales) que habían deseado asociar a su partido con las clases trabajadoras habían perdido ante quienes estaban más interesados por consolidar la estructura del Estado. Como dijera Briggs (1956: 72), "la Ley de los Cereales logró lo que decretó la Ley de Reforma".

Observarán que no enumero como uno de los grandes resultados de la revocación de las Leyes de los Cereales el enaltecimiento de la doctrina de *laissez-faire*. Esto se debe a que en la doctrina de *laissez-faire* hay más de mito que de realidad. Como resultado de ello, no es posible tomarla como una característica definitoria del liberalismo, y desde luego no como el mensaje fundamental del liberalismo como la geocultura del sistema-mundo. Desde luego, la postura pública era, como lo expresaría tan lacónicamente John Stuart Mill, "todo alejamiento del *laissez-faire*, a menos que lo exija algún bien mayor, es un mal indudable".[75] Pero la cláusula subordinada resultó ser una coartada muy grande. Por ejemplo, en el mismo año de la revocación, 1846, en el debate de la Ley de las Diez Horas, Macaulay afirmó que, aunque no existía una justificación *económica* para restringir las horas de trabajo, el parlamento estaba obligado a tomar en consideración las necesidades *sociales* de mujeres y niños "que eran incapaces de entrar en una relación propiamente contractual con sus patrones" (Taylor, 1972: 44).[76] La simultaneidad de la exitosa campaña para revocar las

[74] McCord (1958: 212) afirma con un dramatismo algo excesivo que el Partido Conservador estuvo "condenado a la impotencia por cerca de treinta años". No obstante, señala que la revocación también "afectó la unidad de los liberales" con el paso de los "*whigs* moderados" al Partido Conservador.

[75] *Principles of political economy* (edición de 1921, p. 950), citado en Taylor (1972: 13).

[76] El discurso de Macaulay tuvo lugar el 22 de mayo de 1846. Desde luego, el paternalismo *tory* era un fenómeno anterior a 1846. Individuos como Richard Oastler, Michael Thomas Sadler y George Bull habían hecho campaña de esa manera a lo largo de décadas. "Contemplaban con escepticismo los beneficios que presuntamente emanarían de la competencia irrestricta y veían al Estado como el agente natural mediante el cual sería posible reprimir los aspectos más brutales del capitalismo industrial" (Evans, 1983: 228). Cuando "el más grande de los reformistas sociales *tory*, lord Ashley [séptimo conde de Shaftesbury]" trató de lograr en 1833 la aprobación de una Ley de las Diez

Leyes de los Cereales —oposición al gran símbolo de la interferencia estatal en economía— con el inicio de una legislación social seria en Gran Bretaña (y en el resto de Europa) es una firme evidencia en favor de la aseveración de Brebner (1948: 107) de que lo que realmente estaba ocurriendo no era un paso al *laissez-faire* sino un paso "de la intervención del Estado en el comercio a la intervención del Estado en la industria". Los economistas clásicos y los liberales de hecho eran conscientes de ello y siempre adoptaban una posición matizada sobre el *laissez-faire*, desde Adam Smith hasta Bentham y Nassau Senior,[77] como lo hizo incluso el gran economista neoclásico Alfred Marshall.[78]

Horas, ya estaba claro que la causa de la regulación industrial atraía el apoyo de muchas tradiciones: "Los evangélicos *tories* le proporcionaron ímpetu, los utilitaristas definieron su forma [el principio de la inspección] y los *whigs*, esos maestros del compromiso, lograron la aprobación [y una ley más moderada] en el parlamento" (Roberts, 1958: 325-326). De manera similar, cuando se aprobó la nueva Ley de Pobres, en 1834, un "temor exagerado al pauperismo" llevó al parlamento a aceptar el sistema recomendado por la comisión real "pese al hecho de que contenía un grado mucho mayor de descentralización burocrática de lo que hubiese resultado aceptable en circunstancias normales" (Rose, 1974: 9). Aproximadamente durante el mismo periodo, 1827-1841, en Francia hubo una campaña considerable para que se dictase una ley del trabajo infantil que, cuando finalmente fue adoptada, se convirtió "en el primer ejemplo de legislación social en Francia: nunca antes el Estado había intervenido en la relación entre empleador y empleado" (Heywood, 1988: 231).

[77] "Adam Smith no era un defensor doctrinario del *laissez-faire* [...] No creía que el *laissez-faire* fuese siempre bueno o siempre malo. Dependía de las circunstancias" (Viner, 1927: 271-272). Además, "Smith mismo había socavado lo que suele considerarse su principal argumento en pro del *laissez-faire* al demostrar que el orden natural, cuando se le permite seguir su propio curso, en muchos aspectos funciona en contra, y no a favor del bienestar general" (p. 218). "Los economistas clásicos en su conjunto siempre estaban dispuestos a asignarle un papel significativo al Estado [...] El mejoramiento moral y social [...] era el objetivo característico de los economistas clásicos, no el *laissez-faire* como un fin en sí mismo [...] En los escritos del mismo Bentham no había duda de la importancia asignada a la acción estatal como palanca de la reforma" (Gash, 1979: 45). Nassau Senior, considerado en general uno de los que más resistencia opuso a la legislación social, fue también el que denominó al *laissez-faire* "el más fatal de todos los errores" (*Social economy*, 2: 302, citado en Sorenson, 1952: 262). Algunos analistas son un poco más reservados. Walker (1941: 173) dice que los economistas clásicos "diferían enormemente en sus actitudes". Y Ward, que había leído a Brebner, Sorenson y Walker, dice (1962: 413) que "la conclusión que debe extraerse de las investigaciones es en general una modificación, más que una negación de la visión tradicional. Los 'economistas clásicos' podían ceder en lo relativo a los niños, pero no a los adultos".

[78] Alfred Marshall, en el otoño de su vida, en la octava edición de los *Principles of economics*, publicado en 1920, sintetizó así sus reflexiones sobre el *laissez-faire*: "Le ha tocado a nuestra propia generación percibir todos los males que surgieron del repentino incremento de la libertad económica [durante la revolución industrial]... De esta

La distinción entre reconocer el "valor" del *laissez-faire* y predicarlo como un "dogma absoluto" era fundamental para todos los economistas clásicos (Rogers, 1963: 535).[79] Todos ellos eran conscientes de que "lo que para un hombre es *laissez-faire* para otro es intervención" (Taylor, 1972: 12).[80]

No obstante, los liberales europeos sintieron que la revocación de las Leyes de los Cereales fue un gran acontecimiento, que garantizaba

---

forma, gradualmente, podemos lograr un orden de vida social en el cual el bien común esté por encima del capricho individual aún más que en los días previos al inicio del predominio del individualismo (apéndice A: 750, 752, citado en Evans, 1978: 134).

[79] Fay (1920: 44) aduce: "Para los discípulos de Bentham *laissez-faire* no significaba [...] 'deja que las cosas pasen, no te preocupes'. Era un grito de guerra, que llamaba al ataque de toda ley o convención social que impidiera la libertad de desarrollo. En una campaña para el derrocamiento de abusos de viejo cuño." O, como lo expresa Taylor (1972: 25): el *laissez-faire* cayó en "el área prescriptiva, no en el área analítica del pensamiento económico". Y desde luego, los economistas neoclásicos creían que esa campaña había tenido resultados fructíferos. Marshall lo deja muy claro: "La libertad de adoptar el oficio que uno quiera (*laissez-faire* en su sentido original), junto con la libertad de enviar productos a quien quiera que uno desease y de traerlos de donde quiera que uno quisiese (*laisses-aller*) convirtió a Inglaterra en el *entrepôt* del mundo." Pese a ello, Marshall (1921: 84-85) admite que esta verdad se aplicaba con mayor firmeza a Gran Bretaña, y que esto no lo especificaban los políticos, aduciendo que no querían confundir al público. "Pero a la larga tal vez hubiese sido mejor, tanto para Inglaterra como para el libre comercio, si [los políticos] se hubiesen sentido obligados a darle prominencia a esas engorrosas calificaciones que omitían. Porque entonces otras naciones hubiesen estado sobre aviso de antemano de que no cabía esperar que la supresión de los derechos protectores confiriese los mismos beneficios inequívocos a sus mejores industrias, como lo había hecho en el caso de las de Inglaterra." En realidad Marshall va aún más lejos: "No hay ningún principio económico general que sustente la noción de que la industria florecerá mejor, o de que la vida será más feliz y más sana, cuando a cada quien se le permita ocuparse de sus propias inquietudes como le parezca mejor" (p. 736).

Desde luego, hay escépticos de que el *laissez-faire* contase incluso en Gran Bretaña: "Si comparamos el comercio internacional inglés con el de otras naciones, y en particular las exportaciones británicas con las de Europa occidental [en el siglo XIX], nos llama la atención la similitud de ambos movimientos: en la Francia proteccionista, por ejemplo, así como en la Inglaterra del Libre Comercio [...] ¿Qué crédito hemos de darles, entonces, a las reformas de Huskisson y de Peel?" (Labrousse, 1954, I: 45).

[80] Esta contradicción, como lo vio con tanta precisión Halévy, era ínsita del liberalismo. Al analizar a John Stuart Mill como un centrista desgarrado entre lo que Halévy denominó la filosofía de Westminster y la filosofía de Manchester, Halévy (1904: 387) termina por señalar que Mill, cuando "se veía enfrentado con la democracia autoritaria planteaba las objeciones del liberalismo, pero [cuando] se enfrentaba a la filosofía de la competencia, planteaba las objeciones del socialismo. La contradicción entre estos dos principios fundamentales del utilitarismo se ha vuelto clara para todos. El radicalismo filosófico agotó su actividad en la historia del pensamiento y la legislación inglesa".

el progreso económico.[81] Y, como ocurre con muchas creencias por el estilo, los años inmediatamente siguientes parecieron brindar la evidencia de ello. Porque la economía-mundo estaba entrando en otra fase A de Kondratieff, "la edad dorada de la prosperidad" de las décadas de 1850 y 1860, y "muchos contemporáneos llegaron a atribuirlo a la revocación de las Leyes de los Cereales", "mito de reconciliación" según Kemp (1962: 195). Esos años fueron especialmente benévolos con los dos países clave del sistema-mundo de la época: Gran Bretaña y Francia.

En Gran Bretaña este periodo ha sido denominado "el gran auge victoriano" o, un poco más dramáticamente, "el pleno mediodía del victorianismo", que se "basaba en el equilibrio entre la industria y la agricultura" (Kitson Clark, 1962: 31, 57).[82] Fue un periodo durante el cual a los capitalistas británicos les iba tan bien que primordialmente procuraban "remar sus propias canoas" (Clapham, 1932, 2: 145), según el argot de la época. Y sin duda estaban obligados a hacerlo, ya que Gran Bretaña se había convertido en "un mercado abierto para prácticamente todo lo que producía". Eso todavía no planteaba problemas, ya que en ese momento era clara la superioridad de Gran Bretaña en todo: en el comercio, en las finanzas y en la industria; es decir, en la realización "de las cosas más necesarias" (Clapham, 1932, 2: 2, 12).[83]

La década de 1850 marcó el cenit del crecimiento de las exportaciones británicas. La exportación de artículos de algodón "prácti-

[81] "Si la revocación de las Leyes de los Cereales fue vista como una gran victoria para la 'izquierda' en su conjunto, el hecho de que trajese consigo la convicción difundida de que la causa de la 'comida barata' requería un comercio libre integral, y que el proteccionismo era sinónimo de un gravamen sobre las necesidades vitales, fue el gran triunfo personal de Cobden" (Biagini, 1991: 137).

[82] A partir de 1874 "una serie de golpes devastadores cayeron sobre la agricultura británica" (Kitson Clark, 1962: 57). De esta forma, Peel había logrado concederles a los grandes terratenientes casi treinta años de tiempo para la reconversión.

[83] La eufórica evaluación de Clapham (pp. 20-21) continúa: "En su suelo elegido, el suelo en el cual trabajaban sus máquinas, el control de Inglaterra era de hecho casi completo. Las máquinas trabajaban también en Estados Unidos, pero no mucho en artículos para exportación y prácticamente nada en artículos para exportar a Inglaterra. La maquinaria belga era abundante y buena, pero Bélgica era muy pequeña. La maquinaria francesa era, vista en su conjunto, relativamente peor y más escasa. Prácticamente no se pensaba en Holanda como país manufacturero [...] En términos generales la maquinaria alemana [...] era inferior e imitadora [...]. Gran Bretaña podía utilizar los productos de otros países, valorar sus mercados o respetar sus artes; no fingía ubicarlos en la misma categoría económica que ella ocupaba".

camente se duplicó" en esa década, aumentando incluso la *tasa* de crecimiento, lo cual, sostiene Hobsbawm (1975: 30-31), brindó un "invaluable alivio [político]". Los textiles de algodón seguían siendo esenciales para la riqueza británica, pero ése fue el periodo en el cual los metales y las maquinarias avanzaron para ubicarse como las principales industrias, y con ellos se dio la aparición de "unidades industriales más grandes en toda la línea" (Clapham, 1932, 2: 114). Gran Bretaña estaba claramente en el camino de llegar a ser un Estado industrial. "Se había fijado el rumbo" (Clapham, 1932, 2: 22). Para Gran Bretaña fueron "años de bonanza" en los cuales su dominio económico de la economía-mundo "prácticamente no tenía rival" y en los que el nuevo mundo de la industria "no parecía tanto un volcán como un cuerno de la abundancia" (Coleman, 1973: 7-8).[84] Gran Bretaña era cómodamente hegemónica, pero también complacientemente, sin sentir siempre que tenía que vigilar todas las fluctuaciones de la economía-mundo.[85]

[84] Y también lo parecía para otros países. Fejtö (1948a, 1: 60) nos recuerda que incluso "los proteccionistas de [los diversos países europeos] admiraban a Inglaterra [...] casi tanto como los partidarios del libre comercio. Friedrich List [...] invitó a sus compatriotas a seguir el ejemplo de Inglaterra, de la misma manera en que lo hacían los discípulos de Cobden". Desde luego, List podía haber estado recordando las políticas proteccionistas de Inglaterra que le permitieron alcanzar su dominio económico, más que sus políticas de libre comercio, que le permitieron mantenerlo.

[85] Fetter (1965: 255) señala que después de la primera guerra mundial se popularizó la visión de que el problema de la economía internacional era que Gran Bretaña no estaba ya en posición de ejercer el liderazgo y que Estados Unidos no estaba todavía en posición de hacerlo, y que además carecía de la visión y de la formación. "Ésta es una hipótesis plausible, pero no logro encontrar sugerencia alguna de que el imperio británico o la gente de Inglaterra sintiese una responsabilidad de este tipo en los treinta años posteriores a 1845." Sostiene que Gran Bretaña no sólo no "manejaba" la economía-mundo sino que tampoco servía como "prestamista de último recurso". Por otro lado, el mismo Fetter (p. 271) cita el artículo de Bagehot, "The duty of the Bank of England in times of quietude" ["El deber del Banco de Inglaterra en tiempos de tranquilidad"], publicado en el *Economist* del 14 de septiembre de 1861 (p. 1009), en el cual Bagehot arguye: "Tienen una función nacional. *Resguardan la única reserva de metales preciosos* del país [...] El interés último de los propietarios del banco, según pensamos, se verá mejor servido con el total cumplimiento por parte del banco del interés de la nación." Fetter, entonces, interpreta este artículo como sigue: "Para Bagehot el arte de gobernar un banco y el motivo del lucro debían conjuntarse felizmente, y su gran servicio al siguiente medio siglo de banca central fue que convenció a sus compatriotas de que se trataba de una unión honorable bendecida por las leyes del libre comercio." Esto me suena como "manejar" la economía, por lo menos la economía británica, que en 1861 implicaba en gran medida manejar la economía-mundo.

Fetter admite que aunque "no hubo una aceptación formal de las opiniones de Ba-

Sin embargo, no debemos exagerar. El viaje "distaba de terminar". La agricultura seguía siendo "con mucho la más grande de las industrias de [Gran Bretaña]" (Clapham, 1932, 2: 22).[86] Church (1975: 76) piensa que llamar a este periodo "el auge de mediados de la era victoriana" tiene que estar "sumamente matizado". Sí, ascenso de precios,[87] expansión comercial y un nivel de vida mejorado, pero la tasa de crecimiento de la producción no fue tan grande, y 1858 presenció el ciclo comercial descendente más profundo del siglo. Como todos los líderes económicos, Gran Bretaña estaba preparando su propia caída.

---

gehot por parte del banco [...] a partir de mediados del decenio de 1870 no se dudaba ya del principio" (pp. 274-275). En ese momento la ortodoxia incluía tanto el patrón oro cuanto el Banco de Inglaterra como prestamista de último recurso: "El hecho de que el patrón oro fuese inviolable fue decisión del gobierno. La labor de mantener el patrón oro le fue confiada al Banco de Inglaterra, y mientras desempeñó esa misión el gobierno dejó que decidiera los detalles operativos" (p. 282).

Además, este papel mundial del Banco de Inglaterra como garante de "una moneda sólida y un comercio internacional activo" estuvo bien preparado por Peel cuando hizo aprobar la Ley del Estatuto Bancario de 1844, que consagraba la victoria de la llamada escuela de la moneda. "Aunque la evolución del manejo y las técnicas de una banca centralizada eficaz llevó años, los victorianos podían remontarse a Peel y verlo como el arquitecto de un orden económico confiable" (Briggs, 1959: 339).

[86] Este hecho subraya la importancia de la inquietud de Peel por brindarles una transición a los grandes terratenientes. Destaca asimismo la dislocación que seguía presentándole al gobierno británico el problema de una clase trabajadora obstinada. "Es difícil exagerar la importancia de los fabricantes textiles en la vida industrial del país. Aunque ni siquiera la industria del algodón estaba completamente mecanizada [...] se erigían como la industria representativa de la era de la maquinaria y la energía [...] Como estaban tan mecanizados, su rendimiento era prodigioso. Como no estaban completamente mecanizados llevaban consigo por el camino —y muchas veces abandonaban a la vera del mismo— a una multitud de quienes se habían convertido en la mano de obra manual que iba a la zaga. Sin contar la calcetería y el encaje, encontraron empleo —¿o deberíamos decir que le dieron el nombre a un oficio?— para casi once mil personas" (p. 28). Este grupo de trabajadores manuales eran entonces 1 de cada 19; para 1901 se habían reducido a 1 de cada 37 (véase la p. 29).

[87] El grado en el cual un aumento de precios es necesariamente benéfico para una potencia hegemónica está abierto a cierta discusión. Imlah (1950: 191, n. 28) da tres grandes explicaciones del aumento de precios en este periodo: las guerras de Crimea, América y Prusia; una nueva y vasta oferta de oro, y de exportación de bienes de capital. Rostow (1948: 20-21) se muestra escéptico acerca de las ventajas de cada uno de esos acontecimientos. Las guerras fueron económicamente "improductivas". La minería de oro era una carga para los recursos y "no brindaba servicio alguno al mundo". Y las exportaciones de capital eran "empresas improductivas o [...] que arrojaban beneficios sólo tras un largo tiempo". En cuanto a la construcción de ferrocarriles, sólo daría ganancias a partir de 1873 (p. 23). Se podría pensar que Rostow prefería las fases B de Kondratieff, pero desde luego los que se benefician durante las fases B son grupos diferentes y más pequeños.

se resistía a la innovación. Fue en 1856 cuando Bessemer leyó por primera vez su artículo sobre el uso de chorros de aire para fabricar acero de calidad de manera más barata, pero sus ideas no serían adoptadas en forma general hasta la fase B de Kondratieff.[88] La expansión de la economía-mundo traía a la zaga mayor industrialización en Estados Unidos y en diversos lugares de Europa, haciendo que la posición competitiva de Gran Bretaña fuese "continuamente más difícil", en especial porque esos países, con la significativa excepción de Francia, indicaban que no tenían "ninguna intención de seguir el ejemplo británico" en adoptar el libre comercio (Schlote, 1952: 43).[89] De hecho, la misma Gran Bretaña llegaría a ver con disgusto el libre comercio.[90]

En esa parte media del siglo del esplendor británico, al principio Francia dio la impresión de estar en desventaja debido al trastorno de 1848. Una vez más sus revoluciones parecían estar perjudicando su

[88] Como ocurre casi siempre, una invención se convertía en una innovación importante sólo durante épocas de caída económica. "El gigantesco estancamiento de capital económico y humano que se hundió en el proceso del hierro forjado, y la hasta ahora [1858] indisputada dominancia de la industria británica de hierro en los mercados mundiales estuvieron en contra del cambio rápido. La pérdida de esta posición semimonopólica y de las concomitantes economías en la producción —en parte impuestas— durante la década de 1870-1880, fueron los factores decisivos de la transición definitiva" (Clapham, 1932: 56-57). El hecho de que el dominio económico de Gran Bretaña no sería eterno ya le resultaba evidente al perspicaz *Economist* del 8 de marzo de 1851: "A partir del progreso relativo de [Gran Bretaña y Estados Unidos] en los últimos sesenta años puede inferirse que la superioridad de Estados Unidos sobre Inglaterra es, en última instancia, tan cierta como el próximo eclipse" (citado en Clapham, 1932: 10).

[89] En su relación con otros países industriales fuera del imperio británico "los fabricantes británicos mostraron una declinación considerable [desde 1850 hasta 1914] como proporción de las exportaciones totales. Pero como proporción de las importaciones, las manufacturas aumentaron considerablemente" (p. 87). En cuanto al imperio, su "participación en el comercio exterior británico cambió poco hasta el estallido de la primera guerra mundial" (p. 88), pero después de la misma también declinó. La marina mercante británica entró también en una "declinación relativa" después de alcanzar su punto máximo en 1847-1849 (Clapham, 1932: 211).

[90] En 1850 "nadie suponía [...] que Gran Bretaña era 'joven y en ascenso' [que había sido la excepción permitida por John Stuart Mill para la protección]. Era vieja, había ascendido pero seguía ascendiendo. La excepción no se aplicaba [...] Lo más natural era que después del colapso de principios de la década de 1870, y durante las desconcertantes y continuas dificultades comerciales e industriales que le siguieron, los hombres sencillos empezasen a plantear la pregunta: ¿es 'justo' mantener abierto el mercado para naciones que están cerrando los suyos?" (Clapham, 1932: 242, 249). La Liga para el Comercio Justo se fundó en 1881, y la primera traducción al inglés de Friedrich List apareció en 1885 (p. 251). Como dice Coleman (1973: 10): "Para el decenio de 1880 el optimismo de mediados de la era victoriana se había desvanecido."

desarrollo económico. Pero en esta ocasión sólo fue muy brevemente, porque la solución política del conflicto —el autoritarismo popular del segundo imperio— sirvió para resolver algunas de las tensiones políticas precisamente debido a que este régimen se había constituido, como ninguno lo hiciera antes,[91] en el que propuso e impulsó un salto adelante de las estructuras económicas francesas, consolidando así el núcleo liberal del sistema-mundo.

Los nuevos indicadores económicos eran claros: el comercio exterior se triplicó (Palmade, 1961: 193). La producción de los medios de producción aumentó en relación con la producción de bienes de consumo (Markovitch, 1966: 322).[92] Hubo un auge, no sólo de la inversión interna sino también de la inversión externa, de modo tal que para 1867 el ingreso neto de las inversiones externas rebasaba la exportación neta de capital. Para Cameron (1961: 79) esto significaba que Francia se había convertido en "una nación acreedora

[91] "El segundo imperio es el primer régimen francés que le ha dado prioridad tan claramente a los objetivos de la esfera económica" (Plessis, 1973: 85). Y eso funcionó. Véase Marczewski (1965: lx): "La revolución y las guerras napoleónicas habían causado una caída desastrosa del comercio exterior. Con la restauración, la relación entre las exportaciones y el producto físico empezó a crecer, pero no rebasó el nivel de 1787-1789 sino hasta 1855. Las políticas liberales inauguradas por el Tratado Anglo-Francés de 1860, y el estímulo que le dio al comercio mundial el descubrimiento de nuevos depósitos de oro, fueron sin duda factores del salto adelante de las exportaciones francesas en el decenio transcurrido entre 1855 y 1864."

Por otro lado, no debemos fingir que el segundo imperio fue un milagro que salió de la nada. El analista belga Natalis Briavoinne se planteaba esta pregunta ya en 1839: "¿Por qué la revolución científica y la industrial están teniendo lugar primordialmente en Francia y en Inglaterra?" A lo cual añadía una nota al pie en la cual señalaba que, desde luego, también había cierto desarrollo industrial en Italia, Alemania y Suecia, sin embargo afirmaba que "hay una especie de consenso universal en que Francia es la sede de la revolución de las artes químicas e Inglaterra la de la revolución mecánica" (1: 191-192). Sée (1951, 2: 226) nos recuerda de manera semejante que "en conjunto, bajo el régimen de Luis Felipe hubo una significativa expansión económica que comentaron sus contemporáneos".

Un análisis detallado llevado a cabo por Coussy (1961) ve con ojos escépticos el grado en el que el segundo imperio representó una discontinuidad con la política económica francesa previa y subsecuente, aduciendo en particular que el liberalismo económico del régimen era "un liberalismo muy relativo, que hoy se denominaría proteccionismo moderado" (p. 2). Por otro lado, el "proteccionismo moderado" ha tendido a ser el extremo liberal en el continuo de políticas gubernamentales de la economía-mundo capitalista. Raras veces país alguno ha rebasado más que brevemente este nivel de apertura.

[92] Markovitch está citando a Raymond Barre, a quien ve como evidencia de un cambio estructural fundamental (véase la p. 321).

'madura'".[93] Y las finanzas públicas francesas, junto con las de Gran Bretaña, se habían vuelto "sólidas". La suscripción pública de los préstamos gubernamentales "demostraba el vigor de los ahorros y la abundancia de capital que existía en los *dos* países" (Gille, 1967: 280).[94] En pocas palabras, era una época de gloria económica para Francia, igual que para Gran Bretaña. Esto era "si no crédito, en beneficio del segundo imperio" pero, como insiste Palmade (1961: 127, 129), "la situación externamente favorable recayó sobre un gobierno decidido a aprovecharla".

Además, se trataba de un gobierno que pensaba que la acción gubernamental era esencial para esta expansión económica, que no consideraba, en palabras de Napoleón III, que la acción del Estado fuese una "úlcera necesaria" sino más bien que era "el motor benévolo de todo organismo social". No obstante, la intención consistía en promover así la empresa privada. Aunque la "preocupación primordial" del gobierno era "crear todas las actividades [económicas] posibles", igual deseaba "evitar esta lamentable tendencia del Estado a involucrarse en actividades que los individuos privados pueden hacer tan bien o mejor".[95] Además, el programa de obras públicas del gobierno no estaba dirigido meramente a ayudar a la industria, sino a reforzar el sector agrícola.[96] Y detrás de esta práctica —"precursora de la

[93] Cameron llama a esto un "importante punto de inflexión en la historia de las relaciones económicas de Francia". Como parte de este proceso, "la década de 1850 [...] es notable también por la aparición del liderazgo francés en la promoción ferroviaria" (p. 213). Véase también Sée (1951, 2: 355): "En 1871 Francia tenía más de 12 000 millones [de francos] en acciones extranjeras, de los que es necesario restar 2 000 millones para cubrir deudas de guerra. Pero esta pérdida pronto se convirtió en utilidad: Francia pudo adquirir baratas las acciones que Alemania, Italia y hasta Inglaterra se vieron obligadas a vender en la bolsa de París para salir de la crisis de Europa central que se produjo en 1873".

[94] Gille dice que "en esa época la gente llamaba [a esas suscripciones públicas] el sufragio universal del capital" (p. 276).

[95] Todas estas citas de Napoleón III se reproducen en Palmade (1961: 129).

[96] Vigier (1977: 18, 19, 21) en su evaluación del bonapartismo, hace hincapié en cuánto más lejos llevó el segundo imperio un programa que existía ya con la monarquía de julio y que consistía en usar obras públicas "para permitir que el campesinado se beneficiase plenamente del ascenso de los precios agrícolas". Luego se pregunta si el bonapartismo también permitió que el campesinado democratizase asimismo la vida política local y "se emancipase progresivamente de la tutela de los notables locales". Al observar la división de los historiadores en relación con esta última pregunta dice que su propia opinión sería "sumamente matizada". Pouthas (1983: 459, 462) es más positivo: "La agricultura fue la gran beneficiaria del régimen [...] Los campesinos, seguros

modernización tecnocrática gaullista"— estaba el objetivo de combatir "la inestabilidad política y el conflicto de clases" (Magraw, 1985: 159),[97] cosa esencial para un régimen que había emergido del crisol de la Revolución de 1848.

Aquí es donde viene a colación el famoso vínculo saint-simoniano. En realidad deberíamos hablar de los postsaint-simonianos, los que habían surgido a partir de la fase seudorreligiosa encabezada por Enfantin y que sólo conservaban el espíritu "radical" de Saint-Simon: rigurosamente modernistas, tecnocráticos, reformistas, en última instancia ni "socialistas" ni "conservadores" (como han afirmado algunos), sino esencialmente de espíritu "liberal", como quedó muy en claro durante el segundo imperio.[98] Era liberal de espíritu porque combinaba las dos características clave del liberalismo: el desarrollo económico vinculado con el mejoramiento social. Para los liberales los dos son caras opuestas de la misma moneda. Los saint-simonianos afirmaban "la primacía de la esfera económica sobre la política"

---

ante las amenazas del socialismo y de la reacción, se convirtieron en los defensores más fuertes del régimen, hasta el punto de que los ingleses, al igual que Karl Marx, llamaron al imperio el imperio del campesinado." Pero, finalmente, ¿cuánto difería el apapacho y los mimos al campesinado de la modernización forzosa de la agricultura británica que llevó a cabo Peel? En ambos casos apaciguaba a una fuerza política sustancial que controlaba la oferta de alimentos del país mientras permitía una amable transición a un papel y una utilidad mermantes en el largo plazo para este sector, que quedó en claro para todos a partir de 1873. Véase Verley (1987: 166): "La productividad interna de la agricultura en la década de 1860 no podía seguirle el paso a las necesidades del crecimiento global." Mokyr y Nye (1990: 173) describen la política gubernamental "redireccionando la economía hacia la agricultura, en lo cual Francia aparentemente tenía una ventaja comparativa". De ser así, la perdió poco después. En mi opinión la política bonapartista era más explícitamente política, dirigida a mantener bajo control el descontento campesino.

[97] En opinión de Magraw (p. 163), "el balance de la economía política del bonapartismo fue desigual".

[98] Véase Carlisle (1968: 444-445): "El radicalismo saint-simoniano consistía en su decisión de modificar desde dentro la visión, las costumbres y las prácticas del mundo empresarial burgués liberal en la Francia posnapoleónica. Además, el radicalismo saint-simoniano consistía en llevar a ese mundo empresarial, regido por un concepto de una ley económica rígida, inescapable, una convicción de la posibilidad y de la inevitabilidad de escapar de esa ley [...] Los saint-simonianos fueron los creadores de una actitud de iniciativa, de asunción de riesgos, de flexibilidad y expansionismo entre los hombres de negocios franceses." Cole (1953, I: 52, 56), hablando de la visión global y el involucramiento de los mismos en la construcción de los canales de Suez y de Panamá, dice: "De hecho fueron los precursores de los 'cuatro puntos' del presidente Truman. Nada era demasiado grande para que no se proyectase en [...] Fueron los primeros en ver (y aprobar) lo que se llama ahora la 'revolución gerencial'."

(Blanchard, 1956: 60). Pero también sostenían, en la fórmula de Isaac Péreire, de 1831, que el progreso económico acarrearía "una mejoría de la suerte de los estratos más grandes y más pobres" (citado en Plessis, 1973: 86). A esto se debe, desde luego, que Napoleón III y los saint-simonianos estuvieran "hechos el uno para el otro" (Weill, 1913: 391-392).[99] Desde luego, los saint-simonianos eran "prácticamente el único grupo intelectual del que disponía [Napoleón]" (Boon, 1936: 85). Pero también a la inversa: el sector modernista de la burguesía, los verdaderos liberales, "necesitaban [a Napoleón] para que los liberase a ellos mismos de las timideces de las personas acomodadas" (Agulhon, 1973: 234),[100] que habían dominado el Partido del Orden en la monarquía de julio. A ello se debe que Guérard (1943: cap. 9) llamase a Napoleón "Saint-Simon a caballo".

Asimismo, fue en este periodo cuando los bancos se beneficiaron como agentes clave del desarrollo económico nacional. También en lo tocante a esto el crédito debe corresponderles a los postsaint-simonianos (como los hermanos Péreire), que fueron "los primeros en comprender el papel de estímulo y de coordinador que podían des-

[99] Weill continúa: "Los saint-simonianos [...] le dieron la máxima prioridad al incremento de la producción. [...] ¿Acaso las grandes obras públicas no eran la mejor manera de ayudar rápidamente a los pobres? [...] El papel del Estado consistía en emprender esas grandes obras [...] Pero si el Estado descuidaba su deber, los saint-simonianos no titubeaban en apelar a la iniciativa privada [...] El gobierno imperial tenía el mismo programa." Y de ninguna manera se trataba de un programa democrático socialista. Véase Bourgin (1913: 406): "El socialismo saint-simoniano, basado en la desigualdad, no tenía nada en común con las nuevas escuelas basadas en la democracia. Los amigos de un gobierno fuerte eran fuente de desconfianza para todos los adversarios de Napoleón III."

[100] Kemp (1971: 158-159) minimiza la importancia de los saint-simonianos aduciendo que "era [...] en gran medida en la posición objetiva del segundo imperio en la que [...] el Estado debía adoptar el papel de estimulador de la economía. [El Estado] ofrecía a todos los propietarios de riqueza móvil la perspectiva de incrementarla. Fue este llamado implícito a la ambición de la clase media y de los campesinos en mejores condiciones el que constituyó la gran fuerza del régimen, solamente, desde luego, porque dio resultado. En las décadas de 1850 y 1860 el '*Enrichissez vous*' de Guizot se convirtió en una realidad para un gran número de franceses". Su conclusión, por lo tanto, es que "en vista de la coyuntura económica favorable del tercer cuarto del siglo XIX, parece probable que hubiese tenido lugar un crecimiento económico apreciable, que involucraba necesariamente cambios cualitativos de la estructura financiera e industrial, bajo cualquier forma de gobierno capaz de mantener la paz civil" (p. 200). Desde luego, esto es cierto, pero fue el gobierno de Napoleón III el que logró mantener la paz civil, y fueron los saint-simonianos los que estuvieron allí dispuestos a emprender las iniciativas necesarias.

empeñar los bancos en la vida económica" (Chlepner, 1926: 15). Pero la historia es anterior a los hermanos Péreire. Por lo menos a partir de 1815 los bancos más grandes —en particular los Rothschild y los Barings— pasaron del interés primordial en los préstamos a largo plazo, primero, a negociar y promover préstamos a los gobiernos y, segundo, a sustentar grandes empresas privadas. Puesto que, como señala Landes (1956: 210-212), si estos bancos llegaban a mostrar "un apetito demasiado voraz" podían ser aventajados por sus competidores, tendían a formar cárteles. Los Rothschild, en particular, encontraron sus beneficios más atractivos en un vínculo tácito con la Santa Alianza, gracias a lo cual pudieron ubicarse en los principales mercados de dinero, que en esa época eran "más mercados de demanda que centros de oferta monetaria" (Gille, 1965: 98).[101] Además, el "gambito favorito" de los Rothschild —el préstamo a corto plazo de emergencia a un gobierno en dificultades— no constituye necesariamente una ayuda a la autosuficiencia nacional. Cameron (1957b: 556) sostiene que esos gobiernos "prácticamente nunca recuperaban [su] independencia", y compara la práctica con una "droga adictiva".[102]

Lo que se necesitaba, desde luego, eran fuentes de crédito controladas más localmente. Chlepner (1926: 19) nos recuerda que, antes del Crédit Mobilier de los hermanos Péreire, hubo "predecesores" en Bélgica, el más destacado de los cuales fue la Société Générale, fundada por el rey Guillermo en 1822. No obstante, sólo después de que Bélgica fijase su independencia en 1831, con el ascenso al trono de Leopoldo I, el banco se convirtió en un actor principal del desarrollo económico, primordialmente en la construcción de ferrocarriles. Si este banco y su rival, el Banque de Belgique, fundado en 1835, tuvie-

[101] Gille continúa: "Pueden haber permitido que los considerasen los banqueros de la Santa Alianza aunque Metternich [...] no lo creyó así. Sobre todo, se beneficiaron de una coyuntura extremadamente favorable cuando fueron capaces de hacer a un lado a algunos competidores serios. Entonces se dispusieron a consolidar esta posición, e incluso llegaron a mejorarla."

[102] Dice que "volvían una y otra vez para recibir nuevas inyecciones". Pero ¿cuántas posibilidades tenían esos gobiernos? Gille (1965: 79-80) señala que la mayoría de ellos podían encontrar suscriptores a los préstamos sólo en un mercado internacional, y específicamente en los mercados de Londres y París. Para eso necesitaban un organizador, y no sólo un organizador cualquiera, sino uno que inspirase confianza. "Bastaba con que el nombre [de una firma de buena reputación] fuese parte de la operación financiera [patrocinando el préstamo] para atraer todo el capital disponible. Y si [esta empresa] contaba, por medio de comisiones e instalaciones para colocar dinero, con cierto número de corresponsales activos, su supremacía quedaba garantizada".

ron que entrar en una hibernación relativa después de la crisis financiera de 1838, les golpeó aún más duramente la crisis anglofrancesa de 1846-1847. Con esto como antecedente, febrero de 1848 llevó al temor a la revolución, el temor a la pérdida de independencia y a un "verdadero pánico financiero" (Chlepner, 1926: 238; véase también 1931), que hizo que el Estado acudiese en ayuda del banco y pusiese fin al periodo de agitación. De esa manera Bélgica logró evitar el alzamiento revolucionario y pudo pasar entonces a un sistema más realmente liberal, eliminando en 1851 el carácter semioficial de la Société Générale.[103]

Las controversias bancarias de Gran Bretaña que discutimos antes crearon una situación en la cual los bancos eran incapaces de desempeñar un papel directo en la promoción del crecimiento económico. Estas controversias culminaron con la Ley Bancaria de 1844, cuyo objetivo, desde el punto de vista de Peel, era primordialmente "hacer más sólidas las bases para el patrón oro" y, en segundo lugar, eliminar el uso del oro como arma política interna (Fetter, 1965: 192).[104] Tal vez Gran Bretaña podía permitirse —más que otros países— no tener una política bancaria que promoviese el crecimiento económico. Cameron (1961: 58-59) lo declara "ineficiente" pero observa que "paradójicamente [...] los mismos obstáculos que se ponían en la senda

[103] La razón por la que la situación financiera de 1838 había sido especialmente aguda en Bélgica era política, no económica. Era el resultado de la aceptación definitiva por parte de Guillermo de los Países Bajos del Tratado de 1831, que reconocía la separación de Bélgica del reino. Había sido un tratado desfavorable para Bélgica, aceptado contra su voluntad en 1831 y que ya no parecía razonable para una Bélgica más fuerte en 1838 (Chlepner, 1926: 154 y n. 2).

[104] El oro había sido un elemento destacado de la política de la Ley de Reforma de 1832. Cuando la Ley de Reforma resultó derrotada en la Cámara de los Pares, y Wellington estaba tratando, sin éxito, de formar un gobierno, Francis Place (como señalamos previamente) había lanzado el famoso lema "Para detener al duque vayan por oro". La corrida se produjo y afectó la situación política. Pero esto, a su vez, tuvo el efecto de "fortalecer la opinión pública de que los billetes bancarios deberían tener curso legal" (pp. 135-136). Tal vez Peel, en 1844, estaba previendo que semejante arma podría usarse una vez más, en su contra, en la batalla por la revocación de las Leyes de los Cereales. Fetter señala asimismo (p. 174) la simultaneidad del crecimiento del sentimiento en pro del libre comercio en Gran Bretaña, en el decenio de 1840, con la "creciente aceptación de la idea de que la emisión de billetes no era una actividad comercial sino una función del gobierno". Pero no comenta lo paradójico que es esto en términos de la doctrina del *laissez-faire.* Obviamente, cuanto más libre fuese el comercio de bienes menos libre querían que fuese el comercio en dinero los que participaban en el libre comercio. La libertad no vale mucho si pone en riesgo las utilidades.

de un sistema bancario y monetario racional estimularon al sector privado a introducir las innovaciones financieras necesarias para poder alcanzar los beneficios plenos de las innovaciones técnicas en la industria".

Lo que el Estado británico había promovido con sus fallas —un abasto adecuado de crédito para la expansión económica de mediados del siglo— lo crearía deliberadamente el Estado francés con Napoleón III. El decreto de febrero de 1852 que autorizaba la formación de bancos hipotecarios, uno de los primeros de los cuales fue el Crédit Foncier de Émile Péreire, proporcionó el sustento financiero para que Haussmann pudiese reconstruir París. "Francia, de ir retrasada, pasó a convertirse en líder e innovadora del crédito hipotecario" (Cameron, 1961: 129).[105] Los Rothschild no estaban contentos. James de Rothschild adujo que ese cambio de estructura concentraría demasiado poder en manos inexpertas. Parecía ser un caso del comal le dijo a la olla.[106] De todos modos, el ascenso de los grandes bancos corporativos del segundo imperio le arrebató el monopolio a lo que se había conocido como la *haute banque*, un "grupo poderoso de banqueros privados (no asociados)" (Cameron, 1953: 462). Pero la *haute banque* no le había proporcionado el crédito suficiente a las empresas comerciales *francesas*.[107]

[105] Estas actividades fueron fuente de gran riqueza en el segundo imperio: "Los bonos del ferrocarril y de la ciudad de París o del Crédit Foncier, que se expedían de manera regular y con una alta tasa de interés, les daban a los ahorros un lugar seguro y remunerador para invertir" (Girard, 1952: 399). No es raro entonces que, como prosigue Cameron, "la idea del *crédit foncier* se difundiese rápidamente en el decenio de 1860, y que para 1875 todos los países europeos y varios fuera de Europa tuviesen instituciones similares".

[106] Para un análisis detallado de las opiniones de James de Rothschild véanse Gille (1970: 132-134) y también Pouthas (1983: 457).

[107] "A lo largo de toda la *monarchie censitaire* [monarquía con legislaturas electas por sufragio limitado] se habían presentado quejas acerca de la falta de crédito organizado, o mejor dicho de su inexistencia. En el último año del reinado de Luis Felipe las quejas en este sentido habían crecido mucho. Después de la revolución de 1848 se reconoció de manera generalizada que las crisis se debían en parte a la ausencia de un sistema de crédito desarrollado" (Gille, 1959a: 370). Lévy-Leboyer (1964: 699) considera que las quejas tenían "poco fundamento". Dice que en el decenio de 1840, cuando se estaban construyendo los ferrocarriles, "el mercado financiero daba la impresión de ser la parte vital de la economía" de Europa occidental. Admite que eso ocurría sobre todo en París y en Bruselas, así como en unos pocos centros más, y que "existían grandes lagunas" (p. 705). Ésta puede ser la clave de lo que realmente ocurrió. Plessis (1987: 207) señala que, en la monarquía de julio, la Banque de France abrió sucursales locales para

Hacia finales del segundo imperio, en 1867, quebró el más grande de los nuevos bancos, Crédit Mobilier. Sin embargo ahí seguían estando, y siguen estando hasta hoy, los Rothschild. No obstante, el Estado liberal, con su intervención, había alterado la estructura crediticia mundial del moderno capitalismo: "El sistema bancario de todas las naciones de la Europa continental mostraba la huella de la influencia francesa" (Cameron, 1961: 203).[108] La creación del gran número de bancos orientados al mercado internacional puede haber disminuido el poder de la *haute banque*. Esto no representaba necesariamente una gran virtud para las estructuras estatales más débiles en situaciones financieras difíciles. Jenks (1927: 273) analiza el efecto perverso de la mayor competencia en el campo de los préstamos a los gobiernos:

> La competencia simplemente aumentó los riesgos de colocar el préstamo en vista de los esfuerzos por minimizarlo de los banqueros que no tenían éxito [...] Lo que sí estimulaba la competencia, sin embargo, era la insistencia en prestarles más dinero a solicitantes frecuentemente "confundidos" [...] En una palabra, el negocio de los préstamos se estaba volviendo monopólico.[109]

La quiebra de Crédit Mobilier le da credibilidad a este análisis. Formaba parte de una secuencia que llevó a que se acabasen los préstamos a los gobiernos débiles y, por ende, a la acentuación de lo que habría de llegar a ser la gran depresión a partir de 1873.[110]

---

hacer cerrar otros bancos, mientras que en el segundo imperio estaba cerrando esas sucursales pese a las protestas de los notables. Lo que éstos querían era tanto la Banque de France como los bancos nuevos, porque eso les proporcionaba fuentes de crédito múltiples y competitivas.

[108] Cameron (1953: 487) hace esta juiciosa evaluación: "Al juzgar apropiadamente la contribución del Crédit Mobilier y de sus contemporáneos al desarrollo económico hay que tomar en cuenta posibles contrapesos en su historial. ¿La exportación de capital obstaculizaba el crecimiento económico de la misma Francia? ¿Podría el Crédit Mobilier haber hecho una contribución más grande y limitaba sus actividades a su propio país? Ninguna respuesta breve a estas preguntas resultaría satisfactoria, pero el peso combinado de la doctrina económica ortodoxa y de las condiciones económicas específicas en Francia en el momento indican que el curso que se siguió iba en la dirección de la mayor utilidad social".

[109] Desde luego, nunca es difícil prestarle dinero a estados más pobres. Como observa Jenks (1927: 263): "Los gobiernos aceptan dinero prestado inmediatamente porque están en el tironeo entre el anhelo de progreso y el deseo de apaciguar a los contribuyentes".

[110] Véase el análisis de Newbold (1932: 429): "Las casas más conservadoras que quedaban después de la crisis financiera británica de 1866 y del colapso político francés de

Los liberales habían logrado lo que esperaban alcanzar a mediados de siglo. El prolongado ritmo ascendente de la economía-mundo y las acciones de los gobiernos de la zona central —en particular de Gran Bretaña y Francia— aseguraron un proceso continuo de reubicaciones mundiales por lo menos hasta fines del siglo XX. Podemos llamarlo el "mercado fuerte", uno de los tres pilares del orden mundial liberal que habría de ser el gran logro de la economía-mundo capitalista en los siglos XIX y XX. Pero había otros dos pilares para un orden liberal mundial: el Estado fuerte y el sistema interestatal fuerte. Pasaremos a ocuparnos ahora del proceso de alcanzarlos.

Las monarquías absolutas no habían sido estados fuertes. El absolutismo era meramente el andamiaje dentro del cual los estados débiles procuraban volverse más fuertes. Sólo sería en la atmósfera de cambio normal y soberanía popular del sistema-mundo posterior a 1789 que resultaría posible construir estados verdaderamente fuertes, es decir, estados con una estructura burocrática adecuada y con un grado razonable de aceptación popular (que en tiempos de guerra podía convertirse en un patriotismo apasionado). Y eran los liberales, y sólo los liberales, los que podían construir tales estados en las zonas centrales del sistema-mundo. El crecimiento burocrático era la guía esencial del crecimiento económico, por lo menos de un crecimiento económico a la escala que esperaban en ese momento los capitalistas y que era ya tecnológicamente posible.

Desde luego, la construcción de un Estado burocrático fuerte era un largo proceso que se había iniciado a finales del siglo XV. La resistencia a esa construcción es a lo que realmente nos referimos cuando hablamos de un antiguo régimen, que existió desde luego tanto en Gran Bretaña como en Francia y, de hecho, en toda Europa y en gran parte del mundo. Lo que podríamos llamar genéricamente colbertismo fue el intento por superar esa resistencia tomando el verdadero poder del nivel local y concentrándolo en manos del monarca. Esto, en el mejor de los casos, tuvo éxito parcial. El jacobinismo no era otra

1870 no estaban muy dispuestas a echar dinero bueno al malo ni a encontrar para los turcos, los egipcios y las repúblicas 'liberales' de América Latina los medios de usar el capital de nuevos préstamos a fin de pagar los intereses de los viejos [...] Por lo tanto era sólo cuestión de tiempo que el sultán, el kedive y una media docena de presidentes anunciasen su absoluta incapacidad de cumplir con sus pagos." Newbold dice que, si agregamos los efectos posteriores de la guerra civil estadunidense, podemos entender fácilmente la "orgía de especulación" de 1869-1873.

cosa que el colbertismo con rostro republicano. En su forma original murió en 1815. A partir de esa fecha sería el liberalismo el que emprendiese la batalla para crear un Estado fuerte. Mientras que el colbertismo y el jacobinismo habían sido brutalmente francos respecto a sus intenciones, el hecho de que los liberales se negasen a reconocer que construir un Estado fuerte era su intención —y en muchos sentidos su prioridad— fue tal vez la razón misma por la que tuvieron más éxito que los colbertistas y los jacobinos. De hecho tuvieron tanto éxito que los conservadores esclarecidos adoptaron ese mismo objetivo, borrando en gran medida, al hacerlo, toda distinción ideológica entre ellos y los liberales.

Desde luego, hay muchas razones por las que los capitalistas encuentran útiles a los estados fuertes. Una es que les ayudan a acumular capital;[111] una segunda es garantizar ese capital.[112] Pero después de 1848 los capitalistas se dieron cuenta por completo, si acaso no lo habían hecho antes, de que sólo el Estado fuerte —es decir, el Estado reformista— podría protegerlos de los vientos del descontento de los trabajadores. Péreire lo dijo con mucha precisión: "El Estado 'fuerte' se convirtió en el Estado de bienestar del capitalismo en gran escala (*grand*)" (citado en Bouvier, 1967: 166). Desde luego, aquí "Estado de bienestar" tiene una doble connotación: el bienestar de las clases trabajadoras, desde luego, pero también el de los capitalistas.

Pensamos en la Gran Bretaña victoriana como la sede del antiestatismo en su momento culminante, y es cierto que "en general [la mayoría de los ingleses] sospechaban del Estado y de la centralización"

[111] Daumard (1976, 3: 150) cita a Burdeau: "Los teóricos [del capitalismo] repiten el lema del *laissez-faire*, pero los hombres de negocios les exigen a los legisladores el *pouvoir faire* [los medios para ser capaces de hacer]. Nunca ha sido suficiente [para los capitalistas] que la libertad les permita actuar; quieren que sea activa."

[112] En la primavera de 1914 el secretario del *Comité des Houillières* francés, Henri de Peyerimhoff, pronunció un discurso en el cual habló de la competencia económica mundial: "En esta lucha [...] ¿con qué podemos contar? Con nuestro capital [...] Es una fuerza, pero es una fuerza frágil cuando no está respaldado por otros. Las riquezas que no son defendidas resultan la presa más tentadora y el rehén más deseable. Venecia desempeñó este papel; más tarde las Provincias Unidas. Las exigencias financieras de la House of Hope en Amsterdam sobre todos los soberanos de Europa no parece haber producido una impresión muy grande sobre los húsares de Pichegru, y me temo que los cofres de la República Serenísima, medio vacíos, en realidad, atraían a Bonaparte, antes que intimidarlo. Nuestro dinero trabaja para nuestro imperio en la medida en que nuestro imperio sea capaz de defender nuestro dinero" (citado en Bouvier, 1965: 175).

en esa época (Burn, 1964: 226).[113] Pero en el jaloneo de intereses en conflicto entre quienes (en gran medida los "liberales") deseaban que el Estado dejase de apuntalar los intereses agrícolas y quienes (en gran medida los "conservadores") se inclinaban por favorecer una autoridad local y más tradicional, combinándola con una retórica de preocupación social por los pobres,[114] a los segundos les resultaba fácil encontrar compensación por toda victoria del libre comercio presionando en favor de algún proyecto de intervención estatal en la industria. Brebner lo llama la "danza de mediados del siglo [...] como un minuet": reforma parlamentaria en 1832, la primera Ley de Fábricas en 1833; el presupuesto de Peel en 1841; la Ley de Minas en 1842; la revocación de las Leyes de los Cereales en 1846; la Ley de las Diez Horas en 1847. "La única característica común [de las iniciativas políticas de 1825-1870] es la disposición consecuente de los grupos interesados a utilizar al Estado para intereses colectivistas" (Brebner, 1948: 64, 70).[115]

[113]Sin embargo, señala que esos mismos ingleses, cuando tenían "algún interés especial [...] estaban dispuestos a usar la acción del Estado para alcanzarlo".

[114]Speenhamland, desde luego, fue una estratagema importante en esta batalla [se trataba de un sistema para la mitigación de la pobreza]. Se instituyó en 1795 y concluyó en 1834. Hobsbawm (1962: 200) lo califica de "un intento bien intencionado pero erróneo de garantizarle al jornalero un salario mínimo subsidiando los salarios de las tasas más pobres"... erróneo porque de hecho hizo bajar los salarios. Polanyi (1957: 81) señala que tuvo este efecto sólo debido a que, al mismo tiempo, en 1799-1800 se aprobaron las Leyes Anticombinación. De esta forma el impulso conservador había impedido la creación de un mercado libre de trabajo tal como lo deseaban los industriales, pero sin ningún beneficio real para las clases trabajadoras. Eventualmente los liberales económicos resolvieron el problema, como prosigue Hobsbawm, con su "habitual estilo ágil e implacable de obligar [al jornalero] a conseguir trabajo con un salario social o a migrar". La migración se producía de dos maneras: del campo a la ciudad (véase Cairncross, 1949: 70-71) y al extranjero. Esta última forma se propició al levantar las restricciones a la emigración de artesanos calificados (véase Clapham, 1930, I: 489, para un desglose de quién fue adónde). Para una discusión previa véase Wallerstein (1989: 120-121 [ed. en esp.: 167-168).

[115]Véase el apéndice de Brebner (pp. 70-73) donde se encuentra una larga lista de legislación intervencionista en el siglo XIX. Respecto a la *no* oposición de los economistas clásicos a la legislación social, como la Ley de Fábricas, véase nada menos que a Alfred Marshall (1921: 763-764): "Ni Ricardo ni ningún otro miembro del gran círculo que lo rodeaba parece haber sido mencionado como opositor a las primeras Leyes de Fábricas." Señala que tanto Tooke como McCulloch y Newmarch las apoyaban y que Nassau Senior, que en un principio se oponía, después estuvo a favor. Esta disposición del vocero mismo del *laissez-faire* para aprobar cierta intervención gubernamental en la escena social fue teorizada por otro economista liberal, Stanley Jevons, en 1882, en los siguientes términos: "No debemos maximizar las funciones del gobierno al capricho

Antes de 1848 gran parte del argumento en pro de la reforma social del Estado entre las clases medias se había basado en un 'difundido entusiasmo filantrópico y la conciencia inquieta [...] ante el espectáculo de la pobreza en la que estaban condenados a vivir los trabajadores" (Halévy, 1947: 218). Sin embargo, las revoluciones de 1848, que los británicos no podían menos que sentir que ya habían eludido por los inicios de la intervención social, agregaron a la simple culpa un sentido de la importancia política de la legislación reformista.[116] Fue así como, en la misma cima de la era clásica del liberalismo inglés, "el crecimiento del gobierno *central* era impresionante" (Katznelson, 1985: 274).[117] Esos cimientos del gobierno moderno, como dijo Evans

---

de funcionarios casi militares ni minimizarlas de acuerdo con las teorías de los mejores filósofos. Debemos aprender a juzgar cada caso por sus méritos" (*The state in relation to labour* [*El estado en relación con el trabajo*], p. 71), citado en Clapham, 1932, 2: 389). La afirmación de Jevon es en realidad un excelente ejemplo de lo que Burn (1949: 221) llama el "equilibrio liberal" en la Gran Bretaña de mediados del siglo: "El equilibrio que se mantenía, tanto entre las diversas clases e intereses como entre los 'individuos' y el Estado. Creaba y al mismo tiempo recibía asistencia de un cambio notable en el ánimo de la época. Ese cambio puede describirse —y de hecho fue descrito por un contemporáneo— como la supresión del principio en pro de la conveniencia."

[116] Esto se vio reforzado en Gran Bretaña por la curiosa perduración de prejuicios religiosos, como lo señala Halévy (1947: 326): "Debemos regresar con nuestra imaginación al año 1850, cuando la 'agresión papal' provocó tanta agitación en Inglaterra. En toda la Europa latina, en Austria y en Bélgica, el catolicismo había derrotado al liberalismo, al ateísmo y al socialismo. Antes de concluir 1851 Luis Napoleón, rodeado por las bendiciones de todo el episcopado, derogaría la constitución en Francia. La agresión papal no fue más que la prolongación, al otro lado del canal, de esta reacción católica contra las fuerzas hostiles que, desde 1789, y con renovada energía desde 1830, amenazaban por doquier. De manera que no resulta sorprendente que la opinión pública británica se alarmase. En el continente la derrota de la revolución de 1848 había sido la victoria del catolicismo. Pero Inglaterra se había librado de esa revolución, y cuando la reacción católica llegó al país se encontró con un obstáculo que no había existido en el continente: la victoria de la revolución de 1846, la victoria del liberalismo."

Cahill (1957: 75-76) llega a la conclusión opuesta a partir de la misma descripción: "El año de 1848, muchas veces proclamado como el año del triunfo del liberalismo inglés, presenció de hecho la bancarrota de esa ideología ante las amenazas del exterior y del interior. El año de la revolución vio la victoria del nacionalismo británico, respaldada y reforzada por el sentimiento antifrancés y anticatólico [...] El éxito británico en 1848 fue el logro de una prensa patriótica que, al asociar la Coerción Irlandesa, el radicalismo francés, un papa liberal, el papismo irlandés y el cartismo democrático liberó las tensiones de la inquietud social en el país."

[117] La burocracia central aumentó 15 veces entre 1797 y 1869. "El Estado inglés [...] unitario concentraba las políticas públicas de distribución en el centro, como resultado de la aprobación de la Ley de Pobres de 1834; las Leyes de Salud Pública de 1848, 1866, 1872 y 1875; las Leyes de Policía de 1839 y 1856; las Leyes de Alimentos y Medicamentos

(1983: 285), pueden haber sido "construidos ante el embate de un vendaval".[118] Pero el liberalismo gladstoniano era "un credo inquieto, reformista" (Southgate, 1965: 324), aunque no tenía la menor intención de hacer compromiso alguno con la igualdad económica.

Los orígenes del reformismo gladstoniano, según hemos visto, se encuentran en el benthamismo.[119] El resultado fue la llamada revolución administrativa, que transformó las funciones del Estado en la dirección de un "fabianismo nuevo y más o menos consciente" (MacDonaugh, 1958: 60).[120] Poco a poco, "los discípulos de Smith y de Ri-

---

de 1860 y 1872."

[118] Evans (p. 289) considera que se trata de una "suprema ironía", pero en nuestro análisis no hay ironía alguna. Como él mismo dice, "nadie sabía mejor ni pensaba saber mejor que aquellos filósofos del *laissez-faire* de la segunda generación, los utilitaristas benthamitas, cómo regular con más eficiencia y menos desperdicio". Y por lo tanto los utilitarista benthamitas, y sus sucesores en múltiples variantes, habrían de tener un papel permanente, puesto que con el crecimiento del poder del Estado iba "el crecimiento del poder del experto" (Kitson Clark, 1967: 167).

[119] Véase Coates (1950: 358): "Bentham procuró llevar a cabo sus reformas con el uso irrestricto del poder legislativo del Estado." Véase también Checkland (1974: 411): "El benthamismo implicaba identificar las tareas urgentes de la sociedad y prescribir los medios para resolverlas: implicaba una legislación específica, con inspectores en el terreno y administradores en oficinas centralizadas. Implicaba miembros del parlamento que pensaban, igual que Bentham, en términos de 'agenda'." Entre 1852 y 1867 esta agenda incluyó la fuerza policial, las prisiones, las dotaciones de escuelas, médicos y veterinarios... todo ello regulado y promovido por el Estado. Véase Burn (1964: 167-226).

John Maynard Keynes, en su libro *The end of laissez-faire* [*El fin del laissez-faire*] (1926: 45-46) se expresó con mucha lucidez respecto al benthamismo y el Estado: "El socialismo de Estado del siglo XIX emanó de Bentham, de la libre competencia, etc., y en ciertos sentidos es una versión más clara, en otros respectos una versión más confusa, de la misma filosofía del individualismo del siglo XIX. Ambos hacían hincapié por igual en la libertad, uno negativamente, para evitar limitaciones a la libertad existente; el otro positivamente, para destruir los monopolios naturales o adquiridos. Eran reacciones diferentes a la misma atmósfera intelectual."

[120] Este cambio era bastante pragmático: "La gran parte de esos cambios eran respuestas naturales a problemas concretos de la cotidianeidad, que eventualmente la presión hacía salir a la superficie por las simples exigencias del caso" (p. 65). Aydelotte (1967: 226) hace el mismo planteamiento: "Ahora se estima, en general, que los mediados del siglo XIX no fueron un periodo de nihilismo administrativo [en Gran Bretaña] sino, por el contrario, una época de desarrollo rápido y significativo de reglamentación gubernamental sobre las condiciones sociales." Véase también Watson (1973: 70): "No puede ponerse seriamente en duda que aumentó el nivel de actividad gubernamental, y que aumentó mucho, durante el reinado de Victoria." Para críticas de esta opinión véanse Hart (1965) y Parris (1960).

Es importante recordar que se trataba de un cambio en la práctica, no en la doctrina. En esa época la doctrina del libre comercio predominaba en gran parte de Europa. De hecho, Kindleberger (1975: 51) considera que el difundido vuelco hacia el libre co-

cardo [llegaron a promover una serie de] reformas sociales que acarrearon un Estado paternalista fuerte" (Roberts, 1958: 335). Y luego, en el último giro, el liberalismo inglés así redefinido "encontró una expresión complementaria en el Partido Conservador de [...] ciertos principios liberales que el otro [...] estaba en peligro de oscurecer" (Ruggiero, 1959: 135).

La situación en Francia era notablemente similar. También allí *laissez-faire* se había convertido en "el santo y seña dominante". Pero también allí "la práctica era bastante diferente de la teoría". Y allí también, "quienes estaban en el poder eran conscientes del factor industrial en la lucha mundial por la preponderancia, pacífica, pero que entonces tendía a volverse beligerante" (Léon, 1960: 182).[121] Y también allí el siglo XIX fue la centuria en la cual se construyó el Estado fuerte. Desde luego, esta creación había sido y seguiría siendo un proceso continuo, de Richelieu a Colbert, a los jacobinos, a Napoleón, a las *monarchies censitaires* del segundo imperio, a la Tercera República, a la Quinta.[122] Pero en muchos sentidos el segundo imperio marcó un paso fundamental hacia delante. O tal vez la manera de expresarlo sea decir que el segundo imperio marcó la consolidación de la estructura al sentar las bases del consentimiento popular. Luis Napoleón pudo hacerlo porque, como dijo Guizot (citado en Pouthas, 1983: 144), con lo que parece envidiosa admiración, encarnaba a la vez y al mismo tiempo "la gloria nacional, una garantía revolucionaria y el principio del orden".[123]

---

mercio entre 1821-1850 es evidencia de que Europa era "una entidad única que pasó al libre comercio por razones ideológicas o, tal vez más precisamente, doctrinarias". Pero luego, pragmáticamente, Europa se alejaría del libre comercio tras la gran depresión. La realidad seguía rebasando a la doctrina.

[121] La principal diferencia entre Francia y Gran Bretaña a mediados del siglo es que, en vista de su fuerza relativa en la economía-mundo de la época, el Estado francés, a diferencia del británico, nunca renunció a intervenir en la escena comercial.

[122] "La racionalización de la administración empezó mucho antes de la revolución [de 1789] y no ha cesado desde entonces" (Théret, 1991: 141-142). Véase también Fontvieille (1976, 2011) respecto a la constante expansión desde 1815: "Estadísticamente la expansión del Estado está determinada por su creciente intervención en la estructura económica."

[123] Werner (1977: xi-xii) amplía el *bon mot* de Guizot: "El bonapartismo, a pesar de ciertos rasgos indiscutiblemente conservadores, hasta reaccionarios, exigía de sus seguidores el compromiso con las ideas de la nación y la revolución de 1789 en la versión sancionada por Napoleón I [...] El pueblo, políticamente organizado y votando en elecciones, no era ya sujeto de un príncipe sino el verdadero soberano al que incluso el presidente elegido por medio de un plebiscito, y hasta el gobernador, debía servir

Lo que instituyó Napoleón III fue un principio del Estado benefactor de arriba hacia abajo. La Segunda República había llevado la "cuestión social" al primer lugar del orden del día, aduciendo que la soberanía de todo el pueblo contrastaba con, era manejada por, la "trágica inferioridad de las condiciones de parte del pueblo". A partir de esta observación parecían posibles dos conclusiones: una definición de la soberanía popular que condujese al "poder político ilimitado" o un "absoluto rechazo de las autoridades políticas (*pouvoir*)" que implicaban el peligro de volver "ingobernable" a la sociedad (Donzelot, 1984: 67, 70). El bonapartismo representaba la primera definición, sin olvidar jamás que tenía que usar el poder para dar respuesta a la "cuestión social".

En su primera década en el poder Napoleón III restableció represivamente el orden, usó el Estado para construir obras públicas y modernizar el sistema bancario, y concretó el acuerdo de libre comercio de 1860 con Gran Bretaña. En ese periodo lo que le preocupaba primordialmente era crear un "entorno favorable para los capitalistas industriales", y por lo tanto un ambiente en el cual la clase trabajadora se "mantuviese controlada" (Kemp, 1971: 181).[124] Una vez asegurado esto, se dedicaría a integrar a las clases trabajadoras en el proceso político. En los años posteriores a 1858 llegó a ser muy popular entre los trabajadores. Fueron años de gran prosperidad, años de reforma política, años en los que Francia defendía las nacionalidades oprimidas en Italia y en otros lugares. Surgió un grupo de trabajadores probonapartistas (Kulstein, 1962: 373-375; también 1964). En esta atmósfera había una competencia creciente entre republicanos, realistas y el príncipe Napoleón por obtener el favor de los trabajadores. Todos ellos promovían cooperativas sobre la base de que esas organizaciones no eran "incompatibles con la libre economía en la cual todos creían" (Plamenatz, 1952: 126).[125]

[...] El sufragio universal, los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, el concepto del ciudadano, representaban todos logros sobrevivientes de la revolución, lo que no significaba, en la mente de quienes los proponían, que no se requiriese un poder fuerte y centralizado para impedir revoluciones futuras."

[124] Bourgin (1913: 224) señala también que "la clase trabajadora se sentía atada de manos [...] el emperador autoritario [...] claramente tomaba partido, en los conflictos por los salarios, en contra de la clase trabajadora. Sin embargo no se pueden negar [...] las preocupaciones filantrópicas que eran tal vez una característica exclusiva del imperio".

[125] El príncipe Napoleón dispuso incluso que una delegación de trabajadores con-

De diversas maneras Napoleón III procuró "acercarse más a la nueva izquierda social" (Duverger, 1967: 156).[126] En 1864 legalizó los sindicatos y las huelgas, lo que constituyó, según lo expresa Henri Sée (1951, 2: 342), "un acto de enorme importancia en la historia social de Francia".[127] De hecho el régimen usó su intento por "mejorar las condiciones de los trabajadores y los necesitados" como tema central de su propaganda, presumiendo de su asistencia a los necesitados "de la cuna a la tumba" (Kulstein, 1969: 95, 99).[128] Lo que pretendía Napoleón III, como el primero de los "bonapartistas democráticos", era un programa que volviese "conservadoras a las masas [...] dándoles algo que conservar" (Zeldin, 1958: 50). De esta manera hizo posible completar el proyecto de transformar a Francia en un Estado liberal, proyecto que se consagraría en la constitución de 1875.[129] Además, Francia no era sólo un Estado liberal sino un Estado nacional, y había sido Francia la que había sellado la identificación de ambos tipos en la Europa decimonónica.[130]

El tercer pilar del orden mundial británico/liberal era un fuerte

curriese a la Exposición Mundial de Londres en 1862. No obstante, una vez allí se unieron a la formación de la Asociación Internacional de Trabajadores, y a su regreso rompieron relaciones con el príncipe.

[126] No obstante, como insiste Bourgin (1913: 232), "el gobierno titubeaba en relación con los trabajadores". Y, añade, tenía razón para ello: "En la medida en que el imperio hacía concesiones que estaban arruinando su base autoritaria, los trabajadores empezaron a sentir crecer su fuerza y llegaron a ver que el gobierno que sucesivamente los había amedrentado y después acariciado se estaba desmoronando."

[127] Sée señala las diversas restricciones que perduraron pero dice que, no obstante, la ley representaba "un serio paso hacia adelante, sobre todo puesto que, hasta el momento mismo de su adopción, los trabajadores en huelga seguían siendo enjuiciados por las autoridades judiciales".

[128] Théret, muy pragmáticamente, observa (1989: 1160) sin embargo que "la imagen 'social' del segundo imperio no sale bien parada [...] una vez que se miran de cerca las estadísticas sobre gastos gubernamentales".

[129] Daumard (1976: 138) define así el proyecto: "Progresivamente los franceses pasaron de ser sujetos a ser ciudadanos."

[130] Véase Woolf (1992: 101): "Podría afirmarse que el modelo de Francia, tal vez aún más que el de Gran Bretaña, resultó central en su construcción del concepto político de la Europa moderna precisamente porque, en manos de los liberales, la identidad nacional se combinaba con el papel directivo atribuido al Estado. Porque uno de los rasgos más notables de este legado de los años napoleónicos fue la creciente asociación de liberalismo y reformas administrativas estandarizadas como método para forjar una identidad estatal unificada [...] A medida que nuevos estados-nación alcanzaban la independencia en el siglo XIX sus gobiernos insistían en usar los mismos métodos contra lo que veían como los peligros de identidades regionales o étnicas antinacionales."

sistema interestatal. La Santa Alianza de Metternich no se había considerado un paso en esa dirección, puesto que la interferencia opresiva había tendido a agitar los calderos nacionalistas mientras trataba de mantener bien fijas las tapas de los mismos... receta segura para más revoluciones, como lo demostraría 1848. O eso pensaban tanto los británicos como los franceses. Lo que querían los británicos, como potencia hegemónica y como actor más fuerte de la economía-mundo del momento, era todo el libre comercio posible, lo que significaba todo lo que era políticamente posible, con la menor necesidad de inversiones militares. Los británicos querían salirse con la suya sin tener que usar constantemente demasiada fuerza para imponer su voluntad. En pocas palabras, querían estabilidad y apertura en la medida en que sirviese a sus intereses económicos. Desde luego, en cierto sentido este objetivo no era nuevo. Pero para mediados del siglo los británicos estaban en posición de ser más honestos al respecto y, durante un breve tiempo, de obtener una alta rentabilidad de los frutos de semejante política. Desde luego, como señaló Cunningham (1908: 869):

> Cabe señalar con cierta verosimilitud que el sistema de intercambio irrestricto era oportuno para Inglaterra, porque este país había alcanzado una fase específica de desarrollo como nación industrial, pero no era igualmente ventajoso para países en los cuales el sistema económico estaba menos avanzado.

Y esto, como ha sostenido Musson (1972b: 19), se debe a que el libre comercio es de hecho, simplemente, una doctrina proteccionista más, en este caso proteccionista de las ventajas de aquellos que en un momento dado están gozando de mayores eficiencias económicas.[131]

[131] "[El libre comercio] era tan proteccionista como las antiguas políticas mercantilistas: tenía el propósito de impedir o retrasar el crecimiento de la competencia industrial extranjera... se tenía la esperanza de que los países extranjeros cambiarían sus alimentos y materias primas por manufacturas británicas que, debido a su bajo precio, podían avasallar a las industrias extranjeras."

Schuyler (1945: 246), señalando que la preferencia colonial británica no fue enteramente abolida hasta 1860 (para ser reinstalada, desde luego, en el último tercio del siglo), dice: "Ya no había ninguna necesidad de que los británicos se estacionaran en todo el orbe para abrirle paso a su comercio; éste se había convertido en su propia protección." Y Evans (1983: 31) al discutir el previo "furor por los tratados comerciales" de Gran Bretaña en la década de 1870, que él atribuye al intento de superar el hecho de estar "totalmente aislada de Europa" después de terminada la guerra en Norteamérica, señala que sólo se llegó a concluir un tratado: el Tratado de Eden con Francia, en 1786.

Tampoco debemos olvidar que, en la medida en que se puede afirmar que el libre comercio predominaba en la economía-mundo capitalista del siglo XIX, o al menos entre las potencias europeas, era, en el mejor de los casos, una historia relativa a un periodo A de Kondratieff, 1850-1873. "El siglo XIX comenzó y terminó en Europa [...] con restricciones al comercio internacional" (Bairoch, 1976a: 11),[132] restricciones muy severas: el bloqueo continental en un extremo y la multiplicidad de tarifas proteccionistas en el otro.

La misma Gran Bretaña fue ganada sólo lentamente por los méritos del libre comercio. Los economistas políticos del Consejo de Comercio creían que la adopción de las Leyes de los Cereales de 1815 había sido el estímulo del *Zollverein*, que los preocupaba doblemente. Promovió el desarrollo de la manufactura competitiva en los estados germanos, y también se inclinó por impedir que los británicos usaran esos estados como las "excelentes bases de contrabando" a Prusia, Baviera, Austria y Rusia que habían sido anteriormente (Clapham, 1930, I: 480-481; Kindleberger, 1975: 33-34).[133] En la década de 1830 aumentaron las preocupaciones respecto a la competencia manufacturera.[134] Esas preocupaciones, junto con las consideraciones internas que analizamos antes, explican las acciones de Peel en el decenio de 1840. Recordemos que Peel no era un ideólogo del libre comercio; no era un Cobden. Él era, por utilizar la adecuada imagen de Schuyler

---

Pero ese tratado, dice, "brindó la primera sugerencia del monopolio oculto del que iba a gozar Gran Bretaña al convertirse en la primera nación industrial del mundo. La liberalización del comercio tendía a favorecer a los productores más eficientes". (Respecto al tratado de Eden, véase Wallerstein, 1989: 87-93 [ed. en esp.: 120-129]).

[132] Bairoch (1973: 561-562) enumera los años 1860-1880/1890 como los de "la experiencia europea de libre comercio" durante la cual hubo "un incremento más rápido del comercio intraeuropeo". En un artículo posterior (1989: 36) señala los años 1860-1879. Polanyi (1957: 19) especifica los años 1846-1879 como "el episodio del libre comercio". Gran Bretaña había adoptado formalmente el principio del libre comercio en 1846.

[133] Kindleberger llegaba a la siguiente conclusión: "Ante esta demostración, la revocación de las Leyes de los Cereales fue motivada por el 'imperialismo del libre comercio', el deseo de lograr el monopolio del comercio de bienes manufacturados con todo el mundo. *Zollverein* en los años 1930 tan sólo indicaba la necesidad de la prisa."

[134] Véase Cain (1980: 19): "Los intentos realizados en la década de 1830 para inducir a los países europeos a hacer concesiones sobre la base de la reciprocidad se fundaban con frecuencia en la idea de que tendría que haber una división 'natural' del trabajo entre la Gran Bretaña industrial y la Europa agrícola. Estas negociaciones fracasaron en gran medida porque había países, como Francia, decididos a evitar la dependencia de Gran Bretaña para sus artículos manufacturados."

(1945:134), "un reformista en abonos, poco inclinado a llevar las teorías hasta su límite lógico".[135]

El tema más intenso del libre comercio en Gran Bretaña —o digamos el tema que reunía a la franja más amplia de opinión pública— era lo que podría llamarse el tema del "intervencionismo liberal". Para los británicos el libre comercio era una doctrina dirigida a impedir que otros gobiernos hiciesen cualquier cosa que pudiese lesionar a la empresa británica. En este sentido, se podría ver el movimiento antiesclavista (y contra el tráfico de esclavos) como el primer gran éxito del intervencionismo liberal. Ya comentamos en qué grado el movimiento abolicionista británico se basaba en consideraciones económicas (Wallerstein, 1989: 143-146 [ed. en esp.: 199-203).[136] Lo que queremos observar aquí es en qué medida el movimiento antiesclavista proporcionó un modelo de reformismo liberal, punto que destaca Blackburn (1988: 439-440):

[135] Es precisamente este compromiso centrista el que ha permitido que observadores posteriores hiciesen valoraciones tan opuestas de sus acciones. Por un lado, Jenks (1927: 126) dijo que la revocación de las Leyes de los Cereales (junto con la obsesión por los ferrocarriles) "acarreó una revolución tan completa [como los cambios en la producción de generaciones previas] de las condiciones del comercio exterior de Gran Bretaña". Más o menos por la misma época Walker-Smith (1933: 17, 27-28), que era un proteccionista conservador, aseveró: "La revisión que hizo Peel de la tarifa no fue en dirección del libre comercio sino del proteccionismo científico y gradual [...] El hogar proteccionista se puso en orden. A algunos, en ese momento, puede haberles dado la impresión de que la nueva tarifa y la escala ajustable realizada no eran más que el extremo más delgado de una ventaja del libre comercio. [Pero] Peel, tan enérgicamente como el partido que encabezaba, se mantuvo firme con el sistema proteccionista reforzado y modificado por ellos mismos."

[136] Drescher (1981: 18) es un enérgico vocero contra la idea de que el antiesclavismo fue "un medio para universalizar una única perspectiva clasemediera del mundo" o una distracción de las reformas internas, viéndolo más bien como "proporcionar una veta de humanidad contra la cual la explotación capitalista que se oponía ella pudiese ser medida devastadoramente en términos muy específicos". Blackburn, que se inclina a concederle un papel mucho más grande a los factores económicos, llega sin embargo a la conclusión (1988: 520) de que "la esclavitud no fue derogada por razones económicas excepto donde era políticamente insostenible", refiriéndose en esencia al grado en el que había resistencia esclava y al grado de movilización social de los partidarios de la abolición, pero a mí esto me parece una separación artificial de la escena política y la económica.

En épocas agudamente complicadas el antiesclavismo ayudó a los reformistas de clase media a destacar sus ideales socioeconómicos... [El antiesclavismo] proporcionaba un modelo de legislación dictada por una política general más que por intereses particulares. Justificaba la intervención del Estado en la regulación del contrato de las clases trabajadoras, y al mismo tiempo santificaba el contrato mismo. Los defensores de la emancipación la representaban proporcionando un estímulo económico por medio de la expansión del mercado. El trabajador libre era también un consumidor.[137]

La misma fe liberal en la legitimidad del reformismo guiado por el Estado se aplicaba al libre comercio. La transformación forzada de la India de ese exportador de textiles de algodón a exportador de algodón en bruto permitió que los fabricantes británicos de algodón adoptasen sin reservas el libre comercio una vez que el Estado británico hubo "asegurado a Lancashire contra todo riesgo de competencia india en los mercados de Europa" (Farnie, 1979: 100).[138] El 22 de enero de 1841 Palmerston le dijo a Auckland: "Es responsabilidad del gobierno abrir y garantizar los caminos para el comerciante" (citado en Platt, 1968b: 85).[139] Aplicando esta lógica incluso a los estados europeos, un miembro *whig*, durante un debate parlamentario de 1846, pudo describir el libre comercio como un principio benévolo gracias al cual "las naciones extranjeras se convertirán en valiosas colonias

[137] Blackburn (p. 430) señala también que "la afinidad entre la reforma y el abolicionismo no fue de ninguna manera un simple producto del cálculo parlamentario. Ambos movimientos cuestionaban lo que veían como tipos aberrantes de propiedad [...] El antiesclavismo contribuyó a movilizar a las clases medias y a los seguidores populares sin el riesgo de que derivasen en una revolución".

[138] El proceso de desindustrialización, no sólo de la India, sino también de otras áreas recientemente incorporadas a la economía-mundo, se analiza en Wallerstein (1989: 149-152 [ed. en esp.: 208-212).

[139] Platt comenta: "Todos los victorianos, políticos, comerciantes y funcionarios, estaban de acuerdo en que la apertura del mundo al comercio era un objetivo que cabía esperar que el gobierno se propusiese. Es muy probable que hayan diferido acerca de los medios, pero compartían la fe en los fines: el progreso material e incluso el moral, creían, podía esperarse automáticamente de la expansión del comercio. Richard Cobden, por ejemplo, ferozmente opuesto a las guerras anglo-chinas, vio con beneplácito su resultado: la apertura de China al comercio mundial. Sostenía que estaba moralmente mal abrir mercados a punta de bayoneta, pero el acceso a esos mercados era, en la práctica, en beneficio mutuo, y acarrearía al fin la expansión del comercio, que era la mejor garantía de la paz mundial. La mayoría de los funcionarios con sede en Londres compartían el punto de vista de Cobden."

para nosotros sin imponernos la responsabilidad de gobernarlas".[140] Este sentido de imponer la beneficencia podía conducir a una creencia "casi religiosa" (¿o estaría basado en ella?) de que la elaboración de algodón era más vital para la "regeneración social" de la civilización que las bellas artes tan caras para John Ruskin, como sostuvo un tal R. H. Hutton en 1870: "Si debemos escoger entre un Tiziano y un taller algodonero de Lancashire, entonces, en nombre de la humanidad y la moralidad, dennos el taller algodonero" (Farnie, 1979: 87-88).[141]

El libre comercio era imperialismo de libre comercio, en la frase que hicieron famosa Gallagher y Robinson (1953, 2-3: 11, 13), pero siempre hay que tener presente el matiz esencial que introdujeron: "La política británica seguía el principio del control informalmente, si era posible, y formalmente, si era necesario." Al parecer era necesario, incluso en los años del libre comercio de mediados de siglo (que precedieron el reconocido manoteo colonial del último tercio del siglo XIX), ocupar o anexarse una larga serie de colonias, hasta el punto de que, lejos de ser una era de "indiferencia", podría considerarse que este periodo fue la "etapa decisiva" de la expansión ultramarina británica, y que permitió una combinación total de penetración comercial

[140] *Parliamentary Debates*, 3a. serie, LXXXIII, 23 de febrero de 1846: 1399-1400, citado en Semmel (1970: 8). Desde luego, ciertas personas eran conscientes de la fragilidad de las ventajas del libre comercio o mejor dicho de su carácter temporal, y extraían de ello la conclusión de que no debía intentárselo en absoluto. Una de ellas era Disraeli. En 1838 argumentó en contra de la revocación de las Leyes de los Cereales, sosteniendo que era una "ilusión" suponer que los países europeos "permitirían que Inglaterra fuese el taller del mundo". Y desde luego, tenía razón en el largo plazo. En un discurso pronunciado en 1840 le recordó el parlamento que también los holandeses habían visto una vez a toda Europa como "su granja" (*Parliamentary Debates*, 3a. serie, XLI, 13 de marzo de 1838: 940; LIII, 1 de junio de 1840: 383-384; citado en Semmel, 1970: 155).

En 1846, en el gran debate parlamentario sobre la revocación de las Leyes de los Cereales, Disraeli propuso una vía media entre la protección prohibitiva y la competencia irrestricta. Citó a España y a Turquía como ejemplos de cada una de esas posturas, diciendo del imperio otomano: "Ha habido durante un largo tiempo una aplicación completa del sistema de competencia sin restricciones, no de hecho a partir de alguna convicción filosófica sobre esta política sino más bien debido a la altanera indiferencia con la cual una raza de conquistadores puede considerar el comercio. Ha habido libre comercio en Turquía, ¿y qué ha producido? Ha destruido algunas de las mejores manufacturas del mundo" (citado en Holland, 1913: 265). Desde luego, este argumento es algo engañoso, porque omite mencionar el papel que desempeñó en esa destrucción la Convención Comercial Anglo-Turca de 1838 (véase Wallerstein, 1989: 176-177 [ed. en esp.: 210-211]).

[141] Hutton escribió esto en un artículo titulado "Mr. Ruskin's philosophy of art" ["La filosofía del arte del señor Ruskin"], *Spectator*, 6 de agosto de 1870, p. 953.

y gobierno colonial gracias a la cual Gran Bretaña podía "reclutar a las economías que podrían hacerse encajar mejor en la suya propia".[142] Aunque la intervención se consideraba algo de no muy buen gusto, rápidamente se volvió legítima siempre que parecía haber peligro para las rutas hacia la India o "una amenaza alarmante" a la posición británica en una economía-mundo que se consideraba causada por actividades "injustas" de potencias comerciales rivales (Platt, 1968b: 32).

A pesar de la *entente cordiale*, y pese a la colaboración *de facto* de Gran Bretaña y Francia para imponer un orden mundial liberal, Francia se mostraba muy renuente a abandonar un proteccionismo explícito. Lo había hecho por un breve lapso en 1786, con resultados poco afortunados (Wallerstein, 1989: 87-93 [ed. en esp.: 135-136]). En el periodo posterior a 1815 Gran Bretaña siguió siendo proteccionista, tal como lo hizo Francia, aunque un poquito más intensamente.[143] Cuando Gran Bretaña avanzó hacia el proteccionismo del libre comercio los franceses se mantuvieron firmes por razones que les parecían sensatas, como lo pone en claro este discurso de 1845 pronunciado por un industrial francés ante sus pares:

Caballeros, no presten atención a las teorías que claman por la libertad del comercio. Esta teoría fue proclamada por Inglaterra como la verdadera ley

[142] La lista de nuevas colonias adquiridas durante esos años incluye Nueva Zelanda, la Costa de Oro, Labuan, Natal, Punjab, Sind, Hong Kong, Berar, Oudh, Birmania del sur, Kowlun, Lagos, las inmediaciones de Sierra Leona, Basutolandia, Griqualandia, Transvaal, y mayor expansión en Queensland y en la Columbia británica. Semmel (1870: 203) coincide en que "la presunta política de 'antiimperialismo' de mediados de la era victoriana es un mito". Platt (1973: 90) señala en forma muy pertinente: "A lo largo del periodo [...] de 1830 a 1860, los incentivos y oportunidades para una rápida expansión económica [británica] en esas regiones del 'imperio informal' en el cual el comercio fuese remotamente significativo, en América Latina, el Levante y el Lejano Oriente, simplemente no existían."

[143] Gran Bretaña abandonaría el proteccionismo industrial apenas en el decenio de 1820, manteniéndolo en la agricultura hasta 1846 y en la navegación hasta 1849. Francia estaba menos dispuesta a relajar las restricciones. La monarquía restaurada, que tenía tras de sí el bloqueo continental de Napoleón, se vio en la necesidad de tomar una decisión conscientemente económica: "La opción de 1814 era muy clara: la política francesa vincularía la máxima libertad económica interna con el máximo proteccionismo en el mercado internacional" (Démier, 1992: 97). Crouzet (1972b: 103) comenta: "Sin embargo, es más razonable reconocer que el proteccionismo era absolutamente necesario [en el periodo posterior a 1815] para la mayor parte de la industria continental. El error francés fue llevarlo hasta sus últimas consecuencias, hasta la prohibición total de la mayoría de los bienes manufacturados extranjeros."

del mundo comercial sólo cuando, tras la larga práctica de las prohibiciones más absolutas, había llevado a su industria a un nivel tan alto de desarrollo que no había ningún mercado dentro del cual pudiese competir con ella otra industria en gran escala.[144]

En efecto, a principios del decenio de 1840 Francia procuraba, aunque sin éxito, crear una unión aduanera con estados vecinos a fin de fortalecer su posición industrial *vis à vis* Gran Bretaña.[145]

Por eso puede parecer sorprendente que el gran éxito de la diplomacia británica del libre comercio en Europa a mediados del siglo fuese la firma del denominado tratado Chevalier-Cobden, el tratado de comercio anglo-francés de 1860, que "representaba el acuerdo de liberalización comercial más significativo del siglo XIX" (O'Brien y Pigman, 1992: 98). ¿Qué había ocurrido?

El tratado afectaba a todas las industrias más importantes. Francia puso fin a sus prohibiciones y limitó los derechos *ad valorem*, que debían ser sustituidos en el término de seis meses por derechos específicos. Gran Bretaña accedió a permitir el libre ingreso de casi todos los productos franceses, con la notable excepción del vino. El carbón podía exportarse libre de derechos desde ambos países. Pero como Gran Bretaña era exportador y Francia importador, se trataba en realidad de una concesión británica, que despertó mucha oposición en Gran Bretaña. Además, el tratado contenía una cláusula de nación más favorecida que significaba que, en la medida en que Francia pactase acuerdos recíprocos de reducción de tarifas con otros países europeos, Gran Bretaña se beneficiaría automáticamente. Cada nuevo tratado contenía a su vez la misma cláusula, con lo cual se acumuló rápidamente una reducción tal de tarifas que "por un decenio, aproximadamente [...] Europa estuvo más cerca de completar el libre comercio que en cualquier momento hasta pasada la segunda guerra mundial" (Cameron, 1989: 277).[146]

[144] Léon Talabot, *Conseil général des manufactures: Session de 1845* (1846: 4) citado en Lévy-Leboyer (1964: 15).

[145] Una unión de este tipo estuvo a punto de alcanzarse con Bélgica en 1842, y ya se hablaba de hacerla extensiva a los Países Bajos, Suiza y Piamonte, cuando "la oposición combinada de los intereses franceses y de las cancillerías de las demás grandes potencias, que temían un resurgimiento de la influencia francesa, lograron aplastarla" (Cameron, 1961: 37).

[146] De esta forma, "el tratado de 1860 sirvió como primer eslabón de una cadena cada vez más larga de acuerdos comerciales" (Dunham, 1930: 142). Es importante to-

La diplomacia británica de libre comercio siempre se había centrado en Francia. Ésta era, desde luego, un destacado socio comercial, pero, cosa aún más importante, Francia era el país con el cual Gran Bretaña tenía el mayor y más persistente déficit de su balanza comercial (Bairoch, 1976a: 46).[147] Desde 1815 habían fracasado todos los intentos previos de Gran Bretaña por negociar un tratado con Francia. En realidad las negociaciones habían sido bastante tibias por ambos lados, puesto que los términos discutidos siempre habían involucrado una estricta reciprocidad y, sin duda, sobre todo porque el gobierno francés había "carecido del poder de controlar a las cámaras proteccionistas" (Dunham, 1930: 101).[148] Lo que había cambiado había sido el deseo de Napoleón III de consolidar un Estado liberal. Así como justo después de la represión a los revolucionarios procedería, una década más tarde, al reconocimiento de los sindicatos, tras una década de fortalecimiento de la economía francesa encabezado por el Estado procedería al tratado de 1860. Y pudo hacerlo efectivo precisamente porque lo hizo en secreto, en virtud de sus poderes autoritarios. Un día, en una carta a su ministro de Estado, Achille Fould, Napoleón III simplemente le anunció el tratado. Esto fue calificado de inmediato de "nuevo golpe de Estado de Napoleón III" (Bairoch, 1970: 6).[149]

---

mar en cuenta que el tratado representaba "concesiones sustanciales de ambas partes" (Condliffe, 1951: 222). Una consecuencia importante de este interludio de libre comercio, que suele pasarse por alto, fue su efecto sobre la geografía del comercio mundial. Mientras que en 1790 el comercio intraeuropeo representaba el 76% del comercio internacional de Europa, el periodo 1800-1860 fue de creciente diversificación geográfica, que se revirtió después, en el periodo 1860-1880/1890, para reanudarse una vez más entonces. Sin embargo no debe exagerarse este movimiento. El comercio intraeuropeo como porcentaje del total nunca fue menos de dos terceras partes a lo largo de todo el siglo. Véase Bairoch (1974b: 561-563).

[147] Gran Bretaña se encontraba en relación con Francia en la misma situación en la que estaría después Estados Unidos en relación con Japón a partir del decenio de 1960 y con China en los años noventa y los comienzos del siglo XXI.

[148] Dunham continúa: "Pero incluso si se hubiese firmado un tratado en 1840 o en 1852, hubiese logrado poco, porque en ninguno de los dos casos había una concepción de algo más grande que una negociación restrictiva en torno a un puñado de mercancías." Además, en ningún intento previo se había mencionado siquiera una cláusula de nación más favorecida.

[149] Fohlen (1956: 418) sostiene que, a la larga, Napoleón III pagó un gran precio político por su acción: "La única reforma tarifaria seria requería una ruta autoritaria para lanzarse en contra de la voluntad de la burguesía, y así Napoleón III perdió su trono. Se consideraba que el Tratado de Comercio Anglo-Francés del 23 de enero de 1860 era un 'golpe de Estado industrial', por lo contrario que era a la tradición económica y la ideología burguesa, aunque estaba lejos de acarrear un

Lo que contaba en la negociación de este tratado realizada por Napoleón III no era el cambio económico que acarreó sino el significado cultural. La firma del tratado representaba el compromiso pleno de Francia con el concepto del Estado liberal. En términos económicos, era "la culminación, no el inicio, de la apertura de la economía francesa" (Mokyr y Nye, 1990: 173). Se trató como mucho del paso de un sistema abiertamente proteccionista a un "régimen moderadamente proteccionista" (Rist, 1956: 943; cf. Coussy, 1961: 3).[150] ¿Cuáles fueron sus consecuencias económicas? Dunham (1930: 1-2) sostiene que revirtió "a las moribundas industrias francesas [...] con la saludable presión de la competencia extranjera".[151] Pero Bairoch (1972: 221) no está convencido de que hubiese beneficios económicos para Francia. Más bien dice que "la liberalización del comercio aminoró sustancialmente el crecimiento económico [francés]".[152]

En general se suponía que el libre comercio le prestaba un buen servicio a Gran Bretaña, y tanto sus defensores como sus enemigos han tendido a coincidir en que, según el punto de vista británico, fue "un

verdadero libre comercio [...] Napoleón III había traicionado a la burguesía, que recordaría esto en 1870."

[150] Broder (1976: 335) señala esto más enfáticamente: "No debimos hacernos ilusiones acerca [del tratado de 1860]. El debate sobre el tratado es básicamente un debate falso. A lo largo de todo el siglo [XIX] Francia fue decididamente proteccionista. Se podría categorizar el proteccionismo como sucesivamente general (1820-1852), moderado (1852-1881) y selectivo (1882-)."

[151] Véase también Rist (1956), quien coincide en que las consecuencias para Francia fueron, en términos generales, favorables. Por lo que toca a Gran Bretaña, Dunham sostiene: "es dudoso que influyese apreciablemente sobre el desarrollo general de las industrias británicas". De modo que parece, de acuerdo con este admirador del libre comercio británico, que el tratado fue virtualmente un noble don de los británicos (que a duras penas se beneficiaban de él) a los franceses (a los que hubo que engatusar por su propio bien). Si es así, uno se pregunta por qué los británicos estaban tan interesados en él. Iliasu (1971) sostiene que las motivaciones del tratado eran más políticas que económicas. Después de todo, dice, firmar un tratado era "una violación del principio" (p. 72) decidido después de 1846 a no celebrar ningún tratado comercial. Atribuye el tratado a la "disputa diplomática no resuelta" (p. 87) entre ambos países en relación con Italia. Napoleón se anexó Niza en 1861, y el tratado se veía "bien o mal [...] como un soborno para obtener el asentimiento de Gran Bretaña a la anexión" (p. 96).

[152] No sólo era así, dice Bairoch (1970: 7), sino que "la reintroducción del proteccionismo [la tarifa Méline de 1892] llevó a una aceleración del ritmo de crecimiento". Este periodo de comercio más libre, además, duró mayor tiempo en Francia que en otros países continentales. En una obra posterior (1976a: 238) Bairoch llega a la conclusión de que "el flujo de productos agrícolas [...] fue el factor explicativo más importante del fracaso de la experiencia liberal francesa".

éxito desde el mismo principio [1846]" (Imlah, 1950: 156). Pero se han dejado oír voces escépticas acerca de lo bien que funcionó incluso para Gran Bretaña: escepticismo acerca de las ventajas económicas,[153] y escepticismo tanto respecto al grado de verdadero apoyo que tuvo dentro de Gran Bretaña como acerca de cuánta influencia tenían los "defensores del libre comercio".[154] De esta forma, dice Redford (1956: 11), los grandes acontecimientos de 1860 —el tratado anglo-francés y el presupuesto del señor Gladstone— puede haber tenido, y probablemente tuvo, "menos efecto práctico" de lo que se pensaba antes, pero "servían de remate espléndido para el edificio del libre comercio".

Sin embargo, disputar el grado de ventaja económica para una u otra de las partes del tratado de comercio anglo-francés puede hacernos perder de vista el esfuerzo por construir un orden internacional que santificase al liberalismo como la ideología de Europa. Hablamos del periodo 1815-1914 como la *pax britannica*. En realidad es una manera engañosa de describirlo. Fue de hecho un periodo de constantes guerras coloniales, "algunas no tan 'pequeñitas' como [algunos] están dispuestos a llamarlas" (Gough, 1990: 179-181).[155] Porque la creación del Estado liberal-nacional fue también, y necesariamente, la creación del Estado liberal imperial.

[153] Bairoch (1978a: 75) señala que durante el periodo 1860-1910 la expansión de las exportaciones de Gran Bretaña fue más lenta que la del resto de Europa; de hecho, les fue mejor a los países proteccionistas. Pero en términos de crecimiento económico global "el periodo liberal era mucho menos favorable para los países más desarrollados [como Gran Bretaña] que para el resto de Europa (p. 163). Las conclusiones de McCloskey (1980: 318) son más duras: "El libre comercio provocó que se deteriorasen los términos comerciales británicos, reduciendo el ingreso nacional."

[154] Véase Farnie (1979: 39-41) respecto al grado en el que la influencia de quienes promulgaron el libre comercio ha sido "exagerada por sus herederos intelectuales". En su opinión no pasó de ser "una escuela de pensamiento" con menos impacto en el Partido Liberal que los "grandes" entre los *whigs* o la conciencia no conformista. Considera que el apoyo de los comerciantes de Manchester se dio "más por motivos de eficiencia que de principio". Señala toda la agitación intelectual antiliberal que se dio después de la revocación: la escuela de la joven Inglaterra en 1848, el socialismo cristiano en 1850, el prerrafaelismo en 1851 y las muy leídas "diatribas amargas" de Carlyle. "Manchester se convirtió en un motivo de agravio para los poetas, letrados y estetas." Puede haber tenido algunos beneficios a largo plazo pero, en el corto, la revocación de las Leyes de los Cereales "dio paso a un periodo de amargos debates ininterrumpidos desde 1846 hasta 1853 y que terminaron sólo con la emasculación del evangelio original del libre comercio".

[155] Y añade: "Casi en todas las circunstancias el derecho, ese sustento del imperio de la *pax*, era ineficaz en sí mismo. Tenía que ser respaldado por la fuerza. Y eso se aplicaba tanto al mayor dominio continental —Canadá— como a la colonia isleña o protectorado más diminuto: Pitcairn."

Sin duda las condiciones del mundo entre 1815 y el decenio de 1870 favorecieron "una política más relajada" de Gran Bretaña hacia la periferia. Ésos fueron "días idílicos" para el comercio británico. Y el mito de la "Pequeña Inglaterra" era una buena manera de negar la imposición del "imperio informal" (Galbraith, 1961: 39-40).[156] Además, Burn (1949: 222-223) sostiene que, como parte de lo que llama el "equilibrio liberal" de Gran Bretaña, resultaba fundamental dirigir hacia fuera las iras del populacho: "El instinto de violencia también se estaba desviando hacia el extranjero [...] Los ingleses no eran para nada un pueblo pacífico, pero se satisfacían pensando en lo que debía hacerse o en lo que debían hacerles a los cipayos rebeldes, los negros amotinados, los rusos o los franceses o, en 1861, los estadunidenses." Esta distracción no era mero asunto de psicología social sino de movilidad social. Las oportunidades de trabajo en las colonias le quitaban un poco de "punta al aguijón" del radicalismo de principios del siglo XIX.[157]

En teoría, los ideólogos liberales se oponían al colonialismo sobre la base de que constituía una violación de la libertad humana.[158] Pero

[156]Condliffe (1951: 254) no está dispuesto siquiera a aceptar el adjetivo "relajado" en relación con las colonias existentes: "A pesar de las opiniones de los que veían una Inglaterra pequeña después de la pérdida de las colonias americanas la administración no se relajó sino que más bien se volvió más estricta en las colonias que le quedaban a Gran Bretaña [...] Los fabricantes podían protestar contra los costos de la guerra y los preparativos para la guerra, pero la mayoría de los ingleses mantenían empecinadamente su fe en el poder naval y su orgullo del imperio. Además, había intereses muy grandes en juego. Los intereses navales luchaban contra cualquier relajación de las Leyes de Navegación. El ejército y la marina tenían un interés profesional en mantener esos servicios y un interés personal en el patronazgo colonial."

[157]Neale (1972: 97) dice que esto se aplica "por lo menos a algunos de los aspirantes a profesionistas y miembros pequeñoburgueses del cuasi grupo del cual podría haber surgido una clase media más fuerte". Y añade, hablando de la situación en Australia entre 1788 y 1856 (p. 108) que "el perfil social de los gobernantes y los consejeros ejecutivos [...] sugiere que eran sobre todo miembros por lo menos de segunda generación de un conjunto de personas de nivel mediano que vivió ya fuese en el sureste de Inglaterra o en las tierras bajas de Escocia, y que eran miembros de las Iglesias anglicana y presbiteriana".

[158]Para una versión clásica de la visión oficial véase esta carta de Cobden a John Bright en 1847: "Pero no debe ocultarse que el mal tiene sus raíces en el carácter empecinado, enérgico, autosuficiente, despectivo de todo lo extranjero y lamentable de ese noble personaje insular John Bull [personaje que representa a Gran Bretaña, tal como el Tío Sam encarna a Estados Unidos]. Véase la descripción que hace de él Washington Irving, echando siempre mano del garrote en el momento en que oye que se produce una discusión en cualquier lugar de la tierra, y erizándose furioso ante la sola idea de

esto era muy teórico. En la práctica, economistas y analistas británicos liberales (y socialistas) tenían un concepto en evolución, cada vez más favorable, del dominio británico sobre los "bárbaros" (término que no incluía a los colonos blancos), aunque hubo unos cuantos momentos (1780-1800, 1860-1880) en los que se mostraron bastante escépticos.[159] Hasta un defensor tan enérgico de la autodeterminación de las naciones como John Stuart Mill introdujo un criterio de "aptitud".[160] La India era, desde luego, la pieza central del proyecto imperial británico. Al principio no se trataba meramente, quizá ni siquiera primordialmente, de una cuestión de imperialismo del libre comercio sino de ingresos, como destaca Bayly (1989: 10).[161] Y cuando el grupo pro

---

que cualquier otro pueblo se atreva a tener una disputa sin pedirle primero su consentimiento o invitarlo a tomar partido en ella" (citado en Condliffe, 1951: 255).

[159] Véase Wagner (1932: 74), quien traza la historia desde Adam Smith hasta G. D. H. Cole. Como dice, "objetaban a la política colonial, no a las colonias ni a la colonización". De cualquier manera, continúa, "si en ocasiones los economistas eran pesimistas [acerca de la virtud del imperio], solían recuperar su confianza e incluso contribuyeron a restaurar el crédito del imperialismo cuando llegó a un punto peligrosamente bajo".

[160] Véase Mill, que escribe en medio de las revoluciones de 1848 (1849:31): "La nacionalidad es deseable como medio de alcanzar la libertad; y ésta es razón suficiente para simpatizar con las actitudes de los italianos en cuanto a reconstruir Italia, así como con la gente de Posen por convertirse en una Polonia. De hecho, mientras un pueblo no sea apto para su autogobierno, suele ser preferible para él mismo estar bajo el despotismo de extranjeros que el de los nativos, cuando esos extranjeros están más avanzados en civilización y en cultura que ellos mismos.

Pero cuando ha sonado la hora de su libertad, por usar la metáfora de M. de Lamartine, sin que se hayan mezclado y fusionado en la nacionalidad de sus conquistadores, la reconquista de la suya propia suele ser una condición indispensable, ya sea para lograr instituciones libres o la posibilidad de lograrlas, si tal cosa es posible, a partir del esfuerzo en el espíritu de libertad."

[161] "En el caso de [...] la India, el impulso financiero y militar del ejército de la Compañía de las Indias Orientales no fue para nada el resorte de la expansión de quienes se inclinaban por el libre comercio. Los ingresos territoriales de la India, no su comercio, siguieron siendo el principal premio económico para Gran Bretaña en el Oriente. Incluso después de 1834 la compañía conservó muchas de sus características de despotismo mercantil. El gobierno anglo-holandés en Java y el despotismo mercantilista británico en Ceilán conservaron características similares hasta mediados del siglo. La venta de manufacturas británicas a la India y a otros lugares del Oriente fue muy lenta hasta el decenio de 1840. En realidad, la expansión del comercio mundial británico entre 1790 y 1830 puede ser considerablemente exagerada."

E incluso después, cuando el comercio ocupó un primer plano, los ingresos del sector público no fueron despreciados. Véase Jenks (1927: 23-24): "Las cargas que pareció conveniente aplicarle a la India resultan escandalosas. Los costos del motín [de los cipayos, en 1857], el precio de la transferencia de los derechos de la compañía a la corona, los gastos de guerras simultáneas en China y en Abisinia, todos los gastos gubernamen-

libre comercio logró eliminar totalmente del panorama a la Compañía de las Indias Orientales, lo hizo de manera que contribuyera a "la fuerza y la persistencia de la conexión imperial británica con la India" (Moore, 1964: 145).

El liberalismo francés no se orientaba menos hacia el Estado imperial. Después de todo, para Saint-Simon, así como para tantos otros creyentes en "la certeza del progreso humano", el "Oriente" se consideraba aún en la "infancia" de ese progreso (Cole, 1953, 1: 41).[162] Louis de Bougainville había recorrido ya el Pacífico, partiendo de St.-Malo el 15 de diciembre de 1766 en un viaje que lo había llevado a Tuamolu, Tahití, Samoa, las Nuevas Hébridas, las islas Salomón y las Molucas. Sin embargo, sólo a partir de 1796 los misioneros y los comerciantes empezaron a mostrar cierto interés por el Pacífico. Empezando con la incursión de Carlos X en Argelia, y continuando durante el gobierno de Luis Felipe, Francia "agrandaba constantemente su dominio ultramarino" (Schefer, 1928: 430).[163]

La monarquía de julio mostró una preocupación económica por mantener el orden sobre los navíos balleneros del Pacífico. Fue en ese momento que la *entente cordiale* estuvo a punto de desintegrarse en una guerra debido a la aguda rivalidad entre británicos y franceses en el denominado *affaire* Pritchard, en 1843. En 1838 los franceses habían realizado un tratado con Haití. En 1840 los británicos habían derrotado a los franceses al anexarse Nueva Zelanda (Jore, 1959, 1: 186, 213). Francia "se vengó" en 1843 al apoderarse de las Marquesas y establecer un protectorado sobre Tahití, así como mandar misioneros a Nueva Caledonia. Fue justo entonces cuando Gran Bretaña, mediante el Tratado de Nanking, "abrió" China (Faivre, 1954, 9: 338; Jore, 1959, 1: 200-207, 213, 224; 2: 81-106, 165-171, 181-353).

El clímax de la rivalidad se produjo en Tahití. Aunque los británicos "accedieron" en relación con las Marquesas, Haití los tenía menos contentos. En 1842 los franceses arrestaron al cónsul británico

---

tales en Londres que estuviesen remotamente relacionados con la India, hasta lo que cobraba la mujer de la limpieza en la Oficina de la India y los gastos de los barcos que navegaban pero no participaban en las hostilidades y el costo de los regimientos destinados a la India durante seis meses de entrenamiento en Inglaterra antes de partir... todo iba a dar a la cuenta de los campesinos indios, que carecían de representación."

[162] Sobre el papel activo de los saint-simonianos en la empresa colonial en Argelia, tanto durante la monarquía de julio como en el segundo imperio, véase Emerit (1941).

[163] Además de expandir su zona en Argelia, hubo conquistas en la costa de Guinea, en el océano Índico y en las islas del Pacífico.

en Tahití, un tal Pritchard. En 1843 lord Paulet procuró imponer un protectorado británico sobre Hawai, que los franceses también anhelaban. Se despertaron pasiones por ambos lados. Pero luego los dos retrocedieron. Guizot y Aberdeen se pusieron de acuerdo para calmar las aguas. Los franceses votaron por concederle una indemnización a Pritchard. Tanto éste como el cónsul francés en Tahití, Moerenhout, fueron sustituidos. No iba a haber protectorado francés sobre las islas Wallis ni sobre Nueva Caledonia; tampoco habría un protectorado británico sobre Gambia (en África occidental). Ambos poderes coincidieron en reconocer a Hawai como un Estado independiente (Faivre, 1954: 496-497; Jore, 1959, 2: 385-387).

Hubo una cantidad de razones para esta retirada mutua del borde del precipicio. En Irlanda se produjo un brote de agitación. Y Estados Unidos estaba entrando en el panorama. Gran Bretaña y Estados Unidos mantenían una activa disputa respecto al borde pacífico de Canadá. La convención del Partido Demócrata de Estados Unidos había proclamado el lema de "54° 40' o Lucha". El secretario estadunidense de Estado había hecho extensiva la doctrina Monroe a Hawai. Tanto los británicos como los franceses tenían la sensación de que las posibles ganancias derivadas de continuar su colonización no superaban el daño que padecería su alianza, tan esencial para sus objetivos mutuos. Ambos países decidieron no permitir que volviese a producirse un incidente de ese tipo, así como mantener el *statu quo* en el Pacífico. De modo que los dos decidieron *"veiller au grain"* o "vigilar la proximidad de una tormenta" (Jore, 1959, 2: 388).[164]

La importancia de esta reafirmación de la *entente cordiale* para el orden mundial quedó en claro en los años 1850, con la guerra de Crimea. Básicamente el conflicto tenía que ver con el ya viejo intento de Rusia de expandir su territorio, su poder y su influencia hacia el sur, a la zona controlada por el imperio otomano. Como los británicos (y los franceses) estaban igualmente deseosos de controlar los flujos económicos de esa zona, y de hecho los británicos estaban bastante adelantados en el proceso de hacer al imperio otomano muy dependiente de ellos, ambos poderes decidieron dejar en claro por la vía militar que los rusos debían concederles la prioridad a los británicos.

[164] En opinión de Faivre (1954: 497) los británicos se quedaron con la mejor parte del acuerdo, porque pasaron a tener, dice, "una posición más fuerte [en el Pacífico] que la que habían tenido los españoles". Por supuesto, al hacer esta aseveración echa en un mismo saco a Gran Bretaña y a Estados Unidos como "anglosajones".

De esta forma la guerra fue, en palabras de Polanyi (1957: 5), "un acontecimiento más o menos colonial".[165] Como los británicos eran efectivamente la potencia hegemónica y controlaban el poder de los franceses (y de los otomanos, desde luego), "la guerra de Palmerston" no podía ser más que un éxito militar. Rusia se vio forzada a una "paz humillante". ¿Pero será posible calificarla realmente de "ese raro ejemplo de una guerra que logró lo que se había propuesto conseguir? (Vincent, 1981: 37-38)?[166]

En retrospectiva, la guerra de Crimea se ha presentado como una excepción "menor" a la *pax britannica*, que involucró "teatros de operaciones bien localizados y [...] objetivos limitados" (Imlah, 1958: 1). Hugh Seton-Watson (1937: 359) la califica de "la guerra más innecesaria de la historia de la Europa moderna".[167] Efectivamente fortaleció la posición británica en el imperio otomano.[168] Pero tuvo inesperados efectos colaterales negativos para los británicos. El gobierno británico

[165] *Mutatis mutandis*, Rusia estaba desempeñando ante la opinión pública inglesa el mismo papel que tendría más tarde la URSS para la opinión pública estadunidense en el periodo 1945-1990. Véase Briggs (1959: 379-380): "La guerra de Crimea [...] no puede entenderse si se observan los motivos de los miembros del gobierno británico. En toda Gran Bretaña había una poderosa corriente de rusofobia popular. [Varios autores ingleses habían] familiarizado a secciones importantes del público lector con la opinión de que sólo los pueblos esclavizados ansiosos de su propia liberación podrían empujar a los déspotas rusos semibárbaros hacia las estepas de Asia [...] En el mundo posterior a 1848 los críticos de Rusia agitaron, no a secciones limitadas del público lector sino a grandes multitudes de personas. Los ex cartistas [...] se dispusieron a una lucha contra el enemigo universal de la causa popular. David Urquhart [...] creó 'comités de relaciones exteriores de trabajadores' para estudiar los 'crímenes' rusos así como para condenarlos [...] Cuando se firmó lo que [el muy radical representante y compañero G. J. Holyoake] consideraba que fue una paz prematura, se negó a iluminar su oficina de Fleet Street, y prefirió exhibir un gran cartel con los versos de Elizabeth Barrett Browning sobre la perdurable aflicción de Polonia, Italia y Hungría."

[166] Sostiene: "Sus logros fueron perdurables. Cuando después Rusia atacó a Turquía tuvo que hacerlo de la manera difícil, por tierra, y no por medio de la supremacía naval en el Mar Negro. Turquía nunca más estuvo en peligro de convertirse en un satélite ruso."

[167] "Las principales ganancias de la guerra le tocaron a Napoleón III, cuyo régimen se estabilizó, y al imperio otomano."

[168] Véase Baster (1934: 82, 86): "El resultado de la guerra despertó mucho interés de los ingleses por las perspectivas comerciales y financieras de una Turquía regenerada, e hizo subir las ofertas británicas por la concesión bancaria [...] La utilidad de instituciones tales como el Banco Imperial Otomano como arma para la penetración económica de un país retrasado le proporcionó a la diplomacia del siglo XIX una impactante lección objetiva. Desde luego, las grandes naciones exportadoras de capital de Europa occidental no tardaron en sacar beneficio de ello."

tuvo que retirar algunos soldados de las colonias para usarlos en la lucha. Incluso procuró reclutar hombres en Estados Unidos, lo que tensó las relaciones diplomáticas.[169] Pero el uso de estas tropas para la guerra de Crimea resultó ser un tiro por la culata, porque demostró que era posible disminuir las "cargas del imperio", lo que les proporcionó a los conservadores argumentos adicionales para el "ascenso de un nuevo imperialismo" (Schuyler, 1945: 233).

No obstante, aún más importante fue que tuviese que llegarse a la guerra. La hegemonía depende en muchos sentidos del hecho de que la fuerza implícita nunca es cuestionada. Aunque Gran Bretaña ganó, lo hizo sólo después de "los muy publicitados desastres y derrotas del primer invierno en Crimea". La "paradoja" resultante fue que ahora Gran Bretaña tenía que gastar mucho más en su preparación militar y presenciar, sin embargo, "una declinación de la influencia británica en Europa" (Gash, 1979: 310-311). Como resultado de ello la derrota de Rusia fue, en realidad, sólo temporal. Rusia descubrió que "no tenía más que esperar pacientemente el momento en el que pudiese sacudirse las restricciones que le habían sido impuestas en el Mar Negro" (Seton-Watson, 1937: 359). Y en la Gran Bretaña misma la guerra de Crimea convenció a los fabricantes británicos, antes recalcitrantes, de la importancia de que el Estado fuese activamente imperial.[170]

[169] Como resultado, el gobierno de Estados Unidos en Washington despidió al ministro británico (Schuyler, 1945: 221). Esto se debió a que Estados Unidos había declarado oficialmente su neutralidad y no veía con muy buenos ojos la instalación en Halifax de un centro para voluntarios estadunidenses, que de hecho no era difícil reclutar, en vista de la depresión (Brebner, 1930: 303-305, 320). Poco después, durante la guerra civil de Estados Unidos, este país devolvió el favor reclutando canadienses para servir en las fuerzas de la Unión (pp. 326-327).

[170] Véase Farnie (1979: 44): "El gran debate inaugurado en 1846 fue concluido con la guerra de Crimea, que aceleró la transformación de la visión del mundo de la élite económica de Lancashire a la que había dado inicio el discurso de Don Pacífico de Palmerston. El primer conflicto internacional de la era del libre comercio generó prosperidad económica, más que depresión, que hizo añicos el sueño de perpetua paz acariciado desde 1851. La guerra infectó a todas las clases de Lancashire con el espíritu militar y estimuló la gravitación de Manchester hacia la Iglesia de Inglaterra. Promovió la opinión de sus habitantes en apoyo a Palmerston y abrió el camino para el rechazo decisivo por parte de los representantes de la escuela de Manchester en la elección general posterior a la guerra, en 1857, cuando la importancia de la acción estatal en la ampliación del mercado chino y del imperio informal de Gran Bretaña fue claramente reconocida por el electorado. A medida que la economía de mercado resultaba incapaz de lograr la independencia plena del Estado, la ética del libre comercio se convirtió en un fin en sí mismo, más que en el medio para un fin superior, y se transformó de

La década de 1860 tendría que haber marcado la instalación definitiva del orden mundial pacífico dominado por los británicos, en alianza crucial con Francia. Fue, en efecto, el momento de su apogeo, pero también marcó el inicio de su declinación. El mismo periodo en el cual las "tendencias dentro de Gran Bretaña hacia la disrupción del imperio alcanzaron su punto culminante" (Schuyler, 1921: 538) fue también el periodo de "la demostración final de la impotencia y el pacifismo británicos sobre Schleswig-Holstein", y por lo tanto del desmoronamiento de "la vieja confianza en el poder moral de la influencia británica" (Gash, 1979: 317-318).[171]

Lo mismo ocurrió en Francia. Además de Crimea (1854-1856) y de la conquista de Cochinchina en 1862, Napoleón III procuró consolidar la posición de Francia como potencia mundial con una aventura en América Latina, con la que buscaba limitar el poder de Estados Unidos. En 1852 Francia y Gran Bretaña le propusieron a Estados Unidos un protectorado de tres poderes sobre Cuba. El "altivo rechazo" de Estados Unidos incrementó las sospechas en torno a sus intenciones.[172] En 1859, en una situación en la que en México había dos gobiernos en competencia —el de Juárez en Veracruz y el de Zuloaga en la ciudad de México— el presidente Buchanan habló de las

---

un método soberano de regeneración social en un mero intercambio mecánico de mercancías."

[171] Para 1864 "Gran Bretaña, que fuera alguna vez la única defensora del *statu quo*, estaba aislada e impotente [...] era evidente que en el futuro tendría que hacer más o decir menos [...] El antiguo antagonismo entre autoridad y liberalismo se estaba resolviendo en una nueva y peligrosa síntesis del nacionalismo de 1848 y el militarismo de los estados dinásticos". Seton-Watson (1937: 449, 465) cita la afirmación de lord Russell, el ministro británico de Relaciones Exteriores: "Recuerdo a Canning decir 'Me dicen que debemos ir a la guerra más pronto o más tarde. Si eso es cierto, digo que más tarde'. Yo, con Canning, digo 'más tarde'". A los no intervencionistas de la escuela de Manchester se les unieron los conservadores, que preferían el involucramiento en las zonas coloniales al involucramiento en los asuntos continentales. La consecuencia le resultaba obvia a Moltke, que en 1865 dijo: "En el continente Inglaterra es tan impotente como presuntuosa." Internamente eso implicó el regreso del Partido Conservador al poder: "A partir del verano de 1870 el sentimiento antiimperialista se desvaneció rápidamente [...] Con gran habilidad Disraeli se apropió del imperialismo como una cuestión de partido, y es probable que nada de su programa político atrajese más intensamente al electorado británico que su compromiso de mantener la integridad del imperio. La victoria conservadora en la elección general de 1874 expulsó totalmente a los promotores de la Inglaterra pequeña del terreno de la política práctica" (Schuyler, 1921: 559-560).

[172] Schefer (1939: 7-11): "En síntesis, el miedo a Estados Unidos dominaba la política británica, española y francesa" en el Caribe.

ambiciones norteamericanas en Cuba y en México, y otorgó su apoyo a Juárez. Zuloaga, en busca de ayuda militar, se dirigió a los franceses. Luego, cuando Estados Unidos quedó paralizado por el estallido de la guerra civil, en 1861, los franceses y los monárquicos mexicanos unieron fuerzas para apoyar al archiduque Maximiliano de Austria como emperador de México. Francia había iniciado su "Crimea" americana.

Cuando Juárez suspendió los pagos de la deuda, los franceses, los británicos y los españoles unieron sus fuerzas exigiendo el nombramiento de comisionados de la deuda en Veracruz y en Tampico. Las tres potencias enviaron tropas en 1862, pero sólo Francia estaba dispuesta a apoyar a Maximiliano. Los otros dos poderes y Maximiliano mismo retrocedieron, dejando a Francia sola, "obligada a una guerra verdadera". Napoleón III envió toda una expedición, que fracasó, y el segundo imperio quedó "desacreditado", perdiendo mucho del "prestigio sobre el cual en gran parte se basaba" (Schefer, 1939: II, 241), desde luego, especialmente en Europa.[173]

Los esfuerzos británicos y franceses por crear un orden mundial liberal dominado por ellos fue por lo tanto un gran éxito pero fue también un gran fracaso. Por un lado, habían llevado al límite su poder económico y militar y no estarían en condiciones de detener el ascenso constante de Alemania y Estados Unidos, cuyo incremento conjunto en poder real, y cuya mutua rivalidad, comenzarían a conformar el orden mundial crecientemente conflictivo posterior a 1870. Ahora tanto Gran Bretaña como Francia se verían obligadas a cambiar su patrón de adquisición colonial, que dejaría de ser aquel en el cual eran los únicos que marcaban el ritmo para pasar a otro del cual todos (o muchísimos, por lo menos) estaban en libertad de "entrar en la rebatinga". Pero, por otro lado, Gran Bretaña y Francia habían logrado imponer en el sistema-mundo la geocultura del liberalismo, al que todos debían rendirle creciente homenaje, por lo menos hasta el estallido de la primera guerra mundial. Bismarck no podía reanudar el lenguaje de la Santa Alianza, ni tenía el menor interés en hacerlo. Antes bien, Bismarck y Disraeli captarían las lecciones positivas del segundo imperio y propondrían un conservadurismo ilustrado, que en realidad era una variante conservadora del liberalismo.

[173] Véase Girard (1977: 25): "El derrumbe del régimen, tras sus éxitos notables, serían las cuestiones extranjeras. Francia ya no tenía la fuerza suficiente para abrirle a la Europa continental un camino medio entre el antiguo régimen y la revolución. Más bien fue Bismarck quien impuso su solución durante varias décadas."

El punto de inflexión del orden mundial del siglo XIX se daría en los años 1866-1873, "una gigantesca bisagra sobre la cual gira la historia de la última parte del siglo XIX" (Clapham, 1944, 2: 271). Estados Unidos se había mantenido unido, y en 1866 resultaba claro que Alemania estaba a punto de lograr lo mismo. De esta forma, las dos potencias en ascenso estaban en posición de incrementar su papel geopolítico. Al mismo tiempo, Gran Bretaña estaba a punto de unirse con Francia para dar el gran salto al sufragio masculino universal. La reforma parlamentaria que tuvo lugar en Gran Bretaña en 1867 se ve, muy correctamente, como "el final de una época" (Burn, 1964: cap. 6). La Ley de Reforma británica de 1867, sumada a los paroxismos de 1870-1871 en Francia, representan en conjunto la culminación de un proceso iniciado en 1815 para tratar de domar a las clases peligrosas —en particular el proletariado urbano— incorporándolas políticamente en el sistema, pero de manera tal que no alterasen las estructuras económicas, políticas y culturales básicas de ambos países.

En los cincuenta años previos la extensión del sufragio había sido, en teoría, una propuesta de los liberales, a la que se resistían los conservadores. La evidencia clásica de ello es la aprobación de la Ley de Reforma de 1832. ¿No resulta extraño, entonces, que la mayor parte de los demás avances cruciales se produjesen bajo la égida, o al menos bajo el liderazgo, de políticos conservadores: la emancipación católica en 1829, que precedió a la Ley de Reforma de 1832; la revocación de las Leyes de los Cereales, en 1846 y, lo más importante, la Ley de Reforma de 1867, que concedía el sufragio prácticamente universal a los varones? Himmelfarb (1966: 117), en su análisis de 1867, dice que los liberales, creyendo que los individuos contaban políticamente, tuvieron tal cautela para poner los acuerdos políticos a merced de la masa de los individuos, que consideraban que el sufragio universal era al mismo tiempo "serio y peligroso". Los conservadores, afirma, con su "fe en las verdades eternas de la naturaleza humana y la sociedad", se preocupaban menos, y por ello la Ley de Reforma fue "una medida conservadora, iniciada y llevada a cabo por un gobierno conservador".[174] Sin duda es ésta una descripción correcta, hasta

[174] El mismo Himmelfarb llama al acto "uno de los acontecimientos decisivos, tal vez el acontecimiento decisivo de la historia inglesa moderna. Fue este acto el que transformó a Inglaterra en una democracia y convirtió a la democracia en una forma respetable de gobierno (Estados Unidos nunca fue del todo respetable), pero también, como no tardó en darse por sentado, en la única forma de gobierno natural y adecuada". Esto es

cierto punto, del proceso de razonamiento de miembros de estos dos grupos políticos, pero no estoy seguro de que fuese realmente lo que sucedió.

A mí me parece que los liberales nunca tuvieron el valor de sus convicciones, por la simple razón de que compartían todos los temores de los conservadores frente a las clases peligrosas, y tenían poca de la confianza política y social de los aristócratas conservadores. Los liberales siempre temían ser acusados de imprudencia. Los conservadores, por el otro lado, no tenían prisa por efectuar la reforma, pero cuando vieron que la misma era esencial, estuvieron perfectamente dispuestos a actuar más decisivamente, libres del temor de ser atacados por tener creencias radicales.[175] Además, con un poco de astucia podían convertir

---

muy correcto, con excepción de la palabra *democracia.* El sufragio universal no es la democracia. Si lo fuese, ningún conservador que se respetase ni, ya que estamos, ningún liberal respetable, lo hubiese apoyado jamás. El sufragio universal es la concesión de la plena ciudadanía a todos los adultos (o por lo menos a todos los adultos varones), lo que está muy lejos de que tengan igual peso en la toma de decisiones políticas. Sin embargo, lo que ocurrió fue que la definición de *democracia* como "sufragio universal masculino" se volvió un lugar común en el discurso político después de la Ley de Reforma de 1867. En relación con los liberales y su advertencia, véase Schapiro (1939: 131) sobre su momento de gloria en 1832: "Pese a su defensa del sufragio universal, los utilitaristas aceptaron con ecuanimidad las estrechas restricciones al sufragio de la Ley de Reforma de 1832. En realidad el sufragio masculino era para ellos más una conclusión lógica de su premisa del principio de la 'felicidad de los más' que una cuestión vital de la política práctica. La lógica llevó a Bentham a promover el sufragio masculino pero el espíritu de compromiso, que se cernía constantemente sobre los utilitaristas, lo inspiró a declarar que 'se comprometería alegremente con el sufragio del jefe de familia'."

[175] No es que los conservadores avanzasen sin ser acicateados. Hinton (1983: 12-13) nos recuerda que la decisión de 1867 se tomó en un momento que había sido precedido por una mala cosecha, un invierno duro y una epidemia de cólera... todo lo cual "profundizó el descontento". La izquierda se había apropiado de la iniciativa dentro de la Liga por la Reforma y logró organizar en Hyde Park una manifestación de 150 000 personas que agitaban banderas rojas. La aceptación por parte de Disraeli de una enmienda radical que cuadruplicaba el número de los que recibirían el derecho al voto se produjo dos semanas después. No se trataba todavía del sufragio universal. No sólo no se incluía a los pobres urbanos (los que no estaban "registrados" y eran "residentes" sino, cosa más importante, tampoco a todos los trabajadores *rurales*, garantizando que se mantuviese el control conservador sobre esas cláusulas. Disraeli buscaba primordialmente evitar la amenaza de "definiciones de política más conscientes de la clase".

Incluso con estas reservas fue un paso audaz, y los seguidores de Disraeli sintieron un momento de temor. Briggs (1959: 513-514) nos recuerda que lord Derby reconoció francamente que había hecho "un gran experimento" y que había "saltado en la oscuridad". Y que Gathorne Hardy, uno de los que ayudaron a Disraeli a conseguir que se aprobase la ley, había dicho: "Qué desconocido el mundo al que estamos por entrar. Si la nobleza rural cumple su parte se los adoptará como líderes. Si nos dejan en manos

la extensión del sufragio en votos para ellos, más que para los liberales.[126] Por ello tal vez no parezca del todo una coincidencia que

---

de los demagogos, ¡que Dios nos ayude!". Pero como también señala Briggs, sabemos que lo que realmente ocurrió a partir de 1867 justificó en retrospectiva el riesgo corrido por los *tories*: "No hubo un cambio repentino de política [...] la 'era del mejoramiento' no llegó a un fin súbito [...] las clases trabajadoras no ascendieron repentinamente a la cima [...] la aristocracia rural siguió teniendo influencia [...] las clases medias siguieron prosperando."

Desde luego, en esa época había conservadores que pensaban que [la audacia de Disraeli en 1867] (Goldman, 1986: 95) era una verdadera locura. En 1869 un artículo anónimo (escrito probablemente por lord Cranborne, tercer marqués de Salisbury [véase Southgate, 1977: 160]) se quejaba de que desde el decenio de 1840 la política conservadora británica había "consistido en esfuerzos constantes por derrotar a los oponentes moderados gracias a una combinación con sus oponentes extremos. No puede quedar duda de la novedad de la idea". Nuestro autor aplicaba su ironía a un análisis de la Ley de Reforma de 1867: "Dos años atrás un tema directo de discusión era si la votación del jefe de familia era una medida conservadora o radical [...] Una vaga idea de que cuanto más pobres son los hombres más fácilmente se dejan influir por los ricos; una noción de que aquellos que tenían la vocación de regatear y combatir con la clase media debían, por esta sola razón, querer a los nobles rurales; una impresión —porque no podía ser más— de que la clase de mentes más burdas serían más sensibles a las emociones tradicionales; y una aplicación indistinta a la política inglesa del (entonces) presunto éxito de Napoleón al domesticar la revolución por medio del sufragio universal; todos estos argumentos [...] contribuyen a la clara certeza de la mayoría del Partido Conservador de que en una Ley de Reforma más radical que la de los *whigs* habían descubierto el secreto de un triunfo seguro y sonado" (Anónimo, 1869: 284-285).

[126] Se pueden encontrar evidencias de cómo funciona nuestro largo plazo en McKenzie y Silver (1968), que observan que en ese momento la mayoría de los analistas, desde Karl Marx hasta Walter Bagehot (con la notable excepción de Disraeli) pensaban que esta ampliación del sufragio sería el desastre del Partido Conservador. Sin embargo, durante los cien años siguientes el Partido Conservador gobernó Gran Bretaña las tres cuartas partes del tiempo, cosa que fue posible gracias a que "logró reclutar un considerable apoyo de la clase trabajadora" (p. 240). En términos de factores a corto plazo, véase este análisis de Moore (1967: 54-55): "La verdadera paradoja de 1867 —si efectivamente merece ese nombre— no fue lo que se otorgó sino lo que se restringió [...] Por lo que se refiere a la votación municipal había poco que escoger entre la ley de Palmerston de 1860 y la ley de Derby-Disraeli de 1867, con las enmiendas que se hicieron a esta última [...] Pero había mucho que escoger entre ambas medidas por lo que se refiere a los límites del electorado. La paradoja de 1867 consiste en el hecho de que la mayoría liberal de la Cámara de los Comunes no sólo accedió a la designación de comisionados de límites. También estuvo de acuerdo en darles instrucciones de ampliar los municipios 'a fin de incluir dentro de los límites de los mismos todos aquellos lugares cuyos ocupantes, con la debida consideración de la ubicación o de otras circunstancias locales, debiesen ser incluidos en ellos con fines parlamentarios' [...] Aparentemente sólo se dieron cuenta de lo que habían hecho cuando los comisionados siguieron sus instrucciones al pie de la letra y cuando se presentó una ley de límites basada en su informe por la cual todos los municipios importantes tenían que ampliarse

los años 1869-1870 parecen marcar claramente un giro en la actitud de la opinión pública de Gran Bretaña en relación con las colonias. Era evidente que el pueblo británico, confrontado con lo que parecía una inminente disolución del imperio, no estaba dispuesto a seguir a los discípulos doctrinarios de la escuela de Manchester, sin importar lo que pudiesen desear algunos de los dirigentes políticos (Schuyler, 1945: 276).

Los dirigentes políticos que podían haber deseado tal cosa eran liberales, no conservadores. Tras haber convertido a la clase trabajadora en ciudadanos con algo que defender, y haber asegurado a las clases medias que no estaban a punto de ser desposeídas, ahora los conservadores podían llevar a Gran Bretaña a ser más declaradamente un Estado liberal-*imperial*. De cualquier manera, Gran Bretaña no tenía muchas opciones. En vista de la erosión de su posición económica y política dominante en Europa, se procuraba solaz y fuerza renovada en su papel imperial.

¿Hubiese podido haber realizado la misma tersa transición al Estado liberal-imperial maduro el segundo imperio? Francia ya tenía el voto universal. Lo que le faltaba era un régimen político plenamente parlamentario liberal. Pero Napoleón III se dio cuenta, y en la década de 1860 estaba tratando claramente de avanzar en esa dirección. Como dice Plamenatz (1952: 162): "Al volver liberal al imperio, Napoleón III [...] realmente deseaba aplacar [...] a los republicanos." Es

para absorber sus entornos suburbanos. Para los conservadores, cuya base simbólica de poder se encontraba en los condados y que, al revés, se sentían más cómodos que muchos liberales con una sociedad jerárquica, semejante medida era esencial como forma de restablecer el mundo que conocían. Por el otro lado, para muchos liberales que apreciaban las consecuencias electorales, fue una simple manipulación deliberada del mapa electoral." Aquí se puede ver por qué la simple ampliación del sufragio tenía poco que ver con la implantación de la democracia.

La Ley de Reforma de 1867, además de reclutar a un segmento de los trabajadores conocidos como "trabajadores *tories*", y de manipular los distritos electorales, permitió a los conservadores incursionar entre quienes antes votaban por los liberales. Véase Smith (1967: 319): "Paradójicamente, fue la Ley de Reforma del Sufragio de 1867, a primera vista el golpe mediante el cual Disraeli comprometía a su partido a procurar la 'democracia *tory*', la que más hizo en el largo plazo para establecer las condiciones necesarias para la asimilación de la burguesía. Al mismo tiempo que daba a los trabajadores urbanos una dosis sustancial de poder político y hacía que los intereses de la clase trabajadora se volviesen vitales para los políticos, intensificaba la presión y los temores que tendían a llevar a los elementos de las clases medias al Partido Conservador como única opción confiable de resistencia a quienes abogaban por el radicalismo y el laborismo."

verdad que su régimen estaba siendo atacado por dilapidar dinero en gastos que proporcionaban prestigio y por evadir los controles parlamentarios mediante los préstamos públicos.[177] Sin embargo, la liberalización gradual de Napoleón III bien podría haber tenido éxito de no ser por la guerra franco-alemana y la derrota de Francia.

Bismarck había advertido atinadamente que el segundo imperio era el eslabón débil en la estructura de la hegemonía británica, y que derrotar a Francia garantizaría una declinación más rápida de Gran Bretaña en las estructuras geopolíticas del sistema-mundo. Lo que Bismarck no previó fue que derrocar a Napoleón III implicaba también derribar las restricciones políticas que habían sido elaboradamente construidas sobre las clases trabajadoras francesas y sobre los demócratas radicales franceses en general. A ello se debió la Comuna de París. Fue el sitio de París y el armisticio lo que hizo que se levantaran los obreros parisinos:

> habían resistido durante más de cuatro meses a los prusianos y estaban dispuestos a seguir resistiendo. Los que habían sido derrotados eran los provincianos, y eran los provincianos, dominados por la Iglesia y por la burguesía, los que habían apoyado al segundo imperio. Eran reaccionarios y antipatriotas (Plamenatz, 1952: 137).

En las elecciones del 5-8 de febrero París y otras ciudades grandes votaron por los republicanos, pero las provincias votaron por los realistas (y por la paz). Los bonapartistas estaban fuera del panorama. Los republicanos se habían convertido en el partido de la guerra. El nacionalismo y el republicanismo/socialismo estaban profundamente

[177] Para detalles de estas críticas véase Girard (1952: 400), quien llega a la conclusión de que: "Una gran parte de la burguesía se negaba a ver en [el segundo imperio] algo más que un 'equipo provisional', mientras que lo que deseaban era la aplicación de los métodos que habían triunfado en Inglaterra." Lo que provocó la desilusión fue exactamente lo que había sido la ilusión: "Las finanzas del imperio y de los saint-simonianos siempre habían pasado por alto el futuro. Y el futuro de 1852 era el presente de 1868 [...] A pesar de la audacia creativa y de tantas obras públicas logradas con un costo relativamente tan modesto, el ingrato público, tras haber obtenido sus casas, sus ferrocarriles, sus barcos de vapor, estaba atónito al ver que costaban tanto. Napoleón III, los Péreire, los hombres de la economía política del 2 de diciembre, habían dicho demasiadas veces que iban a conseguir todo eso sin ningún costo. Así que el público ya no quería considerar a esos magos desilusionados por el crédito otra cosa que charlatanes. Ya no quería encantamientos sino un dinero muy sólido tras una amplia discusión pública" (p. 371).

entrelazados en la Comuna, que fue sin duda la insurrección de los trabajadores más significativa de la historia de Europa occidental y, además, la primera que atrajo un apoyo significativo de los *employés*, es decir, de aquellos cuyo trabajo era "más limpio", mejor pagado y al mismo tiempo más calificado:

> Era la primera vez que los que todavía no eran "trabajadores de cuello blanco" [*cols-blancs*] sino meros "chupatintas" [*ronds de cuir*] se incorporaban en tan gran número a las filas de una insurrección de los obreros. En junio de 1848 los *employés* habían estado luchando del lado del orden (Rougerie, 1964: 128).[178]

Lo que las clases medias temieran vagamente en 1815 y más atinadamente en 1848 estaba ocurriendo ahora. Las clases peligrosas querían democracia. Querían gobernar su país, en el que pensaban tanto como su *país* cuanto *su* país. El levantamiento fue ferozmente reprimido por las tropas del gobierno provisional de Versalles, que gozaba de la benigna no interferencia de las tropas alemanas. La represión encontró una resistencia igualmente feroz de los trabajadores y, después de que la misma fue superada, hubo ejecuciones y sentencias de exilio generalizadas.[179]

Pero una vez concluido, ¿cuáles fueron las consecuencias? Creo que Plamenatz (1952: 155-156) lo expresa perfectamente:

> La Comuna hizo por los republicanos en la década de 1870 lo que la insurrección de junio había hecho a mediados de siglo. Desacreditó a los socialistas y a los revolucionarios. Pero esta vez no fortaleció a los conservadores. [...]
>
> El fracaso de la Comuna no dañó a los republicanos pero los volvió más conservadores de lo que hubiese sido en otras circunstancias.[180]

[178] Los cuadros de Rougerie (1964: 127 y 129) contienen desgloses de la participación en la Comuna.

[179] "Las tropas de Versalles, especialmente sus oficiales, se comportaron con la más enorme brutalidad [...] Durante la última semana sangrienta cerca de 20 000 personas murieron en las calles de París. No hay nada más horrible que la venganza de las clases acomodadas y respetables cuando los pobres las asustan" (Plamenatz, 1952: 154). De forma similar, Rougerie (1964: 59) habla del "abyecto terror burgués [...] el gran miedo de 1871, tal como lo demostró [...] la ferocidad de la represión. Tuvieron que pasar diez años antes de que estuviesen dispuestos a concederles la amnistía a los insurgentes condenados".

[180] Billington (1980: 346) tenía una valoración ligeramente diferente de las conse

Porque los republicanos empezaron exactamente donde había dejado las cosas Napoleón III; hablaban el lenguaje del Estado liberal-imperial, dispuestos a reprimir a las clases peligrosas si pedían demasiado, pero preparados también para darles la ciudadanía, y la ciudadanía de un Estado liberal-imperial.[181] Adolphe Thiers encarnó la transición. Hombre de muchos regímenes, como lo fueron antes que él Talleyrand y Guizot, había apoyado a los trabajadores en Lyon en 1834, pero al Partido del Orden en 1848. No se había comprometido participando en los gobiernos del segundo imperio, mantenía amistad tanto con los realistas como con los republicanos, y era un enemigo feroz de los revolucionarios. En 1870 dijo que, aunque no había deseado la república, para él tenía una virtud (*titre*): "Es, de todos los gobiernos, el que menos nos divide."

Para 1875 podía decirse que el Estado liberal-imperial estaba ya bien instalado en Gran Bretaña y en Francia y había demostrado su capacidad de contener a las clases peligrosas. Se había convertido así en un modelo para otros estados. Lo más constante que tenía el modelo no era desde luego su fidelidad al libre mercado (fidelidad que variaba con la cambiante posición económica de determinados países en la economía-mundo y el impacto de sus ritmos cíclicos). El Estado liberal-imperial tampoco estaba caracterizado por su fidelidad a la maximización de los derechos del individuo (una fidelidad que cambiaba con el grado en que los individuos usaban esos derechos para desafiar el orden social básico). Lo que distinguía al Estado liberal-imperial era su compromiso con una reforma inteligente por parte del Estado que al mismo tiempo promoviese el crecimiento económico (o más

---

cuencias políticas de la Comuna: "Detonó el triunfo de la derecha por toda Europa... y abrió nuevos horizontes para la izquierda revolucionaria." Tal vez así fue, pero hasta 1914 el centro liberal fue capaz de contener con considerable facilidad tanto la presión de la derecha como la de la izquierda.

[181] Véase Elwitt (1975: 306-307): "[La retórica radical de los republicanos] era de naturaleza política al mismo tiempo generalizada y circunscrita, y excluía despiadadamente todo contenido radical/socialista que cuestionase los fundamentos del orden existente [...] La burguesía republicana heredó el sufragio universal, lo recibió con los brazos abiertos, lo usó, y lo convirtió en una ventaja política para ella [...] En cuanto a los trabajadores de Francia, su existencia como clase separada se negó repetidamente. Cuando hablaban de 'reconciliación' los republicanos querían decir integración si era posible, supresión cuando era necesario." La tercera república, desde luego, también continuó la política del Estado activo del segundo imperio. Como dice Girard (1952: 393) "finalmente la república oportunista pondría en práctica las promesas hechas [por Napoleón III] en su carta del 5 de enero de 1860".

bien la acumulación de capital) y domara a las clases peligrosas (incorporándolas como ciudadanas y ofreciéndoles una parte, aunque fuese una parte pequeña, del pastel económico imperial).

Con este fin, los estados liberales-imperiales tenían que girar en torno al centro político y evitar los regímenes que olieran demasiado a reacción o a revolución. Por supuesto, para poder hacerlo un Estado no podía tener problemas nacionalistas importantes no resueltos *vis à vis* los extranjeros ni minorías internas fuertes descontentas. También tenía que ser lo bastante fuerte en la economía-mundo como para que las perspectivas de prosperidad colectiva no resultasen irreales. Y debía contar con el poder militar suficiente o con aliados lo bastante fuertes como para estar libres de una excesiva interferencia externa. Cuando se daban todas estas condiciones el Estado liberal-imperial era libre de reflejar el conservadurismo colectivo de una mayoría que ahora tenía algo que conservar.

Por lo tanto, antes que nada el Estado liberal-imperial tenía que ser un Estado fuerte, un Estado fortalecido. Por supuesto, desde el mismo principio la extensión de los poderes del Estado había tenido el propósito primordial de controlar a las clases peligrosas:

> La centralización que habían pensado Bentham y sobre todo [Edwin] Chadwick no hacía más que rozar a las clases medias dominantes. La centralización, despojada de teoría, implicaba la autorización de los servicios que afectaban a las clases trabajadoras. La centralización, cosa indiscutible, nunca tuvo el propósito de limitar ni en la menor medida el control económico y social de las clases más respetables. Y no lo hizo (Hill, 1929: 95-96).[182]

Y en segundo lugar, el Estado liberal-imperial incluye un compro-

[182] Darvall (1934: 307) pregona el éxito de este programa: "En cuanto comenzó la corriente de legislación moderna, el incentivo para una revolución y la posibilidad de éxito de la misma fueron disminuyendo rápidamente. Por un lado, la creación de una fuerza policial, de unidades de gobierno local modernas y eficientes, reducían las posibilidades de desorden. Los motines tenían mucha menos oportunidad de convertirse en una revolución. Por el otro lado, la revocación de las Leyes Anticombinación, la aprobación de las Leyes de Fábricas, el movimiento hacia el libre comercio, el programa de reforma parlamentaria, tuvieron, todos, un efecto moderador del descontento popular y eliminaron el incentivo para hacer una revolución. Se volvió creíble, de una manera en que no había sido creíble antes, que sería posible obtener, gradual pero efectivamente, una reparación de los agravios por medios pacíficos." El análisis de Darvall deja en claro por qué "el aumento del poder del Estado implícito en el control del orden era uno de los temas que disputaron más acerbamente los cartistas" (Evans, 1983: 257).

miso con la ampliación del voto. Pero, como hemos visto, esta ampliación se manejó prudentemente. "Los liberales clásicos sólo les garantizaban derecho de ejercitar la libertad a los adultos responsables" (Crouch, 1967: 209). El concepto de responsabilidad, tal como se utilizaba para la ampliación del sufragio, involucraba tanto la oportunidad como una aplicación de la fe ilustrada en que era posible educar a la humanidad. Por lo tanto, la promoción liberal del sufragio universal era "profundamente ambigua", como lo explica Rosanvallon (1985: 136-137):

> En la mayoría de los casos [esa promoción] no era más que una especie de apuesta al futuro, que meramente expresaba una representación anticipatoria del movimiento de la civilización y del progreso de la Ilustración en la nación [...] En los círculos liberales y republicanos que le eran favorables, el sufragio universal seguía entendiéndose como un reconocimiento de capacidad potencial, mucho más que como una consecuencia del principio de igualdad, una traducción simbólica de los humanos juntos en sociedad [...] A eso se debe el gran debate acerca del carácter *prematuro* de la introducción del sufragio universal. Con frecuencia se lo rechazaba porque todavía era demasiado pronto. Lo que se temía era el sufragio de las masas ignorantes e inmaduras.[183]

Dicho eso, el liberalismo se identificaba con el racionalismo, con la ciencia y con el progreso económico, y por esa razón, y en ese sentido, para mediados de siglo "casi todos los hombres de Estado y funcionarios civiles [...] eran liberales, al margen de su afiliación ideológica" (Hobsbawm, 1975: 105).[184]

[183] El vínculo entre educación y orden es bien explicado por Johnson (1970: 119): "La obsesión de principios de la era victoriana con la educación de los pobres se entiende mejor como una preocupación acerca de la autoridad, acerca del poder, acerca de la afirmación (¿o reafirmación?) del control. Esta preocupación se expresaba en un intento inmensamente ambicioso para determinar, mediante la captación de métodos educativos, los patrones de pensamiento, sentimiento y comportamiento de la clase trabajadora. La escuela, supervisada por su maestro confiable, rodeada por los muros de su área de juegos, iba a criar una nueva raza de trabajadores: respetuosos, alegres, esforzados, legales, patrióticos y religiosos."

[184] Pero también es cierto que, en la consagración del liberalismo que tuvo lugar a mediados de siglo, "los hombres que presidían oficialmente los asuntos del orden burgués victorioso en su momento de triunfo eran un noble rural de Prusia, profundamente reaccionario, un emperador de imitación en Francia y una sucesión de terratenientes aristocráticos en Gran Bretaña" (p. 3). Zeldin (1958: 46) no encuentra en

Lo más interesante que cabe observar respecto a este periodo es la posición de los conservadores. Si en 1834, después de la Ley de Reforma, sir Robert Peel "había rebautizado a su partido como 'Conservador', fue para dejar claro que no tenía la intención de seguir en ningún sentido una política de reacción" (Halévy, 1947: 57).[185] Al mismo tiempo, en Francia, después de la revolución de 1830, el conservadurismo se estaba elaborando como "la forma en que se maneja una sociedad posrevolucionaria", como una forma de "concluir la revolución". Como tal, ya no está en oposición al liberalismo, como lo expresa tan bien Rosanvallon (1985: 277-278): "Más bien se concebía a sí mismo como la manera de completar el liberalismo, como su eternidad."

A consecuencia de ello también los conservadores comenzaron a favorecer el Estado fuerte. Para ellos había por lo menos tres consideraciones. La primera era la debilidad intrínseca del llamado a la tradición y la continuidad, que Burke había querido convertir en base de la ideología conservadora.[186] Porque, como señala Bénéton (1988: 116), esta posición conducía a contradicciones una vez que se producen, como en Francia, interrupciones duraderas que han llevado a crear otras tradiciones. ¿Que cabe hacer entonces? El pensamiento

---

ello un accidente ni una paradoja: "Las variopintas cualidades [de Napoleón] tal vez eran necesarias para un hombre abocado a transformar un país en el cual lo viejo y lo nuevo se confrontaban sin reconciliación alguna [...] En muchos sentidos Disraeli era su contraparte en Inglaterra, que llevaba a cabo una labor semejante, y era extraño y místico como él. Sus seguidores estaban igualmente divididos en ambos países, y los dos tenían que tratar con todos los extremos, desde el radicalismo más progresista hasta el máximo toryismo."

[185] Gash (1963: 163-164) detalla el efecto a largo plazo de este cambio: "La esencia del conflicto interno del Partido Conservador en 1841-1846 se dio precisamente respecto a qué era principio y qué estaba sujeto a las 'reglas flexibles de la política'. Peel podía sostener con justicia que jamás se había embarcado en política alguna que no fuese, en el fondo, conservadora. Estimular el comercio y la industria, desalentar el cartismo sectario y las clases mediante la prosperidad y la Liga [contra las Leyes de los Cereales] mediante concesiones oportunas, eran, en su opinión, la forma más certera de preservar el liderazgo aristocrático y la tradicional estructura de poder."

[186] Gash (1977: 27) resume así el punto de vista de Burke: "El cambio era parte de la vida política tal como lo era de cualquier organismo; el tiempo en sí mismo es el máximo innovador [...] Pero era necesario respetar la continuidad del tejido social. El cambio debía darse de manera muy gradual, por evolución, no por revolución; por adaptación, no por destrucción [...] No sentía más que desprecio por el reformista doctrinario que actuaba como si en la búsqueda de la justicia abstracta pudiesen pasarse por alto la naturaleza humana y la sociedad existente."

político conservador empezó a oscilar "entre el fatalismo y al reformismo radical, entre el gobierno de un Estado limitado y el llamamiento a un Estado fuerte". Por eso para muchos conservadores el Estado fuerte se convirtió en la vía a la restauración, o al menos a la restauración parcial, de la tradición. En segundo lugar, muchos conservadores sentían que el conservadurismo era "una actitud que veía en la ley, el orden, y el régimen estable, el primer principio de gobierno" y, como Peel, sacaban de esto la conclusión de que "la conservación y la mejoría continuada de las instituciones del Estado [eran] en principio el corolario necesario" (Gash, 1977: 59).

Pero la tercera razón era la más convincente, tal como lo advirtió el ideólogo liberal Guido Ruggiero (1959: 136-137) al analizar cómo los *tories* británicos, influidos por los románticos alemanes, transfirieron al Estado su defensa de las prerrogativas reales:

Lo que debía reafirmarse era la importancia y el prestigio del Estado. Éste había de verse no como un compromiso entre intereses personales opuestos sino como lo que llamó Burke... una comunión viviente de mentes.

Por esta razón los conservadores reconocían la necesidad de ampliar la base del Estado y de construirlo, no sobre la torre del privilegio, sino sobre la humilde pero sólida plataforma de los sentimientos e intereses de todo el pueblo. El viejo toryismo había creado un gobierno oligarca; pero, ¿acaso el gobierno liberal no era una oligarquía, con menos derecho a gobernar porque se basaba exclusivamente en la riqueza separada del nacimiento y de los privilegios de una antigua tradición?

¿Por qué, preguntaban los conservadores, el liberalismo deseaba debilitar al Estado? La respuesta era sencilla. Quería permitir el libre juego de las fuerzas más intensas que competían con las más débiles, y el pleno poder para explotar a las masas indefensas, que eran las víctimas y no los protagonistas de la lucha, destruyendo todo poder superior a los individuos que fuese capaz de ejercer sobre ellos una función moderadora e igualizadora.[187]

[187] El papel de la monarquía como símbolo fue un interesante efecto colateral de las luchas políticas, como observa Hill (1929: 100): "Al combatir las tendencias centralizadoras de la legislación reformista [liberal], *tories* y radicales por igual se dejaron llevar en la dirección del *étatisme* de otro tipo. Disraeli restringía el arrogante poder del parlamento y el gabinete exaltando a la soberana. Richard Oastler apelaría al sentido común de la joven reina para limitar con sus prerrogativas lo que él denominaba el poder de los comisionados para infligir crueldad, y ese grito seguía oyéndose cuando Oastler se había sumido ya en la ancianidad. Fueron entonces Kingsley y los socialistas cristianos quienes se dedicarían a exaltar a la reina."

Cuando en 1960 lord Kilmuir (1960: 70-71) procuró explicar cómo era que los conservadores en Gran Bretaña siempre volvían al poder tras grandes derrotas por causa de "movimientos sociales revolucionarios" (así denomina a 1832, 1846, 1906 y 1945), su respuesta es "la tradición de Shaftesbury", que define como la asociación del toryismo con "la intervención del Estado para garantizar niveles mínimos en diversas formas, por ejemplo leyes sobre las fábricas, leyes sobre la vivienda y la salud pública, y leyes en nombre de los sindicatos"; en pocas palabras, porque los conservadores habían usado al Estado para su propia versión de reformismo social.

Esta "alianza mutuamente ventajosa entre el partido [conservador] y el pueblo" estaba en el centro del denominado toryismo nacional de Disraeli. Pese al hecho de que el ascenso originario de Disraeli en el partido *tory* fue resultado de su feroz oposición a la revocación de las Leyes de los cereales por parte de Peel, si se observa de cerca la propia práctica política posterior de Disraeli se advierte que es "de espíritu en gran medida 'peelita'" (Smith, 1967: 4, 15).[188] Esencialmente lo que Disraeli le añadió al "peelismo" fue el imperialismo. El reformismo liberal habría de verse como "un medio, una senda, una disciplina al servicio de un fin superior, el imperio" (Ruggiero, 1959: 140), atando así más firmemente a las clases trabajadoras con la nación y, hasta cierto punto, con el Partido Conservador.

Podría decirse que, si el gran logro político del liberalismo en el periodo 1830-1875 fue domar a las clases peligrosas, el gran logro ideológico fue domar al conservadurismo, transformándolo en una variante del reformismo racional orientado al Estado que proponía el liberalismo. El terreno común era el nacionalismo y el Estado fuerte, lo que afectaría incluso la visión cultural de los conservadores. Bar-

[188] En el decenio de 1980, cuando Margaret Thatcher, por primera vez desde Wellington, logró hacer ilegítimo el reformismo como doctrina y práctica conservadora, hubo un esfuerzo por redefinir "el legado de Disraeli" sugiriendo que de hecho había estado "obsesionado" por la división del partido provocada por Peel. Véase Coleman (1988: 157, 161-162): "El principal compromiso [de Disraeli] siempre había sido con su partido y sus propósitos conservadores [...] Lo que destaca es la continuidad y el tradicionalismo del ministerio de Disraeli, no un alejamiento de los mismos [...] esta conclusión desilusionará a los románticos que quieren encontrar una profunda creatividad en el liderazgo de Disraeli [...] Impidió [que el partido] pasase ya fuese a una posición significativamente más progresista o a una más rígidamente intransigente." Coleman minimiza también el radicalismo de las intenciones de la reforma parlamentaria de 1866-1867 (véanse las pp. 131-138).

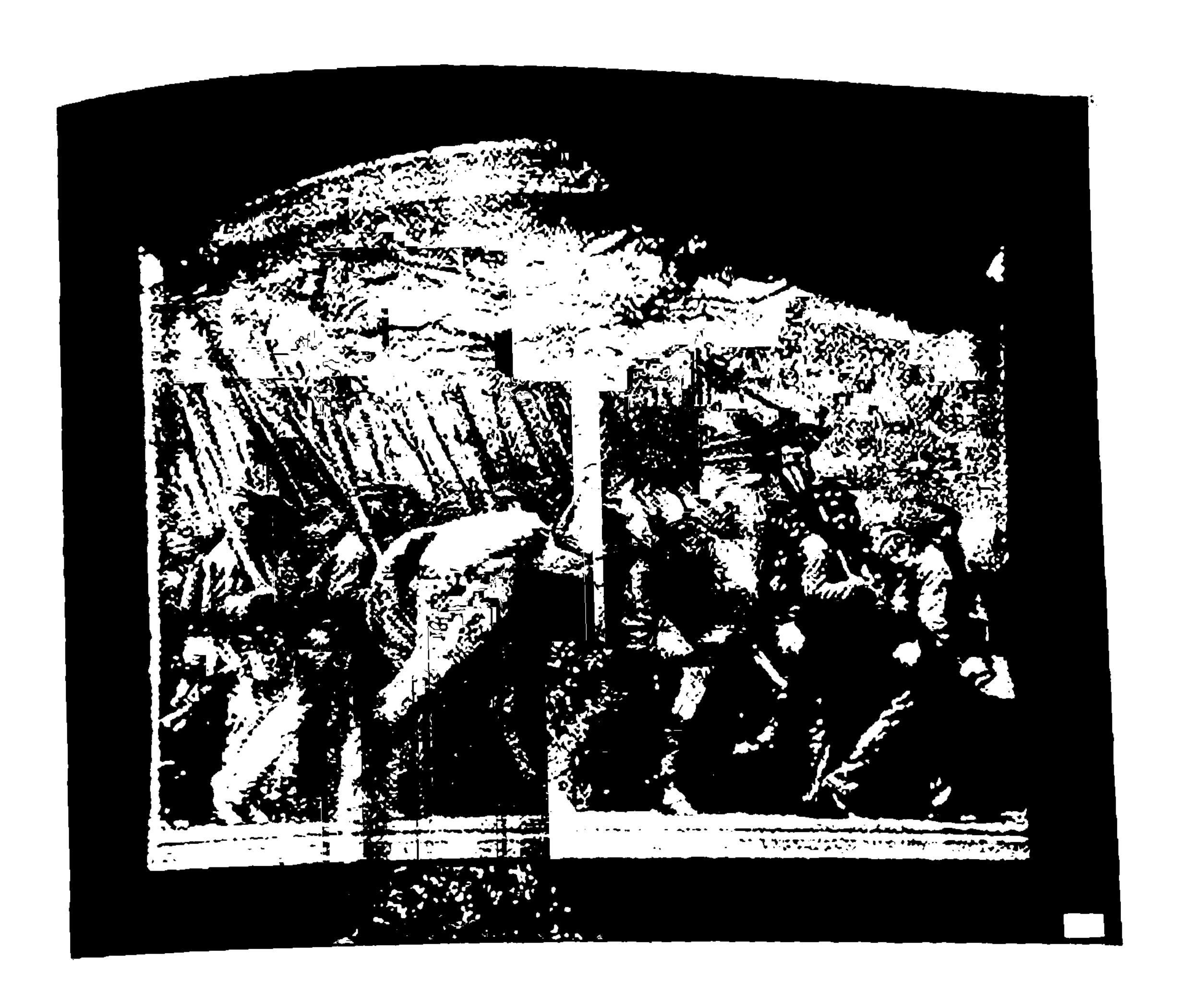
ron (1943: 143-144), al discutir el paso cultural del romanticismo al realismo en el periodo 1850-1885, lo denomina un "rebote de [la] desilusión" de 1848. Señala el ascenso tanto de la *realpolitik* como del materialismo, una y otro apuntalados por la "augusta autoridad de las ciencias físicas". Sostiene:

> Liberales, conservadores y radicales estaban unidos por su deseo común de un carácter nacional tangible, territorial; las hipótesis científicas se ponían a prueba de acuerdo con su adecuación a la representación o analogía mecánica [...] mientras que la fuerza [...] se aplicaba como el gran resolvente de las paradojas y complejidades sociales.[189]

Mientras el liberalismo y el conservadurismo se movían hacia su "política común de intervención del Estado" algunos conservadores (como Chamberlain a finales del siglo XIX) trataron de insistir en la distinción de que para los conservadores era un acto de "patrocinio", mientras que para los liberales era la creencia de que "debería ayudarse a todas las personas a gobernarse a sí mismas". Pero como dice Ruggiero (1959: 151), "en la práctica la diferencia solía ser muy tenue". Por supuesto que lo era. En 1875 los socialistas no estaban del todo domados. Eso sólo se lograría plenamente en el periodo 1875-1914. Schapiro (1949: vii) podría concluir así su libro sobre liberalismo: "Cuando finalizó históricamente el siglo XIX, en 1914, el liberalismo había sido aceptado como la forma de vida política en Europa.

[189] La necesidad de buscar subtextos puede verse en el hecho de que así como el realismo se utilizó para simbolizar la "nacionalidad tangible, territorial", lo mismo había ocurrido con el romanticismo en el periodo anterior. Véase Agulhon (1973: 13-14). "Todo llevaba [en 1848] a la élite intelectual a ver en la agente una reserva de fuerzas nuevas y saludables. Los inspiradores y dirigentes de los movimientos nacionalistas en Europa central y oriental, adoptando temas planteados inicialmente a finales del siglo anterior por el romanticismo alemán, en su lucha contra las aristocracias y sus culturas cosmopolitas, exaltaban las virtudes nacionales del folclore, de las canciones y cuentos populares o de la salud primordial de las masas. Desde luego Francia no estaba en la misma situación, pues se consideraba que allí se había resuelto el problema nacional. Pero los pueblos y las nacionalidades sublevados, desde Grecia hasta Irlanda, desde Polonia hasta Italia, eran muy apreciadas para nuestros liberales y republicanos, y por lo tanto la ideología vagamente populista que apoyaba las luchas europeas no dejaba de influir sobre sus amigos franceses".

[redacted]



Auguste Saint-Gaudens, *Robert Gould Shaw y el 54 regimiento.* En la guerra civil de Estados Unidos el norte organizó, un poco a regañadientes, un regimiento de voluntarios negros encabezado por un oficial blanco procedente de una familia abolicionista de Massachusetts. El 54 regimiento se hizo famoso por su valor en el ataque a Fort Wagner. Unos treinta años después le encargaron a Saint-Gaudens un monumento que se erigiría en Boston. Como puede verse, el monumento trata en gran medida del comandante blanco. Apenas en 1982 los nombres de 64 soldados negros que murieron en esa batalla se inscribieron en la parte posterior del monumento. (Cortesía de la Yale Collection of American Literatura, Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Universidad de Yale.)

4. EL CIUDADANO EN UN ESTADO LIBERAL

Difícilmente hay que insistir en que el principio de la soberanía nacional está en el corazón mismo de la Revolución francesa. Pero es una verdad manida aunque digna de repetirse que este principio fue creado —y puesto en práctica— por la transferencia de la soberanía absoluta del rey a la nación. Y es también digna de analizarse.

KEITH MICHAEL BAKER, "Souveraineté" (1988)

Yo diría que la tradición de la Revolución francesa [...] tuvo mayor impacto en el siglo XIX que en sus contemporáneos.

ERNEST LABROUSSE (1949b: 29)

La desigualdad es una realidad fundamental del moderno sistema-mundo, tal como lo ha sido de todos los sistemas históricos conocidos. Lo diferente, lo que es específico del capitalismo histórico, es que la igualdad ha sido proclamada como su objetivo (y de hecho como su logro): igualdad en el mercado, igualdad ante la ley, la igualdad social fundamental de todos los individuos dotados de derechos iguales. La gran cuestión política del mundo moderno, la gran cuestión cultural, ha sido cómo reconciliar el abrazo teórico de la igualdad con su polarización continua y crecientemente aguda de las oportunidades y satisfacciones de la vida real que han sido su resultado.

Durante largo tiempo —tres siglos, desde el XVI hasta el XVIII— esta cuestión era escasamente tomada en cuenta en el moderno sistema-mundo. La desigualdad seguía considerándose natural, ordenada por Dios, de hecho. Pero una vez que el clímax revolucionario de finales del siglo XVIII transformó el lenguaje de la igualdad en un icono cultural, una vez que los desafíos a la autoridad se volvieron cosa habitual por doquier, no fue posible seguir ignorando la disparidad entre la

teoría y la práctica. La necesidad de contener las implicaciones de esta reclamación cultural, y por lo tanto de domesticar a las ahora "clases peligrosas", se convirtió en una prioridad para quienes detentaban el poder. La construcción del Estado liberal fue el principal marco que se construyó para limitar esa pretensión. La elaboración de las ideologías modernas fue, a su vez, un mecanismo esencial de la construcción del Estado liberal.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y EL CONCEPTO DE CIUDADANÍA

El gran gesto simbólico de la Revolución francesa fue la insistencia en que ya no se usasen títulos, ni siquiera los de *monsieur* o *madame*. Todos tenían que ser llamados *citoyen* ("ciudadano"). Este gesto pretendía demostrar el repudio de las jerarquías tradicionales, la incrustación de la igualdad social en la nueva sociedad que se estaba construyendo. La Revolución francesa llegó a su fin. Volvieron a instituirse los títulos. Pero sobrevivió el concepto de "ciudadano" (aunque no su uso como forma de tratamiento). Hizo más que sobrevivir. Floreció. Se convirtió en el basamento retórico del Estado liberal. Y fue adoptado jurídicamente en todos lados, hasta el punto de que para 1918 el mundo tuvo la necesidad de inventar el concepto de personas "sin Estado" para describir a esa parte relativamente pequeña de la humanidad que no podía atribuirse la ciudadanía en ningún lado.

Se pretendía que el concepto de ciudadano fuese incluyente, se quería insistir en que todas las personas de un Estado, y no sólo algunas de ellas (un monarca, los aristócratas) tenían el derecho a ser parte, parte igual, del proceso de toma colectiva de decisiones en la escena política. De ello se derivaba que todos debían tener derecho a recibir los beneficios sociales que pudiese distribuir el Estado. Para la segunda mitad del siglo XX la existencia de derechos que les están garantizados a los ciudadanos llegó a representar la definición mínima de lo que constituye un Estado "democrático" moderno, cosa que para entonces prácticamente todos los estados afirmaban ser.

Pero la otra cara de la inclusividad de la ciudadanía era la exclusión. Los que no caían en esta nueva categoría de ciudadanos del Estado se convertían por definición en ese otro concepto nuevo: extranjeros. Los extranjeros de un Estado podían ser tal vez ciudadanos de algún

otro, pero no de éste. No obstante, para un Estado dado ni siquiera la exclusión de los extranjeros dentro de sus fronteras limitaba demasiado el número de personas teóricamente incluidas. En la mayoría de los casos más de 90% de los residentes del país eran ciudadanos, es decir *legalmente* ciudadanos, porque ahora la ciudadanía se había convertido en cosa de definición legal.

Y precisamente ése era el problema que enfrentaban los estados después de la Revolución francesa. Demasiadas personas eran ciudadanos. Los resultados podían ser verdaderamente peligrosos.[1] La historia del siglo XIX (y del XX, de hecho) fue que algunos (los que tenían privilegios y ventajas) continuamente trataban de definir de forma estrecha la ciudadanía, y todos los demás respondían tratando de validar una definición más amplia. La teorización intelectual de los siglos posteriores a 1789 se centró en torno a esta lucha. Los movimientos sociales se formaron en torno a esta lucha.

La *manera* de definir la ciudadanía en sentido estrecho en la práctica, reteniendo el principio en teoría, consiste en crear dos categorías de ciudadanos. El esfuerzo se inició con el abate Siéyès, apenas seis días después de la caída de la Bastilla. En un informe que leyó ante el Comité Constitucional de la Asamblea Nacional el 20-21 de julio de 1789, Siéyès propuso una distinción entre derechos pasivos y activos, entre ciudadanos pasivos y activos. Los derechos naturales y civiles, dijo, son derechos "*para* cuya conservación y desarrollo se forma la sociedad". Éstos son derechos pasivos. Existen también derechos políticos, "aquellos *por* los cuales se forma la sociedad". Éstos son derechos activos. Y a partir de esta distinción Siéyès extrajo la conclusión siguiente:

> Todos los habitantes de un país deberían gozar en él de los derechos de los ciudadanos *pasivos*; todos tienen derecho a la protección de su persona, de su propiedad, de su libertad, etc. Pero no todos tienen el derecho de desempeñar un papel activo en la formación de las autoridades públicas; no todos son ciudadanos *activos*. Las mujeres (al menos en el momento actual), los niños, los extranjeros y aquellos otros que no contribuyen en nada al sostén del establecimiento público no deben estar autorizados a influir activamente

[1] "A comienzos del siglo XIX un fantasma acosaba a la mayoría de los comentaristas políticos [*publicistes*]: el de la disolución social [...] En el núcleo de estas preocupaciones comunes se ubicaba el deseo de eludir el modelo de la soberanía popular [...] Los números eran los que estaban causando miedo" (Rosanvallon, 1985: 7576).

sobre la vida pública. Todos tienen derecho a gozar de las ventajas de la sociedad, pero sólo aquellos que contribuyen al establecimiento público son verdaderos accionistas (*actionnaires*) de la gran empresa social. Sólo ellos son verdaderos ciudadanos activos, verdaderos miembros de la asociación (Siéyès, 1789: 193-194).

Sin siquiera parpadear, Siéyès agregó luego que la igualdad de derechos políticos es un principio fundamental (pero presumiblemente sólo para los ciudadanos activos), sin el cual volverían a instalarse los privilegios. El 29 de octubre de 1789 la Asamblea Nacional tradujo este concepto teórico en un decreto legal que definía a los ciudadanos activos como aquellos que pagaban un mínimo de tres días de salario como impuesto directo. La propiedad se convirtió en un requisito de la ciudadanía activa. Como señala Rosanvallon (1985: 95), "Si la razón es soberana, los hombres no pueden inventar leyes. Tienen que descubrirlas [...] La noción de capacidad encuentra su lógica en este marco".[2]

El intento de circunscribir el significado de la ciudadanía adoptó muchas formas, todas las cuales involucraban necesariamente la creación de antinomias que pudiesen justificar la división entre ciudadanos pasivos y activos. Las distinciones binarias (de rango, de clase, de género, de raza/etnicidad, de educación) son realidades antiguas. Lo diferente del siglo XIX eran los intentos por elegir un andamiaje teórico que pudiese legitimar la producción de tales distinciones en categorías legales a fin de que esas categorías sirviesen para limitar el grado en el cual se daba en la realidad la igualdad proclamada de todos los ciudadanos.

La razón es simple. Cuando la norma era la desigualdad no había

[2] La justificación teórica era que un criterio para ser votante era la "independencia de opinión". De ello se derivaba que "todos los que se consideraban dependientes de algún otro en el ejercicio de su voluntad, como menores, mujeres o sirvientes, quedaban excluidos del sufragio" (Gueniffey, 1988: 616). Éste fue el origen de lo que después habría de llamarse el *régime censitaire* (Théret, 1989: 519).

La aptitud para opinar siguió siendo la principal justificación para negar el acceso al sufragio. En 1824, por ejemplo, James Mill, una figura destacada entre los liberales ingleses de su tiempo, se manifestó en contra del sufragio de las mujeres, así como de los miembros de las clases trabajadoras, "sobre la base de que sus intereses podían ser representados eficazmente por otras personas más capaces de ejercer el poder político por cuenta de ellos: maridos y padres, en el caso de las mujeres, y la parte 'más sabia y virtuosa de la comunidad, las filas medias' en el caso de la clase trabajadora" (Taylor, 1983: 16).

necesidad alguna de hacer otra distinción que la existente entre los de diferente rango... genéricamente, entre nobles y plebeyos. Pero cuando la norma oficial empezó a ser la igualdad, de pronto se volvió crucial saber quién estaba incluido de hecho en el "todos" que tienen iguales derechos; es decir, quiénes son los ciudadanos "activos". Cuanto más se proclamaba la igualdad como principio moral, más obstáculos —los jurídicos, políticos, económicos y culturales— se instituían para impedir su realización. El concepto de ciudadano forzó a la cristalización y rigidización —tanto intelectual como legal— de una larga lista de distinciones binarias que llegaron luego a constituir el sustento cultural de la economía-mundo capitalista en los siglos XIX y XX: burgués y proletario, hombre y mujer, adulto y menor, proveedor y ama de casa, mayoría y minoría, blanco y negro, europeo y no europeo, educado e ignorante, calificado y no calificado, especialista y aficionado, científico y lego, alta cultura y baja cultura, heterosexual y homosexual, normal y anormal, apto y discapacitado y, desde luego, la categoría originaria implícita en todas las demás: civilizado y bárbaro.

En los estados en los cuales los ciudadanos gozaban de iguales derechos los grupos dominantes estaban tratando de excluir, mientras que los grupos dominados estaban tratando de ser incluidos. La lucha se llevaba a cabo en la escena política tanto como en la intelectual. Todas las personas se encontraban a un lado o al otro de las antinomias. Quienes estaban del lado dominante se inclinaban por teorizar las distinciones como si de alguna manera fuesen naturales. El problema clave para ellos consistía en cerciorarse de que estuviesen, individualmente, en el extremo dominante de todas y cada una de las distinciones binarias. Frente a ellos, los que se ubicaban en el lado dominado empezaron a organizarse, tratando de devaluar, destruir o redefinir las distinciones a fin de reubicarse en la categoría de ciudadanos activos, en la categoría de los civilizados.

El hecho de que existiesen múltiples categorías binarias creaba una dificultad. Era posible estar del lado dominante en algunas categorías mas no en otras. Los que no tenían lo que podríamos llamar una calificación perfecta debían tomar decisiones políticas si querían ser considerados parte del grupo que comprendía a los ciudadanos más plenos. Comprensiblemente, con frecuencia trataban de dar prioridad a aquellas categorías en las cuales estaban del lado dominante. El resultado podía ser cierto ensanchamiento del grupo privilegiado, pero esto no hacía más que aumentar las dificultades para los que

seguían estando excluidos. Esta lucha acerca de las definiciones de las prioridades de las categorías binarias era la que estaba en la base de los continuos debates que se producían dentro de los movimientos sociales respecto a las tácticas de sus luchas y a la naturaleza de las alianzas potenciales y deseables.

Desde luego, el concepto de ciudadanía tenía por fin ser liberador, y de hecho nos liberó a todos del peso muerto de las jerarquías recibidas que pretendían ser de orden divino o natural. Pero la liberación sólo fue una liberación parcial de las discapacidades, y las nuevas inclusiones hicieron más tajantes y más visibles las exclusiones subsistentes (y las nuevas). Como consecuencia de ello, los derechos universales resultaron ser, en la realidad, una especie de espejismo lingüístico, un oxímoron; llegó a ocurrir que para crear una república de iguales virtuosos se requería el rechazo de otros que, debido a eso, pasaban a considerarse no virtuosos.[3]

El liberalismo, que se convertiría en la ideología dominante del mundo moderno, pregonaba que la virtud era algo que podía enseñarse, y por consiguiente ofrecía el progreso administrado de los derechos, la promoción administrada de los ciudadanos pasivos al estatus de ciudadanos activos... una vía para la transformación de los bárbaros en los civilizados. Como se creía que el proceso legal de promoción era irreversible, era necesario manejarlo con cuidado, prudentemente y, por sobre todo, gradualmente. Por un lado, los movimientos sociales que se estaban creando para defender los intereses de aquellos cuyos derechos no estaban plenamente reconocidos debatían siempre qué podía hacerse para poner fin lo antes posible al no reconocimiento. Había quienes insistían en que los movimientos deberían ser antisistémicos; es decir, que tendrían que procurar destruir el sistema histórico existente que había hecho posibles las farsas de la igualdad. Y había quienes eran esencialmente integracionistas, es decir, quienes creían que el papel de los movimientos era meramente el de acelerar el programa liberal ya existente de la adquisición administrada de derechos.

[3] La distinción de Siéyès sería adoptada, de una u otra firma, por doquier. "Los liberales italianos, igual que sus contrapartes en toda Europa, hacían una distinción muy clara entre la ciudadanía (*i cittadini*) y las masas o el pueblo (*il popolo*). En un Estado liberal el pueblo estaba calificado para detentar derechos civiles, pero sólo a la ciudadanía, una minoría idónea para ocupar cargos de responsabilidad en virtud de su sexo, propiedades y educación formal, se le podían confiar adecuadamente los derechos de propiedad [...] La posición liberal [...] reflejaba el temor de que la democracia política pudiese conducir a un gobierno inestable y al 'gobierno de las turbas'" (Lovett, 1982: 33).

Como vimos, la historia empezó con la propia Revolución francesa. Siéyès, en ese mismo memorándum, dijo: "Toda autoridad pública, sin distinción, es una emanación de la voluntad general. Toda viene del pueblo... es decir, de la nación. Estos dos términos deben considerarse sinónimos" (1789: 195). La implementación de este punto de vista fue simple y rápida. Todo lo que había sido etiquetado como real se reetiquetaba como nacional.[4] "Para los revolucionarios franceses la nación no era algo dado; era algo que debía crearse" (Cruz Seoane, 1968: 64). El concepto de nación se difundió rápidamente a otros países.[5] También fueron los revolucionarios franceses los que primero usaron el concepto de nación para justificar el concepto de la autodeterminación de las naciones. Cuando la Asamblea, el 13 de septiembre de 1791, votó en favor de la anexión de Avignon y del Comtat Venaisson, lo hizo en el nombre del "derecho del pueblo a determinar su propio destino [*disposer d'eux mêmes*]" (Godechot, 1965: 189).

No obstante, tras haber observado que la soberanía nacional quedaba constituida en el momento en que la soberanía pasaba de la corona a la nación, Nora (1988: 893) se pregunta apropiadamente: "¿Pero qué nación?... ¿Y qué sociedad?" Los entusiasmos de la gente

[4]Godechot (1971: 495) señala: "Durante la campaña electoral de 1789 la nación adquirió repentinamente una resonancia revolucionaria que la hizo muy popular entre las masas. En efecto, la 'nación reunida en asamblea', y luego simplemente la *nación*, asumiría la posición del rey en la jerarquía. A eso se debe el lema que se adoptó en septiembre de 1789: 'La Nación, la Ley, el Rey'. La nación que decide, que comanda la ley; el rey que sólo implementa la ley. Todo lo que había sido 'real' se convertía en *nacional*: Asamblea Nacional, guardia nacional, ejército nacional, educación nacional, economía nacional, dominios nacionales, bienestar nacional, deuda nacional, etc. Siguiendo el ejemplo de los crímenes de *lèse-majesté*, había entonces crímenes de *lèse-nation*".

Nora (1988: 801) destaca el hecho de que la Revolución francesa reunió tres sentidos del término *nación*: "el significado social: un conjunto de ciudadanos iguales ante la ley; el significado jurídico: el poder constituyente en relación con el poder constituido; el significado histórico: un grupo de personas unidas por la continuidad, con un pasado y un futuro". Billington (1980: 57) destaca la importancia psicológica social del concepto: "[La nación es] una nueva fraternidad en la cual se descartan las pequeñas lealtades y las enemistades mezquinas por las exaltaciones de volver a nacer como *enfants de la patrie*: hijos de una patria común." La considera un "ideal militante".

[5]En 1810 las Cortes de Cádiz convirtieron la "soberanía nacional" y "la soberanía del pueblo" en el nuevo principio político básico, y también aquí todo lo que había sido "real" se volvió "nacional" (Cruz Seoane, 1968: 53, 64). Lyttleton (1993: 63) sostiene, en el caso de Italia: "La cuestión italiana no existía como realidad política antes de 1796. Los jacobinos italianos fueron los primeros en postular la ceración de una Italia unida como proyecto político concreto, y su concepto de la nación se derivaba de la Revolución francesa".

común y corriente durante el momento culminante de la Revolución francesa pueden haberle dado una tonalidad momentáneamente hiperigualitaria al concepto de nación, pero existía también una tradición ilustrada muy diferente que había distinguido de manera tajante entre la "nación" —concepto usado para denotar los estratos educados— y el "pueblo", que "no era depravado pero sí fácilmente influido [y que por lo tanto] requería una educación moral, técnica (y física) apropiada a su condición, que lo equipase de la mejor manera posible para una vida de trabajo" (Woolf, 1989: 106). Seguirían jugándose esos juegos lingüísticos con énfasis que variaban desde patria hasta nación y hasta pueblo.[6]

No pasaría mucho tiempo antes de que el término *nación* se volviese demasiado moderado, y el término *pueblo* se había vuelto tan popular que hasta los gobernantes autócratas procuraban utilizarlo.

> Para el decenio de 1830 los revolucionarios románticos hablaban casi rutinariamente de *le peuple, das Volk, il popolo, narod* o *lud* como una especie de fuerza vital regeneradora en la historia humana. Los nuevos monarcas que subieron al poder después de las revoluciones de 1830, Luis Felipe y Leopoldo I, buscaron la sanción del "pueblo" como el rey "de los franceses" y el rey de "los belgas", más que de Francia o de Bélgica. Hasta el reaccionario zar Nicolás I, tres años después de aplastar el levantamiento polaco de 1830-1831, proclamó que su propia autoridad se basaba en la "nacionalidad" (así como en la autocracia y en la ortodoxia cristiana), y su término *narodnost*, que también significaba "espíritu del pueblo", estaba copiado del polaco *narodowość* (Billington, 1980: 160).

Pero era más que un juego. Era parte del crucial debate acerca de quién era un verdadero ciudadano. Y no se trataba meramente de un debate abstracto. La Asamblea Nacional, y luego la estructura que la sucedió, la Convención, se enfrentaron a tres cuestiones concretas

[6] Godechot (1971: 495) afirma que una lectura de los *cahiers de doléance* revela que las clases educadas eran las que solían utilizar el término *patrie*, y las que parecían estar muy conscientes de la controversia histórica entre Voltaire, que había definido *patrie* como "el país en el cual uno se siente bien" (*là où on est bien*) y Rousseau, quien había insistido en que "era el país en el que se había nacido". El término *nation* era usado por los que tenían tendencias más revolucionarias. Sin embargo Robespierre parecía querer rescatar *patrie* para la causa revolucionaria. Dijo: "En los estados aristocráticos el término *patrie* carece de sentido salvo para las familias patricias que han confiscado la soberanía" (citado en Carrère d'Encausse, 1971: 222).

relativas a la ciudadanía: las mujeres, los negros y los trabajadores. El historial de la Revolución francesa fue mixto, pero en cada uno de estos casos decidieron exclusiones que generaron amargura.

En el caso de las mujeres todo empezó mal. El decreto real que convocó a los Estados Generales especificaba que las mujeres que detentaban feudos señoriales debían escoger apoderados varones que las representasen en el Colegio Electoral: nobles para las mujeres seglares y clérigos para las monjas (Landes, 1988: 232, n. 5). Sin embargo, las mujeres (comunidades religiosas, sociedades de mujeres comerciantes) escribieron *cahiers de doléance*. Y algunas de sus quejas presagiaban posteriores problemas de alianzas. Mme. B*** O***, del Pays de Caux, escribió: "Se habla de liberar a los esclavos negros [...] ¿será posible que [la nación] se mantenga muda respecto a nosotras?"[7]

Es bien sabido que las mujeres desempeñaron un papel importante en diversas demostraciones populares durante la Revolución francesa, más fundamentalmente en los llamados días de octubre de 1789, cuando las mujeres de los mercados parisinos (junto con los guardias nacionales) marcharon hacia Versalles y obligaron a la pareja real a residir en la capital. Pero esta demostración tenía que ver con los derechos de los pobres, no los de las mujeres en sí mismas.[8] Y dos meses

[7]Duhet, 1989: 33. Poco después, en un llamamiento a la Asamblea, alguien escribió: "Las mujeres son, sin duda, tan meritorias (*valent bien*) como los judíos y las personas de color" (citado en Rebérioux, 1898: x).

[8]Hufton (1971: 95) afirma: "La división social más significativa del antiguo régimen [...] era la que había entre quienes podían proclamar, orgullosos, 'siempre hay pan en nuestra casa y los que no podían decir lo mismo [...] Las mujeres de los motines por el pan le debían su intensidad a lo mucho que valoraban la necesidad de mantenerse del lado correcto de la línea que separaba la pobreza de la indigencia [...] Los indigentes no eran manifestantes, no eran amotinados [...] no daban nada y no esperaban nada.

"De manera que los motines del pan de la Revolución francesa, ya se tratase de la marcha a Versalles del 5-6 octubre de 1789 o, en menor medida, de las *journées* de germinal y prairial del año III, fueron *par excellence* días de las mujeres. Cuando se trataba de pan, era su territorio; un amotinamiento por el pan sin mujeres es una contradicción inherente"

Applewhite y Levy (1984: 64) ven el papel de las mujeres de manera un poco diferente: Las mujeres de las clases populares de París hicieron una gran contribución a lo que tiene de más significativo, incluso único, la Revolución: su logro de la soberanía popular de base democrática en el mundo occidental del siglo XVIII. La reclamación feminista para obtener derechos civiles y políticos derivada del liberalismo ilustrado nunca fue un elemento central de las luchas de poder revolucionarias, y les fueron negados por el Código Napoleónico, pero las actividades políticas de las mujeres que no formaban parte de la élite se encontraban en el corazón de la política revolucionaria".

después de esos motines, el 22 de diciembre de 1789, la Asamblea Nacional excluyó formalmente a las mujeres del derecho al voto. Es verdad que Condorcet escribió en 1791 su famoso panfleto en el que clamaba para que las mujeres tuviesen *droit de cité*, pero no convenció a los que tenían el poder. La constitución de 1791 renovó la exclusión, que se reiteró en un voto de la Convención el 24 de julio de 1793, que especificaba que las mujeres quedaban excluidas de todos los derechos políticos, que en realidad era algo que por lo menos las mujeres de la aristocracia habían tenido en el antiguo régimen.[9]

Cierto, se instituyeron algunas mejoras en los derechos de las mujeres. El matrimonio y el divorcio se convirtieron en procesos civiles. Se abolió la primogenitura y se promulgó el derecho de los niños ilegítimos y de sus madres a recibir apoyo financiero. Se aprobó una ley que permitía que las mujeres actuasen como testigos en documentos relacionados con el *état civil*, aunque ésta siguió siendo una cuestión controvertida (Abray, 1975: 55). Y en la caldeada atmósfera del periodo jacobino las mujeres empezaron a organizarse. Comenzaron a desempeñar un papel mucho más grande en las sociedades populares. Se plantaban frente a las puertas de la Convención, tratando de controlar quién podía entrar. Atiborraban las galerías y expresaban a gritos sus puntos de vista (Landes, 1988: 139-140).

El 5 de mayo de 1793 se fundó la Sociedad de Mujeres Republicanas Revolucionarias. Presionaban enérgicamente en pro de las demandas de pan que hacían las mujeres. Su lenguaje tenía resonancias claramente feministas. Estaban aliadas con los *enragés*,[10] que criticaban a los jacobinos desde la izquierda. Pero por sobre todo eran mujeres, mujeres organizadas que insistían en ser oídas. Cuando las mujeres de una sección de París presentaron una solicitud para tener derecho a portar armas, Fabre d'Eglantine estalló en la Convención: "Después del *bonnet rouge*, que las *républicaines* usaban en sus reuniones, vienen las cartucheras, luego las armas" (citado en Abray, 1975: 56). El Comité de Seguridad Pública nombró una comisión, encabezada por An-

[9] "Cuando Felipe el Hermoso convocó solemnemente la primera reunión de los estados generales [...] en 1932, recibió a una asamblea elegida por los hombres y las mujeres. A lo largo de más de cinco siglos las mujeres privilegiadas de todos los estamentos conservaron el derecho al voto tanto local como nacional. Luego, en el decenio de 1790, la revolución que proclamó los derechos del hombre abolió los derechos políticos de la mujer" (Hause, 1984: 3).

[10] George (1976-1977: 420) dice que el propósito de los *républicaines* era "organizar a la mitad femenina del 'pueblo' por su ferviente apoyo al programa de los *enragés*".

dré Amar, para que considerase si las mujeres debían ejercer derechos políticos y si debía permitírseles formar parte de clubes políticos. La respuesta a ambas consideraciones sería negativa. La comisión estimó que las mujeres no tenían las "cualidades morales y físicas" para ejercitar derechos políticos y, además, que era la aristocracia la que quería que las mujeres tuviesen tales derechos "a fin de enfrentar a las mujeres con los hombres" (citado en George, 1976-1977: 434).

En cuanto a la participación en asociaciones políticas, Amar fue muy explícito al explicar por qué las mujeres no deberían ser aceptadas como miembros:

> Si consideramos que la educación política de los hombres está en sus comienzos [...] ¿cuánto más razonable es que las mujeres, cuya educación moral es casi nula, estén menos esclarecidas en relación con los principios? Por consiguiente, su presencia en las sociedades populares le daría un papel activo en el gobierno a personas más expuestas al error y la seducción. Añadamos que las mujeres, por su organización, están dispuestas a una sobreexcitación que resultaría letal en los asuntos públicos, y que los intereses del Estado serían sacrificados a todo lo que el ardor de las pasiones puede generar por lo que se refiere a errores y desorden (citado en Landes, 1988: 144).

Como observó Banks (1981: 28) abogar por los "derechos del hombre" no conducía necesariamente a los "derechos de las mujeres", ya que "es perfectamente posible definir a las mujeres como poseedoras de una naturaleza diferente de la de los hombres". Desde luego, la exclusión de las mujeres se planteaba frecuentemente como una medida *temporal*. Un informe previo de Lanjuinais, en abril de 1793, invocaba la exclusión de las mujeres de los derechos políticos "durante el tiempo que se requiera para remediar los vicios de la educación femenina". Como señaló acerbamente Cerati (1966: 170): "[Estos vicios] deben de haber sido terriblemente tenaces, ya que llevó siglo y medio superarlos."

Se ha debatido mucho por qué los clubes de mujeres se convirtieron en las primeras víctimas de la Ley de Sospechosos.[11] George (1976-1977: 412) piensa que "los jacobinos tenían los nervios muy tensos, que se había acabado la paciencia jacobina con los apóstoles de

[11] Racz (1952: 171) señala la "ironía" de esto, ya que los *républicaines* habían sido defensores ardientes de esta ley.

la democracia participativa", y que las mujeres fueron un primer blanco fácil. Lytle (1955: 25) especifica que "las Mujeres Revolucionarias se habían convertido en un peligro para los robespieristas [porque éstos] eran incapaces de satisfacer las demandas de pan de los parisinos". Hufton (1971: 102) vincula esta última cuestión con la de la actitud de los *sans-culottes*:

El *sans culotte*, dijo Chaumette cuando disolvió los clubes femeninos en octubre de 1793, tenía derecho a esperar que su esposa manejase la casa mientras él participaba en reuniones políticas [...] Otros se han detenido en el orgullo de los *sans culottes* por su recién hallada importancia en la *société populaire*, [en] la sección o como revolucionario profesional en las comisiones [...] Mientras su marido seguía hablando, ella, en algunas áreas, se había unido a las colas para obtener comida, y en el momento en que lo hizo su lealtad se volvía potencialmente sospechosa.

Applewhite y Levy (1984: 76) ven la proscripción de los clubes de mujeres como "el triunfo de la revolución burguesa sobre la revolución popular".[12] Pero, desde luego, a las feministas burguesas no les fue mejor. Olympe de Gouges, autora de la *Declaración de los Derechos de la Mujer y Ciudadana*,[13] fue enviada a la guillotina el 3 de noviembre de 1793. Cualquiera que sea la explicación de la actitud de los jacobinos, la situación no cambió después de la caída de los mismos. En 1795, después de la *journée* del 1 de pradial, la Convención excluyó totalmente a las mujeres de su sala, incluso como oyentes, a menos que fuesen acompañadas por un varón que tuviese tarjeta de ciudadano (Abray, 1975: 58). Y en 1796 el Consejo de los Quinientos excluyó a las mujeres de los puestos de enseñanza de mayor nivel. En 1804 el Códi-

[12] Lo mismo hace Lacour (1900: 403): "Michelet se equivocó al escribir: 'Esta gran cuestión social [los derechos políticos de la mujer] fue sofocada accidentalmente'. El Terror actuó con lógica cuando suprimió los clubes femeninos. Lo que sofocaron, o mejor dicho terminaron de sofocar, fue el partido que en el *Ami du peuple* de Leclerc y en la tribuna de los *républicaines revolutionnaires*, había exigido urgentemente que se implementase la constitución. Era el partido masculino y femenino que deseaba una revolución social [...] la que se había tomado tan en serio las promesas socialistas de Robespierre y luego el voto de la constitución

[13] Ésta no fue una declaración tímida: "Mujeres, despierten; la campana de la razón se deja oír por todo el universo; descubran sus derechos" (reproducido en Levy *et al.*, 1979: 92). Véase en Scott (1981) un penetrante análisis de la visión y el papel de Olympe de Gouge.

go Napoleónico retrocedió incluso más allá que el antiguo régimen. Antes, por lo menos a las mujeres de la aristocracia se les permitía manejar propiedades y asuntos legales. Ahora, en el ánimo más igualitario de la Revolución francesa, a todas las mujeres se las trataba igual: ninguna tenía absolutamente ningún derecho (Levy *et al.*, 1979: 310).

He dicho que se trataba de un panorama combinado. Es posible hacer hincapié en el lado negativo. Abray (1975: 62) dice que "representa una impactante prueba del conservadurismo social esencial [de la Revolución]". Knibiehler (1976: 824) insiste en que señala una "regresión relativa del estatus de las mujeres", estatus que, para George (1976-1977: 415), era "más claramente inferior que el que tuvieran en el pasado feudal católico, porque ahora estaba definido, tutelado y justificado por las deidades burguesas de la Razón y las leyes de la naturaleza". Cerati (1966: 13) afirma que la exigencia de las mujeres de tener mayores derechos durante la Revolución francesa se encontraron con "una recepción glacial de los partidarios [masculinos] entusiastas [por lo demás] de la igualdad". No obstante, Landes (1988: 148) afirma que parte del problema era que las feministas mismas "estaban marcadas por el sello de la ambivalencia hacia las mujeres públicas".

Pero también es posible evaluar más positivamente la experiencia. Landes (1988: 170) señala también que, después de la Revolución francesa, "el género se convirtió en una categoría socialmente relevante [...] de una manera que antes no hubiera tenido importancia". Kelly (1982: 79) compara favorablemente la situación de las feministas después de 1789 con la de aquellas que se involucraron en la famosa *querelle des femmes* iniciada por Christine de Pisan y otras en el siglo XV. Las primeras feministas, comenta, carecían "de la visión de un movimiento social para cambiar los acontecimientos", mientras que después de 1789 "estaban animadas por una noción de progreso y de cambio social intencional". Y Moses (1984: 14) insiste en que, mientras que antes de 1789 el feminismo era una cuestión exclusiva de las clases altas, la Revolución francesa llevó al "ascenso de un feminismo de alcance mucho mayor y más incluyente en sus seguidores". La evaluación negativa hace hincapié en los cambios realmente logrados y las ideas justificadoras de la época. La positiva enfatiza el desarrollo del movimiento feminista y su movilización. Esta tensión seguiría siendo la principal antinomia cultural-política del siglo XIX (y del XX): los dominantes teorizaban; las dominadas organizaban.

La historia de los negros no fue muy diferente. Desde luego había pocos negros en la Francia hexagonal en el momento de la revolución. Pero había muchos en las colonias y sobre todo en St. Domingue. Ya he narrado la historia de las sucesivas rebeliones que se produjeron allí, la creación del primer Estado negro de América, las guerras y finalmente el aislamiento diplomático de la República de Haití (Wallerstein, 1989, *passim*, esp. 240-244, 253-256 [ed. en esp.: 334-336, 353-356]). Aquí deseo destacar el debate que tuvo lugar en París.

Antes de la revolución St. Domingue tenía un claro sistema de estratificación social. Había un pequeño estrato de blancos, en su mayoría dueños de plantaciones. Había un estrato de mulatos libres. Pero el grupo más grande era el de los negros, y casi todos ellos eran esclavos. Ésta era una jerarquía social ordinal. Pero ninguno de sus grupos tenía derechos políticos. De manera que la Revolución francesa fue recibida con entusiasmo por los tres estratos, porque todos esperaban que les acarrease derechos políticos. No obstante, los blancos no querían que se les concediese igualdad social a los mulatos libres, y ni los blancos ni los mulatos libres querían la emancipación de los esclavos. Una vez más, la norma de la igualdad planteaba el problema de a quién debía incluirse. Como nota con tanta agudeza Aimé Césaire (1981: 342):

> Así como la autoridad real no podía oprimir a los negros sin oprimir en diversos grados a todas las clases, rápidamente quedó en claro que la autoridad que surgió de la Revolución francesa no podía acceder a las demandas de libertad de una de las clases de la sociedad colonial sin poner sobre la mesa la cuestión de la existencia misma de la sociedad colonial. Más específicamente, el poder burgués que emergió de la Revolución francesa sentía que la libertad era indivisible. Que no era posible concederle libertad política o económica a los hacendados blancos y mantener a los mulatos bajo una ley de hierro; y que no se podía reconocer la igualdad civil de los hombres libres de color y al mismo tiempo mantener a los negros en la ergástula. En pocas palabras, para liberar a una de las clases de la sociedad colonial era necesario liberarlas a todas, era necesario liberar a St. Domingue. Y eso parecía contrario a los intereses de Francia.

No es que en la Asamblea Nacional y en la Convención no hubiese quienes se daban cuenta de esto. En el debate sobre la condición de

los esclavos el abate Grégoire declamó: "Todavía existe una aristocracia, la del color de la piel" (Césaire, 1981: 187). Pero como sugirió Césaire, más allá de la filantropía e incluso del antirracismo estaba el anticolonialismo, y ni siquiera Grégoire ni Robespierre estaban dispuestos a ir tan lejos. El único que estaba preparado para hacerlo era Marat, que señaló la conexión de esta cuestión con el principio mismo de los ciudadanos activos: "¿Pero cómo podemos tratar como hombres libres a personas de piel negra cuando no tratamos como ciudadanos a quienes no pueden pagar un *écu* de impuestos directos?" (citado en Césaire, 1981: 189-190).

La emancipación de los esclavos en 1793 no fue fruto de los impulsos igualitarios de los revolucionarios franceses. Fue impuesta por el poder de Toussaint l'Ouverture, líder de la rebelión de esclavos en St. Domingue, y meramente ratificada por la Convención mediante un decreto (el decreto núm. 2262 del 4 de febrero de 1794), que sería revocado por Napoleón en 1802, después de encarcelado Toussaint (y que no volvería a ponerse en vigor hasta 1848).

Sin embargo, lo más revelador es el debate previo acerca de los derechos que debían acordarse. La Asamblea, presionada por los Amis des Noirs, y ante la oposición del Club Massiac, que representaba los intereses de los hacendados blancos, decidió "unánimemente" un curioso compromiso. Tras la adopción del decreto que concedía el voto a los hombres de color libres, Dupont de Nemours presentó una "declaración" de los blancos en la que explicaban su consentimiento sobre la base de que el voto se estaba concediendo sólo a "mulatos calificados hijos de padres libres", y que no se otorgaba, no podía otorgarse, "a personas que no eran libres ni a libertos, ya que éstos eran miembros de una 'nación extranjera'" (citado en Blackburn, 1988, 187-188).[14] Los blancos *pobres* de St. Domingue se oponían a toda calificación basada en la propiedad, ya que eso les concedería el voto a algunos mulatos libres pero no a ellos. Aplicaban una descripción de los dueños blancos de las plantaciones —"una especie de extranjeros que no podían tener

[14] En St. Domingue los blancos habrían de ignorar este decreto y de hecho ejecutaron a Ogé, el líder de los hombres libres de color, cuando trató de asegurar su implementación. Esto condujo a una guerra civil entre blancos y mulatos, que terminó volviéndose irrelevante por la rebelión de los esclavos negros contra unos y otros. Blackburn (1988: 176) considera a los Amis des Noires, los principales defensores de los derechos de los mulatos, "ineficaces" como grupo político, señalando que los intereses esclavistas tenían poder de veto, "no sólo en la Asamblea sino también en los clubes revolucionarios".

pretensiones de derechos políticos"— a *todos* los mulatos libres (Blackburn, 1988: 177). Por definición, ni siquiera los mulatos libres eran parte de la "nación"; por lo tanto, no podían ser ciudadanos.

En cuanto a los trabajadores franceses, ya señalamos que el concepto de ciudadanía activa, al crear una definición basada en la propiedad de los derechos políticos, dio por resultado su exclusión, tenía la intención de excluirlos. No obstante, en la intensa atmósfera revolucionaria los trabajadores empezaron a organizarse en busca de la manera de mejorar su situación. La Asamblea había abolido las corporaciones. Los empleadores y los obreros le dieron a esto interpretaciones opuestas. Para los primeros la única ley que regía ahora la producción era la de la oferta y la demanda. Los trabajadores pensaban que significaba que no podían crear organizaciones libremente, como deseaban (Soreau, 1931: 295).

El rápido aumento de precios junto con el derrumbe del papel moneda, los *assignats,* alimentó la efervescencia de los trabajadores, que culminó en la primavera de 1791, justo antes de la huida del rey y de la puesta en práctica de la constitución. Las huelgas y los desórdenes parecían estar fuera del control de la municipalidad de París, y llevaron a llamamientos de acción por parte de la Asamblea. Ésta, mientras mantenía los criterios desiguales para votar, trató de usar la ideología de la igualdad contra la posibilidad de que se organizasen los trabajadores al imponer una ley "anticonspiraciones". La notoria Loi Le Chapelier, adoptada el 14 de junio de 1791, declaraba ilegal toda combinación de trabajadores, y el 20 de julio esta proscripción se hizo extensiva a los *compagnonnages,* las sociedades benevolentes de ayuda mutua de larga existencia (Wallerstein, 1989: 107 [ed. en esp.: 149] y n. 248)

Steven L. Kaplan (1979: 74-75) observa cómo, tras la fachada del nuevo lenguaje de igualdad, los revolucionarios continuaron exactamente con las mismas prácticas que había seguido el régimen realista.

> A partir de entonces se podía reprimir en nombre de la libertad individual lo que se había reprimido antes en nombre de la prosperidad [...] Impresiona observar que los dos grandes medios de control social del mundo del trabajo utilizados por los revolucionarios en defensa de la libertad —el máximo, sustentado por un sistema de aprovisionamiento de alimentos obtenidos por imposición, y la ley anticonspiraciones— habían sido las piedras miliares del antiguo régimen prohibicionista y paternalista.

En su historia de la Revolución francesa Jean Jaurès (1968: 912) denunció esta "ley terrible" que, so pretexto de la simetría entre los trabajadores y los empleadores afectaba sólo a los primeros, y que pesó enormemente sobre ellos durante 75 años. Cita a Marx, que la calificó de "golpe de Estado burgués", y no le resulta nada sorprendente que Robespierre hubiese estado de acuerdo tácitamente, con su silencio, en imponer la ley.[15]

La Revolución francesa apelaba a la naturaleza, que es un fenómeno universal que a todos pertenecía. Pero apelaba también a la virtud, que era una característica potencial (aunque no necesariamente real) de todos. A partir de estos conceptos derivó la existencia de derechos humanos. Puesto que podía haber múltiples "naturalezas" y múltiples capacidades, el discurso tenía una "calidad ambivalente" (Landes, 1981: 123). Scott (1981: 2) sintetiza muy bien "la persistente cuestión de la relación de grupos específicos, marcados, encarnados en lo universal": "¿Cómo era posible representarse los derechos de los pobres, de los mulatos, los negros o las mujeres, como los derechos del Hombre? La respuesta general es: con dificultad."

Sin embargo, la Revolución francesa tuvo la consecuencia de que "la acción revolucionaria adquirió un estatus cuya promesa, como amenaza, era al mismo tiempo cualitativamente diferente de la acción rebelde y moralmente comparable con aquella que, en otros tiempos y lugares, había investido (y a veces sigue haciéndolo) a los grandes cambios religiosos" (Sonenscher, 1989: vi). Desde luego, como la acción revolucionaria era a un tiempo promesa y amenaza, era polarizadora, y esa polarización "brindó el subsuelo para la política del siguiente siglo y medio" (Roberts, 1978: 73).

El gran concepto socialmente unificador del ciudadano llevó hacia la formalización de múltiples categorías binarias transversales y a la atención binaria de la vida política —la escisión entre derecha e

[15] Cobb (1970: 184) coincide en lo esencial, aunque se niega a llamarlo conflicto de clase: "El conflicto entre la dictadura jacobina y el movimiento popular, la división de la trayectoria entre los *robespierristes* y los *sans-culottes*, fue mucho más directa de lo que se ha sugerido. El programa no desempeñó mayor papel en este divorcio, ni puede descubrirse ninguna "inevitabilidad" del conflicto en términos de clase. Ambos lados representaban formas de gobierno (desgobierno sería un término apropiado para describir el comunalismo de los militantes populares) que no podían coexistir más que unos cuantos meses". Sobre la mejor manera de analizar a los *sans-culottes* como categoría social, véanse los análisis en Hobsbawm (1877: 88), Soboul (1962: 394) y Tønnesson (1978: xvii).

izquierda, entre el Partido del Orden y el Partido del Movimiento—, escisión a la que el liberalismo centrista dedicaría todas sus energías a despojar de sentido. El resultado fue un intenso zigzagueo de la vida pública, estimulada por la fuerza avasalladora de una creencia en el progreso, y distorsionada por la polarización social y económica continua y creciente de la vida real dentro del sistema-mundo.

En el siglo XIX las llamadas clases medias llegaron a dominar el mundo occidental, y Europa llegó a dominar el mundo. Cuando se alcanza la máxima posición el problema ya no es cómo llegar a ella sino cómo mantenerse ahí. Las clases medias, nacionalmente, y los europeos, globalmente, procuraron mantener su ventaja apropiándose del manto de la naturaleza y la virtud para justificar el privilegio. Lo denominaron civilización, y este concepto fue un ingrediente clave de su esfuerzo. En el mundo occidental se traduce en educación, y la educación se volvió una forma de controlar a las masas.[16] Y en la escena global, a partir de Napoleón (aunque adoptado subsecuentemente por todas las demás potencias europeas), "el concepto de civilización como ideología [...] se convirtió desvergonzadamente en una forma de imperialismo cultural" (Woolf, 1989: 119).

La Revolución francesa llegaría a un final político definitivo en 1793/1799/1815, y a partir de entonces se convertiría meramente en un símbolo político y un recuerdo cultural. No obstante, le dejó a todo el sistema-mundo un legado monumental. Ahora la soberanía le pertenecía al pueblo, a la nación. Y el debate político y el cambio político eran la consecuencia normal de la soberanía del pueblo. Los estratos privilegiados del sistema-mundo habían tenido que aceptar lo que para ellos era un legado ponzoñoso. Ya verían si podían incorporarlo institucionalmente de formas que pudiesen contener su potencial de dislocar de manera radical las jerarquías existentes.

[16] Véase la síntesis de Thompson (1997: 23): "Las actitudes hacia la clase social, la cultura popular y la educación quedaron 'fijas' en la secuela de la Revolución francesa. Durante un siglo, y más, la mayor parte de los educadores de clase media eran incapaces de distinguir entre el trabajo de la educación y el del control social: y esto entrañaba con mucha frecuencia una represión o negación de la validez de la experiencia de vida de sus alumnos, que la expresaban en un dialecto burdo o en formas culturales tradicionales. Por eso la educación y la experiencia recibida se enfrentaba, Y los trabajadores que por su propio esfuerzo lograban penetrar en la cultura educada se encontraban de inmediato en el mismo punto de tensión, en el cual la educación traía consigo el peligro de ser rechazado por los suyos y la falta de confianza en sí mismos. Desde luego, esa tensión aún subsiste."

Este proceso de contención adoptó tres formas. La primera fue la cristalización de lo que llegó a denominarse ideologías, que pretendían ser constructos filosóficos pero eran en realidad, primordialmente, estrategias políticas. La segunda fue la elaboración de categorías conceptuales como un nuevo discurso con el cual describir el mundo. Esto, como vimos, fue inicial y primariamente obra de los estratos dominantes, que esperaban con ello enmarcar el debate y justificar la limitación de la ciudadanía. Eventualmente este trabajo de conceptualización creativa se transformó e institucionalizó en las estructuras de conocimiento que denominamos ciencias sociales. Y la tercera fue el establecimiento de una red de organizaciones, que en un principio fueron primordialmente obra de los estratos dominados, que habrían de servir como agentes para ampliar el cambio pero que, simultáneamente, actuarían como mecanismos para limitarlo.

En el periodo 1815-1848 todo el mundo parecía estar moviéndose inciertamente sobre ese terreno político transformado. Los reaccionarios trataban de hacer retroceder el reloj, de deshacer el terremoto cultural que fue la Revolución francesa. Como vimos, descubrieron que realmente eso no era posible. Los estratos dominados (y reprimidos), por su parte, estaban en búsqueda de modos de organización apropiados y efectivos. Y el centro liberal emergente no sabía con certeza cómo debía o podía construir la base política apropiada para controlar la confusión. Como vimos, se concentraron en la construcción de estados liberales, primero, y más importante, en los países más poderosos: Gran Bretaña y Francia.

LA REVOLUCIÓN-MUNDO DE 1848

Habría de ser la revolución-mundo de 1848 y sus secuelas inmediatas las que requerían resolver estas búsquedas y esfuerzos inciertos para poder estabilizar el sistema-mundo y restablecer cierto grado de equilibrio político. La revolución empezó una vez más en Francia, donde la monarquía de julio había agotado su credibilidad y su legitimidad. La rebelión del 25 de febrero de 1848 tenía un apoyo muy amplio, tanto de las clases medias y trabajadoras como de los bonapartista y hasta de la Iglesia y los legitimistas, "que en la caída de Luis Felipe veían la venganza por lo ocurrido en 1830" (Pierrard, 1984: 145). Y

tuvo resonancia inmediata en el resto de Europa: en Bélgica, desde luego, pero también en todos aquellos países en los que el nacionalismo se estaba convirtiendo en un lema unificador: Alemania, Italia, Hungría. A eso se debe que 1848 llegase a ser denominado por los historiadores "la primavera de las naciones". El único país en el que no habría de producirse la revolución fue Inglaterra, algo explicado de inmediato en un editorial del *Times* del 26 de febrero de 1848, donde se lo atribuía al hecho de que "la gente siente que con el estado de cosas existente tiene voz en el gobierno del país y puede hacer oír esa voz para causar un efecto".[17]

El *Times* podía haber tenido razón por lo que toca a Inglaterra, pero en Francia la revolución adoptó un tono más social, más de clase obrera y radical. Cuatro meses después, el 25 de junio, advino la denominada segunda revolución social.[18] El amplio apoyo se evaporó casi de inmediato. Para el 2 de julio *Le Moniteur Industriel* tronaba: "Familia, propiedad, nación... todos golpeados en su mismo centro; la

[17] Este editorial publicado el 26 de febrero de 1848, merece ser leído extensamente: "Durante el notable periodo [transcurrido desde 1830] los soberanos y los gobiernos de Inglaterra han ido mejorando y popularizando todas las instituciones del país. Han ampliado inmensamente la base de representación. Evidente y deliberadamente han aumentado el poder de la Cámara de los Comunes. Han abierto los municipios. Han calificado y destruido los monopolios de compañías y clases. Han liberado las manufacturas y el comercio. ¿Pero por qué debemos demorarnos en los detalles? En una palabra, se han arrojado a los brazos del pueblo. *Han socavado el terreno sobre el que se levantaba la democracia* al satisfacer, uno por uno, todos sus justos deseos. Que cualquiera que no haya llegado aún a la mitad de su vida compare las agitaciones populares de tipo actual con las que precedieron a la última revolución francesa. Inglaterra estaba entonces perturbada incesantemente por el clamor por un cambio orgánico. Los nobles, la Iglesia, los derechos de propiedad, la ley, la monarquía y el orden mismo debían desaparecer. Adviértase el cambio que se ha dado en esa escena turbulenta. En estos días la agitación popular es de carácter puramente racional y, por así decirlo, legislativo. Millares y decenas de millares se reúnen para hacer ver a sus representantes su opinión —en general su opinión sabia— sobre una cuestión pendiente, no relativa a los fundamentos de la sociedad o la reconstrucción del Estado, sino sobre algún punto menor y debatible. La discusión es legal en su tema y normal en su tono" (citado en Saville, 1990: 229).

[18] "De todas las revoluciones francesas, la de 1848 es la más claramente social, en el sentido moderno del término [...] en el sentido de ser 'de la clase trabajadora' o 'proletaria'" (Labrousse, 1952: 183). Este aspecto no era ignorado en esa época en otros países. Droz (1972b: 462) cita la declaración del *Arbeiterverein* de Francfort, del 14 de mayo de 1848, en el sentido de que "los trabajadores constituyen el pueblo mismo". Conse y Groh (1971: 143), afirman que durante 1848/1849 "la base del movimiento democrático y del movimiento de la clase trabajadora estaba sustentada casi exclusivamente por una minoría bien calificada, los 'trabajadores jornaleros', cuya situación social en esa época sólo puede describirse como extremadamente precaria".

propia civilización del siglo XIX estaba amenazada por los golpes de estos nuevos bárbaros" (citado en Scott, 1988: 117). Sabemos cómo terminó esta segunda revolución: con el derrocamiento del régimen social y eventualmente con la entronización de Luis Napoleón y el segundo imperio.

Pero ya se había destapado la olla. El movimiento por el socialismo, que "nunca había sido más que la cola, una cola muy animada, del movimiento por la democracia burguesa (citado en Droz, 1972a, 16)," se separaría claramente del liberalismo centrista.[20] Para Halévy (1947: 204), "había triunfado el cartismo, pero en Francia, no en Inglaterra".[21] Desde luego, este movimiento naciente "sufrió un enorme retroceso después de 1848" (Cole, 1953, 1: 157). Y un economista de la época, Louis Reybaud, que desde la década de 1840 era un estudioso del movimiento socialista, proclamaría incluso en 1854: "El socialismo está muerto. Hablar de socialismo es pronunciar una oración fúnebre" (citado en Droz, 1972a: 16). Ésta no sería la última de tales opiniones prematuras.

Hubiese sido más audaz, incluso en ese momento, sugerir que el nacionalismo estaba muerto. Lovett (1982: 92) ve la revolución de 1848 como la transformación de los movimientos democráticos italianos locales y regionales en una "red democrática nacional", pero red que tendría dificultad para hacerle frente a la cuestión "social".[22]

[19] Sin duda tenía raíces más fuertes antes de 1848 en Francia que en cualquier otro país. Bruhat (1979a: 331) denomina a Francia "incuestionablemente el país del socialismo" en ese periodo.

[20] El año de 1848 fue "el momento en el que un movimiento socialista de los trabajadores autónomo había comenzado a surgir en Europa de la matriz de la revolución democrática" (Lichtheim, 1969: vii). Véase también Lehning (1970, 171). Bruhat (1972: 505) dice que el socialismo emergió en 1848 como "una fuerza doctrinaria". En Alemania "antes de 1848 no se produjo una separación clara entre la política radical-democrática y la socialista" (Kocka, 1986: 333).

[21] El hecho de que el cartismo *no* triunfase en Inglaterra es, no obstante, la consideración de importancia para Lichtheim (1969: 5), ya que permitió la "consolidación de la sociedad victoriana". Saville (1990: 227) lo ve más bien como "el cierre de filas entre todos los que tenían alguna propiedad en [Gran Bretaña], por pequeña que fuese".

[22] "Lo que es más importante, la experiencia revolucionaria convenció a muchos activistas democráticos que era imposible reclutar el apoyo de las masas para una revolución cultural y política sin expresar los objetivos de esa revolución en términos más coherentes y específicos que los que usara Mazzini [...] Alcanzar un consenso, aunque fuese vago, respecto a los objetivos sociales de la revolución italiana resultó mucho más difícil que llegar a un acuerdo sobre sus metas culturales y políticas. En realidad, antes y después de la unificación el tema de la justicia social fue la principal causa de disenso

El movimiento nacionalista húngaro descubrió un tipo de problema diferente. Mientras que para Kossuth "el nacionalismo coincidía con el liberalismo" (Fejtö, 1948b: 133), para los serbios, rumanos y croatas que se encontraban dentro de las fronteras de Hungría el nacionalismo húngaro parecía "un movimiento de la nobleza, una disputa familiar entre los señores húngaros y los gobernantes de Viena" (Fejtö, 1948b: 153).[23] De cualquier manera, 1848 "puso en movimiento la ola revolucionaria en Europa" (Djordjevíc y Fisher-Galati, 1981: 106), y la misma habría de extenderse por todos los Balcanes.

La revolución de 1848 constituyó la primera revolución-mundo del moderno sistema-mundo. No se trata de que ocurriese en todas partes del sistema-mundo; no fue así. Tampoco es que los revolucionarios alcanzasen sus objetivos; en términos generales las revoluciones resultaron políticamente derrotadas. Lo importante es que las revoluciones se centraron en torno a cuestiones de exclusión: exclusión de los beneficios de la ciudadanía. En 1848 vimos claramente, por primera vez, que habría dos tipos de movimientos antisistémicos, dos maneras distintas de manejar esta exclusión: más derechos dentro de la nación (la revolución social) y separar a un grupo etnonacional de otro, dominante (la revolución nacional).

Y fue en 1848 cuando por primera vez se planteó claramente la cuestión de una estrategia a largo plazo. Desde 1815 hasta 1848 se consideraba que la lucha ideológica se libraba entre liberales y conservadores, entre los herederos del espíritu (si no de todas las tácticas) de la Revolución francesa y aquellos que procuraban fervientemente el orden derivado de una forma más antigua de ver el mundo. En esta lucha había poco lugar para "demócratas" y "radicales". Anatema para los conversadores, vergüenza para los liberales, desempeñaban como mucho el papel de un tábano, que presionaba a los liberales a ser más audaces (cabe señalar que sin mucho éxito). Lo que hicieron las revoluciones de 1848 fue abrir la posibilidad de que esos demócratas/radicales, que ahora a veces se autodenominaban "socialistas" pero otras veces también "nacionalistas revolucionarios", fuesen más que tábanos, que organizasen una acción de masas separada y distinta del centro liberal. Eso era lo que había presagiado el cartismo, y a eso

---

en el campo democrático" (Lovett, 1982: 50-51)

[23] Los nacionalistas croatas "no eran liberales sino simplemente nacionalistas con mucho resentimiento por todos aquellos que se negaban a aceptar que constituían una nación" (Fejtö, 1948b: 145-155).

se refería Halévy cuando dijo que el cartismo había triunfado, no en Inglaterra, sino en Francia.

Ésta era una perspectiva aterradora no sólo para los conservadores sino también para el centro liberal. Y tanto unos como otros actuaron en consecuencia. La supresión de los radicales se convirtió en el orden del día, no meramente en el imperio ruso y en el austro-húngaro, así como entre los diversos regímenes de las Alemanias y las Italias, sino también en los estados liberales de Francia e Inglaterra. Éste es el "retroceso" del que hablaba Cole. A los movimientos socialistas y sindicalistas les esperaban unos diez a quince años difíciles. También a los movimientos feministas. Y también a los movimientos nacionalistas.

La supresión resultaría efectiva pero no perdurable, ya que todos estos movimientos volverían a surgir en una o dos décadas y de modos mucho más fuertes. Lo que resultó duradero fueron las elecciones que extraerían los proponentes de las tres ideologías clásicas del siglo XIX —conservadurismo, liberalismo y radicalismo— de la experiencia de 1848. Los liberales derivaron dos lecciones. Una fue que en muchos sentidos estaban más cerca de lo que pensaban de los conservadores, y que las alianzas con los elementos radicales solían resultar peligrosas para sus intereses. Pero, segundo, decidieron que tenían que elaborar mejores justificaciones teóricas para las distinciones que seguían haciendo entre la ciudadanía, entre los ciudadanos activos y pasivos al estilo de Siéyès, si es que deseaban mantener tal distinción.

Los conservadores extrajeron una lección diferente. La estrategia de Metternich (en realidad de De Maistre, Bonald *et al.*) no iba a funcionar. Les impresionaba que sólo Gran Bretaña no hubiese tenido un levantamiento pese a que era el país en el cual las fuerzas radicales eran más fuertes. Advirtieron que Gran Bretaña había sido el único país en el cual los conservadores habían seguido una vía más centrista, dispuestos a hacer ciertas concesiones a fin de absorber y cooptar por lo menos a las fuerzas de la clase media al escenario de la toma de decisiones políticas. Y advirtieron que esta táctica había tenido éxito, tal como lo sugería el editorial del *Times*. Los conservadores estaban listos ya para recorrer el camino de buscar alguna versión del liberalismo centrista, aunque un poco más conservador: lo que los historiadores han llegado a denominar "conservadurismo esclarecido".

Los radicales (antes los demócratas) llegaron a una conclusión di-

ferente, y era que la espontaneidad no bastaba.[24] Si uno quería causar un impacto político importante, era requisito indispensable la organización sistemática y a largo plazo. Eso llevaría a los "movimientos" —un concepto efímero— por la vía de las organizaciones burocráticas, con miembros y funcionarios, con finanzas y periódicos, con programas y, en algún momento, con participación parlamentaria.

Sewell (1985: 82) dice que la Revolución francesa cambió el concepto de revolución, de "algo que le ocurría al Estado... [a] algo que la gente le hacía al Estado conscientemente y con deliberación". Lo que 1848 hizo que viesen los movimientos fue que era poco probable que el "pueblo" hiciese algo que le importa hacer al Estado, sin unirse antes en forma organizacional.[25] Esto haría, inevitablemente, que se concentrasen en el Estado, en el nivel político *nacional*. También, inevitablemente, en algún momento pondría en duda el grado en el que tales movimientos podían seguir siendo verdaderamente antisistémicos y no simplemente una variante del liberalismo centrista, aunque un poco más impaciente.

[24]Ya sabían que la conspiración no funcionaría. El total fracaso del levantamiento de Blanqui en 1839 fue contarlo. En 1846 Karl Schopper, en nombre del Comité Comunista de Correspondencia de Londres, escribió en una carta: "Una conspiración nunca ha sido en beneficio de nadie más que de nuestros enemigos [...] Indudablemente estamos convencidos de que no se puede evitar una gran revolución, pero producir esa revolución por medio de conspiraciones y proclamas tontas [...] es ridículo" (citado en Ellis, 1974a: 42). Pero ahora la conclusión no se limitaba a dudar del valor de las conspiraciones sino que dudaba también de que bastara una rebelión espontánea.

[25]Geary (1981: 26-28) procura distinguir tres tipos de protestas laborales: preindustriales ("los típicos motines por comida"); industriales tempranos (luditas) e industriales modernos, caracterizados por la creación de organizaciones formales que tienen una "existencia continua y estable". De forma similar, Tilly (1986: 389, 392) dice que a partir de 1848/1851, las protestas populares en Francia "se convirtieron en conciencia nacional". Describe las protestas previas como "parroquiales y paternalistas" y las posteriores como "nacionales y autónomas". También Calhoun (1980: 115) dice: "En el nivel sociológico, el paso crítico en la transición a la acción de 'clase' se dio con el desarrollo de las organizaciones formales que podrían movilizar a los trabajadores para la acción nacional." Apunta que esto se inicia en la década de 1820. Creo que es demasiado pronto. Como mucho, veo débiles comienzos de eso en Francia, y en el mejor de los casos actividad parcialmente basada en la clase en Inglaterra. Las verdaderas organizaciones nacionales de clase son un fenómeno posterior a 1848. Creo que Hobsbawm (1975: 115) se acerca más que Calhoun al periodo: "Ahora podemos ver que dos logros del decenio de 1860 fueron permanentes. A partir de entonces habría movimientos obreros de masa organizados, independientes, políticos y socialistas. La influencia del socialismo premarxiano de izquierda se había desmoronado en gran medida. Y, por consiguiente, la estructura de la política habría de modificarse permanentemente."

La historia del resto del siglo XIX, y de hecho de una buena parte del XX, fue que los liberales centristas teorizarían, los movimientos antisistémicos (tanto los de la variedad socialista como los de la variedad nacional-liberacionista) organizarían y los conservadores esclarecidos legislarían. Llevarían a cabo compromisos y en ese proceso parecerían comprometer al movimiento antisistémico. Sin embargo, lo que lo haría posible sería la teorización de los liberales en torno a la ciudadanía. Y ésa es la historia que contaremos ahora.

MOVIMIENTOS SINDICALISTAS Y SOCIALES

En los estados liberales —Europa occidental y América del Norte, y más tarde Europa central— la demanda más fuerte de inclusión en la ciudadanía provenía de las clases trabajadoras urbanas. Fue su lucha, que con gran frecuencia denominaban la lucha del proletariado por el socialismo en contra de la burguesía, la que atrajo la mayor atención en su tiempo y desde entonces. Es apropiado comenzar con esta parte de la historia. La organizaré en la división temporal del socialismo como idea y como movimiento, una división que fue sugerida por Labrousse (1949b: 5): 1815 a 1851, "idea poderosa (*grandeur de l'idée*), movimiento débil"; 1851 a 1871, "movimiento en ascenso, idea en declinación"; 1871 hasta el fin del siglo XIX, "idea poderosa, movimiento poderoso".

Señalamos previamente los inicios de los movimientos sindicales en las décadas de 1830 y 1840.[26] Jones (1983: 59) explica bien sus confusos esfuerzos: "Los elementos de la política de la clase trabajadora tuvieron que forjarse a partir de la herencia mixta de la Ilustración, el

[26] Ésa era una opinión que se expresaba en esa época. En 1833 Bronterre O'Brien, militante radical y sindicalista, escribió: "En las clases trabajadoras ha surgido un espíritu del cual no había ejemplos en tiempos previos" (citado en Briggs, 1960: 68). No obstante, Foster (1974: 47-72) insiste en que el "unionismo extralegal" ya existía antes en Inglaterra, en los primeros treinta años del siglo XIX, y que su consecuencia fue una "reorganización cultural masiva de la población trabajadora" (p. 72). Supongo que depende de lo que se defina como "sindicalismo". Rule (1988: 10) encuentra evidencias de su existencia en la Inglaterra del siglo XVIII en las referencias a conflictos que observa en Adam Smith y en la aprobación de la Ley de Combinación de 1799 que, según afirma, los patrones vieron como "un reforzamiento de su poder contra los sindicatos establecidos". Véase también el análisis que hace Pelling (1976: 14) de los sindicatos anteriores a 1825 en Gran Bretaña, "casi invariablemente de artesanos especializados, más que de jornaleros".

socialismo, el disenso y las nociones tradicionales de economía moral, en una situación que no tenía precedente."[27] Lo que sentían era que de alguna forma eran los herederos de los elementos más radicales de las tradiciones revolucionarias.[28]

Como lo sabemos, en 1830 hubo una revolución en Francia pero no en Inglaterra. En cambio, Inglaterra presenció la entrada en vigor de la Ley de Reforma en 1832. Esto se debió en gran medida a que este país no tenía nada equivalente al régimen de los ultras durante el gobierno de Carlos X.[29] Pero con "revolución" o no, el desarrollo

[27] Los trabajadores británicos "miraban a Locke, en el pasado, tanto como a Marx en el futuro. [La suya] no era una teoría de la explotación dentro de la producción sino una teoría de intercambio desigual. Los capitalistas seguían siendo vistos primordialmente como intermediarios o monopolistas [...] de modo que el margen de utilidad era una reducción del producto del trabajo, impuesta por la posesión de los medios de producción [...] La situación descrita [...] corresponde más de cerca a la del artesano en decadencia o sin trabajo" (pp. 57-58).

[28] Rudé (1969: 52, 95, 112), al hablar de los trabajadores de Lyon —un centro clave tanto política como económicamente, en el cual la mayoría de los trabajadores habían "reaccionado bastante negativamente a la restauración", por no hablar de su "nada entusiasta" recepción de la entronización de Carlos X— afirma que "las tradiciones jacobinas se habían conservado durante largo tiempo". Al referirse al surgimiento de sindicatos y partidos de los trabajadores en Estados Unidos en el decenio de 1830, Bridges (1986: 163-164) dice: "Esta vida organizacional revela que los artesanos de la época de Jackson eran los orgullosos portadores de la ideología de [Tom] Paine y de la revolución estadunidense [...] Su retórica oponía al hombre libre con el esclavo y al republicanismo con la aristocracia [...] basaba claramente sus exigencias en la igualdad y en el derecho natural". Mommsen (1979: 81) ve los movimientos obreros de Alemania en la década de 1860 como "herederos del radicalismo burgués".

Geary, sin embargo, nos alerta sobre el hecho de "que las ideas radicales encontraran una recepción más favorable entre ciertas secciones de la clase trabajadora británica en las décadas de 1830 y 1840 que en fecha posterior sugiere que las circunstancias cambiantes —la riqueza, un Estado liberal—, más que la actividad ideológica por sí misma, determinaban las percepciones sobre el trabajo".

[29] Rudé (1969: 243) subraya la diferencia de actitud hacia el régimen de las clases medias en Inglaterra y en Francia: "En síntesis [en Inglaterra] no hubo revolución en 1832, no tanto porque los *tories* o los lords cedieran a las amenazas de los *whigs* o los radicales, sino porque nadie de importancia quería que se produjese, y porque estaba notoriamente ausente esa combinación única de factores políticos y materiales que hubiese hecho posible una revolución." Jones (1983: 57) ve la Ley de Reforma de 1832 como un estímulo para la conciencia de la clase trabajadora, en la medida en que la veían como "la gran traición" de las clases medias a "lo que se había pensado como una lucha en común". Este sentimiento de traición se intensificó con las acciones del subsiguiente gobierno *whig*—la Ley de Coerción Irlandesa, el rechazo de la Ley de las Diez Horas, el ataque a los sindicatos, la Ley de las municipalidades y la nueva ley de pobres— todo lo cual se veía como "una confirmación de la traición de la clase media.

de la conciencia de la clase obrera empezó a arraigar tanto en Francia como en Inglaterra, no dentro de los partidos sino fuera de ellos.[30] Para poder hacerlo, el naciente movimiento socialista tuvo que hacerle espacio a demandas corporativas que no resultaban admisibles antes dentro de la retórica revolucionaria de la Revolución francesa (y de su ciudadano genérico). Empezaron a hablar de "cooperación" y "asociación", no de un único oficio sino de todos los "trabajadores" como clase.[31] Incluso antes de 1830 llegó a percibirse la necesidad de una acción colectiva de los trabajadores. La lógica de su posición se derivaba directamente de las consecuencias de la disolución de los gremios que llevó a cabo la Revolución francesa. Quien controlaba la producción no era ya un maestro; ahora era un empleado. Mientras

---

La consecuencia práctica que había que derivar de eso era que la clase trabajadora debía luchar por su propia emancipación.

[30] "El gran movimiento que se produjo tanto en Francia como en Gran Bretaña entre 1830 y 1836 no requirió políticos. Por el contrario, los veía con suspicacia. Los dirigentes de los partidos sólo tenían interés en llegar al poder y quedarse en él" (Dolléans, 1947, I: 30)

[31] De esta forma Lichtheim (1969: 7) hace de Inglaterra y Francia "los lugares gemelos de nacimiento" del nuevo movimiento del socialismo y lo fecha "alrededor de 1830". Sewell (1986: 61) se concentra en Francia y lo ubica "durante 1831, 1832 y 1833). Destaca que "el desarrollo realmente masivo del socialismo en la clase trabajadora [...] fue consecuencia de una apropiación, más que de un abandono de la tradición política revolucionaria (p. 65). En Alemania, en los decenios de 1839 y 1840, "las primeras asociaciones radicales, como la 'Liga de los Comunistas', reclutaban en gran medida a sus miembros entre los *Handwerksgeseller*, es decir, jornaleros o jóvenes alemanes formados de acuerdo con la tradición de los gremios y que trabajaban en posiciones dependientes" (Kocka, 1984: 95)

[32] Moss (1976: 38) ve el socialismo cooperativo como "la respuesta republicana a la protesta de la clase trabajadora que surgió después de la revolución de julio". Es verdad que los republicanos radicales de la Société des Droits de l'Homme eran de clase media, pero "la aplicación de principios igualitarios a la sociedad industrial los llevaba más allá de sus intereses clasemedieros y hacia un programa auténticamente socialista". De manera que, en contra de la opinión de Marx de que ese movimiento era "socialismo pequeñoburgués" y "de clase media", Moss (p. 47) insiste en que su base social era "primordialmente de clase trabajadora" y que "representaba las aspiraciones de un proletariado auténtico por un sindicalismo, la propiedad colectiva del capital federal por parte de una federación de oficios calificados". Plamenatz (1952: 177) también quiere confrontar a Marx, pero en la dirección opuesta. El socialismo, lejos de ser una ideología del proletariado, "llegó a Francia antes de que existiera la demanda del mismo por parte de la clase en cuyo interés se lo inventó [...] Era el hijo natural, nacido en las mentes burguesas, de la ideología [burguesa]; y los trabajadores lo tomaron (por lo menos todo lo que podían comprender), porque habían aceptado antes los principios de 1789, porque habían aprendido que los 'derechos del hombre' estaban dirigidos tanto a ellos como a los demás".

que los trabajadores habían ganado con ello mayor libertad, habían perdido toda posibilidad de apelar a la solicitud paternal del maestro. Para compensarlo adoptaron "una versión modificada del idioma corporativo del viejo régimen", creando corporaciones de trabajadores con rituales y formas organizativas antiguas "para afirmar la existencia continuada de una comunidad moral del oficio y para mantener la vigilancia sobre las condiciones de trabajo en el lugar" (Sewell, 1979: 55). Estos jornaleros fueron los que llegaron a convertirse en defensores más enérgicos de los primeros movimientos sindicales. Kocka (1986: 314-315) afirma que provenían esencialmente de "los oficios urbanos que contaban con más continuidad, estabilidad y cohesión, en general con tradiciones gremiales [...] y un poder de negociación relativamente bueno".[32]

Comenzaron a utilizar el arma de las huelgas, aunque las huelgas eran ilegales, mediante llamamientos anónimos de redes sociales informales.[33] Al mismo tiempo, los trabajadores empezaron a

[32] "Los artesanos de este tipo vivían fuera de la casa de sus patrones. Estaban mucho más avanzados en el proceso de transformación de jornalero tradicional a trabajador calificado asalariado, pero seguían conservando mucho de lo que tradicionalmente mantenía unidos a los gremios, y lo usaban como base de protesta y de organización" (Kocka, 1986: 315). Precisamente ésta es la clase de "continuidad, estabilidad y cohesión" que Calhoun (1980: 421) invoca como explicación de la posibilidad de involucrarse en la acción revolucionaria: "Sugiero que los vínculos sociales que antecedieron a 'causas' específicas tienen una importancia crucial al proporcionar fuerza social para una acción colectiva a largo plazo, arriesgada y concertada". De manera similar, Sewell (1986: 53) explica la "inclinación de los 'artesanos' por la acción consciente de clase" en comparación con la "relativa aceptación de los obreros fabriles" de esa época por la forma en que "entendían su trabajo". Para los artesanos era "en gran medida consecuencia de un entendimiento social [...] que se derivaba del sistema de corporaciones y gremios", mientras que los trabajadores fabriles tenían "una concepción menos social, más individualizada, de las relaciones de producción". Véase también Moss (1976: 22-23): "Los trabajadores calificados no padecieron el proceso de industrialización como víctimas pasivas sino que aportaron al mismo un conjunto de valores y orientaciones: autonomía, orgullo y solidaridad al oficio; experiencia organizativa, y un *ethos* igualitario nutrido a través del republicanismo popular, que motivó una respuesta transformadora activa [...] El trabajador calificado combinaba una conciencia de clase proletaria con la conciencia profesional."

[33] "La idea de que las huelgas durante la industrialización temprana eran estallidos irracionales de trabajadores fabriles que no habían aprendido todavía a ajustarse a su nuevo entorno la contradice el elevado grado de racionalidad y de organización que mostraban los huelguistas, así como la concentración de las primeras huelgas entre artesanos de industrias manuales, que estaban bien integrados a comunidades artesanales tradicionales" (Aminzade, 1982: 63). En términos generales, en esa época los trabajadores debían tener mucho cuidado con la acción sindical, ya que la represión era

preocuparse por la "nacionalidad" de sus compañeros obreros, por la cuestión de los no "ciudadanos" como competidores en el mercado laboral. Comentamos ya las formas en las cuales los *canuts* de Lyon habían expresado como una de sus quejas clave en 1831 el empleo de trabajadores "extranjeros". Algunas de las estructuras artesanales de tipo gremial se debilitarían a partir de 1830, especialmente debido a la "siempre creciente migración, a París, en particular" (Judt, 1986: 57). El resultado habría de ser una "nueva identificación del obrero con la nación" (Derainne, 1993: 33). Se produciría entonces un debate respecto a las bases de unidad de los trabajadores. Flora Tristán, que fue una voz muy enérgica en pro de la unidad obrera (así como una importante figura feminista), en su panfleto sobre el tema redactado en 1843 (1983: 53), hizo una inferencia que llegaría a ser muy controvertida en la historia de los movimientos obreros: el apoyo a los movimientos independentistas en los países coloniales, los trabajadores como clase fusionándose con el "pueblo" como constructo:

> Si cito constantemente a Irlanda [la Asociación Católica, encabezada por O'Connell] es porque Irlanda sigue siendo el único país que se da cuenta de que si la gente quiere dejar atrás su esclavitud tiene que empezar primero por crear una unión enorme, sólida e indisoluble. Porque la unión da fuerza, y para poder exigir los derechos y poner ante la atención pública el derecho a esa demanda hay que estar, por encima de todo, en una posición en la que se pueda hablar con la autoridad suficiente para hacerse oír.

Tal vez Tristan podía decir esto de Irlanda porque era francesa. Los trabajadores ingleses eran notablemente más reticentes sobre este tema. Su único centro de interés era Inglaterra. Lo que resultaba central en la historia inglesa de las décadas de 1830 y 1840 era el cartismo. La Carta adoptada en 1838 hacía, como era bien sabido, seis demandas, las cuales, sin embargo, habían sido durante mucho tiempo demandas de los radicales ingleses: parlamentos anuales, sufragio

muy rápida. En España, por ejemplo, una real orden de 1839 autorizó las sociedades de beneficencia mutua. Pero tan pronto como se produjeron conflictos en Barcelona, se disolvió a la sociedad involucrada. Y después de diversos tipos de disturbios, en 1845 se suprimieron todas las uniones (Tuñón de Lara, 1972: 41-48). Al hablar de Inglaterra Sykes (1988: 193) dice que "parece haber habido una etapa de conflictos especialmente intensos y virulentos a comienzos de la década de 1830). Toda esa experiencia [...] influyó profundamente sobre las actitudes y relaciones de clase".

universal, igualdad de distritos electorales, voto secreto, inmunidad parlamentaria y la supresión de los requisitos relativos a propiedades para poder ser candidato en una elección. En relación con si esto no era, en el mejor de los casos, un mero conjunto de demandas de democracia parlamentaria, Dolléans (1947: 127) afirma que era meramente una "apariencia", que la Carta tenía "un carácter claramente socialista" y que para los cartistas, "la verdadera democracia implicaba una revolución social". Desde hace mucho se ha discutido si ésta es la manera correcta de ver el cartismo. Por un lado están quienes, como Evans (1983: 255, 257), ven el cartismo como "con mucho, el movimiento político más importante de trabajadores organizado durante el siglo XIX", y afirman que se trató de "una etapa crítica en la educación política de los trabajadores".[34] Y hay otros que, como Gash (1979: 209) lo ven más bien como una mera "continuación, con otro nombre, del antiguo movimiento radical de reforma". Jones ofrece un puente entre ambos puntos de vista al decir que "si el cartismo se convirtió en un movimiento de trabajadores no lo hizo por elección sino por necesidad".[35]

No obstante, como sabemos, al final el cartismo fracasó. Tal vez fue, como sostiene Royle (1986: 57-58) porque los cartistas "no tenían ninguna estrategia coherente o efectiva que ofrecer", al estar desgarrados entre los educadores morales "desesperanzadamente ingenuos" y los

[34] Bédarida (1979: 319) está de acuerdo: "Desde el punto de vista británico el cartismo representa el movimiento de emancipación popular más poderoso, profundo y completo que haya conocido la Inglaterra moderna. Desde un punto de vista europeo constituye una de las dos grandes luchas revolucionarias de los trabajadores del siglo XIX. La otra fue la Comuna de 1871."

[35] "Como fenómeno popular el cartismo fue la versión última, más destacada y más desesperada —aunque no tal vez la más revolucionaria— de una crítica radical de la sociedad [...] La visión que subyacía a esa crítica era la de una sociedad más o menos igualitaria, poblada exclusivamente por las personas industriosas y que requería un gobierno mínimo [...]

"El cartismo y la política radical no tienen sentido si se los interpreta como una respuesta al surgimiento de un capitalismo industrial concebido como un proceso económico objetivo, inevitable e irreversible. La imagen radical era de un desarrollo mucho más arbitrario y artificial, cuya fuente debía encontrarse, no en el funcionamiento real de la economía, sino en la aceleración y la acentuación de un proceso de saqueo financiero que se hizo posible por los acontecimientos políticos de los cincuenta años precedentes." Desde luego, el cartismo incluía también otros elementos. Sobre su papel en una "sensibilidad cristiana radical", véase Yeo (1981: 110-112). Respecto a lo que se denomina el carácter *tory* radical del cartismo septentrional, lo que implica el "proteccionismo tradicional", véase Ward (1973: 156 *passim*)

"que abogaban por la fuerza física, atrapados en su propia retórica". Sin embargo, como afirma el mismo Royle (1986: 93), "el mayor logro de los cartistas fue el cartismo, un movimiento imbuido no de desesperación sino de esperanza". El cartismo fue parte esencial del proceso —que cristalizó con la revolución-mundo de 1848— de definir la gran antinomia social del siglo XIX y la mayor parte del XX: burguesía contra proletariado.

Ni la burguesía ni el proletariado son esencias eternas. Eran creaciones sociales que, sin duda, reflejaban cierta realidad social, que luego fueron reificadas. Y como ocurre con todos los conceptos de este tipo, fue el estrato dominante, y no el dominado, el que inició el proceso de reificación, en oposición a lo que se pensó posteriormente. Ya discutimos el papel de Guizot, incluso antes de la monarquía de julio, en la elaboración del concepto de clase, concepto que había tomado de Saint-Simon. Lo hizo, desde luego, para justificar el papel político de la burguesía en oposición al de la aristocracia. Pero lo hizo también para ubicar a la burguesía (que creía que con el tiempo asimilaría a la aristocracia) *vis-à-vis* el proletariado, y para distinguir entre ambos (Botrel y Le Bouil, 1973: 143). Aunque estaba buscando el *droit de cité* para la burguesía y, en última instancia, el control político total, se oponía específicamente a la inclusión del proletariado. El *droit de cité* debía reservarse para los ciudadanos activos, es decir, con propiedades.[36]

A medida que la burguesía evolucionaba lentamente hacia esa categoría mucho más vaga y más incluyente de la "clase media" o "clases medias",[37] también, con el tiempo, el proletariado evolucionó hacia esa categoría más vaga y más incluyente de la "clase trabajadora" o "clases trabajadoras". Llegaría a haber mucha resistencia por parte de numerosos políticos y sociólogos a utilizar un lenguaje explícito de clases, porque el uso del mismo llegó a identificarse con una posición política específica —la del marxismo— y por lo tanto emplearlo vino

[36] Al analizar el surgimiento del concepto en España, Ralle (1973: 124) cita la definición de burguesía que daba un periódico socialista español, *La Emancipación*, en 1871: "todos aquellos que, como parte de diferentes clases y seguidores de diferentes partidos, viven en un régimen de injusticia social y se esfuerzan más o menos para gozar de los frutos de sus ventajas y contribuir a mantener el sistema".

[37] Esto permitiría después que los sociólogos disputasen, con verdadero furor clerical del medievo, la definición exacta de la clase media. Sobre un debate acerca de las definiciones tal como las aplican a Francia, véanse sucesivamente Cobban (1967), O'Boyle (1967), Stearns (1979a), O'Boyle (1979) y Stearns (1979b).

a significar, para muchos, la aceptación del análisis y la política marxista. Pero retirarse a un lenguaje más vago no eliminó la antinomia. Si acaso, la fortaleció —al hacer más fácil que los individuos pasaran silenciosamente sobre las líneas— al mismo tiempo que mantenía esas líneas firmemente. Para los que pasaban, lo importante era que hubiese una línea que impidiese que otros pasasen también y pudiese socavar la posición de privilegio recientemente adquirida de la ciudadanía plena de quienes se las habían ingeniado para cruzarla.[38]

Como al final el concepto del proletariado, incluso en su versión desleída de la clase trabajadora, tenía la intención de excluir, no es sorprendente que las personas así designadas se esforzasen frecuentemente por redefinir la terminología. Por ejemplo, en Cataluña, los dependientes de las tiendas, que tenían condiciones de trabajo espantosas, se negaban a permitir que se los denominase *obrers* o *proletaris*, e insistían en que eran *treballadors*. Esto se debía a que, en el siglo XIX, el último término se asociaba menos con el trabajo manual no calificado que el de *obrers* (Lladonosa y Ferrer, 1977: 284). En Alemania la política de las denominaciones era muy clara. A partir de la década de 1830 el término *Arbeiter* comenzó a ampliarse a partir de su indicación original de trabajador no calificado para incluir a los jornaleros y ser aceptado por ellos en su fase política radical. Sin embargo, los artesanos autoempleados se resistían a ser incluidos en esta categoría, y el movimiento obrero se resistía a incluirlos (Kocka, 1986: 326-327).[39]

[38] Inglaterra ha constituido siempre una notable excepción a esta incomodidad acerca del lenguaje de clases. Jones (1983: 2) apunta la poco usual "difusión generalizada [...] del vocabulario de clases" en Inglaterra, y nos brinda la siguiente explicación: "A diferencia de Alemania, los lenguajes de clases en Inglaterra nunca se enfrentaron a una rivalidad importante de un lenguaje preexistente de los estamentos; a diferencia de Francia y de Estados Unidos, el vocabulario republicano y las nociones de ciudadanía nunca pasaron de ser una corriente menor [...] a diferencia de los países de Europa del sur, los lenguajes de clases no acompañaron —sino que precedieron, y por mucho— la llegada de los partidos sociales democráticos, y nunca se asociaron exclusivamente con ellos."

[39] Se puede encontrar una discusión de la terminología referida a las clases trabajadoras en Inglaterra en Hobsbawm (1979: 59-63). Hobsbawm (1964: 116), tiene también un análisis muy útil respecto a la forma en que deberíamos concebir a quienes trabajaban desde sus casas y a destajo: "El comienzo del periodo industrial no *remplazó* a los trabajadores domésticos por trabadores fabriles [...] Por el contrario, los multiplicó [...] Los tejedores que usaban telares manuales y que [después] dejaron de hacerlo porque ya no se pagaba su trabajo no eran simples 'sobrevivientes de la Edad Media' sino una clase multiplicada y en gran medida creada *como parte de la industrialización capitalista en sus fases tempranas*, tal como ocurrió con los obreros fabriles [...] Es tan poco realista

Desde luego, ambos lados podían jugar este juego. Scott (1988: 123-124) relata la interesante historia de un informe de 1851 de la Cámara de Comercio de París que procuraba recategorizar la estructura social para deslegitimar la revolución social de 1848. El objetivo era reducir el número de trabajadores incluyendo en la categoría de jefes de empresa a todas las personas autoempleadas; a todas las que fabricaban artículos sobre pedido y que empleaban a otras, incluso si estas otras eran miembros de la familia que no recibían pago; a todas las que elaboraban artículos para la "clientela burguesa" (ésta incluía a las lavanderas), y a todos los que producían artículos sobre pedido para más de un fabricante. Con ello el informe erradicaba la identificación de clase de estas personas como trabajadores o proletarios que se habían manifestado en el periodo de febrero a junio de 1848. "Escrito poco después de 1848, pretendía cuestionar las afirmaciones económicas y políticas más radicales de la revolución y reafirmar una visión [jerárquica y armoniosa] de la organización económica que había sido gravemente cuestionada, sobre todo por teóricos socialistas." Así era que los liberales teorizaban cuando los radicales organizaban.

El periodo que va desde la derrota de las revoluciones de 1848 hasta finales del decenio de 1860 fue muy difícil para los movimientos de trabajadores. La reacción inicial de quienes ocupaban el poder fue reprimir cualquier cosa que pareciese hacerse eco de esos días revolucionarios. La derrota del cartismo y de las revoluciones de 1848 creó, a su vez, un sentido de "desilusión" en las clases trabajadoras. Jones (1983: 71) sostiene que "ya parecía garantizada la permanencia del capitalismo industrial, y con excepción de los más desesperados de los trabajadores a destajo, todos se vieron forzados a adaptarse a este hecho".[40] Sin embargo, una mirada más cercana parece indicar que *adaptarse* parece un término erróneo. Tal vez sea mejor decir *permanecer inadvertidos* hasta que lleguen mejores tiempos. Me da la impre-

dejar fuera del panorama a los trabajadores no fabriles del periodo industrial temprano como lo sería restringir el análisis de los efectos sociales de la introducción de la máquina de escribir en los salarios y la jerarquización de los trabajadores en las fábricas de producción en masa que las producían, para dejar de lado a las mecanógrafas."

[40] Kumar (1983: 16) ofrece una explicación similar de la "desradicalización" de la clase trabajadora inglesa: "Los efectos desmoralizadores del cartismo, combinados con el hecho de que en varias industrias los empleadores estaban logrando por fin romper el control de los artesanos sobre la organización y el patrón de trabajo, dieron por resultado una fuerza de trabajo fabril en gran medida apolítica, que veía su máxima esperanza para el futuro en términos industriales y sindicales."

sión de que Dolléans (1947, 1: 225) lo expresa de manera más precisa cuando llama al periodo 1848-1862 "el incendio en gestación".

Lo que destaca un autor tras otro es la continuidad entre los patrones de la década de 1840 y los de la de 1860, como si las tácticas de los trabajadores simplemente se retomasen una vez que disminuyó ligeramente la represión. "El radicalismo popular no sólo sobrevivió después de 1848 sino que siguió siendo una importante fuerza política" (Biagini y Reed, 1991: 5).[41] Y por todos lados seguimos viendo un papel primordial de los artesanos en oposición a los obreros fabriles no calificados. Hinton (1983: 2) dice sobre la Inglaterra de mediados de la era victoriana: "En el lenguaje de los comentarios sociales contemporáneos, 'calificado' y 'organizado' se usaban muchas veces como sinónimos."[42]

Desde luego, se puede comprender la advertencia que hace Kocka (1948: 112) respecto a "exagerar la continuidad entre la historia del

[41] Al hablar de Gran Bretaña, Musson (1976: 355) sostiene: "*No* existía un 'movimiento de masas' sostenido, unido, con conciencia de clase en las décadas de 1830 y 1840, y *no* se creó repentinamente una 'nueva aristocracia del trabajo' a mediados del siglo. *No* hubo una gran 'discontinuidad' alrededor de 1850 sino una *continuidad*, en el sentido de un cambio continuo y gradual". Al referirse a Alemania, Conze y Groh (1971, I: 159) hablan de "continuidad —en términos de personal, ideología y, en menor medida, organización— del movimiento de la clase trabajadora y, por ende, de una gran parte del movimiento democrático". Y al hablar de Estados Unidos Hoagland dice sobre el decenio de 1850 que: "Despojados de ideales universales y refulgentes, sin establecer ni un sólo periódico sindicalista que pudiese apelar al país, los oficios especializados se ocuparon fríamente de conseguir mejor pago para ellos mismos por medio de organizaciones permanentes y exclusivas."

[42] Respecto a Francia, véase Moss (1976: 8): "El movimiento laboral francés no surgió entre los trabajadores fabriles [...] sino entre los artesanos calificados contratados como asalariados en la producción capitalista en pequeña escala." Véase también el estudio sobre Marsella de Sewell (1974: 81): "Los oficios artesanales casi siempre tenían alguna forma de organización laboral, por lo general *compagnonnages*, sociedades de ayuda mutua, hasta finales del decenio de 1860, cuando se legalizaron las *chambres syndicales* [...] En contraste, no encuentro ninguna evidencia de organizaciones laborales perdurables en *ninguno* de los oficios proletarios." Sobre Alemania, véase Geary (1976: 298): "Quienes integraban la base de los clubes y asociaciones de los trabajadores en la década de 1860 eran principalmente trabajadores calificados que laboraban en empresas relativamente pequeñas, y desde luego no se los reclutaba de una fuerza de trabajo concentrada y no calificada." Véase también Kocka (1986: 314): "No es sorprendente que los jornaleros fuesen los principales defensores del movimiento laboral inicial." Sólo respecto a Estados Unidos encontramos un tono ligeramente diferente: "Hacia el decenio de 1850 había más voceros de las partes no calificadas de las clases, y más personas que se identificaban como trabajadores asalariados" (Bridges, 1986: 177). Pero, claro, Estados Unidos no padeció ninguna represión específica de las clases trabajadoras libres y blancas en esa década.

Handwerk y la de la clase trabajadora".[43] Y sin embargo en este periodo encontramos cierta "radicalización" entre los estratos artesanales, dice Sewell (1974: 88-89), especialmente entre los "inmigrantes".[44] Los comentarios de Hinton (1983: 5) resultan útiles para desentrañar esta aparente paradoja. Ve dos tipos de trabajadores calificados: los de las industrias artesanales, cuyo "gremialismo era una consecuencia de la comunidad informal del oficio", y los de otros sectores, donde "el estatus de trabajador calificado era con mayor frecuencia producto de la organización gremial", en lugar de precederlo. Los primeros a veces eran muy radicales, porque "experimentaban una privación relativamente mayor" (Moss, 1975b: 7) que los obreros fabriles, pero con el tiempo fueron eliminados del panorama, mientras que los segundos habrían de convertirse en la base fundamental de las futuras organizaciones socialistas y sindicales.

Durante todo ese lapso, de hecho a lo largo de todo el siglo XIX y el XX, "el temor a las masas, la preocupación por el orden, que era el tema [...] subyacente siempre a las acciones de la clase gobernante" (Moorhouse, 1973: 346). Pero tanto para el estrato dominante como para las clases trabajadoras la cuestión por resolver siempre fue qué táctica era óptima. Desde el punto de vista de los estratos dominantes la represión tiene sus méritos, pero también atiza el fuego que se está gestando y, eventualmente, genera revueltas. Así que a finales de los años 1860 tanto Napoleón III como el Partido Conservador británico sintieron la necesidad de aflojar las restricciones, de hacer más posible que hubiese organizaciones de trabajadores y tal vez expandir un poquito la definición *de facto* de ciudadanía. En un informe redactado en 1860 para el Congreso de la Asociación Nacional de Ciencias Sociales, en Gran Bretaña, se aprobó "el sindicalismo como un ensayo

[43] Él nos recuerda (1984: 99) que a partir del decenio de 1860 "el movimiento socialdemócrata y laborista socialista emergente" en Alemania "atacaba explícitamente las tradiciones de oficios y artesanos, así como las lealtades entre los jornaleros y los trabajadores industriales (calificados), pero reconocían atinadamente que esas tradiciones y lealtades eran estrictamente específicas de los oficios, particularistas y restringidas, y que como tales impedían el avance de la solidaridad de clase amplia y comprehensiva que estaban tratando de promover".

[44] Su secuencia causal (1974: 99-100) es la siguiente: la represión de las organizaciones de trabajadores durante el segundo imperio desmantelaron estructuras que habían sido clubes exclusivos de marselleses no inmigrantes, muy católicos y, por lo tanto, monarquistas, y llevó al surgimiento de una cultura de cafés, que a su vez "le abrió paso a la política republicana y socialista entre los artesanos". De esta manera, afirma, el surgimiento de la "clase trabajadora" fue "un cambio *cultural*, además de político" (p. 106).

de autogobierno", y los autores declaraban que los "dirigentes de una huelga, cuando no existe una sociedad organizada en forma regular, tienden a ser más irrazonables y violentos que cuando existe la misma" (citado en Pelling, 1976: 51). Parece un conocimiento muy elemental de la ciencia social, que marcó el inicio de un intento de manejar el cuestionamiento de la definición de ciudadanía que estaban haciendo entonces los movimientos organizados de la clase trabajadora. Cien años después otro científico social, mirando hacia atrás, opinó que "en Inglaterra las protestas de las clases bajas parecían estar dirigidas a establecer la ciudadanía de los trabajadores" (Bendix, 1964: 67). Bendix opinaba que esto distinguía a Inglaterra del continente europeo. Es probable que esté doblemente equivocado. El objetivo lo era tanto de los movimientos sindicales en Europa continental como de los ingleses. Y no es verdad, ni siquiera en Inglaterra, que fuese su único objetivo. No obstante, era lo único que lograrían alcanzar, y el centro liberal, en su teorización, y los conservadores esclarecidos, en su práctica, se abocaron a convencerlos de que era todo lo que necesitaban o podían desear.

Este periodo fue el momento en el cual se fundó la llamada Primera Internacional, la Asociación Internacional de Trabajadores (International Working Mens' Association [IWMA]). Era una asociación muy pequeña y débil; las organizaciones que la integraban eran igualmente débiles e iban en pos de objetivos que no eran del todo internacionales.[45] Pero en términos de la estrategia del desarrollo del

[45] Véase Kriegel (1979: 607): "En esencia, la Asociación Internacional de Trabajadores surgió como producto de una convergencia momentánea de diferentes intereses [...] [a los sindicalistas británicos les pareció] útil ponerle un alto a la importación de esquiroles a Gran Bretaña, o de trabajadores competidores que aceptaban trabajar por un menor salario. Los trabajadores franceses estaban buscando un modelo. No sabían bien a bien qué ruta debían seguir: ¿la lucha política en alianza con la burguesía republicana, contra un imperio que oscilaba entre el autoritarismo y un llamado al apoyo popular?, ¿o una lucha económica contra los empleadores horrorizados ante la nueva competencia inglesa y que se adaptaban mal a la rapidez de las transformaciones que estaba experimentando la economía francesa? [...] La gran utilidad de ese diálogo franco-británico le brindó un propósito concreto a esa nueva asociación." Van den Linden (1989) señala los problemas inherentes de la Asociación Internacional de Trabajadores como asociación *política* internacional, compuesta primordialmente por sindicatos afiliados a ella. Sugiere, por ejemplo, que la razón esencial de que los sindicatos británicos saliesen de la asociación a partir de 1867 fue que ya no necesitaban su colaboración contra el uso de esquiroles extranjeros en Inglaterra y para recibir ayuda financiera durante las huelgas puesto que se habían implantado sólidamente en Gran Bretaña a nivel nacional.

movimiento obrero sirvió como sede del gran debate de Karl Marx y Mijaíl Bakunin (Forman, 1998: cap. 1). Este debate tuvo muchos aspectos pero su meollo fue que los anarquistas veían al Estado como un enemigo implacable, con el cual no podía haber compromiso alguno, mientras que los marxistas tenían esencialmente una teoría de la transformación social en dos etapas: obtener de alguna manera el poder estatal y después transformar el mundo. La manera de llegar a obtener el poder del Estado, desde luego, llegaría a dividir seriamente a los marxistas. Pero primero tenían que superar la fuerza de las opiniones anarquistas.

La situación evolucionaría en el último tercio del siglo XIX. El socialismo, en términos de Labrousse, se convertiría en un movimiento poderoso, así como en una poderosa idea. De manera que parece haber una considerable "radicalización" del conflicto de clases, empezando con la Comuna de París y siguiendo con el ascenso de los partidos socialistas y los sindicatos, por lo menos en todas las partes más industrializadas y ricas del sistema-mundo. "En 1880 apenas existían [partidos socialistas]. Para 1906 se los [...] daba por sentados" (Hobsbawm, 1987: 116-117).[46] Pero ahora también es un lugar común el hecho de que a partir de 1890 se produjo una desradicalización general de estos movimientos,[47] que culminó en 1914 con el voto por la guerra de todos los partidos socialistas (con la notable excepción de los bolcheviques).[48]

[46] "Los partidos laboristas y socialistas casi por doquier crecían a un ritmo que, según el punto de vista, era extraordinariamente alarmante o maravilloso [...] El proletariado estaba uniendo sus partidos."

[47] Véase Geary (1981: 109): "La clase trabajadora europea parecía abandonar la barricada de la huelga y la insurrección en pro de la organización pacífica."

[48] Los ambiguos debates del periodo inmediatamente precedente a las declaraciones de guerra pueden encontrarse en Haupt (1965). El punto esencial es que prácticamente todos los partidos prometieron negarse a participar en la guerra, y prácticamente todos votaron en favor de los créditos de guerra. El cambio de la posición pública fue cuestión de días. Kriegel y Becker (1964: 123) explican así la actitud de los socialistas franceses: "Parece que un cierto socialismo no es otra cosa que una forma moderna de jacobinismo y que, cuando el país está en peligro, la voz de los 'grandes antepasados' prevalece sobre las teorías socialistas difíciles de reconciliar con la situación inmediata." Y Schorske (1955: 284) explica el voto del SPD alemán en favor de los créditos de guerra como "nada más que el final lógico de una clara línea de desarrollo, [en la cual] el control de posiciones de poder fundamentales en el partido había pasado a las fuerzas reformistas en el curso de la década anterior". En realidad los bolcheviques no eran los únicos que condenaban la guerra. Durante el conflicto, en 1915, los partidos socialistas balcánicos se reunieron en Bucarest y condenaron tanto la guerra como el hecho de

La imagen que nos ofrece la mayoría de los textos históricos sobre el tema es de una curva de militancia que ascendió a través de la movilización popular y luego descendió por medio de la sagacidad reformista (o la traición, si uno prefiere esa retórica). Esto es indiscutiblemente cierto en sus trazos más burdos, aunque la parte ascendente de la curva puede no haber sido nunca tan grande como creen algunos. Como dice Michèle Perrot (1967: 702) del llamado revisionismo entre los socialistas de la Francia de finales del siglo XIX, "Para que pudiese haber una 'revisión', primero tenía que haber algo que revisar".[49]

La cuestión es dónde yacen las raíces de este supuesto incremento político radical, incremento que, al final (para 1914) ya no parecía amenazar ninguna de las estructuras sociales ínsitas del moderno sistema-mundo. Parece razonable interpretar esto como un enfrentamiento acerca de la ciudadanía; es decir, acerca de quién sería incluido en los privilegios de ser designado el tipo de ciudadano (activo) que tenía estos derechos y derivaba beneficios de ello. Era sin duda una cuestión material, pero también una cuestión de identidad e identificación. La estrechez de las definiciones predominantes de la verdadera ciudadanía en el periodo 1815-1848 (justificadas por la premisa de que los trabajadores no tenían ni educación ni propiedades y, por lo tanto, no podían tener razón alguna para mantener el orden social) provocó una "revolución-mundo" que dejó atónitos a los estratos medios (ya que amenazaba con ir demasiado lejos) y condujo a la represión. Cuando, al cabo de veinte años, se agotaron las ventajas de la represión,[50] llegó a haber más espacio político de maniobra popular. Por un lado, el centro liberal instaba a la "educación" de las clases trabajadoras. Y, por el otro, las clases trabajadoras presionaban por su propia "educación".

---

que la mayoría de los partidos socialistas estuviesen apoyándola. Hablaron de "la vergüenza de la Internacional" (Haupt, 1978: 78).

[49] De modo similar, Geary (1976: 306), al analizar el papel del marxismo oficial del Partido Social Demócrata Alemán, dice que "está claro que se ha exagerado el radicalismo del SPD en sus primeros años, y esto le plantea problemas a la teoría usual del aburguesamiento del partido".

[50] Y pese a una segunda represión posterior a la Comuna. La Asociación Internacional de Trabajadores dejó de existir después de la Comuna, en parte por esa represión. Los miembros ingleses renunciaron para disociarse de la publicación de *La guerra civil en Francia* que llevó a cabo el consejo general. Y el gobierno francés impulsó una campaña para acusar a la asociación de responsabilidad por la Comuna, con cuyos orígenes y funcionamiento no había tenido prácticamente nada que hacer. Pero cualquier excusa servía (Forman, 1998: 61).

Esto, a su vez, llevó a la creación de organizaciones serias que procuraban forzar el ritmo de inclusión por lo menos de las clases trabajadoras masculinas, urbanas. Estas organizaciones debían hacer sus demandas un poco más sonoras para ser tomadas realmente en cuenta, tanto por parte de las clases dominantes como por la de aquellos a quienes esperaban movilizar políticamente. Así fue como oímos una retórica "radical". Esta retórica fue efectiva, y los estratos dominantes reaccionaron con diversos tipos de concesiones: extensión del sufragio, expansión de beneficios económicos (incluyendo el naciente Estado benefactor) e inclusión en la "nación" mediante las exclusiones resultantes del racismo y el imperialismo. Desde luego, esto arrojó los resultados deseados: mantener al sistema en sus rasgos principales y lograr la "moderación" de la retórica de los trabajadores. No es necesario introducir conceptos de errores de juicio (falsa conciencia), interés personal de un estrato dirigente burocrático (traición, la ley de hierro de la oligarquía) o el interés especial de los trabajadores mejor pagados (aristocracia de la mano de obra) para explicar un proceso que en retrospectiva parece ser más o menos pandémico, más o menos inevitable, y que se produjo de manera bastante similar en todo el mundo (en la parte más industrializada y más rica del mundo en el periodo 1870-1914) pese a todas las variaciones nacionales en los detalles de sus respectivas historias y condiciones inmediatas, variaciones que, en última instancia, resultaron de menor importancia.

Hay un sentido en el cual el "radicalismo" del periodo posterior a 1870 fue de hecho mucho menos radical en espíritu que el "radicalismo" del periodo previo a 1848. Como lo plantea Jones (1983: 237-238):

> Una de las características más impactantes de los movimientos sociales entre 1790 y 1850 ha sido la claridad y concreción de su concepción del Estado [...] Se lo ha visto como una máquina de carne y hueso de coerción, explotación y corrupción [...] El triunfo del pueblo lo sustituiría por una democracia popular de tipo Leveller o jacobino.

Sin embargo, el programa concreto era "republicanismo, secularismo, autoeducación popular, cooperación, reforma agraria, internacionalismo", y todos estos temas se habían convertido ya por entonces en parte de la letanía del centro liberal, por lo menos de su flanco más progresista. Los movimientos de finales del siglo XIX trasladarían su

énfasis "del poder al bienestar", y con eso, quedaron encajonados en una "cultura defensiva". En cierto sentido, por radicales que fuesen los movimientos posteriores a 1870, eran menos iracundos que los anteriores a 1848. La seducción de la recompensa de la ciudadanía estaba volviéndose demasiado fuerte.

El periodo transcurrido entre la década de 1870 y la primera guerra mundial presenció la primera organización sustancial de las clases trabajadoras en movimientos políticos (primordialmente socialistas y anarquistas) y en sindicatos. Por ende se convirtió en el periodo de un gran debate en torno a la estrategia. La cuestión que preocupaba a todos los que organizaban era cómo podían alcanzar sus metas las clases trabajadoras, y en especial cómo debían relacionarse con los estados y parlamentos existentes. Se produjo el debate entre los marxistas y los anarquistas. Y se produjo el debate transversal entre los así llamados revolucionarios y los así llamados reformistas. En un nivel, eran debates reales, y absorbían una gran cantidad de energía y tiempo organizacional. Y por otro lado, con frecuencia resultaban ser debates de menor consecuencia de lo que ha solido suponerse en su tiempo y desde entonces.

Es importante observar que los movimientos más fuertes y de mayor influencia se encontraban primordialmente en los países económicamente más poderosos: Gran Bretaña, Francia, Alemania, Estados Unidos, Italia, Bélgica, Países Bajos y, en menor medida, el resto de Europa y los dominios blancos de Gran Bretaña. Y si a esta lista se añade Rusia, todos los debates que constituyeron subsecuentemente la memoria histórica central de los movimientos sociales/laborales del mundo y que se convirtieron en la referencia del discurso prácticamente por doquier, tuvieron lugar en esos países. Lo que resulta impactante, cuando se revisan los debates en esas naciones, es lo sorprendentemente similares que eran, pese a las fundamentales y frecuentemente señaladas características históricas específicas de cada situación nacional, y a pesar de las diferencias en las denominaciones retóricas que suelen usarse para describirlos.

Recordemos primero que en el periodo posterior a 1870 el sufragio masculino se había ampliado mucho. Especialmente notables fueron las ampliaciones iniciadas en 1867 por Disraeli en Gran Bretaña y por Bismarck en Alemania, que coincidían con las que se habían iniciado antes en el segundo imperio y en Estados Unidos, y que pronto se encontrarían en otros lugares de Europa. Por supuesto, el sufragio

todavía distaba de ser universal.[51] Bendix (1964: 63) ensalza esas ampliaciones porque canalizaron la protesta de la clase baja para "hacer efectiva la plena participación en la comunidad política existente o establecer una comunidad política nacional en la cual tal participación fuese posible". Probablemente esté en lo cierto.[52] Lo que cabe preguntarse es cuánto haya que celebrarlo.

En Gran Bretaña, que funcionó como una de las dos principales sedes de los movimientos previos a 1870, en opinión de la mayoría de los observadores, el denominado nuevo unionismo de finales de la década de 1880 representaba una militancia nueva (o renovada). Desde luego, como lo señala Hobsbawm (1984c: 152-153), podemos encontrar un "nuevo" unionismo en Gran Bretaña porque, a diferencia de lo que ocurría en la Europa continental, "encontramos un 'viejo unionismo' ya establecido [...] que combatir, transformar y expandir", un

[51] Hinton (1983: 77) calcula que, incluso después de las ampliaciones adicionales en Gran Bretaña, en 1844, sólo dos terceras partes de los varones adultos estaban calificados (debido a los requisitos de registro del lugar de residencia y la exclusión de los indigentes). Moorhouse (1973: 346) afirma que sólo la mitad de la clase trabajadora masculina contó con el voto antes de 1918. Sin embargo, Hinton apunta que, pese a estas cifras, a partir de 1884 "la extinción del derecho al voto nunca se convirtió en tema central de la política de la clase trabajadora". Roth (1973: 35), insiste en que Bismarck vio la ampliación del sufragio como algo que le proporcionaba "un voto conservador masivo contra los liberales, sobre todo en el campo". Es probable que lo mismo pensase Disraeli. Curiosamente, Groh (1973: 27) ve la ampliación efectuada en Alemania en 1867 como algo que debe explicarse por el excepcional "sistema constitucional alemán".

[52] Pero véanse los argumentos de Bridges (1986: 192) respecto a Estados Unidos: "Al subrayar la importancia del sufragio cabría hacer algunas excepciones. No estoy diciendo, como Reinhard Bendix, que los trabajadores de Estados Unidos estuviesen menos indignados por la industrialización que los votantes de otros lugares porque ellos obtuvieron el voto como una 'compensación' [...] Lo que afirmo es que cuando los trabajadores tenían metas políticas [...] tenían derecho a votar y representaban una minoría urbana, eran atraídos inevitablemente hacia la política electoral y la política partidista... y esas prácticas, de manera también inevitable, configuraban su conciencia y su cultura."

La configuración de la cultura es también lo que le preocupa a Langewiesche (1987: 517): "Si uno define la sociedad y la cultura del imperio alemán como 'burguesas', el movimiento cultural laboral socialista fue un instrumento de aburguesamiento. Los trabajadores socialistas que construyeron estas organizaciones culturales y los expertos socialistas que contribuyeron con sus programas de altas miras, sin embargo, no veían sus esfuerzos como un mejoramiento cultural en este sentido. Por el contrario, creían que estaban luchando, no por una cultura burguesa, sino por una cultura nacional, herencia que el sistema de clases de la Alemania imperial *conspiraba para mantener fuera de su alcance*."

nuevo sindicalismo que se convertiría en la base para la fundación del Partido Laborista.[53] Los nuevos sindicatos tenían más que el propósito de incluir a los artesanos o a quienes tenían un trabajo fijo, continuo y asalariado. Debían ser sindicatos "generales" para los trabajadores de gran movilidad, no calificados, que carecían de recursos humanos y que habían estado desorganizados porque no podían utilizar las tácticas de los sindicatos de artesanos. Los sindicatos generales eran su esperanza de contar con un arma (Hobsbawm, 1949: 123-125).

El nuevo sindicalismo subrayaba las estrategias y las formas organizacionales, vínculos cercanos con los movimientos socialistas emergentes y la organización de los desorganizados a fin de crear así un *movimiento* sindical mucho más fuerte. Aunque el nuevo sindicalismo suele verse como un fenómeno peculiarmente británico, de hecho se produjeron desarrollos análogos en diversos países europeos (Hobsbawm, 1984d: 19; Pollard, 1984: 58). En sus comienzos, en 1889-1891, el nuevo sindicalismo condujo a un crecimiento espectacular de los sindicatos, pero este incremento repentino resultó ser bastante efímero. Desde 1891 hasta 1914 las cifras siguieron ascendiendo, pero sólo a paso muy lento (Hinton, 1983: 45-53, 64).[54] ¿Por qué hubo un "apogeo tan breve"? Para Hyman (1984: 331) "diversos correctivos institucionales [controlaban y] reducían considerablemente el poten-

[53] "El 'nuevo sindicalismo' continental de finales del siglo XIX era nuevo en la medida en que establecía sindicatos como una fuerza seria, que no habían existido hasta entonces fuera de algunas localidades y de ocasionales oficios artesanales." Por otro lado, G. D. H. Cole (1937: 21-22) es una voz que defiende "la considerable militancia sindicalista" de los viejos sindicatos británicos. "Estoy enteramente de acuerdo en que los dirigentes de los sindicatos de la década de 1869 y principios de la de 1870 no eran socialistas en ningún sentido; pero lo mismo puede decirse de los líderes del cartismo. No eran revolucionarios en ningún sentido: también coincido con eso; pero una cosa es abandonar las actitudes revolucionarias y otra muy distinta aceptar la filosofía del capitalismo."

De cualquier manera, no debemos olvidar que una de las cosas que facilitaron el surgimiento del nuevo sindicalismo fueron las dos leyes aprobadas por Disraeli en 1875, que de hecho legalizaron a los sindicatos al excluirlos de la ley de conspiración, permitiendo las demostraciones pacíficas y cancelando la pena de cárcel por ruptura de contrato. Estas leyes fueron notablemente más permisivas que la legislación previa de un gobierno liberal (Hinton, 1983: 22; Pelling, 1976: 66, 69). Una vez más fueron concesiones conservadoras las que pusieron en práctica teorías liberales.

[54] La explicación que da Hinton (1983: 50) de la brevedad de la aparición es que "los éxitos del nuevo sindicalismo, durante 1889-1890, se basaban en el pleno empleo, la disposición de la policía a tolerar las demostraciones enérgicas y a la ausencia de una oposición concertada por parte de los empleadores. Ninguna de estas condiciones duró mucho tiempo".

cial de que se produjesen desórdenes". Para Hobsbawm (1964: 189) se trataba del hecho de que la capacidad de los sindicatos generales militantes de clase para sobrevivir a los periodos de caída económica dependía de que fuesen "tolerados y aceptados" por los empleadores, lo que dependía, a su vez, de una "política más cautelosa y conciliatoria". De manera similar, para Howell (1983: 111), en vista de que el nuevo sindicalismo tenía más éxito cuando organizaba a los trabajadores cuyo trabajo tenía valor de escasez (trabajadores del gas, oficios metalúrgicos), descubrió que debían abandonar la "esperanza ecuménica de sindicatos generales en gran escala", y de ello se siguió que la "prudencia [era] una condición para la supervivencia". Burgess (1975: 309) pone énfasis en el desarrollo de una burocracia sindical con un "estilo de vida" diferente del de los trabajadores promedio, lo que hacía que los sindicatos se mostrasen "renuentes" a ser demasiado militantes en la medida en que las disputas con los empleadores podían "poner en peligro" los fondos de los sindicatos, los cargos de sus funcionarios y los beneficios mutuales de los miembros.

La consecuencia fue que el nuevo unionismo británico logró unas cuantas cosas: ayudó a alejar a los sindicatos del Partido Liberal para acercarlos al Partido Laborista.[55] Organizó nuevos sectores de la fuerza de trabajo, aquellos en los cuales los organizadores no tenían que competir con estructuras sindicales ya existentes (Hobsbawm, 1984b: 166-167). Y contribuyó al "estrechamiento de diferenciales" entre las clases trabajadoras (Hobsbawm, 1984b: 156). Pero a la larga resultaría que "no había una visión esencialmente diferente" entre el viejo sindicalismo y el nuevo (Duff, 1961: 319).[56]

Una de las cuestiones centrales para el movimiento obrero de la época era la relación de los sindicatos y los partidos socialistas, asunto que fue tema de muchos debates y ciertas tensiones. En Gran Bretaña los sindicatos eran una base organizativa de gran importancia para

[55] Pero, dice Hinton (1983: 60), "el crecimiento de la política socialista en el decenio de 1890 representaba, no una generalización política de la militancia industrial, sino una reacción a la derrota en la lucha industrial, una búsqueda de soluciones políticas donde habían fallado las industriales. Detrás de esto estaban la debilidad y el carácter incompleto de la organización sindicalista".

[56] O, como lo expresa Hobsbawm (1949: 133): "El 'nuevo unionismo' de 1889 se volvió incómodo, igual que el 'viejo unionismo' contra el cual había combatido en otros tiempos, y las políticas de sus dirigentes cambiaron de manera concomitante. Los marxistas revolucionarios [...] iban siendo sustituidos cada vez más por socialistas mucho más moderados."

el nuevo Partido Laborista, y recibió un papel institucionalizado de mayor importancia, dentro del partido, de lo que habría de ocurrir en la mayoría de las demás situaciones nacionales. No obstante, el nuevo unionismo de Gran Bretaña fue tal vez la última ocasión en la cual el centro de la militancia del movimiento obrero se encontraría en la acción sindical *per se*. A partir del decenio de 1890 en general los partidos procuraban controlar a los sindicatos, y no a la inversa.

La Segunda Internacional procuró vigorosamente dejar clara esta relación. Ya en 1881 los sindicatos suizos utilizaron "de buen grado" la metáfora del hombre y la mujer para denotar que entre el partido y el sindicato la relación que se daba era de subordinación (Haupt, 1981: 31). Mientras que la Primera Internacional había debatido con frecuencia los méritos relativos de la acción política y económica, la Segunda Internacional procedió a hacer una distinción organizacional entre ellas.[57] En 1891 su congreso aprobó una resolución por la cual se instaba a todos los partidos socialistas a establecer un secretariado sindical *dentro* de la estructura del partido (Hansen, 1977: 202). A medida que los partidos trataban de controlar más de cerca a los sindicatos éstos se resistían, y "fue ganando terreno la idea de la autonomía sindical" (Haupt: 1981: 43). Lo que siempre había sido una relación "problemática" de los sindicatos abocados a los "procesos cotidianos con el orden social existente" y de los partidos involucrados con "un proyecto de transformación social" (Hinton, 1983: viii) fue llevando cada vez más a la "divergencia" y la "fricción" entre ellos (Hobsbawm, 1984b: 171).

Políticamente, los sindicatos fueron hechos a un lado y los debates estratégicos acerca de los grados y las formas de militancia se centrarían a partir de entonces en los partidos. El "partido modelo" del movimiento social/sindical del mundo sería, hasta la primera guerra mundial, el SPD alemán.[58] Era el partido más poderoso de la Segunda Internacional. El único partido con una verdadera base de masas. Era

[57] Véase Gaston Manacorda (1981: 185): "El momento de la separación fue el del nacimiento de la socialdemocracia en Alemania." La teorización marxista era ambigua sobre este tema. Véase Moses (1990) acerca del papel de los sindicatos y su relación con los partidos socialistas.

[58] La frase "partido modelo" es el título del capítulo 3 de Haupt (1986), en el cual analiza la influencia del SPD sobre los diferentes partidos del sureste de Europa. Fay (1981: 187) dice que "el sueño" de todos los socialistas rusos, incluidos también los bolcheviques, era "trasponer al suelo ruso el modelo alemán, tanto en términos de organización como en términos de las relaciones de los sindicatos con el partido".

el partido de los debates teóricos más intensos. Cuando en 1877 el SPD consiguió dieciséis diputados electos para integrar el Reichstag alemán, esto tuvo por consecuencia una mayor represión (las leyes antisocialistas de 1878). También tuvo como resultado la deflación del caso anarquista (Ragionieri, 1961: 57-62)[59] y la aceptación del marxismo como docrina oficial del SPD en el Congreso de Erfurt de 1891.[60]

A partir de ese momento el SPD se convirtió en la sede del gran debate entre Bernstein y Kautsky. Bernstein predicaba un "reformismo" de un partido que ya no era una "secta" y sostenía que, con el sufragio universal, el partido podría lograr sus objetivos por medio del voto. Kautsky representaba al marxismo "ortodoxo", que era presumiblemente la opción "revolucionaria".

¿Cuál fue la importancia de este debate teórico? Geary (1976: 306) dice que involucró a "sólo un pequeño grupo de intelectuales", y que

[59]Carlson (1972: 3) sostiene que había habido importantes grupos anarquistas en Alemania, en oposición a las afirmaciones "engañosas" de otros especialistas. A diferencia de lo que hace Ragioneri, explica la declinación de todo movimiento anarquista serio en la década de 1880 atribuyéndola en cierto sentido a sus propias acciones, en especial a los intentos de asesinato de 1878, en los cuales el tiro les salió por la culata (cap. 8). Además, la industrialización eliminó el estrato de "trabajadores manuales descontentos" (p. 395) que habían representado el principal sostén de los grupos anarquistas. Los argumentos de Ragioneri pueden combinarse con éstos.

[60]Roth (1963: 165) interpreta este acontecimiento primordialmente como "una respuesta a la rígida estructura de poder y de clase del imperio y al aislamiento y la impotencia del movimiento sindical". Schorske (1955: 3) dice que el movimiento alemán se inclinó al marxismo en reacción a la "furia" que Bismarck había desatado contra él. El "marxismo" como doctrina fue producto del decenio de 1890, "en el preciso momento en el que su naturaleza exacta empezaba a ser debatida entre las diversas tendencias y escuelas de marxismo" (Hobsbawm, 1974: 242).

La escisión final entre anarquistas y marxistas en el SPD se produjo en ese punto. En 1880 un diputado socialdemócrata, Wilhelm Hasselman, que era blanquista, dijo, al hablar de las leyes antisocialistas de Bismarck, que "el tiempo del parloteo parlamentario ya ha pasado y el tiempo de los hechos ha comenzado" (Bock, 1976: 42). La fracción anarquista abandonó formalmente el SPD en 1891, después del Congreso de Erfurt, porque, según dijo, el partido había caído en manos de la "pequeña burguesía" que quería un "socialismo de Estado". Pero su nueva organización, el Verein der Unabhängiger Sozialisten, no logró florecer y se desintegró rápidamente (pp. 68-73).

En 1893, en Zúrich, el tercer congreso de la Segunda Internacional excluyó a los anarquistas cuando adoptó, por 16 votos contra 2, una resolución para admitir sólo organizaciones que "reconociesen la necesidad de [...] acción política", tal como había sido definida por Bebel en el congreso. En el siguiente congreso, que se llevó a cabo en Londres, en 1896, Liebknecht logró que se aprobase una nueva especificación. Las organizaciones miembro tenían que reconocer "la acción legislativa y parlamentaria como un medio necesario para llegar al [socialismo]" (Longuet, 1913: 27, 35).

los sindicalistas "frecuentemente votaban por la ortodoxia del partido" porque no afectaba lo que estaban haciendo realmente y porque "les caían mal todos los teóricos, tanto de izquierda como de derecha". Hasta Liebknecht, que más tarde apoyaría la Revolución rusa, sostuvo (contra un delegado holandés a la Internacional que en 1893 objetó la participación electoral) que "la táctica es esencialmente una cuestión de política práctica", y que no hay tácticas ni "revolucionarias" ni "reformistas" (citado en Longuet, 1913: 29). Después de la Revolución rusa hubo un ascenso del espíritu revolucionario (Schorske, 1955: 28; Stern y Sauerzapf, 1954: xxxiv, xliii) pero, igual que la misma revolución de 1905, no duró mucho.

Se puede sintetizar esta trayectoria histórica como "teoría radical y práctica moderada" (Roth, 1963: 163). Y la base de esta contribución fue el "marxismo determinista" en sus dos variantes (Bernstein y Kautsky).[61] Roth (1963: 167) afirma que era la "ideología idónea" para una subcultura social demócrata, en vista de la incapacidad del movimiento sindical de "librarse de su aislamiento". Nolan (1986: 389) dice lo mismo en términos más amistosos, subrayando que el marxismo determinista "brindaba la promesa de una revolución en una situación no revolucionaria, una teoría de la revolución en un país que no tenía una tradición revolucionaria autóctona". Mathias (1971, 1: 178) sostiene que convertir al marxismo en la ideología oficial del SPD fue una "condición previa para la aceptación de la interpretación fatalista del marxismo".

El cambio clave no se dio en la terminología sino en el hecho de que, a partir de los años 1870, los socialistas empezaron a exigir legislación protectora. Después de 1871 las clases trabajadoras "entraron en una cercana relación con los estados-nación" (Van del Linden,

[61] Véase Bebel en Erfurt: "La sociedad burguesa se esfuerza vigorosamente por llegar a su propia destrucción; ¡sólo debemos esperar el momento para hacernos del poder que se les escurra de las manos!" (citado en Mathias, 1971, 1: 178). El marxismo, como nos lo recuerda Hobsbawm (1987: 134) no equivalía necesariamente a la doctrina "revolucionaria": "Entre 1905 y 1914 el revolucionario típico en Occidente era probablemente algún tipo de sindicalista revolucionario que, paradójicamente, rechazaba el marxismo como ideología de los partidos que lo usaban como excusa para no tratar de hacer la revolución. Esto era un poco injusto para el recuerdo de Marx, porque lo notable respecto a los partidos occidentales proletarios de masa que enarbolaban su estandarte era el papel que realmente desempeñaba Marx en ellos. Las creencias básicas de sus líderes y militantes con frecuencia eran imposibles de distinguir de las de la izquierda trabajadora radical o jacobina no marxista".

1988: 333). Nolan (1986: 386) dice que fue el paso de "la política a la política social". En Alemania estaban respondiendo a "una plataforma establecida por Bismarck". Esto llevaría, con el tiempo, a "una integración general de la clase trabajadora dentro del Estado" (Mathias, 1971, I: 181).[62]

En el caso alemán, Roth (1963, 8: 315) dice que fue una "integración negativa", que define cómo permitir "que exista legalmente un movimiento de masas hostil pero impedirle llegar a tener acceso a los centros del poder".[63] De cualquier manera, el káiser Guillermo I rechazó la legislación antisocialista en 1890 y convocó a una conferencia internacional para promover la legislación laboral internacional (Ragionieri, 1961: 159). Se ganó el mote de *Arbeiterkaiser* [el káiser del trabajo] al hacer diversas "concesiones reformistas" de poca monta, aunque seguía vacilando cuando, en ocasiones, debía "recurrir a nuevas legislaciones represivas" (Hall, 1974: 365). Roth quiere ver en esto algo muy diferente de lo que ocurrió en Gran Bretaña y en Estados Unidos. Estoy de acuerdo en que la retórica fue más estridente en Alemania, ¿pero fueron tan diferentes los resultados finales?

Si pasamos de los dos casos nacionales "modelo" —Gran Bretaña y Alemania— a los otros focos principales de crecimiento de los movimientos socialistas/laboristas, encontramos variaciones sin diferencias significativas. En todos lados se da un patrón de organización con ciertas dificultades en vista de la represión estatal, una retórica que muchas veces es radical con una práctica que, en conjunto, es moderada, y una especie de "integración negativa" en las comunidades nacionales. En Francia la dura represión que se produjo después de la Comuna se aligeró a partir de 1875, cuando el gobierno reconoció

[62] Mathias va aún más lejos. Dice que "finalmente aceptaron el Estado imperial y el orden social del capitalismo como una realidad inconmovible". Yo no puedo coincidir en que "aceptaron" esto conscientemente, definitivamente no en esa era. Pero el resultado *de facto* puede no ser demasiado diferente.

[63] A Groh (1973: 36) le gusta el concepto y dice que se correlaciona con un "patrón de comportamiento de espera revolucionaria [*Attentismus*]". La tonalidad "reformista" del SPD ya había sido señalada por Ashley en 1904 (citado en Marks, 1939: 339, quien la atribuyó al mejoramiento material de las condiciones, opinión que para Marks es demasiado simplista, y encuentra sus fuentes en la "dependencia de la socialdemocracia en relación con sus simpatizantes (*Mitläufer*) de la burocracia sindicalista, y en la composición organizativa de la membrecía del partido" (p. 345). Maehl (1952: 40) considera que el fin de la persecución llevó al partido a concentrarse en "tareas prácticas", por lo cual "se desvió mucho de la lucha de clases militante".

la prudencia de una "política social dirigida a la clase trabajadora" (Schöttler, 1985: 58).

En Francia, en 1882, los guesdistas fundaron el Parti Ouvrier Français (POF) y se autodenominaron marxistas, pero una versión limitada del marxismo, que sigue estando influida por el anarquismo (Willard, 1965: 30). Lo que parecía significar el marxismo, más que nada, era el rechazo del "asociacionismo" basado en la armonía de clase y "una estrategia revolucionaria en busca del socialismo comercial" (Moss, 1976: 157). Lo que parecía gustarle más al POF del marxismo era la tradición saint-simoniana de industrialismo combinada con una "crítica vitriólica" del capitalismo. Eran "heraldos de un futuro trascendente" (Stuart, 1992: 126).[64] El POF nunca fue un partido de masas, a diferencia de lo que sería después la Section Française de l'Internationale Socialiste (SFIS) (Cottereau, 1986, 143). El epitafio de Stuart para el POF es que fue la historia de "un nacimiento prolongado y doloroso, una juventud poco promisoria, una madurez próspera y esperanzadora seguida por una crisis aparentemente terminal y una transfiguración final [1905]". Metafóricamente, ¿no podría decirse esto de todos los movimientos socialistas/sindicalistas, aunque con ritmos diversos?

Los socialistas franceses habían de seguir otra vía. Fue Alexandre Millerand, en 1896, quien acuñó el término *reformismo* (Procacci, 1972: 164) y sería él el primer socialista que ingresara a un gobierno de coalición, el que encabezó Pierre Waldeck-Rousseau bajo la égida de la "concentración republicana" (Willard, 1965: 422).[65] El subsecuente fracaso de la huelga general en 1906-1908 (así como de la segunda, en 1919-1920) "marcó la muerte de un [último] sueño: la revolución por medio de la huelga de los trabajadores" (Perrot, 1974, 1: 71).

[64] Pero al mismo tiempo, pese a lo insistentes que eran respecto a la primacía de la transformación socioeconómica, "los guesdistas repudiaban explícitamente el concepto insurrección mixta de la revolución [...] El paradigma político del Parti Ouvrier [el desarrollo y la madurez de la nueva sociedad dentro del seno mismo de la vieja], en ellos, constituía una transformación social revolucionaria" (p. 260).

[65] Guesde denunció ese movimiento pero no recibió apoyo internacional. El SPD alemán proclamó su no neutralidad sobre la cuestión. La posición de Guesde era muy consistente. Siempre había denunciado el "mito republicano", sustituyéndolo con su crónica de la libertad, un "mito histórico [diferente, basado en] una crónica de la represión burguesa que desencadenó un despliegue ensangrentado desde la masacre del Campo de Marte en 1791 hasta las matanzas de Fourmies en 1891, un martirologio de un siglo de la clase trabajadora que consagró los cargos que los socialistas le hacían al régimen republicano" (Stuart, 1992: 228).

En cualquier caso, todos los partidos parecían seguir la senda del reformismo *de facto*; es decir, la integración (aunque fuese negativa) en las estructuras políticas de sus respectivos países. Heywood (1990, cap. 1) llama a los socialistas españoles "marxistas descafeinados". El partido y los sindicatos holandeses "se movían claramente en una dirección reformista" (Hansen, 1977: 199). El partido italiano seguía una "versión edulcorada" del programa del SPD alemán (Andreucci, 1982: 221), y su gran expansión en 1901-1902 tuvo lugar "bajo la égida del reformismo" (Procacci, 1972: 163).[66]

En cuanto a Estados Unidos (y Canadá), que Lipset (1983: 14) insiste en que son diferentes debido a la ausencia de un pasado feudal "que sirviese para reducir la prominencia de la política y las propuestas conscientes de clase", no hace falta más que cambiar un poquito la retórica para observar las semejanzas. Herberg (citado en Dubofsky, 1974: 275) mostró la medida en que la relación con la IWW ("con su énfasis en la acción directa del proletariado") con el unionismo de los artesanos de la AFL era paralela a la relación del "marxismo ortodoxo" de Kautsky con el "reformismo" de Bernstein. Laslett (1974: 115-116) señala esencialmente lo mismo respecto al Partido Socialista Estadunidense. Foner (1984: 74) en respuesta a la bibliografía que se plantea por qué "no había socialismo en Estados Unidos", dice que la pregunta debería plantearse en realidad como "¿Por qué no ha habido una transformación socialista en ninguna sociedad capitalista avanzada?" La diferencia más notable entre Estados Unidos (y Canadá) y los estados europeos occidentales era la capacidad del Partido Demócrata en Estados Unidos (y el Partido Liberal de Canadá) de seguir siendo el vehículo primordial para la política de la clase trabajadora (Shefter, 1966: 270; Kealey, 1980: 273), algo que podría explicarse más por el

[66] Procacci (1972: 332-374) describe el debate, en el que no se llegó a conclusión alguna, entre Turati y Labriola respecto a si el Partido Socialista Italiano debía participar en el gobierno, y trata de encontrar virtudes en los acontecimientos italianos. "Tardío" en el desarrollo político, dice, la "originalidad" del partido italiano radicaba en "su capacidad de apropiarse de gran parte del patrimonio de la democracia del Risorgimento [...] Su retraso era su fuerza" (pp. 74-75). Pero el "retraso" de Italia no era tan impresionante, y el movimiento italiano no fue el único, como ya hemos visto, en basarse en tradiciones previas radicales, no socialistas. Sin duda lo mismo puede aplicarse a Inglaterra, que no fue en sentido alguno "tardía" en su desarrollo. Creo que Belloni (1979: 44) se acerca más a la verdad cuando dice que para el Partito Sozialista "la revolución era un elemento firme e incuestionable de su propio credo, proyectada hacia un futuro indefinido pero lo suficientemente lejano como para no tener demasiado efecto real en las acciones y estrategias políticas de corto y mediano plazo".

papel de las maquinarias urbanas en la incorporación de los trabajadores inmigrantes que por cualquier otra cosa.[67]

Al final, lo que resultó definitivo para todos los movimientos sociales/laborales fue su impulso por participar en la nación. La unificación del Parti Ouvrier Belge se produjo dentro del marco de la lucha por el sufragio universal (Sztejnberg, 1963: 214). Las demandas de los socialistas en Francia en el decenio de 1880 empezaron a centrarse en torno a necesidades materiales que sólo podían satisfacerse por medio de "un llamamiento al Estado o, mejor dicho, a la república" (Schöttler, 1985: 68). El movimiento sindical de Estados Unidos se volvió nacional entre las décadas de 1860 y 1890 a fin "de exigir escalas salariales uniformes" en todo el país, "es decir, de imponer cierto orden en el capitalismo desde abajo" (Montgomery, 1980: 90; véase también Andrews, 1918, 2: 43-44). Y al discutir la Charte d'Amiens de la federación sindical francesa, la CGT, en 1906, Bron describe las "batallas complementarias" de los sindicatos y el Partido Socialista. Los sindicatos subrayaban el papel productivo de los trabajadores; los socialistas, "el aspecto de la 'ciudadanía'".

Los trabajadores se veían a sí mismos como las clases trabajadoras. Los estratos superiores solían pensar en ellos como las clases peligrosas. Una gran porción de la lucha táctica por parte de los trabajadores giraba en torno a cómo podían perder ese membrete de "peligrosos" y adquirir el de ciudadanos. En Alemania, a partir de 1871, los socialdemócratas habían sido acusados de ser "enemigos de la nación" y "*Vaterlandlose*" (hombre sin patria) (Groh, 1966: 17). Debían superar esa denominación. Chevalier (1958: 461) expresa

[67]Véase Commons (1918, 1: 13), que describe el papel de los Caballeros del Trabajo en los trastornos del decenio de 1880 en Estados Unidos en estos términos: "Nunca antes la organización había llegado tan lejos ni tan hondo. Nuevas áreas de competencia, nuevas razas y nacionalidades, nuevas masas de trabajadores no calificados, nuevos miembros de los calificados y semicalificados, se erigieron temporalmente en lo que parecía ser una organización *pero era más exactamente una procesión*, por la velocidad con la que cambiaba su membrecía. Con tres cuartos de millón de miembros que figuraban en los libros de los Caballeros del Trabajo en la cúspide de su poder, un millón o más pasaron y salieron de sus asambleas". Shefter (1986: 272) dice respecto a las maquinarias políticas de la ciudad que "organizaron divisiones por etnicidad y comunidad en una política, uniendo bajo un mismo estandarte a trabajadores calificados que pertenecían a sindicatos, a trabajadores no calificados de quienes los sindicatos se negaban a hacerse responsables, y a miembros de las clases media y alta. Y esas maquinarias mostraban en sus campañas una militancia [...] afín a la de los sindicatos contemporáneos, aunque los grupos y asuntos en nombre de los cuales combatían eran muy diferentes".

bien la cuestión analítica que, en el fondo, era una cuestión política:

> Distinguir a las clases trabajadoras de las clases peligrosas [...] se vuelve más difícil por el hecho de que los límites entre estas categorías son poco claros y porque en la incierta frontera que los separa se encuentran muchos grupos intermedios, de los que es difícil saber si pertenecen más a una categoría o a la otra. ¿Cómo es posible distinguir finalmente entre ellos cuando dependen en tan gran medida de circunstancias económicas, políticas o biológicas que los mezclan y hacen que las personas pasen, según el año o la temporada, con las revoluciones, las crisis y las epidemias, de una categoría a la otra?

Un mecanismo clave que se utilizaba ampliamente para distinguir a los trabajadores era la categoría de etnicidad o de nacionalidad. El racismo, internamente, y el imperialismo/colonialismo, externamente, cumplían la función de desplazar el membrete de peligroso a una subcategoría de trabajadores. En la medida en que esto resultaba persuasivo, algunos trabajadores podían llegar a ser ciudadanos activos mientras que otros seguían siendo ciudadanos pasivos o incluso no ciudadanos. Una vez más, la inclusión se lograba por medio de la exclusión.

Las exclusiones internas son más visibles en la historia de Estados Unidos —una zona de inmigración constante durante el siglo XIX— donde los inmigrantes tendían a centrarse en áreas urbanas y empezar como trabajadores relativamente no calificados, mientras que los estadunidenses nativos formaban una parte muy grande del estrato artesanal y tenían más probabilidades de ascenso social, dejando sus puestos para que fuesen llenados por los trabajadores inmigrantes (y de segunda generación). Ya en el decenio de 1850 la distancia social entre los artesanos nacidos en el país y los asalariados predominantemente inmigrantes adoptó la forma política de partidos nativistas (antiinmigrantes, anticatólicos) que "hacían hincapié en su pertenencia como artesanos así como en su protestantismo" (Bridges, 1986: 176). En la guerra civil era frecuente que la mano de obra nativa reclutada por el ejército fuese sustituida por mano de obra extranjera, y "el antagonismo racial le aportó mayor intensidad a la natural lucha entre empleador y empleado" (Ely, 1890: 62). Inmediatamente después de la guerra los intereses estadunidenses en la Primera Internacional y su participación en la misma se vieron espoleados por el intento de la recién formada Unión Sindical Nacional por regular la inmigración

mediante un acuerdo con la IWMA (International Workingmen's Association) (Andrews, 1918, 2: 86), interés que, como ya señalamos, era compartido por los sindicatos británicos. Las organizaciones obreras encabezaron la agitación para la Ley de Exclusión de Chinos de 1882. Selig Perlman (1922: 62), en su famosa historia del movimiento sindicalista en Estados Unidos, llega incluso a decir que esta agitación "fue sin duda el factor más importante en la historia de la mano de obra norteamericana, porque sin ella el país entero podría haberse visto avasallado por la mano de obra mongola y el movimiento sindicalista hubiese podido tener un conflicto de razas, en lugar de uno de clases".

El Partido Socialista reclutaba de manera desproporcionada trabajadores inmigrantes. Por un lado esto se debía sin duda a que la clase trabajadora estadunidense de finales del siglo XIX, como se señaló en su momento, consistía "principalmente en hombres y mujeres nacidos en el extranjero o hijos de extranjeros" (Ely, 1890: 286). Pero esto también puede explicar la declinación del partido cuando se interrumpió la inmigración y la tercera generación negó sus vínculos con su pasado de inmigrantes.

Los patronos, desde luego, aprovecharon esta escisión étnica, y con frecuencia empleaban a "negros, orientales y mujeres" como rompehuelgas (Shefter, 1986: 228). Y sin duda es cierto que el alto lugar que ocupaban los trabajadores blancos de habla inglesa en la jerarquía étnica se "aceptó implícitamente a lo largo de toda la historia" de Estados Unidos (Soffer, 1960: 151), y que el desorden solía imputársele a los inmigrantes. Pero esto no basta para explicar la perdurable centralidad de las distinciones étnico/raciales entre los trabajadores norteamericanos. Me da la impresión de que Commons (1935, 2: xvii) capta bien la esencia de esta cuestión: la relación de los sindicatos estadunidenses con el "norteamericanismo":

[Las minas de antracita tenían acuerdos con los mineros por los cuales éstos no estaban obligados a incorporarse a un sindicato.] En consecuencia, con la debilitación de los sindicatos, en 1912 las compañías descubrieron que sus minas estaban siendo invadidas por sindicalistas de la IWW. Invirtieron su actitud en relación con el sindicalismo. Se había descubierto que el movimiento sindical norteamericano, por agresivo que pudiese ser, era el primer baluarte contra la revolución y el más firme defensor del gobierno constitucional. Sobre los sindicatos recae, de hecho, la primera responsabilidad de "norteame-

ricanizar" a los inmigrantes, y ha ocurrido así desde hace más de cincuenta años. Cuando el presidente Wilson vio la necesidad de unificar una nación heterogénea para la guerra mundial, fue el primer presidente que participó en la convención de la Federación Sindical de Estados Unidos y habló ante ella. Cuando Samuel Gompers, a los 74 años, y con cinco décadas como dirigente, regresó de establecer su alianza con el movimiento sindical de México, adonde había ido para impedir que éste fuese captado por los comunistas, sus últimas palabras en su lecho de muerte, en la frontera con México, en 1924, fueron "Dios bendiga nuestras instituciones estadunidenses".

El otro escenario en el cual desempeñaba un papel fundamental la inclusión/exclusión estaba fuera del país, en otros países o en posesiones coloniales de una metrópolis. Por un lado, a los trabajadores de Europa occidental les resultaba fácil mantenerse dentro de cierta tradición radical/liberal de favorecer las luchas de personas lejanas por lograr su liberación. En 1844, 1505 obreros parisinos presentaron una solicitud a los diputados para que se aboliese la esclavitud en las colonias, observando que "el trabajador se pertenece a sí mismo", que, "cualesquiera que sean los vicios de la actual organización del trabajo en Francia, el obrero es libre, en cierto sentido" (citado en Césaire, 1948: 11). Los trabajadores británicos consideraban que la guerra de Crimea estaba enfrentando "a los ingleses libres contra los siervos rusos" (Foster, 1974: 242). Y en la década de 1860 la clase trabajadora británica apoyaba a Garibaldi, al norte durante la guerra civil de Estados Unidos, y a la insurrección polaca (Collins, 1964: 29-30).[68]

Pero también es cierto que el movimiento antiesclavista en la Inglaterra de principios del siglo XIX se encontró con la hostilidad de la clase trabajadora, porque "los esclavos negros ya estaban mejor que los esclavos blancos; la libertad para los negros se adquiriría oprimiendo más a los esclavos blancos y, una vez libres, los esclavos negros terminarían tan mal como los esclavos blancos" (Hollis, 1980: 309). Y a comienzos del siglo XX los trabajadores británicos centraron su crítica de la política imperial en Sudáfrica en torno a la importación de mano de obra china para trabajar en las minas del Rand, cosa que

[68] De hecho cuando Gladstone obligó a Garibaldi, en abril de 1864, a acortar una visita a Inglaterra, el clamor fue tal que Gladstone "trató de restablecer el equilibrio llamando públicamente a una expansión del derecho al voto de la clase trabajadora" (Collins, 1964: 24).

veían como "nueva evidencia de esquirolismo auspiciado por el gobierno" (Hinton, 1983: 73).

La Segunda Internacional estuvo profundamente escindida sobre la cuestión colonial (Haupt y Réberioux, 1967a: 77-283). Aquellos que como Hyndman, del Reino Unido, y Lenin, denunciaban el imperialismo a cada paso, estaban más que contrapesados por otros como Henri Van Kol, de los Países Bajos, que hablaba de la "necesidad de la realidad colonial" y sólo deseaba limitar sus "crímenes", o como Bernstein, para quien "la cuestión colonial [era] la cuestión de la difusión de la civilización" (Réberioux y Haupt, 1963: 13, 18). Hasta los socialistas austriacos, tan conocidos por su comprensión más matizada de las demandas de las múltiples nacionalidades del imperio austro-húngaro, se mostraban vehementes en su oposición al "separatismo" húngaro.[69]

Al final, incluso para quienes adoptaron una posición anticolonial, como los guesdistas, siempre se trató, en el mejor de los casos, de un "combate de menor importancia" (Willard, 1965: 63). Lo que dominaba los sentimientos era la certeza expresada por el SPD de que, cuando éste prevaleciese, su "victoria arrastraría al campesinado detrás de sí y de esta manera haría posible el advenimiento del socialismo en los países económicamente atrasados" (Haupt, 1986: 57). Esto se discutía como cuestión de prioridades. Pero encontraba resonancia en la clase trabajadora como cuestión de inclusión entre los "civilizados".[70] Los

[69] En 1905 "Karl Renner, por ejemplo, 'denostó la cobardía de la burguesía austriaca que empezó a acceder a los planes separatistas de los magiares [aunque] el mercado húngaro es incomparablemente más significativo para el capital austriaco de lo que [el] marroquí es para el alemán'." Se opuso a "los clamores de los prestamistas, estafadores y demagogos políticos urbanos [húngaros], en contra de los intereses mismos de la industria austriaca, de las clases trabajadores y de la población agrícola húngara" (citado en Anderson, 1991: 107).

[70] Jones (1983: 181-182) hace hincapié en el elemento de la apatía política. Al analizar las actitudes de la clase trabajadora inglesa en el último tercio del siglo XIX dice: "Si la clase trabajadora no promovía abiertamente el patrioterismo, no queda duda alguna de que lo consentía pasivamente [...] La incapacidad de los radicales y los socialistas de causar una impresión profunda en la clase trabajadora londinense a finales de la época victoriana y durante la eduardiana tenía raíces más profundas que la deficiencia subjetiva [...] Lo que presagiaban Mafeking y otras celebraciones imperialistas no era tanto el predominio de la política errónea entre las masas de los trabajadores de Londres cuanto, más bien, su alejamiento de la actividad política como tal. Había un acuerdo general en el sentido de que los trabajadores políticamente activos de la época eran radicales o socialistas. La lealtad era producto de la apatía." Pero la apatía, desde luego, era producto de la inclusión dentro de la nación, y por lo tanto, como mínimo, una aceptación pasiva de la exclusión de otros.

socialistas de los países coloniales tenían que sacar sus propias conclusiones acerca de las prioridades. Cuando Connolly, que se consideraba tanto marxista como nacionalista irlandés, observó lo que en su opinión era la traición de la clase trabajadora europea al proletariado internacional en 1914, colocó un cartel en la puerta de la sede de su partido en Dublín: "No servimos ni al rey ni al káiser, sino a Irlanda" (Bédarida, 1965: 20), y en 1916 se dedicó a encabezar la rebelión de Pascua.

MOVIMIENTOS DE MUJERES Y MOVIMIENTOS FEMINISTAS

La historia del movimiento feminista/femenino en el siglo XIX es similar en muchos sentidos a la del movimiento social/laboral. Pero en su mayor parte es como si estas dos familias de movimientos se encontrasen en sendas muy separadas y en gran medida paralelas, sin cruzarse casi nunca, y colaborando muy raras veces. De hecho, en muchos sentidos el movimiento social/laboral veía al movimiento feminista/femenino como un rival, una molestia, una distracción e incluso, muchas veces, como un enemigo. Esto se relacionaba desde todos los puntos de vista con la inclusión/exclusión.

Por supuesto había unas pocas voces que veían que ambas luchas no sólo eran compatibles sino que estaban entrelazadas. Flora Tristán, en el periodo previo a 1848, se pasó su vida predicando esto. En realidad, devota como era de la causa de los trabajadores, en su libro *The worker's union* [*L'union ouvrière, La unión obrera*] (1983: 83), escrito en 1843, envió el mensaje de que "todos los males de la clase trabajadora pueden sintetizarse en dos palabras: pobreza e ignorancia. Ahora, para poder salir de este laberinto, no veo más que un camino: empezar por educar a las mujeres, porque las mujeres son responsables de la instrucción de niños y niñas". Hay que decir que era una voz en el desierto, como lo fue Aline Vallette, discípula de Guesde, quien escribió en *L'Harmonie Sociale*, el 15 de marzo de 1892: "para renovar la sociedad es necesario que se unan los dos grupos oprimidos de la misma, las mujeres y los proletarios" (citado en Zylberberg-Hocquard, 1978: 89).

Para el obrero varón que obtenía un salario en el trabajo urbano la cuestión parecía muy clara. A las mujeres se les pagaba menos —de

hecho, antes de 1914, "considerablemente" menos (Guilbert, 1966: 21)—y eso representaba un peligro para el nivel salarial en general.[71] La presunta amenaza se planteaba en una reunión tras otra (Guilbert, 1966: 188). A pesar de cierta mitología, el componente femenino de la fuerza de trabajo manufacturera era bastante grande. Se estima en 40% en París a mediados del siglo (DeGroat, 1997: 33). Las mujeres eran relegadas a los puestos más "proletarios" (Judt, 1986: 44-46, 50-51), en parte, sin duda, porque los artesanos calificados les prohibían el ingreso a su oficio (Hinton, 1983: 31), pero en parte porque los empleadores pensaban que eran trabajadoras más productivas, con más disciplina (o docilidad) laboral y más destreza técnica que los varones (Berg, 1993: 41).

Los trabajadores varones reaccionaban tanto en el nivel personal como en el de organización. Alexander (1984: 144) ve su reacción primordialmente "como un deseo de controlar (legalmente) y ordenar (moralmente) la sexualidad. Nunca deben subestimarse las motivaciones sexuales, y sin duda este impulso encajaba muy bien en las costumbres culturales de la época, sobre todo entre las mujeres de clase media que estaban en favor de "reducir a las mujeres al trabajo sin paga en el matrimonio y la familia, junto con su exclusión total [...] de las ocupaciones remuneradas" (Kleinau, 1987: 199). Indudablemente también ocurría que, entre los asalariados urbanos varones, "predominaba un antifeminismo proletario" (Thönnessen, 1973: 19). Los obreros alemanes se referían a las obreras como *Fabrikmenschen* (frase curiosa, ya que significa literalmente "hombres de fábrica", pero tenía el matiz de "chicas de fábrica"), y solían verlas como "moralmente depravadas" (Quataert, 1979: 153). Hobsbawm (1978: 8) observa que el imaginario de los trabajadores evolucionó en el curso del siglo, de manera que para el último tercio del siglo XIX la imagen de las "mujeres inspiradoras" (véase el cuadro *Les trois glorieuses*, de Delacroix) con el que se había iniciado la centuria se había transformado en el de las mujeres que se limitaban a "sufrir y aguantar", mientras el torso

[71] Pero véase el comentario de Hartmann (1976: 155): "No es sorprendente que los obreros varones viesen la contratación de mujeres como una amenaza para sus propios empleos, dado un sistema económico en el cual la competencia entre trabajadores era característica. El hecho de que a las mujeres se les pagasen salarios más bajos exacerbaba el peligro. Pero la razón por la que su respuesta consistió en tratar de excluir a las mujeres, más que en organizarlas, se explica, no por el capitalismo, sino por las relaciones patriarcales entre hombres y mujeres."

desnudo masculino se convertía en el símbolo pictórico de la energía y el poder de los trabajadores.

La Primera Internacional estaba dividida en este tema. En el primer congreso, celebrado en Ginebra en 1866, el representante de la Allgemeine Deutsche Arbeitsverein de Lassalle propuso prohibir el empleo femenino basándose en la "protección" de las mujeres (Hervé, 1983: 23). La resolución final llegaba a un compromiso diciendo que el trabajo de las mujeres tenía que ser visto positivamente, pero criticando sus condiciones bajo la producción capitalista (Frei, 1987: 39). Las organizaciones de trabajadores podían ahora plantear sus demandas en tres frentes: la igualdad de salarios, el salario familiar y el fin de las condiciones de trabajo peligrosas.

La igualdad de salarios (por igual trabajo) es una demanda estándar hoy en día de los sindicatos. Pero frecuentemente se hacía con la secreta esperanza de que, si se igualaban los salarios (para las mujeres, para las minorías y los inmigrantes, para los trabajadores de otros países) el trabajador jerárquicamente dominante (el ciudadano varón del grupo étnico de mayor nivel) sería empleado preferentemente, aunque sólo fuese por razones culturales-históricas. Obsérvese, por ejemplo, el lenguaje de la resolución del Noveno Congreso de la CGT francesa celebrado en Rennes en 1898:

> Que en todas las áreas de la vida procuremos propagar la idea *de que el hombre debe nutrir a la mujer*; que para la mujer, viuda o joven, obligada por la necesidad a mantenerse por sí misma, se entenderá que le será aplicada la fórmula de igual pago a igual trabajo [...]
>
> Impidan que los hombres tomen puestos y trabajos que pertenecen a las mujeres y, recíprocamente, impidan que las mujeres les quiten el trabajo a los hombres en lo que es su territorio natural (citado en Guilbert, 1966: 173).[72]

[72] La fórmula "el hombre debe nutrir a la mujer" oculta de hecho otra. Sí, se pensaba que el hombre debía ganar el dinero con el cual la mujer sería nutrida físicamente. Pero Hinton (1983: 32) nos recuerda que, para el trabajador varón del siglo XIX, la mujer no tenía que salir a trabajar para que hiciese posible "la construcción del hogar como espacio de confort físico y apoyo emocional"... para el hombre, desde luego, pero también para los hijos.

Las fórmulas son importantes. La idea de que mujeres *jóvenes, solteras*, podían trabajar legítimamente se aceptaba por doquier. No obstante, véase cómo se justificaba en el Japón de finales del siglo XIX: "Más que cualquier otro grupo, las jóvenes de los talleres textiles eran modelos de actitudes del gobierno y los administradores para otras mujeres trabajadoras. No eran obreras sino "hijas" o "estudiantes" que dedicaban unos

En términos generales las mujeres no se incorporaban o no se les permitía incorporarse a los sindicatos. En el periodo de 1900-1914, cuando éstos se habían vuelto relativamente fuertes, se calcula que sólo entre el 5 y el 10% de las mujeres trabajadoras de Francia se contaban entre sus miembros (Guilbert, 1966: 29, 34). Hubo algunos esfuerzos por crear sindicatos especiales de mujeres, y en Inglaterra éstos llegaron a ser relativamente numerosos en ese mismo periodo, pero no eran tanto estructuras de negociación como "sociedades benevolentes", de las cuales resultaban "indistinguibles" (Olcott, 1976: 34, 39).

Desde luego, a los sindicatos no les resultaba fácil justificar la exclusión de las mujeres, como puede verse en la renuente resolución de la Fédération Française des Travailleurs du Livre, célebre por haber realizado el mayor número de huelgas destinadas a excluir a las mujeres del empleo. Finalmente, la federación, admitiendo que por razones económicas incluso los trabajadores que se oponían al empleo de las mujeres en sus propios oficios solían empujar a sus esposas para que trabajasen en otros, ofrecieron el siguiente compromiso:

1. Apoyaremos moral y materialmente a aquellos locales que [...] deseasen reaccionar contra la explotación de las mujeres obteniendo para ellas el nivel de pago mínimo que establece el sindicato.

2. Durante un periodo de transición [...] las mujeres empleadas actualmente serán admitidas en la federación con las mismas condiciones que los hombres. Al final del periodo de transición sólo serán admitidas las mujeres empleadas con los salarios establecidos por el sindicato (citado en Guilbert, 1966: 62).

Al mismo tiempo, una segunda resolución instaba "a los trabajadores que fuesen jefes de familia a aplicar el principio de la mujer en el hogar y a requerir que sus compañeras rechazasen todo trabajo fuera de su casa". Si esto parece un poco incongruente con la otra resolución, es porque lo es.

Los sociólogos brindaron su experiencia para validar estas posiciones. En 1890 el doctor William Ogle le explicaba a la Real Sociedad de Estadísticas:

---

pocos años antes del matrimonio a trabajar por su familia, por la nación y por el taller. La falta de compromiso y la falta de calificación justificaba tanto los bajos salarios que se pagaban a esta fuerza de trabajo como su caracterización de tiempo parcial o temporal" (Sievers, 1983: 58).

Hay hombres que trabajan porque el trabajo es para ellos un placer y hay otros que lo hacen porque es un deber; pero la gran mayoría de los hombres sólo son estimulados a laborar con una intensidad o carácter que les resulta desagradable por la esperanza de ser capaces, en primer lugar, de mantenerse a sí mismos y, en segundo, de casarse y mantener una familia [...] Si por consiguiente el bienestar de un Estado consiste en el bienestar maduro de su pueblo, un país será más floreciente cuando la mayor proporción de su población sea capaz de satisfacer estos dos deseos naturales (*Journal of the Royal Statistical Society*, citado en Lewis, 1984: 45).

El "salario familiar" se convirtió en una demanda central de las estructuras sindicales. En parte, esta demanda se originaba en un problema real. Mientras que en el siglo XVIII se había considerado normal que las mujeres y los niños, igual que los hombres, trabajasen a cambio de una remuneración, el traslado de muchas actividades productivas fuera del hogar implicaba la pérdida de ingresos del trabajo doméstico de mujeres y niños. Éste es probablemente un elemento clave del descenso que se observó en el ingreso real de las unidades domésticas a finales del siglo XVIII y principios del XIX (Pinchbeck, 1930: 4; Wallerstein, 1989: 124 [ed. en esp.: 173]).

El salario familiar era una idea simple. El salario mínimo que un varón adulto debía recibir por su trabajo asalariado debía ser una suma suficiente para mantenerlos a él, a su esposa y a sus hijos no adultos. Este concepto tenía gran atractivo. Fue enérgicamente apoyado por el movimiento sindical (Lewis, 1984: 49). Les resultaba atractivo a muchos empleadores, ya que parecía prometer la estabilidad de la fuerza de trabajo (May, 1982: 418). Coincidía con el valor decimonónico de la "responsabilidad" que tenía el hombre de hacerse cargo de su familia (Evans, 1983: 281). Por ello no sólo le interesaba a la IWMA y a otros movimientos sindicales sino también a los políticos centristas de todas las denominaciones. Sólo las feministas objetaban el concepto (Offen, 1987a: 183]).

El concepto de una legislación "protectora" especial para las mujeres trabajadoras siempre fue un "asunto espinoso" (Rowbotham 1974: 114). Parecía una idea virtuosa y durante largo tiempo fue una preocupación para el movimiento socialista (Guilbert, 1966: 413). A los anarquistas no les gustaba, pero sólo porque involucraba la intervención del gobierno. Las feministas de clase media se oponían en nombre de la igualdad. Las trabajadoras mismas solían temer que

diese por resultado una reducción de los salarios. El movimiento socialista estaba algo dividido. Clara Zetkin, por ejemplo, sostenía que era irrelevante ya que, siguiendo a Marx y Engels, la industrialización había destruido la edad y el sexo como variables "distintivas", pero la suya era una opinión minoritaria en el SPD alemán (Quataert, 1979: 39). El Centro Católico de Alemania apoyaba el salario familiar como parte de su búsqueda de un capitalismo más social. Para la mayoría de los trabajadores varones servía de coartada para su falta de ganas de ver que las mujeres tuviesen un papel igualitario en el lugar de trabajo y, por ende, en la sociedad política. Parecían pensar que la inclusión de los trabajadores varones requería que las mujeres fuesen tratadas como una parte de la población más débil, más vulnerable y por lo tanto más pasiva.

La cuestión de los derechos de la mujer encontró un público más comprensivo en los partidos socialistas que el que había hallado en los sindicatos. La sede más famosa e importante del debate acerca de la relación de las mujeres y el partido fue el SPD, que Quataert (1979) describió como "feministas renuentes". El importante papel de la Conferencia Femenina y del Bureau Femenino dentro del SPD era excepcional entre los partidos socialistas. Se originó como resultado de las leyes restrictivas del Estado alemán. El *Vereingesetz* prusiano de 1851 les prohibía a las mujeres no sólo que se uniesen a organizaciones políticas sino incluso que concurriesen a las reuniones. Había leyes similares en Baviera y en Sajonia (Evans, 1976: 10-11). El SPD, para movilizar a las mujeres, se vio obligado a establecer estructuras separadas que pudiesen sostener legalmente que eran apolíticas. Ésta resultó ser una espada de dos filos. Le permitió al SPD organizar a las mujeres pese a las leyes gubernamentales. Pero también les permitió actuar como una facción organizada dentro del partido, "obteniendo representación para los intereses especiales de las mujeres". Además, eso significaba que las mujeres socialistas, precisamente porque tenían su propia organización, se mostraban extremadamente hostiles al o los movimientos feministas de clase media, con los que tenía una división "pronunciada" (Honeycutt, 1979: 32-33).

El resultado fue una curiosa posición intermedia sobre las cuestiones feministas. Por un lado August Bebel escribió el libro más importante y más citado acerca de las mujeres redactado por cualquier dirigente socialista, *Frau und Sozialismus*, que se consideraba relativa-

mente "feminista".[73] Y aunque las mujeres socialistas insistían en que no existía ninguna "cuestión femenina" —tal como lo hacían los movimientos italiano, francés (guesdista) y ruso— el SPD alemán, a diferencia de los demás movimientos, puso énfasis en la emancipación política de las mujeres (Honeycutt, 1979: 37). Asimismo, pese a las opiniones de Rosa Luxemburgo (que nunca se involucró en el movimiento femenino del SPD), procuraron poner en práctica diversas reformas destinadas a "aliviar la opresión sexual bajo el capitalismo" (Quataert, 1979: 12). Por otro lado, el movimiento para las mujeres del SPD era, de hecho, "en gran medida un movimiento de mujeres casadas", amas de casa y no trabajadoras (Evans, 1977: 165). Y tan pronto como el gobierno alemán expidió un nuevo *Vereingesetz* y puso fin a sus restricciones a las actividades políticas femeninas (1908), el SPD abolió la Conferencia Femenina (1910) y luego el Bureau Femenino (1912). La evaluación que hace Honeycutt (1981: 43) es que el objetivo que se había planteado Clara Zetkin, la dirigente de las mujeres socialistas, "de realizar los ideales feministas por medio del movimiento socialista, era utópico para la época en la que vivía".

La socialistas francesas compartían la hostilidad hacia el feminismo burgués que mostraban las mujeres alemanas. Louise Saumoneau, la organizadora del primer Groupe des Femmes Socialistes rechazaba tajantemente en 1899 toda colaboración con las feministas burguesas (Hause y Kenney, 1981: 793). Pero, a diferencia de las socialistas de Alemania, que en 1900-1913 representaban casi 20% del SPD, en Francia las mujeres ascendían sólo al 2 o 3% del partido (Sowerwine, 1976, 4-5). Por otro lado, el socialismo y el feminismo parecían menos incompatibles en Francia. En primer lugar había una imagen muy fuerte de las mujeres como líderes de la Comuna (Rabaut, 1983: 6). De hecho la imagen popular era tan fuerte que hasta el movimiento de las mujeres burguesas parecía manchado por su sabor subversivo.[74]

[73]Pero véase el cáustico análisis de un socialista y feminista radical suizo, Fritz Brupbacker, en 1935: "Bebel escribió un bonito libro [...] Pero ese tipo de socialismo no era otra cosa que una decoración conveniente para los domingos, o si uno tenía que pronunciar un discurso en los grandes días festivos del partido (*Märzfeier* [18 de marzo, en celebración de la convocatoria a la Asamblea de Francfort en 1848] y el día del trabajo). De los días laborables uno estaba muy, muy lejos de esta clase de socialismo. El día laborable pagado no le prestaba ninguna atención al socialismo dominguero. Entonces uno se inclinaba por la familia burguesa" (citado en Frei, 1987: 56).

[74]"Ahora, justo cuando la nueva raza de políticos moderados de la tercera república quieren obliterar las connotaciones del republicanismo con la violencia y el desorden

Segundo, estaba la figura de Hubertine Auclert, quien no tenía equivalente en Alemania. Auclert pronunció un famoso discurso en el Tercer Congreso Socialista de los Trabajadores Franceses de 1879, diciendo que no había concurrido "porque soy una trabajadora sino porque soy una mujer, es decir alguien que es explotada, una esclava delegada por nueve millones de esclavas". Llamó a una alianza entre los trabajadores y las mujeres y terminó perorando: "Oh, proletarios, si desean ser libres, dejen de ser injustos. Con la ciencia moderna, con la conciencia de que la ciencia no conoce prejuicios, digan: igualdad para todos los seres humanos, igualdad entre hombres y mujeres" (Auclert, 1879: 1-2, 16). Y obtuvo del congreso una firme resolución en favor de "la absoluta igualdad de ambos sexos" y el derecho de las mujeres a trabajar (subrayando, desde luego, que "a igual trabajo, igual paga"), aunque insistiendo al mismo tiempo en que las mujeres tenían la obligación de amamantar a sus hijos (Guilbert, 1966: 156-157).

Pero también en Francia la alianza, alcanzada de momento, terminaría por fracasar (Rebérioux, 1978a, xvi; Sowerwine, 1978: 233-234). La escisión entre los socialistas franceses en 1882, que en general se considera que se dio entre una facción más reformista (los brassistas) y una más revolucionaria (los guesdistas), tomó como excusa inmediata una cuestión femenina. Léonie Rouzade, una brassista, se había presentado a la elección para el concejo municipal de París en 1881, y los guesdistas decidieron congelar su candidatura. Esto condujo a que fueran expulsados del partido. Entonces los guesdistas formaron el Parti Ouvrier Français, aduciendo que Brouse abogaba por una "lucha de sexos" más que una "lucha de clases". Los guesdistas sostuvieron que promover los derechos políticos de las mujeres era "reformista" ya que podía lograrse "legalmente", más que por medio de una revolución, a lo cual los brassistas respondieron que los varones también habían alcanzado sus "derechos" legalmente. Pero luego, sin embargo, los guesdistas incorporaron los derechos femeninos en su propio proyecto (Sowerwine, 1982: 28-45).

---

de la Comuna, los días del terror de junio, las feministas también estaban ansiosas por borrar los recuerdos de vínculos previos entre el feminismo y el radicalismo político [...] En vista de los vínculos entre ambos movimientos en su época inicial, no causó mayor sorpresa que desde el comienzo la corriente principal del feminismo en Francia optase por un curso de prudencia y moderación que podría describirse mejor como timidez" (McMillan, 1981b: 84).

Al final, tanto las feministas como los socialistas de Francia abandonaron la idea de una coalición. Entre los socialistas lo que pesaba era el gran temor de que la mayoría de las mujeres estaban bajo la gran influencia de la Iglesia y usaría su sufragio en contra del partido (Perrot, 1976: 113). Cuando el SFIO, la sección francesa de la Internacional Socialista creó una rama auxiliar femenina, fue primordialmente para impedir la difusión del feminismo, más que para obtener plenos derechos para las mujeres (Sowerwine, 1978: 1).

La poco feliz relación pareció llegar a su momento más feroz en 1913, con el "affair Couriau". Emma Couriau, con el apoyo de su marido, militante sindicalista de larga trayectoria, buscó ser admitida en la unión de tipógrafos. Fue rechazada y a su marido se lo expulsó del sindicato por permitirle trabajar. Se creó un gran alboroto y Couriau recibió apoyo no sólo en los círculos feministas sino también en algunos sindicalistas. El problema se refirió luego al siguiente Congreso Nacional del FFTL, en 1915, que sin embargo nunca se llevó a cabo debido a la guerra (Albistur y Armogathe, 1977: 361). Mientras que muchos autores han destacado que este incidente demuestra lo profunda que era la hostilidad de los trabajadores contra el derecho al trabajo de las mujeres, Sowerwine (1983: 441) lo ve más positivamente: "Si el affair Couriau es 'una indicación de las actitudes hacia las mujeres', no indica la persistencia de la misoginia sino un paso en la evolución hacia el igualitarismo."

El movimiento socialista italiano también tuvo un famoso debate sobre el sufragio femenino, entre Filippo Turati, el líder del partido, y su pareja Anna Kuliscioff, que se ventiló en *Critica Sociale*. También en Italia los socialistas varones querían retrasar la lucha del sufragio femenino a fin de alcanzar más rápidamente el sufragio masculino universal. Y también en Italia usaban justificaciones de aptitud... como, por ejemplo, que las mujeres "estaban ausentes de la política". Como respondió Kuliscioff, si ése es el argumento, cabe preguntar "¿cuántos varones participan efectivamente en política?" Y cuando se le ofrece el voto a varones analfabetos, dijo, ¿cómo es posible sostener que no se le puede conceder a las mujeres porque son iletradas? (Ravera, 1978: 77-79; véanse también Pieroni, 1963: 122-123; Pieroni, 1974: 9; Puccini, 1976: 30-31).

La ambivalencia podía encontrarse por doquier. En Inglaterra el Partido Laborista se resistía a darle su apoyo al movimiento por el sufragio femenino, ya que muchos de sus seguidores pensaban que "el

feminismo era simplemente otra manera de denominar el aumento de privilegios de las mujeres con propiedades" (Liddington y Norris, 1985: 28). El miedo a un voto conservador de las mujeres hacía que la mayor parte de los varones laboristas "no mostrase el entusiasmo" hacia el sufragio femenino (Fulford, 1957: 113). Apenas en 1912 el laborismo decidió no brindar su apoyo a ninguna extensión ulterior del derecho a voto que no incluyese a las mujeres (Hinton, 1983: 79).

En Estados Unidos hubo un incidente famoso en el Congreso Nacional del Trabajo, en 1868, cuando se cuestionó el derecho a participar de Elizabeth Cady Stanton alegando que no representaba una organización sindical. Cuando finalmente se aceptaron sus credenciales, el congreso consideró necesario afirmar que no coincidía con sus "peculiares opiniones" pero que la aceptaban simplemente porque la organización que representaba estaba buscando el mejoramiento de las condiciones de trabajo (Andrews, 1918, 2: 128).

En Bélgica y en Austria (así como en Alemania) los partidos socialistas se negaban a apoyar el sufragio femenino para no poner en peligro el sufragio masculino universal (Evans, 1987: 86-88). Por otro lado, en un país tras otro, llegó el momento (en cierta medida doloroso) en el que los socialistas se pusieron del lado del sufragio femenino (Evans, 1987: 76). Y en la Rusia posrevolucionaria la clase de "movimiento de mujeres proletarias" del tipo de Clara Zetkin logró el apoyo tanto de Alexandra Kollontai como de Nadezhda Krupskaia, la esposa de Lenin (Stites, 1957: 251).[75]

No obstante, Kennedy y Tilly (1985: 36) insisten en que las feministas y los socialistas se mantuvieron "distantes", por lo menos desde 1890 hasta 1920, y que de hecho "llegaron a ser enemigos acérrimos". Klejman y Rochefort (1989: 231) dice que "desde 1889 hasta 1914 las

[75] Pero *no más que* la versión de Clara Zetkin. Kollontai (1971: 59-60) es muy clara: "Por muy radicales que fuesen aparentemente las demandas de las feministas, no se debe perder de vista el hecho de que las mismas, debido a su posición de clase, luchan por la transformación fundamental de la estructura económica y social contemporánea de la sociedad, sin la cual no es posible completar la liberación de las mujeres."

De manera similar, en Italia, mientras Anna Monzoni insistía en la necesidad de tener, simultáneamente con un Partido Socialista, una organización para la liberación femenina, y si los socialistas no lo entendían era porque "la clase trabajadora estaba heredando de la burguesía una nueva forma de antifeminismo", Anna Kuliscioff (la misma persona que debatió con su compañero, Filippo Turati, respecto a la importancia del sufragio femenino) se declaraba en contra de una organización "interclases" que según decía resultaba inaceptable, incluso para un "objetivo tan claro como la emancipación de la mujer" (Bortolotti, 1978: 105).

relaciones entre el feminismo organizado y el Partido Socialista nunca dejaron de ser conflictivas". Para las mujeres de la clase trabajadora la elección siempre parecía ser: "¿Hermanas o ciudadanas?" (Sowerwine, 1982: 1). Y al final, a las mujeres trabajadoras políticamente activas no se les permitió negarse a escoger.

Sin embargo, el movimiento feminista/femenino no debe ser visto primordialmente a través del prisma del movimiento social/sindical. Tuvo su propia dinámica, aunque ésta fue en muchos sentidos paralela. John Stuart Mill la explicó bien:

> Las concesiones de los privilegiados a los no privilegiados llegan a darse tan raras veces por algún motivo mejor que el poder de los no privilegiados para extorsionarlos que cualquier argumento contra las prerrogativas de sexo tiene la probabilidad de ser poco escuchado por la generalidad de las personas, siempre que puedan decirse a sí mismas que las mujeres no se quejan de ello (citado en Rossi, 1970: 214).

Pero la historia no empezó realmente con las mujeres sino con los varones. Como dice O'Neill (1971: 6) de los hombres victorianos (aunque se aplicaba también en todo el mundo europeo del siglo XIX), ellos "les enseñaron a las mujeres a considerarse una clase especial [...] Crearon a La Mujer donde antes sólo había habido mujeres".

En Inglaterra, en los primeros años del siglo, las mujeres se organizaron primordialmente como parte del movimiento antiesclavista, cosa que tal vez daría buenos frutos después para las organizaciones feministas. Como sugiere Banks (1981: 22), su participación activa en este movimiento "les dio una valiosa experiencia en factores fundamentales de las actividades políticas de rutina como reunir fondos y recabar firmas para las peticiones". Tal vez era un poco menos que defender las barricadas pero sin duda era un poco más que la conversación en un salón. La política cartista inicial tenía tácticas más radicales —era una política de masas— y en esa época las mujeres desempeñaron un papel. Pero los cartistas se mostrarían tan ambiguos respecto a los derechos de las mujeres (particularmente el sufragio) como, más tarde, el movimiento social/sindical. Mientras que en una etapa temprana los llamamientos cartistas por el sufragio universal "incluían específicamente" a las mujeres (Fulford, 1957: 38), en la mayoría de las declaraciones posteriores "el asunto era vago" (Thompson, 1976: 132). Existía la sensación de que la cuestión principal era "una cuestión de clase".

El que proporcionó el entorno más amistoso para el naciente feminismo fue el socialismo owenista. El owenismo tenía tanto "un compromiso teórico como práctico con la liberación de las mujeres" (Taylor, 1983: xiii).[76] Pero el owenismo se iría desvaneciendo con el derrumbe de Owenwood[77] en 1845, más o menos en la época en que el cartismo se derrumbaba. Owen había visto la liberación de las mujeres como parte de la "regeneración social" más amplia que había estado predicando. Y con la desaparición de este movimiento "se perdió el vínculo ideológico entre el feminismo y el radicalismo de la clase trabajadora" inglesa. Después de eso, las que habían sido vistas como "luchas hermanas por una única estrategia [se convirtieron en] luchas separadas, organizadas desde perspectivas diferentes y en ocasiones opuestas" (Taylor, 1983: 264).

El último cuarto del siglo XVIII y la primera mitad del XIX estuvieron marcados por las contribuciones de una cantidad de notables mujeres intelectuales, desde los escritos feministas del Mary Wollstonecraft y Harriet Martineau, en Inglaterra, hasta el lugar central que ocupaban en la cultura de Francia Mme. de Staël y Georges Sand, pasando por los salones berlineses de Rahel Varnhagen, Henriette Herz y Dorothea von Courland (Hertz, 1988). Pero sería principalmente en Francia donde se darían los primeros pasos de los movimientos feministas, aunque todos ellos dentro de los diversos movimientos socialistas, en su mayoría pequeños. De hecho, Abensour (1913: 222, 330) explicaría la ausencia de éxitos significativos para las demandas feministas francesas entre 1830 y 1848 (divorcio, ingreso a las profesiones liberales, derechos políticos) como consecuencia de "su firme unión con las doctrinas socialistas".

De manera especialmente notable, las feministas se vinculaban con los saint-simonianos y los fourieristas. Los saint-simonianos ponían un gran énfasis en la regeneración por el amor, y por lo tanto por las mujeres, y al principio les concedieron a éstas un papel muy importante en su estructura organizacional (Thibert, 1926: 78). Fundaron muchas revistas femeninas: *La Femme Libre*, obra de una saint-simoniana

[76] "Sostenían que la única manera de ponerle fin a la propiedad de las mujeres consistía en terminar con la propiedad privada misma. Era sin duda una solución más radical de la que planteara Woolstonecraft, pero hay un sentido en el cual era el resultado lógico de las demandas que ella y otras feministas habían formulado."

[77] New Lanarck, pueblo que funcionaba al estilo del socialismo utópico en una zona textil de Inglaterra. [T.]

de clase trabajadora, Désirée Veril;[78] la *Tribune des Femmes*, en 1832, en la que sólo se publicaban artículos escritos por mujeres (Moses, 1982: 251-257); *La Gazette des Femmes*, fundada en 1836 por Jeanne Deroin, que procuraba combinar un espíritu saint-simoniano con tendencias democráticas en general.[79]

Thibert (1926: iii-iv) ensalza la naturaleza "sentimental e idealista" del feminismo saint-simoniano y habla de una "generosidad desinteresada". Moses (1982: 265) hace una evaluación tal vez más sobria de lo que aconteció. Señala cómo, a medida que las mujeres iban afirmándose, los varones saint-simonianos se abocaron a restringir sus poderes en la organización. Pero, dice Moses, "irónicamente el resultado fue liberador", porque, en consecuencia, "las mujeres saint-simonianas se emanciparon por sí mismas de la tutela masculina" y crearon el primer movimiento independiente de mujeres de la historia.

Fourier vinculaba la liberación de las mujeres con la "liberación moral" que resultaba esencial para su socialismo. Pero, cosa aún más importante, afirmaba que la libertad moral y social de las mujeres tenía como "condición esencial" la independencia económica de las mismas y, en consecuencia, su "derecho a trabajar" (Thibert, 1926: 99, 140). En general es a Fourier a quien se le atribuye la invención del término "feminismo" (Perrot, 1988: 33),[80] aunque esto es controvertido.[81] De todos modos, es mejor ser recordado como el inventor del término que serlo, como Proudhon (1846: 197, citado en McMillan,

[78] Su editorial inicial en el número 1 se titulaba "El apostolado de las mujeres". Era un "llamado a las mujeres", que comienza: "Cuando todos los pueblos se están inquietando en pro de la libertad y los proletarios exigen el voto, ¿nos quedaremos las mujeres pasivas en medio de este gran movimiento de emancipación social que está llevándose a cabo frente a nuestros ojos? [...] Comprendamos nuestros derechos y nuestro poder. Tenemos el poder de nuestro atractivo, el poder de nuestros encantos, un arma irresistible. Dígannos cómo usarlo" (Adler, 1979: 41). Se cambió su nombre por el de Jeanne-Désirée.

[79] Bouglé (1918: 106) comenta: "En el fuego de 1848 esta combinación se convirtió en una fusión." Dice también que "en diferentes formas ese tono profético saint-simoniano sobrevive en el corazón de nuestras sufragistas contemporáneas [1918]" (p. 110).

[80] No obstante, Perrot observa que el término se "institucionalizó" apenas en 1892, con la creación de la Fédération Française des Sociétés Féministes.

[81] Turgéon, en su libro *Le féminisme français* (1907, 1: 10; citado en Abray, 1975: 43) afirma haberlo encontrado en *Théorie des quatre vents* de Fourier (1841), pero Offen (1987b: 193, n. 4) dice que no puede haberlo encontrado ahí. Offen sólo está dispuesto a aceptar que su origen "oscuro" es anterior a 1972. Moses (1992: 80-81) no pudo localizarlo en ningún lugar de los escritos de Fourier, y dice que su primer uso importante fue en la revista de Auclert, *La Citoyenne*, en 1885.

1981b: 193), líder del otro importante movimiento socialista temprano, como el creador de la fórmula "ramera o ama de casa" (*courtisane ou ménagère*), por lo cual fue denunciado inmediatamente por Jeanne Deroin y por lo cual se le sigue reprochando hasta ahora (Tixerant, 1908: 186).[82]

Flora Tristán, como ya señalamos, hizo un valiente esfuerzo por insistir en que la lucha de las mujeres y la del proletariado eran una causa común, ya que tanto las mujeres como el proletariado ocupaban "un estrato inferior" de la sociedad (Puech, 1925: 337) y por lo tanto ambas luchas eran "inseparables" (Albistur y Armogathe, 1977: 284). De hecho, dijo, "la mujer es la proletaria del proletario" (citado en Rebérioux, 1978a, xix; véase también Dijkstra, 1992: 178; Portal, 1983: 95).

En la revolución-mundo de 1848 parecía que tales llamamientos por fin podrían dar fruto. En 1848 el feminismo se reafirmó como parte de la revolución social en Francia y en otros lugares. En Francia las demandas eran múltiples. Pauline Roland trató de votar en las elecciones para alcalde de París y se le negó el derecho a ello. Jeanne Deroin solicitó presentarse como candidata a la elección de la Asamblea Nacional en 1849. La revista *Voix des Femmes* [*La Voz de las Mujeres*] tenía por subtítulo *Revista Socialista y Política, Órgano de Interés de Todas las Mujeres*. Su editora, Eugénie Niboyet, tuvo incluso la audacia de pedir que las salas de la Bibliothèque Nationale se abriesen a las lectoras (Thibert, 1926: 313, 317-318, 327). Pero con excepción de unos cuantos grupúsculos comunistas, estas demandas fueron recibidas con una "oleada de puritanismo" (Devance, 1976: 92). En 1850 encarcelaron a Deroin, Roland y otras por haber formado la Association des Instituteurs, Institutrices et des Professeurs Socialistes, con la imputación de que era "una sociedad secreta con objetivos políticos" (Thibert, 1926: 332-334).

En Estados Unidos la única expresión de la revolución-mundo de 1848 fue la Convención de Seneca Falls, considerada en general como momento fundacional del feminismo estadunidense. Su famosa Declaración de Sentimientos del 19-20 de julio de 1848, haciéndose eco de la Declaración de Independencia, comienza así: "Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas: que todos los hombres y

[82] Proudhon dijo que el feminismo "huele a prostitución" y lo llamó "pornocracia". Él, a su vez, ha sido llamado un "campesino atado a las costumbres patriarcales" (Thibert, 1926: 171, 185, 190).

las mujeres son creados iguales." Entre los agravios enunciados el 18 de agosto figura el hecho de que las mujeres eran privadas "del primer derecho de un ciudadano, el derecho electoral", derecho que se concedía (esta queja presagiaba conflictos futuros) a "hombres ignorantes y degradados, tanto nativos como extranjeros" (Rossi, 1973: 416).

En Europa la represión fue severa. Los "días de junio" en Francia dieron por resultado el "rechazo incluso de la aceptación limitada del cambio social" (Thompson, 1996: 399), echando atrás el ambiente más liberal de la monarquía de julio. Se cerraría la prensa feminista (Adler, 1979: 175). Y el 26 de julio de 1848 un decreto asimiló el estatus de las mujeres al de los menores, prohibiéndoles incluso concurrir a reuniones de clubes políticos (Tixerant, 1908: 63). En Italia, la simpatía inicial por las causas de las mujeres que se observaba en el gobierno provisional (25 de febrero-4 de mayo) fue refutada por las medidas discriminatorias de la Asamblea Constituyente (4-28 de mayo), seguida por una legislatura en la cual no podía haber ya ninguna "ilusión de mejoras en el estatus de las mujeres" (Anteghini, 1988: 57). Las feministas alemanas, vinculadas con los liberales, "cayeron víctimas de la represión posterior a la revolución de 1848" (Hackett, 1972: 362).

De manera que el resultado neto de 1848 no fue simplemente una represión de los socialistas sino también de las feministas. Sin embargo esto no los acercó. Más bien ambos "parias" seguirían principalmente sus caminos organizativos separados. O'Neill (1969: 17) sintetiza así lo que había ocurrido en la primera mitad del siglo XIX:

> La brecha entre la esfera reducida de las mujeres y la de los hombres, que iba ampliándose, parece haber alcanzado su dimensión máxima en un momento en que las ideas liberales y libertarias iban en ascenso. Tanto en Inglaterra como en Estados Unidos la exclusión se volvió más obvia a medida que se ampliaba el sufragio, y también más difícil de defender.

Desde luego, lo mismo ocurría en Europa continental. Esa brecha difícil de defender[83] habría de constituir el centro de los movimientos feministas/femeninos a partir de ese momento.

[83] La respuesta de Hubertine Auclert a esta gran brecha, en 1879, fue su famosa proclama: "El hombre hace las leyes para su propia ventaja y nosotras estamos obligadas a inclinar la cabeza en silencio. Basta de resignación. ¡De pie, parias de la sociedad!" (citado en Bidelman, 1982: xiv).

Ahora el ama de casa se había convertido en la imagen cultural dominante del papel que se suponía debía desempeñar la mujer en el mundo moderno. Ésta había perdido todo elemento que hubiera existido en épocas previas de ser una "apreciada colaboradora en la esfera económica" (Ortega, 1988: 13). Desde luego, cabe hacer hincapié en la palabra "apreciada" porque la mayoría de las mujeres no dejaron de "colaborar" en la esfera económica. Como señala Hall (1992c: 68), "la burguesía convertía a sus mujeres en damas en posición de dependencia económica y subordinación ideológica y luego usaba a las mujeres de la baja clase media y de la clase trabajadora para prestar servicios en sus hogares y producir sus textiles".[84]

En el siglo XIX la distinción entre la esfera pública de la vida y la privada se volvió central para la geocultura. Estaba siendo saludada como uno de los grandes avances de la modernidad, y era la consecuencia lógica de la demanda de racionalidad, en la cual la "buena organización social" parecía requerir "una definición más estricta de espacios, roles y tareas" (Perrot, 1988: 35), que a su vez "servía de justificación para la asignación de características personales y roles sociales a los hombres y las mujeres" (Allen, 1991: 29).[85] A esto se lo ha denominado "la incorporación del género en la esfera pública", y Landes (1988: 2) señala la diferencia entre esta definición cultural decimonónica y la del antiguo régimen, en el cual, "debido a que los derechos no eran universales, la exclusión de las mujeres de los canales formales del poder no se consideraba particularmente excepcional".[86] De eso se trata-

[84] Hobsbawm (1984c: 93) dice que "una paradoja de la industrialización del siglo XIX fue que tendió a incrementar y a aguzar la división sexual del trabajo entre las labores domésticas (no pagadas) y el trabajo fuera del hogar (pagado)". ¿Pero qué tiene esto de paradoja?

[85] Rowbotham (1977: 47) expone los vínculos entre las esferas del género y la estructura económica: "El modelo de libre mercado y de átomos económicos que compiten libremente requería sentimiento para darle cohesión, siempre que esa emoción se mantuviese en un lugar adecuado. De lo contrario el hombre burgués se encontraba en un mundo hobbesiano que se disolvía bajo su propia racionalidad. Las clases medias victorianas encontraron su sentimiento en sus mujeres encerradas en sus crinolinas." Pero, desde luego, no eran sólo las clases medias victorianas. Perrot (1986: 99) señala que "la conciencia masculina hizo su aparición como una dimensión de la clase [en Francia] a comienzos del siglo XX [...] El sindicalismo se organizó apropiándose por su cuenta de la definición burguesa del espacio público como un espacio masculino". Yo, en lo personal, diría que eso ocurrió mucho antes de los inicios del siglo XX.

[86] Nye (1993: 47) implica que esta división en géneros de la esfera pública y la privada fue legalmente sancionada en el periodo 1789-1815, y conecta esto con la teorización científica: "En esta era los científicos de la medicina construyeron un modelo

ba, precisamente: ahora se suponía que los derechos eran universales, como seguían insistiendo las feministas. En 1876 Hedwig Dohn, una feminista alemana, proclamó: "Los derechos humanos [*Menschenrechte*] no tienen sexo" (citado en Clemens, 1988: 1).

No obstante, desde el principio los movimientos feministas quedaron atrapados en el dilema conceptual que se había creado para ellos. Por un lado las mujeres eran herederas de la tradición universalista e individualista enaltecida por la Revolución francesa. Pero cuando pedían plenos derechos como ciudadanas activas, se encontraban con que se les negaban aduciendo su diferencia de los varones en algunos aspectos importantes.[87] Por el otro lado, cuando decidían como alternativa buscar "igualdad en la diferencia", concepto gestado por Ernest Legouvé, un feminista francés de mediados del siglo XIX,[88] estaban buscando indudablemente "una manera de expandir el liberalismo y de negociar con el mundo político patriarcal que el liberalismo aceptaba" (Caine, 1992: 53). También coincidían con la "nueva representación científica del cuerpo" que veía los cuerpos masculino y femenino "como una serie de oposiciones binarias" inconmensurables (Poovey, 1988: 6). Pero al hacerlo ingresaban inevitablemente en su papel de ciudadanas pasivas, aceptando, precisamente, el papel que los varones se habían asig-

---

biomédico del varón y de la mujer que hacía que los sexos fuesen 'naturalmente' idóneos para sus respectivos papeles sociales y familiares. Los cuerpos sexuados que surgieron de este proceso estaban constituidos de manera tal que eran al mismo tiempo 'opuestos' y 'complementarios'. Como las esferas pública y privada del cosmos burgués estaban trazadas en forma tan diferente entre sí, sólo dos seres totalmente diferentes podían ocuparlas."

[87] "El individualismo brindó los vínculos ideológicos entre los movimientos liberales [...] (organizaciones contra la esclavitud, sociedades nacionalistas, cruzadas morales, asociaciones para la reforma social, partidos políticos y demás) y el surgimiento del feminismo organizado. Estos vínculos funcionaban de dos maneras. Primero, parece probable [...] que muchas, si es que no la mayoría de las primeras activistas feministas, provenían de familias que estaban estrechamente vinculadas con movimientos liberales de este tipo [...] Segundo, esas y otras mujeres solían desempeñar una parte activa en los movimientos de reforma liberal [...] Una experiencia común de las mujeres activas en estos movimientos era un entusiasmo inicial, seguido por desilusión ante las restricciones a sus actividades que los hombres que las encabezaban les ponían" (Evans, 1977: 33).

[88] "El lema de Legouvé, 'igualdad en la diferencia' se convirtió en el *leitmotif* del movimiento republicano organizado en pro de los derechos femeninos, y del programa de reforma que esbozara [en 1848], que fue su programa durante los inicios de la tercera república" (Offen, 1986: 454).

nado a sí mismos como "patriarcas benévolos" (Offen, 1983: 257).

Nunca ha sido fácil navegar por el canal que separa a Escila de Caribdis, y pocas veces se ha logrado atravesar. Cuando se ve esto desde cierta distancia es posible llegar a algunas conclusiones poco usuales. Yvonne Turin (1989: 359) sugiere que tal vez debamos pensar en las monjas como el verdadero movimiento de liberación femenino del siglo XIX:

> Fueron las primeras estudiantes de medicina, de farmacia, las primeras directoras de empresas, las primeras huelguistas, también [...] Totalmente ajenas a la teorización, fuese ésta feminista o no, hicieron sentir su presencia por su práctica diaria, cumpliendo con lo que llamaban su vocación, que las empujaba a asumir responsabilidades pero también a hacer que sus iniciativas fuesen adoptadas por la Iglesia y la sociedad civil. La Iglesia era la única estructura que les ofrecía una esfera de libertad lo bastante grande para desempeñar sus actividades [...] La feminista de hoy, antes de actuar, se pregunta si los hombres también harían lo que se le pide a ella que haga. Si la respuesta es sí, acepta. Si no, se niega. Sabe cómo copiar, como repetir, como adaptarse, y acaba con la inventiva femenina. La monja del siglo XIX, mujer de los pies a la cabeza, inventaba por todos lados.

Y en un argumento ortogonal pero extrañamente complementario, al otro lado de la división cultural, veamos como Rubin (1975: 185) analiza (y critica) el psicoanálisis:

> [El psicoanálisis] es una teoría de la sexualidad en la sociedad humana. Más importante aún, brinda una descripción de los mecanismos por los cuales los sexos se dividen y se deforman, mediante los cuales bebés andróginos, bisexuales, son transformados en niños y niñas. El psicoanálisis es una teoría feminista *manqué*.

Pero ni la sensación que tiene Turin de cómo navegar entre los rápidos ni la percepción de Rubin de cómo comprender de qué manera esos rápidos llegaron a ser tan peligrosos resultaba esencial para las formas en las que las feministas pensaban sobre sí mismas y se organizaban a partir de 1848 y hasta finales del siglo XX. El feminismo tuvo que abrirse camino en un mundo en el cual el sexismo era discutido no sólo legítima sino también abierta y agresivamente, por lo cual tenía impacto en absolutamente todos los aliados potenciales.

Rébérioux (1978b: 154) habla de "la fuerza del antifeminismo 'cultural' común a todas las sociedades europeas del siglo XIX y compartido también por los socialistas: los partidos [socialistas] podían funcionar como el antiEstado, pero no como la antisociedad".

Ni los eruditos ni los analistas políticos ni los dirigentes políticos fueron de mayor ayuda. En Inglaterra, el temprano apoyo de Herbert Spencer al feminismo (derivado de sus ideas individualistas) se transformó en antifeminismo cuando descubrió el principio de selección darwiniana (Paxton, 1991. *La femme*, de Michelet (1981 [1859]: 49) incluye un diálogo increíblemente sexista de dos hombres respecto a las limitaciones de las mujeres, que son "educadas para odiar y despreciar lo que todos los franceses aman y en lo que creen", es decir los valores seculares, la ciencia y la Revolución de 1789. McMillan (1981a: 362-363) señala que Michelet, Proudhon y Jules Simon —todos anticlericales decididos— compartían de hecho la opinión convencional de la Iglesia sobre el papel de la mujer en el hogar. Por lo que toca a las fuerzas de la derecha, hacían del feminismo un ejemplo más de la degeneración de los valores y vinculaban sus opiniones con temas nacionalistas.[89] Y en Italia, en 1893, Lombroso y Ferrero publicaron un libro, *La donna delincuente, la prostituta, la donna normale*, que hablaba de la inferioridad intelectual de las mujeres, su tendencia innata a mentir y su potencial genético para las desviaciones.[90]

Rendall (1985: 321) observa que "para 1860 el lenguaje común con el cual se discutía en [Estados Unidos, Francia e Inglaterra] la cuestión de los derechos políticos de las mujeres [...] seguía siendo el lenguaje del republicanismo y la ciudadanía",[91] y desde luego tal cosa

[89] "Los libros y folletos producidos por esta escuela chovinista [francesa] afirmaban que Francia estaba invadida, realmente infectada (estos escritores eran excesivamente ingenuos con las metáforas médicas) por mórbidas influencias extranjeras —judíos, protestantes y masones— todos los cuales estaban conspicuamente presentes entre los dirigentes del movimiento francés por los derechos de la mujer. Los antifeministas sostenían que Francia estaba amenazada hasta su centro por el 'internacionalismo' y el 'cosmopolitismo'. En tono estridente denunciaban todas las formas de imperialismo cultural anglosajón, del cual el feminismo era el elemento más reprochable" (Offen, 1984: 662).

[90] Casalini (1981: 17-18) afirma que la posición del líder socialista Filippo Turati, quien comparaba la prostitución femenina con la delincuencia masculina, no era al fin y al cabo tan diferente de la de Lombroso y Ferrero. Más bien demuestra que existen, en el mejor de los casos, simplemente "gradaciones de positivismo, desde un positivismo racionalista con influencias marxistas hasta el darwinismo más retrógrado".

[91] La devoción de los movimientos femeninos al republicanismo no encontraba

no ocurría sólo en esos tres países.[92] La búsqueda de integración política en los estados llegó a ser prácticamente la única cuestión política de un movimiento que tenía una "composición abrumadoramente de clase media" (Evans, 1977: 34). ¿Cómo exige uno ser un ciudadano activo? La respuesta parecía bastante simple: organizarse, pedir que se cambiasen las leyes, cabildear para lograr esos cambios. Y eso fue lo que hicieron las feministas. ¿Y si alguien preguntaba por qué era importante llegar a ser ciudadano? La respuesta sería paralela a la teoría de las dos etapas del marxismo: primero el voto, después todo lo demás.[93]

La cuestión era cómo conseguir el voto. Requería organización... organización en tanto mujeres.[94] Las feministas francesas le dieron

---

necesariamente una actitud de reciprocidad. Klejman y Rochefort (1989: 57) titulan uno de sus capítulos sobre el feminismo en Francia "Feminismo y republicanismo: Un diálogo de sordos". Como resultado de ello, Hubertine Auclert escribió en 1889, con ocasión del centenario de la Revolución francesa: "Las mujeres no tendrían que estar celebrando un 89 masculino sino creando un 89 femenino" (Auclert, 1982: 126). A su revista la llamó *La Citoyenne*. Y obsérvese el clarísimo lenguaje de Louise-Otto Peters, una de las fundadoras del movimiento feminista burgués alemán: "Estamos luchando contra las consecuencias del orden societal capitalista [*Gesselschaftsordnung*], no contra este orden societal en sí mismo" (citado en Hervé, 1983: 19).

[92] Por ejemplo, no fue sino hasta 1905 cuando surgió un movimiento feminista organizado en Rusia, pero cuando apareció era un movimiento por el sufragio femenino (Stites, 1978: 191). Sobre la India véase Forbes (1982).

[93] "El feminismo clásico [...] finalmente llegó a concentrarse en el voto como el toque final de la emancipación en Occidente. Esto no quiere decir que se viese el voto como el fin de las aspiraciones feministas. Hay evidencias muy claras de que la mayoría de las feministas visualizaban la igualdad política como un medio, como una continuación del proceso de emancipación a un nivel más alto: las mujeres que votaban podrían elegir a otras mujeres; las mujeres podrían llevar a cabo las reformas deseadas no sólo para su propio sexo (de hecho, divorcio, educación y lo demás) sino también (mediante un argumento sobre la sensibilidad femenina que a veces contradecía la retórica feminista habitual) contribuir a la regeneración nacional y asegurar la abolición de males tales como el alcoholismo, la prostitución y la guerra" (Stites, 1978: xviii). Bidelman (1982: 190) sintetiza en estos términos el punto de vista de las feministas francesas: "Sin una respuesta liberal permanente a la 'primera etapa' de la cuestión política, no podría haber respuesta a la 'segunda etapa' de la cuestión femenina." Véase la defensa de esta estrategia que hace Dubois (1978: 17-18): "Es un error llegar a la conclusión de que el movimiento del sufragio femenino fue una distracción inútil en la lucha de las mujeres por la liberación, porque el voto no resolvía el problema de la opresión femenina [...] Fue el primer movimiento independiente de las mujeres por su propia liberación."

[94] "El feminismo liberal no es simplemente feminismo sumado al liberalismo [...] El feminismo requiere un reconocimiento, aunque sea implícito e indefinido, de identificación sexual de clase de las mujeres como mujeres. [La mujer] era excluida de los derechos ciudadanos como miembro de una clase sexual. Su estatus social *adscrito* le impedía

nombre a las dos tácticas alternativas posibles. Las denominaron la "política de la infracción" (asociada con Maria Desraines) y la "política de la agresión" (asociada con Hubertine Auclert). El problema era si debía darse prioridad al logro de la emancipación civil o al de la emancipación política (Bidelman, 1982: caps. 3, 4). En cuanto al debate respecto a tácticas, éste no era muy diferente del debate reformista-revolucionario entre los socialdemócratas alemanes. En general, predominaba la política de la infracción. "Casi por doquier las radicales (es decir, sobre todo las que exigían el voto femenino) constituían una minoría, muchas veces frente a la enérgica oposición de la mayoría 'moderada' de las feministas" (Evans, 1977: 37).

La explicación habitual de la moderación de los movimientos feministas es el hecho de que estaban dominados por mujeres de clase media, con valores burgueses. "Las *mentalités* burguesas las predisponían a soluciones graduales, legales" (Hause y Kenney, 1981: 783).[95] Pero algunas feministas optaron por tácticas más radicales. Evans (1977: 189-190) le atribuye al ejemplo de los movimientos socialistas y al surgimiento de los movimientos de mujeres socialdemócratas el crédito por inspirar a quienes llegaron a ser denominadas feministas "militantes" por sus "tácticas agresivas y métodos de propaganda intensiva [...] Demostraciones masivas en las calles, carteles y estandartes, lemas y colores, y el enfoque duro y agresivo a los oponentes fueron todas tácticas de las que el movimiento socialista fue pionero".

Las tácticas agresivas arraigaron especialmente en Gran Bretaña y en Estados Unidos. "Las *suffragettes* destrozaron la imagen de la mujer como una criatura pasiva, dependiente, con la misma eficacia con la

---

participar en los *logros* individuales que brindaba la sociedad liberal" (Eisenstein, 1981: 6).

[95] Aunque Hause y Kenney (p. 804) afirman que este efecto fue especialmente fuerte en Francia, porque el feminismo no "recibió el fermento de la experiencia de la clase trabajadora que tuvo en Gran Bretaña", Rover (1967: 61) describe así la situación en Gran Bretaña: "Las primeras feministas de clase media que habrían de brindar apoyo organizado al sufragio femenino a partir de 1866 en [la Sociedad Nacional por el Sufragio Femenino] estaban mucho más estrechamente vinculadas con la Liga Contra las Leyes de los Cereales que con las primeras sociedades de reforma o con el cartismo apoyados principalmente por la clase trabajadora, y no es del todo accidental que Manchester, en el centro de la agitación contra las leyes de los cereales, fuese un importante centro de actividades sufragistas femeninas." Y Perrot (1988: 47) protesta contra la historiografía anglosajona que ve el feminismo francés como algo significativamente diferente del feminismo en Gran Bretaña o en Estados Unidos. Por lo que se refiere a Alemania, Evans (1976: 272) insiste en que las dos principales características del feminismo allí fueron que "era liberal y era de clase media".

que destrozaron los aparadores de Regent Street" (Rover, 1967: 20). Chafetz y Dworkin (1986: 112) afirman que fue precisamente esa militancia, así como "restringir el tema al sufragio", lo que permitió que los movimientos en Estados Unidos [y Gran Bretaña] lograran un "apoyo masivo". Si esto no ocurrió en Francia, dice Moses (1984: 230) no fue porque el movimiento francés "se quemase", sino más bien porque "gobiernos represivos quemaron repetidamente al feminismo".

Las feministas que encabezaban la lucha por el sufragio se enfrentaban a grupos de mujeres organizadas que ubicaban otros objetivos por delante del sufragio, ya fuese como meta o como prioridad. Las sufragistas consideraban que estos otros movimientos eran esencialmente menos militantes, socialmente más conservadores. Pero hay quienes invierten el análisis:

> Lejos de erradicar los movimientos femeninos [...] la aparición del movimiento sufragista llevó a una reducción de sus propósitos y a un énfasis en el pragmatismo y la moderación que restringieron considerablemente el alcance del movimiento [...] El papel dominante de las sufragistas llevó a una preocupación casi exclusiva por una cuestión que tenía importancia directa sólo para algunas mujeres de clase media, en lugar de la inquietud con los problemas de todas las mujeres que fue evidente en la agitación ante las enfermedades contagiosas y en parte del trabajo inicial en relación con las leyes matrimoniales y el empleo (Caine, 1982b: 549-550).[96]

El argumento no versaba simplemente del sufragio en oposición a otras prioridades. El problema fundamental era si, cuando las mujeres ingresaban en la esfera pública, lo hacían a fin de demandar una individualidad sin género (igualdad ante la ley en todo tipo de cuestiones, igualdad en el mercado, igualdad en la educación y en cualquier otro espacio cultural) o para garantizar el reconocimiento de las virtudes y talentos específicos de las mujeres (así como para insistir en que los mismos no quedasen confinados a una esfera "privada"). Este debate dentro del movimiento feminista/femenino matizó los movimientos del siglo XIX y no ha terminado hasta el día de hoy.[97]

[96] La Ley de Enfermedades Contagiosas fue una legislación británica del decenio de 1820. Respecto a las cuestiones que se plantearon en esa época, y la "alianza por encima de las clases entre las feministas y los trabajadores varones radicales", véase Walkowitz (1982, esp. 80-83).

[97] Lewis (1984: 89) ve el último grupo, el de quienes "aceptaban la idea de las mu-

Es importante ser consciente de que las feministas sociales estaban de hecho tan inquietas con las cuestiones políticas (es decir cuestiones de la ley) como lo estaban las feministas políticas que se concentraban en el sufragio. Porque la ley afectaba los derechos y posibilidades de las mujeres en innumerables formas. La ilegalización del aborto (en oposición a la desaprobación social) fue una acción de principios del siglo XIX (Rendall, 1985: 226). Y su legalización ha sido una cuestión de las mujeres desde entonces (McLaren, 1978a; Evans, 1977: 108). Lo mismo ha ocurrido con el control natal.[98] Y también, especialmente en Estados Unidos, el combate al alcoholismo, en el cual participaron muchas sufragistas.[99] Y cuando las feministas alemanas sostuvieron la necesidad de la educación en el jardín de infantes, fue porque trataban de imponer el modelo de un Estado liberal, basado en el *Rechtsstaat*, "que requería un papel activo del gobierno no sólo en la protección de las libertades individuales sino también promoviendo de manera positiva un sentimiento de comunidad". Se pensaba que los jardines de infantes promovían esta meta "al estimular el instinto temprano del niño por la actividad autónoma" (Allen, 1991: 65).

Todos estos intentos de mujeres por controlar los elementos de su feminidad se toparon con un obstáculo, que adquiría una nueva importancia en el siglo XIX: el ascenso del médico como experto rector,

jeres como guardianas naturales del orden moral", usando el lenguaje de la tradición evangélica y de la ciencia (que previamente había confinado a la mujer en el hogar) para "argumentar por una extensión de la influencia materna" más allá del hogar.

[98] "Muy pocos de los que abogaban por los derechos reproductivos [...] adoptaron argumentos basados exclusiva o hasta principalmente en los derechos de las mujeres como individuos sin referencia al bienestar de la comunidad, la nación y la nueva generación. En este contexto, el movimiento feminista alemán —y no sólo las organizaciones radicales— se destacan por su relativo avance y audacia, no por su conservadurismo" (Allen, 1991: 204). Sin embargo, la pregunta es qué es "conservador" en relación con esto. McLaren (1978b: 107) señala las ambigüedades: "La ideología inicial del control natal era una curiosa amalgama. Sus dimensiones 'progresistas' se ejemplificaban por su interés en los derechos de las mujeres y en la autoayuda médica; su conservadurismo, por su adhesión a la economía neomalthusiana." Y entonces entraron a la discusión los eugenistas y esto "dio un vuelco de la atención de los derechos de la madre a los del Estado; de la cantidad de la fuerza de trabajo a su calidad" (p. 154).

[99] "La participación de las sufragistas en la Cruzada [Femenina por la Templanza] fue posible porque existía un área de acuerdo entre ambos movimientos. No sólo eran los dos de y para mujeres, sino que también ambos afirmaban el derecho de las mujeres a tener una participación activa en la esfera pública" (Blocker, 1985: 471).

que se basaba en la nueva cientificidad de la medicina.[100] En general estos médicos "asumían que mujeres y hombres eran más diferentes que similares, y que las diferencias fisiológicas entre los sexos se traducían 'naturalmente' en diferentes funciones sociales" (Theriot, 1993: 19). En este mundo más secular el médico sustituyó al sacerdote como "guardián de la normalidad" en la esfera sexual (Mosse, 1985: 10).[101] En particular el nuevo concepto de "médico familiar" se convirtió en una forma de "vigilancia directa" de la conducta aprobado dentro del hogar (Donzelot, 1977: 22, 46). No tiene nada de raro que hasta las mujeres conservadoras procurasen emerger en la esfera pública para recuperar así cierta autonomía personal.

Por supuesto, en el paso del control religioso de la conducta al control médico/científico transitamos de un concepto de conducta "natural", de la cual los pecadores pueden desviarse pero a la cual los arrepentidos pueden volver, a un concepto de "conductas fisiológicas esenciales" que pueden ser manejadas por el científico y hasta cierto punto "controladas" o "reformadas", pero no cambiadas fundamentalmente. Foucault (1976: 59 [1ª. ed. en esp.: 57; 3ª. ed.: 43]) muestra cómo funciona esto para la sexualidad: "El sodomita [del siglo XVII] era un relapso, el homosexual [del siglo XIX] es... una especie." Se trata de la diferencia, afirma, entre un acto prohibido (la sodomía) y una persona (un carácter) con un pasado, una infancia, una forma de vida (la homosexual). Y, desde luego, una vez que uno reifica estas conductas en personas/caracteres, es posible vincular un tipo de desviación con otro, puesto que todos tienen sus raíces en la biología. Y quienes podían hacerlo mejor no eran los biólogos (cuyo número era muy reducido) sino los médicos:

> Los médicos tenían un adiestramiento suficiente en ciencias básicas como para resultar creíbles en tanto mediadores científicos entre los misterios de la clínica y los exasperantes problemas de la vida cotidiana. Además los doctores estaban bien organizados, tenían una visión totalmente secular y política, y eran feroces defensores de sus prerrogativas profesionales y sociales (Nye, 1984: xi).[102]

[100] Antes de la Ilustración los médicos y cirujanos en general no eran tenidos en muy alta estima. "Molière lo atestigua", dicen Kniehbiehler y Fouquet (1983: 4).

[101] Desde luego, tal vez era todavía peor cuando esto no ocurría, ya que en esa época "el enemigo más persistente y obstinado de [las feministas era] la Iglesia católica romana (Evans, 1977: 124).

[102] Nye está analizando primordialmente Francia. Allí, dice, esta biologización de

Desde luego, las feministas estaban divididas en relación con qué se debía destacar en la esfera pública. Para algunas era la "metáfora materna" y el sentimiento de que "los roles familiares y maternos ejercen una influencia positiva sobre el comportamiento público y privado de las mujeres" (Allen, 1991, 1: 244). Algunas sentían que el discurso sobre el matrimonio y la familia terminaba por confinar a las mujeres a una esfera femenina, aunque muy pocas abogaban por el "amor libre". Como quiera que fuese, pretendían atacar "las raíces del [...] patriarcado" (Basch, 1986: 36) y crear más espacio para las mujeres.

El último escenario público importante en el cual las mujeres procuraron desempeñar un papel específicamente femenino fue la geopolítica. Las mujeres organizaban movimientos de paz, insistiendo con frecuencia en que esto era así porque las mujeres, a diferencia de los hombres, renunciaban a los rasgos militares, y porque eran "maternales", se negaban a ver morir a sus hijos en guerras sin propósito. El pacifismo se convirtió en una especialidad de la mujer, con una organización internacional específica, la Liga Internacional Femenina por la Paz y la Libertad, que se formó en 1915, en medio de la primera guerra mundial, para protestar contra la guerra.[103]

La acción estatal que las mujeres tenían menos capacidad de afectar, porque no se trataba de un problema de legislación, eran las categorías de los censos. En la Australia de finales del siglo XIX todas las mujeres casadas se clasificaban como dependientes, "acto político llevado a cabo en pro de los hombres de la clase trabajadora con el propósito de cerrar el mercado de trabajo" (Deacon, 1985: 46). Esta clasificación se había difundido: "Para 1900 la idea de que las mujeres

---

la desviación social se usaba para explicar la derrota de 1870 y tenía "el objetivo totalmente *cultural* de explicarles a los franceses los orígenes de la decadencia nacional y la debilidad de su población" (p. xiii). En el capítulo 10, sobre Gran Bretaña y Alemania, admite que "tales inquietudes no eran raras en otros lugares" (p. 320).

[103] Pero una guerra real podía tener el efecto opuesto. En Japón, el efecto del conflicto de 1894-1895 con China fue el de acelerar "tendencias conservadoras que eran por definición antifeministas", e impulsó al gobierno a propagar "los papeles que podían desempeñar las mujeres como paridoras de hijos y seguidoras de la política gubernamental" (Siever, 1983: 103). Durante la primera guerra mundial las feministas italianas "pasaron con relativa facilidad de un pacifismo convencido a la colaboración en la organización y propaganda de la guerra" (Bigaran, 1982: 128). Lo mismo parece haber ocurrido en Francia (Klejman y Rochefort, 1989: 189). Vellacott (1987: 95) dice que en Gran Bretaña, una vez concluida la guerra, "se acabó el encanto de tres 'ismos': feminismo, pacifismo y socialismo [...] En efecto, se demostró que los pacifistas tenían razón al afirmar que un mundo militarista representaba la muerte de la visión femenina".

casadas que no tenían trabajos asalariados fuera del hogar eran 'dependientes' había alcanzado el estatus de un hecho científico" (Folbre, 1991: 482). Cuando son legislados, los conceptos sociológicos tienen un efecto y alcanzan un grado de legitimidad de gran peso en el funcionamiento diario del sistema social.

MOVIMIENTOS ÉTNICOS Y RACIALES

Hemos visto que los movimientos sociales/laborales tenían grandes dificultades para aceptar la legitimidad de los movimientos feministas/femeninos en sus demandas de los derechos de la ciudadanía activa. De manera similar, los movimientos feministas/femeninos tuvieron grandes dificultades para aceptar la legitimidad de los movimientos étnicos/raciales en sus demandas de tener los derechos de la ciudadanía activa. Era como si en el barco no hubiese lugar suficiente para que cupieran todos. O tal vez una metáfora mejor sea la falta de disposición para aceptar la idea de un barco de clase única... todos ciudadanos, ciudadanos iguales. En el siglo XIX este segundo conflicto de organización se encontraba primordialmente en Estados Unidos, donde la opresión de los negros desempeñaba un papel tan central en las tensiones políticas y, por consiguiente, dio origen a los movimientos sociales negros. La lucha por los derechos de los irlandeses en Gran Bretaña planteaba un asunto paralelo, excepto que incluía una demanda de separación política que estaba en gran medida ausente en el caso de los negros en Estados Unidos.

Desde el punto de vista de los estratos dominantes, el problema de los derechos de las mujeres y el de los derechos para los negros (así como para otras "minorías" étnicas) no eran fundamentalmente diferentes. De hecho muchas veces parecía que las percepciones se fusionaban:

La ideología republicana de género facilitó el desarrollo de una ciudadanía racializada. La ideología de género oponía la masculinidad a la feminidad, vinculando la masculinidad con la productividad y la independencia, y la feminidad con el servilismo y la dependencia [...] Al asignarles rasgos femeninos a los varones étnicos, los estadunidenses de vieja cepa no sólo castraban a los varones presuntamente serviles y dependientes sino que también los señalaban como un peligro para la libertad republicana [...] El reverso de la

feminidad dependiente era la maternidad virtuosa; el reverso de la masculinidad dependiente era el germen de la tiranía (Mink, 1990: 96).

A principios del siglo XIX las mujeres eran muy activas en los movimientos abolicionistas, sobre todo en Gran Bretaña y Estados Unidos. Fue un periodo en el cual los derechos de las mujeres estaban deteriorándose por doquier... en el caso de Estados Unidos "drásticamente" (Berg, 1978: 11). Hay que recordar que la primera exclusión *formal* de las mujeres del sufragio se dio en la Ley de Reforma británica de 1832, destinada a dotar de derechos políticos a quienes no los habían tenido antes. Pero, al hacerlo, la ley especificaba "individuos varones", frase que nunca antes se encontrara en la legislación inglesa. Esta frase "proporcionó un blanco para el ataque y una fuente de resentimiento" (Rover, 1967: 3) a partir de la cual crecería el feminismo británico.[104]

Las mujeres se volcaron muy deliberadamente al concepto de "derechos naturales", que era el legado de la Ilustración y la Revolución francesa, para reclamar su libertad. El abolicionismo se basaba también en el concepto de "derechos naturales", y el movimiento abolicionista "sirvió como catalizador que transformó el sentimiento feminista latente en los inicios del movimiento organizado" (Hersch, 1978: 1). La abolición, desde luego, implica el fin de la esclavitud y, por consiguiente, el ingreso de quienes habían sido esclavos en la ciudadanía formal. Pero como, según vimos, había *de facto* dos niveles de ciudadanos, los activos y los pasivos, la pregunta inmediata es en cuál de las dos categorías debía colocarse a los esclavos liberados.

Éste fue el meollo del debate sobre la Decimotercera, Decimocuarta y Decimoquinta Enmiendas de la Constitución de Estados Unidos después de concluida la guerra civil. El presidente Lincoln había emancipado a los esclavos el 1 de enero de 1863 (de hecho realmente no a todos los esclavos, pero sí a la mayoría de ellos). La Decimotercera Enmienda, aprobada en 1865, volvía anticonstitucional la esclavitud. La Decimocuarta Enmienda, aprobada en 1868, declaraba que si se le negaba el derecho al voto en cualquier estado a ciudadanos de más de 21 años que fuesen "habitantes varones" de ese estado, se reduciría la

[104] Fulford (1957: 33) dice de esta frase: "No había ninguna intención sutil de despojar a las mujeres de sus justos derechos porque a esos parlamentarios jamás se les cruzó por la cabeza que tales derechos existiesen." Esto destaca la profundidad de la posición subordinada de las mujeres, de la cual el movimiento feminista trataría de extraerlas.

base de representación en el Congreso. Y la Decimoquinta Enmienda, aprobada en 1870, declaraba que el derecho al voto no sería restringido "por razón de raza, color o condición previa de servidumbre".

Las feministas veían la Decimocuarta Enmienda como un "retroceso político" porque por primera vez se incluía la palabra "varón" y así, por primera vez, las mujeres quedaban "explícitamente excluidas de la política" (Ryan, 1992: 20). Esto era paralelo exactamente a lo que había ocurrido con la Ley de Reforma británica de 1832. La habilitación se amplió y, en ese proceso, las mujeres fueron consciente y específicamente excluidas. Ellas, desde luego, sostuvieron que la ampliación del sufragio tenía que hacerse para todos los que estaban excluidos, y al mismo tiempo. Wendell Phillips, uno de los dirigentes del movimiento abolicionista estadunidense, había dicho en mayo de 1865 que de momento no había que presionar con demandas por el voto femenino porque "ésta es la hora de los negros". Esta famosa declaración recibió una respuesta muy enérgica y casi igualmente famosa de Elizabeth Cady Stanton en una carta al editor del *National Anti-Slavery Standard* del 26 de diciembre de 1865:

> Las mujeres representativas de la nación han hecho su máximo esfuerzo, a lo largo de los últimos treinta años, por obtener la libertad para los negros, y mientras éstos estén en lo más bajo de la escala del ser estaremos dispuestas a presionar por *sus* demandas; pero ahora, cuando la puerta celestial a los derechos civiles se está moviendo lentamente sobre sus bisagras, se vuelve una cuestión seria si sería mejor que nos hiciésemos a un lado y viésemos a "Sambo" entrar primero al reino...
>
> Está muy bien que el orden privilegiado baje la mirada complacientemente y nos diga "ésta es la hora de los negros; no les obstruyan el paso; no avergüencen al Partido Republicano con alguna cuestión nueva; sean generosas y magnánimas; una vez que los negros estén a salvo le tocará el turno a las mujeres". Si nuestra plegaria involucrase un nuevo sistema de medición o una nueva línea de ideas sería cruel imponerles a los "ciudadanos blancos varones" incluso dos cuestiones simples al mismo tiempo; pero los no emancipados hacemos todos la misma exigencia, y la misma lógica y justicia que garantiza el sufragio para una clase se lo brinda a todos.
>
> La lucha de los últimos treinta años no ha sido sobre el negro en tanto tal sino sobre la base más amplia de su humanidad (Gordon, 1997: 504-505).[105]

[105] Más tarde Stanton escribió un artículo, el 15 de enero de 1868, en *Revolution*,

Las sufragistas no se quedaron mudas. Lograron que en 1867 la constitución del estado de Nueva York eliminase la palabra "varón" junto con "blanco", pasando por encima de las objeciones de Horace Greeley (O'Neill, 1971: 17). Y en Kansas, en 1867, Stanton y Susan B. Anthony apoyaron la campaña de George Francis Train, un conocido racista que, sin embargo, abogaba por el sufragio femenino.[106] En esta lucha de las mujeres con sus viejos aliados en el combate contra la esclavitud —la mayoría republicana en el Congreso federal, los antiguos esclavos— "las mujeres resultaron derrotadas en todos los encuentros" (Griffith, 1984: 118).

No todas las dirigentes de las mujeres adoptaron la posición de Stanton y Anthony. Lucy Stone afirmó que "si las mujeres no pudieron obtener su libertad política era bueno que los varones negros pudiesen lograr la suya" (Kraditor, 1967: 3). El resultado fue una profunda escisión en el movimiento feminista. En 1869 Anthony y Stanton fundaron la Asociación Nacional por el Sufragio de la Mujer (NWSA,

---

al que tituló "¿Quiénes son nuestros amigos?" Decía en él: "Charles Sumner, Horace Greeley, Gerrit Smith y Wendell Phillips, con una opinión unánime, les dijeron a las mujeres de la nación que se hiciesen a un lado y contemplasen la salvación de los negros. Wendell Phillips dijo 'una idea por generación' y que se dé en orden de importancia. Primero el sufragio para los negros, después la templanza, después el movimiento de ocho horas, después el sufragio femenino. En 1958, tres generaciones después, si calculamos treinta años por cada una, si Phillips y la providencia lo permitían, llegaría el momento del sufragio femenino (O'Neill, 1969: 117). De hecho el voto para las mujeres se puso en práctica en Estados Unidos en 1919. Pero como afirman Catt y Shuler (1923: 108): "Entre la adopción de la Decimoquinta Enmienda (30 de marzo de 1870), con la concesión de plenos poderes electorales a los negros, y 1910, hay cuarenta años durante los cuales las mujeres blancas observaron, oraron y trabajaron juntas sin cesar por la hora de la mujer, que nunca llegaba." Desde luego, se podría señalar que, cuando las mujeres blancas de Estados Unidos obtuvieron el voto, en 1919, lo tuvieron de verdad, mientras que los hombres (y las mujeres) negros no contaron realmente con él hasta la Ley de Derechos Civiles de 1963, e incluso entonces muchos siguieron careciendo de esos derechos en la realidad.

[106] Frederick Douglass, el líder negro, denunció la asociación de Stanton y Anthony con Train (Dubois, 1978: 187). Hersch (1978: 70) dice que fue sólo una "asociación breve". Pero Dubois (1978: 95-96) sostiene que "al acercarse a Train [Anthony y Stanton] le dieron credibilidad a las imputaciones de los republicanos antifeministas en el sentido de que el movimiento sufragista femenino era una herramienta que usaba el Partido Demócrata en contra de los libertos". Douglass había sido durante mucho tiempo un defensor del sufragio femenino. Concurrió a la reunión de Seneca Falls en 1848, y renovó ese apoyo en la década de 1870. "Pero en los años vitales de 1866-1869 no les otorgó su apoyo", pensando que añadir el sufragio femenino podía poner en peligro la obtención del voto para los libertos, y que esta última era más vital y urgente (Evans, 1977: 48).

National Woman Suffrage Association), con más vínculos, a partir de entonces, con el Partido Demócrata. Y Stone y Henry Ward Beecher formaron la Asociación Estadunidense por el Sufragio de la Mujer (AWSA, American Woman Suffrage Association), más vinculada con el Partido Republicano. La NWSA era la que hacía más análisis social, aduciendo que la opresión de las mujeres se debía al matrimonio y a la división sexual del trabajo. La AWSA se limitaba a la cuestión política central del sufragio (Buechler, 1990: 50).[107]

A medida que los movimientos femeninos se volvían más conservadores respecto a todas las cuestiones sociales/laborales en la segunda mitad del siglo XIX, lo mismo sucedía acerca de todas las cuestiones étnicas/raciales de los países (como en Estados Unidos)[108] o en materia de asuntos coloniales (como en Gran Bretaña).[109] En el curso de

[107] La escisión terminaría finalmente en 1890, con su fusión en la Asociación Nacional Estadunidense por el Voto Femenino (NAWSA, National American Woman Suffrage Association). La política de las distintas dirigentes, sin embargo, no cambió, como puede verse por las posturas que adoptaron posteriormente sobre cuestiones de trabajo. Lucy Stone, mostrando su hostilidad hacia el movimiento sindicalista general, preguntó por qué los huelguistas de Homestead, en su lucha contra la Carnegie Steel Company en 1892, no "ahorraron sus ganancias para poner sus propios negocios si es que estaban insatisfechos con su empleo". Susan B. Anthony, por otro lado, se decía "amiga de Eugene V. Debs y del sindicalismo", pero, fiel a su posición sobre el voto para los negros, dijo que no iba a apoyar *ninguna* causa hasta que las mujeres tuviesen el voto (Kraditor, 1965: 158-159).

[108] En Estados Unidos el movimiento de las mujeres mostraba un creciente resentimiento por la hostilidad de los grupos inmigrantes al sufragio femenino. "En el proceso [...] los votos para las mujeres, que habían sido alguna vez una expresión de la igualdad de derechos, se convirtieron en una cuestión de privilegio social." Lo mismo ocurrió en términos de la relación con los negros tras el conflicto sobre las enmiendas. "En los últimos años del siglo era habitual que en el sur se usasen argumentos racistas en apoyo del sufragio femenino" (Banks, 1981: 141). Cohen (1996: 708-709), hablando de la actitud de una generación posterior de feministas, señala: "Con frecuencia las feministas han asumido que, al dividir a las mujeres, el racismo de las blancas socava sus propios intereses y resulta de utilidad para los blancos. Sin embargo las dirigentes blancas del movimiento por el sufragio femenino [en Estados Unidos] solían ser bastante explícitas en su *oposición* a mujeres y hombres no blancos (o de origen extranjero). Se trataba menos de un error de análisis femenino que de una estrategia política que reflejaba y *creaba* el verdadero privilegio."

[109] "El nacimiento del feminismo organizado en Gran Bretaña tuvo lugar contra el telón de fondo del entusiasmo antiesclavista, pero su desarrollo se consolidó durante un periodo de imperialismo popular" (Ware, 1992: 118). "El feminismo, igual que el imperialismo, se estructuraba en torno a la idea de la responsabilidad moral. En términos victorianos la *responsabilidad* implicaba custodia, clase, edad y jerarquía [...] El argumento feminista, igual que la apología imperialista, se preocupaba por la preservación

ese paso conservador, muchas feministas abandonaron el argumento de los "derechos naturales". En Estados Unidos empezaron a sostener que debía dársele el voto a las mujeres para "balancear el impacto de quienes habían nacido en el extranjero" (Berg, 1978: 269). Cuando en 1903 la NWSA se pronunció acerca de un "requisito educativo" para el voto (con la notable pero solitaria discrepancia de Charlotte Perkins Gilman), habían pasado de hacer campaña para extender el derecho al voto a una propuesta "para retirarles el voto a algunos estadunidenses: los negros en el sur y los ciudadanos naturalizados en el norte" (Kraditor, 1965: 137; véase Flexner, 1975: 316).[110]

A los eugenistas antifeministas, que tenían fuerza tanto en Inglaterra como en Alemania, y que se declaraban en contra del sufragio sobre la base de que era esencial una fertilidad elevada para ser una raza superior, algunas feministas consideraron apropiado contestarles que "a menos que a las mujeres se les concediesen sus demandas de un nuevo orden social su negativa a tener hijos daría por resultado una declinación racial" (Rowbotham, 1974: 106).[111] El llamado incidente Ruffin, en 1900, ejemplifica el tono dominante. En la reunión de la Federación Nacional de Clubes de Mujeres celebrada en Milwaukee se admitió como nuevo miembro al Club de Mujeres Era. Cuando se presentó como su representante Josephine St. Pierre Ruffin, el co-

de la raza, la pureza racial y la maternidad racial. Esto era en parte porque así debía ser. Uno de los ataques más lesivos que se hicieron contra el caso de la emancipación femenina fue que debilitaría la raza" (Burton, 1990: 296, 299).

[110] En forma paralela el movimiento feminista británico estaba dividido acerca del tema de la posesión de propiedad para tener derecho al voto (Banks, 1981: 133-134). En Rusia, tras la emancipación de los siervos, en 1861, "las mujeres sensibles a su status se apresuraban a contrastar la liberación de cincuenta millones de siervos iletrados (y dos años más tarde de cuatro millones de esclavos negros en Estados Unidos) con su propia falta de liberación" (Stites, 1978: 43). Sin embargo, Stites añade que aunque los movimientos sufragistas rusos se iniciaron entre 1905 y 1917, "pueden haber sido indiferentes al sufragio universal [...] en ningún lado podía oírse algo equivalente a la estridente hostilidad que estadunidenses como Catt, Stone y Stanton derramaban sobre el sindicalismo, el negro y los inmigrantes" (p. 228). Y este estilo de argumento feminista no se restringía a los países occidentales. En el decenio de 1921 una feminista filipina, obviamente de clase alta, escribió: "Mi chofer, mi cocinero y mi sirviente, todos los cuales están por debajo de mí, pueden votar; ¿por qué el gobierno no nos puede permitir a mí y a las mujeres filipinas en general el privilegio de acudir a las urnas?" (citado en Jayawardena, 1986: 155).

[111] Peor aún, una dirigente del ala presumiblemente más radical de las sufragistas alemanas, Else Linders, se declaró en contra de los matrimonios racialmente mixtos (Evans, 1976: 167).

mité ejecutivo se dio cuenta de que era un club de mujeres negras, y revocó la decisión. A la señora Ruffin se le dijo que podía ingresar a la convención como delegada de la Federación Estatal de Massachusetts, "club blanco" del cual era miembro, pero no como representante de un "club de color". El incidente degeneró hasta el punto en el que alguien trató de arrebatarle el gafete —sin éxito, porque se resistió—, pero luego se negó a concurrir (Moses, 1978: 107-108).[112]

En el punto culminante de esta tensión algunas sufragistas recurrieron a un burdo racismo. Por ejemplo, difundieron un cartel de un "cargador negro de aspecto brutal sentado junto a una dama blanca de apariencia refinada" con un encabezado que decía "*Él* puede votar; ¿por qué yo no?". Desde luego, esto recibió la respuesta obvia de varones antisufragistas de que la presunta infusión de votos inteligentes que se lograría concediéndoles el voto a las mujeres blancas se cancelaría por la concesión simultánea del mismo a las mujeres negras. Y en 1910, en el *Atlantic Monthly*, un antisufragista escribió: "hemos padecido muchas cosas a manos de Patrick; el Nuevo Mundo quiere añadir también a Bridget. Y —peligro aún más grave— al voto de ese negro tonto, amable y sin educación, ella añadiría (si tiene lógica) el voto de su hembra más tonta y más inferior" (Kraditor, 1965: 31).[113] En nada ayudó que negras como la señora de Booker T. Washington solicitasen consideración aduciendo la superioridad moral de los negros en relación con los inmigrantes.[114]

[112] Casi cincuenta años antes, en junio de 1854, tuvo lugar una exclusión casi paralela, esta vez por parte de los varones militantes (blancos) antiesclavismo contra las mujeres (blancas). La conferencia internacional antiesclavismo que se estaba llevando a cabo en Londres dedicó todo el primer día a debatir si las mujeres estadunidenses podrían actuar como delegadas. Finalmente, la asamblea voto de manera abrumadora que no. "Durante el resto de las sesiones se vieron obligadas a sentarse detrás de una cortina... 'similar a las que se usan para ocultar al coro de la mirada del público'" (Ware, 1992: 82).

[113] "Patrick" y "Bridget", dos frecuentes nombres irlandeses, se usan aquí para designar a todos los inmigrantes de ese origen. [T.]

[114] En una carta dirigida a Edna D. Cheney, una reformista blanca, la señora Washington escribió el 23 de noviembre de 1896: "No puedo decirle cómo me he sentido desde que la señorita Willard ha traído a colación la cuestión armenia; no es que no deba hacerlo, pero es tan raro que esas personas que no tienen derechos especiales sobre este país se apoderen del corazón de las mujeres del norte hasta tal punto que la mujer de color es totalmente ignorada." Y el mismo Booker T. Washington añadió en su discurso en la exposición de Atlanta: "A aquellos de la raza blanca que esperan con ansia la llegada de personas nacidas en el extranjero y de lengua y hábitos desconocidos para la prosperidad del sur, desearía que me permitiesen repetir lo que le digo a mi

La primera guerra mundial fue en muchos sentidos un punto de inflexión política para los movimientos feministas. En muchos países ya habían obtenido el voto o lo obtuvieron en ese momento. Y, con eso, los movimientos feministas/femeninos parecieron iniciar una marcada declinación. Una razón de ello, desde luego, es que el proceso de movilización para conseguir el voto había transformado la visión del mundo de las mujeres sufragistas de la que veía el sufragio "como un medio para desafiar las tradiciones que eran opresoras a un punto de vista que abarcaba muchas de esas tradiciones y construía a partir de ellas para desarrollar argumentos en pro del voto" (Buechler, 1987: 78-79).[115] Evans (1977: 227) señala que en Estados Unidos la prohibición del consumo de alcohol y el sufragio femenino se votaron prácticamente al mismo tiempo y fueron apoyados en gran medida por las mismas personas:

> Ambos se asociaban con el populismo y el progresismo. Ambos representaban un intento de los protestantes blancos anglosajones de clase media por controlar a los negros, los inmigrantes y las grandes ciudades. Eran una respuesta a lo que se sentía como una amenaza creciente contra la supremacía de los valores estadunidenses. Lograron el triunfo en la guerra en buena medida también porque, con el conflicto contra Alemania y —en grado inmensamente mayor— con la Revolución bolchevique de 1917 y las revoluciones de Europa central al final de la guerra, el temor de las clases medias protestantes por la subversión de los valores alcanzó proporciones de pánico.

Si la ciudadanía —es decir la ciudadanía activa— era difícil de lograr para los trabajadores y las mujeres, era más difícil aún para las personas de color (o para otros grupos definidos por alguna caracte-

propia raza: 'Mejor haz el bien entre los tuyos'". El editorial de *Woman's Era*, una publicación de negros, iba aún más lejos: "La audacia de extranjeros que huyen de su tierra natal y buscan refugio aquí, muchos de ellos criminales y traidores, que no están aquí más que un día antes de unirse al clamor público contra los ciudadanos nativos de esta tierra, se está volviendo intolerable" (Moses, 1978: 112-113).

[115] Lindholm (1991: 121) sostiene que los logros de las mujeres "se obtuvieron a un costo considerable en términos de verdadero cambio estructural", y por lo tanto llama a la campaña de las feministas suecas "la revolución conservadora". O'Neill dice que su libro (1971: viii) "es una interrogación sobre el fracaso del feminismo", y asevera que el sufragio resultó ser "un callejón sin salida" (p. 48). Y en su libro sobre el feminismo estadunidense Buhle (1981: 318) aduce que "el feminismo, que fue alguna vez una fuerza dinámica, se relegó de manera estrecha a las aspiraciones individualistas de las mujeres profesionales".

rística grupal de estatus y tratados como inferiores). La justificación intelectual de ello había ido construyéndose desde el principio de la economía-mundo capitalista.[116] Pero fue apenas en el siglo XIX cuando se analizaba constantemente el tema de las "razas" superiores e inferiores, cuestión que los blancos consideraban prácticamente evidente. Por encima de todo, todas las teorías previas de la raza admitían cierta posibilidad de movimiento, por ejemplo, por medio de la "conversión".[117] "A partir del siglo XIX [...] implícita o explícitamente, *hubo una ruptura en la humanidad*; los grupos '*son*' y ya no tienen un estatus móvil" (Guillaumin, 1972: 25).

La división racial se hizo casi inevitable desde el principio por las formas en las que evolucionaba la ideología de clases.[118] Cuando los plebeyos afirmaban sus derechos a la ciudadanía, tanto en Inglaterra como en Francia, uno de los argumentos que usaban a veces era que los aristócratas eran "extranjeros" y no de origen nativo. Ésta era la teoría del yugo normando, planteada en Inglaterra desde el siglo XVII,[119] y la teoría de la distinción entre la "*race gauloise*" y la "*race franque*", en Francia que había sido divulgada por cierto tiempo pero que alcanzó prominencia durante la Revolución francesa.[120] En Italia apa-

[116] "Si uno mira un poco más de cerca, puede ver que la literatura europea desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII fue un gigantesco laboratorio de ideas, del cual surgieron los temas centrales que sirvieron de argumentos clave para las tesis de la inferioridad de los pueblos de color" (Poliakov *et al.*, 1976: 52).

[117] "'Raza', tal como se desarrolló en varias lenguas europeas, era un término sumamente inestable al principio del periodo moderno [...] En los comienzos de esa era, 'raza' en español, *raça* en portugués o *race* en francés y en inglés designaba de diversas maneras nociones de linaje o genealogía, como en el sentido noble (o bíblico) de 'raza y descendencia', incluso antes de su aplicación en España a los moros y judíos o de su eventual extensión a paradigmas de diferencia física y fenotípica que llegaría a ser la base del discurso posterior de racismo y diferencia racial" (Hendricks y Parker, 1994: 1-2).

[118] Véase la discusión en Balibar y Wallerstein, 1988, caps. 10, 11.

[119] La teoría del yugo normando plantea que la conquista normanda llevada a cabo en 1066 despojó a los habitantes anglosajones de Inglaterra de su herencia como "ciudadanos libres e iguales", y que la lucha del pueblo era para reconquistar derechos antiguos. En el Gran Sello del Commonwealth, creado en 1651, figuraba la inscripción de que la libertad sería "por la voluntad de Dios restaurada". Como señala Hill (1958: 67) esta teoría "también despertaba sentimientos mucho más profundos de patriotismo inglés y protestantismo inglés. En ello radicaba su fuerza".

[120] Durante la Revolución francesa la *race gauloise* se identificó con la burguesía (y por consiguiente con el "pueblo"), y la *race franque* con la "aristocracia" (Poliakov *et al.*, 1976: 69). Los autores citan argumentos previos de Boulainvilliers, Montesquieu y el conde de Montlosier. Y más tarde Guizot usó explícitamente esta distinción como parte de su esfuerzo por justificar la Revolución francesa para la causa de su versión del

reció un argumento paralelo, con la etruscomanía (Poliakov, 1974: 65-66). Pero si los aristócratas debían ser excluidos de la ciudadanía activa debido a sus orígenes extranjeros, ¿cuánto más obviamente serían excluidas las personas de color? El *jus sanguinis*, en oposición al *jus soli*, es excluyente por definición e inevitablemente racista. Sin embargo, si existía el tema de la superioridad racial de los plebeyos, desde luego había uno más intenso aún de los aristócratas "de sangre azul" y sus derechos naturales.[12]

Si la raza se convirtió en un concepto teorizado en el siglo XIX y el racismo en una práctica institucionalizada, ello fue resultado primordial del lugar central que se le concedió al concepto de ciudadanía. Porque la ciudadanía, en tanto concepto, tenía dos consecuencias lógicas: llevaba a los estados a enfatizar y predicar e insistir sobre la homogeneidad como única base sólida sobre la cual justificar la igualdad teórica de todos los ciudadanos. Y los llevaba también a justificar su dominio político de otros estados sobre la base de que su peculiar calidad homogénea encarnaba un grado más alto de civilización que la del Estado dominado, igualmente homogéneo pero inferior.

La cualidad orgánica de la nación es inherente en lo que hemos llegado a denominar jacobinismo, cuyo concepto clave es que no tendrían que existir entes intermedios entre el Estado y el individuo. Como todos los individuos son iguales, no tienen otras cualidades públicas (o pertinentes para el Estado) que la de ser ciudadanos. Los grupos, como quiera que se formen, sin importar cuál es su base, no tienen una posición legal o moral en tanto tales. Gilroy (2000: 63) llama a la nación resultante "una entidad violenta, orgánica, de un nuevo tipo, que se manifiesta sobre todo en el funcionamiento del Estado". Esta entidad orgánica representaba el progreso. Bourguet

liberalismo y de la burguesía. "Si la revolución de julio marcó una consumación política, puesto que estableció la burguesía, de una vez por todas, como la clase dirigente en Francia, marcó también la carrera triunfante de la visión gala de Francia" (Poliakov, 1974: 32). A lo largo de todo el siglo XIX esta visión gala estaba a la mano para justificar hostilidad contra los francos (los alemanes), los latinos (los italianos) y los semitas (los judíos). Simon (1991) denomina a esto una "cultura celta".

[12] "Los sueños de racismo tienen en realidad su origen en la ideología de *clase*, más que en la de nación: por encima de todo pretende la divinidad entre los gobernantes y la sangre 'azul' o 'blanca' y la 'crianza' entre los aristócratas. Por eso no es sorprendente que el padre putativo del racismo moderno no sea un pequeñoburgués sino Joseph Arthur, *comte* de Gobineau" (Anderson, 1991: 149).

(1976: 812) analiza esto como puede advertirse en la *Statistique des préfets* del año IX (1800):

Así, el progreso se definía como la marcha hacia una sociedad aún más homogénea, el triunfo del hombre sobre la naturaleza, de lo uniforme sobre la diversidad [...] La filosofía de la Ilustración y de la Revolución francesa forjaron este ideal de una sociedad racional de la cual debían ser excluidos lo anormal, lo patológico, lo diferente.

No resultaría difícil, y ni tan siquiera ilógico, transformar el concepto de cualidades orgánicas en unas diferentes para cada nación y, más en general, para marcar una diferencia entre las naciones civilizadas (europeas) tomadas en conjunto y todas las demás. El tránsito de una homogeneidad creada a una realidad orgánica cultural-genética, que no podía cambiarse fácilmente, tampoco resultaba difícil. Buen ejemplo de ello es Gustave Le Bon quien, en su trabajo de 1886 sobre psicología de las razas, definió como el mayor peligro para la nación orgánica la asimilación... de criminales, de mujeres, de grupos étnicos, de individuos de las colonias (Nye, 1975: 49-50).[122] De esta forma pasamos de un todo orgánico que legitimaba la igualdad de todos los ciudadanos a una realidad orgánica que justificaba una jerarquía entre sus ciudadanos. Una vez más, de todos los ciudadanos a una distinción entre activos y pasivos, en cuyo punto los excluidos podían exigir la inclusión. Pero también podían adoptar lo negativo, como respuestas iracundas, ardides retóricos u organizadores de la identificación.[123]

[122] Le Bon (1978 [1894]: 9-10), como todos los pensadores de extrema derecha en el mundo moderno, parece creer que la idea de la igualdad de los individuos y las razas había llegado de hecho a dominar el mundo. "Muy atractiva para las muchedumbres, esta idea terminó por implantarse sólidamente en su psique, y pronto dio sus frutos. Ha hecho estremecer las bases de antiguas sociedades, engendrado las revoluciones más formidables y precipitado al mundo occidental en una serie de violentas convulsiones cuyas consecuencias son difíciles de prever.

[123] "Términos y nociones como 'proletariado', 'clases peligrosas', asediaban el discurso y la imaginación en la primera mitad del siglo XIX. Estas visiones aterradoras, negativas, salvajes, obligaban a los trabajadores a situarse en relación con ellas, ya fuese para hacerlas propias o, cosa más común, para distinguirse de ellas. A veces los trabajadores subrayaban rasgos negativos, declarándose *lundistes* (faltistas de los lunes), borrachos, peleoneros, mal hablados; en este sentido el *ouvriérisme* es afín a la *negritude*. Alternativamente [...] la imagen que querían dar de sí mismos contrastaba en forma reactiva [...] Era necesario dar una imagen positiva de uno mismo contra quienes la negaban; la identidad se formaba en esta tensión, en esta relación con el adversario" (Perrot, 1986: 95-96).

El siglo XIX fue el apogeo de Europa en el mundo. "Nunca los hombres blancos de ascendencia europea dominaron [el mundo] con menos cuestionamientos" (Hobsbawm, 1975: 135).[124] Esto, sin duda, se basaba en su poder militar, pero se consolidaba con sus constructos ideológicos. "Europa había sido 'europeizada' por la construcción de una trama unificadora de civilización contra la cual podían medirse y clasificarse todas las demás culturas" (Woolf, 1992: 89).[125] Mientras los estados procuraban crear naciones homogéneas de ciudadanos, al mismo tiempo trataban de crear una raza blanca (europea) en la "cruzada contra las áreas retrasadas del mundo" que propugnara Saint-Simon (Manuel, 1956: 195).[126] Y la cruzada implicaba colonización: "La identificación del color con lo menos que humano se volvió [...] una parte esencial del proceso por el cual los franceses definían su

[124] Hobsbawm especifica el momento como el tercer cuarto del siglo XIX. Esta visión de un apogeo fue compartida por uno de los principales libros racistas del siglo XX, *The rising tide of color against white-world supremacy* [*La marea creciente de color contra la supremacía blanca del mundo*], de Lothrop Stoddard, que dijo (1924: 153) que "1900 [...] fue la marca más alta de la marea blanca que había estado fluyendo durante cuatrocientos años. En ese momento el hombre blanco estaba en el pináculo de su prestigio y poder. Pasaron apenas cuatro breves años y el destello de las armas japonesas sobre las aguas turbias de Port Arthur le revelaron a un mundo azorado el comienzo de la marea baja".

[125] Un estudiante de John Stuart Mill señala: "Solía decirnos que los teólogos de Oxford habían hecho por Inglaterra algo parecido a lo que Guizot, Villemain, Michelet, Cousin, habían hecho un poco antes por Francia: habían abierto, ensanchado, profundizado los temas y significados de la historia europea; nos habían recordado que la historia es europea; que resulta ininteligible si se la trata como meramente local (Morley, citado en Hammond y Foot, 1952: 25).

Delacampagne (1983: 200) quiere negar que el racismo europeo pueda ser explicado por la expansión imperial, por la lucha de clases o por el capitalismo, sino por "lo que caracteriza la cultura occidental desde sus inicios, su total intolerancia". Y ve esta intolerancia como algo que se deriva de las pretensiones universalista de Europa. Pero esta visión simplemente enfrenta el esencialismo contra los perpetradores europeos del esencialismo y vicia toda comprensión histórica del racismo institucionalizado del mundo del siglo XIX.

[126] Manuel (p. 176) cita a Saint-Simon: "Poblar el globo con la raza europea, que es superior a todas las demás razas, abrir el mundo entero a los viajes y volverlo tan habitable como Europa, tal es la tarea mediante la cual el parlamento europeo debería comprometer continuamente la actividad de Europa y mantener siempre su impulso." Manuel añade que, por Europa, Saint-Simon entiende Europa occidental y primordialmente Inglaterra, Francia y Alemania. Manuel (p. 401, n. 11) ve el llamamiento de Saint-Simon contra el desorden incivilizado como un paralelismo de la visión de Bonald de que la virtud de los estados modernos era que le habían puesto fin al conflicto de los jefes feudales.

papel de colonizadores" (Boulle, 1988: 245-246).[127] Desde luego, lo mismo ocurría dentro de los países. Jordan (1968: xiii) señala que, en Estados Unidos, después de la revolución, lo que hicieron los intelectuales "fue, de hecho, proclamar a Estados Unidos como un país de hombres blancos".

El concepto de una jerarquía racial recibió la legitimación de la ciencia, que era su vez el gran icono cultural del siglo XIX. La ciencia lo hizo gracias a la "confusión de la realidad sociológica y la realidad biológica" (Guillaumin, 1972: 24),[128] egregia para racistas declarados como Gobineau pero evidente sólo de manera moderada entre los liberales centristas.[129] A mediados del siglo XIX el "poligenismo" es-

[127] Pero, por supuesto, lo mismo hacían los británicos. "Hasta una lectura superficial de los discursos políticos [británicos] a partir de 1890 [...] muestra que en la interpretación de los problemas tanto nacionales como internacionales se usaba un vocabulario cada vez más 'biológico'; uno de los ejemplos más destacados de lo cual fue sin duda el discurso de Salisbury [1898] sobre las 'naciones moribundas'" (Mock, 1981: 191).

[128] Señala cómo esta confusión fue un fenómeno nuevo de los siglos XIX y XX. En el siglo XVIII "la evolución [era] un fenómeno interno del mecanismo social", y el origen de las diferencias era "un mecanismo geográfico, o psicológico, o puramente social, pero en todo caso ajeno a la biología" (pp. 24-25). De manera similar, Lewis está de acuerdo (1978: 74-75): "Una vez que se señalan todas sus limitaciones sigue siendo cierto que [la] reputación [del siglo XVIII] como la 'edad de la razón' no era infundada. Estaba preparada y ansiosa para observar a los pueblos no europeos con un espíritu de genuina curiosidad. Sin duda tendía a romantizar a esos pueblos [...] Pero estaba dispuesta a prestar oído a las voces negras y morenas, y a reconocer que en las civilizaciones no europeas había valores culturales y espirituales ausentes en Europa." Lo que se interpuso fue el universalismo de la Revolución francesa y los dilemas de la ciudadanía.

También Poliakov *et al.* (1976: 67) fecha el momento del cambio de énfasis en la Revolución francesa. El lado opuesto a los principios de libertad, igualdad y fraternidad —apenas advertido en esa época, según dicen— fue "la nueva mentalidad científica [que] tendía a destacar el carácter determinante de los elementos biológicos. Sustituyó las antiguas clasificaciones religiosas y culturales por otras nuevas derivadas de la observación de las características físicas (color de la piel, etc.). Se consideraba que éstas eran invariables y afectaban, según se pensaba, el comportamiento de los individuos en cuestión". Desde luego, Poliakov (1982: 53) también dice que el racismo "en su forma moderna, como juicio de valor del que se apropió la ciencia, se remonta al siglo XVIII". Jordan (1968: xiii) apunta el mismo cambio en Estados Unidos: "Lo que en particular parece cambiar el debate sobre la naturaleza del negro después de la revolución de independencia [norteamericana] fue el rápido crecimiento, en Europa y en América, a partir de 1775, del interés por la investigación anatómica de las diferencias humanas" y "el difundido interés en dilucidar esas diferencias con escalpelos y calibradores".

[129] "La verdadera extensión del racismo científico puede captarse mejor a través de su atracción para los que no suelen verse como sus seguidores, a saber, los liberales que figuran entre los científicos" (Barkan, 1992: 177). Cita específicamente a Julian Huxley y a Herbert Spencer. Poliakov (1982: 55-56) habla del papel que desempeñaron

taba en boga entre los antropólogos, pese al hecho de que desafiaba incluso las aseveraciones bíblicas. O tal vez ocurría justo lo contrario: una de las razones del atractivo del poligenismo era que parecía más "científico" que el libro del Génesis.[130] Todorov (1989: 3) ve este "cientificismo" como una forma de traición al "principio básico [de la Ilustración], el triunfo de la libertad sobre el determinismo", que según afirma "se niega a subordinar lo que debe ser a lo que es". Pero me parece que Cohen (1980: 210) es más atinado al afirmar que los pensadores de la Ilustración dejaron "sin resolver" el debate respecto a si las diferencias entre los "pueblos" eran de origen ambiental o biológico. La cuestión permaneció insoluta en el debate público hasta 1945 y tal vez, aunque más *sotto voce*, hasta el día de hoy.[131]

Una de las nociones científicas clave que contribuyeron a esa interpretación biológica de la realidad social fue el concepto del ario. Se trató original y básicamente de un concepto lingüístico, del descubrimiento por parte de los lingüistas del siglo XIX de los vínculos entre una gran serie de lenguajes: casi todos los que se hablaban en Europa, en Persia y algunos en el sur de Asia. A esta familia de lenguajes los lingüistas la denominan indoeuropea. En 1814 Ballanche sugirió sustituir el

---

Voltaire, Kant y Buffon al sentar las bases para tales ideas. Voltaire, el gran símbolo de las libertades civiles en los siglos XIX y XX, era explícitamente antinegro y antijudío.

[130]Cohen (1980: 233) dice que "para la década de 1850 el poligenismo había arrasado en Francia". Jordan (1968: 509) relata que en el sur de Estados Unidos, antes de la guerra civil, "una 'escuela estadunidense' de antropología, pequeña pero ruidosa, negaba estridentemente la unidad original del ser humano, mientras que sus oponentes clericales se volvían cada vez más rígidos y dogmáticos en defensa del Génesis". Sobre el poligenismo en Gran Bretaña véase Stepan (1982: 3).

[131]"Cuando se enfrentaba a diferencias raciales aparentemente inmutables, las mejores intenciones cosmopolitas de un punto de vista ilustrado podían debilitarse. Estaban comprometidos por la ambigüedad y el conflicto respecto a dónde debían estar los límites de la humanidad, y eran derrotados frecuentemente por el pensamiento supremacista blanco que volvía a la mayor parte de las versiones ilustradas de la razón cómplices activos del proyecto político involucrado en clasificar el mundo por medio de la 'raza' y leer el movimiento de la historia a través de categorías racializadas. Esta combinación, sumada a un débil sentido de la unidad de la vida humana, habría de ser un dudoso legado a los sucesores liberales y socialistas de la Ilustración. De hecho podríamos decir que sólo con la derrota de los nazis y sus aliados a mediados del siglo XX la aprobación de la raciología absolutamente respetable del periodo anterior se expulsó por muy poco tiempo de lo que consideraba respetable. Antes de eso, incluso las voces discrepantes del mal comportamiento imperial y del expansionismo colonial habían tenido que involucrarse con las mismas ideas antropológicas de 'raza', nación y cultura que habían aplaudido el poder imperial, dirigiéndolas hacia fines más igualitarios, en contra de la lógica misma de su estrecha interconexión" (Gilroy, 2000: 38).

estudio del latín por el estudio del sánscrito. Esto implicaba, de hecho, ponerse del lado de un lenguaje tal como fue creado por los humanos contra un lenguaje tal como fue revelado por Dios. Lingüistas como Schlegel y Grimm estaban descubriendo la increíble complejidad de los que se habían considerado lenguajes "primitivos" (Schwab, 1950: 190-191). Durante el siglo XIX la teoría aria llegó a estar "en la corriente central del progreso científico" (Poliakov, 1974: 327-328).

A medida que a finales del siglo XIX las potencias europeas pasaban a una expansión imperial más activa, las ideas racistas que habían sustentado previamente la esclavitud fueron "vestidas con un nuevo atuendo seudocientífico y dotadas de una popular atracción para las masas" (Davis, 1993: 73). El concepto de lo ario se convirtió en la justificación del dominio europeo del mundo no europeo. Luego el concepto de lo ario se encontró con el concepto de lo oriental.

Gilroy (2000: 72) sugiere que toda esta teorización científica y seudocientífica se conjuntó en lo que llama "raciología", que define como la "variedad de formas de pensar [sobre la raza] esencialistas y reduccionistas de carácter tanto biológico como cultural". Es importante subrayar que la esencialización es tan perniciosa cuando es cultural como cuando es biológica.

La teorización racista engendró movimientos antirracistas. Pero es necesario admitir que tales movimientos fueron de hecho muy débiles en el siglo XIX, mucho más débiles que los movimientos social/laboral y feminista/femenino. Y, al final, obtuvieron todavía menos apoyo del centro liberal que los otros tipos de movimientos. Esto puede reflejar en parte la fuerza de la ideología racista, mayor aún que la de las ideologías de la dominación burguesa o masculina. Reflejaba en parte la debilidad numérica de quienes se encontraban en el fondo de la jerarquía racial en los países occidentales. No ocurría lo mismo en Estados Unidos, precisamente el país en el cual la ideología racista tenía raíces más profundas, porque fue primero el país de la esclavitud y después el de Jim Crow.[132]

La dificultad de los liberales centristas para hacerle frente al racismo era su aceptación, fundamentalmente, de la distinción activo/pasivo, que ellos enmarcaban como la diferencia entre el potencial inherente de todos los seres humanos para ser civilizados (y por lo

[132] Las llamadas Leyes de Jim Crow, vigentes entre 1876 y 1965, eran el sustento jurídico de la segregación racial contra los negros. [T.]

tanto ciudadanos activos) y el nivel presente de aquellos que no habían aún alcanzado su potencial (por lo cual eran ciudadanos pasivos). Asumían que los que tenían potencial tardarían "generaciones —siglos, incluso— en ponerse al corriente, incluso si recibían la atención más cuidadosa y paternalista de los benévolos anglosajones" (Bederman, 1995: 123).[133] Esto podía verse en las ambigüedades de Frances Willard, directora del movimiento de templanza estadunidense, acerca de cuestiones de igualdad racial dentro de su propia organización, y en las tensas disputas públicas que sostuvo con Ida B. Wells, una dirigente negra, cuando ambas realizaban giras de discursos en Gran Bretaña (Ware, 1992: 198-221). También podía verse en las elecciones que hacían los movimientos obreros y nacionalistas en relación con cuánta audacia estaban dispuestos a desplegar para ser antirracistas.[134]

Era sumamente raro oír una declaración como la que hizo Eugene V. Debs (1903: 255, 259), el dirigente socialista estadunidense:

> Todo el mundo tiene una obligación con los negros, y que el zapato esté sobre el cuello negro es simplemente una prueba de que el mundo aún no está civilizado. La historia de los negros en Estados Unidos es una historia criminal sin paralelo [...] Debemos decir simplemente: "La lucha de clase no tiene colores."



[133] Lasch (1958: 321) señala que, en el debate sobre la adquisición de las Filipinas por parte de Estados Unidos, la diferencia entre el campo imperialista y el antiimperialista no se daba en torno a diferentes visiones de igualdad; antes bien, esa diferencia consistía simplemente en que los antiimperialistas "se negaban a creer que el destino [anglosajón] requiriese tan agotadores esfuerzos del pueblo estadunidense, sobre todo cuando veían en esos esfuerzos la amenaza del militarismo y la tiranía".

[134] Véanse las múltiples ambigüedades de Jaurès y los socialistas franceses sobre las iras antijudías de los socialistas argelinos. Tampoco estaban dispuestos a considerar para los musulmanes argelinos otra cosa que la "asimilación gradual", política formulada de manera informal y nunca puesta en práctica con vigor "por falta de interés o por vergüenza doctrinaria" (Ageron, 1963: 6, 29). Véase también el notable relato de las dificultades con que se enfrentó Daniel O'Connell en la primera mitad del siglo XIX cuando, como líder del movimiento nacionalista irlandés, les dijo a sus seguidores irlandeses en Estados Unidos que debían asumir una posición contra la esclavitud. Estos últimos se negaron con cierto vigor, y al final O'Connell suavizó su postura pública. "En lugar de que el amor irlandés por la libertad diese su calor a Estados Unidos, el viento de la esclavitud republicana sopló de regreso a Irlanda. Los irlandeses se habían despintado: ya no eran verdes sino blancos, blanqueados, como dice O'Connell, por algo de la 'atmósfera' de Estados Unidos" (Ignatiev, 1995: 31).

Lo que resulta más pertinente es recordar que el siglo XIX fue "una era de síntesis". Y que si Marx sintetizó la economía y Darwin la biología, fue Gobineau quien sintetizó el racismo, por lo menos con el mismo efecto (Cohen, 1980: 217).

La escisión binaria racista sobre la que se teorizaba estaba entretejida con las escisiones binarias de la sexualidad. Como dice Bederman (1995: 50), "'El hombre blanco' representaba la 'civilización' como un único ser humano definido lo mismo por su blancura que por su hombría." Siempre parecía importante vincular las diferencias raciales y el rango con las diferencias de sexualidad. Esto era lógico en la medida en que se estuviese defendiendo biológicamente la jerarquía. Mosse (1985: 133-134) observa cómo, desde los inicios del discurso racista, "la descripción de los negros incluía su presunta incapacidad de controlar sus pasiones sexuales".[135] Considerar al varón racial inferior como alguien que no puede controlar sus impulsos sexuales servía también para reforzar la distinción binaria hombre-mujer. No sólo le proporcionaba una excusa adicional al varón blanco para actuar como protector de la mujer blanca, sino que también permitía que el varón blanco tratase al varón negro tal como trataría a una mujer.[136] Y si acaso el varón blanco titubease, se le atribuiría "neurastenia", que se veía como una "debilidad corporal" que tenía que ser curada.[137]

A su vez, la sexualidad se vinculaba con el nacionalismo. El concepto de "respetabilidad" burguesa prevaleciente en el siglo XIX se hace extensivo a todas las clases a través del nacionalismo, que "casi nunca flaqueaba en su defensa de la respetabilidad". Pero, al mismo tiempo,

[135] Y continúa: "El estereotipo de la denominada raza inferior llena de lujuria era un concepto básico del racismo, parte de la inversión de los valores aceptados característicos del 'extraño' y al mismo tiempo amenazaba la sociedad y, por su mera existencia, confirmaba sus estándares de comportamiento."

[136] MacDonagh (1981: 339) muestra cómo se forjó esta misma relación en el dominio colonial de los británicos sobre los irlandeses. Habla "de la concepción nacionalista irlandesa de la isla hermana. Uno dice 'hermana' porque, significativamente, la imagen sexual se usaba constantemente para expresar el concepto del dominante de la relación existente entre ambas islas, en la cual las posteriores Leyes de Tierras se percibían vagamente como una especie de contraparte de las Leyes de Propiedad de las Mujeres Casadas, y la conservación del poder de los decretos políticos se validaban subconscientemente por mezclas similares de afirmación e inseguridad".

[137] "Se pensaba que *todos* los hombres saludables, salvajes incivilizados, tenían un impulso sexual fuerte y masculino... [Pero] los hombres primitivos [eran] incapaces de ejercer el poder civilizado porque carecían de la capacidad racial para el autocontrol sexual" (Bederman, 1995: 84-85).

ser "anormal" era no ser respetable. Hace su entrada el médico como "el custodio de la normalidad" (Mosse, 1985: 9-10). De esta manera, todo el círculo de restricciones binarias abarcaba la clase, el género, la raza y la sexualidad, mecanismos todos para limitar la capacidad de penetración de la ciudadanía. El nacionalismo requería que se diese precedencia a aquellos que podían y querían ser ciudadanos activos.

La diferencia en las desigualdades de personas de diferentes orígenes sociales —órdenes (*Stände*, estamento), clase, género, raza y educación— no se inventaron en el siglo XIX. Existían desde hacía mucho tiempo y habían sido consideradas naturales, inevitables y, de hecho, deseables. Lo que hubo de nuevo en el siglo XIX fue la legitimidad retórica de la igualdad y el concepto de ciudadanía como la base de la gobernanza colectiva, como pieza central de la ideología liberal centrista. Esto, como hemos visto, llevó a la teorización de las distinciones binarias, al intento de congelarlas lógicamente, a hacer *de facto* que el tránsito allende los límites no sólo estuviese contra las reglas de la sociedad sino contra las reglas de la ciencia. Lo que también era nuevo eran las organizaciones sociales creadas por todos los excluidos por estas reificaciones binarias a fin de garantizar su liberación, o por lo menos una liberación parcial, de las restricciones legales. El éxito de cada grupo en particular parecía volver más fácil, por el ejemplo, y más difícil, en la práctica, los intentos del siguiente grupo que reclamase por su liberación. La ciudadanía siempre excluyó tanto como lo que incluía.

El siglo XIX presenció la creación de todo nuestro aparato conceptual contemporáneo de identidades. Una vez que el mando dejó de ser un aparato garantizado por herencia —sistema cuya legitimidad, aunque no su realidad, había destruido definitivamente la Revolución francesa— las identidades tenían que delinear quién poseía el derecho al poder y a la riqueza y quién no. Las identidades de los poderosos eran las más imperiosas. No obstante, eran relacionales, es decir, no sólo identificaban quiénes eran sino quiénes no eran. Al crear sus propias identidades, por lo tanto, los poderosos creaban las identidades de los demás.

El concepto de burguesía precedió y provocó el concepto del proletario/trabajador. El concepto del blanco precedió y provocó el concepto del negro/oriental/no blanco. El concepto de lo masculino varón precedió y provocó el concepto de lo femenino/mujer. El concepto del ciudadano precedió y provocó el concepto del extran-

jero/inmigrante. El concepto del especialista precedió y provocó el concepto de las masas. El concepto de Occidente precedió y provocó el concepto del "resto".

Los conceptos precedieron y provocaron organizaciones. Pero las organizaciones institucionalizaron conceptos. Y fueron las organizaciones/instituciones las que garantizaron la herencia para algunos y un papel de oposición para otros. Desde luego, todas estas categorías eran antiguas, pero antes no habían sido conceptos definitorios de la identidad de cada quien en el mundo moderno. Antes del siglo XIX las identidades seguían siendo cuestión de "órdenes" (*Stände*), y las personas eran definidas por su familia, su comunidad, su iglesia, su posición en la vida. Las nuevas categorías eran la señal de la nueva geocultura del moderno sistema-mundo, fundado y dominado por la ideología del liberalismo centrista que, en el curso del siglo XIX, llegó a dominar mentalidades y estructuras.



André Dutertre, *Murad Bey*. En la *Description de l'Égypte/État moderne*, de Napoleón (París, 1809-1828). Cuando Napoleón invadió Egipto, a finales del siglo XVIII, llevó consigo un gran equipo de especialistas que produjeron una enorme obra de referencia titulada *Description de l'Égypte*. Habría de convertirse en una de las piedras miliares del conocimiento orientalista. Aquí vemos cómo es retratado por un artista del equipo uno de los principales dirigentes de la resistencia militar. (Cortesía de la Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University.)

5. EL LIBERALISMO COMO CIENCIA SOCIAL

Los valores más apreciados por los liberales son valores absolutos, no relativos [...] Allí donde se lo reconoce, el orden de justicia liberal es eterno, inmutable y universal.

D. J. MANNING (1976: 79)

No sé qué vuelve más conservador a un hombre: no conocer más que el presente o no conocer más que el pasado.

JOHN MAYNARD KEYNES (1926: 16)

Solemos exigirles demasiado a los nuevos principios de explicación.

FREDERICK A. VON HAYEK (1952: 209, n. 9)

El siglo que comprende desde la derrota de Napoleón hasta el estallido de la primera guerra mundial ha sido denominado la era del vapor, la era del nacionalismo y la era de la burguesía. Nombres todos defendibles, pero bien podría llamárselo, asimismo, la era del consejo.

PETER GAY (1993: 491)

Como hemos venido sosteniendo, la Revolución francesa tuvo enormes consecuencias para las realidades de la economía-mundo capitalista. Llevó a la construcción de las tres ideologías modernas —el conservadurismo, el liberalismo y el radicalismo— y después al triunfo del liberalismo centrista como base de la geocultura del sistema-mundo. Llevó a la construcción del Estado liberal en las zonas centrales de la

economía-mundo. Llevó al surgimiento de los movimientos antisistémicos y después a su contención. Y llevó a la creación de todo un nuevo sector del conocimiento: las ciencias sociales históricas. Hayek (1941: 14) sintetiza así el impacto de la Revolución francesa sobre nuestro sistema de conocimiento:

En primer lugar, el mismo derrumbe de las instituciones existentes exigía la aplicación inmediata de todo el conocimiento que se presentaba ante nosotros como la manifestación concreta de esa Razón que fue la diosa de la revolución.

También en este terreno el liberalismo centrista resultaría triunfador. Es la historia de este otro pilar del sistema-mundo del siglo XIX (que de hecho duró también hasta las dos terceras partes del siglo XX) la que queremos contar ahora para poder completar la imagen de este triunfo del liberalismo en el siglo XIX.

El mundo social real cambió notablemente durante el siglo XIX. Pero las formas en las que percibimos, analizamos y categorizamos el mundo cambiaron aún más. En la medida en que no tenemos conocimiento de las últimas, exageramos las primeras. Lo que más había cambiado en el mundo social real era la difundida aceptación de las doctrinas gemelas consagradas por la Revolución francesa: la normalidad del cambio y la soberanía del pueblo. Para quienes estaban inmersos en la política del sistema-mundo se volvía urgente entender qué generaba el cambio normal para poder limitar el impacto de las preferencias populares sobre las estructuras del sistema social. Ésta es la tarea para la cual se inventaron las ciencias sociales históricas y su nuevo lenguaje conceptual.[1]

Desde luego, el análisis social y la teorización social eran actividades antiguas, y en particular la Europa del siglo XVIII fue la sede de importantes debates teóricos cuya lectura resultaría útil hoy si fuésemos a leerlos. No obstante, esta tradición previa de análisis social no era lo que hoy llamamos ciencia social. La ciencia social que se inventó

[1] Véase en Brunot y Bruneau (1937: 617) la discusión acerca de la transformación del término "revolución": "La noche de la caída de la Bastilla Luis XVI, inquieto, preguntó: '¿Entonces es un motín?'; 'No, majestad, es una revolución', respondió el duque de Liancourt. Esta palabra no era nueva, ni siquiera en el sentido del movimiento profundo que transformaba un imperio. No obstante [...] por vieja que fuese, era el inicio de una nueva vida."

en el siglo XIX es la investigación sistematizada, organizada y, sí, burocratizada, de cómo funciona nuestro sistema social y, en particular, de cómo funciona el moderno sistema-mundo. Esta "ciencia social" fue concebida como una actividad del conocimiento que debía distinguirse de las "humanidades" o "letras", por un lado, y la "ciencia natural", por el otro, y situada de alguna manera entre ellas (Lepenies, 1989).

LA INVENCIÓN DE LAS "DOS CULTURAS"

El periodo que va de 1789 a 1848 fue de gran confusión, tanto en términos del contenido de las ideologías emergentes como en el del contenido y la estructura de los sistemas emergentes de conocimiento. Ni los términos que habrían de usarse ni las líneas fronterizas que debían trazarse, ni siquiera el número de categorías básicas (la cuestión clave era si tenían que ser dos o tres) habían sido aún claramente definidos, y definitivamente no estaban aún institucionalizados de manera alguna. En esa época estas batallas políticas intelectuales tuvieron lugar en su mayor parte en un escenario geográficamente muy restringido: primordialmente en Gran Bretaña y en Francia y, de manera secundaria, en las Alemanias, las Italias y Estados Unidos.

La ciencia social no surgió exclusivamente a la sombra de las consecuencias políticas que tuvo la Revolución francesa para el sistema-mundo. Apareció también en el contexto de una transformación de varios siglos de duración de los sistemas de conocimiento que habían llevado, estaban llevando, a la consagración de un concepto que más tarde conoceríamos como las "dos culturas", término popularizado mucho después por las famosas Conferencias Rede de Cambridge que impartió C. P. Snow (1965).

Había una vez, tanto en Europa como en otros lugares, una sola cultura del conocimiento: la búsqueda de lo verdadero, lo bueno y lo bello. No estaba dividida en epistemologías diferentes y opuestas. Más bien había una lucha continua respecto a quién controlaría esta única cultura del conocimiento. En la Europa medieval la Iglesia pretendía ser el árbitro último del conocimiento. Se atribuía un acceso privilegiado a la verdad de Dios. En cierto sentido, todo el conocimiento, en esta visión, era teológico. Cuando Europa redescubrió, primordialmente a través del mundo árabe musulmán, el conocimiento de los

antiguos griegos, la Iglesia procuró absorberlo como parte de un conocimiento teológico, como ocurrió, por ejemplo, en el caso de santo Tomás de Aquino.

La creación del moderno sistema-mundo fue acompañada por un prolongado esfuerzo de los no teólogos, que se autodenominaban filósofos, por liberarse de la pesada mano de la Iglesia. Se autojustificaban aduciendo que los seres humanos podían adquirir conocimiento por medio del uso directo de su intelecto, sin tener que pasar por el chaleco de fuerza del conocimiento revelado que contaba con un gremio especial, institucionalizado, de intérpretes: los teólogos. Los filósofos sostenían que, como había dicho la Iglesia, había leyes naturales, de verdad, bondad y belleza. Insistían en que podían percibir estas leyes naturales tan bien como cualquiera (si no es que mejor). Gradualmente, entre los siglos XV y XVIII los filósofos lograron hacer a un lado a los teólogos y obtener igualdad de lugar, y hasta primacía, como proveedores de conocimiento.

Entre las personas más prácticas involucradas en las instituciones económicas y políticas del moderno sistema-mundo no estaba del todo claro que los filósofos brindasen mucha más ayuda que los teólogos. Su trabajo parecía ser demasiado abstracto, con muy pocas consecuencias prácticas inmediatas. Las universidades, que habían sido originalmente el feudo de los teólogos, fueron tristemente debilitadas por la lucha de filósofos y teólogos y perdieron importancia como espacio para la creación y la difusión del conocimiento. En sustitución, surgieron otras instituciones, como el Collège de France y la Royal Society de Gran Bretaña.

Para 1750 había gran confusión e incertidumbre respecto a dónde y cómo era posible construir el conocimiento. Había más confusión aún respecto a los nombres que podían describir las categorías del conocimiento. Había una gran cantidad de términos que describían fenómenos que hoy llamamos ciencia social, y que se utilizaban de manera indiferente y casi intercambiable.[2]

[2] "En cuanto a las ciencias sociales, los términos fisiología, psicología, análisis de ideas y sensaciones, antropología, ideología, economía política, aritmética política, la ciencia del gobierno, *art social*, moral, ciencias morales y ciencias del hombre se utilizaban indiscriminadamente, sin que hubiese ningún consenso acerca de su significado" (Manuel, 1956: 130-131; véase también la n. 4 en la p. 391). Baker (1964: 215) señala que Condorcet, en 1792, usó como equivalentes *science social* y *art social* y que, cuando se los tradujo al inglés, estos términos se convirtieron en "ciencia moral" (p. 220).

En ese momento los científicos naturales empezaron a afirmar que la búsqueda de la verdad no podía depender de las proclamas ni de los teólogos ni de los filósofos, sino que debía ubicarse en el mundo concreto de las observaciones empíricas. Tales observaciones, sostenían, podían conducir e hipótesis posibles de ser verificadas por otros científicos naturales y propuestas como leyes tentativas que, entonces, se aplicarían a la solución de problemas prácticos.[3] Aunque los científicos naturales seguían sufriendo de escaso prestigio incluso en 1800,[4] sus argumentos comenzaron a persuadir cada vez a más gente. Turner (1974, 2: 524) señala que, para 1820, *wissenschaftlich* se había convertido "en el máximo galardón académico" en Alemania.[5]

Sin duda hubo resistencia al creciente prestigio de la ciencia. Ya en

[3] Esto llevaría entonces a distinguir entre la ciencia y las "artes" no científicas, aunque esto no fue necesariamente la única conclusión. Cunningham y Jardine (1990: 14) sugieren otro resultado, que seguía siendo un firme contendiente todavía en 1800: "La clasificación de temas [alrededor de 1800] hubiese colocado la ingeniería entre las artes, un arte útil más que una bella arte, mientras que casi todos los demás temas que se imparten ahora en las universidades, como química, historia y teología, hubiesen sido ciencias. La verdadera división se daba entre el reino de la ciencia, gobernado por la razón, y el de la práctica o reglas empíricas, y los apóstoles de la ciencia esperaban sustituir el hábito por la razón en los asuntos de la vida."

[4] "A principios del siglo XIX la ciencia no gozaba de la seguridad cultural e institucional que permitía [a muchos] verla como la característica dominante del siglo. Su prestigio era menor que el de formas rivales de actividad intelectual, como la teología y los clásicos que, incluso si no intentaban explicar el mundo natural, se presentaban como ejemplares poderosos de cuerpos de conocimiento culturalmente sancionados [...] La palabra 'ciencia' no había perdido del todo su significado anterior de conocimiento sistemático o *scientia*... para algunas personas la lógica, la meteorología y la gramática seguían siendo 'ciencias' y el término aún se utilizaba como sinónimo de 'filosofía'" (Yeo, 1993: 32-33).

[5] Sin embargo, hay que tener prudencia respecto a lo tempranamente que se consumó la distinción entre ciencia y humanidades. Proctor (1991: 75) sostiene: "Se suponía que el erudito alemán de finales del siglo XVIII y principios del XIX debía ser poseedor de una cultura moral, así como una intelectual. *Wissen* (ciencia) era por igual el estudio de teología, medicina, derecho y filosofía [...] *Erudición* o *estudio* reflejan mejor que el término "ciencia" el significado de *Wissen*." Ross (1962: 69) afirma que los términos "filosofía" y "ciencia" todavía eran intercambiables en 1820 pero eran claramente diferentes hacia 1850, cuando la filosofía se había convertido en las ramas del conocimiento teológico y metafísico, y la ciencia en las ramas experimentales y físicas. Y Schweber (1985: 2-3) nos recuerda que la élite intelectual victoriana temprana (hacia 1830-1850) todavía tenía el "culto de la polimatía [e insistía] en dominar todo lo que se sabía y lo que se podía saber". Comenta que Augustus de Morgan, el primer profesor de matemáticas de la Universidad de Londres, dijo que "el criterio mínimo de un hombre educado [era aquel] que sabía algo de todo y todo de algo".

1807 Bonald había señalado con tristeza en *Des sciences, des lettres et des arts* que tal cosa estaba ocurriendo. Como observa Lepenies (1989: 9), "en el creciente divorcio entre la ciencia y la literatura [veía] una señal de modernidad y, por eso, un síntoma de decadencia".[6] Por otro lado Carlyle, escribiendo en la *Edinburgh Review*, en 1829, parecía mucho más optimista sobre lo que estaba ocurriendo. Apuntaba que

> la metafísica y las ciencias morales están cayendo en decadencia, mientras que las físicas acumulan cada día más respeto y atención [...] Lo que no puede investigarse y entenderse mecánicamente no puede investigarse y entenderse en absoluto (citado en Ross, 1962: 69-70).

En cierto sentido el objetivo organizacional de los científicos naturales (palabra que aún no existía) era segregarse de la borrosa combinación de actividad del conocimiento y crear un refugio para ciertos tipos de actividad de la cual los demás tenían que ser excluidos. Las ciencias naturales se presentaban como único guardián de la búsqueda de la verdad. Tenían que ser distinguidas de las letras o de la filosofía, que eran, en opinión de los científicos naturales, cosa muy diferente de la actividad a la que se dedicaban ellos. Para tener éxito en este "divorcio" intelectual, los científicos naturales necesitaban una base institucional segura. Empezaron a instalarse en las universidades y a crear nichos organizacionales en las recién formadas facultades de ciencias naturales.

Una vez que los científicos naturales se fueron por esta vía, los "humanistas" se sintieron impulsados a responder defensivamente, tratando de establecer nichos organizacionales similares (Lee y Wallerstein, 2004: esp. caps. 1-3). De esta manera la universidad comenzó a revivir como sede tanto de la producción como de la reproducción de los sistemas de conocimiento. Pero era un tipo de universidad diferente de su putativa antecesora, la universidad medieval. Para el siglo XVIII la universidad había descendido a ser un sitio, tal vez primordialmente un sitio, de "estudiantes peleoneros" (Ziolkowski, 1990: 220-236). En el siglo XIX habría de transformarse en una universidad profesio-

[6] Bonald era el heredero de las opiniones despectivas más tempranas de Bossuet, quien llamaba a la ciencia social "vanas curiosidades del conocimiento" que no podían producir nada útil. Esto se puede encontrar en su *Traité de la concupiscence*, citado por Hauser (1903: 387), quien dice que Bossuet colocaba a los doctores en ciencias sociales "entre los coleccionistas de medallas antiguas y especímenes de insectos".

nalizada, muy diferente de la medieval. Los académicos obtenían en ella su ingreso básico y recibían nombramientos de tiempo completo en las que estaban empezando a ser esas unidades de organización que llegaríamos a llamar departamentos y que, presumiblemente, se basaban en distinciones entre las disciplinas. En estos departamentos ahora los estudiantes eran también de tiempo completo y se dedicaban a estudiar con seriedad.[7]

Llevó un tiempo construir semejante estructura. No iba a ser tarea fácil. Oxford adoptó nuevos estatutos en 1800 y 1817, creando distinciones tanto en *literae humaniores* (estudios clásicos, historia, idiomas) como en ciencia y matemáticas (Engel, 1974, 1: 307). En Francia la distinción entre las facultades de letras y las de ciencias data de 1808 (Aulard, 1911). No obstante, todavía en 1831 sir William Hamilton consideraba necesario escribir un artículo, "Universidades de Inglaterra: Oxford", en la *Edinburgh Review* (53, junio: 384-427) en el cual llamaba a la universidad a darse cuenta de que "la educación tenía que ser conducida por profesionales que enseñaran un tema que conocían bien, y no por tutores colegiales, cada uno de los cuales tenía que enseñar todas las materias, aunque no estaban calificados para impartir ninguna de ellas a profundidad" (citado en Engel, 1974: 313). Los académicos estaban empezando a encontrar sus lugares apropiados y distintos dentro de las universidades. Ahora su base económica era doble: nombramientos universitarios y regalías por los libros; estas últimas eran más importantes para los humanistas que para los científicos sociales.[8]

[7] "El moderno profesorado dualista [docencia e investigación], y especialmente el uso de criterios predominantemente de disciplina para las designaciones, presupone en el mundo académico en general varias condiciones. En particular, presupone la existencia de comunidades académicas bien definidas, de modo que la reputación de sus integrantes pueda ser valorada por lo menos aproximadamente por los administradores locales como base para las decisiones relativas a los nombramientos" (Turner, 1974, 2: 510).

"El ascenso de las *Wissen* en la universidad alemana, acompañado por restricciones y criterios más elevados para la admisión a la universidad y a las profesiones tuvo un efecto [...] pronunciado sobre los estudiantes [...]

"Ellos tenían que estudiar con más diligencia debido al creciente valor que se le atribuía a la erudición y a los exámenes profesionales cada vez más rigurosos" (McClelland, 1980: 202).

[8] "También deberíamos notar la importancia de la *profesionalización* de los intelectuales [en el siglo XIX]. En el siglo XVIII los filósofos eran protegidos por personas poderosas, de las que recibían estipendios y otros tipos de apoyo. En el siglo XIX se

Se estaba institucionalizando la diferencia epistemológica y la disputa entre la "ciencia" y las "humanidades". La ciencia se estaba definiendo como una actividad empírica en método, en búsqueda de leyes generales en su objetivo y, en consecuencia, lo más cuantitativa posible en su descripción. Las humanidades se estaban definiendo como hermenéuticas en su método, consideraban que las leyes generales eran ilusiones reduccionistas, y consecuentemente eran cualitativas en su descripción. Más tarde a esto lo denominaríamos la diferencia entre una epistemología nomotética y una idiográfica. Por otro lado, se trataba de algo más que una simple diferencia entre epistemologías. Cada lado tendía a considerar que el otro se dedicaba a actividades intelectualmente dudosas, si es que no inútiles y hasta nocivas.[9]

En 1859, en su carácter de presidente de la Asociación Británica para el Progreso de la Ciencia, el príncipe Alberto afirmó:

> El dominio de las ciencias inductivas [...] es el dominio de los hechos [...] Adquirimos así una senda, una escalera por la cual incluso un niño puede, casi sin darse cuenta, ascender hasta el pináculo de la verdad (citado en Benson, 1985: 299)

A lo cual John Henry Newman respondió diciendo que la ciencia simplemente "nos ofrece fenómenos [...] Nosotros debemos tomar sus hechos y darles significado" (citado en Benson, 1985: 300). Y Matthew Arnold especificó, además: "La tarea del humanista era poner lo que 'sólo' es conocimiento en relación con nuestro sentido de la conducta, nuestro sentido de la belleza" (citado en Benson, 1985: 301).

El romanticismo, como movimiento, surgió en gran medida en res-

---

volvieron financieramente más autónomos por dos razones: la importancia de los nombramientos universitarios, por un lado, y el desarrollo de las ventas de sus libros y, por consiguiente, de las regalías. por el otro" (Rosanvallon, 1985: 169, n. 2).

[9] Para mediados del siglo XIX Renan predeciría que los estudios históricos y críticos caerían en un "merecido descuido" (citado por Super, 1977: 231). Eso era lo que convertía al positivismo en un desafío fundamental a la creencia religiosa. "Cuestionaba la capacidad de los seres humanos de participar en cualquier discusión teológica, y nada podía ser más fundamental que eso" (Cashdollar, 1989: 6-7). Sin embargo, como observa Peter Gay (1993: 448): "hasta los cristianos devotos, aunque preocupados por el alejamiento de la religión, suscribían la proposición [en la era victoriana] de que el suyo era el siglo científico. La convicción era tan común y tan generalizada que prácticamente no requiere documentación".

puesta a la creciente sorna de las ciencias naturales por todo lo que era literario y metafísico. Como afirma Dale (1989: 5):

> La historia intelectual esencial del siglo XIX bien puede ser descrita como una búsqueda [por parte de los humanistas] de un remplazo adecuado para la totalidad cristiana perdida, como un esfuerzo por resucitar una creencia salvadora, como lo expresó estrujantemente Carlyle, de las cenizas de la Revolución francesa. [El romanticismo rehizo] el cristianismo para el mundo moderno, secularizándolo como una idea metafísica de un todo social individual.[10]

En este contexto la necesidad de una comprensión coherente de la realidad social, la fuente del cambio ordinario, llevó a la construcción de las ciencias sociales... de hecho, a nuevos tipos de disciplinas.[11] Tanto los científicos naturales como los humanistas pretendían controlar esta naciente escena del conocimiento. Los científicos aducían que las reglas del método científico se aplicaban a la actividad humana exactamente tal como se aplicaban a la actividad física o biológica, porque las reglas del análisis científico eran universales. A esto reponían los

[10]Yeo (1993: 65) afirma que la ciencia y el romanticismo eran menos antitéticos que relacionados dialécticamente en una búsqueda común "por crear un público para sus actividades; en algunos casos se veían a sí mismos luchando por la misma clientela". Knight agrega a esto la observación (1990: 8) de que "la autoimagen de los nuevos 'hombres de ciencia' estaría constituida en gran medida por temas románticos: el descubrimiento científico como obra del genio, la búsqueda del conocimiento como un anhelo desinteresado y heroico, el científico como actor de una historia dramática, la autonomía de una élite científica".

Una de las razones por las que el término "científico", que había inventado Whewell en 1833 no se adoptó de manera generalizada en Gran Bretaña hasta finales del siglo XIX era que "algunos de los importantes hombres de ciencia, como Michael Faraday y T. H. Huxley, preferían pensar que su trabajo era parte de inquietudes filosóficas, teológicas y morales más amplias" (Yeo, 1993: 5).

[11]Henry Hauser escribió en 1903 (p. 5) que "los tiempos posteriores a la Revolución francesa fueron eminentemente épocas de dislocación social, de conflicto de clases, de reproches francos y crítica abierta. No hay ninguna razón entonces para asombrarse de que fuese después de la Revolución francesa, y especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, cuando las ciencias sociales surgieran plenamente a la luz por primera vez".

Hauser señaló también el impacto de la Comuna de París sobre las instituciones de conocimiento: "Después de la terrible represión de mayo de 1871 parecía más necesario que nunca trasladar los problemas sociales del dominio de la calle al dominio de la ciencia. Además, la república del 4 de septiembre, igual que su encarnación previa en 1848, necesitaba servidores públicos. Si uno no quería reclutarlos de los cuadros de la era imperial, había que formarlos por medio de una educación apropiada" (134-135).

humanistas que los seres humanos, a diferencia de los sujetos de las investigaciones de los científicos naturales, eran actores conscientes que afectaban su propio destino y que, por consiguiente, ningún análisis de sus actividades podía someterse al uso mecánico de generalizaciones tipo leyes.

¿Qué vía seguirían las ciencias sociales? La respuesta general es que quienes practicaban lo que llegaría a consolidarse como las ciencias sociales estaban profundamente divididos en relación con esta cuestión, y en considerable medida siguen estándolo hasta ahora. Algunos científicos sociales optarían por una senda cientificista, otros por un camino humanista, y otros más tratarían de acomodarse en medio.[12] Disciplinas completas escogieron opciones colectivas, pero además hubo opciones individuales dentro del marco organizacional de cada disciplina. Para poder observarlo tenemos que contemplar sucesivamente 1] en qué grado la ciencia social se vinculaba explícitamente con el reformismo social, y 2] los esfuerzos por "profesionalizar la ciencia social, que estaban relacionados con los debates acerca de la naturaleza de la objetividad y los méritos de la neutralidad valorativa. Luego seremos más capaces de apreciar cómo y por qué lo que hemos llegado a denotar como las distintas disciplinas de las ciencias sociales adquirieron su existencia institucional.

[12] El debate fue intenso: "La gran revolución del pensamiento acarreada por la Revolución francesa fue más destacada en el manejo de los problemas sociales. Desde Descartes había predominado, en general, la noción de la unidad de todo conocimiento. Todos los fenómenos [...] podían comprenderse, en última instancia, con el mismo método: el método matemático de las ciencias sociales. No obstante, con la Revolución francesa surgió la idea de que los fenómenos sociales constituían una clase especial, que requería un tratamiento especial y una metodología especial. Las leyes eternamente invariables pueden ser válidas para las ciencias naturales, porque la naturaleza es eterna e invariable, pero la sociedad humana experimenta un cambio constante (progreso) de una época a otra. La labor específica de las ciencias sociales, por lo tanto, no consiste en buscar leyes eternas sino en encontrar la ley misma del cambio" (Grossman, 1943: 386). Pero, desde luego, si hubiese una ley del cambio, entonces sería una ley eterna, en cuyo caso no hemos historizado nada.

Sin embargo, sería posible extraer la conclusión opuesta acerca de la sociedad humana. Cabría decir que las vías tradicionales de la política social —la filosofía, los clásicos y la historia— "habían proporcionado una guía, si acaso, en forma de un precedente, un precepto o una disquisición sobre la forma ideal de gobierno. Las nuevas ciencias naturales parecían brindar la perspectiva de un razonamiento preciso y pertinente" (Checkland, 1951: 48). Checkland nos recuerda que ya en 1783 Condorcet había llamado a los eruditos "a introducir en las ciencias morales la filosofía y el método de las ciencias naturales".

LA CIENCIA SOCIAL COMO MOVIMIENTO SOCIAL

En la secuela de la Revolución francesa, sus problemas y sus fracasos observados, la ciencia en general —y después la ciencia social en particular— llegó a verse como una vía alternativa para el mejoramiento humano. Knight (1984: 3) sintetiza sucintamente esta visión:

> No era la revolución política sino el desarrollo científico el que traería la prosperidad y reduciría la miseria. Esto ocurriría tanto mediante la ciencia aplicada a actividades que eran realizadas antes con rutinas empíricas, tradicionales, así como por la adopción generalizada de formas de pensar "científicas". Éste era el programa de la era de la ciencia, una era de inocencia y de fe

En este contexto de inocencia la ciencia social comenzó su vida en el siglo XIX; no como un conjunto de disciplinas universitarias (ni siquiera como una, unitaria), sino más bien como un movimiento social que, en palabras de L. L. y Jessie Bernard (1943: 33):

> marcó un hito mucho más que cualquier cosa específica que hubiese logrado Porque representaba la transición de una sociedad tecnológicamente orientada a una científicamente basada. [En los dos primeros tercios del siglo XIX ciencia social no era un término genérico para todas las ciencias sociales; era la religión de una sociedad en las convulsiones de la industrialización, así como la teología había sido la religión del viejo mundo feudal.

Y como era un movimiento social, su expresión inicial no se dio dentro de las universidades sino dentro de estructuras que se denominaban asociaciones de ciencia social, las más importantes de las cuales surgieron primero en Gran Bretaña y en Estados Unidos, y más tarde en Alemania. Estas asociaciones eran "producto del anhelo de entender y corregir los males sociales de la época [...] hijas del deseo de reforma social" (Bernard y Bernard, 1943: 25-26). Más tarde, cuando las ciencias sociales se institucionalizaron dentro de las estructuras universitarias, no habrían de perder este enfoque.[15]

[15] "Había [...] un estrecho vínculo entre las nuevas ciencias sociales y una inquietud societal generalizada respecto a la formación de nuevas instituciones políticas y culturales para manejar las cambiantes condiciones sociales" (Wittrock, 1993: 303). Sin embargo, obsérvese este punto de vista, algo diferente, de lo que ocurrió: "No es que una ciencia social reformista 'frustrase' el desarrollo de una sociología académica; más bien

En Gran Bretaña las primeras asociaciones de este tipo fueron estadísticas. Los que fundaron la Asociación Estadística de Manchester estaban "unidos por una ideología social común [en particular] por un compromiso con la reforma social" (Elesh, 1972: 33). Los dos temas principales sobre los que reunían datos eran la salud pública y la educación. "Lo que dominaba la mente de los estadígrafos era la urbanización" (Cullen, 1975: 135). En medio de los torbellinos políticos de 1832, William Jacob, quien era entonces contralor de los aranceles sobre los cereales del Consejo de Comercio, invitó a la creación de un departamento estadístico, planteando como argumento que:

> la mejor manera de difundir la satisfacción sobre el tema de los asuntos públicos es una revelación abierta y clara de su condición y manejo [...] Una difusión más generalizada de conocimiento preciso respecto al estado de los asuntos públicos contribuiría a controlar la excitación y el espíritu partidista que se ha creado frecuentemente por errores de información o por exageración, y que ha producido una molestia para el gobierno y, por lo menos, un disgusto temporal en la opinión pública (citado en Cullen, 1975: 20).

Jacob no estaba solo. Abrams (1968: 38) sugiere que "en el decenio de 1830 el temor de que la pobreza fuese la madre del *sansculottismo* representó un motivo poderoso para la investigación social".

En 1856 la Asociación Nacional para la Promoción de la Ciencia Social, conocida también como la Asociación de la Ciencia Social, se fundó específicamente para colaborar con la legislación.[14] Rodgers

---

la 'sociología' tuvo sus orígenes en la frustración de la reforma" (Goldman, 1987: 171).

[14] La organización se fundó como resultado de un encuentro conjunto de la Sociedad de Enmienda de la Ley y la Unión Nacional por la Reforma, con apoyo de lord Russell, ex primer ministro liberal. "Fue diseñada para proporcionar guía experta para una legislatura que carecía del compromiso y el conocimiento especializado para la reforma social" (Goldman, 2002: 58). Rápidamente pasó por dos cambios de nombre. Primero se denominó Asociación Nacional para el Mejoramiento Moral y Social del Pueblo, después Asociación Nacional de Enmienda de la Ley, para quedarse por fin con el nombre permanente de Asociación Nacional para la Promoción de la Ciencia Social. Como este nombre seguía siendo un poquito largo, llegó a conocérsela como la Asociación de Ciencia Social [SSA, Social Science Association]. Goldman ofrece la historia del proceso organizativo en las pp. 27-66.

Esos nombres reflejan la orientación "estatista" de la asociación: "Su liberalismo era de la variedad utilitaria, que valoraba la racionalidad y la sistematización y no se preocupaba mayormente por el grado de control requerido para alcanzar esos objetivos, y que se mostraba relativamente sorda a los argumentos basados en los derechos

(1952) denomina "cuerpo rudimentario" a la combinación de reformistas sociales, trabajadores sociales, abogados, educadores, economistas, médicos y empresarios que eran sus miembros (p. 283), pero señala que "tenían la confianza de que era posible lograrlo todo mediante leyes del parlamento" (p. 289). Goldman ve menos incoherente a la asociación: "Detrás de su retórica de neutralidad, de su promoción de una imagen bipartidista, la Asociación de la Ciencia Social era esencialmente un foro liberal" (1986: 101).[15]

Hubo acontecimientos paralelos en Estados Unidos. Cuando concluyó la guerra civil, en 1865, se fundó la Asociación Estadunidense de Ciencia Social (ASSA, American Social Science Association), "patrocinada por distinguidos intelectuales de Nueva Inglaterra [...] que querían

individuales" (Goldman, 2002: 133). "¿En qué circunstancias se volvía la asociación reflexivamente hacia la acción del Estado? Resultan evidentes tres tipos diferentes de intervención, a los que se podría dar los siguientes nombres: 'reformas emancipatorias'; 'legislación protectora' y, lo más significativo, 'intervencionismo administrativo'" (Goldman, 2002: 266).

Y su creencia en que "la ciencia social constituiría la base para una administración social mejorada" se vio reivindicada por su éxito: "cuando se desbandó la asociación, en 1886, *The Times*, que había sido su antagonista, derrochó elogios como tributo a ella: 'Ni una sola enmienda de la ley, la policía, la educación y el arte de la salud nacional ha sido llevada a cabo jamás sin haber sido inculcada primero, oportuna o inoportunamente por la Asociación de Ciencia Social'" (Goldman, 2002: 19, 21).

Goldman (2002: 14) hace la interesante observación de que la asociación encarnaba las características del tipo ideal de la burocracia de Weber "por su confianza en el conocimiento experto y profesional más que en las autoridades carismáticas". Era una asociación voluntaria que "fue creada, podría decirse, para llenar el hueco debido a la ausencia de una burocracia apta y con recursos del tipo ideal en las décadas medias de la era victoriana".

[15] "El motivo abrumadoramente dominante [para la investigación empírica en Gran Bretaña] era la necesidad de recopilar información que resultase útil para acarrear la reforma social [...] La autoimagen de los miembros de la Real Sociedad Estadística y de la Asociación de Ciencia Social era la del reformista social. Pensaban en la investigación social como herramienta para producir la reforma social" (Cole, 1972: 99).

Este sentimiento se vio reforzado por la guerra de Crimea, la extensión del sufragio, en 1867, y la necesidad de la conscripción: "¿Cómo era posible lograr la confianza y el apoyo de toda la nación cuando había un cáncer de pobreza en el corazón del imperio?" (McGregor, 1957: 156).

Lo que Cole ve como una incoherencia Goldman (1998: 5) lo observa como la fortaleza de la Asociación de Ciencia Social: "Sus congresos anuales [...] contribuirán a reunir a las élites liberales provinciales y metropolitanas, y consolidará la compleja y contradictoria amalgama de intereses sociales —religiosos no conformistas, hombres de negocios, obreros, profesores universitarios, reformistas sociales, benévolos aristócratas *whigs* y la prensa de provincia— que, juntos, configuraban el liberalismo gladstoniano, a un tiempo tradicional y radical."

comprender y mejorar su sociedad en tan rápido cambio" (Haskell, 1977: vi). Pero al mismo tiempo, además de este sentimiento reformista, Haskell ve a la ASSA involucrada en:

> un impulso tocquevilleano por defender la autoridad, por erigir barreras institucionales contra las consecuencias corrosivas de la competencia sin límites de ideas y valores morales en una masa social interdependiente (1977: 63).

Lo denomina un "movimiento de reforma conservadora": lo que yo he estado llamando *liberalismo centrista.*

De hecho, Edwin Godkin, que en 1865 fundó la revista liberal de izquierda quintaesencial de Estados Unidos, *The Nation,* fue al mismo tiempo uno de los principales creadores de la ASSA, en 1869. Acerca de la reunión de fundación escribió que la ASSA

> le prestaría un gran servicio a la sociedad si simplemente contribuyese a despertar al público para que percibise el hecho de que no hay tema de mayor complicación ni de mayor importancia que el correcto ajuste de las relaciones del hombre en sociedad; y que en vista de esto y todos los demás temas, los hombres que han llevado a cabo un estudio especial son más dignos de ser oídos que los que no lo han hecho (*Nation*, 4 de noviembre de 1869, p. 381; citado en Goldman, 1998: 22).

Si bien el movimiento de reforma de la ciencia social era más fuerte en Gran Bretaña y en Estados Unidos, en una reunión celebrada en Bruselas en 1862, con delegados provenientes de Bélgica, Países Bajos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Rusia, Suiza y Estados Unidos, se creó la Association Internationale pour le Progrès des Sciences Sociales (Villard, 1869), pero sólo sobrevivió hasta 1866 (Goldman, 1987).[16]

Tuvo que pasar cierto tiempo tras la unificación de Alemania para

[16] No obstante, Goldman insiste (1998: 5): "era poderoso ejemplo [...] de la resonancia de la 'ciencia social' y del liberalismo británico, que denotaba libre comercio, libres instituciones, libre expresión y gobierno representativo, entre electorados políticos y profesionales similares en Europa continental". Lo que Goldman llama "liberalismo internacional" estaba "compuesto por una fe común en el método y la experiencia científicos. Y como una creencia común de que los problemas sociales podían discutirse y resolverse en foros nacionales e internacionales; un interés común en el consenso social, la reforma mesurada y la administración pública esclarecida, y una decisión común por la libertad política, la paz y el libre comercio" (pp. 17-18).

que, en 1890, se desarrollase un movimiento similar de ciencia social en ese país. Se denominaba *Verein für Sozialpolitik*. Los alemanes se mostraban más abiertos acerca de sus objetivos. Su nombre no hablaba de ciencia social sino de política social. Igual que las demás asociaciones, reunía a especialistas y empresarios, funcionarios públicos y profesionales independientes (Lindenaub, 1967: 6). Como señala Krüger (1987: 71):

> El *Verein* era el vínculo manifiesto entre el paradigma sociocientífico dominante y la convicción sociopolítica. Desde la década de 1870 había emergido la escuela histórica como tendencia principal de la economía política alemana [...] Iba acompañada por la opinión predominante entre los especialistas y la burguesía culta de que el anticuado sistema institucional debía modificarse en favor de un mejoramiento de la situación de las clases trabajadoras. De esta forma, el conocimiento académico y las convicciones sociopolíticas se legitimaban y estimulaban mutuamente [...] El *Verein* era una "patrulla de combate de las reformas sociales", es decir, una plataforma para el compromiso de la burguesía culta con las reformas sociales.[17]

La duda era qué tipo de reformas. Por un lado, "en ocasiones los círculos empresariales colocaban al *Verein für Sozialpolitik* y a la democracia social en la misma categoría, en la medida en que ambos eran acusados de ser demasiado amistosos hacia las clases trabajadoras" (Plessen, 1975: 59). De hecho, los críticos hostiles acusaban a los académicos del *Verein* de ser *Katheder-sozialisten*, socialistas profesorales (Dorfman, 1955b: 18).

Pero precisamente de eso se trataba. Eran *Katheder-sozialisten*, no revolucionarios. Aunque el movimiento de reforma social inició su vida en oposición intelectual a lo que se denominaba el "manchesterismo" de los "economistas de Berlín" del periodo 1820-1850, con su énfasis en las virtudes del libre comercio (Lindenlaub, 1967: 2), también la socialdemocracia marxista se oponía al movimiento.[18] Su análisis esencial era muy centrista:

[17] "La característica generalizada de la investigación social alemana en el periodo 1848-1914 era su preocupación por las personas de la clase trabajadora y sus problemas. Estaba motivada esencialmente por la necesidad de acción y de reforma" (Oberschall, 1965: 137).

[18] "[Los reformistas más encumbrados] querían una reforma social sin marxismo" (Ringer, 1969: 139). En 1897 Gustav von Schmoller, una figura poderosa del Verein, y

La generación fundadora del *Verein für Sozialpolitik* creía que la actitud social reaccionaria de los círculos económicos liberales y el compromiso social revolucionario de los socialistas agravaban las tensiones sociales y debían conducir a la lucha de clases y la revolución. Pensaba que sólo mediante reformas sociales sería posible estabilizar el tambaleante orden social (Lindenlaub, 1967: 4).[19]

---

tal vez el principal *Katheder-Sozialist*, pronunció el discurso inaugural en el Congreso del Verein que se efectuó en Colonia, cuando se celebraba su vigésimoquinto aniversario. Destacó la ubicación política centrista del Verein: "Los socialdemócratas siempre han subrayado que era su actividad, y no la nuestra, la que echaba a andar la pelota de la reforma social. Desde cierta perspectiva, eso es cierto. Su actividad se basa en su poder políticamente organizado. La socialdemocracia representó un poderoso interés de clase. Nosotros somos un puñadito de académicos y humanistas. No pudimos ni procuramos hacer lo que la socialdemocracia podía y quería lograr. ¿Pero significa esto que no logramos otras cosas?

"Los empresarios siempre nos han acusado de nuestra excesiva amistad con la clase trabajadora. Hemos sido amistosos con la clase trabajadora y deseamos serlo, puesto que creemos que la excesiva brecha de comportamiento cultural (*Gesittung*) y de ingreso representa el principal peligro para el futuro, que debe remediarse elevando el nivel de vida de las clases bajas de nuestra sociedad y nuestro Estado. Sin embargo, eso no significa que seamos enemigos de los empresarios, cuyos méritos como líderes y oficiales del ejército económico siempre hemos reconocido" (Schmoller, 1920 [1897]: 26).

Schmoller era muy consistente. Ya en la primera reunión del Verein, 25 años antes, en 1872, había dicho que los fundadores estaban preocupados por "la profunda escisión que atraviesa nuestra sociedad, el conflicto que enfrenta al emprendedor contra el obrero, al poseedor contra las clases desposeídas, el posible peligro de una [...] revolución social" (citado en Rueschmayer y Van Rossen, 1996: 45). Brentano, otro fundador del Verein y destacado *Katheder-Sozialist*, le expresó en una carta a Schmoller su oposición tanto "al socialismo como al despotismo absoluto" (citado en Gay, 1993: 469). Véase también Plessen (1975: 104) quien calificó al Verein de "mediador entre clases".

La posición centrista del Verein también era bastante similar a la de la SSA británica, que "estaba dispuesta a reconocer el avance del sindicalismo pero que, en recompensa, procuraba obtener la autorización de imponerles a los sindicatos una serie de expedientes en pro de la armonía industrial, calculados para limitar sus funciones y su público [...] La SSA prosperaba con esos despliegues públicos de solidaridad social, manifestación de su papel autodesignado en la reconciliación de las clases" (Goldman, 2002: 201, 205).

[19] En todos lados el liberalismo centrista tenía dos creencias básicas que parecían ser compartidas por los científicos sociales. Una era que "el ciudadano al que habría de darse pleno derecho al voto tenía que ser educado y estar económicamente seguro. Para la mayoría de la gente la idea liberal del ciudadano no era más que un modelo para el futuro, el logro del cual era labor de cada individuo" (Langewiesche, 1993: 49). Esto creaba la "visión" de una sociedad sin clases, con un "esfuerzo continuado por promover al desarrollo mientras trataba, al mismo tiempo, de guiarlo y restringirlo (Langewiesche, 1993: 52). La segunda creencia básica era el rechazo de "las formas violentas de acción colectiva" y el "compromiso con el Estado constitucional" (Lan-

Plessen señala la congruencia del programa sociopolítico del *Verein* con el programa de legislación social de Bismarck. Va aún más allá, aduciendo que "la legislación pionera de Bismarck no hubiese sido posible de no ser por el trabajo del *Verein für Sozialpolitik*" (1975: 127).

LA PROFESIONALIZACIÓN Y LA NEUTRALIDAD VALORATIVA EN CIENCIAS SOCIALES

Pese a lo que podría considerarse el éxito manifiesto de la ciencia social como movimiento por la reforma social que constituía una encarnación del liberalismo centrista, la mitad académica de la combinación reformistas académicos y no académicos de clase media fue sintiendo cada vez más incomodidad en relación con el papel que estaba desempeñando. Los académicos buscaban tener un papel más autónomo y más distintivo en el orden social. Eso requería una ruptura con las asociaciones de ciencias sociales y la creación de estructuras profesionales exclusivamente académicas.

A partir de entonces los académicos rechazarían las intenciones de los diletantes de pretender tener conocimiento erudito, las cuales habían sido tan ampliamente reconocidas en los siglos XVII y XVIII (Torstendahl, 1993: 115), y que todavía estaban siendo legitimadas en el siglo XIX dentro del marco de las asociaciones de ciencias sociales. En cambio, la profesionalización de los académicos se proclamaba como

> un medio para establecer a la autoridad con tanta seguridad que la verdad y quienes la propusiesen pudiesen ganarse la deferencia hasta del público de masas, el que amenazaba con cancelar la deferencia a todos los hombres, a todas las tradiciones, incluso a los valores más elevados (Haskell, 1977: 65).

¿Pero autoridad para hacer qué? Dale (1989: 14) nos recuerda que todos los primeros científicos sociales positivistas (como Comte, Mill y Spencer) sentían que "la teoría de la ciencia social estaba destinada, en última instancia, a llevar a la regeneración del orden social. Éste, sin duda, es un objetivo político". No se debe pasar por alto el impulso antiigualitario que constituía la base de esta nueva tendencia. La pro-

gewiesche, 1993: 41-42).

fesionalización se dirigía tanto contra las pretensiones de la cultura popular como contra las restringidas perspectivas de los empresarios orientados hacia el lucro.[20] Este doble objetivo podía lograrse al instalar como autoridad lo que Haskell denomina "la comunidad de los aptos".[21]

La autoridad de la aptitud profesional requería una nueva "organización social de la ciencia" (Wittrock, 1993: 318). Ésta era la universidad, desde la cual se hacía investigación, estructura que le permitió a la universidad volver a asumir su papel central en la producción —y no meramente en la reproducción— del conocimiento. El surgimiento de la universidad que efectuaba investigación estaba "íntimamente vinculado con [...] el surgimiento del moderno Estado-nación", como

[20] Esto era más explícito en Estados Unidos. "Agraviados por la corrupción y el materialismo engendrados por la democracia, y reunidos en torno a términos clave como 'civilización' y 'cultura', a finales del siglo XIX los 'mejores" estadunidenses [...] montaron una contraofensiva para recuperar parte de la autoridad que habían perdido en décadas previas. Una y otra vez se encuentra un motivo idealista y elitista común entre los principales académicos de finales del siglo XIX: un anhelo por lograr que 'un orden superior de cosas' prevaleciese sobre 'los viles devotos de Mamón' [...] Se alejaban explícitamente de la cultura laxamente estructurada, no teórica, basada en la comunidad, de unos Estados Unidos jacksonianos. La especialización, entronizada en gremios profesionales de reciente creación, brindaba un medio para esos fines" (Higham, 1979:9).

En Estados Unidos esto se vinculaba con la política del movimiento progresista, "con su énfasis en el no partidismo, en la eficiencia del gobierno, en la reforma electoral y en la separación de la política y la administración. [Trataba de hacer pasar] las decisiones políticas de los funcionarios electos a los funcionarios designados; estos últimos serían provistos, entonces, de consejos expertos, no partidistas. Era también un movimiento político en el cual los presuntos excesos de la democracia popular —y la agitación de la clase trabajadora— podrían moderarse con un nuevo compromiso con los principios de la democracia representativa. El orden social y el interés públicos debían ser preservados devolviéndole el gobierno al 'mejor elemento'. En esos tiempos el 'mejor elemento' no era una aristocracia adinerada ni una nobleza rural ni una jerarquía religiosa; era la clase profesional con buena educación" (Prewitt, 2004: 782).

[21] "La comunidad de los aptos es [...] un tipo especializado de asociación voluntaria que ofrece a sus miembros protección contra la tiranía de la opinión pública, incluso si al mismo tiempo exige su sometimiento a la opinión profesional. Cuando el individuo se incorpora a una comunidad tal, se eleva por encima de las masas y se vuelve independiente de ellas; pero al mismo tiempo está volviéndose deliberadamente más dependiente de sus pares así como menos capaz de resistirse al consenso de los aptos" (Haskell, 1977: 75, n. 29)

"La comunidad de los aptos tenía que identificar la aptitud, cultivarla y conferirles autoridad a aquellos que la poseyesen de acuerdo con criterios universalistas... o, de manera más realista, criterios que no fuesen de manera obvia personales, partidistas o particulares" (Haskell, 1977: 89).

resultado de lo cual a las universidades se les otorgaron "recursos muy superiores a los que recibieron antes (Wittrock, 1993: 305, 344).

Esto no necesariamente significaba el abandono de la reforma social centrista como objetivo, sino, antes bien, colocar su implementación más sólidamente en manos de los expertos.[22] A su vez, implicaba que ya no era segura su defensa directa, puesto que los académicos carecían de la protección de que gozaban las figuras no académicas prominentes. Antes bien, se requería revestir los objetivos de reforma con el manto del conocimiento "objetivo", conocimiento que sólo los expertos científicos eran capaces de establecer y brindar al público.[23]

El truco era ser político sin parecerlo. Furness señala que en Estados Unidos, en la década de 1880, tanto Herbert Baxter Adams como John Bates Clark pensaban que el capitalismo industrial no regulado

[22] "Entre los científicos sociales lo mismo no académicos que académicos la tensión entre la reforma y el conocimiento brindaban un impulso a la profesionalización" (Furner, 1975: 3). No obstante, "el científico social servía a su sociedad en su condición de experto. La experiencia requería investigación [...] Quien creía en una educación superior útil [...] valoraba la investigación y practicaba una buena dosis de la misma; no la despreciaba, como lo hacían con frecuencia los humanistas. Pero para él seguía siendo un objetivo subordinado. Siempre era investigación con algún propósito ulterior (y útil), no primordialmente por las recompensas intrínsecas de la investigación (Veysey, 1965: 76).

[23] "En el área de los valores sociales reformistas los científicos sociales pisaban un terreno especialmente peligroso. La dependencia de las universidades del apoyo del público respetable para obtener fondos y estudiantes hacía que estuviesen ansiosas tanto por demostrar la utilidad de sus facultades como por evitar la crítica pública. Los rectores de las universidades [en Estados Unidos] instaban a sus facultades de ciencias sociales a exhibir su contribución vital a la democracia. Sin embargo, la identificación con la reforma de una causa o un servicio controvertido en el gobierno por designación política no era bien vista, porque tenía el riesgo de la identificación partidista [...] Más que arriesgar su estatus de científicos objetivos, estatus sobre el cual se basaban sus puestos tanto en la universidad como en su profesión, limitaban su papel político al centro liberal, donde sus valores resultaban menos conspicuos" (Ross, 1979: 122-123). A esto Ross lo denomina un "compromiso centrista".

En realidad los científicos sociales reformistas se enfrentaban, tal como lo señala Hinsley (1981: 286) con un dilema: "El papel de las [...] élites de las ciencias sociales [...] abarcaba dos tendencias que coexistían con poca comodidad. El científico debe difundir la experiencia científica entre la gente como medio de elevación espiritual y armonía social... la salvación tendría que ser conocida directamente, y no de oídas. Pero concurrentemente el impulso hacia la exclusividad, que se basaba en el supuesto de que sólo unos pocos eran verdaderamente capaces o tenían la inclinación de dedicar su vida a la ciencia, demandaba el reconocimiento de un estatus especial. Estos últimos tenían que impulsar la campaña contra los fraudes y los impostores, así como por el esfuerzo de establecer medios de acreditación formal."

causaba injusticias. Se encontraron con que no podían denunciar estas injusticias directamente. Más bien, "a medida que fueron alcanzando reconocimiento académico, los dos empezaron también a homologar la moderación de las opiniones con objetividad y la objetividad con el trabajo erudito" (Furness, 1975: 91). Prewitt apunta que la búsqueda

> de teorías sociales para fortificar objetivos derivados políticamente [...] es un territorio difícil, lleno de trampas para el descuidado y no fácil de recorrer ni siquiera para quienes están alerta a las contradicciones inherentes. ¿Puede haber una inteligencia social que sea al mismo tiempo útil, y de hecho usada, y que se mantenga al margen de una posición partidista? Los dirigentes de las ciencias sociales formados en el liberalismo pragmático [...] han insistido en que sí (2004: 782).

El debate más famoso respecto al partidismo y la neutralidad valorativa fue el denominado *Werturteilstreit* (controversia sobre valores). En 1909 Max Weber y otros se retiraron del Verein für Sozialpolitik para fundar la Sociedad Alemana de Sociología, que debía ser *wertfrei* (libre de valores). No obstante, este objetivo no era tan claro como podría parecer; de hecho, está plagado de ambigüedades desde entonces. Porque los científicos sociales que pretendían estar libres de valores creían, sin embargo, que

> el progreso de la ciencia garantizaría la prosperidad para todo el futuro [...] La ciencia, estudiada sin otro objetivo que el conocimiento, permitiría que los hombres trascendiesen sus mezquinas diferencias; la ciencia triunfaría sobre la guerra del conflicto social, tal como había triunfado sobre la ignorancia y la enfermedad. La ciencia era una fuerza armonizadora, una fuerza unificadora (Proctor, 1991: 96).

La situación política especialmente difícil de los académicos alemanes en el periodo guillermino, entre 1871 y 1918, creaba una posición sumamente incómoda para los científicos sociales. Por un lado se los acusaba de ser socialistas ocultos, mientras que al mismo tiempo los socialistas los presionaban para que se convirtiesen en sus aliados abiertos. Por el otro lado se encontraban bajo la presión de los nacionalistas alemanes para identificarse abiertamente con los objetivos

militares imperiales de Alemania.[24] La libertad valorativa era la expresión ideológica de la "ciencia asediada".[25] La neutralidad valorativa involucraba retorcerse moral e intelectualmente.

¿Pero funcionó? Dos especialistas posteriores, Ralf Dahrendorf y Raymond Aron, ambos con una profunda influencia de Weber, destacaron las dificultades y las incertidumbres morales de estos argumentos, lo que Dahrendorf llama "su ambigüedad explosiva". Si la distinción que trazó Weber entre hechos y valores, entre una ética de convicción y una ética de responsabilidad, es tan clara, Dahrendorf se pregunta:

> ¿Por qué al mismo Weber le resultó prácticamente intolerable vivir con sus distinciones? ¿Podría ocurrir que estas distinciones sean, a un mismo tiempo, intelectualmente atractivas e imposibles de sostener en la práctica? ¿Son una receta para un colapso nervioso? (1987: 577-578).

El análisis de Aron no es tan severo, pero al final no dista demasiado de las reservas que manifiesta Dahrendorf:

> La originalidad y la grandeza de Weber se deriva, primero que nada, del hecho de que era y quería ser tanto una persona política como un erudito, o, más precisamente, del hecho de que separó y unió la política y la ciencia. Separadas: la ciencia debe ser independiente de nuestras preferencias, pura de todo juicio de valor. Unidas: las ciencias concebidas de una manera que resulte indispensable para la acción [...] Y ni la ciencia ni la realidad imponen ley alguna; la ciencia, que es incapaz de hacer profecías o tener una visión total, deja al hombre enteramente libre; cada uno de nosotros debe decidir por sí mismo [...] El hombre debe escoger entre los dioses [...] La historia es

[24] "La neutralidad servía para defenderse contra la imputación de que la *sociología* no era más que otro nombre del *socialismo*. Pero la autonomía institucional no era la única función social que se beneficiaba del principio de neutralidad. La neutralidad no era un mero escudo sino un arma: se la usaba para frustrar los intentos de las feministas, los darwinistas sociales y (especialmente) los socialistas por politizar la teoría social. Fue en gran medida en reacción ante esos movimientos que los sociólogos [alemanes] formularon la idea de la neutralidad valorativa (Proctor, 1991: 120).

[25] Proctor (1991: 68), que continúa: "la neutralidad era una respuesta liberal ante las presiones del gobierno en pro de la censura, las industrias en pos de resultados prácticos y los movimientos sociales por obtener notoriedad. La neutralidad era una afirmación política al mismo tiempo que una posición ontológica, parte de una visión más general, liberal, de las relaciones entre el conocimiento y el poder" (p. 70).

la historia [de] la rivalidad de los dioses, los conflictos de la fe y la necesidad (1950: 97-98).

Tal vez por estas razones dijo Novick (1988: 7) que la objetividad es como "clavar gelatina a la pared". El debate se ha centrado siempre en torno a lo que uno quiere decir al estar "desinteresado". Como lo señalan Rueschmayer y Van Rossen (1996: 150), el Verein declaraba, como evidencia de su desinterés, "su distancia tanto del capital como de la clase trabajadora": el hecho de que eran atacados por ambas "partes interesadas". Pero en vista de los crecientes conflictos políticos e ideológicos *dentro* de la comunidad de académicos, Weber extrajo la "conclusión lógica" (p. 147) de que la ciencia social tenía que estar aislada de la moralidad y la política.[26]

El escenario en el cual la objetividad de la ciencia social valorativamente neutral parecía tener sus peores fallas era el de la eugenesia. Desde luego, la eugenesia se vinculaba íntimamente con una característica básica del moderno sistema-mundo, su perdurable racismo, fenómeno explícitamente en conflicto con las doctrinas teóricamente igualitarias institucionalizadas en las estructuras socioculturales engendradas por la Revolución francesa.

Cuando en el siglo XVIII Linneo formuló una morfología con la cual los biólogos clasificaron toda la biota, se hizo necesario explicar por qué, si el *Homo sapiens* era de hecho un género/especie unificado, parecía haber sustantivas diferencias visibles entre los pueblos de diferentes lugares del mundo. Las sustantivas diferencias visibles son, por supuesto, cuestión de definición social. Pocas personas crean o utilizan categorías sociales de acuerdo con el color de los ojos humanos, pero muchas lo hacen según el color percibido de la piel humana. Para finales del siglo XVIII el término "raza" se utilizaba primordialmente para clasificar a los grupos que diferían por el color de su piel.

[26] Gunnell (2006: 480-481) expresa claramente esta posición: "La declaración de Weber acerca de la separación del hecho y el valor fue menos un imperativo filosófico que el reconocimiento de la diferencia ineluctable, hacia principios del siglo [XX], entre la universidad y la política [...] Lo que señalaban no era que fuese lógicamente incorrecto o imposible que los científicos sociales se involucrasen en hacer juicios de valor, sino que no era ya un papel posible de practicar. En una sociedad pluralizada el mundo académico no estaba en posición para llevar a cabo esta función [...] si los científicos sociales hubiesen intentado persistir en sus actitudes moralizantes hubiesen socavado su autoridad sistémica, que era la única clase de autoridad que de hecho poseían entonces y la única fuente de influencia práctica potencial."

En el siglo XVIII había dos teorías básicas acerca de los orígenes de las diferencias raciales: la monogénesis, que coincidía con el tradicional concepto cristiano de la unidad de la humanidad (Heiniger, 1980: parte 3), y la poligénesis, que trazaba claras líneas de distinción entre las razas y por lo tanto "proporcionaba una útil racionalización de la aparente sumisión histórica de los no blancos a los blancos" (Lorimer, 1978: 132). Para la segunda mitad del siglo XIX, aunque la poligénesis había sido desacreditada, llegó a expresarse un argumento sociobiológico relativo a diferencias significativas entre las razas, al que hemos denominado "racismo científico". Daba por supuesta la existencia de "muro impasables" (Guillaumin, 1992: 25) entre grupos biosocialmente desiguales. Y "se desarrollaron esfuerzos significativos para popularizar esta visión científica autorizada" (Lorimer, 1990: 369).[27]

La eugenesia era un movimiento social que se derivaba del racismo científico. Pedía la acción estatal para preservar la "pureza" de las razas y para favorecer de diversas maneras el aumento numérico de la raza que se consideraba superior, a expensas de las demás. Pese a lo que Hofstadter llama su "conservadurismo fundamental" al principio atrajo un fuerte apoyo de los liberales de centro:

> El movimiento eugenésico tenía un aire de "reforma", porque surgió [en Estados Unidos] en un momento en que a la mayoría de los norteamericanos les gustaba considerarse reformistas. Igual que los movimientos de reforma, la eugenesia aceptaba el principio de acción del Estado hacia un fin común y

[27] El argumento biológico no tenía que estar basado en principios de herencia mendeliana. Hubo quienes arguyeron lo mismo con base en las opiniones de Lamarck. El último de los biólogos lamarckianos importantes de Gran Bretaña, Ernest MacBride, pensaba que las clases bajas eran en gran medida irlandesas que, según creía, habían "fijado permanentemente [características raciales que] no podrían mejorar si se exponían a mejores condiciones" (Bowler, 1984: 246). MacBride sostenía que el cambio evolutivo podría reducir pero nunca eliminar esas presuntas diferencias raciales.

Sin embargo, predominaban los argumentos mendelianos. "En los últimos años del siglo [XIX] la herencia social había experimentado ya una compleja evolución desde sus orígenes a mediados de siglo; ya estaba preparado el escenario para su metamorfosis tenazmente agresiva, nativista y formalmente eugenista. El furor del mendelismo durante la primera década del siglo XX sólo sirvió para cristalizar y aportar mayor ímpetu a inquietudes intelectuales y emocionales bien establecidas. En el último cuarto del siglo XIX publicistas, médicos, científicos proto sociales y trabajadores sociales habían aplicado ya explicaciones hereditarias al análisis de casi todos los problemas sociales. Las explicaciones hereditarias del comportamiento humano tenían la virtud de dar la impresión de encarnar los conceptos y el prestigio de la ciencia, al mismo tiempo que carecían de contenido verificable" (Rosenberg, 1976: 49).

hablaba en términos del destino colectivo del grupo, más que del éxito individual (Hofstadter, 1992: 167).

"La idea de raza [estuvo] vinculada con el desarrollo de los nacionalismos en Europa [y en el mundo paneuropeo]; ambos hechos, por lo menos [fueron] contemporáneos" (Guillaumin, 1972: 37). Lo que Parker denomina "racialismo liberal" era parte de la búsqueda de la identidad nacional, que "con excesiva facilidad conducía a la hostilidad hacia quienes resultaban inaceptables".

Desde luego, como lo sabemos, la eugenesia fue llevada a su conclusión más horrenda, pero lógica, en Alemania, con el programa nazi de exterminio de las razas inferiores. La "involucración recíproca de la ciencia y la política" adoptó una forma especialmente enérgica en Alemania, donde

La pequeña comunidad de los higienistas raciales (como se llamaban a sí mismos allí los eugenistas), en búsqueda de estatus y reconocimiento, formó una coalición con políticos de la derecha conservadora y radical (Weingart, 1989: 260).[28]

Debido a que en Alemania la eugenesia llevó a la conclusión nazi, a partir de 1945 el centro liberal rechazó firmemente el "racismo científico", que sería remplazado, a su vez, por lo que podría denominarse un antirracismo científico, que también se pregonaría como libre de valores.

LA CREACIÓN DE LA HISTORIA CIENTÍFICA

La profesionalización de la ciencia social, dentro de las universidades, adoptó la forma del establecimiento de disciplinas distintivas y de la creación de las correspondientes organizaciones profesionales/académicas nacionales (y con el tiempo internacionales) para las diversas

[28] Weingart (1989: 280) imputa esta trayectoria de los higienista raciales en Alemania a un fenómeno más general, "la inercia institucional de la ciencia" que, dice, "no se vio perturbada en lo más mínimo por su corrupción política y moral. Sólo unos cuantos científicos [...] vieron la conexión entre la ideología de una ciencia apolítica y su utilidad y compatibilidad con metas políticas inmorales".

disciplinas.[29] Lo hizo, no como una disciplina única, sino "fragmentada en muchas subdisciplinas, nuevas organizaciones y especialidades" (Goldman, 2002: 356). Como veremos, una disciplina, una profesión, es "un vocabulario, una organización, una publicación y un congreso" (Maloney, 1985: 2).

La primera disciplina que afirmó su presencia en las nuevas estructuras universitarias fue la que tenía el más largo historial como categoría universitaria, la historia. "Historia", desde luego, es un término muy antiguo. Y hoy es habitual hablar de destacados historiadores antiguos. Indiscutiblemente siempre hubo escritores que describían el "pasado" y que cantaban loas a gobernantes notables. La principal fuente para esos historiadores ha sido, tradicionalmente, la labor de historiadores previos, en la medida en que sobrevivían sus obras escritas.

Lo que ocurrió en el siglo XIX fue la creación de un nuevo concepto de las fuentes apropiadas para el trabajo de los historiadores. En ocasiones se lo denomina una "revolución científica" de la historiografía, y se asocia de manera prominente con el trabajo de Leopold von Ranke. Fue Ranke quien nos legó la notable insistencia en que debemos escribir la historia *wie es eigentlich gewesen ist* (tal como ocurrió realmente).[30]

En este célebre lema hay dos cosas que debemos observar: la creencia de que es posible alcanzar una verdadera descripción del pasado, y el supuesto de que no todo lo que se había hecho previamente en

[29] "Cada una de las ciencias sociales especializadas [...] declaró formalmente su independencia de todas las demás, y cada una de ellas [...] desarrolló el familiar aparato profesional de revistas y asociaciones y programas más o menos uniformes en el nivel universitario. La autoridad intelectual dependía ahora de la membrecía y jerarquía dentro de una comunidad fácilmente identificable de los pares, cuyos miembros compartían una experiencia similar de formación y, por lo tanto, un conjunto sustancialmente parecido de criterios de evaluación" (Haskell, 1977: 24).

[30] "Los 'verdaderos' historiadores se veían a sí mismos como empiristas que —a diferencia de los cronologistas y los *literati* de generaciones pasadas— habían llevado a la investigación de acontecimientos del pasado las herramientas de observación y análisis del científico del laboratorio (Herbst, 1965: 101).

Tal como ocurre con todo lo demás a lo que podemos atribuirle un origen, Ranke no fue el primero en plantear semejante demanda. Burke (1988: 190, n. 2) señala que ya en el siglo XVI Sleiden había requerido que los historiadores "*prout quaeque res acta fuit*" y Popelinière había considerado esencial "*réciter la chose comme elle es advenue*". Pero pocas personas respondieron a estas demandas tempranas, y en consecuencia ni Sleiden ni Popelinière son nombres célebres, ni siquiera entre los historiógrafos. El lema de Ranke dejó su huella porque el momento estaba maduro para ello.

nombre de la historia se adhería a esta regla. Ranke estaba afirmando la existencia potencial de un análisis "objetivo" del pasado. Para todos los que compartían este punto de vista, las preguntas, desde entonces, han sido qué vuelve objetiva a una narración, y de qué están escribiendo los historiadores. Nipperdey, que considera a Ranke "padre" de la idea de objetividad científica en la historia, insiste (1988: 218) en que el núcleo de las ideas de éste era el estricto apego del historiador tanto a las "fuentes como a su crítica (*Quellenkritik*)", lo que denomina una "objetividad metodológicamente restringida". Herbst (1965: 216) subraya las contradicciones del historicismo de Ranke: "Como idealistas, afirmaban la autonomía de su disciplina y la de todas las *Geisteswissenschaften*, mientras que como empiristas proponían utilizar las herramientas de las ciencias naturales."

Las fuentes son un concepto muy empírico. Originalmente (y durante un muy largo tiempo) se pensó que consistían exclusivamente en documentos escritos. Más tarde el concepto se amplió para incluir objetos materiales, tales como los hallazgos arqueológicos de que podía disponerse para hacer un estudio cuidadoso. La arqueología se empleó primordialmente como modo de estudiar zonas y tiempos para los cuales no existían fuentes escritas o éstas eran muy raras... una especie de segunda opción.

¿Pero por qué las fuentes escritas eran la base del conocimiento objetivo? El principal argumento era que no habían sido creadas para los ojos de investigadores posteriores sino que, de alguna manera, reflejaban la realidad inmediata tal como era vista por los participantes de la época. Desde luego, existía la posibilidad de que tales fuentes fuesen falsificaciones escritas después de lo que parecía indicar la fuente, o tuviesen la intención de ser maneras de engañar a otros en el momento en que fueron redactadas. Y por esa razón las fuentes tenían que ser sometidas a la *Quellenkritik*. Sin embargo, se consideraba que no había sustituto alguno para el uso de tales fuentes. Ranke "se acercaba al pasado prácticamente como si fuese una revelación de Dios [...] Era, como observó el mismo Ranke, una especie de *Gottesdienst* [servicio a Dios]" (McClelland, 1980: 173).

La investigación histórica de este tipo era "científica" en la medida en que se la consideraba legítima sólo si se vinculaba con evidencias empíricas. Sin embargo, en otros aspectos los historiadores eran muy poco científicos. La mayoría de ellos estaban contra la teorización y rechazaban toda búsqueda de afirmaciones equivalentes a leyes que

pudiesen inferirse de su investigación empírica.[31] Adoptaron esta postura esencialmente debido a su oposición a los radicales de la Ilustración y sus sucesores, que deseaban reformar el mundo.[32] Novick (1988: 27) piensa que la "abstención de juicio moral [de Ranke], más que manifestar una neutralidad desinteresada [era], en su contexto, un juicio político profundamente conservador".[33]

Y sin embargo "encoger" así el análisis de la política a los "acontecimientos en su sentido más estrecho" (Burke, 1988: 197) servía muy bien los intereses de los liberales centristas. Porque, cuando se prohibieron las generalizaciones, la redacción histórica del siglo XIX se convirtió por primera vez en una "religión nacional" (Barrett-Kriegel, 1988: 264). La razón era muy sencilla. Si se querían construir estados liberales, tenía que haber estados dentro de los cuales la gente pudiera crear sus identidades como una "nación" a la cual pudiesen dedicarle sus lealtades primarias. La creación de la nación era esencial como base del Estado liberal. Y para crear una nación había que tener un Estado.[34]

A los historiadores se les encargó la labor de descubrir/crear la memoria del pasado histórico de un Estado. Esto ocurrió en Gran Bretaña y en Francia, los estados liberales originales, pero ocurrió aún más en Alemania y en Italia, estados que habrían de ser creados en el curso del siglo XIX, y después, por extensión, en todos lados.[35] Como

[31] Ringer (1992: 262) discute en qué medida la historia científica de Ranke era idiográfica: "El mismo Leopold von Ranke describió su concepción de la historia en el lenguaje de la empatía y la individualidad [...] Además, le interesaba la 'originalidad' de lo 'particular', no de lo general. Pensaba que los [estados] representaban energías culturales y morales, y que eso le daba mayor significado a las luchas entre ellos."

[32] Esta inclinación antiteórica podía adoptar formas diferentes, casi opuestas. Novik señala (1988: 43) que en la primera parte del siglo XIX la inclinación romántica consistía en valorar "la calidez de lo único [...] por encima de la frialdad de los sistemas abstractos". Pero en las últimas décadas del siglo "era el hecho frío el que se celebraba como instrumento de liberación de la sofocante temperatura y humedad de los sistemas generales".

[33] Bénéton tiene una opinión similar: "Como la contrarrevolución adoptó el punto de vista opuesto al de la revolución, la tendencia del conservadurismo consiste en devaluar la filosofía en favor de la sociología y la historia" (1988: 49).

[34] La importancia de la existencia de un Estado se reflejaba en el notorio concepto de Engels de que había "pueblos sin historia". Para él, entre ellos se contaban los rumanos y los eslavos (checos, eslovacos, eslovenos, croatas, serbios y ucranianos/rutenos), debido a que esos pueblos nunca habían creado estados. Dejaba fuera a los polacos precisamente porque ellos lo habían hecho. Véase Rosdolsky (1964: 87-88).

[35] A finales del siglo XX los historiadores empezaron a escribir acerca de la "invención de la tradición" (Hobsbawm y Ranger, 1992). Advirtieron este fenómeno antes que

sabemos, la revolución francesa de 1830 tuvo un eco en Polonia (bajo el dominio ruso).

Y esto, a su vez, tuvo impacto en los intelectuales alemanes, estimulando su preocupación por la unificación nacional. Ranke, por ejemplo, escribió en 1832 una serie de artículos en torno al tema discutido previamente por Berthold Niebuhr: "El desarrollo histórico de un pueblo es función de su genio nacional." Ranke llegó a la conclusión de que "tenemos un gran deber alemán: crear el verdadero Estado alemán que refleje el genio de la nación" (Renouvin, 1954: 75-76).[36] Los historiadores más jóvenes de esa época, "escépticos por las inclinaciones conservadoras de Ranke y que esperaban el liderazgo prusiano para la unificación alemana, regresaron, en busca de inspiración, a Humboldt, Fichte y Hegel". Pero el fracaso de la revolución de 1848 los convenció también a ellos "de la primacía de la acción del Estado y de la corrección ética del poder político". Para 1871 los conservadores, los liberales y hasta los demócratas (radicales) llegaron a compartir la "religión común de la historia" (Iggers, 1983: 11).[37]

El compromiso de los historiadores alemanes con la construcción de una nación alemana se vio igualado por el compromiso de los historiadores británicos con lo que hemos llegado a denominar la interpretación *whig* de la historia. Como Gran Bretaña era entonces la potencia del sistema-mundo, sus historiadores se regodeaban en la creencia de que todo lo que había ocurrido para llevar a Gran Bretaña a esa posición era tanto inevitable como progresista. Manning (1976: 84) explica muy claramente la lógica de esta posición:

---

nada en los "nuevos" estados poscoloniales que se estaban creando en esa época, pero también en Europa en los 30 a 40 años previos a la primera guerra mundial (Hobsbawm: 1983: 263).

[36] Revouvin señala además (1954: 164) que en la década de 1940 los escritos de Savigny, el historiador de los sistemas legales, y de Jacob Grimm, el historiador del lenguaje, "tenían las mismas preocupaciones que se encontraban en los escritos de historia política: descubrir los antecedentes que permitían que alguien demostrase la cercana relación de las poblaciones germánicas".

[37] Iggers (1983: 42-43) ve que se desarrolla el concepto mismo de historicismo. Al concepto de individualidad de Goethe y de Humboldt, aplicado ahora a grupos colectivos, así como del optimismo histórico de Herder ("un significado oculto en el flujo de la historia") se añadió después "el concepto de la primacía del Estado en la nación y en la sociedad". Los tres conceptos juntos "habrían de proporcionar las bases para los supuestos teóricos de gran parte de la historiografía alemana en los siglos XIX y XX".

Todos los acontecimientos que contribuyeron a constituir la sociedad civil que los liberales admiran son necesariamente progresistas, y todos los que indican resistencia a esos cambios son necesariamente reaccionarios. Por definición, una sociedad civil es más civilizada que una feudal. En el vocabulario del liberalismo, parte del significado de la palabra civil es algo abierto y progresista, y parte del significado de la palabra feudal es algo cerrado y reaccionario.[38]

El historicismo alemán y la interpretación *whig* de la historia (que de hecho era una variante del historicismo) coincidían en ubicar el progreso de la nación en el centro de sus análisis y sus inquietudes.[39]

Francia, igual que Gran Bretaña, empezó a convertir a la historia en algo central del Estado nacional que estaba creando. Hauser (1903: 119) considera que el momento de inflexión fue la Revolución de julio:

Precisamente porque no era una realeza "histórica", la monarquía de julio no podía ignorar la historia ni arreglárselas sin ella [...] Bajo la influencia directa de los acontecimientos políticos la historia se abocó a cuestiones de organización de la sociedad. El nuevo Estado tenía el máximo interés en que los Guizot, los Thierry, usando recuerdos de la Francia medieval y las lecciones de las revoluciones inglesas, le creasen una nueva legitimidad basada en la razón.

Pero mientras la monarquía de julio legitimaba la historia a fin de que los historiadores la legitimasen a ella, fueron los traumáticos acontecimientos de 1870-1871 —la derrota de Francia por parte de Alemania, la Comuna de París— los que finalmente establecieron la historia como algo central para integrar el Estado. La recién establecida Tercera República se dirigió a los historiadores en busca de ayuda para revigorizar y reunificar la nación mediante la reforma del pro-

[38] "Para el liberalismo el tiempo era el amigo universal que inevitablemente acarrearía la máxima felicidad a un número aún mayor de personas" (Schapiro, 1949: 13). Skinner (1965: 15) señala cómo iba de acuerdo esta visión del siglo XIX con la economía de la Ilustración escocesa: "La economía de intercambio se veía como el producto final de un desarrollo que se inició con el Estado primitivo [...] Llegaron a la conclusión de que un nivel más alto de libertad personal era apropiado para las condiciones a las que realmente se enfrentaban."

[39] Skinner (1965: 21) dice que la interpretación *whig* de la historia fue "una notable anticipación a Marx", al menos por lo que se refiere a la "paternidad del nuevo orden", si es que no a su "funeral". Pero ésta es meramente una forma más en la cual el marxismo y el liberalismo encontraron una base común en el siglo XIX y, de hecho, en el XX.

grama del sistema de escuela secundaria. Logue (1983: 80) describe el pensamiento de los dirigentes del sistema educativo republicano en estos términos:

Las masas, hasta entonces ignorantes y supersticiosas, eran vistas en esos años iniciales [después de 1875] como enemigos potenciales de la república menos formidables que esos jóvenes de las clases medias y altas que habían recibido su educación de los curas, los hermanos legos y —lo peor de todo— los jesuitas. Lo que más preocupaba a los liberales de finales del siglo XIX era la desunión dentro de la élite, no la desunión entre la élite y las masas [...] Una élite verdaderamente republicana y liberal aportaría a los dirigentes naturales de un pueblo democrático.[40]

Hobsbawm (1983: 270), sin embargo, ve que este énfasis en la historia nacional estaba motivado más por el temor a las tendencias radicales, al sostener que los historiadores inventaron "la imaginería, el simbolismo en las tradiciones de la república" para controlar a las clases trabajadoras. Los "hombres del centro" (está hablando de los socialistas radicales) lo hicieron "disfrazándose de hombres de la extrema izquierda".

Sin duda los liberales del centro estaban buscando limitar tanto a las fuerzas conservadoras, a las que identificaban con la Iglesia, como a las fuerzas radicales que habían mostrado su rostro y su vigor en la

[40] Gabriel Monod fundó la *Revue Historique* en 1875. Monod creía que había una deficiencia en la tradición histórica francesa. "Confiaba en que las precondiciones de tal orientación profesional existían en Francia, pero se quejaba, impaciente, de que el espíritu del profesionalismo padecía de un crecimiento raquítico." Para alcanzar ese fin procuraba que se realizase una reforma de la universidad. "Mientras se creaba esa profesión histórica académica, esperaba que la *Revue Historique* sirviese [...] para promover entre los jóvenes que pretendían seguir esa carrera la adopción de los métodos de la erudición científica" (Keylor, 1975: 52).

Esa ciencia no carecía de implicaciones políticas para Monod. "Monod pensaba que los historiadores alemanes, y específicamente el *Historische Zeitung*, habían contribuido muchísimo a la reunificación alemana. Tenía la esperanza de que la *Revue Historique* contribuyese también a un objetivo político: la revitalización del espíritu nacional francés en la secuela de 1870" (Stieg, 1986: 6).

Jules Ferry, el ministro francés de Educación, tenía en mente, esencialmente, metas similares. En un discurso que se reprodujo en la *Revue International de l'Enseignement* en 1883 hace un llamamiento a los historiadores profesionales a desarrollar ideas científicas que pudiesen oponer "ideas de utopía y de error que [...] cuando no estaban reguladas y esclarecidas por la ciencia podían convertirse en el espíritu del desorden y la anarquía" (citado en Weisz, 1979: 83).

Comuna de París. Pudieron utilizar la nueva historia científica para establecer en la mentalidad pública un pasado capaz de unificar a una nación y de convertir a la identidad nacional con base en un patriotismo que le proporcionaría estabilidad al Estado. Desde luego, no sería el único mecanismo. El servicio en las fuerzas armadas para los jóvenes varones los integraba y socializaba tanto como el sistema de la escuela pública. Era particularmente efectivo para quienes procedían de distritos rurales y de etnicidades minoritarias. La construcción de monumentos nacionales y la invención de ceremonias públicas (como el día de la Bastilla en Francia) eran parte asimismo de la campaña sistemática (Hobsbawm, 1983: 271).[41] Pero también éstas eran producto de la labor de los historiadores. Así, el pasado estaba volviéndose seguro. ¿Pero qué ocurría con el presente?

LA CREACIÓN DE LAS DISCIPLINAS NOMOTÉTICAS

Crear y reforzar una identidad nacional era sólo parte, aunque importante, de la plataforma liberal. Una identidad nacional fuerte servía para legitimar a los estados y para limitar marcadamente la justificación de lealtades alternas y potencialmente opuestas: a la clase, la religión, la etnicidad con la comunidad del lenguaje. Pero los estados liberales, a fin de funcionar tersamente y, en particular, de adelantarse a las presiones antiliberales de las clases peligrosas, necesitaban comprender la realidad vigente del presente. Ésta llegó a ser la función de las tres ciencias sociales nomotéticas: la economía, la sociología y la ciencia política.

Lo primero que hay que advertir respecto a esta trinidad es que es una trinidad. Cuando se escribía sobre el pasado (el papel de la historia) las estructuras universitarias emergentes combinaban los dominios denominados económico, político y social en una única "disciplina". Pero tan pronto como uno se ocupaba del presente, los científicos sociales insistían en que se trataba de tres dominios separados, que debían ser estudiados por separado.

[41] Trouillot (1995: 124) advierte que este nuevo énfasis en la tradición iba más allá de Francia: "La segunda mitad del siglo XIX presenció una atención sin precedentes al manejo sistemático del discurso público en países que combinaban una clase trabajadora sustancial y un derecho al voto muy amplio. [Las celebraciones nacionalistas] les enseñaron a las nuevas masas quiénes eran en parte al decirles quiénes no eran.

¿Y por qué esta división? No hay más que una fuente: la insistencia de los pensadores liberales (pero no de los conservadores ni de los radicales) en que la característica distintiva de la "modernidad" era la diferenciación de la estructura social en tres compartimientos muy diferentes uno del otro. Eran tan diferentes que, en consecuencia, habían tenido que ser aislados uno del otro en la práctica y, por ende, analizados de manera muy distintiva. Estos tres dominios eran el mercado, el Estado y la sociedad civil. A partir de la distinción teórica de estos tres dominios, que presumiblemente se habían diferenciado como resultado de la modernización, las universidades derivaron las tres disciplinas: la economía, para el estudio del mercado; la ciencia política, para el del Estado, y la sociología, para el de la sociedad civil.

El liberalismo centrista siempre se había dedicado a la reforma prudente y apta de las instituciones, y a mediados del siglo XIX este objetivo les planteaba una pregunta fundamental a las nacientes ciencias sociales que estudiaban el presente, según hemos visto. ¿Habrían de constituirse a sí mismas como activistas sociales o meramente como quienes producían los análisis que podían usar los reformistas sociales para poner en práctica sus objetivos? Cuando pensadores como Mirabeau y Condorcet usaron por primera vez el término "ciencia social" lo habían hecho sinónimo de "arte social", que "tenía connotaciones prácticas y reformistas como guía racional para la política pública y la reconstrucción social" (Goldman, 1987: 141). El resultado inicial había sido la creación de las asociaciones de ciencia social, como ya hemos comentado. Para finales del siglo XIX la escena se trasladó a las universidades y a la creación de departamentos disciplinarios que producirían la necesidad de profesionales especializados.

1. *La economía*

La primera de estas disciplinas nomotéticas en ser institucionalizada fue la economía. El nombre "economía" fue una invención tardía. Hasta finales del siglo XIX el término usual en Gran Bretaña y en Estados Unidos había sido "economía política". En Francia había una especie de confrontación entre los términos "economía social" y "economía política". En las Alemanias había una escisión similar; el término "economía nacional" (*Nationalökonomie*) competía con *Volkswirts-*

chaft, con toda la ambigüedad de unir la palabra *Volk* (literalmente "pueblo", pero con un fuerte matiz étnico) con *Wirtschaft* (que suele traducirse como "economía", con o sin el prefijo *Volks-*). ¿Por qué todos estos términos llegaron a ser rechazados, con el tiempo, en favor del más breve "economía"?

El término "economía política" sugiere que existe cierta relación entre la esfera política y la económica de la vida. ¿Pero qué clase de relación? Una de las primeras expresiones fue la llamada escuela histórica escocesa del siglo XVIII, que incluyó figuras tan diversas como Adam Smith, Adam Ferguson, William Robertson y John Millar. Diversas, quizá, pero compartían algunas premisas claras, tanto en lo referente a la historia como en lo tocante a la economía política. Su imaginería macrohistórica era la de un mundo en el cual la humanidad había pasado por una sucesión progresiva de etapas diferentes. La lista de etapas más frecuente en la época eran cacería, pastoralismo, agricultura y comercio. La base de la lista era una especie de "determinismo tecnoeconómico".[42]

Si estos hombres hablaban de economía política era porque analizaban estas formas sucesivas de estructuración económica, y particularmente la del comercio, tal como se producían dentro de una entidad política, es decir un Estado. Por lo tanto, todos ponían énfasis en el "modo de subsistencia", frase inventada por Robertson (Meek, 1967: 37). Y todos creían que si uno conocía el estado de la propiedad, podía saber algo acerca del sistema político, porque existía una "conexión causal entre las relaciones de propiedad y la forma de gobierno".[43] Para un posterior creyente a ultranza en la primacía del mercado como Friedrich von Hayek, los economistas políticos del siglo XVIII serían vistos como personas que no podían decidir si eran científicos o filósofos morales y sociales (Hayek, 1952: 13). Y ni ellos ni las generaciones sucesivas tenía una formación especial en el tipo de habilidades que asociaríamos hoy con la economía.[44]

[42] Meek (1976: 242) dice que "deberíamos ver [esta teoría de las etapas] como la primera gran cristalización teórica de un conjunto de nociones y actitudes más amplio: la ley de las consecuencias no deseadas, la idea de una *ciencia* social, el método comparativo, la noción de determinismo tecnoeconómico y el principio de evolución cultural".

[43] "Sostenían que la sociedad se desarrollaba ciegamente" (Meek, 1967: 38). No eran los "grandes hombres" los que le daban forma al Estado, sino las realidades económicas subyacentes.

[44] Fetter (1943: 60) señala que en fecha tan tardía como 1870 todos los que se denominaban economistas políticos en Estados Unidos se habían formado en alguna otra

Hayek, desde luego, tenía razón. De hecho Adam Smith ocupaba la cátedra de filosofía moral de la Universidad de Glasgow. Y su interés tanto por la filosofía moral como por la historia explica la gran diferencia entre la economía política de los que hoy llamamos los economistas clásicos (de Smith a Marx) y los llamados economistas neoclásicos, que llegaron a definir el campo a finales del siglo XIX.

Los economistas clásicos tenían la esperanza de desenmarañar el ovillo de la historia, de encontrar las grandes fuerzas centrales que mueven (¿determinan?) el curso de naciones y de imperios [...] Estaban comprometidos con delinear la "dinámica magnífica". En contraste, la tarea postulada por [los neoclásicos] Walras y Marshall parece pequeña y mezquina, pero fueron sus esfuerzos por analizar los mecanismos de los mercados los que produjeron la economía capaz de resolver problemas que poseemos ahora (Gordon, 1973: 255).

La ambigua relación del mercado y la política tuvo su paralelo en Francia. Antes de la Revolución francesa los que ocupaban el centro de la escena eran los fisiócratas. El término "fisiocracia" significa el "gobierno de la naturaleza". Y la naturaleza que gobernaba para ellos era la tierra, única fuente de trabajo productivo y, por consiguiente, de utilidad neta. Su énfasis en distinguir quién o qué era productivo de quién o qué era estéril se convirtió en un elemento constitutivo de la economía política, incluso si había diferencias de opiniones respecto a cuáles grupos eran de hecho los productivos. Los fisiócratas, igual que los economistas políticos escoceses, eran materialistas, no racionalistas. Sus opiniones deterministas económicas fueron enérgicamente apoyadas por las palabras y las obras de los dirigentes de la Revolución francesa.[45]

Pero eran más que simples deterministas económicos. Después de termidor su legado fue continuado por un grupo llamado los *idéologues*, para los cuales, sin embargo,

cosa... "teología, filosofía moral, literatura, lenguas, derecho, política práctica, periodismo, negocios o alguna rama de las ciencias naturales. En materia de economía política eran todos aficionados autodidactas que, por decirlo así, entraron por casualidad a este campo".

[45] "El racionalismo recibió un golpe mortal. La Revolución [francesa] y su secuela demostraron que las relaciones morales y legales no dependían sólo de la razón, que los intereses económicos eran un factor más importante en la determinación de la posición política de cada grupo de la población" (Grossman, 1943: 387).

la economía política no era un economismo. Era un medio entre otros para alcanzar la felicidad de una sociedad fundada en los derechos del hombre. La riqueza que aparecería como resultado de la comprensión de las leyes de la economía volvería a los hombres "más virtuosos", más capaces de gobernar libremente. La economía política ocupó su lugar junto a otras ciencias morales y políticas. El Instituto [francés, que incluía una Academia de Ciencias Morales y Políticas], creado en 1795 [por instigación de] los *idéologues*, tenía la función de promover [ese buen gobierno] (Le Van-Messle, 1980: 272-273).

Sin embargo, estas opiniones llegaron a ser consideradas peligrosas, hasta subversivas, primero por Napoleón y después aún más por Luis XVIII y los dirigentes de la Restauración. La economía política, de esta forma, cayó en desgracia. No obstante, pronto recuperó su aceptación en Francia, cosa que logró al revisar su autopresentación. Se despojó de su imagen subversiva y destacó más bien el grado en el que era una doctrina "centrista". Como tal, por supuesto, fue atacada tanto por la izquierda como por la derecha. De cualquier manera procuraría establecer su utilidad política demostrando el vínculo entre lo que definía como los principios centristas de la Revolución francesa y el liberalismo económico. En 1845 el economista político Eugène Daire escribió:

La gloria de la Revolución francesa fue la de haber inscrito en la ley, sobre bases normales, la constitución de libertad, propiedad y familia [...] Hoy, la labor de los hombres que acepten estos principios consiste simplemente en hacerlos efectivos por entero en la realidad, y en combatir enérgicamente toda doctrina retrógrada o llamada progresista que tienda a deshacer la labor de nuestros padres y a privar a las generaciones futuras de las recompensas de la sangre derramada en su nombre (citado en Lutfalla, 1972: 495).

Debido a que la economía política se volvió tan centrista, algunos pensadores católicos de izquierda pensaron en oponer la "economía social" a la "economía política". En 1835 el catálogo de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica criticaba la economía política por ocuparse sólo de cómo se acumulaba la riqueza y por no discutir el hecho de que la misma está mal distribuida.

De esta manera la fortuna de algunos estaba basada en la miseria de otros. Y la sociedad, despertada de sus sueños por los clamores de los pobres, descubrió

por fin que había perdido en seguridad lo que había ganado en opulencia (De Caux, 1835: 35).

De ello se seguía que era necesario un curso de economía *social*.

La voz de estos católicos de izquierda no fue escuchada por la élite política, y los clamores de los pobres (De Caux se refería sin duda al levantamiento de los *canuts* en Lyon) no habrían de encontrar una expresión política significativa hasta la revolución de 1848. Una de las decisiones notables del gobierno provisional en 1848 fue la de abolir las cátedras de economía política en la universidad, precisamente porque esta materia se veía vinculada con el conservadurismo social, pese a las vanas protestas de la Sociedad de Economía Política. A su vez, la Academia de Ciencias Morales respondió al llamado del gobierno afirmando que "no bastaba con restaurar el orden material por la fuerza si no se restauraba el orden moral" (Le Van-Mesle, 1980: 286).

El radicalismo de la revolución no duró mucho, como sabemos, pero la economía política no se restableció como disciplina. Tal vez tras la revolución se la consideraba demasiado centrista e insuficientemente conservadora. Sin embargo, para 1864 Victor Duruy convenció al emperador de fundar una cátedra de economía política en la Facultad de Derecho. Sostuvo que Gran Bretaña había evitado una sangrienta revolución en 1848 precisamente porque "los principios de economía política estaban difundidos en todos los estratos" (Weisz, 1979: 87). Francia estaba volviendo el liberalismo centrista.

En las Alemanias el cameralismo del siglo XVIII, que destacaba la economía de la administración pública, le cedió el paso a la "economía nacional" de principios del siglo XIX. El *Staatskunst* (el arte del Estado) fue sustituido en Prusia por el *Staatswisenschaft* (la ciencia del Estado), de "gobernar en relación con los procesos económicos" (Tribe, 1988: 8). Y, una vez más, la simple defensa de los principios del mercado fue sustituida por lo que en Alemania se llamó "economía histórica", la última defensa de una economía política que era tan política como económica. En efecto, Alemania seguía aferrándose a una variedad de economía política en una época en la cual Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia estaban dispuestos, finalmente, a enterrarla en favor de la economía (neoclásica).

La gran transformación se da con el cambio de nombre. La "economía política" se convirtió en "economía". El muy influyente W. S.

Jevons lo sugirió en 1879.[46] Pero fue Alfred Marshall quien institucionalizó este cambio cuando se convirtió en profesor de economía política en Cambridge, en 1884. Ya en 1881 había escrito un texto titulado *The principles of economics* [*Principios de economía*]. Y en 1885 sostuvo que la Sociedad Estadística debería cambiar su nombre por el de Sociedad para la Ciencia Económica y la Estadística. Sería luego uno de los fundadores de la Asociación Británica de Economía (posteriormente la Real Sociedad de Economía), en 1890, que él y sus seguidores controlaban firmemente (Kadish, 1982: 143-144, 152; Coats y Coats, 1970). Para 1903 Marshall pudo establecer la carrera de economía como curso de licenciatura en la Universidad de Cambridge.

¿Pero qué fue lo que institucionalizó Marshall? Una manera de describirlo es una transformación del enfoque de la investigación económica:

> El cambio de nombre marcó una ruptura con una economía "clásica", preocupada con el capital y el trabajo en la producción de valor y la distribución de riqueza nacional, y relanzó la economía como una ciencia del intercambio y la formación de precios. En lugar de una teoría de producción y distribución centrada en la renta, la utilidad y los salarios, con sus correspondientes agentes de producción —terratenientes, capitalistas y trabajadores— la nueva ciencia de la economía se convirtió en una teoría en la cual la asignación de recursos escasos se llevaba a cabo por los cálculos de un agente económico abstracto. Una nueva teoría del valor se dedicó a las interacciones de estos agentes interesados en sí mismos, cuyo impulso por satisfacer sus propios deseos los llevaba, a su vez, a satisfacer las necesidades de otros y, por ende, a crear precios de mercado (Tribe, 2005: 116-117).

[46] En el prefacio a la segunda edición de *The theory of political economy* [*Teoría de la economía política*], revisada y aumentada en 1879, Jevons escribe (p. xiv): "Entre otras alteraciones menores, puedo mencionar la sustitución del nombre 'economía política' por el conveniente término único 'economía'. No puedo dejar de pensar que hubiese estado bien descartar lo más rápidamente posible el problemático término de dos palabras de nuestra ciencia. Varios autores han tratado de introducir nombres totalmente nuevos, como plutología, crematística, cataláctica, etc. Pero ¿por qué vamos a necesitar algo mejor que economía?"

La cuestión del nombre había sido un problema durante mucho tiempo. En la primera mitad del siglo XIX Robert Whately defendió "economía política" de "aquellos que opinaban que ponía en duda los arreglos sociales de la época". Les aseguraba que "la segunda mitad del título de 'economía política' era en realidad un nombre erróneo". Él mismo sugirió el nombre de cataláctica, pero no pegó (Checkland, 1951: 56). Checkland reconoce que Whately fue "uno de los padres fundadores del concepto de una ciencia neutral de economía política".

Otra manera de describirlo podría ser decir que la economía neoclásica le ponía fin definitivamente a la conexión de la economía y la historia. Es notoria la marginación del historiador económico William Cunningham en el programa de Marshall en Cambridge, y sus acciones parecen haber llevado a éste a dejar la universidad en 1891. Sin duda había conflictos de personalidad entre ambos. Sin embargo, Geoffrey Hodgson discrepa de la idea de que Marshall fuese hostil a la historia económica como tal. Hodgson señala el elogio comprensivo y el apoyo que brindaba Marshall a la escuela histórica alemana. Menciona también el hecho de que no se alineó con Carl Menger en su *Methodenstreit*, a pesar de que Menger, igual que Marshall, fue un pionero de la teoría de la utilidad marginal.[47]

Tal vez la manera correcta de interpretar la transformación organizacional de la economía que efectuó Marshall consiste en verla como una forma de consolidar la capacidad de los economistas para influir más eficazmente sobre la toma de medidas políticas al volver-

[47] Marshall parecía mostrar más simpatía por la posición de la escuela histórica alemana. Había estudiado en Dresde y en Berlín, y allí estaba en contacto con Wilhelm Roscher. "Más específicamente, a diferencia de Menger, *Marshall no rechazó el problema de la especificidad histórica*: en contraste con Menger, la veía como una cuestión legítima e importante para los economistas" (Hodgson, 2005: 334).

La lectura del gran debate entre Cunningham y Marshall le da credibilidad al análisis de Hodgson. Cunningham había lanzado un ataque contra Marshall (y también Thorold Rogers) en el *Economic Journal* en 1892. Lo tituló "La perversión de la historia económica". Su argumento básico (pp. 494-495) es el siguiente: "Desde el punto de vista de la teoría económica parece excusable descuidar el estudio paciente del hecho real; desde mi punto de vista es desastroso, porque impide que el economista encuentre los límites estrechos dentro de los cuales sus generalizaciones son por lo menos aproximadamente ciertas."

Marshall le contestó en el mismo número, diciendo (1892: 507): "El doctor Cunningham se equivoca al suponer que mi libro procede de 'el supuesto subyacente [...] de que los mismos motivos han estado en acción en todas las épocas y han producido resultados similares [...] y que las mismas leyes siguen siendo apropiadas'. Por el contrario, el capítulo sobre 'El crecimiento de la ciencia económica' insiste en que los economistas modernos están aprendiendo de la biología 'que si el objeto de una ciencia pasa a través de diferentes etapas del desarrollo las leyes de una de las mismas raras veces se aplicarán sin modificación a otras'." Por lo menos Marshall muestra matices acerca de la universalidad de las leyes económicas. Acusado por Cunningham de aceptar las leyes de la renta de Ricardo como explicación de las realidades de la Inglaterra medieval, Marshall responde (p. 510): "Pero de hecho la costumbre es más o menos maleable; y la teoría de la renta con frecuencia proporciona el límite máximo de las exacciones que es capaz de arrancarle al cultivador real un propietario superior, que está en una posición de fuerza y no es controlado de hecho por el propietario supremo, el gobernante del territorio."

se profesionales y abstenerse del partidismo directo; en pocas palabras, de ser liberales centristas.[48] Para garantizar eso Marshall tenía que controlar el programa de formación universitaria creando una ortodoxia económica, que fue la verdadera fuente de su disputa con Cunningham.[49] Church explica que el proceso mismo de profesionalización alejó a los economistas de las inclinaciones historicistas.[50] Pero, al mismo tiempo, esta profesionalización permitió que esos

[48] Así es como ve Maloney en su análisis (1985: 2) los tres principales objetivos de Marshall: "Primero, quería que los economistas se formasen en un *corpus* de teoría que —sin excesivo pesar— reconocía que resultaría inaccesible para los legos. Segundo, a través del desarrollo de la economía del bienestar procuraba darle al economista una voz especial en el arte de hacer política. En tercer lugar, quería darle más solidez a la autoridad científica de su tema manteniéndolo libre de partidismos políticos."

[49] Maloney explica (1985: 4) lo que ocurrió en economía entre 1880 y 1914: "La ortodoxia económica, acusada por todos lados en los decenios de 1870 y 1880 de ser teóricamente inadecuada así como socialmente irrelevante, resolvió esta posición, no mediante una exitosa respuesta a esas críticas, sino haciéndose de una posición dominante en la cual podría, en gran medida, ignorar a sus críticos."

[50] "Los economistas podían profesionalizarse más fácilmente en torno a la teoría neoclásica que en torno a las doctrinas de la escuela histórica, inductiva. El punto de vista de la escuela histórica en el sentido de que las generalizaciones económicas eran relativas y que cada problema económico tenía que abordarse *de novo*, socavó las afirmaciones de los economistas académicos de que su formación superior concedía a sus opiniones más autoridad que a las de quienes carecían de esa preparación [...] Sin el concepto de que los economistas formados habían llegado a dominar principios de aplicación amplia y técnicas especializadas desconocidas para el público general, el economista podía tener pocas pretensiones de autoridad" (Church, 1974, 2: 593).

Maloney comparte esta opinión (1985: 215-216): "Los economistas [...] raras veces luchan eficazmente contra la visión del mundo inherente al paradigma que escogen. Los paradigmas económicos —el clásico, el marxista, el neoclásico, el keynesiano— difieren sobre todo por lo que se refiere a sus puntos de partida filosóficos [...] Un economista está constreñido tanto por su punto de partida filosófico como por los patrones de énfasis fáctico a los que lo conduce. Sus intentos por redondear el panorama tienen menos probabilidades de arraigarse firmemente en la mente de sus lectores que la imagen de la esencia metodológica. Y tales intentos se verán debilitados por el proceso de profesionalización [...] La profesionalización [...] favorece precisamente ese tipo de paradigma que conduce a una visión del mundo especialmente selectiva."

Lejos del historicismo, entonces, pero no lejos de la política pública. Si se abre la página web de 2008 de la Facultad de Economía de la Universidad de Cambridge, sumamente establecida, se encuentra que la siguiente afirmación concluye la "Breve historia de la facultad": "Otra tradición mantenida por los actuales miembros de la facultad es el involucramiento en política pública activa, entre otros cuerpos, en el Comité de Política Monetaria, la Comisión de Competencia, la Comisión de Salarios Bajos y el Consejo de Criterios Contables. Mientras la Facultad de Economía se acerca a su centésimo cumpleaños, sigue estando comprometida con mantener la utilidad de la economía" <www.econ.cam.ac.uk/contacts/history.html>.

mismos economistas rescataran la economía para la reforma social.[51]

El énfasis en la capacidad de influir sobre la política afectó de igual manera la práctica de los economistas franceses, aunque en su país la economía solía ubicarse dentro de la Facultad de Derecho, más que en las facultades de artes y ciencias, como en la mayoría de los países.[52] La situación en Alemania no era diferente; allí la formación en economía tenía su enfoque historicista vinculado con el papel largamente dominante del Verein für Sozialpolitik.[53]

Teniendo esto presente, parece que no habría que pensar en la famosa lucha de los primeros días de la Asociación Estadunidense de Economía como un enfrentamiento entre la promoción y la experien-

[51] Tribe (2005: 130) explica esta intención: "Jevons, Marshall, Pigou y Keynes pensaban claramente que la economía política de principios del siglo XIX era verdaderamente 'una ciencia lamentable', y procuraron crear una nueva ciencia capaz de transformar el mundo. Por lo tanto, en esta lectura, en la transición de la economía política a la economía no se trata de que una ciencia 'dura', abstracta, formal, desplace a un conjunto de conocimientos más amplio y más ético. La ciencia abstracta y formal creada por Ricardo, McCulloch y sus asociados, desde el punto de vista de finales del siglo XIX y principios del XX, fue aceptada ampliamente como una lamentable desviación. Esto no sirvió de base para la construcción de una ciencia positiva de la reforma social, y comprender esto fue lo que impulsó a maestros y alumnos por igual hacia la nueva ciencia de la economía. Fue la nueva estructura educativa de finales del siglo XIX la que hizo posible elaborar una nueva alternativa."

[52] Esta presión política transformó a las mismas facultades de derecho, como explica Karady (1976: 281): "En efecto, estos nuevos cursos de instrucción, ya fuesen económicos —economía política propiamente dicha, la historia de las doctrinas económicas, finanzas, estadísticas— o jurídicos —derecho internacional, derecho público, historia legal, derecho constitucional, etc.— tenían en común que satisfacían las necesidades, no tanto de los abogados practicantes, como de los administradores y los funcionarios civiles de mayor rango, es decir, del personal gubernamental. Su introducción representa en cierto sentido una adaptación del programa universitario a la demanda de ciertos tipos de aptitudes, más específicamente de aquellas vinculadas con los nuevos papeles atribuidos por los reformistas a la formación legal, que a partir de entonces se pretendía que proporcionase personal político y administrativo competente, contribuyendo al mismo tiempo a legitimar, a través de esta misma aptitud, el poder de que disponía. En este sentido, las transformaciones de las facultades de derecho no pueden explicarse sin tomar en cuenta la ideología de la [Tercera] República, que era tanto democrática como meritocrática y que procuraba reforzar la profesionalización del servicio público."

[53] "[El Verein] no tenía sólo el propósito de estimular las discusiones académicas y técnicas de los problemas económicos y sociales contemporáneos, sino también de ejercer una influencia guía sobre el gobierno y la opinión pública" (Ringer, 1969: 146). Y ya que en Alemania, hasta justo antes de la primera guerra mundial, como lo subraya Oberschall (1965: 139), "científico social significaba en realidad economista político", esta orientación a influir en la política pública sigue ocupando un lugar central.

cia —que es la línea de análisis habitual—, sino más bien como un debate acerca de cuál era la manera más eficaz de lograr las reformas adecuadas de la política pública.

En Estados Unidos la figura clave a finales del siglo XIX fue Richard T. Ely. Ely se había formado en Alemania, en la Universidad de Heidelberg, como discípulo de Karl Knies. Estaba muy impresionado con la escuela histórica alemana y, cuando regresó, se convirtió en profesor de economía en la Universidad Johns Hopkins, en 1881. Ya en 1882 estaba instando a que se aceptase la legislación social alemana de Bismarck (Dorfman, 1955b: 24-25). Formuló un plan para crear una asociación de economistas que, como escribió en una carta de 1884, "repudiasen el *laissez-faire* como doctrina científica" (citado en Coats, 1960: 556).

En 1885 fue uno de los fundadores de la Asociación Estadunidense de Economía (AEA, American Economics Association), de la cual se convirtió en primer secretario. En la declaración de principios fundacional de la asociación el primer punto decía: "Vemos al Estado como una agencia cuya asistencia positiva es una de las condiciones indispensables del progreso humano." Sus otros tres puntos destacaban "el estudio histórico y estadístico de las condiciones reales"; la necesidad de resolver los problemas sociales resultantes del conflicto entre el trabajo y el capital, y la insistencia en que, aunque la AEA no era partidista, sentía que un "desarrollo progresista de las condiciones económicas [...] debe tener como consecuencia un desarrollo de la política legislativa" (Dorfman, 1955: 27).

El mismo Ely afirmó, 25 años después (1910: 60), que esta declaración "era un compromiso en nombre de la universalidad [...] cada modificación representa[ba] lo que se ha denominado un proceso de atenuación". El compromiso no funcionó. En 1892 Ely dejó de ser el secretario y, aunque después fue electo presidente de la AEA por el término de un año, su opinión de que la asociación debía dedicarse a la promoción relativamente pública fue rechazada en favor de una orientación más "profesional".[54] No obstante, esto no significaba que

[54] "La visión de Ely de la Asociación Estadunidense de Economía como una organización de economistas empíricos dedicados a descubrir soluciones para problemas sociales inmediatos y a generar un apoyo público difundido para esas soluciones no se materializó. Miembros tanto de la escuela clásica como de la histórica llegaron a rechazar la noción de que el economista podía servir lo mismo como investigador que como educador popular [...] La mayoría de los economistas llegaron a creer que ven-

se renunciase a tratar de influir la política pública, precisamente porque las "clases altas y medias" lo consideraban un papel positivo.[55] Simplemente quería decir que las implicaciones políticas —primordialmente las del liberalismo centrista— de una economía profesional neutral se volvían *sub rosa* y no debían ser proclamadas públicamente.

2. *La sociología*

La sociología experimentó el mismo proceso de profesionalización que la economía. Sin embargo, como disciplina era un poco menos tímida en relación con su compromiso con la reforma social. Como es bien sabido, el término "sociología" fue inventado por Auguste Comte, quien consideraba que el estudio de las relaciones sociales era la actividad positivista culminante, era la "reina de las ciencias". Pero ¿dónde podemos ubicar el trabajo de Comte en el espectro político? Para Koyré (1946: 56) las ideas de Comte eran las del ultraconservador Bonald, "engalanadas o mejor dicho disfrazadas con ropaje moderno". Nisbet (1952: 173) ofrece una valoración similar:

> Comte mismo no era científico, pero debido a su adoración romántica de la ciencia las estructuras sociales de familia, comunidad, lenguaje, religión, fueron retiradas del contexto francamente teológico y reaccionario en el cual se ubicaban en el pensamiento de Bonald, y se las dotó del contexto y la terminología, si acaso no de la sustancia, de la ciencia [...] El trabajo de Comte fue el medio de traducir los principios conservadores a una perspectiva más aceptable para posteriores generaciones de científicos sociales.

---

tilar públicamente sus desacuerdos obstaculizaría sus esfuerzos por afectar la política pública. ¿Cómo podían esperar los economistas que la gente de fuera les hiciese caso si no podían ponerse de acuerdo entre ellos mismos respecto a las conclusiones de la ciencia económica?" (Church, 1974, 2: 588).

[55] "La aplicación de la ciencia al gobierno resultaba especialmente atractiva para las clases altas y medias de la sociedad estadunidense porque prometía reducir el conflicto y restaurar el orden. Sin ser conscientes o estar dispuestos a admitir que el conflicto social podía reflejar desacuerdos fundamentales de valor o desigualdades estructurales de la sociedad, las clases sociales más acomodadas atribuían los conflictos que asediaban a su sociedad a la ignorancia o al emocionalismo que enceguecía a las partes involucradas y no les permitía ver sus verdaderos intereses que, una vez identificados, resultarían ser sin duda mutuamente armoniosos. El científico social experto, desde luego, ayudaría a descubrir esa verdad que armonizaría los intereses en competencia y los pondría de acuerdo con los de la sociedad en general" (Church, 1974, 2: 598).

Sin embargo, sabemos también que Comte inició su carrera como secretario de Saint-Simon, quien puede ser difícil de caracterizar políticamente pero que era sin duda declaradamente hostil a la visión bonaldiana de la sociedad. Hayek (1941: 9, 11, 18) considera que Comte evolucionó desde una posición más de izquierda para llegar más plenamente al centro político. Para Hayek, las dos grandes fuerzas intelectuales del siglo XIX fueron el socialismo y el positivismo (que prefería llamar cientismo):

> Ambos [...] emanan directamente de este conjunto de científicos e ingenieros profesionales que crecieron en París y, más especialmente [...] de la *École Polytechnique* [...]
>
> A lo largo de todo el desarrollo del positivismo francés este elemento racionalista, probablemente debido a la influencia de Descartes, siguió desempeñando un papel importante [...]
>
> Ese espíritu sintético que no encontraría sentido en nada que no hubiese sido construido deliberadamente [...] era un fuerte elemento nuevo que se añadió al ardor revolucionario de los jóvenes politécnicos, y que con el curso del tiempo incluso empezó a remplazarlo.

La otra figura importante de la sociología francesa a mediados de ese siglo fue Frédéric Le Play. Se había formado como metalúrgico, graduándose en la célebre École des Mines. Lo que obtuvo de su educación fue una aversión por la teorización abstracta y la creencia de que la ciencia social no era análoga a la física sino más bien a la ciencia "clasificatoria y eminentemente práctica de la metalurgia" (Goldfrank, 1972: 134). Se dedicó, así, a una sociología empírica, observacional, todo lo opuesto de Comte. Al mismo tiempo, una vez más en oposición a éste, era un católico devoto, pero lo que podríamos llamar un católico pastoral. De ello derivó una aversión al racionalismo y al individualismo saint-simoniano.

La revolución de 1848 fue una experiencia formativa para Le Play. En una atmósfera política dividida entre el partido del orden y las clases trabajadoras, procuró promover "una política social reformista" (Kalaora y Savoye, 1989: 100). En 1855 fundó la Société d'Économie Sociale, interesada específicamente en las implicaciones sociales del desarrollo económico para las clases trabajadoras. Estableció vínculos con la SSA británica y se planteó el objetivo de armonía social con matiz conservador:

Le Play, que era un científico social cuidadoso pero no libre de valores, insistía en que la "paz social" sólo podría alcanzarse mediante una comprensión de la "realidad social". Esa realidad [...] consistía en una jerarquía de clases desiguales reproducidas en la división industrial del trabajo. Por lo tanto se deshizo del mercado como modelo de las relaciones sociales e introdujo la *seigneurie*, con la *grande bourgeoisie* que actuaba como la "autoridad social" ascendente (Elwitt, 1988: 12).

El reformismo de Le Play no era el del cambio económico y social sino el de "reformas morales, reafirmando las cinco bases de la organización social: religión, familia, propiedad, trabajo y patronazgo" (Chapelle-Dulière, 1981: 745). Pero a pesar de su conservadurismo paternalista, Goldfrank (1972: 148) lo considera "una curiosa figura contemporánea: el tecnócrata con movilidad ascendente, conservador (liberal) que esperaba resolver 'científicamente' problemas perpetuados por los mismos grupos gobernantes a los que desea servir". Vale la pena señalar que en Gran Bretaña, a finales del siglo XIX, Le Play era visto como alguien vinculado con el nuevo liberalismo del naciente Estado de bienestar. Se lo veía como representante de una "tercera alternativa a la anomia del capitalismo desordenado y las tiranías del socialismo" (Abrams, 1968: 60); en pocas palabras, como un liberal de centro.

La otra gran figura de la sociología preuniversitaria fue Herbert Spencer, con mucho el sociólogo más ampliamente leído y estimado del mundo de habla inglesa en la segunda mitad del siglo XIX. Su sociología era de una variedad totalmente determinista. Adoptó una versión extrema de la "supervivencia del más apto" de Darwin. Esta versión dura, implacable, de la evolución afirmaba que lo que es, es benéfico. Se deducía, como sostiene Abrams (1968: 73) que "el mayor propósito de la sociología era convencer a los hombres de la inutilidad de los esfuerzos por acelerar la mejoría de su condición a través de medidas legislativas".[56] El darwinismo social, huelga decirlo, era incompatible con la imagen del liberalismo de centro. Así que, pese a su fama en Gran Bretaña y en Estados Unidos,[57] la meteórica presencia

[56] Abrams continúa (p. 78): Spencer "había convertido la Mano Invisible en un Puño Invisible. Y ahora invitaba a sus contemporáneos a observar silenciosamente cómo llevaba a cabo su maligna labor".

[57] Hofstadter (1992: 43) nos habla de la memorable visita de Spencer a Estados Unidos en 1882, cuando estaba en la cúspide de su popularidad. En la única entrevista

de Spencer llegó y se fue, dejando muy poco tras de sí en la naciente disciplina de la sociología.

Los tres lugares de nacimiento de la sociología académica profesional fueron Francia, Alemania y Estados Unidos. Ya hemos discutido las ambigüedades de la versión de la sociología libre de valores profesada por la figura más importante de la nueva sociología académica alemana, Max Weber. En realidad estas ambigüedades eran análogas a las que formaban parte de la institucionalización de la sociología en Francia y en Estados Unidos.

En Francia la figura clave, tanto intelectual como organizativamente, fue Émile Durkheim, quien, igual que Marshall, era un organizador. Su formación profesional había sido en filosofía, que le resultaba demasiado arcana y demasiado alejada de las cuestiones morales y políticas de su tiempo. En 1887 recibió el nombramiento de profesor de filosofía en Burdeos. Pero a instancias de Louis Liard, el director de educación superior del gobierno, se le permitió impartir un curso de ciencia social. En 1896 era ya profesor titular de ciencia social, el primer nombramiento de ese tipo en el sistema universitario francés. En 1898 fundó una revista especializada que incluía ya la palabra sociología, *L'Année Sociologique*. Ésta se convirtió en un centro de encuentro institucional de gran importancia para todos aquellos, tanto en Francia como en otros países, que se orientaban hacia la ciencia social empírica. En 1902 fue invitado a la Sorbona de París y en 1908 se convirtió en profesor de "sociología de la educación", título que, por decreto ministerial, en 1913 pasó a ser de "la ciencia de la educación y la sociología".[58]

Durante esa época también era muy activo políticamente, de mane-

que le concedió a la prensa, "Spencer expresó (fue una nota ligeramente disonante) su temor de que el carácter estadunidense no estuviese lo bastante desarrollado como para usar sus instituciones republicanas". Pero manifestó la esperanza, a partir de "verdades biológicas" de que "la mezcla esencial de las variedades aliadas de raza aria que formaban la población produciría 'un mejor tipo de hombre del que ha existido hasta ahora'".

[58] De esta forma, Durkheim suele ser considerado el fundador de la sociología, tal como la conocemos hoy, en Francia. Lacroix (1981: 30-31) considera que se trata de "una reconstrucción del pasado sobre la base de las disciplinas actuales" y por consiguiente "un doble anacronismo, epistemológico y biográfico". Dice que a lo largo del siglo XIX todos estaban usando muchos nombres diferentes y no siempre en forma consistente. "Y esos nombres reflejan la falta de certeza de las fronteras, la confusión de los objetos, la disputa acerca de los métodos en un campo de conocimiento en plena reorganización. La única constante en esta tempestad de ideas era la fe en la ciencia."

ra particular durante el asunto Dreyfus. En Burdeos era el secretario general de la Ligue pour la Defense des Droits de l'Homme, la principal organización pro Dreyfus, y era un "orador favorito en los mítines del área de Burdeos" (Clark, 1972: 161). Lo que cabe preguntarse aquí, igual que al comentar a Weber, es cuán próximo era el vínculo entre las actividades profesionales de Durkheim y sus actividades políticas. Y también en este caso la respuesta es ambigua.

Clark nos brinda una respuesta (1972: 170):

> [Durkheim] tenía una notable capacidad de formular problemas estratégicos tanto para la teoría sociológica como para inquietudes morales y políticas imperativas. Su prestigio, lo mismo para sus colaboradores que para el público en general, se vería fortalecido por la intemporalidad de sus obras teóricas para la definición de una moralidad secular, el desarrollo de una teoría de la solidaridad y la identificación de las causas de la desviación social. Sus discípulos también compartían una formación y un tipo de carrera comunes. Asimismo, los unía una serie de importantes experiencias políticas.

Pero la respuesta de Clark es ambigua en sí misma, porque elude el problema de la intención. Si bien Durkheim procuró convertir a la sociología en una ciencia genuinamente positiva,[59] también es cierto, como sostiene Richter (1960: 172) que para Durkheim

> la sociología debía crear una base sólida para la república. Indicaría qué reformas se requerían; proporcionaría principios de orden en política, así como una doctrina moral sobre la cual el país pudiese unirse, porque creía que por debajo de la agitada superficie de las diferencias políticas e ideológicas se encontraba un verdadero consenso de valores. Esta creencia motivó su esfuerzo por descubrir cuáles son los vínculos que mantienen unidos a los miembros de una sociedad y producen por lo menos ese mínimo de orden y armonía requerido para su conservación.

[59] Esto le fue seriamente reprochado por Wolf Lepenies (1989: 49): "Nada caracterizaba más el exceso científico de la nueva Sorbona que su obsesión con las cuestiones de método; era la palabra favorita del reformador [...] El ejemplo más curioso de esto [...] lo proporcionó Émile Durkheim con sus *Règles de la méthode sociologique*, que estaba llena de metafísica; a los filósofos se les presentaba una sociología basada en el axioma, tan asombroso cuanto escandaloso, de que 'los hechos de la sociedad' eran algo muy diferente y totalmente independiente de los individuos que la integraban."

Se discute mucho si Durkheim se veía a sí mismo como firme defensor de la Tercera República, y si lo era. Aquí la cuestión es dónde ubicarlo en un espectro político. Los miembros conservadores de la academia lo tildaban con frecuencia de socialista. Y hay evidencias para indicar que, en el nivel personal, era compañero de viaje de los socialistas franceses, aunque nunca fuese miembro del partido.[60] Por otro lado, Lewis Coser (1960: 212) postula y defiende su "perdurable conservadurismo".[61]

Pero la mayor parte de los analistas lo ubican entre ambos, verda-

[60] Véase la mesurada evaluación de Clark (1972: 171-172): "Las propias relaciones de Durkheim con el socialismo eran sumamente complejas y han sido objeto de una considerable controversia entre especialistas. El tema original de su tesis había sido la relación del individualismo con el socialismo, y aunque pasó al individuo y a la sociedad, el socialismo nunca estuvo muy por debajo de la superficie en *La división del trabajo en la sociedad*, tampoco en *El suicidio* ni en varias otras obras. Planeaba una historia del pensamiento socialista, aunque sólo alcanzó a completar la sección sobre Saint-Simon. Jaurès fue varias veces a la cena dominical en casa de Durkheim, quien estableció un estrecho contacto con Lucien Herr [...] En ocasiones llegaba a las clases y salía de la Sorbona llevando conspicuamente *L'Humanité*, lo que en sí mismo representaba un acto político. Nunca se afilió, sin embargo, a un partido socialista ni intervino en actividades partidistas con sus colaboradores más jóvenes. Aunque le repelían la emoción y la falta de rigor de la mayoría de los autores socialistas, siguió estando profundamente interesado por muchos de los fenómenos que trataban. No obstante, para muchas personas menos preocupadas por estas sutilezas, no cabía la menor duda de que Durkheim era socialista." Clark señala, además (p. 182, n. 72) que "todavía hasta 1925 se podía encontrar un título combinado: 'Socialismo; ciencia social', en Otto Lorenz, *Catalogue général de la librairie française*, la bibliografía más grande de libros publicados en Francia".

Este coqueteo en los márgenes del movimiento socialista lo llevaron a cabo también otros miembros del círculo de Durkheim —Mauss, Simiand, Bouglé, Halbwachs, Hertz—, que escribían regularmente para *L'Humanité* y la *Revue Socialiste*, "pero siempre sin hacer una transición plena a una carrera política" (Karady, 1976: 294).

[61] Coser define el conservadurismo como "una inclinación a mantener el orden de cosas existente o a reforzar un orden que se ve amenazado". Y continúa (p. 214): "El pensador liberal o radical contrasta un Estado ideal con un Estado real. Durkheim, por el contrario, sustituyó la disyunción entre lo ideal y lo real por la distinción entre lo normal y lo patológico [...] e introdujo así un sesgo hacia el conservadurismo."

En contraste, Neyer (1960: 45) sostiene que "Durkheim consideraba que el desarrollo hacia una organización 'socialista' de la sociedad era una respuesta inevitable a la ética del individualismo y el progreso, así como una consecuencia de lo que denominaba 'el surgimiento del individuo'". De manera similar, Richter (1960: 181) dice: "El problema no es cómo alcanzar el orden social restringiendo o combatiendo el individualismo, sino más bien cómo completarlo y ampliarlo [...] La reformulación [que hizo Durkheim] del liberalismo tendría que ser leída lado a lado con su polémica más conocida contra Spencer y los economistas del *laissez-faire*. Su petición de suprimir todos los obstáculos artificiales al desarrollo individual [...] revela una filosofía social liberal que justificaba la intervención del Estado en la vida económica."

dero ejemplo del liberalismo centrista. Creo que Weisz (1979: 111) capta exactamente dónde se ubicaba la ciencia social francesa en general y Durkheim en particular:

Hay que percibir los vínculos íntimos de las ciencias sociales en la universidad con cierta ideología republicana-progresista que era claramente antisocialista. Es verdad que el caso de Durkheim era más ambiguo en la medida en que ciertos círculos lo consideraban socialista. Pero, al subrayar que su pensamiento era evolucionista, pragmático, antiutópico y en ocasiones hasta conservador, Durkheim se las arregló para tranquilizar a las principales figuras de la universidad.

A lo cual añade Logue (1983: 151):

Porque Durkheim rechazaba el conservadurismo tradicional, el liberalismo del *laissez-faire* y el socialismo colectivista, mientras que gran parte de su pensamiento se ocupaba en el problema principal del nuevo liberalismo: cómo combinar la integración social con la libertad individual.[62]

En términos generales la variedad del liberalismo centrista de Durkheim estaba tal vez algo más cercana a la posición formulada por los *Katheder-Sozialisten* alemanes que al liberalismo nacionalista de Weber. Pero Schmoller, Weber y Durkheim enfatizaban la importancia del Estado como la encarnación de los valores colectivos, y al final los tres eran nacionalistas. Como lo expresa Maier (1992: 134):

[62] Continúa Logue (1983: 179): "La sociología de Durkheim ofrecía armas intelectuales del liberalismo democrático que resultaban útiles en distintos frentes al mismo tiempo. Brindaban una defensa contra aquellos socialistas que trataban de usar el argumento de la interdependencia del hombre y la deuda con la sociedad como una justificación del colectivismo. Proporcionaba una defensa contra aquellos conservadores que trataban de promover el valor social de la familia por encima del valor del individuo y que insistían en la necesidad del ser humano de contar con una guía que trascendía su comprensión racional."

Giddens (1971: 513) expone el mismo argumento: "La sociología de Durkheim se arraigaba en un esfuerzo por reinterpretar las pretensiones del liberalismo político ante un doble desafío: por un lado, de un conservadurismo antirracionalista, y por el otro del socialismo."

Véase también Ringer (1992: 210) sobre el solidarismo, que "funcionaba, obviamente, como una alternativa burguesa progresista al socialismo revolucionario. La virtud política del pensamiento solidarista era que reconciliaba las ideas del *laissez-faire* con una racionalización de la acción del Estado en nombre de una reforma social moderada [...] *La división del trabajo social* de Durkheim [...] puede servir de ejemplo de la ciencia social positivista que sustentaba principios solidaristas".

La sociología, de Comte a Durkheim, representaba, en efecto, un proyecto intelectual para fomentar una organización de la sociedad civil que pudiese estabilizar una política crecientemente democrática. Y no sólo en Francia.[63]

De hecho, Estados Unidos fue el país en el que antes se institucionalizó la sociología académica. Los debates y las soluciones no eran muy diferentes de los que tenían lugar en Francia y en Alemania. La principal figura organizativa en la historia de la sociología estadunidense fue Albion Small. Su propia carrera ilustra bien la trayectoria de la mayoría de sus contemporáneos. Hijo de un ministro bautista, estudió en un seminario pero no se ordenó. En cambio se fue a Alemania, en 1879, a estudiar historia y *Sozialwissenchaften*. Luego fue nombrado profesor del Colby College, en 1881, para enseñar historia y economía política. Decidió doctorarse en economía e historia en la Universidad Johns Hopkins. En 1889 regresó a Colby como rector. Allí sustituyó el curso de filosofía moral por uno de sociología, que fue uno de los primeros en llevar ese nombre.

En 1892 fue invitado a la recién creada Universidad de Chicago para fundar el primer departamento de sociología acreditado en Estados Unidos (y de hecho en el mundo). En 1895 fundó en Chicago el *American Journal of Sociology* (AJS). Y en 1905 fue uno de los fundadores de la American Sociological Society. Ese mismo año publicó un texto básico, *General sociology* [*Sociología general*]. Su misión fundamental es bien definida por Bulmer (1984: 34-55):

Small creía que la sociología era una ciencia, que estaba transformándose de una disciplina discursiva en una objetiva, basada en el estudio empírico, y

[63] Robert Nisbet, que se autoconsideraba conservador, afirmó (1952: 167) que los conceptos sociológicos eran, de hecho, conservadores por su origen y sus consecuencias: "Ideas tales como *estatus, cohesión, ajuste, función, norma, símbolo*, son ideas conservadoras, no simplemente en ese sentido superficial de que cada una tiene como referente un aspecto de la sociedad que está simplemente interesado por el mantenimiento o la *conservación* del orden, sino en el sentido importante de que todos esos términos son partes integrales de la historia intelectual del conservadurismo europeo." El punto de vista de Nisbet es refrendado específicamente por Coser (1960: 213).

Aquí el problema consiste en asumir que la preocupación por el orden es exclusivamente un objetivo ideológico conservador. Pero la cuestión que separa a los conservadores de los liberales de centro no es si el orden es o no deseable sino más bien cómo es posible alcanzarlo. Los liberales centristas creen que el orden está garantizado sólo mediante una reforma juiciosa pero significativa que involucra, necesariamente, cierta dosis de redistribución económica.

que era una disciplina acumulativa con un carácter nomotético, teórico [...] Al mismo tiempo, la sociología era también una disciplina ética y el sociólogo tenía que desempeñar un papel distintivo en el mejoramiento de la sociedad. Su experiencia y su compromiso le permitían involucrarse en la reforma social sin adoptar la posición de ninguna clase o grupo de interés. El eficientismo y el moralismo estaban integralmente conectados.

Para Oberschall esto significaba que Small "caminaba literalmente sobre la cuerda floja".[64] Cuando J. W. Burgess, como decano de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Columbia, reclutó a Franklin Giddings, en 1891, para enseñar sociología, fue porque sentía que "muchas cuestiones especiales de penología, caridad y alivio de la pobreza no podían ser tratadas desde el punto de vista de la pura economía política, y muchos problemas de ética social no podían ser estudiados desde la perspectiva de la ética individual" (Dorfman, 1955a: 176). Oberschall dice que ésta era la demanda de cursos en las "tres D: las clases defectuosas, dependientes y delincuentes".

Todas las demás figuras destacadas de la historia inicial de la sociología norteamericana también vinculaban su sociología, de distintas maneras, con la reforma social. Lester Ward "remplazaba un determinismo pasivo anterior con un *corpus* positivo de teoría social adaptable a los usos de la reforma" (Hofstadter, 1992: 68). E. A. Ross quería que el "sociólogo sabio" hablase con "quienes administran el capital moral de la sociedad" a fin de que se "convirtiese él mismo en cómplice de todos los hombres buenos, para desgracia de todos los hombres malos" (citado en Dorothy Ross, 1984: 163). Hasta Sumner, identificado en general como conservador, era crítico del "contenido del *laissez-faire* de [las teorías de Spencer, que procuraban] plantear que 'progreso' implicaba gobierno por científicos sociales hábiles" (Crick, 1959: 50).

[64] "Por un lado, al tratar de reclutar seguidores religiosos, proclamó que 'la sociología última debe ser esencialmente cristiana' y que los 'principios de la ciencia social última serán reiteraciones del cristianismo esencial'; por el otro lado escribió, en la declaración programática del *American Journal of Sociology*: 'Para muchos posibles lectores la cuestión más importante se dará con referencia a su actitud hacia la 'sociología cristiana'. La respuesta es [que esta revista será] sinceramente deferente hacia la sociología cristiana, y 'muy suspicaz' hacia los presuntos 'sociólogos cristianos'" (Oberschall, 1972: 203).

Small, igual que el economista Richard Ely, era un miembro activo del movimiento del evangelio social, que se esforzaba por "superar el supuesto conflicto actual entre la religión y la ciencia" (Potts, 1965: 92).

Como lo señalan tanto Bulmer (1984: 39) como Oberschall (1972: 188), la influencia subyacente del protestantismo liberal, de mucho peso en el movimiento progresista de la época, permea la labor de estos sociólogos. No obstante, todos ellos eran conscientes de la posible confusión entre sociología y socialismo. Cuando Albion Small trató de convencer al rector Harper de la Universidad de Chicago de que le permitiese fundar el AJS, le escribió que se requería una revista "tanto para ejercitar una restricción sobre el esfuerzo social utópico como para estimular y dirigir los esfuerzos bien concebidos de cooperación social" (citado en Dibble, 1976: 301). El gobierno en manos de los especialistas era un elemento clave del liberalismo centrista.

3. *Ciencia política*

De las tres disciplinas nomotéticas de las ciencias sociales, la ciencia política fue la última en surgir como disciplina autónoma. Su periodo inicial estuvo marcado por el establecimiento de tres grandes instituciones —Sciences Po en París, la Faculty of Political Science en la Universidad de Columbia y la London School of Economics (LSE) en Londres. Lo curioso es que ninguna de las tres estaba destinada originalmente a establecer una disciplina autónoma de ciencia política. De hecho, se pretendía que las tres fuesen pluridisciplinarias, y de hecho lo fueron en la práctica. Y sin embargo todas ellas dejaron una huella perdurable en la disciplina, pese a que, en el siglo XX, la ciencia política emprendió un rumbo propio, separado, como disciplina autónoma, antes que nada en Estados Unidos y más tarde (especialmente después de 1945) en todo el mundo.

Las tres instituciones no se fundaron simultáneamente. La primera fue Sciences Po, establecida en 1871. Es más difícil fechar el establecimiento de la Facultad de Ciencia Política de Columbia, ya que experimentó muchas versiones organizativas. Pero la fecha más confiable es probablemente 1880. La LSE fue la última, fundada oficialmente en 1895. Sus historias están vinculadas, pero tienen que ser narradas en orden.

Sciences Po es el nombre popular de la escuela, pero no su denominación formal. En la historia semioficial de Sciences Po, escrita por Richard Descoings en 2007 leemos (p. 27):

Émile Boutmy fundó la École Libre des Sciences Politiques [que era el nombre original de Sciences Po] en 1871 [...] ¿Quién era Émile Boutmy? ¿Por qué 1871? ¿Qué debemos entender por una "escuela libre"? ¿Cómo debemos definir la "ciencia política"? Eso es lo que en Sciences Po se llama "*baliser le sujet*."[65]

Boutmy era un burgués de centro izquierda, un culto comentarista político (*publiciste cultivé*), un hombre con muchos contactos y mucha influencia. Un empresario. Todo eso al mismo tiempo.

¿Por qué 1871? Tal vez por ahí conviene empezar. Los años 1870-1871 fueron muy traumáticos para Francia, que fue derrotada militarmente por Prusia. El imperio de Napoleón III llegó a su fin y se proclamó la Tercera República. El monarca prusiano, Guillermo, un poco ampulosamente, usó el Salón de los Espejos de Versalles para hacerse proclamar emperador de Alemania. Y, cosa tal vez más importante, París fue la sede de una profunda revolución social, la Comuna, que finalmente fue derrotada con un gran derramamiento de sangre.

El mundo del conocimiento francés sufrió como consecuencia la "crisis alemana del pensamiento francés" (Descoings, 2007: 32-33). Vincent (1987: 28) dice que "la victoria de Alemania fue percibida como la del conocimiento sobre la ignorancia". Pero, más que eso, la experiencia de la derrota militar, sumada a la Comuna, transformó la vida política francesa:

[La combinación de estos dos acontecimientos] llevó a creer que era probable otra explosión social y posible otra derrota (militar). Había que tomar prestadas las fórmulas de Alemania para usarlas en su contra. Por consiguiente la peregrinación a Alemania se volvió parte del programa educativo [*cursus*] en el sistema académico francés, y fue de las universidades alemanas de donde Émile Boutmy tomó el nuevo sistema pedagógico que estableció en la École Libre (Vincent, 1987: 13).

Tampoco era posible separar la Comuna de la experiencia de la Revolución francesa, que seguía siendo tema de gran controversia en

[65] "*Baliser le sujet*" es muy difícil de traducir. Afortunadamente el mismo Descoings explica su significado en otro texto (2008): "Aceptar la complejidad es, antes que nada, hacer uso de ella. También, y siempre, es plantear preguntas acerca de la pregunta, nunca tomar como postulado el pronunciamiento. Afirmar 'desde donde uno habla', disecar las palabras usadas y las expresiones empleadas, pensar en lo que no se dice en la pregunta, evaluar las intenciones del autor, en pocas palabras, para adoptar una fórmula muy conocida de los estudiantes de Sciences Po, 'baliser le sujet'".

Francia y en torno al cual los liberales centristas tenían sentimientos ambivalentes. Vincent (1987: 13) sugiere que también esto lo tuvo presente Boutmy:

En seis años (1789-1794) las élites tradicionales fueron [...] hechas a un lado y remplazadas por otros que, en términos generales, no se las arreglaron para gobernar más que un tiempo muy breve. Los líderes de 1792 eran todos prácticamente desconocidos en 1788, lo que lleva a pensar que la "masa" tenía algunas potencialidades "formidables", peligrosas, pero —¿por qué no?— utilizables, "recuperables", como diríamos hoy.[66]

La principal resolución de Boutmy fue la formación de élites. Como observa Vincent (1987: 12),

Boutmy no titubeó en usar la palabra [*élite*], y para esto implicaba dotar a Francia de personas capaces de tomar decisiones económicas y políticas, reclutadas en los estratos más altos de la clase dominante... incluyendo en el grupo a unas pocas personas excepcionalmente dotadas provenientes de las "clases inferiores" (es mejor tenerlas de tu lado que en tu contra).[67]

De manera que Boutmy utilizó sus contactos para recaudar el dinero necesario a fin de establecer una institución privada. Pero en el primer año no encontró demasiados estudiantes dispuestos meramente a estudiar la situación política, a dedicarse a lo que hoy podría-

[66] "El profesorado de la École Libre [...] estaba preocupado por garantizar el 'progreso en el orden', por usar la fórmula de Auguste Comte. Todos estaban obsesionados con la Revolución [francesa]. Todos estaban convencidos de que la Revolución francesa estalló debido a la incapacidad de las estructuras políticas de adaptarse a los enormes cambios de las costumbres y las mentalidades. Mejor prevenir que castigar" (Vincent, 1987: 211).

[67] Boutmy planteó explícitamente estos argumentos en una carta a su amigo Ernest Vinet, publicada en 1871: "El nuevo programa educativo está pensado para aquellas clases cuya posición social está asegurada y que tienen el tiempo libre para cultivar su mente. Esas clases han dominado hasta ahora la escena política. Pero su posición se ve amenazada [...] Bajo la presión de someterse a los derechos de los más numerosos, las clases que se autodenominan la élite ya no pueden mantener su hegemonía política más que invocando los derechos de los más capaces. Detrás del muro derruido de sus prerrogativas y tradiciones, el torrente democrático debe enfrentarse a un segundo baluarte, el del mérito resplandeciente y útil, el de la superioridad cuyo prestigio es evidente, el de capacidades de las que sería absurdo privarse" (*Quelques idées sur la création d'une Faculté d'enseignement supérieur, Lettres de E. Boutmy et E. Vinet. Programme*, París, Imp. de A. Lainé, 1871: 15-16, citado en Favre, 1981: 433).

mos considerar una ciencia política académica. Así que rápidamente modificó su estrategia, añadiendo un objetivo profesional a la impartición del conocimiento. En su informe a los inversionistas, en 1872, sugirió que lo que se necesitaba era "ofrecer algo tal que las dos profesiones de mayor nivel (*haut vol*) que han tenido una influencia tan grande en el destino de las naciones —la diplomacia y el servicio civil más alto— encuentren en esta institución esa preparación de primera clase de la que no se ha podido disponer hasta ahora" (citado en Descoings, 2007: 40). De acuerdo con la metáfora que propone Vincent, fue el paso de ser una institución de conocimiento a convertirse en una institución de poder. "Liberal, antiestatal, la École se convirtió en un centro para preparar los exámenes de oposición para ingresar a la Inspection des Finances, el Conseil d'État; la Cour des Comptes y el Quai d'Orsay (el Ministerio francés de Relaciones Exteriores)" (Vincent, 1987: 61).[68]

Boutmy creó así una *École Libre*, es decir una institución privada, que no estaba subordinada a la Sorbona pero tampoco formaba parte del clero. Era una escuela de "ciencias políticas" (obsérvese el plural). Pero tanto la palabra "política" como la palabra "ciencias" eran un poco ambiguas. Ciencias, en francés, seguía usándose para indicar el conocimiento en general, como el término alemán *Wissenschaften*. Y "ciencias políticas" seguía siendo un término que podía implicar ciencias sociales en general. De hecho, lo que en realidad ofrecía Boutmy era mayormente lo que hoy llamaríamos historia, economía

[68] Boutmy encontró rápidamente una razón para este paso a la educación profesional: "Nuestra ciencia política, puramente francesa o latina, ignora deliberadamente a la Europa moderna y al Nuevo Mundo [...]

"En Francia hay instituciones educativas para médicos, abogados, ingenieros, oficiales militares. No existe ninguna para la persona política [...] Será sin duda una revolución grande y gozosa si Francia logra producir cada año de dos a tres mil mentes dotadas de conocimiento político, con la posición social de hacerse oír y los argumentos para conseguir que la gente se dé cuenta de que todas las preguntas son difíciles y la mayoría de las soluciones son complejas. El programa de estudios organizado para la educación de los estadistas le daría al país, al mismo tiempo, la clase media educada y juiciosa que representa la madurez de una sociedad democrática. Hasta ahora ha habido una clase media caracterizada por el instinto conservador, los buenos modales y la riqueza. Pero es necesario decir que esta clase nunca ha mantenido su posición gracias a su esclarecimiento político" (citado en Descoings, 2007: 34). Boutmy buscó un nombre para este programa. Con ciertos titubeos, se decidió finalmente por *sciences camérales*, traducción del concepto alemán del siglo XVIII de *Cameralwissenschaft* (Vincent, 1987: 84).

y sociología, más que ciencia política en una definición más estricta.[69]

John Burgess fue llamado del Amherst College a la Universidad de Columbia en 1876 con el título de profesor de ciencia política, historia y derecho internacional (Hoxie, 1955: 6). La intención de la administración de Columbia, como lo relató Burgess más tarde, en 1893, era "neutralizar el intenso profesionalismo de la Escuela de Leyes proporcionándoles a los estudiantes de derecho privado [...] los estudios de ética, historia y derecho público necesarios para completar la ciencia de la jurisprudencia" (citado en Bryson, 1932: 322). A Burgess la Escuela de Derecho le resultó "impenetrable" y optó por dedicarse a crear una Escuela de Ciencia Política.

En la historia oficial de la Facultad de Ciencia Política que redactó Hoxie para el bicentenario de Columbia, bosqueja el vínculo con Sciences Po:

> La historia de la École Libre fue una inspiración para John Burgess. Él, al igual que muchos otros estudiosos de nuestro gobierno, estaba sumamente preocupado en 1879 acerca de la condición del servicio civil de Estados Unidos, y estaba siguiendo con gran cuidado las reformas que intentó llevar a cabo la administración de Hayes. Además, las ideas que había recibido de sir Stafford Northcote en relación con el servicio civil británico le habían causado una profunda impresión. Durante su visita a Inglaterra, en 1878, había advertido que el servicio civil era visto como una carrera profesional para la cual uno se preparaba en gran medida igual que para la medicina o el derecho. ¿No se podría establecer en Estados Unidos una escuela de posgrado para la formación de funcionarios civiles, una escuela, o por lo menos un departamento, no muy diferente de la École Libre de Sciences Politiques? ¿No podría, además, proporcionar el complemento al profesionalismo en apariencia inalterable del programa de derecho de Columbia? (1955: 11).

Esto coincidía muy bien con un movimiento político de republicanos independientes conocidos como los *Mugwumps*, grupo procedente de la élite social y dedicado a la reforma del servicio civil. Eran, quintaesencialmente, liberales centristas. Se oponían a los llamados *Greenbackers* y a los sindicatos, que creían se proponían confiscar la propiedad. Se oponían asimismo a los denominados republicanos li-

[69] Véase la discusión de la pluridisciplinariedad en Descoings (2007: 39). Véase asimismo el análisis de la razón del nombre que Boutmy escogió para la institución en Vincent (1987: 47-48).

berales, que habían encabezado la lucha por garantizar los derechos políticos para los esclavos negros liberados. Los *Mugwumps* consideraban que los republicanos radicales eran fanáticos. Por otro lado, también arremetían contra la irresponsabilidad social de los ricos, que era lo que los calificaba como centristas. Veían la salvación en una élite educada. De ello se deducía que "ampliar el lugar de las ciencias sociales en el programa era otra parte del esfuerzo educativo" (Church, 1974: 577).[70]

Cuando los miembros del consejo de Columbia le dieron luz verde a una escuela (posteriormente llamada facultad) de ciencia política, observaron que Burgess "se compromete explícitamente a que parte de su visión consista en formar hombres para el servicio del gobierno; pero difícilmente es necesario hacer de esto un objetivo declarado, puesto que ello podría despertar celos perjudiciales para su éxito" (citado en Hoxie, 1955: 15). Los integrantes del patronato pudieron haber temido las reacciones de otros miembros del profesorado, pero no dudaban de los méritos del objetivo. En el *College Handbook of 1880* de Columbia los objetivos de la nueva Escuela de Ciencia Política se postulaban de esta forma: "[El] objetivo primordial [es el] desarrollo de todas las ramas de la ciencia política. El objetivo secundario es la preparación de hombres jóvenes para todas las ramas del servicio público" (citado en Crick, 1964: 28).

Así como Émile Boutmy fue la fuerza impulsora para crear Sciences Po y John Burgess lo fue para establecer la Facultad de Ciencia Política en Columbia, Sidney y Beatrice Webb lo fueron para crear la LSE, cuyo nombre completo es London School of Economics and Political Science. Los Webb llevaban mucho tiempo deseando una institución por el estilo cuando, en 1894, falleció un tal Henry Hunt Hutchison

[70] Church profundizó aún más la visión de los *mugwumps* sobre la ciencia social (1974: 577): "Proponían enseñarle a la futura élite —y por entonces la educación universitaria estaba casi restringida a la élite— principios correctos de organización política y social, las leyes que rigen las relaciones sociales y políticas que deben ser obedecidas para que la sociedad funcione correctamente. La ciencia social enseñaba precisamente sus principios y leyes mediante el estudio del desarrollo de las libertades inglesas desde la Carta Magna (a veces desde que surgieron las comunidades aldeanas en los bosques alemanes) y su extensión y mayor salvaguardia en Estados Unidos; de qué manera la constitución protegía las libertades individuales, la propiedad y los derechos de las minorías (en este caso se referían a los derechos de los ricos en contra de los deseos de las 'turbas') y cómo limitaba los poderes de la democracia, así como las leyes y los principios de la economía clásica del *laissez-faire*."

y le dejó a la Sociedad Fabiana un legado de 20 000 libras, suma principesca en esa época. De manera que en un desayuno el 4 de agosto de 1895, convocado por los Webb, y al que asistieron George Wallas y George Bernard Shaw, se decidió (pese a la oposición de Shaw), fundar la LSE.

Igual que en el caso de las otras dos instituciones, la intención inicial era mejorar la formación de la élite política y empresarial de Gran Bretaña. Los Webb utilizaron el programa de Sciences Po como base para lo que iban a ofrecer. De hecho, aunque sus inquietudes se orientaban marcadamente hacia las cuestiones económicas, Ralf Dahrendorf, posteriormente director de la LSE, explica, en su historia sobre el centenario de la escuela (1995: 196), que la frase "y Ciencia Política" de la denominación de la misma se insertó porque

> los Webb no querían perder la alusión a la École Libre de Sciences Politiques de París y a la Facultad de Ciencia Política de la Universidad de Columbia, así que las ciencias políticas tuvieron que hacerse un lugarcito en el nombre.

Además, Dahrendorf (1995: 21) señala que al principio todas las clases se impartían a última hora de la tarde como medio de lograr su objetivo de educación profesional:

> Los estudiantes no estarían preparados especialmente para obtener ningún título, pero la participación resultaría útil para los exámenes de ingreso al servicio civil así como para los del Instituto de Banqueros, la Cámara de Comercio de Londres y otros.

Aunque Sciences Po continuaba teniendo como uno de sus papeles, aunque no el único, la preparación de los alumnos para su ingreso a la diplomacia y a los altos rangos del servicio civil, con el tiempo éste dejó de ser un papel de importancia en la LSE, mientras que la Facultad de Ciencia Política de Columbia se convertiría en una escuela de posgrado de ciencias sociales, uno de cuyos departamentos era el de ciencia política (que en esa época se denominaba, en Columbia, derecho público y gobierno).

La ciencia social, tal como la conocimos más o menos a partir de 1900, apareció primero en Estados Unidos.[71] Su surgimiento fue parte

[71] Al tratar de explicar por qué la ciencia política no surgió realmente como una

de lo que Hughes (1958: 66-67) ha denominado las grandes ideas del decenio de 1890, una de las cuales era "penetrar detrás de las ficciones de la acción política [hasta llegar] a quienes realmente esgrimían el poder". Crick (1959: 37-38) indica cómo se desarrolló esta idea:

Las teorías de un progreso necesario y de una ciencia terapéutica de la sociedad hicieron su aparición en escena. Dieron por resultado una nueva escisión entre la teoría política y la práctica política, una predilección por las explicaciones psicológicas y un antagonismo por la explicación histórica y filosófica [...] Habrían de proporcionar condiciones adicionales [...] para la aparición de un tipo único de filosofía, el pragmatismo, así como de un positivismo en gran medida no sistematizado pero cada vez más influyente.

La orientación positivista y presentista de los fundadores de la Asociación Estadunidense de Ciencia Política (APSA, American Political Science Association) en 1903 representó una ruptura tanto con la historia y la economía, por un lado, como con la orientación a la formación del servicio civil de Burgess, por otro. Como sostiene Gunnell (2006: 481) la principal razón para romper con la historia y la economía no era, sin embargo, el método, sino una preocupación respecto a "la relación entre la ciencia social y la política".

Los fundadores de la APSA estaban interesados, igual que sus predecesores, por lograr "un papel práctico y efectivo para la ciencia social, pero también estaban rechazando la postura de los *Kathedersozialisten*" (Gunnell, 2006: 481). Estaban tratando de hacer exactamente lo que procurarían lograr Weber y Tönnies en 1909 con el establecimiento de la Deutsche Gesellschaft für Soziologie. Al emprender este rumbo los científicos políticos estadunidenses, igual que los sociólogos alemanes, estaban acercándose a lo que Dahrendorf (1995: v) denomina la falla geológica de Sidney Webb "entre querer conocer las causas de las cosas y querer cambiar las cosas".

La manera de transitar por la línea de la falla era el liberalismo centrista, opción que, según sugiere Lowi (1985: ix) era especialmente

disciplina nomotética separada en Gran Bretaña sino hasta después de 1945. Dahrendorf (1995: 227) lo atribuye a "la enorme fuerza [...] de la filosofía política tradicional en las viejas universidades, y especialmente en Oxford". Pero luego añade otro factor: "Cuando se trata de la aplicación, la ciencia política moderna ha resultado ser menos efectiva que la ciencia económica moderna". No estoy seguro de que "menos efectiva" sea el adjetivo correcto. En lo personal diría "menos influyente".

evidente en Estados Unidos y, dentro de Estados Unidos, en la ciencia política.

> El gobierno nacional de Estados Unidos, que emergió tarde y lentamente, construyó sin embargo líneas liberales. Lo mismo hicieron las ciencias sociales, especialmente la ciencia política [...] El liberalismo, rechazando la derecha y la izquierda, evitaba juzgar la moralidad de la conducta o del capitalismo. El gobierno liberal podía estar justificado en preocuparse por la conducta considerada dañina sólo en sus consecuencias. La ciencia social podía analizar semejante sistema y también servirle al mismo ocupándose de hipótesis acerca de la conducta y sus consecuencias o, correlativamente, de la conducta y sus causas. Esto contribuiría explicar por qué la ciencia política y el gobierno nacional emergente tenían, ambos, tanta afinidad por la ciencia.

EL MUNDO NO OCCIDENTAL

La institucionalización de la historia y de las tres disciplinas nomotéticas —la economía, la sociología y la ciencia política— en el último tercio del siglo XIX y la primera mitad del XX adoptó la forma de disciplinas universitarias a través de las cuales el mundo occidental se estudiaba a sí mismo, explicaba su propio funcionamiento, para controlar mejor lo que ocurría. Digo el mundo occidental pero, en la práctica, como ya advertimos, 95% de los especialistas se ubicaban en apenas cinco países —Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Alemania e Italia— y se ocupaban primordialmente de los mismos cinco países. El último 5% tenía que ver mayormente con Escandinavia, los Países Bajos, Rusia, la Península Ibérica y, en muy pequeña medida, América Latina.

Ya que estamos hablando de un periodo en el cual el mundo occidental, y particularmente esos cinco países, dominaban al resto del mundo —política, económica y culturalmente— esto no debería causar sorpresa. No obstante, el resto del mundo era cuestión de cierta preocupación para los poderosos de la tierra, que querían saber cuál era la mejor manera de controlar a los "otros" sobre los que tenían dominio. Para controlar, es necesario entender, aunque sea mínimamente. De manera que una vez más no es sorprendente que surgiesen

especialidades académicas para producir el conocimiento deseado.

No obstante, el resto del mundo se dividía políticamente en dos partes... una división que llegó a ser designada con una terminología muchas veces inexacta. En ocasiones los analistas hablaban de colonias y semicolonias, distinción entre las zonas que estaban bajo el gobierno colonial directo de una potencia "europea" y aquellas que seguían siendo nominalmente independientes pero que estaban sujetas a una considerable dominación europea. Como veremos, esta manera de categorizar lugares específicos creó marcos analíticos que era necesario transgredir para poder leer atinadamente la situación. Sin embargo, podemos empezar por observar que una disciplina denominada "antropología" apareció en esta época y que se ocupaba en gran medida de áreas que eran o colonias o zonas especiales dentro del territorio propio de las potencias metropolitanas. Una segunda disciplina, llamada "orientalismo", se ocupaba en esta época en gran medida (aunque no exclusivamente) de las semicolonias.

Estas dos "disciplinas", con raras excepciones, estaban totalmente separadas entre sí. De hecho, incluso en el siglo XXI, pocos sociólogos ven una conexión, por vaga que sea, entre ambas, y mucho menos dos variantes de un conjunto de temas comunes. Y sin embargo, eran temas comunes. El primero era que ambas disciplinas se ocupaban del "resto" del mundo, de quienes no formaban parte de las zonas dominantes paneuropeas de finales del siglo XIX. El segundo tema era que los pueblos con los que estaban tratando no eran considerados "modernos", lo que significaba que no tenían la tecnología y la maquinaria que se consideraba constitutiva del "progreso" moderno.[72] En consecuencia, no se creía que compartiesen los valores de la modernidad tal como los mismos se imaginaban y se practicaban en el mundo paneuropeo. Y un tercer tema común era la aseveración de que esos países/zonas/pueblos no tenían historia, en el sentido de que no habían cambiado, desarrollado, progresado a lo largo del tiempo histórico.

Sin embargo, había una diferencia importante entre los pueblos de los que se ocupaban una u otra clasificación. Los antropólogos trataban con poblaciones relativamente pequeñas, tanto por su tamaño

[72] Véase Michael Adas (1989), quien analiza el concepto europeo de "la máquina como civilizador" (pp. 211-236) y de "la maestría material como prerrequisito de la vida civilizada" (pp. 194-198).

como por la dimensión del área que habitaban. Estos pueblos, con raras excepciones, no poseían documentos escritos en el momento en que cayeron bajo el dominio colonial. Cada uno de ellos hablaba un lenguaje único, que normalmente no compartía con otros pueblos vecinos. Tampoco sus dioses eran compartidos. Desde la perspectiva de sus conquistadores europeos se los denominaba pueblos "primitivos", extraños en todos los sentidos, cuyas formas de vivir y de pensar eran virtualmente incomprensibles para los europeos comunes y corrientes.

Los orientalistas trataban con tipos muy diferentes de pueblos. Se ocupaban de pueblos o "civilizaciones" grandes tanto por su número como por el tamaño del área que habitaban. Tenían textos escritos, aunque a los europeos les resultaba difícil descifrarlos. También parecían tener un lenguaje común en toda una gran área, o por lo menos una *lingua franca*. Por ello el número de hablantes era muy elevado. Además, parecían tener una única religión dominante en esta gran zona, una religión lo bastante amplia como para que, en el siglo XIX, los eruditos occidentales la considerasen una "religión mundial". Y tenían, claramente, una historia, pero a los especialistas occidentales les daba la impresión de estar en cierta forma "congelada", por lo cual pensaban que no había evolucionado hacia la "modernidad". Al ser inspeccionadas, resultó que todas estas grandes civilizaciones "congeladas" eran producto de grandes imperios burocráticos que habían existido en algún momento del pasado, lo que hemos venido denominando "imperios-mundo". Estos imperios burocráticos fueron los que dieron origen a un lenguaje común o *lingua franca*, a una "religión mundial" común y a tradiciones culturales comunes. Muchas, aunque no todas estas zonas, seguían siendo lo bastante coherentes política y militarmente para ser capaces de resistirse a la colonización directa.

Como resultado de esta diferencia crucial entre los dos tipos de zonas no europeas, dos cuestiones intelectuales diferentes constituyeron la base de interrogaciones disciplinarias, y llegaron a utilizarse dos metodologías prácticas distintas de investigación. Los antropólogos procuraban descifrar de qué manera funcionaban realmente los pueblos que estudiaban —pueblos a los que comenzaron a tratar casi de modo uniforme como "tribus"—. Es decir, procuraban descubrir las bases racionales de comportamiento por debajo de la capa exterior de lo que a la mayoría de los europeos les parecía un comportamiento irracional. En este sentido, la búsqueda de la racionalidad oculta del

comportamiento no era tan diferente de lo que otros sociólogo pensaban que estaban haciendo cuando estudiaban a los pueblos "modernos". Era una búsqueda que se derivaba de las visiones ilustradas del papel apropiado para la ciencia social.

¿Pero cómo podían hacerlo? Para empezar, no había nada que los antropólogos pudiesen leer, e incluso eran incapaces de comunicarse oralmente con esas personas, al menos en el principio mismo de su trabajo. La solución a este problema se dio en forma de un método práctico denominado "observación participante". Este método requería trabajo de campo. Lo usual era que los antropólogos se fuesen a vivir cierto tiempo en medio de un pueblo determinado. Procuraban identificar personas a las que consideraban "lingüistas", es decir, algunos miembros del grupo que, por alguna razón, habían obtenido dominio de un lenguaje europeo. Estas personas llegaban a ser no sólo intermediarios entre el antropólogo y la gente, sino también intérpretes (tanto literalmente del lenguaje, como intelectualmente de la cultura).

Los antropólogos trataban de aprender todo acerca de ese pueblo, cuya cultura se describía como un único todo integrado que no cambiaba, para poder llegar a escribir una etnografía del mismo. Tras ello los antropólogos se convertían en intérpretes culturales y políticos de ese pueblo para el mundo europeo en general y con mucha frecuencia para las autoridades coloniales en particular. Ésta es, desde luego, una imagen muy idealizada de lo que ocurría, pero era la descripción habitual de la actividad en esa época.

Los orientalistas tenían intereses muy diferentes y una metodología práctica también muy distinta. Como trataban con lo que llamaban una "alta civilización", pero que no les parecía moderna en el sentido en que se veía como moderna a sí misma la civilización europea, la cuestión más obvia e inmediata que había que resolver consistía en explicar por qué esa "alta" civilización nunca dio el salto evolutivo que se suponía habían dado los europeos hacia la modernidad. Desde luego, se trataba de una interrogante muy autocomplaciente por parte de los europeos. Presumía la superioridad y no buscaba tanto demostrar su realidad (ya que era más bien una premisa en gran medida no cuestionada) como explicar sus orígenes.

El problema era cómo debía hacerse. Ya que existía una literatura escrita, francamente no parecía urgente dedicarse al tipo de trabajo de campo que representaba el orgullo de los antropólogos. Sin em-

bargo, esta literatura estaba escrita en un lenguaje muy diferente de los idiomas nativos de los orientalistas europeos. Aprender la lengua requería un largo proceso de formación, sobre todo puesto que esos textos eran en su mayor parte antiguos y muchos de ellos versaban sobre religión. Las aptitudes necesarias eran en gran medida las de la filología, y la sede de investigación era, primordialmente, una cantidad limitada de grandes bibliotecas. Sin duda los orientalistas compartían la misma premisa básica de la ciencia social que los antropólogos. Ellos también deseaban explicar los sustratos racionales de un comportamiento y un argumento filosófico aparentemente irracionales.

El deseo de los antropólogos y de los orientalistas por explicar la racionalidad subyacente de su tribu o de su civilización los condujo casi inevitablemente a ser liberales de centro en su ideología implícita. Procuraban mejorar los ásperos bordes de las relaciones de los poderosos con los más débiles, mientras ayudaban a los poderosos a gobernar a sus dependientes o a tratar de manera más inteligente y efectiva con otras civilizaciones.[73] Apoyaban reformas que servían para limitar el conflicto y, por sobre todo, la subversión racional del *statu quo* del poder geopolítico paneuropeo.

El orientalismo era heredero de una larga tradición de la Iglesia católica. Ya en la Edad Media había monjes y otros eruditos cristianos que estaban estudiando las lenguas y los textos del mundo musulmán y de China como parte del esfuerzo por evangelizar esas zonas. Esa erudición recibió un impulso nuevo (y con frecuencia más secular) a finales del siglo XVIII y sobre todo en el XIX, cuando la expansión europea empezó a abarcar todas las diferentes partes del continente asiático.

El estudio de una civilización egipcia reificada —la egiptología— se inició en la segunda mitad del siglo XVIII. Sin embargo, dos acon-

[73] Como observó Adas (1989: 203) prevalecía "el supuesto de que los europeos eran los mejores gobernantes y reformadores de las sociedades africanas y asiáticas porque representaban la civilización más progresista y avanzada conocida jamás".

En 1903-1904 T. W. Rhys Davis, que era especialista en literatura budista pali, predicaba la importancia de los estudios orientales para la política pública británica: "Y nunca debemos olvidar que ahora las condiciones han cambiado; y que tal como consideramos, en nuestros cálculos navales, la actividad extranjera, también deberíamos, como política práctica, fortalecer a nuestro Departamento de Inteligencia en cuestiones orientales por lo menos tanto como dos cualesquiera de los que se ocupan de las otras grandes potencias. Con su actual negligencia por parte de nuestro gobierno en este Departamento de Inteligencia, estamos corriendo un gran riesgo" (p. 196).

tecimientos políticos fueron esenciales para el desarrollo serio de la egiptología como subdisciplina orientalista. Uno de ellos fue la infructuosa invasión napoleónica de Egipto en 1798, y el otro fue la guerra de independencia griega, en 1823. Al final, la invasión de Napoleón abortó políticamente (véase Cole, 2008). Pero tuvo la idea de llevarse consigo a todo un grupo de eruditos para que estudiase a Egipto. Uno de los grandes resultados fue una obra en numerosos volúmenes titulada *La description de l'Égypte*, compendio de artículos sobre historia, arquitectura, flora y fauna de Egipto, además de mapas y grabados.

Esta obra monumental tuvo tal vez menos importancia en la creación de la egiptología que la encarnación de Grecia como fuente de la civilización occidental, concepto tan común hoy que es difícil recordar que no siempre fue dado por sentado ni siquiera en las percepciones occidentales de la historia. Martin Bernal, en *Black Africa*, el libro en el cual proponía las raíces afroasiáticas de la civilización clásica (occidental) tituló el primer volumen (1987) *The fabrication of Ancient Greece, 1785-1985* [*La invención de la antigua Grecia, 1785-1985*].

Lo que quería demostrar era precisamente lo contrario. Fue Grecia, y no Roma ni Egipto, la que representaba para el movimiento romántico los "modelos de libertad" (p. 289). Una imagen excesivamente favorable de Egipto podía representar una amenaza para la "singularidad de la civilización griega y la de Europa como un todo" (p. 269). Cuando en 1823 los griegos se levantaron contra el imperio otomano, los románticos europeos encabezaron el llamamiento a la solidaridad, declarando que era una "lucha entre el juvenil vigor europeo y la decadencia, la corrupción y la crueldad asiáticas y africanas" (p. 291).

No tiene importancia analizar aquí la controversia académica que ha despertado el libro de Bernal.[74] Lo que resulta indiscutible es que

[74] Mary Lefkowitz había sido la especialista más destacada que trató de refutar el análisis de Bernal sobre las raíces egipcias de la antigua civilización griega. En la compilación que coeditó con G. R. Rodgers, titulada *Black Athena revisited* [*La Atenea negra revisitada*] (1996), sostiene: "La evidencia de *influencia* egipcia en ciertos aspectos de la cultura griega es clara e innegable [...] Pero la evidencia de los *orígenes* egipcios de la cultura griega es algo totalmente diferente" (p. 6). Acusaba a Bernal de afrocentrismo. De hecho, su libro de 1997 se titula *Not out of Africa: How Afrocentrism became an excuse to teach myth as history* [*No fue desde África: Cómo el afrocentrismo se convirtió en una excusa para enseñar el mito como si fuese historia*].

En la respuesta de Bernal a las críticas de Lefkowitz y otros (Moore, 2001: 27) negó ser afrocentrista. Más bien afirmó que estaba postulando una "(posición) asimilacionis-

la egiptología se desarrolló en el siglo XIX como subdisciplina orientalista, como estudio del otro. El retrato en gran medida despectivo de la civilización europea que dominó el mundo de la literatura decimonónica (y de hecho también de la del siglo XX) correspondía a la geopolítica y geocultura del sistema-mundo de ese periodo.[75]

También parece resultar claro que el surgimiento de los clásicos como campo de estudio, como disciplina en las universidades británicas (y después en las norteamericanas) reflejaba el impulso del liberalismo centrista en la geocultura. Los clásicos representaban, por un lado, con su insistencia en una minuciosa lectura de la literatura, una ruptura con el programa estancado de la tradicional educación de las grandes universidades inglesas. Pero al mismo tiempo representaban también un rechazo del radicalismo engendrado por la Revolución francesa. Era una especie de "tercera vía".[76]

Sin embargo, Egipto tenía un lugar secundario en la naciente disciplina del orientalismo en relación con la India. En 1818 James Mill publicó la primera edición de *A history of British India* [*Una historia de la India británica*]. En ella desarrollaba la tesis del despotismo oriental como algo muy diferente del despotismo ilustrado europeo, y trazaba retratos sumamente negativos tanto de los hindúes como de los musulmanes de la India británica, vistos ambos como pueblos sin cambios (Bannerji, 1995: 60-61). El libro tuvo un gran éxito y se reeditó de manera siempre ampliada. Condujo a que su autor fuese nombrado para ocupar un cargo de alta posición en la India House,[77] de la cual llegó a ser director.

Pero a pesar de Mill, y pese al hecho de que la India se convirtió en colonia británica, no fue Gran Bretaña la que se volvió sede primordial del estudio de la civilización india. Fue más bien Alemania. Dietmar Rothermund, historiador alemán de la India hacia finales

ta al buscar un origen común de la cultura africana y la europea". Sostuvo que se trataba de una posición de "hibridismo intercontinental" y afirmó que esa visión "era mucho más amenazante para la opinión de que Grecia no tomó en préstamo nada significativo de Egipto de lo que lo son las nociones afrocéntricas de diferencia y separación continental fundamentales".

[75] Como señaló Bernal (1987: 442): "El estatus de Egipto descendió con el ascenso del racismo en la década de 1820; el de los fenicios declinó con el aumento del antisemitismo racial del decenio de 1880 y se derrumbó tras alcanzar la cúspide entre 1917 y 1939."

[76] La expresión es nuevamente de Bernal (1987: 282, 317), quien sugiere que lo mismo ocurría con el *Altertumwissenschaft* en las universidades alemanas.

[77] Asociación nacionalista india informal que se estableció en Londres entre 1905 y 1910. [T.]

del siglo XX, atribuye el origen de la "búsqueda de la India" de los románticos alemanes a la lucha de los poetas y dramaturgos germanos de finales del siglo XVIII "contra la supremacía del estilo francés y del precedente literario clásico en Alemania". Señala la traducción que hizo Georg Fischer en 1791 de la obra épica india *Shakuntala*, que "causó una verdadera sensación en los círculos literarios" y tuvo una "recepción mucho más entusiasta que la traducción inglesa de William Jones en Gran Bretaña" (1986: vii-viii). La indología estaba al servicio del rechazo alemán del universalismo anglo-francés.[78]

La indología alemana adquirió una forma intensamente lingüística. El descubrimiento de los vínculos entre el gran grupo de idiomas que hoy conocemos como la familia indoeuropea puede remontarse al siglo XVIII. Aunque ha habido sugerencias de la existencia de tales relaciones lingüísticas por parte tanto de un jesuita inglés como de un comerciante italiano en el siglo XVI, un lingüista holandés del siglo XVII y dos jesuitas franceses en el XVIII, estas sugerencias hallaron poco eco hasta que Thomas Jones, fundador de la Asiatick Society, las propuso en su discurso al asumir la presidencia en 1786. El mismo término *indoeuropeo* fue acuñado luego por Thomas Young en 1813 (Decharneux, 2000: 13).

Sin embargo, en Alemania el indoeuropeo se denominaba indogermánico (Shapiro, 1981), y la investigación alemana ponía énfasis en la búsqueda de una *Ursprache* ("una lengua originaria"), asociada ocasionalmente con la búsqueda de un *Urheimat* (un "hogar primigenio"). Esta búsqueda podía adoptar nociones románticas de pureza lingüística, haciendo del sánscrito el lenguaje más antiguo y del alemán el idioma más próximo al sánscrito en términos de su estructura (Mawet, 2000: 62). Ésa es la que Rothermund (1986: 53) considera la versión "conservadora" de la indología alemana, "que veía en el más remoto pasado la manifestación de la mayor pureza y perfección del lenguaje y de la religión", y cuyo objetivo era "penetrar el velo de la decadencia y la corrupción posteriores para poder llegar al manantial de la revelación original".

No obstante, el más famoso de los indologistas alemanes del siglo

[78] La indología ponía un énfasis bastante idiográfico, como observa Rothermund (1986: 13): "[Para 1900] todas las principales universidades alemanas tenían una cátedra de indología, es decir, de filología sánscrita en el sentido estricto del término, y los profesores que ocupaban esas cátedras solían ver con desprecio a los generalistas, los filósofos y otros que se entregaban a las teorías especulativas."

XIX, Max Muller, infundido del optimismo liberal de las doctrinas evolucionistas, concibió la posibilidad de una evolución religiosa del hinduismo que lo acercase más al cristianismo. En lo personal estaba cerca de los dirigentes del Brahmo Samaj, un grupo que de hecho se dedicaba a ese proceso, tal como lo hacían movimientos comparables en otras religiones asiáticas durante el siglo XIX y principios del XX (Rothermund, 1986: 54).

Desde luego, no todos los eruditos alemanes eran indologistas. Precisamente en oposición a las visiones orientalistas Hegel hizo tanto hincapié en la idea de que sólo en la antigua Grecia la humanidad empezó *in seiner Heimat zu sein* ("a vivir en su patria") (Droit, 2000: 91). Lo mismo que ocurrió con Egipto pasó con la India. Se trataba del contrapunto al universalismo europeo frente a las civilizaciones congeladas de Oriente que *podían* evolucionar, pero sólo bajo la tutela occidental. Por lo tanto, no fue accidental que la erudición alemana (de hecho la de todo Occidente) en el siglo XIX en relación con la India y otros países asiáticos no se interesase por la historia contemporánea de los mismos.[79]

China es, en ciertos sentidos, el caso más interesante del sesgo que implicaba la percepción orientalista. La imagen de China como una civilización antigua, rica, distante, había despertado durante largo tiempo la admiración europea. Pero en algún momento entre mediados y finales del siglo XVIII la imagen se invirtió: "Ahora se condenaba a los chinos por lo que la Ilustración había considerado admirable, su estabilidad" (Bernal, 1987: 240). China, sobre todo en el periodo posterior a la primera guerra del opio (1839-1842), se convirtió "en una civilización interpretada convencionalmente [...] como arquetípicamente 'estática' y 'tradicional'" (Blue, 1999: 94-95).[80]

También con respecto a esto Alemania pareció tomar la delantera. Pero a diferencia de lo que ocurrió en el caso de la India, los pensadores alemanes parecían implacables en todos los frentes. El que abrió camino fue Herder, al sostener que China era "el producto definiti-

[79] "Con excepción de los artículos de Karl Marx sobre la India, que escribió desde Londres para un periódico de Nueva York", como señala acerbamente Rothermund (1986: 4).

[80] Blue (1999: 92) observa "un desdén ampliamente compartido (si es que no unánime) [por China] en el mundo occidental del siglo XIX, a medida que 'progreso' se convertía en la palabra clave para definir la identidad 'moderna' de Europa en contraste con 'otras' civilizaciones".

vamente anticuado y localizado de los mongoles orientales [...] una mera petrificación de una antigua forma de vida [...] una marmota en hibernación y [...] una momia egipcia embalsamada" (Rose, 1951: 58).

Hegel fue ligeramente más generoso. Rose (1951: 59) sintetiza sus puntos de vista:

El Estado chino era un patriarcado admirable y una burocracia que funcionaba muy bien, pero representaba asimismo un despotismo intolerable [...] Hegel no lograba encontrar ningún espíritu libre, nada de religiosidad interior, sentimiento profundo o normas éticas elevadas en China. En cambio, la mano muerta del razonamiento abstracto había detenido toda vida con su contacto agostador. China no tenía lugar en la historia. "Siempre ha seguido siendo lo que era."

Por último, Gobineau, aunque profundamente en contra del progreso y la modernidad, se las arregló para encontrar razones para desdeñar a China, aunque eran razones prácticamente opuestas a las de los demás pensadores occidentales. Blue (1999: 134) caracteriza así el análisis de Gobineau:

[La mediocridad, el despotismo y la falta de libertad] eran para él características típicas de "las masas" y la "revolución". China era, así, un ejemplo impactante de despotismo democrático y de "progreso" tal como él lo concebía, así como de las consecuencias que en su opinión fluían de ello, a saber, la esclavitud, el estancamiento y el eventual desastre.

De esta manera, mediante diferentes argumentos específicos pero con lógicas similares, el orientalismo como modo de interpretar las "altas civilizaciones", esos descendientes actuales o continuaciones de imperios-mundo históricos, se combinaron para producir una imagen de tales zonas como civilizaciones congeladas que siempre seguían siendo lo que eran. En términos de Hegel, eran zonas que sólo podían avanzar por medio de la intervención del mundo europeo.

Los antropólogos, en muchos sentidos, tenían una labor más sencilla para demostrar sus argumentos. Trataban con pueblos que no tenían documentos escritos y cuya tecnología estaba con mucho por debajo del nivel de la de la Europa decimonónica. Como dice Hinsley (1981: 29) sobre el estudio de los americanos nativos en Estados Unidos: "Los dilemas centrales, persistentes, políticos y religiosos eran

éstos: ¿son estos pueblos, en algún sentido, nuestros hermanos? ¿Con qué derecho podemos pretender que su tierra es nuestra?"

La historia temprana de la antropología giraba en torno a un debate sobre la denominada poligénesis, el concepto que discutimos arriba: que los europeos y otros pueblos no formaban parte de una única especie. En 1910 John Lynton Myers (1916: 69) pronunció un discurso en su calidad de presidente ante la sección de antropología de la British Association for the Advancement of Science. Procuró explicar por qué la poligénesis, que por entonces era una idea totalmente abandonada, había llegado a ser tomada en serio. Comienza señalando que nunca se la había sugerido seriamente antes de finales del siglo XVIII. Entonces algo cambió. Ese algo fue la aparición de un fuerte movimiento abolicionista en Gran Bretaña:

> Los propietarios de esclavos del siglo XVIII sabían perfectamente bien que los negros y los chinos no eran *Homo ferus*, como tampoco eran chimpancés, y justificaban la esclavitud como la había justificado Aristóteles en la antigüedad, sobre la base de que, si acaso, era en beneficio del esclavo.
>
> Pero no fue por accidente que la generación que primero dudó, por el lado político, de la legitimidad de la propiedad de los negros por parte de los blancos, y que tradujo esas dudas en prácticas y en leyes del parlamento, fuese precisamente la generación que dudó primero por el lado teórico de si los blancos y los negros eran de una misma sangre. Mientras la esclavitud fue vista como moralmente justificable nadie se molestó en justificarla antropológicamente. Pero tan pronto como los abolicionistas cuestionaron la naturaleza de la esclavitud [...] los propietarios de esclavos plantearon la pregunta previa: "Aceptamos que yo soy el guardián de mi hermano, y aceptamos que esto quiere decir que no puedo ser su amo, sin embargo *este* hombre, este hermano negro, ¿es en un sentido verdadero mi *hermano*? ¿No es acaso, por su misma apariencia, un animal excepcionalmente domesticable y de un linaje diferente del mío?"[81]

La poligénesis era una burda idea racista. Se la usó, incluso dentro de Gran Bretaña, para negarles el sufragio a los celtas (Rain-

[81] Resulta interesante observar que Myers (p. 1) nos dice que esta versión reescrita de su plática de 1910, que he citado aquí, fue resultado de su residencia en 1914 en la Universidad de California en Berkeley, al ocupar la cátedra Sather de literatura clásica... más evidencia de la vinculación histórica de la antropología con las disciplinas idiográficas.

ger, 1978: 69). Pero para finales del siglo XIX perdió, dentro de la comunidad de los antropólogos, frente a una versión alterna, más antigua, de lo "primitivo", versión vinculada con el concepto básico de progreso.[82]

John Locke (1965: 383) había dicho en 1690: "En el principio todo el mundo era América." A mediados del siglo XVIII, en Francia y en Escocia, se planteó el concepto de múltiples etapas de la evolución de la humanidad como una posición teórica, notablemente por parte de Jacques Turgot y de Adam Smith. En su presentación, los nativos americanos proporcionaban "una hipótesis de trabajo plausible acerca de las características básicas de las 'primeras' o 'más tempranas' etapas del desarrollo socioeconómico" (Meek, 1976: 128).

Esta hipótesis encajaba mejor con el *Zeitgeist* que la poligénesis. También encajaba mejor con la naciente distinción entre "historia natural" y "ciencia"... parte del divorcio más general que hemos señalado entre la filosofía y la ciencia. Mientras que antes ambos términos "habían significado en buena medida lo mismo: conocimiento acerca del mundo natural" (Merrill, 1989: 12), ahora significaban proyectos separados, a medida que la ciencia iba dividiéndose en disciplinas distintas. Como señala Merrill, ahora "[un] naturalista podía seguir estudiando toda la naturaleza [...] un científico sólo estudia una parte de ella [...] La historia natural seguía siendo accesible a los aficionados, mientras que la [ciencia] se convertía en terreno de los profesionales".

Está claro que la antropología, al adoptar su énfasis en la delineación etnográfica, era una violación de la historia natural centrada en los grupos humanos. Y, desde luego, estuvo abierta durante bastante tiempo a los aficionados antes de convertirse finalmente, a principios del siglo XX, en un dominio reservado para los profesionales. En la primera mitad del siglo XIX la antropología dependía aún de la obra de los viajeros, en ocasiones científicos que viajaban con expediciones navales, a veces exploradores enviados por sociedades geográficas, otras miembros de burocracias coloniales, algunas veces misioneros,

[82] El avance mismo de la ciencia contribuyó a demoler la poligénesis, como señala Lorimer (1978: 142): "En última instancia el darwinismo resolvió el problema del argumento monogénesis-poligénesis simplemente al volverlo irrelevante [...] Cambió el concepto de especie y con ello destruyó todo el sentido del argumento poligénico [...] Darwin ha demostrado no sólo que el europeo estaba emparentado con el negro, sino que todos los seres humanos estaban emparentados con el mono".

otras agentes dedicados a tareas filantrópicas.

La transición crucial estaba en la definición de lo que constituía lo "primitivo". Lo que hasta mediados del siglo XIX se había "considerado una condición social o artística de simplicidad" (y por lo tanto analizable como fenómeno biológico) "se redefine ahora como un estado cultural particular de existencia (Betts, 1982: 67). Una vez hecha esta transición la antropología pudo convertirse en una disciplina con un objeto claro de estudio.

Trouillot (1991: 40) capta el meollo: "La antropología no creó al salvaje. Más bien el salvaje fue la razón de ser de la antropología." Dos famosas declaraciones hechas en 1871 prepararon el escenario para eso. El antropólogo italiano Cesare Lombroso dijo: hemos sustituido "los sueños de los teólogos y los fantasmas de los metafísicos por unos cuantos hechos secos [...] pero son hechos" (citado en Zagatti, 1988: 24). Y ese mismo año Edward Taylor planteó en *Primitive culture* [*Cultura primitiva*] (1920: 410) que "la ciencia de la cultura es esencialmente la ciencia de los reformadores".

Ya se habían establecido los esbozos de la profesión. Debía ser holística y descriptiva, produciendo etnografías idiográficas basadas en trabajo de campo. Habría de ser intérprete de la racionalidad de los pueblos "primitivos". Estaría en pro de la mejor integración de tales pueblos al mundo moderno para su beneficio y para el de las autoridades europeas que regían sobre ellos. Y esto perduraría hasta que las revoluciones anticoloniales posteriores a 1945 destruyeron el marco de referencia básico geopolítico y, por ende, geocultural, con el cual la antropología se había abierto un nicho en las estructuras del conocimiento.





TO THE TEMPLE OF FAME.

MR. PUNCH (WITH THE GREATEST RESPECT). "AFTER YOU, MY LORD!"

Punch, *To the temple of fame* [Al templo de la fama]. Esta famosa caricatura que apareció en la revista *Punch* el 23 de octubre de 1858 muestra a lord Brougham, un par liberal, en cuya casa de Londres se había fundado el año anterior la Asociación de Ciencias Sociales (SSA). El caricaturista se burla de las aspiraciones reformistas de la aristocracia liberal y de su vínculo con las ciencias sociales en formación. (Cortesía de la Bibliothèque Nationale de France.)

6. EL ARGUMENTO REFORMULADO

Este libro trata del moderno sistema-mundo en el largo siglo XIX, que convencionalmente va desde 1789 hasta 1914. Hay cantidades innumerables de libros que han analizado las características básicas de este periodo. Existe lo que podríamos considerar una visión convencional, que comparten especialistas de diferentes ideologías o visiones académicas.

Se lo ve como un siglo de múltiples revoluciones: la revolución industrial, la revolución científico-tecnológica, las revoluciones populares (y muy en especial la Revolución francesa). La visión habitual es que la combinación de todas estas revoluciones fue la que creó lo que se denominó "modernidad". La modernidad, surgida en el largo siglo XIX, continuaría hasta el siglo XX.

La visión de esta obra, como se expresa a lo largo de los cuatro volúmenes escritos hasta el momento, es diferente. Tomemos primero el concepto de "la revolución industrial". Para la mayor parte de los especialistas ocurrió primero en Inglaterra o Gran Bretaña —las fechas más comunes se ubican en algún momento entre 1760 y 1840— y después fue copiada o emulada en una cantidad de otros países de Europa continental y en América del Norte. En el volumen III hemos explicado largamente por qué creemos que esto es incorrecto.

Consideramos que lo que ocurrió en ese periodo en Inglaterra fue un incremento cíclico de la mecanización de la producción industrial, que ya había tenido lugar una cantidad de veces previamente y que volvería a producirse una cantidad de veces después. Consideramos también que fue un proceso de la economía-mundo en su conjunto, que redundó en la ventaja específica de Gran Bretaña debido a que derrotó a Francia en la lucha por convertirse en la nueva potencia hegemónica del sistema-mundo.

Durante largo tiempo la visión dominante de la Revolución francesa era la denominada interpretación social, que sostenía que la revolución representaba el derrocamiento de fuerzas feudales por parte de la burguesía, permitiendo que Francia se convirtiese en un país "capitalista". En los últimos cuarenta años esta interpretación ha sido

cuestionada por otra en la cual la Revolución francesa se veía como un intento de seguir una senda liberal, parlamentaria, intento que resultó frustrado.

Una vez más, discrepamos de ambos puntos de vista. En el volumen III explicamos por qué no podía entenderse a la Revolución francesa como una revolución burguesa que instaló el "capitalismo", ya que considerábamos que Francia se había vuelto parte, mucho tiempo antes, de la economía-mundo capitalista. Más bien veíamos la Revolución francesa en parte como un último intento por derrotar a Inglaterra en la lucha por convertirse en la potencia hegemónica, y en parte como una revolución "antisistémica" (es decir, anticapitalista) en la historia del moderno sistema-mundo, revolución que, esencialmente, fracasó.

Hemos sostenido que el moderno sistema-mundo tiene dos grandes procesos cíclicos. Uno es el de los ciclos de Kondratieff, más o menos de cincuenta o sesenta años de duración, ciclos de expansión y estancamiento en la economía-mundo en su conjunto. El segundo gran proceso cíclico es mucho más lento. Es el del ascenso y la declinación de las potencias hegemónicas en el sistema interestatal. En el volumen II explicamos cómo las Provincias Unidas (hoy Países Bajos) alcanzaron el estatus de potencia hegemónica a mediados del siglo XVII. Y en el volumen III explicamos cómo fue capaz Gran Bretaña de convertirse en la potencia hegemónica tras la derrota de Francia en la "guerra mundial" revolucionaria-napoleónica de 1792-1815.

Por último, relatamos en el volumen III la segunda gran expansión geográfica de las fronteras funcionales de la economía-mundo capitalista. Explicamos los procesos por los cuales cuatro zonas que habían estado esencialmente fuera de la economía-mundo capitalista (Rusia, el imperio otomano, el subcontinente indio y África occidental) fueron jaladas hacia ella y transformadas —económica, política y socialmente— como resultado de esta inclusión.

Por lo tanto, cuando llegamos al momento de narrar la historia del largo siglo XIX, nos basamos en los análisis realizados en los tres primeros volúmenes. El moderno sistema-mundo había sido una economía-mundo capitalista desde el largo siglo XVI. Gran Bretaña fue la potencia hegemónica a mediados del siglo XIX. Los límites efectivos del moderno sistema-mundo se habían expandido, aunque aún no incluían a la totalidad del globo. La tercera y última expansión habría de producirse a finales del siglo XIX y principios del XX. Éstas eran

historias que no necesitábamos volver a contar en este volumen. (En el prefacio explicamos por qué estábamos posponiendo la historia de la tercera y última expansión del moderno sistema-mundo hasta el volumen v.)

Más bien escogimos concentrarnos, en este volumen, en lo que nos parecía novedoso del largo siglo XIX. A ese elemento nuevo lo denominamos el "triunfo del liberalismo centrista". Desde luego, no somos los primeros en observar la fuerza del liberalismo como ideología en el siglo XIX. Pero nuestro enfoque de esta cuestión es algo diferente del de otros especialistas. Esto requirió, entre otras cosas, revisar la difícil historia terminológica del término "liberalismo" y la confusión que sus usos ambiguos han creado para un análisis convincente de la realidad ideológica.

Para atender esta tarea teníamos que plantear, antes que nada, que había algo que todavía no se había alcanzado en el desarrollo histórico del moderno sistema-mundo: la creación de lo que denominamos su geocultura. Por geocultura entendemos valores muy ampliamente compartidos por todo el sistema-mundo, tanto explícita como latentemente.

Hemos afirmado que, hasta el largo siglo XIX, había habido una disyunción entre la economía política del sistema-mundo y su retórica discursiva. En este libro hemos sostenido que fue el impacto cultural de la Revolución francesa el que hizo imperativo superar esta distribución por medio del desarrollo de las tres principales ideologías del moderno sistema-mundo: el conservadurismo, el liberalismo y el radicalismo.

Hemos procurado explicar cómo es que el liberalismo ha sido siempre una doctrina centrista, ni de izquierda ni de derecha. Sostuvimos que ninguna de las tres ideologías era, en la práctica, antiestatista, aunque las tres pretendían serlo. Y procuramos demostrar las formas en las que el liberalismo centrista "amansó" a las otras dos ideologías, transformándolas prácticamente en avatares del liberalismo centrista. De esta forma pudimos afirmar que para finales del largo siglo XIX el liberalismo centrista era la doctrina predominante de la geocultura del sistema-mundo.

Desarrollamos en detalle cómo el liberalismo centrista impuso su ideología en tres esferas cruciales. La primera fue la creación de "estados liberales" en las regiones centrales del sistema-mundo, en lo cual Gran Bretaña y Francia fueron los ejemplos iniciales y más destacados.

La segunda fue el esfuerzo por transformar la doctrina de la ciudadanía, de ser una de inclusión, a ser una de exclusión. Lo ilustramos con referencia a tres grupos esenciales que fueron excluidos: las mujeres, las clases trabajadoras (carentes de propiedad y frecuentemente iletradas) y las "minorías" étnicas/raciales. La tercera fue el surgimiento de las ciencias sociales históricas como reflejos de la ideología liberal y como modelos para permitir que los grupos dominantes controlasen a los estratos dominados.

Hemos planteado este análisis con toda la evidencia empírica que pudimos recabar, y con los argumentos teóricos que fuimos capaces de reunir. Se plantea que es el caso que se adapta a la totalidad de la realidad social del mundo mejor que formas alternas de explicar el largo siglo XIX.

BIBLIOGRAFÍA

Abel, Wilhelm, 1973, *Crises agraires en Europe, XIIe-XXe siècle*, París, Flammarion.

Abensour, Léon, 1913, *Le féminisme sous le règne de Louis-Philippe et en 1848*, París, Plon-Nourrit.

—, 1923, *La femme et le féminisme avant la révolution*, París, E. Leroux.

Abrams, Philip, 1968, *The origins of British sociology, 1834-1914*, Chicago, University of Chicago Press.

Abray, Jane, 1975, "Feminism in the French revolution", *American Historical Review* 80, núm. 1, febrero: 43-62.

Adas, Michael, 1989, *Machines as the measure of men: Science, technology, and the ideologies of dominance*, Ithaca, Cornell University Press.

Adler, Laure, 1979, *A l'aube du féminisme: Les premières journalistes (1830-1850)*, París, Payot.

Aelders, Etta Palm, d', 1791, *Appel aux françaises sur la régénération des mœurs et nécessité de l'influence des femmes dans un gouvernement libre*, París, L'Imprimerie du Cercle Social.

Ageron, Charles-Robert, 1963, "Jaurès et les socialistes français devant la question algérienne (de 1893 à 1914)", *Le Mouvement Social*, núm. 42, enero-marzo: 3-29.

Aguet, Jean-Pierre, 1954, *Contribution à l'histoire du mouvement ouvrier français: Les grèves sous la Monarchie de Juillet (1830-1847)*, Ginebra, Droz.

Agulhon, Maurice, 1970, *Une ville ouvrière au temps du socialisme utopique: Toulon de 1815 à 1851*, París y La Haya, Mouton.

—, 1973, *1848, ou l'apprentissage de la République, 1848-1852*, vol. 8 de *Nouvelle histoire de la France contemporaine*, París, Éd. du Seuil.

—, 1979, *La République au village*, nueva edición, aumentada con un prefacio, París, Éd. du Seuil.

—, 1998, "1848, l'année du suffrage universel", *Le Monde*, 1-2 de marzo, p, 12.

Albistur, Maïté y Daniel Armogathe, 1977, *Histoire du féminisme français du Moyen Âge à nos jours*, París, Éd. de Femmes.

Aldcroft, D. H., 1964, "The entrepreneur and the British economy, 1870-1913", *Economic History Review*, n.s., 17, núm. 1, agosto: 113-134.

—, 1968, "Introduction, British industry and foreign competition, 1875-1914", en D. H. Aldcroft (ed.), *The development of British industry and foreign competition, 1875-1914*, pp. 11-36, Londres, George Allen & Unwin.

Alexander, Sally, 1984, "Women, class, and sexual differences in the 1830s and 1840s: Some reflections on the writing of a feminist history", *History Workshop Journal*, núm. 17, primavera: 125-149.

Allen, Ann Taylor, 1991, *Feminism and motherhood in Germany, 1800-1914*, New Brunswick, Rutgers University Press.

Allen, Judith, 1990, "Contextualising late nineteenth century feminism: Problems and comparisons", *Journal of the Canadian Historical Association*, n.s., 1: 17-36.

Allen, Robert, 1979, "International competition in iron and steel, 1850-1913", *Journal of Economic History* 39, núm. 4 diciembre: 911-937.

Amin, Samir, 1979, *Classe et nation, dans l'histoire et la crise contemporaine*, París, Éd. du Minuit.

——, 1989, *Eurocentrism*, Nueva York, Monthly Review Press.

Aminzade, Ronald, 1982, "French strike development and class struggle", *Social Science History* 4, núm. 1, invierno: 57-79.

Anderson, Benedict, 1991, *Imagined communities: Reflections on the origin and spread of nationalism*, ed. rev., Londres, Verso.

Andreucci, Franco, 1971, "Engels, la questione coloniale e la rivoluzione in occidente", *Studi Storici* 12, núm. 3, julio-septiembre: 437-479.

——, 1979, "La questione coloniale e l'imperialismo", en *Il marxismo dell'età della Seconda Internazionale*, vol. 2 de *Storia del marxismo*, 865-893, Turín, Einaudi.

——, 1982, "The diffusion of Marxism in Italy during the Late nineteenth century", en R. Samuel y G. S. Jones (eds.), *Culture, ideology, and politics, Essays for Eric Hobsbawm*, pp. 214-227, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Andrews, John R., 1918, "Nationalisation (1860-1877)", en J. R. Commons *et al.*, *History of labour in the United States*, pp. 1-191, Nueva York, Macmillan.

Angenot, Marc, 1993, *L'utopie collectiviste: Le grand récit socialiste sous la Deuxième Internationale*, París, Presses Universitaires de France.

Anónimo, 1869, "The past and future of conservative policy", *London Quarterly Review* 127, núm. 254, octubre: 283-295.

Anteghini, Alessandra, 1988, *Socialismo e femminismo nella Francia del XIX secolo*, Jenny D'Héricourt, Génova, ECIG.

Applewhite, Harriet B. y Darline Gay Levy, 1984, "Women, democracy, and revolution in Paris, 1789-1794", en Samia I. Spencer (ed.), *French women and the age of Enlightenment*, pp. 64-79, Bloomington, Indiana University Press.

Applewhite, Harriet B. y Darline Gay Levy (eds.), 1990, *Women and politics in the age of democratic revolution*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Armstrong, Sinclair W., 1942, "The internationalism of the early social democrats of Germany", *American Historical Review* 47, núm. 2, enero: 245-258.

Aron, Raymond, 1950, *La sociologie allemande contemporaine*, París, Presses Universitaires de France, 2a. ed.

Arrighi, Giovanni, 1994, *The long twentieth century: Money, power, and the origins of our times*, Londres, Verso.

Ashley, Percy, 1920, *Modern tariff history, Germany-United States-France*, Nueva York, Dutton.

Auclert, Hubertine, 1879, *Égalité sociale et politique de la femme et de l'homme: Dis-*

cours prononcé au Congrès Ouvrier Socialiste de Marseille, Marsella, Imp. Commerciale A. Thomas.
—, 1976, "Rapport du Troisième Congrès Ouvrier, Marseille, 20-31 octobre 1879", *Romantisme*, núms. 13-14: 123-129.
—, 1982, *La Citoyenne: Articles de 1881 à 1891*, prefacio y comentarios de Edith Tareb, París, Syros.
Aulard, Alphonse, 1911, *Napoléon Ier et le monopole universitaire*, París, Lib. Armand Colin.
Aydelotte, William O., 1962, "The business interests of the gentry in the parliament of 1841-47", en G. Kitson Clark, *The Making of Victorian England*, pp. 290-305, Londres, Methuen.
—, 1963, "Voting patterns in British House of Commons in the 1840s", *Comparative Studies in Society and History* 5, núm. 2, enero: 134-163.
—, 1966, "Parties and issues in early Victorian England", *Journal of British Studies* 5, núm. 2, mayo: 95-101.
—, 1967, "The conservative and radical interpretation of early Victorian social legislation", *Victorian Studies* 11, núm. 2, diciembre: 225-236.
—, 1972, "The disintegration of the Conservative Party in the 1840s: A study in political attitudes", en W. O. Aydelotte *et al.* (eds.), *The dimensions of quantitative research in history*, pp. 319-346, Princeton, Princeton University Press.
Babel, Antony, 1934, "Jacques Necker et les origines de l'interventionnisme", en *Mélanges d'économie politique et sociale offerts à M. Edgard Milhaud*, pp. 25-44, París, Presses Universitaires de France.
Bairoch, Paul, 1962, "Le mythe de la croissance économique rapide au XIXe siècle", *La Revue de l'Institut de Sociologie* 35, núm. 2: 307-331.
—, 1965, "Niveaux de développement économique de 1810 à 1910", *Annales E.S.C.* 20, núm. 6, noviembre-diciembre: 1091-1117.
—, 1970, "Commerce extérieur et développement économique, quelques enseignements de l'expérience libre-échangiste en France", *Revue Économique* 21, núm. 1, enero: 1-23.
—, 1972, "Free trade and European economic development in the 19th century", *European Economic Review* 3: 211-245.
—, 1973, "European foreign trade in the XIXth century. The development of the value and volume of exports (preliminary results)", *Journal of European Economic History* 2, núm. 1, primavera: 5-36.
—, 1974a, *Révolution industrielle et sous-développement*, 4a. ed., París y La Haya, E.P.H.E./Mouton, vie section.
—, 1974b, "Geographical structure and trade balance of European foreign trade from 1800 to 1970", *Journal of European Economic History* 3, núm. 3, invierno: 557-608.
—, 1976a. *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au XIXe siècle*, París, Mouton.
—, 1976b, "Reply to Mr. Gunder Frank's commentary", *Journal of European Economic History* 5, núm. 2, otoño: 473-474.

——, 1976c, "Europe's gross national product, 1800-1975", *Journal of European Economic History* 5, núm. 2, otoño: 273-340.

——, 1982, "International industrialization levels from 1750 to 1980", *Journal of European Economic History* 11, núm. 2, otoño: 269-333.

——, 1989, "European trade policy, 1815-1914", en P. Mathias y S. Pollard (eds.), *The industrial economies: The development of economic and social policies*, pp. 1-161, *Cambridge Economic History of Europe* 8, Cambridge, Cambridge University Press.

——, 1997, *Victoires et déboires: Histoire économique et sociale du monde du XVIe siècle à nos jours*, vol. 2, Collection Folio/Histoire, París, Gallimard.

——, 1999, *L'agriculture des pays développés, 1800 à nos jours: Production, productivité, rendements*, París, Economica.

Baker, Houston A., Jr, 1987, *Modernism and the Harlem Renaissance*, Chicago, University of Chicago Press.

Baker, Keith Michael, 1964, "The early history of the term 'social science'", *Annals of Science* 20, núm. 3, septiembre: 211-226.

——, 1988, "Souveraineté", en F. Furet y M. Ozouf, *Dictionnaire critique de la Révolution française*, pp. 888-902, París, Flammarion.

Baker, Paula, 1984, "The domestication of politics", *American Historical Review* 89, núm. 3, junio: 620-647.

Baldwin, Robert E., 1953, "Britain's foreign balance and terms of trade", *Explorations in Entrepreneurial History* 5, núm. 4, mayo: 248-252.

Balibar, Étienne e Immanuel Wallerstein, 1988, *Race, nation, classe. Identités ambigües*, París, La Découverte.

Ballot, Charles, 1923, *L'introduction du machinisme dans l'industrie française*, Lille, O. Marquant.

Balzac, Honoré de, 1897, *The country parson* y *Albert Savaron*, Filadelfia, Gerric Publishing.

Banks, Olive, 1981, *Faces of feminism: A study of feminism as a social movement*, Oxford, Martin Robertson.

Bannerji, Himani, 1995, "Beyond the ruling category to what actually happens: Notes on James Mill's historiography in *The history of British India*", en M. Campbell y A. Manicom (eds.), *Knowledge, experience, and ruling relations: Studies in the social organization of knowledge*, pp. 49-64, Toronto, University of Toronto Press.

Barbano, Filippo, 1985, "Sociologia e positivismo in Italia, 1850-1910: Un capitolo di sociologia storica", en F. Barbano y G. Sola, *Sociologia e scienze sociale in Italia, 1861-1890: Introduzione critiche e repertorio bibliografico*, pp. 7-73, Milán, Franco Angeli.

Barkan, Elazar, 1992, *The retreat of scientific racism: Changing concepts of race in Britain and the United States between the world wars*, Cambridge, Cambridge University Press.

Barker-Benfield, G. J., 1989, "Mary Wollstonecraft, eighteenth-century Commonwealth woman", *Journal of the History of Ideas* 50, núm. 1, enero-marzo: 95-116.

Barnave, Antoine, 1988 [*circa* 1792-1793], *De la Révolution et de la Constitution*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble.

Barret-Ducrocq, Françoise, 1991, *Pauvreté, charité et morale à Londres au XIXe siècle: Une sainte violence*, París, Presses Universitaires de France.

Barret-Kriegel, Blandine, 1988, *Les historiens et la monarchie*, vol. 3, *Les académies et l'histoire*, París, Presses Universitaires de France.

Barrows, Susanna, 1981, *Distorting mirrors: Visions of the crowd in late nineteenth-century France*, New Haven, Yale University Press.

Barry, Kathleen, 1988, *Susan B. Anthony: A biography of a singular feminist*, Nueva York, New York University Press.

Bartier, John, 1948, "1848 en Belgique", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 1, pp. 355-371, París, Éd. du Minuit.

Barzun, Jacques, 1943, *Romanticism and the modern ego*, Boston, Little, Brown.

—, 1961, *Classic, romantic, and modern*, Boston, 2a. ed. revisada, Little, Brown.

Basch, Françoise, 1986, "Women's rights and the wrongs of marriage in mid-nineteenth century America", *History Workshop Journal*, núm. 22, otoño: 18-40.

Baster, Albert, 1934, "The origins of British banking expansion in the Near East", *Economic History Review* 5, núm. 1, octubre: 76-86.

Bastid, Paul, 1953, "La théorie juridique des Chartes", *Revue Internationale d'Histoire Politique et Constitutionelle*, n.s., 3, núm. 11, julio-septiembre: 163-175.

—, 1970, *Siéyès et sa pensée*, nueva edición, revisada y aumentada, París, Hachette.

Baudis, Dieter y Helga Nussbaum, 1978, *Wirtschaft und Staat in Deutschland von Ende des 19. Jahrhunderts bis 1918/19*, Vaduz, Topos.

Bauman, Zygmunt, 1986-1987, "The left as the counterculture of modernity", *Telos*, núm. 70, invierno: 81-93.

Bayly, C. A., 1989, *Imperial meridian: The British Empire and the World, 1780-1830*, Londres, Longman.

Beales, H. L., 1934, "The 'great depression' in industry and trade", *Economic History Review* 5, núm. 1, octubre: 65-75.

Bebel, August, 1988, *Woman in the Past, Present and Future*, Londres, Zwan.

Bécarud, Jean, 1953, "La noblesse dans les Chambres (1815-1848)", *Revue Internationale d'Histoire Politique et Constitutionelle*, n.s., 3, núm. 11, julio-septiembre: 189-205.

Bédarida, François, 1965, "Le socialisme et la nation: James Connolly et l'Irlande", *Le Mouvement Social*, núm. 52, julio-septiembre: 3-31.

—, 1979, "Le socialisme en Angleterre jusqu'en 1848", en J. Droz (ed.), *Des origines à 1875*, pp. 257-330, vol. 1 de *Histoire générale du socialisme*, París, Presses Universitaires de France.

Bederman, Gail, 1995, *Manliness and civilization: A cultural history of gender and race in the United States, 1880-1917*, Chicago, University of Chicago Press.

Beiser, Frederick C., 1992, *Enlightenment, revolution, and romanticism: The genesis of modern German political thought, 1790-1800*, Cambridge, Harvard University Press.

Belloni, Pier Paolo, 1979, "Lotte di classe, sindicalismo e riformismo a Torino 1898-1910", en A. Agosti y G. M. Bravo (eds.), *L'età giolittiana, la guerra e il dopoguerra*, pp. 43-137, vol. 2 de *Storia del movimento operaio, del socialismo e delle lotte sociale in Piemonte*, Bari, De Donato.

Beloff, Max, 1974, "1848-1948, A retrospect", en G. Woodcock (ed.), *A hundred years of revolution, 1848 and after*, pp. 41-59, Nueva York, Haskell House.

Benaerts, Pierre *et al.*, 1968, *Nationalité et nationalisme, 1860-1878, Peuples et civilisations* 17, París, Presses Universitaires de France.

Bendix, Reinhard, 1964, *Nation-building and citizenship: Studies of our changing social order*, Nueva York, Wiley.

Bénéton, Philippe, 1988, *Le conservatisme*, Que sais-je?, 2410, París, Presses Universitaires de France.

Bennett, George (ed.), 1953, *The concept of empire: Burke to Attlee, 1774-1947*, Londres, Adam & Charles Black.

Bennett, Jennifer, 1982, "The democratic association, 1837-41: A study in London radicalism", en J. Epstein y D. Thompson (eds.), *The chartist experience: Studies in working-class radicalism and culture, 1830-1860*, pp. 87-119, Londres, Macmillan.

Benson, Donald R., 1985, "Facts and constructs: Victorian humanists and scientific theorists on scientific knowledge", en J. Paradis y T. Postlewait (eds.), *Victorian science and Victorian values: Literary Perspectives*, pp. 299-318, New Brunswick, Rutgers University Press.

Berend, Ivan T., 1996, "Instabilità, crisi economiche, rapporto centro-periferia", en P. Bairoch y E. J. Hobsbawm (eds.), *L'età contemporanea, Secolo XIX-XX*, pp. 175-222, vol. 5 de *Storia d'Europa*, Turín, Einaudi.

Berg, Barbara J., 1978, *The remembered gate: Origins of American feminism: The woman and the city, 1800-1860*, Nueva York, Oxford University Press.

Berg, Maxime, 1993, "What difference did women's work make to the industrial revolution?", *History Workshop Journal*, núm. 35, primavera: 22-44.

Bergounioux, Alain y Bernard Maini, 1979, *La Social-démocratie ou le compromis*, París, Presses Universitaires de France.

Berlinerblau, Jacques, 1999, *Heresy in the university: The Black Athena controversy and the responsibilities of American intellectuals*, New Brunswick, Rutgers University Press.

Bernal, J. D., 1953, *Science and industry in the nineteenth century*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Bernal, Martin, 1987, *The fabrication of Ancient Greece, 1785-1985*, vol. 1 de *Black Athena: The Afroasiatic roots of Classical civilization*, New Brunswick, Rutgers University Press.

——, 1991, *The archaeological and documentary evidence*, vol. 2 de *Black Athena:*

The Afroasiatic roots of Classical civilization, New Brunswick, Rutgers University Press.

—, 2006, *The linguistic evidence*, vol. 3 de *Black Athena: The Afroasiatic roots of Classical civilization*, New Brunswick, Rutgers University Press.

Bernard, L. L. y Jessie Bernard, 1943, *Origins of American sociology: The social science movement in the United States*, Nueva York, Thomas Y. Crowell.

Bernstein, Samuel, 1948, "Saint-Simon's philosophy of history", *Science and Society*, 12, núm. 1, invierno: 82-96.

—, 1952, "The First International and the great powers", *Science and Society* 16, núm. 3, verano: 247-272.

Berry, Christopher J., 1981, "Nations and norms", *Review of Politics* 43, núm. 1, enero: 75-87.

Bertier de Sauvigny, G. de, 1970, "Liberalism, nationalism and socialism: The birth of three words", *Review of Politics* 32, núm. 2, abril: 147-166.

Besnard, Philippe, 1979, "La formation de l'équipe de l'Année Sociologique", *Revue Française de Sociologie* 20, núm. 1, enero-marzo: 7-32.

Bessel, Richard, 1990, "Workers, politics and power in modern German history: Some recent writing on the German labour movement and the German working class in the nineteenth and twentieth centuries", *Historical Journal* 33, núm. 1: 211-226.

Betley, Jan Andrzej, 1960, *Belgium and Poland in international relations, 1830-1831*, La Haya, Mouton.

Betts, Raymond F., 1982, "The French colonial empire and the French worldview", en R. Ross (ed.), *Racism and Colonialism: Essays on ideology and social structure*, pp. 65-77, La Haya, Nijhoff, para Leiden University Press.

Bezucha, Robert J., 1974, *The Lyon uprising of 1834: Social and political conflict in the early July Monarchy*, Cambridge, Harvard University Press.

Biagini, Eugenio F., 1991, "Popular liberals, Gladstonian finance and the debate on taxation, 1860-1874", en E. F. Biagini y A. J. Reid (eds.), *Currents of radicalism, popular radicalism, organised labour and party politics in Britain, 1850-1914*, pp. 134-162, Cambridge, Cambridge University Press.

Biagini, Eugenio F. y Alastair J. Reid, 1991, "Currents of radicalism, 1800-1914", en E. F. Biagini y A. J. Reid (eds.), *Currents of radicalism: Popular radicalism, organised labour and party politics in Britain, 1850-1914*, pp. 1-19, Cambridge, Cambridge University Press.

Bidelman, Patrick K., 1982, *Pariahs stand up! The founding of the liberal feminist movement in France, 1858-1889*, Westport, Greenwood Press.

Bigaran, Maria Pia, 1982, "Mutamenti dell'emancipazionismo alla vigilia della grande guerra: I periodici feministe italiani del primo novecento", *Memoria, Rivista di Storia delle Donne*, núm. 4, junio: 125-132.

Billig, Michael, 1982, 1983, "The origins of race psychology", partes 1 y 2, *Patterns of Prejudice* 16, núm. 3, julio, 1982: 3-16; 17, núm. 1, enero, 1983: 25-31.

Billington, James H., 1980, *Fire in the minds of men: Origins of revolutionary faith*, Nueva York, Basic Books.

Birnbaum, Pierre, 1976, "La conception durkheimienne de l'état: L'apoliticisme des fonctionnaires", *Revue Française de Sociologie* 17, núm. 2, abril-junio: 247-258.

Black, Eugene, 1988, *The social politics of Anglo-Jewry, 1880-1920*, Oxford, Blackwell.

Black, R. D. Collison, 1953, "The classical economists and the Irish problem", *Oxford Economic Papers*, n.s., 5, núm. 1 marzo: 26-40.

——, 1960, *Economic thought and the Irish question, 1817-70*, Cambridge, Cambridge University Press.

Blackbourn, David, 1977, "The Mittelstand in German society and politics, 1871-1914", *Social History*, núm. 4, enero: 409-433.

——, 1984, "The discreet charm of the bourgeoisie: Reappraising German history in the nineteenth century", en D. Blackbourn y G. Eley (eds.), *The peculiarities of German history: Bourgeois society and politics in nineteenth-century Germany*, pp. 157-292, Nueva York, Oxford University Press.

——, 1986, "The politics of demagogy in Imperial Germany", *Past and Present*, núm. 113, noviembre: 152-184.

——, 1988, "Progress and party: Liberalism, Catholicism and the state in imperial Germany", *History Workshop Journal*, núm. 26, otoño: 57-78.

Blackburn, Robin, 1988, *The overthrow of colonial slavery, 1776-1848*, Londres, Verso.

Blanc, Louis, 1841-1844, *Révolution française: Histoire des 10 ans, 1830-1840*, 5 vols. (1, 1841; 2, 1842; 3, 1843; 4, 1844; 5, 1844), París, Pagnerre.

Blanc, Olivier, 1981, *Olympe de Gouges*, París, Syros.

Blanchard, Marcel, 1956, Le Second Empire, 2a. ed. revisada, París, Lib. A. Colin.

Blanning, T. C. W., 1989, "The French Revolution and the modernization of Germany", *Central European History* 22, núm. 2: 109-129.

Blocker, Jack S., Jr., 1985, "Separate paths, suffragists and the women's temperance crusade", *Signs* 10, núm. 3, primavera: 460-476.

Bloom, Solomon F., 1941, *The world of nations: A study of the national implications in the work of Karl Marx*, Nueva York, Columbia University Press.

Blue, Gregory, 1999, "Gobineau on China, race theory, the 'yellow peril', and the critique of modernity", *Journal of World History* 10, núm. 1, primavera: 93-139.

Bock, Hans Manfred, 1976, *Geschichte des linken Radikalismus in Deutschland*, Francfort, Suhrkamp.

Böhme, Helmut, 1967, "Big-business pressure groups and Bismarck's turn to protectionism, 1873-79", *Historical Journal* 10, núm. 2: 218-236.

Bolt, Christine, 2004, *Sisterhood questioned? Race, class and the internationalization in the American and British women's movements, c. 1880s-1970s*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Bonald, Louis de, 1988 [1802], *Législation primitive considérée par la raison*, París, Éd. Jean-Michel Place.

Boon, H. N, 1936, *Rêve et réalité dans l'œuvre économique et sociale de Napoléon III*, La Haya, Martinus Nijhoff.
Bortolotti, Franca Pieroni, 1963, *Alle origini del movimento femminile in Italia, 1848-1892*, Roma, Einaudi.
—, 1974, *Socialismo e questione femminile in Italia, 1892-1922*, Milán, G. Mazzotta.
—, Franca Pieroni, 1978, "Anna Kuliscioff e la questione femminile", en *Anna Kuliscioff e l'età del riformismo: Atti del Convegno di Milano, 1976*, pp. 104-139, Roma, Mondo Operaio/Ed. Avanti!
Bourel, J.-F., y J. Le Bouil, 1973, "Sur le concept de 'clase media' dans la pensée bourgeoise en Espagne au XIXe siècle", en *La question de la "bourgeoisie" dans le monde hispanique au XIXe siècle*, pp. 137-151, Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques, fasc. 45, Burdeos, Bière. [Discussion, pp. 152-160.]
Bouglé, Célestin, 1918, "Le féminisme saint-simonien", en *Chez les prophètes socialistes*, pp. 57-110, París, Félix Alcan.
Bouillon, Jacques, 1956, "Les démocrates-socialistes aux élections de 1849", *Revue Française de Sciences Politiques*, 6, núm. 1, enero-marzo: 70-95.
Boulle, Pierre H., 1988, "In defense of slavery: Eighteenth-century opposition to abolition and the origins of racist ideology of France", en Frederick Krantz (ed.), *History from below: Studies in popular protest, and popular ideology*, pp. 219-246, Londres, Basil Blackwell.
Bourgin, Georges, 1913, "La législation ouvrière du Second Empire", *Revue des Études Napoléoniennes*, año 2, IV, septiembre: 220-236.
—, 1939, *La guerre de 1870-1871 et la Commune*, París, Éd. Nationales.
—, 1947, "La crise ouvrière à Paris dans la seconde moitié de 1830", *Revue Historique*, año 71, núm. CXCVIII, octubre-diciembre: 203-214.
—, 1948, "La Révolution de 1848 en France", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 1, pp. 165-253, París, Éd. du Minuit.
Bourguet, Marie-Noëlle, 1976, "Race et histoire: L'image officielle de la France en 1800", *Annales E.S.C.* 31, núm. 4, julio-agosto: 802-823.
Bouvier, Jean, 1967, *Les Rothschild*, París, Le club français du livre.
Bouvier, Jean, François Furet y Marcel Gillet, 1965, *Le mouvement du profit en France au XIXe siècle*, París y La Haya, Mouton.
Bouvier, Jeanne, 1931, *Les femmes pendant la Révolution*, París, Éd. Eugène Figuière.
Bowler, Peter, 1984, "E. W. MacBride's Lamarckian eugenics and its implications for the social construction of scientific knowledge", *Annals of Science* 41, núm. 3: 245-260.
Bowles, Robert C., 1960, "The reaction of Charles Fourier to the French Revolution", *French Historical Studies* 1, núm. 3, primavera: 348-356.
Boxer, Marilyn, 1982, "'First wave' feminism in nineteenth-century France Class, family and religion", *Women's Studies International Forum* 5, núm. 6 551-559.

Boyle, John W., 1965, "Le développement du mouvement ouvrier irlandais de 1880 à 1907", *Mouvement Social*, núm. 52, julio-septiembre: 33-53.

Bramson, Leon, 1974, *The political context of sociology*, Princeton, Princeton University Press.

Brass, Paul R., 1991, *Ethnicity and nationalism: Theory and comparison*, Nueva Delhi, Sage.

Brebner, J. Bartlett, 1930, "Joseph Howe and the Crimean War enlistment controversy between Great Britain and the United States", *Canadian Historical Review* 11, núm. 4, diciembre: 300-327.

——, 1948, "Halévy, diagnostician of modern Britain", *Thought* 13: 101-113.

Briavoinne, Natalis, 1839, *De l'industrie en Belgique: Causes de décadence et de prospérité: La situation actuelle*, vol. 1, Bruselas, Eugène Dubois.

Bridges, Amy, 1986, "Becoming American: The working classes in the United States before the Civil War", en I. Katznelson y A. R. Zolberg (eds.), *Working class formation, nineteenth-century patterns in Western Europe and the United States*, pp. 157-196, Princeton, Princeton University Press.

Briggs, Asa, 1956, "Middle-class consciousness in English politics, 1780-1846", *Past and Present*, núm. 9, abril: 65-74.

——, 1959, *The age of improvement*, Londres, Longmans, Green.

——, 1960, "The language of 'class' in early nineteenth-century England", en A. Briggs y J. Saville, *Essays in Labour History*, 1, pp. 43-73, Londres, Macmillan.

——, 1967, *William Cobbett*, Londres, Oxford University Press.

Bristow, Edward, 1974, "Profit-sharing, socialism and labour unrest", en K. D. Brown (ed.), *Essays in anti-labour history*, pp. 262-289, Londres, Macmillan.

Brock, W. R., 1941, *Lord Liverpool and liberal toryism, 1820 to 1827*, Cambridge, Cambridge University Press.

Broder, André, 1976, "Le commerce extérieur: L'échec de la conquête d'une position internationale", en F. Braudel y E. Labrousse (eds.), *Histoire économique et sociale de la France*, vol. 3, *L'avènement de l'ère industrielle (1879-années 1880)*, 1, pp. 305-346, París, Presses Universitaires de France.

Bron, Jean, 1968, *Le droit à l'existence, du début du XIXe siècle à 1884*, vol. 1 de *Histoire du mouvement ouvrier français*, París, Éd. Ouvrières.

——, 1970, *La contestation du capitalisme par les travailleurs organisés (1884-1950)*: *Histoire du mouvement ouvrier français*, vol. 2, París, Éd. Ouvrières.

Brown, Kenneth D. (ed.), 1976, *Essays in Anti-Labour History*, Londres, Macmillan.

Brown, Lucy, 1958, *The Board of Trade and the free-trade movement, 1830-42*, Oxford, Clarendon Press.

Bruhat, Jean, 1952, *Des origines à la révolte des canuts*, vol. 1 de *Histoire du mouvement ouvrier français*, París, Éd. Sociales.

——, 1972, "Le socialisme française de 1815 à 1848", en J. Droz (ed.), *Des origines à 1875*, pp. 331-406, vol. 1 de *Histoire générale du socialisme*, París, Presses Universitaires de France.

Bruhat, Jean, J. Dautry y E. Tersen, 1960, *La Commune de 1871*, París, Éd. Sociales.

Brunet, Georges, 1925, *Le mysticisme social de Saint-Simon*, París, Les Presses Françaises.

Brunot, Ferdinand y Charles Bruneau, 1937, *Précis de grammaire historique de la langue française*, ed. rev., París, Masson.

Bruun, Geoffrey, 1938, *Europe and the French Imperium*, Nueva York, Harpers.

Bryson, Gladys, 1932, "The emergence of social science from moral philosophy", *International Journal of Ethics* 42, núm. 3, abril: 302-323.

—, 1945, *Man and society: The Scottish inquiry of the eighteenth century*, Princeton, Princeton University Press.

Buck, Paul, 1965, *Introduction to Social sciences at Harvard, 1860-1920: The inculcation of the open mind*, en P. Buck (ed.): 1-17, Cambridge, Harvard University Press.

Bud, Robert y K. Gerrylynn Roberts, 1984, *Science versus practice: chemistry in Victorian Britain*, Manchester, Manchester University Press.

Buechler, Steven M., 1987, "Elizabeth Boynton Harbert and the women's suffrage movement, 1870-1896", *Signs* 13, núm. 1, otoño: 78-97.

—, 1990, *Women's movements in the United States: Women's suffrage, equal rights and beyond*, New Brunswick, Rutgers University Press.

Buer, M. C., 1921, "The Trade Depression following the Napoleonic Wars", *Economica* 1, núm. 2, mayo: 159-179.

Buhle, Mari Jo, 1981, *Women and American socialism, 1870-1920*, Urbana, University of Illinois Press.

Buhle, Mari Jo y Paul Buhle (eds.), 1978, *The concise history of women suffrage: Selections from the classical work of Stanton, Anthony, Gage and Harper*, Urbana, University of Illinois Press.

Bulmer, Martin, 1984, *The Chicago School of sociology: Institutionalization, diversity, and the rise of sociological research*, Chicago, University of Chicago Press.

Burdeau, Georges, 1979, *Le libéralisme*, París, Éd. du Seuil.

Burgess, Keith, 1975, *The origins of British industrial relations: The nineteenth-century experience*, Londres, Croom Helm.

Burke, Edmund, 1926, *The works of the Right Honorable Edmund Burke*, Londres, Oxford University Press.

Burke, Peter, 1988, "Ranke als Gegenrevolutionär", en W. J. Mommsen (ed.), *Leopold von Ranke und die moderne Geschichtswissenschaft*, pp. 189-200, Stuttgart, Klett-Cotta.

Burn, Duncan L., 1928, "Canada and the repeal of the Corn Laws", *Cambridge Historical Journal* 2, núm. 3: 252-272.

—, 1961, *The economic history of steelmaking, 1867-1939*, 2a. ed., Cambridge, Cambridge University Press.

Burn, W. L., 1949, "The age of equipoise: England, 1848-1868", *Nineteenth Century and After*, 146, julio-diciembre: 207-224.

—, 1964, *The age of equipoise: A study of the mid-Victorian Generation*, Londres, George Allen & Unwin.

Burnham, T. H. y G. O. Hoskins, 1943, *Iron and Steel in Britain, 1870-1930*, Londres, George Allen & Unwin.

Burns, Gene, 1990, "The politics of ideology: The Papal struggle with liberalism", *American Journal of Sociology* 95, núm. 5, marzo: 1123-1152.

Burton, Antoinette M., 1990, "The white woman's burden: British feminists and the Indian woman, 1865-1915", *Women's Studies International Forum* 13, núm. 4: 295-308.

Burwick, Frederick, 1996, *The damnation of Newton: Goethe's color theory and romantic perception*, Berlín, Walter de Gruyter.

Bury, J. P. T., 1948, "La Grande-Bretagne et la Révolution de 1848", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 1, pp. 401-448, París, Éd. du Minuit.

Bussemer, Herrad-Ulrike, 1985, *Frauenemanzipation und Bildungsbürgertum: Sozialgeschichte der Frauenbewegung in der Reichsgründungszeit*, Weinheim, Beltz Verlag.

Butterfield, Herbert, 1931, *The whig interpretation of history*, Londres, G. Bell & Sons.

Cahill, Gilbert A., 1957, "Irish Catholicism and English Toryism", *Review of Politics* 19, núm. 1, enero: 62-76.

Cain, P. J., 1980, *Economic foundations of British overseas expansion, 1815-1914*, Londres, Macmillan.

——, 1985, "J. A. Hobson: Financial capitalism and imperialism in late Victorian and Edwardian Britain", *Journal of Imperial and Commonwealth History* 13, núm. 3, mayo: 1-27.

Cain, P. J. y A. G. Hopkins, 1987, "Gentlemanly capitalism and British expansion overseas, II, New imperialism, 1850-1945", *Economic History Review*, n.s., 40, núm. 1, febrero: 1-26.

Caine, Barbara, 1978, "John Stuart Mill and the English women's movement", *Historical Studies* 18, núm. 70, abril: 52-67.

——, 1982a, "Beatrice Webb and the 'woman question'", *History Workshop Journal*, núm. 14 , otoño: 23-43.

——, 1982b, "Feminism, suffrage and the nineteenth-century English women's movement", *Women's Studies International Forum* 5, núm. 6: 537-550.

——, 1992, *Victorian feminists*, Nueva York, Oxford University Press.

Cairncross, A. K., 1949, "Internal migration in Victorian England", *Manchester School of Economic and Social Studies* 17, núm. 1: 67-87.

Calhoun, Craig, 1980, "Transition in social foundations for collective action", *Social Science History* 4, núm. 4, noviembre: 419-456.

——, 1982, *The question of class struggle: Social foundations of popular radicalism during the industrial revolution*, Chicago, University of Chicago Press.

Cameron, Rondo E., 1953, "The Crédit Mobilier and the economic development of Europe", *Journal of Political Economy* 61, núm. 6, diciembre: 461-488.

——, 1957a, "Profit, croissance et stagnation en France au XIXe siècle", *Économie Appliquée* 10, núms. 2-3, abril-septiembre: 409-444.

—, 1957b, "French finance and Italian unity: The Cavourian decade", *American Historical Review* 62, núm. 3, abril: 552-569.

—, 1957c, "Le développement économique de l'Europe du XIXe siècle. Le rôle de la France", *Annales E.S.C.*, 12, núm. 2, abril-junio: 243-257.

—, 1958, "Economic growth and stagnation in France, 1815-1914", *Journal of Modern History* 30, núm. 1, marzo: 1-13.

—, 1961, *France and the economic development of Europe, 1800-1914*, Princeton, Princeton University Press.

—, 1989, *A concise economic history of the world: From Paleolithic times to the present*, Nueva York, Oxford University Press.

Cameron, Rondo E., *et al.*, 1967, *Banking in the early stages of industrialization: A study in comparative economic history*, Nueva York, Oxford University Press.

Cameron, Rondo E. y Charles E. Freedeman, 1983, "French economic growth: A radical revision", *Social Science History* 7, núm. 1, invierno: 3-30.

Camparini, Aurelia, 1978a, "La questione femminile come problema de classe", en *Anna Kuliscioff e l'età del riformismo: Atti del Convegno di Milano, dicembre 1976*, pp. 318-328, Roma, Mondo Operaio/Ed. Avanti!

—, 1978b, *Questione femminile e Terza Internazionale*, Bari, De Donato.

Campbell, Stuart L., 1978, *The Second Empire revisited: A study in French historiography*, New Brunswick, Rutgers University Press.

Cantimori, Delio, 1948, "1848 en Italie", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 1, pp. 255-318, París, Éd. du Minuit.

Carlisle, Robert B., 1968, "Saint Simonian radicalism: A definition and a direction", *French Historical Studies* 5, núm. 4, otoño: 430-445.

Carlson, Andrew R., 1972, *Anarchism in Germany*, Metuchen, Scarecrow Press.

Carnot, Sadi, 1875, Prefacio a *La Révolution de 1848 et ses détracteurs*, de J. S. Mill, pp. v-xxx, París, Lib. Germer Baillière.

Caron, François, 1979, *An economic history of modern France*, Nueva York, Columbia University Press.

Carrère d'Encausse, Hélène, 1963, "La Révolution de 1905 au Turkestan", *Le Mouvement Social* 45, octubre-diciembre: 86-92.

—, 1971, "Unité prolétarienne et diversité nationale: Lénine et la théorie de l'autodétermination", *Revue Française de Science Politique* 21, núm. 2, abril: 221-255.

Casalini, Maria, 1981, "Femminismo e socialismo in Anna Kuliscioff, 1890-1907", *Italia Contemporanea* 33, núm. 143, abril-junio: 11-43.

Cashdollar, Charles D., 1989, *The transformation of theology, 1830-1890: Positivism and Protestant thought in Britain and America*, Princeton, Princeton University Press.

Catt, Carrie Chapman y Nettie Rogers Shuler, 1923, *Woman suffrage and politics: The inner story of the suffrage movement*, Nueva York, Charles Scribner's.

Cecil, lord Hugh, 1912, *Conservatism*, Londres, Williams & Northgage.

Cerati, Marie, 1966, *Le Club des Citoyennes Républicaines Révolutionnaires*, París, Éd. Sociales.

Césaire, Aimé, 1948, "Introduction, Victor Schoelcher et l'abolition de l'esclavage", en V. Schoelcher, *Esclavage et colonisation*, pp. 1-28, París, Presses Universitaires de France.

——, 1981, *Toussaint Louverture: La Révolution française et le problème colonial*, París, Présence Africaine.

Chafe, William, 1977, *Women and equality: Changing patterns in American culture*, Nueva York, Oxford University Press.

Chafetz, Janet Saltzman y Anthony Gary Dworkin, 1986, *Female revolt: Women's movements in world and historical perspective*, Totowa, Rowman & Allenheld.

Chandra, Bipan, 1979, *Nationalism and colonialism in modern India*, Nueva Delhi, Orient Longman.

Chapelle-Dulière, Jacqueline, 1981, "Le 'socialisme' de Frédéric Le Play (1806-1882), membre de la Commission du Luxembourg en 1848", *Revue de l'Institut de Sociologie* 4: 741-769.

Charlton, Donald Geoffrey, 1959, *Positivist thought in France during the Second Empire, 1852-1870*, Oxford, Clarendon Press.

Charvet, John, 1982, *Feminism*, Londres, Dent.

Chauvet, P., 1951, "Le coup d'état vu par un ouvrier", 1848, *Revue des Révolutions Contemporaines*, núm. 189, diciembre: 148-152.

Checkland, S. G., 1951, "The advent of academic economics in England", *Manchester School of Economic and Social Science*, n.s., 19, núm. 5, enero: 43-70.

——, 1964, *The rise of industrial society in England, 1815-1885*, Londres, Longmans.

Checkland, S. G. y E. O. A. Checkland, 1974, Introducción a S. G. y E. O. A. Checkland (eds.), *The Poor Law Report of 1834*, pp. 9-59, Harmondsworth, Penguin.

Chevalier, Louis, 1958, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du xixe siècle*, París, Plon.

Chlepner, B.-S., 1926, *La banque en Belgique: Étude historique et économique*, Bruselas, M. Lamertin.

——, 1931, "Les débuts du crédit industriel moderne", *Revue de l'Institut de Sociologie* 9, núm. 2, abril-junio: 293-316.

Church, R. A., 1975, *The Great Victorian Boom, 1850-1873*, Londres, Macmillan.

Church, Robert L., 1974, "Economists as experts, 1870-1920", en L. Stone (ed.), *The university in society*, 2, pp. 571-609, Princeton, Princeton University Press.

Clapham, J. H., 1910, "The last years of the navigation Acts", partes 1 y 2, *English Historical Review* 25, núm. 99, julio: 480-501; núm. 100, octubre: 687-707.

——, 1916, "The Spitalfield Acts, 1773-1824", *Economic Journal* 26, núm. 104, diciembre: 459-471.

—, 1930, *An economic history of modern Britain, 1, The early railway age, 1820-1850*, 2a. ed., Cambridge, Cambridge University Press.

—, 1932, *An economic history of modern Britain, 2, Free trade and steel, 1820-1850*, Cambridge, Cambridge University Press.

—, 1944, *The Bank of England, 1, 1694-1797*, Cambridge, Cambridge University Press.

Clark, Terry N., 1972, "Émile Durkheim and the French university: The institutionalization of sociology", en A. Oberschall (ed.), *The establishment of empirical sociology: Studies in continuity, discontinuity, and institutionalization*, pp. 152-186, Nueva York, Harper & Row.

—, 1973, *Prophets and patrons: The French university and the emergence of the social sciences*, Cambridge, Harvard University Press.

Clemens, Barbel, 1988, "*Menschenrechte haben kein Geschlecht*": *Zum Politikverständnis der Bürgerlichen Frauenbewegung*, Pfaffenweiler, Centaurus Verlagsgesellschaft.

Clements, R. V., 1955, "Trade unions and emigration, 1840-1880", *Population Studies* 9, núm. 2, noviembre: 167-180.

—, "British trade unions and popular political economy, 1850-1875", *Economic History Review*, n.s., 14, núm. 1, agosto: 93-104.

Coates, Willson H., 1950, "Benthamism, laissez-faire, and collectivism", *Journal of the History of Ideas* 11, núm. 3, junio: 357-363.

Coats, A. W., 1960, "The first two decades of the American Economic Association", *American Economic Review* 50, núm. 4, septiembre: 555-574.

Coats, A. W. y S. E. Coats, 1970, "The social composition of the Royal Economic Society and the beginnings of the British economics 'profession', 1890-1915", *British Journal of Sociology* 21, núm. 1, marzo: 73-85.

Cobb, Richard, 1970, *The police and the people: French popular protest, 1789-1820*, Oxford, Clarendon Press.

Cobban, Alfred, 1950, Introducción, en A. Cobban (ed.), *The debate on the French Revolution*, pp. 1-32, Londres, Nicholas Kaye.

—, 1967, "The 'middle class' in France, 1815-1848", *French Historical Studies* 5, primavera: 41-52.

Cobbe, Frances Power, 1881, *The duties of women*, Londres, Williams & Norgate.

Cohen, Philip N., 1996, "Nationalism and suffrage: Gender struggle in nation-building America", *Signs* 21, núm. 3, primavera: 717-727.

Cohen, William B., 1980, *The French encounter with Africans: White response to Blacks, 1530-1880*, Bloomington, Indiana University Press.

Cole, G. D. H., 1937, "British trade unionism in the third quarter of the nineteenth century", *International Review for Social History* 2: 1-22.

—, 1953, Socialist thought: The forerunners, 1789-1850, vol. 1 de *A history of socialist thought*, Nueva York, St. Martin's Press.

Cole, Juan, 2008, *Napoleon's Egypt: Invading the middle east*, Nueva York, Palgrave-Macmillan.

Cole, Stephen, 1972, "Continuity and institutionalization in science: A case study of failure", en A. Oberschall (ed.), *The establishment of empirical sociology: Studies in continuity, discontinuity, and institutionalization*, pp. 73-129, Nueva York, Harper & Row.

Coleman, Bruce, 1973, *The idea of the city in nineteenth-century Britain*, Boston, Routledge & Kegan Paul.

——, 1988, *Conservatism and the Conservative Party in nineteenth-century Britain*, Londres, Edward Arnold.

Collini, Stefan, 1978, "Sociology and idealism in Britain, 1880-1920", *Archives Européennes de Sociologie* 19, núm. 1: 3-50.

——, 1979, *Liberalism and sociology: L. T. Hobhouse and political argument in England, 1880-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.

Collini, Stefan, Donald Winch y John Burrow (eds.), 1983, *That noble science of politics*, Cambridge, Cambridge University Press.

Collins, Henry, 1964, "The International and the British labour movement", *Society for the Study of Labour History Bulletin*, núm. 9, otoño: 24-39.

Collins, Irene (ed.), 1970, *Government and society in France, 1814-1848*, Londres, Edward Arnold.

Cominos, Peter T., 1963, "Late-Victorian sexual respectability and the social system", *International Review of Social History* 8: 18-48, 216-250.

Commons, John R., 1918, Introducción en J. R. Commons *et al.* (eds.), *History of labour in the United States*, pp. 13-21, Nueva York, Macmillan.

——, 1935, "Introduction to volumes III & IV", en J. R. Commons *et al.* (eds.), *History of labour in the United States*, 3, pp. ix-xxx Nueva York, Macmillan.

Condliffe, J. B., 1951, *The commerce of nations*, Londres, George Allen & Unwin.

Condorcet, Jean-Antoine Nicolas de Capitat, marquis de, 1778, *Réflexions d'un citoyen catholique sur les lois de France relatives aux protestants*, s.e., s.f.

——, 1788, *Réflexions sur l'esclavage des nègres*, edición revisada y corregida, Neuchâtel.

Conze, Werner y Dieter Groh, 1966, *Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung: Die deutsche Sozialdemokratie vor, während und nach der Reichsgründung*, Stuttgart, Ernst Klett Verlag.

——, 1971, "Working-class movement and national movement in Germany between 1830 and 1871", en E. Labrousse (ed.), *Mouvements nationaux et indépendance et classes populaires aux XIXe et XXe siècles en Occident et en Orient*, Comité International des Sciences Historiques and Commission Internationale d'Histoire des Mouvement Sociaux et des Structures Sociales, I, pp. 134-174, París, Lib. Armand Colin.

Cookson, J. E., 1975, *Lord Liverpool's administration: The crucial years, 1815-1822*, Edimburgo, Scottish Academic Press.

Coole, Diana H., 1993, *Women in political theory: From ancient mysogyny to contemporary feminism*, 2a. ed., Hertfordshire, Harvester Wheatsheaf.

Coornaert, Émile, 1950, "La pensée ouvrière et la conscience de classe en

France de 1830 à 1848", en *Studi in Onore de Gino Luzzatto*, 3: 12-33, Milán, Dott. A. Giuffrè-Ed.

Copans, J. y J. Jaurin (eds.), 1994, *Aux origines de l'anthropologie française: Les Mémoires de la Société des Observateurs de l'Homme en l'an VIII*, París, Jean Michel Place.

Coppock, D. J., 1964, "British industrial growth during the Great Depression (1873-96): A pessimist's view", *Economic History Review*, n.s., 17, núm. 2, diciembre: 389-396.

Cordillot, Michel, 1990, *La naissance du mouvement ouvrier à Besançon: La Première Internationale, 1869-1872*, edición revisada, Annales Littéraires de l'Université de Besançon, Cahiers D'Études Comtoises, núm. 45, París, Les Belles-Lettres.

Corry, B. A., 1958, "The theory of the economic effects of government expenditure in English classical economy", *Economica*, n.s., 25, núm. 97, febrero: 34-48.

Coser, Lewis, 1960, "Durkheim's conservatism and its implications for his sociological theory", en K. H. Wolff (ed.), *Émile Durkheim, 1858-1917*, pp. 211-232, Columbus, Ohio State University Press.

Cosslett, Tess, 1982, *The "scientific movement" and Victorian literature*, Nueva York, St. Martin's Press.

Cottereau, Alain, 1980, "Vie quotidienne et résistance ouvrière à Paris en 1870", Estudio preliminar a *Le sublime*, de Denis Poulet, París, François Maspéro.

—, 1986, "The distinctiveness of working-class cultures in France, 1848-1900", en I. Katznelson y A. Zolberg (eds.), *Working-class formation: Nineteenth-century patterns in Western Europe and the United States*, pp. 111-154, Princeton, Princeton University Press.

Coudert, Alison, 1989, "The myth of the improved status of Protestant women: The case of the witchcraze", en J. R. Brink *et al.* (eds.), *The politics of gender in Early Modern Europe*, pp. 61-90, Sixteenth Century Essays & Studies 12, Kirksville, Sixteenth Century Journal Publ.

Coussy, Jean, 1961, "La politique commerciale du Second Empire et la continuité de l'évolution structurelle française", *Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée*, núm. 120, serie P, núm. 6, diciembre: 1-47.

Craeybeckx, Jan, 1968, "Les débuts de la révolution industrielle en Belgique et les statistiques de la fin de l'Empire", en *Mélanges offerts à G. Jacquemyns*, pp. 115-144, Bruselas, Université Libre de Bruxelles, Ed. de l'Institut de Sociologie.

Crafts, N. F. R., 1984, "Economic growth in France and Britain, 1830-1910: A review of the evidence", *Journal of Economic History* 44, núm. 1, marzo: 49-67.

Crick, Bernard R., 1955, "The strange quest for an American conservatism", *Review of Politics* 17, núm. 3, julio: 359-376.

—, 1964, *The American science of politics: Its origins and conditions*, 3a. reimp., Berkeley, University of California Press.

Croce, Benedetto, 1934, *History of Europe in the nineteenth century*, Londres, George Allen & Unwin.

Cronin, James E., 1983, "Politics, class structure, and the enduring weakness of British social democracy", *Journal of Social History* 16, núm. 3, primavera: 123-142.

Cross, Máire y Tim Gray, 1992, *The feminism of Flora Tristán*, Oxford, Berg.

Crouch, R. L., 1967, "Laissez-faire in nineteenth-century Britain: Myth or reality?", *Manchester School of Economic and Social Studies* 35, núm. 3, septiembre: 199-213.

Crouzet, François, 1964, "Wars, blockade, and economic change in Europe, 1792-1815", *Journal of Economic History* 24, núm. 4: 567-590.

——, 1967, "Agriculture et révolution industrielle: Quelques réflexions", *Cahiers d'Histoire* 12, núms. 1-2: 67-85.

——, 1970, "Essai de construction d'un indice annuel de la production industrielle française au XIXe siècle", *Annales E.S.C.* 25, núm. 1, enero-febrero: 56-99.

——, 1972a, "Encore la croissance économique française au XIXe siècle", *Revue du Nord* 54, núm. 214, julio-septiembre: 271-288.

——, 1972b, "Western Europe and Great Britain: Catching up in the first half of the nineteenth century", en A. J. Youngson (ed.), *Economic development in the long run*, pp. 98-125, Londres, George Allen & Unwin.

——, 1975, "Trade and Empire: The British experience from the establishment of free trade until the First World War", en B. M. Ratcliffe (ed.), *Great Britain and her world, 1750-1914*, pp. 209-235, Manchester, Manchester University Press.

——, 1978, *L'économie de la Grande-Bretagne victorienne*, París, SEDES.

——, 1985, *De la supériorité de l'Angleterre sur la France: L'économique et l'imaginaire, XVIIe-XXe siècle*, París, Lib. Académique Perrin.

Cruz Seoane, María, 1968, *El primer lenguaje constitucional español (Las Cortes de Cádiz)*, Madrid, Ed. Moneda y Crédito.

Cullen, L. M., 1980, "The cultural basis of modern Irish nationalism", en R. Mitchison (ed.), *The roots of nationalism. Studies in Northern Europe*, pp. 91-106, Edimburgo, John Donald.

Cullen, Michael J., 1975, *The statistical movement in early Victorian Britain: The foundations of empirical social research*, Hassocks, Harvester Press.

Cunningham, Andrew y Nicholas Jardine, 1990, "Introduction: The age of reflexion", en A. Cunningham y N. Jardine (eds.), *Romanticism and the sciences*, pp. 1-9, Cambridge, Cambridge University Press.

Cunningham, Hugh, 1981, "The language of patriotism, 1750-1914", *History Workshop Journal* 12, otoño: 8-33.

Cunningham, William, 1892, "The perversion of economic history", *Economic Journal* 2, núm. 3, septiembre: 491-508.

——, 1907, *The growth of English industry and commerce in modern times: The mercantile system*, 4a. ed., Londres, Cambridge University Press.

——, 1908, *The industrial revolution; Being the parts entitled parliamentary Colber-*

tism and laissez faire, Reprinted from "The growth of English industry and commerce in modern times", by W. Cunningham, Cambridge, Cambridge University Press.

Currie, R. y R. M. Hartwell, 1965, "The making of the English working class?", *Economic History Review*, n.s., 18, núm. 3: 633-643.

Curtin, Philip, 1990, "The environment beyond Europe and the European theory of Empire", *Journal of World History* 1, núm. 2, otoño: 131-150.

Daget, Serge, 1973, "Le mot esclave, nègre, noir et les jugements de valeur sur la traite négrière dans la littérature abolitionniste française de 1770 à 1845", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer* LX, 4, núm. 221: 511-548.

Dahrendorf, Ralf, 1987, "Max Weber and modern social science", en W. J. Mommsen y J. Osterhamme (eds.), *Max Weber and his contemporaries*, pp. 574-581, Londres, Unwin Hyman.

—, 1995, *LSE: A history of the London School of Economics and Political Science, 1985-1995*, Oxford, Oxford University Press.

Dale, Peter Allan, 1989, *In pursuit of a scientific culture: Science, art and society in the Victorian age*, Madison, University of Wisconsin Press.

Darvall, Frank O., 1934, *Popular Disturbance and Public Order in Regency England*, Londres, Oxford University Press.

Daston, Lorraine, 1988, *Classical probability in the Enlightenment*, Princeton, Princeton University Press.

Daumard, Adeline, 1963, *La bourgeoisie parisienne de 1815 à 1848*, París, SEVPEN.

—, 1976, "L'état libéral et le libéralisme économique", en F. Braudel y E. Labrousse (eds.), *Histoire économique et sociale de la France*, vol. 3, parte 1 (MSP 419), París, Presses Universitaires de France.

Davies, Emily, 1988, *The higher education of women*, Londres, Hambledon.

Davis, David Brion, 1966, *The problem of slavery in Western Culture*, Ithaca, Cornell University Press.

—, 1984, *Slavery and human progress*, Nueva York, Oxford University Press.

Davis, Horace B., 1941, "The theory of union growth", *Quarterly Journal of Economics* 55, agosto: 611-637.

Davis, John A. (ed.), 1979, *Gramsci and Italy's passive revolution*, Londres, Croom Helm.

—, 1989, "Industrialization in Britain and Europe before 1850", en P. Mathias y J. A. Davis (eds.), *The first industrial revolutions*, pp. 44-68, Oxford, Basil Blackwell.

Davis, Mary, 1993, *Comrade or brother? A history of the British labour movement, 1789-1951*, Londres, Pluto Press.

Davis, T. W. Rhys, 1903-1904, "Oriental studies in England and abroad", *Proceedings of the British Academy*: 183-197.

Deacon, Desley, 1985, "Political arithmetic: The nineteenth-century Australian census and the construction of the dependent woman", *Signs* 11, núm. 1, otoño: 27-47.

Deane, Phyllis y W. A. Cole, 1967, *British economic growth, 1688-1959: Trends and structures*, 2a. ed., Londres, Cambridge University Press.

Debs, Eugene V., 1903. "The Negro in the class struggle", *International Socialist Review* 4, núm. 5, noviembre: 257-260.

DeCaux, Charles, 1835, "L'Université catholique. Premier semestre. Programme des cours, Faculté des Sciences Sociales, Cours d'économie politique", *L'Université Catholique* 1, julio: 53-54.

Decharneux, Baudouin, 2000, "Introduction philosophique: Les Indo-Européens, de l'étude aux fantasmes", en S. Vanséveren (ed.), *Modèles linguistiques et idéologies, "Indo-Européen"*, pp. 13-29, Bruselas, Éd. Ousia.

Degler, Carl N., 1956, "Charlotte Perkins Gilman on the theory and practice of feminism", *American Quarterly* 8, núm. 1, primavera: 21-39.

DeGroat, Judith A., 1997, "The public nature of women's work: Definitions and debates during the Revolution of 1848", *French Historical Studies* 20, núm. 1, invierno: 31-48.

Dehio, Ludwig, 1962, *The precarious balance: Four centuries of the European power struggle*, Nueva York, Vintage Books.

Delacampagne, Christian, 1983, *L'invention du racisme, antiquité et Moyen Âge*, París, Fayard.

Delaisi, Francis, 1905, *La force allemande*, París, Pages Libres.

Demangeon, Albert y Lucien Febvre, 1935, *Le Rhin: Problèmes d'histoire et d'économie*, París, Lib. Armand Colin.

DeMarchi, N. B., 1976, "On the early dangers of being too political an economist: Thorold Rogers and the 1868 election to the Drummond Professorship", *Oxford Economic Papers*, n.s., 28, núm. 3, noviembre: 364-380.

Démier, Francis, 1992, "Nation, marché et développement dans la France de la Restauration", *Bulletin du Centre d'Histoire de la France Contemporaine*, núm. 13: 95-103.

Demoulin, Robert, 1938, *Guillaume 1er et la transformation économique des provinces belges*, Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège 80, París, Lib. E. Droz.

——, 1950, *La Révolution de 1830*, Bruselas, La Renaissance du Livre.

——, 1960, "L'influence française sur la naissance de l'état belge", *Revue Historique*, año 84, ccxxiii, 1, enero-marzo: 13-28.

Derainne, Pierre-Jacques, 1993, "Naissance d'un protectionnisme national ouvrier au milieu du XIXe siècle", en S. Wolikow y M. Cordillot (eds.), *Prolétaires de tous les pays, unissez-vous? Les difficiles chemins de l'internationalisme, 1848-1956*, pp. 27-34, Dijon, EUD.

Desanto, Dominique, 1980, *Flora Tristán: La femme révoltée*, nueva edición, París, Hachette.

Deschamps, Henry-Thierry, 1956, *La Belgique devant la France de Juillet: L'opinion et l'attitude françaises de 1839 à 1848*, París, Société d'Édition "Les Belles Lettres".

Descoings, Richard, 2007, *Sciences Po: De La Courneuve à Shanghai*, París, Presses de Sciences Po.

—. 2008. "... et assumer la complexité", 8 de diciembre. http://www.richard-descoings.net/2009/10/04/et-assumer-la-complexite (consultado el 18 de agosto de. 2010).
Dessal, M., 1949, "Les incidents franco-belges en 1848", en *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Révolution de 1848*, pp. 107-113, Paris, Presses Universitaires de France.
Devleeshouwer, Robert, 1970, "Le Consulát et l'Empire: Période de 'take-off' pour l'économie belge?", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* 17: 610-619.
Devance, Louis, 1976, "Femme, famille, travail et monde sexuelle dans l'idéologie de 1848", *Romantisme*, núms. 13-14: 79-103.
Devreese, Daisy Eveline, 1989, "L'Association Internationale des Travailleurs, bilan de l'historiographie et perspectives de recherche", *Cahiers d'Histoire de l'IRM*, núm. 37: 9-32.
Demulder, Catherine, 1987, "Histoire allemande et totalité, Leopold von Ranke, Johann Gustav Droysen, Karl Lamprecht", *Revue de Synthèse*, 4a ser., 108, núm. 2, abril-junio: 177-197.
Dhondt, Jean, 1949, "La Belgique en 1848", en *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Révolution de 1848*, pp. 115-131, París, Presses Universitaires de France.
—, 1955, "L'industrie cotonnière gantoise à l'époque française", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* 2, octubre-diciembre: 233-279.
—, 1969, "The cotton industry at Ghent during the French régime", en François Crouzet *et al.* (eds.), *Essays in European Economic History, 1789-1914*, pp. 15-52, Londres, Edward Arnold.
Dhondt, Jean y Marinette Bruwier, 1973, "The Industrial Revolution in the Low Countries, 1700-1914", en C. Cipolla (ed.), *The emergence of industrial societies*, 1, pp. 329-366, The Fontana Economic History of Europe 4, Londres, Collins.
Dibble, Vernon, 1976, "'Review Essay' of Herman and Julia R. Schwendinger's *Sociologists of the Chair: A Radical Analysis of the Formative Years of North American Sociology*", *History and Theory* 15, núm. 3: 293-321.
Dicey, Alfred Venn, 1914 [1965], *Lectures on the relation between law and public opinion in England, during the nineteenth century*, 2a. ed., Londres, Macmillan.
Dijkstra, Sandra, 1992, *Flora Tristán: Feminism in the age of George Sand*, Londres, Pluto Press.
Djordjević, Dimitrije y Stephen Fisher-Galati, 1981, *The Balkan revolutionary tradition*, Nueva York, Columbia University Press.
Dolléans, Édouard, 1947, *Histoire du mouvement ouvrier*, 2 vols., París, Colin.
Dominick, Raymond H. III, 1982, *Wilhelm Liebknecht and the founding of the German Social Democratic Party*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
Donzelot, Jacques, 1977, *La police des familles*, París, Éd. du Minuit.
—, 1984, *L'invention du social: Essai sur le déclin des passions politiques*, París, Fayard.

Dorfman, Joseph, 1955a, "The Department of Economics", en R. G. Hoxie *et al.* (eds.), *A history of the Faculty of Political Science*, pp. 161-206, Nueva York, Columbia University Press.

——, 1955b, "The role of the German Historical School in American economic growth", *American Economic Review, Papers and Proceedings*, 45, núm. 2, mayo: 17-28 [discusión: 29-39].

Dorpalen, Andrew, 1969, "The German struggle against Napoleon: The East German view", *Journal of Modern History* 41, núm. 4, diciembre: 485-516.

Drachkovitch, Milorad, 1953, *Les socialismes français et allemand et le problème de la guerre, 1870-1914*, Ginebra, Droz.

Drescher, Seymour, 1981, "Art whip and billy roller; or anti-slavery and reform symbolism in industrializing Britain", *Journal of Social History* 15, núm. 1, otoño: 3-24.

Dreyer, F. A, 1965, "The Whigs and the political crisis of 1848", *English Historical Review* 80, núm. 316, julio: 514-537.

Droit, Roger-Pol, 2000, "L'Orient comme paradis ou comme enfer: Science des religions et mythes philosophiques à l'époque contemporaine", en D. Lecourt (ed.), *Sciences, mythes et religions en Europe, Royaumont, 14-15 octobre 1997*, pp. 97-103, Luxemburgo, European Communities.

Droixhe, Daniel y Klaus Keifer (eds.), 1987, *Images de l'africain de l'antiquité au xxe siècle*, Francfort, Verlag Peter Lang.

Droz, Jacques, 1963, "L'origine de la loi des trois classes en Prusse", en J. Droz (ed.), *Réaction et suffrage universel en France et en Allemagne (1848-1850)*, pp. 1-45, Bibliothèque de la Révolution de 1848, 22, París, Lib. Marcel Rivière.

——, 1967, *Europe between revolutions, 1815-1848: The Fontana history of Europe*, Londres, Collins.

——, 1971, "Cisleithanie, les masses laborieuses et le problème national", en *Mouvements nationaux d'indépendance et classes populaires aux xixe et xxe siècles en Occident et en Orient, Comité International des Sciences Historiques y Commission Internationale d'Histoire des Mouvement Sociaux et des Structures Sociales*, ed. E. Labrousse, 1, pp. 74-92, París, Lib. Armand Colin.

——, 1977a, Introducción a J. Droz (ed.), *Des origines à 1875*, pp. 9-24, vol. 1 de *Histoire générale du socialisme*, París, Presses Universitaires de France.

——, 1977b, "Le socialisme allemand du Vormärz", en J. Droz (ed.), *Des origines à 1875*, pp. 407-456, vol. 1 de *Histoire générale du socialisme*, París, Presses Universitaires de France.

Dubofsky, Melvyn, 1974, "Socialism and syndicalism", en J. Laslett y S. M. Lipset (eds.), *Failure of a dream? Essays in the history of American socialism*, pp. 252-285, Garden City, Anchor.

DuBois, Ellen Carol, 1978, *Feminism and suffrage: The emergence of an independent women's movement in America, 1848-1869*, Ithaca, Cornell University Press.

Duchet, Michèle, 1975, *Anthropologie et histoire au siècle des lumières*, París, Albin Michel.

Duffy, A. E. P, 1961, "New unionism in Britain, 1889-1890: A reappraisal", *Economic History Review*, n.s., 14, núm. 2, diciembre: 306-319.
Duhet, Paule-Marie, 1971, *Les femmes et la Révolution, 1789-1794*, París, Julliard.
Duhet, Paule-Marie (ed.), 1989, *1789, Cahiers de doléances des femmes et autres textes*, nueva edición aumentada, París, Des Femmes.
Dunbabin, J. D. D, 1963, "The 'revolt of the field': The agricultural labourers' movement in the 1870s", *Past and Present*, núm. 26, noviembre: 68-97.
Dunham, Arthur Louis, 1930, *The Anglo-French Treaty of Commerce 1861 and the Progress of the Industrial Revolution in France*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
Dupuis, Charles, 1909, *Le principe d'équilibre et le concert européen, de la Paix de Westphalie à l'Acte d'Algéciras*, París, Perrin.
Durkheim, Émile, 1925, "Saint-Simon, fondateur du positivisme et de la sociologie", *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, año 50, XCIX, núms. 5-6, mayo-junio: 321-341.
Duroselle, Jean-Baptiste, 1951, *Les débuts du catholicisme social en France (1822-1870)*, París, Presses Universitaires de France.
Duverger, Maurice, 1967, *La démocratie sans le peuple*, París, Éd. du Seuil.
Echard, William E., 1983, *Napoleon III and the concert of Europe*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.
Eichtal, Eugène d', 1903, "Carlyle et le Saint-Simonisme: Lettres à Gustave d'Eichtal", *Revue Historique*, año 28, LXXXII, 2, julio-agosto: 292-306.
Einaudi, Mario, 1938, "Le prime ferrovie piemontesi ed il conte di Cavour", *Rivista di Storia Economica* 3: 1-38.
Eisenstein, Elizabeth L., 1959, *The first professional revolutionist, Filippo Michele Buonarroti (1761-1837)*, Cambridge, Harvard University Press.
Eisenstein, Zillah R., 1981, *The radical future of liberal feminism*, Boston Northeastern University Press.
Elbaum, B. y W. Lazowick, 1984, "The decline of the British economy: An institutional perspective", *Journal of Economic History* 44, núm. 2, junio: 567-583.
Elesh, David, 1972, "The Manchester Statistical Society: A case study of discontinuity in the history of empirical social research", en A. Oberschall (ed.), *The establishment of empirical sociology. Studies in continuity, discontinuity, and institutionalization*, pp. 31-72, Nueva York, Harper & Row.
Eley, Geoff, 1976, "Social imperialism in Germany: Reformist synthesis or reactionary sleight of hand?", en J. Radkau e I. Geiss (eds.), *Imperialismus im 20. Jahrhundert: Gedenkschrift für George W. F. Hallgarten*, pp. 71-86, Múnich, C. H. Beck.
—, 1980, *Reshaping the German right: Radical nationalism and political change after Bismarck*, New Haven, Yale University Press.
—, 1984, "The British model and the German road: Rethinking the course of German history before 1914", en D. Blackbourn y G. Eley (eds.), *The peculiarities of German history: Bourgeois society and politics in nineteenth century Germany*, pp. 37-155, Nueva York, Oxford University Press.

——, 1996, *From unification to nazism: Reinterpreting the German past*, Boston, Unwin and Hyman.

Ellis, John, 1974a, "Patterns of political violence during the Second Republic, 1845-51", en M. Elliott Bateman *et al.* (eds.), *Revolt to revolution: Studies in the 19th and 20th century European experience*, pp. 59-112, Manchester, Manchester University Press.

——, 1974b, "Revolutionary trends in Europe. A historical introduction", en M. Elliott Bateman *et al.* (eds.), *Revolt to revolution: Studies in the 19th and 20th century European experience*, pp. 31-57, Manchester, Manchester University Press.

Elshtain, Jean Bethke, 1981, *Public man, private woman: Women in social and political thought*, Princeton, Princeton University Press.

Elton, Godfrey lord, 1923, *The revolutionary idea in France (1789-1871)*, Londres, Edward Arnold.

Elvin, Mark, 1986, "A working definition of 'modernity'?", *Past and Present*, núm. 113, noviembre: 209-213.

Elwitt, Sanford, 1975, *The making of the Third Republic: Class and politics in France, 1868-1884*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

——, 1988, "Debate, social science, social reform and sociology", *Past and Present*, núm. 121, noviembre: 209-214.

Ely, Richard T.,1890, *The labor movement in America*, edición revisada, Nueva York, T. Y. Crowell.

——, 1910, "The American Economic Association, 1885-1909", *American Economic Association Quarterly*, 3a. ser., 11, núm. 1: 47-92.

Emerit, Marcel, 1941, *Les Saint-simoniens en Algérie*, París, Les Belles-Lettres.

——, 1943, "Les Saint-simoniens au Maroc", *Bulletin de l'Enseignement Public du Maroc*, año 30, núm. 176, abril-junio.

Emerit, Marcel (ed.), 1949, *La Révolution de 1848 en Algérie*, París, Larose.

Emy, Hugh Vincent, 1973, *Liberals, radicals and social politics, 1892-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.

Endres, Robert, 1948, "1848 en Autriche", F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 2, pp. 65-122, París, Éd. du Minuit.

Engel, Arthus, 1974, "Emerging concepts of the academic profession at Oxford, 1800-1854", en L. Stone (ed.), *The university in society*, 1, pp. 305-351, Princeton, Princeton University Press.

Erickson, Charlotte, 1949, "The encouragement of emigration by British trade unions, 1850-1900", *Population Studies* 3, núm. 3, diciembre: 248-273.

Evans, David Owen, 1951, *Social romanticism in France, 1830-1848*, Oxford, Clarendon Press.

Evans, Eric J. (ed.), 1978, *Social policy, 1830-1914: Individualism, collectivism and the origins of the welfare state*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

——, 1983, *The forging of the modern state: Early industrial Britain, 1783-1870*, Londres, Longman.

Evans, Richard J., 1976, *The feminist movement in Germany, 1894-1933*, Londres y Beverly Hills, Sage Publications.

—, 1977, *The Feminists: Women's emancipation movements in Europe, America and Australasia, 1840-1920*, Londres, Croom Helm.

—, 1986, "The concept of feminism: Notes for practicing historians", en R.-E. B. Joeres y J. M. Maynes (eds.), *German women in the eighteenth and nineteenth centuries: A social and literary history*, pp. 247-268, Bloomington, Indiana University Press.

—, 1987, *Comrades and sisters: Feminism, socialism, and pacifism in Europe, 1870-1945*, Brighton Wheatsheaf Books.

Fairlie, Susan, 1965, "The nineteenth-century Corn Law reconsidered", *Economic History Review*, n.s., 18, núm. 3, diciembre: 562-575.

—, 1969, "The Corn Laws and British wheat production, 1829-76", *Economic History Review*, n.s., 22, núm. 1, abril: 88-116.

Faivre, Jean-Paul, 1954, *L'expansion française dans le Pacifique, de 1800 à 1842*, París, Nouvelles Éd. Latines.

Fakkar, Rouchdi, 1968, *Sociologie, socialisme et internationalisme prémarxistes: Contribution à l'étude de l'influence internationale de Saint-Simon et de ses disciples. (Bilan en Europe et portée extraeuropéenne)*, Neuchâtel, Delachaux & Niestlé.

Farnie, D. A, 1979, *The English cotton industry and the world market, 1815-1896*, Oxford, Clarendon Press.

Farr, James, 1988, "The history of political science", *American Journal of Political Science* 32, núm. 4, noviembre: 1175-1195.

Faure, Alain y Jacques Rancière, 1976, *La Parole Ouvrière, textes rassemblées et présentées, 1830/1851*, París, UGE.

Fauré, Christine, 1991, *Democracy without women: Feminism and the rise of liberal individualism in France*, Bloomington, Indiana University Press.

Favre, Pierre, 1981, "Les sciences d'état entre déterminisme et libéralisme: Émile Boutmy et la création de l'École Libre de Sciences Politiques", *Revue Française de Sociologie* 22, núm. 3, julio-septiembre: 429-468.

Fay, C. R, 1920, *Life and labour in the nineteenth century*, Cambridge, Cambridge University Press.

—, 1926, "Price control and the corn averages under the Corn Laws", *Economic Journal (Economic History)* 1, núm. 1, enero: 149-154.

—, 1932, *The Corn Laws and social England*, Cambridge, Cambridge University Press.

Fay, Victor, 1981, Comentarios en *Jaurès et la classe ouvrière*, pp. 187-188, París, Éd. Ouvrières.

Feaveryear, A. E., 1931, *The pound sterling: A history of English money*, Londres, Oxford University Press.

Fehér, Ferenc, 1987, *The frozen revolution: An essay on Jacobinism*, Cambridge, Cambridge University Press.

Feis, Herbert, 1930, *Europe, the world's banker, 1870-1914*, New Haven, Yale University Press.

Fejtö, François, 1948a, "Introduction: L'Europe à la veille de la Révolution", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 1, pp. 25-125, París, Éd. du Minuit.

——, 1948b, "La guerre de l'indépendance hongroise", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 2, pp. 123-204, París, Éd. du Minuit

——, 1948c, "Conclusion", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 2, pp. 435-466, París, Éd. du Minuit.

——, 1948d, "Le sens de la Révolution de 1848 en Hongrie et en Autriche", *Revue socialiste*, n.s., núms. 17-18, enero-febrero: 107-116.

——, 1949, "Paris des années 40, capitale de la Révolution", en *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Révolution de 1848*, 357-369, París, Presses Universitaires de France.

Feldman, Gerald D., 1986, "German economic history", *Central European History* 19, núm. 2, junio: 174-185.

Feray, E., 1881, *Du Traité de Commerce de 1860 avec l'Angleterre*, París, Plon.

Festy, Octave, 1908, *Le mouvement ouvrier au début de la monarchie de Juillet (1830-1834)*, vol. 2, parte 3, de Bibliothèque d'Histoire Moderne, París, Éd. Cornély.

——, 1913, "Le mouvement ouvrier à Paris en 1840", 3 partes, *Revue de l'École Libre des Sciences Politiques* 6, julio-agosto: 67-79; septiembre-octubre: 226-240; noviembre-diciembre: 333-361.

Fetter, Frank W., 1943, "The early history of political economy in the United States", *Proceedings of the American Philosophical Society* 87, núm. 1, julio: 51-60.

——, 1959, "The politics of the bullion report", *Economica*, n.s., 26, núm. 102, mayo: 99-120.

——, 1965, *Development of British monetary orthodoxy, 1797-1875*, Cambridge, Harvard University Press.

Fitchett, W. H., 1899-1900, *How England saved Europe: The story of the Great War (1798-1815)*, 4 vols., Londres, Smith, Elder & Co.

Fitzpatrick, David, 1984, *Irish emigration, 1801-1921*, vol. 1 de *Studies in Irish economic and social history*, Dublin, Economic and Social History Society of Ireland.

Flamant, Maurice, 1988, *Histoire du libéralisme*, Que sais-je?, núm. 1797 bis, París, Presses Universitaires de France.

Fletcher, Roger, 1984, *Revisionism and empire: Socialist imperialism in Germany, 1897-1914*, Londres, George Allen & Unwin.

Flexner, Eleanor, 1975, *A century of struggle: The women's rights movement in the United States*, edición revisada, Cambridge, Belknap Press.

Flinn, M. W., 1961, "The Poor Employment Act of 1817", *Economic History Review*, n.s., 14, núm. 1, agosto: 82-92.

Fohlen, Claude, 1956, "Bourgeoisie française, liberté économique et intervention de l'état", *Revue Économique* 7, núm. 3, mayo: 414-428.

——, 1961, "Sociétés anonymes et développement capitaliste sous le Second Empire", *Histoire des entreprises*, núm. 6, noviembre: 65-77.

Folbre, Nancy, 1991, "The unproductive housewife: Her evolution in nineteenth-century economic thought", *Signs* 16, núm. 3, primavera: 463-484.

Foner, Eric, 1983, *Nothing but freedom: Emancipation and its legacy*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

—, 1984, "Why is there no socialism in the United States?" *History Workshop Journal*, núm. 17, primavera: 57-80.

Foner, Philip S., 1977, *The great labor uprising of 1877*, Nueva York, Monad.

Fong, H. D., 1930, *Triumph of factory system in England*, Tientsin, Chihli Press.

Fontvieille, Louis, 1976, "Evolution et croissance de l'état français de 1815 à 1969", *Économies et Sociétés* 10, septiembre-diciembre: 9-12 [Cahiers de l'ISMEA, serie AF, núm. 13].

Fontvieille, Louis, con Anita Bringent, 1982, "Evolution et croissance de l'administration départementale française, 1815-1974", *Économies et Sociétés* 16, enero-febrero: 1-2 [Cahiers de l'ISMEA, serie AF, núm. 14].

Foote, George A., 1951, "The place of science in the British reform movement, 1830-1850", *Isis* 42, parte 3, núm. 129, octubre: 192-208.

Forbes, Geraldine H., 1982, "Caged tigers: 'First wave' feminists in India", *Women's Studies International Forum* 5, núm. 6: 525-536.

Forman, Michael, 1998, *Nationalism and the international labor movement: The idea of nation in socialist anarchist theory*, University Park, Pennsylvania State University Press.

Fossaert, Robert, 1955, "La théorie des classes chez Guizot et Thierry", *La Pensée*, núm. 59, enero-febrero: 59-69.

Foster, John, 1974, *Class struggle and the industrial revolution: Early industrial capitalism in three English towns*, Nueva York, St. Martin's Press.

—, 1976, "Some comments on 'Class struggle and the labour aristocracy, 1830-60", *Social History* 1, núm. 3, octubre: 357-366.

Foucault, Michel, 1976, *La volonté du savoir*, vol. 1 de *l'Histoire de la sexualité*, París, Gallimard [ed. en esp., *Historia de la sexualidad*, vol. 1: *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1a. ed. 1977, 2a. ed. 2011].

Fox, Robert y George Weisz (eds.), 1980, *The organization of science and technology in France, 1808-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.

France, Ministre de l'Agriculture du Commerce et des Travaux Publics, 1860, *Enquête, Traité de Commerce avec l'Angleterre*, París, Imprimerie Nationale.

Frank, Andre Gunder, 1976a, "Multilateral merchandise trade imbalances and uneven economic development", *Journal of European Economic History* 5, núm. 2, otoño: 407-438.

—, 1976b. "Trade balances and the Third World: A commentary on Paul Bairoch", *Journal of European Economic History* 5, núm. 2, otoño: 469-472.

—, 1977, "Imbalance and exploitation", *Journal of European Economic History* 6, núm. 3, invierno: 750-753.

Fraser, Derek, 1969, "The agitation for Parliament reform", en J. T. Ward (ed.), *Popular movements, 1830-1850*, pp. 31-53, Londres , Macmillan.

Fredrickson, George M., 1971, *The Black image in the White mind: The debate*

on Afro-American character and destiny, 1817-1914, Nueva York, Harper & Row.

Freedeman, Charles E., 1965, "Joint stock business organization in France, 1807-1867", *Business History Review* 39, núm. 2, verano: 184-204.

Frei, Annette, 1987, *Rote Patriarchen: Arbeiterbewegung und Frauenemanzipation in der Schweiz um 1900*, Zúrich, Chronos.

Fridieff, Michel, 1952, "L'opinion publique française devant l'insurrection polonaise de 1830-1831", 3 partes, *Revue Internationale d'Histoire Politique et Constitutionnelle*, n.s., 2, núm. 6, abril-junio: 111-121; núm. 7, julio-septiembre: 205-214; núm. 8, octubre-diciembre: 280-304.

Fulford, Roger, 1957, *Votes for women: The story of a struggle*, Londres, Faber & Faber.

Fuller, Margaret, 1992, "Women in the nineteenth century", en Jeffrey Steele (ed.), *The essential Margaret Fuller*, pp. 243-378, New Brunswick, Rutgers University Press.

Furet, François, 1963, "Pour une définition des classes inférieures à l'époque moderne", *Annales ESC*, 18, núm. 3, mayo-junio: 459-474.

——, 1988, Prefacio a *De la Révolution et de la constitution*, de A. Barnave, pp. 9-29, París, Presses Universitaires de Grenoble.

Furner, Mary O., 1975, *Advocacy and objectivity: A crisis in the professionalization of American social science, 1865-1905*, Lexington, University Press of Kentucky for Organization of American Historians.

——, 1990, "Knowing capitalism: Public investigation and the labor question in the long progressive era", en M. O. Furner y B. Supple (eds.), *State and economic knowledge: The American and British experience*, pp. 241-286, Washington, D. C., Woodrow Wilson International Center for Scholars; Cambridge, Cambridge University Press.

Gabaccia, Donna, 1999, "The 'Yellow peril' and the 'Chinese of Europe': Global perspectives on race and Labor, 1815-1930", en J. L. Lucassen (ed.), *Migration, migration history, history, old paradigms and new perspectives*, pp. 177-196, Berna, Peter Lang.

Galbraith, John S., 1961, "Myths of the 'Little England' era", *American Historical Review* 67, núm. 1, octubre: 34-48.

Gallagher, John y Ronald Robinson, 1953, "The imperialism of free trade", *Economic History Review*, n.s., 6, núm. 1, agosto: 1-15.

Gallisot, René, 1979, "Nazione e nazionalità nei dibattiti del movimento operaio", en *Il marxismo dell'età della Seconda Internazionale*, 785-864, vol. 2 de *Storia del marxismo*, Turín, Einaudi.

Garden, Maurice, 1978, "Un exemple régionale: L'industrie textile des Pays-Bas autrichiens", en Pierre Léon (ed.), *Histoire économique et sociale du monde*, vol. 3, Louis Bergeron (ed.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, pp. 20-27, París, Lib. Armand Colin.

Garnier, Joseph, 1852, "De l'origine et de la filiation du mot économie politique et les divers autres noms donnés à la science économique", 2 partes,

Journal des Économistes, año 2, XXXII, núms. 135-136, julio-agosto: 300-316; XXXIII, núms. 137-138, septiembre-octubre: 11-23.

Gash, Norman, 1935, "Rural unemployment, 1815-34", *Economic History Review* 6, núm. 1, octubre: 90-93.

—, 1951, "Peel and the party system, 1830-50", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5a. serie, 1: 47-70.

—, 1956, "English reform and French Revolution in the general election of 1830", en R. Pares y A. J. P. Taylor (eds.), *Essays presented to Sir Lewis Namier*, pp. 258-288, Londres, Macmillan.

—, 1965, *Reaction and reconstruction in English politics, 1832-1852*, The Ford Lectures, Oxford, Clarendon Press.

—, 1977, "From the origins of Sir Robert Peel", en Lord Butler (ed.), *The Conservatives*, pp. 19-108, Londres, George Allen & Unwin.

—, 1979, *Aristocracy and people: Britain 1815-1865*, Cambridge, Harvard University Press.

Gates, Henry Louis, Jr, 1988, "The trope of the new Negro and the reconstruction of the image of the Black", *Representations*, núm. 24, otoño: 129-155.

Gay, Peter, 1993, *The cultivation of hatred*, vol. 3 de *The Bourgeois Experience, Victoria to Freud*, Nueva York, W. W. Norton.

Gayer, Arthur D., W. W. Rostow y Anna Jacobson Schwartz, 1953, *The growth and fluctuation of the British economy, 1790-1850*, 2 vols., Oxford, Clarendon Press.

Geanakoplos, Deno J., 1976, "The diaspora Greeks: The genesis of Greek national consciousness", en N. P. Diamandouros (ed.), *Hellenism and the First Greek War of Liberation (1821-1830): Continuity and change*, pp. 59-77, Tesalónica, Institute for Balkan Studies.

Geary, Dick, 1976, "The German labour movement, 1848-1918", *European Studies Review* 6, núm. 3, julio: 297-330.

—, 1981, *European labour protest, 1848-1939*, Londres, Croom Helm.

Gellner, Ernest, 1983, *Nations and nationalism*, Oxford, Blackwell.

Gemelli, Giuliana, 1987, "Communauté intellectuelle et stratégie institutionnelles: Henri Berr et la Fondation du Centre International de Synthèse", *Revue de Synthèse*, 4a ser., 8, núm. 2, abril-junio: 225-259.

Genovese, Elizabeth Fox, 1987, "Culture and consciousness in the intellectual history of European women", *Signs* 12, núm. 3, primavera: 329-347.

George, M. Dorothy, 1927, "The combination laws reconsidered", *Economic Journal (Economic History)* 1, núm. 2, mayo: 214-228.

—, 1936, "The combination laws", *Economic History Review* 6, núm. 2, abril: 172-178.

George, Margaret, 1976-1977, "The 'world historical defeat' of the *Républicaines-révolutionnaires*", *Science and Society* 40, núm. 4, invierno: 410-437.

Gerbod, Paul, 1965, *La condition universitaire en France au XIXe siècle*, París, Presses Universitaires de France.

Gerhard, Ute, 1982, "A hidden and complex heritage: Reflections on the his-

tory of German's women's movements", *Women's Studies International Forum* 5, núm. 6: 561-567.

Gerschenkron, Alexander, 1943, *Bread and democracy in Germany*, Berkeley, University of California Press.

Giddens, Anthony, 1971, "Durkheim's political sociology", *Sociological Review*, n.s., 19, núm. 4, noviembre: 477-519.

Gignoux, C.-J., 1923, "L'industrialisme de Saint-Simon à Walther Rathenau", *Revue d'Histoire des Doctrines Économiques et Sociales* 11, núm. 2: 200-217.

Gille, Bertrand, 1959a, *La banque et le crédit en France de 1815 à 1848*, París, Presses Universitaires de France.

——, 1959b, *Recherches sur la formation de la grande entreprise capitaliste (1815-1848)*, París, SEVPEN.

——, 1965, *Histoire de la Maison Rothschild*, vol. 1, *Des origines à 1848*, Ginebra, Droz.

——, 1967, *Histoire de la Maison Rothschild*, vol. 2, *1848-1870*, Ginebra, Droz.

——, 1970, *La banque en France au XIXe siècle*, Ginebra, Droz.

Gillis, John R., 1970, "Political decay and the European revolutions, 1789-1848", *World Politics* 22, núm. 3, abril: 344-370.

Gilroy, Paul, 2000, *Against race: Imagining political culture beyond the color line*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.

Girard, Louis, 1952, *La politique des travaux publics sous le Second Empire*, París, Lib. Armand Colin.

——, 1966, "Révolution ou conservatisme en Europe (1856): Une polémique de la presse parisienne après la guerre de Crimée", en *Mélanges Pierre Renouvin: Études d'histoire des relations internationales*, pp. 125-134, París, Presses Universitaires de France.

——, 1977, "Caractères du Bonapartisme dans la seconde moitié du XIXe siècle", en K. Hammer y P. C. Hautmann (ed.), *Le Bonapartisme, phénomène historique et mythe politique*, pp. 22-28, Múnich, Artemis Verlag.

Glaser, John F, 1958, "English nonconformity and the decline of liberalism", *American Historical Review* 63, núm. 2, enero: 352-363.

Glenn, Evelyn Nakano, 1992, "From servitude to service work: Historical continuities in the racial division of paid reproductive labor", *Signs* 18, núm. 1, otoño: 1-43.

Godechot, Jacques, 1965, *Les révolutions: 1770-1799*, 2a. ed., París, Presses Universitaires de France.

——, 1971, "Nation, patrie, nationalisme et patriotisme en France au XVIIIe siècle", *Annales Historiques de la Révolution Française*, año 43, núm. 206, octubre-diciembre: 481-501.

Goldfrank, Walter L., 1972, "Reappraising Le Play", en A. Oberschall (ed.), *The establishment of empirical sociology: Studies in continuity, discontinuity and institutionalization*, pp. 130-151, Nueva York, Harper & Row.

Goldman, Lawrence, 1986, "The Social Science Association, 1857-86: A context for mid-Victorian liberalism", *English Historical Review* 101, núm. 398, enero: 95-134.

—, 1987, "A peculiarity of the English? The Social Science Association and the absence of sociology in nineteenth-century Britain", *Past and Present*, núm. 114, febrero: 133-171.

—, 1998, "Exceptionalism and internationalism: The origins of American social science reconsidered", *Journal of Historical Sociology* 11, núm. 1, marzo: 1-36.

—, 2002, *Science, reform, and politics in Victorian Britain: The Social Science Association, 1857-1886*, Cambridge, Cambridge University Press.

—, 2005, "Victorian social science: From singular to plural", en M. Daunton (ed.), *Organization of knowledge in Victorian Britain*, pp. 87-114, Oxford, Oxford University Press.

Goldstein, January, 1982, "The hysteria diagnosis and the politics of anticlericalism in late nineteenth-century France", *Journal of Modern History* 54, núm. 2, junio: 209-239.

Goldstein, Leslie, 1980, "Mill, Marx, and women's liberation", *Journal of the History of Philosophy* 18, núm. 3, julio: 319-334.

—, 1982, "Early feminist themes in French utopian socialism: The St.-Simonians and Fourier", *Journal of the History of Ideas* 43, núm. 1, enero-marzo: 91-108.

Goliber, Sue Helder, 1982, "Marguerite Durand: A study in French feminism", *International Journal of Women's Studies* 5, núm. 5, noviembre-diciembre: 402-412.

Gonnet, Paul, 1955, "Esquisse de la crise économique en France de 1827 à 1832", *Revue d'Histoire Économique et Sociale* 33, núm. 3: 249-292.

Gooch, Brison D., 1956, "A century of historiography on the origins of the Crimean War", *American Historical Review* 62, núm. 1, octubre: 33-58.

Goode, William J., 1960, "Encroachment, charlatanism, and the emerging profession: Psychology, sociology, and medicine", *American Sociological Review* 25, núm. 6, diciembre: 902-965.

Gordon, Ann D. (ed.), 1997, *Selected papers of Elizabeth Cady Stanton and Susan B. Anthony*, New Brunswick, Rutgers University Press.

Gordon, Barry L., 1976, *Political economy in Parliament, 1819-1823*, Londres, Macmillan.

—, 1979, *Economic doctrine and Tory liberalism, 1824-1830*, Londres, Macmillan.

Gordon, H. Scott, 1973, "Alfred Marshall and the development of economics as a science", en R. N. Giere y R. S. Westfall, *Foundations of scientific method: The nineteenth century*, pp. 234-258, Bloomington, Indiana University Press.

Gordon, Linda, 1991, "On 'Difference'", *Genders*, núm. 10, primavera: 91-111.

Goriély, Benjamin, 1948a, "La Pologne en 1848", en F. Fejtö, *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde* 2, pp. 267-318, París, Éd. du Minuit.

—, 1948b, "La Russie de Nicolas 1er en 1848", en F. Fejtö, *Le Printemps des peuples: 1848 dans le monde* 2: 355-393, París, Éd. du Minuit.

Gouges, Olympe de, s.f., *Les droits de la femme*, s.p.i. A la Reine.

——, 1980, "The Declaration of the Rights of Woman", en D. G. Levy *et al.*, *Women in revolutionary Paris, 1789-1795: Selected documents*, pp. 87-113, Urbana, University of Illinois Press.

——, 1993, *Écrits politiques*, París, Côté Femmes.

Gough, Barry, 1990, "Pax Britannica, peace, force and world power", *Round Table*, núm. 314: 167-188.

Gourevitch, Peter Alexis, 1977, "International trade, domestic coalitions, and liberty: Comparative responses to the crisis of 1873-1896", *Journal of Interdisciplinary History* 8, núm. 2, otoño: 281-313.

Granger, Gilles-Gaston, 1989, *La mathématique sociale du Marquis de Condorcet*, París, Éd. Odile Jacob.

Gray, Robert Q., 1979, "The political incorporation of the working class", *Sociology* 9, núm. 1, enero: 101-104.

Greer, Donald M., 1925, *L'Angleterre, la France et la Révolution de 1848: La troisième ministère de Lord Palmerston au Foreign Office (1846-1851)*, París, F. Rieder.

Grew, Raymond, 1962, "How success spoiled the risorgimento", *Journal of Modern History* 34, núm. 3, septiembre: 239-253.

Griewank, Karl, 1954, *Der Wiener Kongress und die europäische Restauration, 1814/15*, 2a. ed. revisada, Leipzig, Koehler & Amelany.

Griffith, Elisabeth, 1984, *In her own right: The life of Elizabeth Cady Stanton*, Nueva York, Oxford University Press.

Groh, Dieter, 1966, "The 'unpatriotic' socialists and the state", *Journal of Contemporary History* 1, núm. 4, octubre: 151-178.

——, 1973, *Negative Integration und Revolutionärer Attentismus: Die deutsche Sozialdemocratie am Vorabend der Ersten Weltkrieges*, Francfort, Propyläen.

Gross, Leo, 1968, "The Peace of Westphalia, 1648-1948", en R. A. Falk y W. F. Hanreider (eds.), *International law and organization*, pp. 45-67, Filadelfia, J. B. Lippincott.

Grossman, Henryk, 1943, "The evolutionist revolt against classical economics", 2 partes, *Journal of Political Economy* 51, núm. 5, octubre: 381-393; núm. 6, diciembre: 506-522.

Gruner, Wolf D., 1985, *Die Deutsche Frage: Ein Problem der Europäischer Geschichte seit 1800*, Múnich, C. H. Beck.

——, 1992, "Was there a reformed balance of power system or cooperative great power happening?", *American Historical Review* 97, núm. 3, junio: 725-732.

Gueniffey, Patrice, 1988a, "Introduction au texte et notes", en A. Barnave, *De la révolution et de la constitution*, pp. 31-38 y notas, *passim*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble.

——, 1988b. "Suffrage", en *Dictionnaire Critique de la Révolution Française*, F. Furet *et al.*, pp. 614-624, París, Flammarion.

Guérard, Albert, 1943, *Napoleon III*, Cambridge, Harvard University Press.

Guichen, Eugène, vizconde de, 1917, *La Révolution de juillet 1830 et l'Europe*, París, Émile-Paul Frères.

Guilbert, Madeleine, 1966, *Les femmes et l'organisation syndicale avant 1914*, París, Éd. du CNRS.

Guillaumin, Colette, 1972, *L'idéologie raciste: Genèse et langage actuel*, París, Mouton.

Guiral, Pierre, 1960, "Le libéralisme en France (1815-1970): Thèmes, succès et lacunes", en *Tendances politiques dans la vie française depuis 1789*, 17-40, Colloques, Cahiers de Civilisation, París, Hachette.

Guizot, François, 1820a, *Du gouvernement de la France depuis la Restauration et du ministère actuel*, París, Chez Ladvocat.

—, 1820b, "Avant-propos de la troisième édition", *Supplément aux deux premières éditions du "Gouvernement de la France depuis la restauration et du ministère actuel"*, París, Ladvocat.

—, 1846, *Histoire de la civilisation du Europe depuis la chute de l'Empire romain jusqu'à la Révolution française*, París,Didier.

Gunnell, John G., 2006, "The founding of the American Political Science Association: Discipline, profession, political theory, and politics", *American Political Science Review* 100, núm. 4, noviembre: 479-486.

Guyot, Raymond, 1901-1902, "La dernière négociation de Talleyrand: L'indépendance de la Belgique", 2 partes, *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* 2 (1901): 573-594; 3 (1902): 237-281.

—, 1926, *La Première entente cordiale*, París, F. Rieder.

Haag, Henri, 1960, "La social-démocratie allemande et la première guerre mondiale", en *Histoire contemporaine. Comité International des Sciences Historiques, XIe Congrès Internationale des Sciences Historiques, Estocolmo, 21-28 agosto 1960, Rapports* 5: 61-96, Uppsala, Almquist & Wiksell.

Hackett, Amy, 1972, "The German women's movement and suffrage, 1890-1914: A study of national feminism", en R. J. Bezucha (ed.), *Modern European social history*, pp. 354-386, Lexington, D. C. Heath.

Halévy, Elie, 1900, *La Révolution de la doctrine de l'utilité (1789-1815)*, tesis doctoral, París, Félix Alcan.

—, 1901a, *La jeunesse de Bentham*, vol. 1 de *La formation du radicalisme philosophique*, París, Félix Alcan.

—, 1901b, *L'évolution de la doctrine utilitaire de 1789 à 1815*, vol. 2 de *La formation du radicalisme philosophique*, París, Félix Alcan.

—, 1904, *La formation du radicalisme philosophique*, vol. 3, París, F. Alcan.

—, 1905, *L'Angleterre et son Empire*, París, Pages Libres.

—, 1930, *The world crisis, 1914-1918: An Interpretation*, Oxford, Clarendon Press.

—, 1935, "English public opinion and the French Revolution of the nineteenth century", en A. Coville y H. Temperley (eds.), *Studies in Anglo-French history*, pp. 51-60, Cambridge, Cambridge University Press.

—, 1947, *The age of Peel and Cobden: A history of the English people, 1841-1852*, Londres, Ernest Benn.

—, 1948, *Histoire du socialisme européen*, Rédigée d'après des notes de cours par un groupe d'amis et d'élèves, París, Gallimard.

——, 1949, *England in 1815*, 2a. ed. revisada, vol. 1 de *A history of the English people in the nineteenth century*, Londres, Ernest Benn.

——, 1950, *The triumph of Reform (1830-1841)*, 2a ed. revisada, vol. 3 de *A history of the English People in the nineteenth century*; Londres, Ernest Benn.

Hall, Alex, 1974, "By other means: The legal struggle against the SPD in Wilhelmine Germany, 1890-1900", *Historical Journal* 17, núm. 2, junio: 365-386.

Hall, Catherine, 1992a, "Competing masculinities: Thomas Carlyle, John Stuart Mill and the case of the governor Eyre", en *White, male and middle class: Explorations in feminism and history*, pp. 255-295, Nueva York, Routledge.

——, 1992b, "The early formation of Victorian domestic ideology", en *White, male and middle class: Explorations in feminism and history*, pp. 75-93, Nueva York, Routledge.

——, 1992c, "The history of the housewife", en *White, male and middle Class: Explorations in feminism and history*, pp. 43-71, Nueva York, Routledge.

Halpérin, Jean, 1948, "La transformation de la Suisse, prélude aux révolutions", F. Fejtö, *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 1, pp. 127-161, París, Éd. du Minuit.

Hammen, Oscar J., 1958, "1848 et le 'spectre du communisme'", *Le Contrat Social* 2, núm. 4, julio: 191-200.

Hammond, J. L., 1930, "The Industrial Revolution and discontent", *Economic History Review* 2, núm. 2, enero: 218-228.

Hammond, J. L. y M. R. D. Foot, 1952, *Gladstone and liberalism*, Londres, English Universities Press at Saint Paul's House.

Hangland, Kjell, 1980, "An outline of Norwegian cultural nationalism in the second half of the nineteenth century", en R. Mitchison (ed.), *The roots of nationalism: Studies in Northern Europe*, pp. 21-29, Edimburgo, John Donald.

Hansen, Alvin H., 1921, "Cycles of strikes", *American Economic Review* 11, núm. 4, diciembre: 616-621.

Hansen, Erik, 1977, "Workers and socialists: Relations between the Dutch trade-union movement and social democracy, 1894-1914", *European Studies Review* 7, núm. 2, abril: 199-225.

Haraszti, Eva H., 1978, *Chartism*, Budapest, Akadémiai Kiadó.

Hargreaves, E. L., 1930, *The national debt*, Londres, Edward Arnold.

Harley, C. Knick, 1982, "British industrialization before 1841: Evidence of slower growth during the industrial revolution", *Journal of Economic History* 42, núm. 2, junio: 267-289.

Harlow, Vincent T., 1953, *British colonial developments, 1774-1834*, Oxford, Clarendon Press.

Harrison, Royden, 1960-1961, "The British working class and the general election of 1868", 2 partes, *International Review of Social History* 5, núm. 3 (1960): 424-455; 6, núm. 1 (1961): 74-109.

Harsin, Paul, 1936, "La Révolution belge de 1830 et l'influence française", *Revue des Sciences Politiques* 53, abril-junio: 266-279.

Hart, Jennifer, 1965, "Nineteenth-century social reform: A Tory interpretation of history", *Past and Present*, núm. 31, julio: 39-61.
—, 1974, "Nineteenth-Century Social Reform: Tory interpretation of history", en M. W. Flinn y T. C. Smout (eds.), *Essays in Social History*, pp. 196-217, Oxford, Clarendon Press.
Hartmann, Heidi, 1976, "Capitalism, patriarchy, and job segregation by Sex", *Signs* 1, núm. 3, parte 2, primavera: 137-169.
Hartog, François, 1988, *Le XIXe siècle et l'histoire: Le Cas Fustel de Coulanges*, París, Presses Universitaires de France.
Hartwell, R. M., 1961, "The rising standard of living in England, 1800-1850", *Economic History Review*, n.s., 13, núm. 3, abril: 397-416.
—, 1963, "The standard of living during the industrial revolution: A discussion", *Economic History Review*, n.s., 16, núm. 1, agosto: 135-146.
Hartz, Louis, 1948, *Economic policy and democratic thought: Pennsylvania, 1774-1860*, Cambridge, Harvard University Press.
Haskell, Thomas L., 1977, *The emergence of professional social science: The American Social Science Association and the nineteenth-century crisis of authority*, Urbana, University of Illinois Press.
—, 1984, "Professionalism versus capitalism: R. H. Tawney, Émile Durkheim, and C. S. Peirce on the disinterestedness of professional communities", en T. L. Haskell (ed.), *The authority of experts*, pp., 180-225, Bloomington, Indiana University Press.
Hasquin, Hervé, 1971, *Une mutation: Le "Pays de Charleroi" aux XVIIe et XVIIIe siècles; aux origines de la révolution industrielle en Belgique*, Bruselas, Ed. de l'Université de Bruxelles.
Haupt, Georges, 1965, *Le congrès manqué: L'Internationale à la veille de la première guerre mondiale*, París, François Maspéro.
—, 1972, *Socialism and the great war: The collapse of the Second International*, Oxford, Clarendon Press.
—, 1974, "Les marxistes face à la question nationale: L'histoire du problème", en G. Haupt *et al.*, *Les marxistes et la question nationale, 1848-1914*, pp. 9-61, París, François Maspéro.
—, 1986, *Aspects of international socialism, 1871-1914: Essays*, Cambridge, Cambridge University Press.
Haupt, Georges y Claudie Weill (dirs.), 1974, "L'eredità de Marx ed Engels e la questione nazionale", *Studi Storici* 15, núm. 2, abril-junio: 270-324.
Haupt, Georges y Madeleine Rebérioux (eds.), 1967a, *La Deuxième Internationale et l'Orient*, París, Éd. Cujas.
—, 1967b, "L'Internationale et le problème colonial", en G. Haupt y M. Rebérioux (eds.), *La Deuxième Internationale et l'Orient*, pp. 17-48, París, Éd. Cujas.
Haupt, Georges, Michael Löwy y Claudie Weill, 1974, *Les marxistes et la question nationale, 1848-1914*, París, François Maspéro.
Hause, Steven C. y Anne R. Kenney, 1981, "The limits of suffragist behavior:

Legalism and militancy in France, 1876-1922", *American Historical Review* 86, núm. 4, octubre: 781-806.
——, 1984, *Women's suffrage and social politics in the French Third Republic*, Princeton, Princeton University Press.
Hauser, Henri, 1901, "L'entrée des États-Unis dans la politique 'mondiale' d'après un américain", *Annales des Sciences Politiques* 16: 444-456.
——, 1903, *L'enseignement des sciences sociales: État-actuel de cet enseignement dans les divers pays du monde*, París, Lib. Marescq Ainé.
——, 1905, *L'impérialisme américain*, París, Pages Libres.
Hayek, Frederick A. von, 1941, "The counter-revolution of science", *Economica*, n.s., 8, febrero: 9-36.
——, 1952, *The counter-revolution of science: Studies on the abuse of reason*, Glencoe, Free Press.
Hazelkorn, Ellen, 1980, "Capital and the Irish question", *Science and Society* 44, núm. 3, otoño: 326-356.
Heilbron, Johan, 1985, "Les métamorphoses du durkheimisme, 1920-1940", *Revue Française de Sociologie* 26, núm. 2, marzo-abril: 203-237.
Heinen, Jacqueline, 1978, "De la Ière à la IIIe Internationale, la question des femmes", *Critique Communiste*, núms. 20/21: 109-179.
Heiniger, Ernstpeter, 1980, *Ideologie des Rassismus: Problemsicht und ethische Verurteilung in der kirchlichen Sozialverkündigung*, *Immensee*, Neue Zeitschrift für Missionswissenschaft.
Henderson, W. O., 1934, *The Lancashire cotton famine, 1861-1865*, Manchester, Manchester University Press.
——, 1950, "Prince Smith and free trade in Germany", *Economic History Review*, n.s., 2, núm. 3: 295-302.
——, 1954, *Britain and industrial Europe, 1750-1870*, Liverpool, Liverpool University Press.
——, 1976, *Studies in German colonial history*, Londres, Frank Cass.
Hendricks, Margo y Patricia Parker, 1994, Introduction a M. Hendricks y P. Parker (ed.), *Women, "race", and writing in the early Modern period*, pp. 1-14, Londres, Routledge.
Henriques, Ursula, 1968, "How cruel was the Victorian Poor Law?", *Historical Journal* 11, núm. 2: 365-371.
Hentschel, Volker, 1978, *Wirtschaft und Wirtschaftspolitik im Wilhelminischen Deutschland: Organisierter Kapitalismus und Interventionsstaat?* Stuttgart, Klein-Cotta.
——, 1981, "Produktion, Wachstum und Produktivität in England, Frankreich und Deutschland von der Mitte des 19. Jahrhunderts bis zum Ersten Weltkrieg: Statitische Grenzen und Nöte beim Internationaler wirtschaftshistorischen Vergleich", *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* 68, núm. 4: 457-510.
Herbst, Juergen, 1965, *The German historical school in American Scholarship*, Ithaca, Cornell University Press.

Hericourt, Jenny P. d', 1860, *La femme affranchie: Réponse à MM. Michelet, Proudhon, E. de Giradin, A. Comte et aux autres novateurs modernes*, 2 vols., Bruselas, A. LaCroix, van Meenen.

Hersh, Blanche Glassman, 1978, *The slavery of sex: Feminist-abolitionists in America*, Urbana, University of Illinois Press.

Hertneck, Friedrich, 1927, *Die Deutschen Sozialdemokratie und die orientalische Frage in Zeitalter Bismarcks*, Berlín, Deutsche Verlaggeselltschaft für Politik und Geschichte.

Hertz, Deborah, 1988, *Jewish high society in old regime Berlin*, New Haven, Yale University Press.

Hervé, Florence, 1983, "'Dem Reich der Freiheit werb'ich Bürgerinnen': Die Entwicklung der deutschen Frauenbewegung, von den Anfängen bis 1889", en F. Hervé (ed.), *Geschichte der deutschen Frauenbewegung*, pp. 12-40, Colonia, Pahl-Rugenstein.

Hexter, J. H, 1936, "The Protestant revival and the Catholic question in England, 1778-1829", *Journal of Modern History* 8, núm. 3, septiembre: 297-318.

Heywood, Colin, 1988, *Childhood in nineteenth-century France: Work, health and education among the "classes populaires"*, Cambridge, Cambridge University Press.

Heywood, Paul, 1990, *Marxism and the failure of organised socialism in Spain, 1879-1936*, Cambridge, Cambridge University Press.

Higham, John, 1979, "The matrix of specialization", en A. Oleson y J. Voss (eds.), *The organization of knowledge in modern America, 1860-1920*, pp. 3-18, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Higonnet, Patrick L. R. y Trevor B. Higonnet, 1967, "Class, corruption, and politics in the French Chamber of Deputies, 1846-1848", *French Historical Studies* 5, núm. 2, otoño: 204-224.

Hill, Christopher, 1958, *"The Norman yoke", Puritanism and revolution: Studies in interpretation of the English revolution of the seventeenth century*, pp. 50-122, Londres, Secker & Warburg.

Hill, R. L., 1929, *Toryism and the people, 1832-1846*, Londres, Constable.

Hilton, Boyd, 1977, *Corn, cash, commerce: The economic policies of the Tory governments, 1815-1830*, Oxford, Oxford University Press.

Hilts, Victor L., 1973, "Statistics and social science", en R. N. Giere y R. S. Westfall (eds.), *Foundations of scientific method: The nineteenth century*, pp. 206-233, Bloomington, Indiana University Press.

Himmelfarb, Gertrude, 1966, "The politics of democracy: The English Reform Act of 1867", *Journal of British Studies* 6, núm. 1, noviembre: 97-138.

Hinsley, Curtis M., Jr., 1981, *Savages and scientists: The Smithsonian Institution and the development of American anthropology, 1846-1910*, Washington, D. C., Smithsonian Institution Press.

Hinton, James, 1983, *Labour and socialism: A history of the British labour movement, 1867-1974*, Brighton, Wheatsheaf Books.

Hoagland, Henry E., 1918, "Humanitarianism (1840-1860)", en J. R. Commons *et al.*, *History of labour in the United States*, 1, pp. 485-623, Nueva York, Macmillan.

Hoagwood, Terence Allen, 1996, *Politics, philosophy and the production of romantic texts*, De Kalb, Northern Illinois University Press.

Hobhouse, L. T., 1911, *Liberalism*, Londres, Oxford University Press.

Hobsbawm, Eric J., 1949, "General labour unions in Britain, 1889-1914", *Economic History Review*, n.s., 1, núms. 2/3: 123-142.

——, 1952, "Economic fluctuations and some social movements since 1800", *Economic History Review*, n.s., 5, núm. 1: 1-25.

——, 1957, "The British standard of living, 1790-1850", *Economic History Review*, n.s., 10, núm. 1, agosto: 46-68.

——, 1962, *The age of revolution, 1789-1848*, Londres, Abacus.

——, 1963, "The standard of living during the industrial revolution: A discussion", *Economic History Review*, n.s., 16, núm. 1, agosto: 119-134.

——, 1964, *Labouring men: Studies in the history of labour*, Londres, Weidenfeld & Nicolson.

——, 1974, "La diffusione del marxismo (1890-1905)", *Studi Storici* 15, núm. 2, abril-junio: 241-269.

——, 1975, *The age of capital, 1848-1875*, Londres, Weidenfeld & Nicolson.

——, 1978, "Sexe, symboles, vêtements et socialisme", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 23, septiembre: 2-18.

——, 1979, "Soziale Ungleichheit und Klassenstrukturen in England: Die Arbeiter-klasse", en Hans-Ulrich Wehler (ed.), *Klassen in der europäischen Sozialgeschichte*, pp. 53-65, Gotinga, Vandenhoek & Ruprecht.

——, 1983, "Mass producing traditions: Europe, 1870-1914", en E. J. Hobsbawm y T. Ranger (eds.), *The invention of tradition*, pp. 263-307, Cambridge, Cambridge University Press.

——, 1984a, "The making of the working class 1870-1914", en *Worlds of labour: Further studies in the history of labour*, pp. 194-213, Londres , Weidenfeld & Nicolson.

——, 1984b, "The 'new unionism' in perspective", en *Worlds of labour: Further studies in the history of labour*, pp. 152-175, Londres, Weidenfeld & Nicolson.

——, 1984c. "Men and women: Images on the left", en *Worlds of labour: Further studies in the history of labour*, pp. 83-102, Londres, Weidenfeld & Nicolson.

——, 1984d, "Der New Unionism: Eine comparative Betrachtung", en *Wolfgang J. Mommsen y Hans-Gerhard Husung* (eds.), *Auf dem Wege zur Massengewerkschaft*, pp. 19-45, Stuttgart, Ernst Klett.

——, 1987, *The age of empire, 1875-1914*, Nueva York, Pantheon.

——, 1988, "Working-class internationalism", en F. van Holthoon y M. van den Linden (eds.), *Internationalism in the labour movement, 1830-1940*, 1, pp. 3-16, Leiden, E. J. Brill.

——, 1990, *Nations and nationalism since 1780: Programme, myth, reality*, Cambridge, Cambridge University Press.

Hobsbawm, Eric J. y Terence Ranger (eds.), 1992, *The invention of tradition*, Nueva York, Cambridge University Press.

Hodgson, Geoffrey M., 2005, "Alfred Marshall versus the historical school?", *Journal of Economic Studies* 32, núm. 4: 331-348.

Hoffman, Ross J. S., 1933, *Great Britain and the German trade rivalry, 1875-1914*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

Hoffmann, Walther, 1949, "The growth of industrial production in Great Britain: A quantitative study", *Economic History Review*, n.s., 2, núm. 2: 162-180.

Hofstadter, Richard, 1992, *Social Darwinism in American thought*, Boston, Beacon Press.

Hohenberg, Paul, 1972, "Change in rural France in the period of industrialization, 1830-1914", *Journal of Economic History* 32, núm. 1, marzo: 219-240.

Holland, Bernard, 1913, *Fall of protection, 1840-1850*, Londres, Edward Arnold.

Hollinger, David A., 1984, "Inquiry and uplift: Late nineteenth century American academics and the moral efficacy of scientific practice", en T. L. Haskell (ed.), *The authority of experts: Studies in history and theory*, pp. 142-156, Bloomington, Indiana University Press.

Hollis, Patricia, 1980, "Anti-slavery and British working-class radicalism in the Years of Reform", en C. Bolt y S. Drescher (eds.), *Anti-slavery, religion and reform: Essays in memory of Roger Anstey*, pp. 294-315, Folkestone y Hamden, Dawson/Archon.

Holmes, Stephen, 1984, *Benjamin Constant and the making of modern liberalism*, New Haven, Yale University Press.

Hone, J. Ann, 1982, *For the cause of truth: Radicalism in London, 1796-1821*, Oxford, Clarendon Press.

Honeycutt, Karen, 1979, "Socialism and feminism in imperial Germany", *Signs* 5, núm. 1, otoño: 30-41.

—, 1981, "Clara Zetkin: A Socialist approach to the problem of women's oppression", en Jane Slaughter y Robert Kern (eds.), *European women on the left: Socialism, feminism, and the problems faced by political women, 1880 to the Present*, pp. 29-49, Westport, Greenwood Press.

Hooks, Bell, 1988, *Talking back: Thinking feminist, thinking Black*, Toronto, Between the Lines.

Horn, Norbert y Jürgen Kocka (eds.), 1979, *Recht und Entwicklung der Grossunternehmen im 19. und früher 20. Jahrhurdert: Wirtschafts-, sozial- und rechtshistorische Untersuchungen zur Industrialisierung in Deutschland, Frankreich, England und den USA*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.

Horsefield, J. K., 1949, "The bankers and the bullionists in 1819", *Journal of Political Economy* 57, núm. 5, octubre: 442-448.

Horvath-Peterson, Sandra, 1984, *Victor Duruy and French education: Liberal reform in the Second Empire*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Houssaye, Henri, 1901, "Allocution", en *Annales Internationales d'Histoire*, vol. 1, *Histoire Générale et Diplomatique*, pp. 5-8, International Congress of Historical Sciences, París, 1900, París, Lib. Armand Colin.

Howkins, Alun, 1977, "Edwardian liberalism and industrial unrest: A class view of the decline of liberalism", *History Workshop Journal*, núm. 4, otoño: 143-161.

Hoxie, R. Gordon, 1955, *A history of the Faculty of Political Science*, Columbia University, Nueva York, Columbia University Press.

Hroch, Miroslav, 1968, *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegung bei den kleinen Völkern Europas*, Praga, Universidad Karlova.

Hufton, Olwen, 1971, "Women in revolution, 1789-1796", *Past and Present*, núm. 53, noviembre: 90-108.

Hughes, H. Stuart, 1958, *Consciousness and society: The reorientation of European social thought, 1890-1930*, Nueva York, Knopf.

Humphreys, R. A., 1965, "British merchants and South American independence", *Proceedings of the British Academy* 51: 151-174.

Humphries, Jane, 1977, "Class struggle and the persistence of the working-class family", *Cambridge Journal of Economics* 1, núm. 3, septiembre: 241-258.

Huskisson, William, 1825, "Substance of two speeches delivered in the House of Commons on the 21st and 25th March, 1825...", *Edinburgh Review* 42, núm. 84, agosto: 271-303.

Hyman, Richard, 1984, "Massenorganisation und Basismilitanz in Großbritannien 1888-1914", en Wolfgang J. Mommsen y Hans-Gerhard Husung (eds.), *Auf dem Wege zur Massengewerkschaft*, pp. 311-331, Stuttgart, Ernst Klett.

Iggers, Georg G., 1958a, *The cult of authority. The political philosophy of the Saint-Simonians. A chapter in the intellectual history of totalitarianism*, La Haya, Martinus Nijhoff.

——, 1958b, *The doctrine of Saint-Simon: An exposition, first year, 1828-1829*, trad. con notas e introducción de Georg G. Iggers, Boston, Beacon Press.

——, 1962, "The image of Ranke in American and German historical thought", *History and Theory* 2, núm. 1: 17-40.

——, 1970, "Le saint-simonisme et la pensée autoritaire", *Économies et Sociétés*, 4, núm. 4, abril: 673-691.

——, 1983, *The German conception of history: The national tradition of historical thought from Herder to present*, ed. rev., Middleton, Wesleyan University Press.

Ignatiev, Noel, 1995, *How the Irish became white*, Nueva York, Routledge.

Iliasu, A. A, 1971, "The Cobden-Chevalier Commercial Treaty of 1860", *Historical Journal* 14, núm. 1, marzo: 67-98.

Imlah, Albert H., 1948, "Real values in British foreign trade, 1798-1853", *Journal of Economic History* 8, núm. 2, noviembre: 132-152.

——, 1949, "The fall of protection in Britain", en Dwight Erwin Lee (ed.), *Essays in history and international relations in Honor of George Hubbard Blakeslee*, pp. 306-320, Worcester Clark University Publications.

——, 1950, "The terms of trade of the United Kingdom, 1798-1913", *Journal of Economic History* 10, núm. 2, noviembre: 170-194.

——, 1952, "British balance of payments and export of capital, 1816-1913", *Economic History Review*, n.s., 5, núm. 2: 208-239.

—, 1958, *Economic elements in the Pax Britannica: Studies in British foreign trade in the nineteenth century*, Cambridge, Harvard University Press.
Ivray, Jehan d', 1928, *L'aventure saint-simonienne et les femmes*, París, Félix Alcan.
Jacobitti, Edmund K. E, 1981, *Revolutionary humanism and historicism in modern Italy*, New Haven, Yale University Press.
Jacquemyns, Guillaume, 1934, "Les réactions contre l'individualisme de 1789 à 1848", *Revue de l'Université de Bruxelles* 39, núm. 4, mayo-julio: 421-437.
Jacquey, Marie-Clotilde, 1988, *Images de noir dans la littérature occidentale, vol. I, Du Moyen-Âge à la conquête colonial*, Cultures Sud/Nord Librairie, París, La Documentation Française.
Janes, R. M., 1978, "On the reception of Mary Wollstonecraft's *A vindication of the rights of woman*", *Journal of the History of Ideas* 39, núm. 2, abril-junio: 293-302.
Janowitz, Morris, 1972, "The professionalization of sociology", en R. K. Merton (ed.), *Varieties of political expression in sociology*, pp. 105-135, Chicago, University of Chicago Press.
Jardin, André y André-Jean Tudesq, 1973, *Le France des notables*, 2 vols., *Nouvelle histoire de la France contemporaine* 6 y 7, París, Éd. du Seuil.
Jaurès, Jean, 1903, "La doctrine saint-simonienne et le socialisme", *Revue Socialiste* 38, julio-diciembre: 129-149.
—, 1968, *Histoire socialiste de la Révolution française*, París, Éd. Sociales.
Jayawardena, Kumari, 1986, *Feminism and nationalism in the Third World*, ed. rev., Nueva Delhi y Londres, Kali for Women/Zed.
Jelarich, Barbara, 1976, "The Balkan nations and the Greek war of independence", en N. P. Diamandouros (ed.), *Hellenism and the first continuity and change*, pp. 157-169, Tesalónica, Institute for Balkan Studies.
Jenks, Leland H., 1927, *The migration of British capital to 1875*, Nueva York, Knopf.
Jennings, Louis J. (ed.), 1884, *The correspondence and diaries of the late right honorable John Wilson Croker, LL.D., F.R.S.*, 3 vols., Londres, John Murray.
Jeremy, David J., 1977, "Damming the flood: British government efforts to check outflow of technicians and machinery, 1780-1843", *Business History Review* 51, núm. 1, primavera: 1-34.
Jervis, Robert, 1992, "A political science perspective on the balance of power and the concert", *American Historical Review* 97, núm. 3, junio: 716-724.
Johnson, Christopher H., 1966, "Etienne Cabet and the problem of class antagonism", *International Review of Social History* 11, núm. 3: 403-443.
—, 1971, "Communism and the working class before Marx: The Icarian experience", *American Historical Review* 76, núm. 3, junio: 642-689.
—, 1974, *Utopian communism in France: Cabet and the Icarians, 1839-1851*, Ithaca, Cornell University Press.
—, 1975, "The revolution of 1830 in French economic history", J. M. Merriman (ed.), *1830 in France*, pp. 139-189, Nueva York, Franklin Watts.

——, 1983, "Response to J. Rancière, 'Le mythe de l'artisan' ", *International Labor and Working Class History*, núm. 24, otoño: 21-25.

Johnson, Richard, 1970, "Educational policy and social control in early Victorian England", *Past and Present*, núm. 49, noviembre: 96-119.

Johnston, Hugh J. M., 1972, *British emigration policy, 1815-30: "Shovelling out paupers"*, Oxford, Clarendon Press.

Joll, James (ed.), 1950, *Britain and Europe: Pitt to Churchill, 1793-1940*, Londres, Nicholas Kaye.

Jones, Charles, 1980, "'Business imperialism' and Argentina, 1875-1900: A theoretical note", *Journal of Latin American Studies* 12, núm. 2, noviembre: 437-444.

Jones, D. Caradog, 1941, "Evolution of the social survey in England since Booth", *American Journal of Sociology* 46, núm. 6, mayo: 818-825.

Jones, Gareth Stedman, 1971, *Outcast London. A study in the relationship between classes in Victorian society*, Oxford, Clarendon Press.

——, 1977, "Society and politics at the beginning of the world economy", *Cambridge Journal of Economics* 1, núm. 1, marzo: 77-92.

——, 1983, *Languages of class: Studies in English working class history, 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University Press.

——, 1984, "Some notes on Karl Marx and the English labour movement", *History Workshop Journal*, núm. 18, otoño: 124-137.

Jones, Kathleen y Françoise Vergès, 1991, "Women of the Paris Commune", *Women's Studies International Forum* 14, núm. 5: 491-503.

Jones, Robert Alan y Robert M. Anservitz, 1975, "Saint-Simon and Saint-Simonism: A Weberian view", *American Journal of Sociology* 80, núm. 5, marzo: 1095-1123.

Jordan, Constance, 1990, *Renaissance feminism: Literary texts and political models*, Ithaca, Cornell University Press.

Jordan, Winthrop D., 1968, *White over Black: American attitudes toward the Negro, 1550-1812*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Jore, Léonce, 1959, *L'océan Pacifique au temps de la Restauration et de la Monarchie de Juillet, 1815-1848*, 2 vols., París, Éd. Besson & Chantemerle.

Jorland, Gérard. 2000, "L'Orient et le mythe du peuple primitif", en D. Lecourt (ed.), *Sciences, mythes et religions en Europe*, Royaumont, 14-15 octubre 1997, pp. 67-90, Luxemburgo, European Communities.

Judt, Tony, 1986, *Marxism and the French left: Studies in labour and politics in France, 1830-1981*, Oxford, Clarendon Press.

Juglar, Clément, 1862, *Des crises commerciales et de leur retour périodique en France, en Angleterre et aux États-Unis*, París, Guillaumin.

Julien, Charles-André, 1981, prefacio a *Toussaint Louverture: La Révolution française et le problème colonial*, por Aimé Césaire, 7-19, París, Présence Africaine.

Kadish, Alon, 1982, *The Oxford economists in the late nineteenth century*, Oxford, Clarendon Press.

Kahora, Bernard y Antoine Savoye, 1989, *Les inventeurs oubliés*, Seyssel, Champ Vallon.

Kaplan, Marion A., 1979, *The Jewish Feminist movement in Germany: The campaigns of the Jüdischer Frauenbund, 1904-1938*, Westport, Greenwood Press.

Kaplan, Steven L., 1979, "Réflexions sur la police du monde du travail, 1700-1818", *Revue Historique*, año 103, CCLXI, 1, núm. 529, enero-marzo: 17-77.

—, 1993, *Adieu 89*, París, Fayard.

Karady, Victor, 1976, "Durkheim, les sciences sociales et l'université, bilan d'un demi-échec", *Revue Française de Sociologie* 17, núm. 2, abril-junio: 267-312.

Karlsson, Gunnar, 1980, "Icelandic nationalism and the inspiration of history", en R. Mitchison (ed.), *The roots of nationalism: Studies in Northern Europe*, pp. 77-89, Edimburgo, John Donald.

Kasler, Dirk, 1984, *Die Frühe deutsche Sociologie 1909 bis 1934, und ihre Entstehungs-Milieux*, Opladen, Westdeutscher Verlag.

Katznelson, Ira, 1985, "Working-class formation and the state: Nineteenth-century England in American perspective", en P. B. Evans *et al.* (eds.), *Bringing the state back in*, pp. 257-284, Cambridge, Cambridge University Press.

Kealey, Gregory S., 1980, *Toronto workers respond to industrial capitalism, 1867-1892*, Toronto, University of Toronto Press.

Kedourie, Elie, 1985, *Nationalism*, 3a. ed., Londres, Hutchison.

Kehr, Eckart, 1965, "Englandhass und Weltpolitik", en *Der Primat der Innenpolitik: Gesammelte Aufsätze zur preussisch-deutschen Sozialgeschichte im 19. und 20. Jahrhunderts*, pp. 149-175, Berlín, Walter de Gruyter.

Kelly, Gary, 1993, *Women, writing, and revolution, 1790-1827*, Oxford, Clarendon Press.

Kelly, Joan, 1982, "Early feminist theory and the Querelle des Femmes, 1400-1789", *Signs* 8, núm. 1, otoño: 4-28.

—, 1984, "Did women have a renaissance?", en *Women, history and theory: The essays of Joan Kelly*, pp. 19-50, Chicago, University of Chicago Press.

Kemp, Betty, 1962, "Reflections on the repeal of the Corn Laws", *Victorian Studies* 5, núm. 3, marzo: 189-204.

Kemp, Tom, 1971, *Economic forces in French history*, Londres, Dennis Dobson.

Kennedy, Marie y Chris Tilly, 1985, "At arm's length: Feminism and socialism in Europe, 1890-1920", *Radical America* 19, núm. 4, 35-51.

—, 1987, "Socialism, feminism and the stillbirth of socialist feminism in Europe, 1890-1920", *Science and Society* 51, núm. 1: 6-42.

Kennedy, Paul, 1987, *The rise and fall of the great powers: Economic change and military conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, Random House.

Keylor, William R., 1975, *Academy and community: The foundation of the French historical profession*, Cambridge, Harvard University Press.

Keynes, John Maynard, 1926, *The end of laissez-faire*, Londres, Hogarth Press.

Kiernan, Victor, 1967, "Marx and India", en *The Socialist Register*, 1967, pp. 159-189, Londres, Merlin Press.

Kilmuir, lord, 1960, "The Shaftesbury tradition in conservative politics", *Journal of Law and Economics* 3, octubre: 70-74.

Kindleberger, Charles P., 1951, "Group behavior and international trade", *Journal of Political Economy* 59, núm. 1, febrero: 30-46.

——, 1961a, *Economic growth in France and Britain, 1851-1950*, Cambridge, Harvard University Press.

——, 1961b, "Foreign trade and economic growth: Lessons from Britain and France, 1850 to 1913", *Economic History Review*, n.s., 14, núm. 2, diciembre: 289-305.

——, 1975, "The rise of free trade in Western Europe, 1820-1875", *Journal of Economic History* 35, núm. 1 marzo: 20-55.

——, 1984, "Financial institutions and economic development: A comparison of Great Britain and France in the eighteenth and nineteenth centuries", *Explorations in Economic History* 21, núm. 2, abril: 103-124.

Kintzler, Catherine, 1987, *Condorcet: L'Instruction publique et la naissance du citoyen*, París, Gallimard.

Kissinger, Henry A., 1973, *A world restored*, Gloucester, Peter Smith.

Kitson Clark, G., 1951a, "The electorate and the repeal of the Corn Laws", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5a. ser., 1: 109-126.

——, 1951b, "The repeal of the Corn Laws and the politics of the forties", *Economic History Review*, n.s., 4, núm. 1: 1-13.

——, 1962, *The making of Victorian England*, Londres, Macmillan.

——, 1967, *An expanding society: Britain, 1830-1900*, Cambridge, Cambridge University Press.

Klein, Ira, 1971, "English free traders and Indian tariffs, 1874-1896", *Modern Asian Studies* 5, núm. 3, julio: 251-271.

——, 1980, "Prospero's magic: Imperialism and nationalism in Iran, 1909-1911", *Journal of Asian History* 14, núm. 1, 47-71.

Kleinau, Elke, 1987, *Die Freie Frau: Soziale Utopien des frühen 19. Jahrhunderts*, Düsseldorf, Schwan.

Klejman, Laurence y Florence Rochefort, 1989, *Légalité en marche: Le féminisme sous la Troisième République*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

Klima, Arnost, 1948, "La Révolution de 1848 en Bohème", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 2, pp. 205-237, París, Éd. du Minuit.

Klinge, Matti, 1980, "'Let us be Finns': The birth of Finland's national culture", en R. Mitchison (ed.), *The roots of nationalism: Studies in Northern Europe*, pp. 67-75, Edimburgo, John Donald.

Knibiehler, Yvonne, 1976, "Les médecins et la 'nature féminine' au temps du Code Civil", *Annales E.S.C.* 31, núm. 4, julio-agosto: 824-845.

Knibiehler, Yvonne y Catherine Fouquet, 1983, *La femme et les médicins*, París, Hachette.

Knight, David, 1984, *The age of science: The scientific world-view of the nineteenth century*, Oxford, Basil Blackwell.

—, 1990, "Romanticism and the sciences", en A. Cunningham y N. Jardine (eds.), *Romanticism and the sciences*, pp. 13-24, Cambridge, Cambridge University Press.

Kocka, Jürgen, 1980, "The study of social mobility and the formation of the working-class in the nineteenth century", *Le mouvement social*, núm. 111, abril-junio: 97-117.

—, 1984, "Craft traditions and the labour movement in nineteenth-century Germany", en Pat Thane *et al.* (eds.), *The power of the past: Essays for Eric Hobsbawm*, pp. 95-117, Cambridge, Cambridge University Press.

—, 1986, "Problems of working-class formation in Germany: The early years, 1800-1875", en I. Katznelson y A. R. Zolberg (eds.), *Working-class formation: Nineteenth-Century patterns in Western Europe and the United States*, pp. 279-351, Princeton, Princeton University Press.

—, 1988, "German history before Hitler: The debate about the German *Sonderweg*", *Journal of Contemporary History* 23, núm. 1, enero: 3-16.

—, 1995, "The middle classes in Europe", *Journal of Modern History* 67, diciembre: 783-806.

Kocka, Jürgen y Heinz-Gerhard Haupt, 1996, "Vecchie e nuove classi nell'Europa del XIX secolo", en P. Bairoch y E. J. Hobsbawm (eds.), *L'età contemporanea, secoli XIX-XX*, pp. 675-751, vol. 5 de *Storia d'Europa*, Turín, Einaudi.

Koerner, Konrad, 1982, "Observations on the sources: Transmission and meaning of 'Indo-European' and related terms in the development of linguistics", en J. P. Maher *et al.* (eds.), *Papers from the 3rd International Conference on Historical Linguistics*, pp. 153-180, Amsterdam, John Benjamins.

Kohlstedt, Sally Gregory, 1976, *The formation of the American scientific community: The American Association for the Advancement of Science, 1848-1860*, Urbana, University of Illinois Press.

Kohlstedt, Sally Gregory, Michael M. Sokal y Bruce V. Lewenstein, 1999, *The establishment of science in America: 150 years of the American Association for the Advancement of Science*, New Brunswick, Rutgers University Press.

Kohn, Hans, 1946, *The idea of nationalism*, Nueva York, Macmillan, 3a. edición aumentada.

—, 1956, *The idea of nationalism: A study in its origins and background*, Nueva York, Macmillan.

—, 1965, "Nationalism and internationalism in the nineteenth and twentieth centuries", en *Grands thèmes. Comité International des Sciences Historiques. XIIe Congrès International des Sciences Historiques, Rapports*, 1: 191-240, Horn/Viena, F. Berger & Söhne.

Kolakowski, Leszek, 1978, *Main currents of Marxism: Its rise, growth, and dissolution*, 3 vols., Oxford, Clarendon Press.

Kollontai, Alexandra, 1971, "The social basis of the woman question", en *Selected writings of Alexandra Kollontai*, pp. 58-73, traducción [del ruso], con introducción y comentarios de Alix Holt, Londres, Allison & Busby.

Koonz, Claudia, 1987, *Mothers in the Fatherland: Women, the family, and nazi politics*, Nueva York, St. Martin's Press.
Koyré, Alexandre, 1946, "Louis de Bonald", *Journal of the History of Ideas* 7, núm. 1, enero: 56-73.
Kraditor, Aileen S., 1965, *The ideas of the woman suffrage movement, 1890-1920*, Nueva York, Columbia University Press.
——— (ed.), 1968, *Up from the pedestal: Selected writings in the history of American feminism*, Nueva York, Quadrangle Books.
Kraehe, Enno E., 1992, "A bipolar balance of power", *American Historical Review* 97, núm. 3, junio: 707-715.
Kriegel, Annie, 1979, "L'Association Internationale des Travailleurs (1864-1876)", en J. Droz (ed.), *Des origines à 1875*, pp. 603-634, vol. 1 de *Histoire générale du socialisme*, París, Université de France.
Kriegel, Annie y Jean-Jacques Becker, 1964, *1914: La guerre et le mouvement ouvrier français*, París, Lib. Armand Colin.
Krug, Charles, 1899, *Le féminisme et le droit civil français*, Nancy, Imp. Nancéienne.
Krüger, Dieter, 1987, "Max Weber and the 'younger' generation in the Verein für Sozialipolitik", en W. J. Mommsen y J. Oberhammel, *Max Weber and His Contemporaries*, pp. 71-87, Londres, Unwin Hyman.
Kuczynski, Jürgen, 1975, *Studien zu einer Geschichte der Gesellschaftswissenschaften*, Berlín, Akademie-Verlag.
Kuhn, Thomas, 1976, "Mathematical vs. experimental traditions in the development of physical science", *Journal of Interdisciplinary History* 7, núm. 1, verano: 1-31.
Kukiel, Marian, 1953, "La Révolution de 1830 et la Pologne", *Revue Internationale d'Histoire Politique et Constitutionnelle*, n.s., 3, núm. 11, julio-septiembre: 235-248.
Kulstein, David I., 1962, "The attitude of French workers towards the Second Empire", *French Historical Studies* 2, núm. 3, primavera: 356-375.
——, 1964, "Bonapartist workers during the Second Empire", *International Review of Social History* 9: 226-234.
——, 1969, *Napoleon III and the working class: A study of government propaganda under the Second Empire*, s.l., A Publication of the California State Colleges.
Kumar, Krishan, 1983, "Class and political action in nineteenth-century England: Theoretical and comparative perspectives", *Archives Européennes de Sociologie* 24, núm. 1: 3-43.
Labrousse, Ernest, 1948, "Les deux révolutions de 1848", *Revue Socialiste*, n.s., núms. 17-18, enero-febrero: 1-6.
——, 1949a, "1848-1830-1789: Comment naissent les revolutions", en *Actes du Congrès historique du Centenaire de la Révolution de 1848*, 1-20, París, Presses Universitaires de France.
——, 1949b, *Le mouvement ouvrier et les idées sociales en France de 1815 à la fin du xixe siècle*, Les Cours de la Sorbonne, París, Centre de Documentation Universitaire.

—, 1952, *Le mouvement ouvrier et les théories sociales en France au XIXe siècle, Les Cours de la Sorbonne*, París, Centre de Documentation Universitaire.

—, 1954, *Aspects de l'évolution économique et sociale de la France et du Royaume-Uni de 1815 à 1880*, 3 vols., París, Centre de Documentation Universitaire.

_(ed.), 1956a, *Aspects de la crise et de la dépression de l'économie française au milieu du XIXe siècle, 1846-1851*, Bibliothèque de la Révolution de 1848, 19, La Roche-sur-Yon, Impr. Centrale de l'Ouest.

—, 1956b, "Panoramas de la crise", en E. Labrousse (ed.), *Aspects de la crise et de la dépression de l'économie française au milieu du XIXe siècle, 1846-1851*, pp. iii-xxiv, Bibliothèque de la Révolution de 1848, vol. 19, La Roche-sur-Yon, Impr. Centrale de l'Ouest.

—, 1976, "A livre ouvert sur les élans et les vicissitudes des croissances", en *Histoire économique et sociale de la France*, tomo 3, *L'avènement de l'ère industrielle (1789-années 1880)*, 2, pp. 859-1024, París, Presses Universitaires de France.

Lacour, Leopold, 1900, *Les origines du féminisme contemporaine. Trois femmes et la Révolution: Olympe de Gouges, Théoigne de Mericourt, Rose Lacombe*, París, Plon-Nourrit.

Lacroix, Bernard, 1981, *Durkheim et la politique*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

Laidler, David, 1987, "Bullionist controversy", en J. Eatwell *et al.* (eds.), *The New Palgrave: A Dictionary of Economics*, Londres, Macmillan.

Lambi, Ivo Nikolai, 1963, *Free trade and protection in Germany, 1868-1879*, Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte, Beihefte núm. 44, Weisbaden, Franz Steiner Verlag.

Landauer, Carl, 1961, "The Guesdists and the small farmer: Early erosion of French Marxism", *International Review of Social History* 6, parte 2: 212-225.

Landes, David S., 1949, "French entrepreneurship and industrial growth in the nineteenth century", *Journal of Economic History* 9, núm. 1, mayo: 45-61.

—, 1956, "Vieille banque et banque nouvelle: La révolution financière du dix-neuvième siècle", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* 3: 204-222.

Landes, Joan B., 1981, "Feminism and the Internationals", *Telos*, núm. 49, otoño: 117-126.

—, 1988, *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*, Ithaca, Cornell University Press.

Lange, David, 1977, "London in the year of revolutions, 1848", en J. Stevenson (ed.), *London in the age of reform*, pp. 177-211, Oxford, Basil Blackwell.

Langewiesche, Dieter, 1987, "The impact of the German labor movement on workers' culture", *Journal of Modern History* 59, núm. 3, septiembre: 506-523.

—, 1993, "Liberalism and the middle classes in Europe", en J. Kocka y A. Mitchell (eds.), *Bourgeois society in nineteenth-century Europe*, pp. 40-69, Oxford, Berg.

Lasch, Christopher, 1958, "The Anti-imperialists, the Philippines, and the

inequality of man", *Journal of Southern History* 24, núm. 3, agosto: 319-331.

Laslett, John H. M., 1964, "Reflections on the failure of socialism in the American Federation of Labor", *Mississippi Valley Historical Review* 50, núm. 4, marzo: 634-651.

——, 1974, "Comment [on Daniel Bell]", en J. H. M. Laslett y S. M. Lipset (eds.), *Failure of a dream? Essays in the history of American socialism*, pp. 112-123, Garden City, Anchor/Doubleday.

Lasserre, Adrien, 1906, *La participation collective des femmes à la Révolution: Les antécédents du féminisme*, París, Félix Alcan.

Lazarsfeld, Paul F., 1961, "Notes on the history of quantification in sociology: Trends, sources, and problems", *ISIS* 52, parte 2, núm. 168, junio: 277-331.

Le Bon, Gustave, 1978 [1894], *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples*, París, Les Amis de Gustave Le Bon.

Lebrun, Pierre, 1948, *L'industrie de la laine à Verviers pendant le XVIIIe et le début du XIXe siècles: Contribution à l'étude des origines de la révolution industrielle*, Faculté de Philosophie et Lettres, fasc. 114, Lieja.

——, 1961, "La rivoluzione industriale in Belgio: Strutturazione e destrutturazione delle economie regionali", *Studi storici* 2, núms. 3/4: 548-658.

Leclercq, Yves, 1991, "Les débats d'orientation économique de la France (1815-1850)", *Cahiers de l'ISEA*, series AF, Historie quantitative de l'économie française, núm. 4, julio: 91-119.

Le Cour Grandmaison, Olivier, 1987, "La citoyenneté à l'époque de la Constituante", *Annales Historiques de la Révolution Française*, núms. 269-270, julio-diciembre: 248-265.

Lecuyer, Bernard-Pierre, 1983, "Les statistiques démographiques et sociales et les statisticiens durant la Restauration", en *Sciences, médecines et technologies sous la Restauration*, París, Maison des Sciences de l'Homme.

——, 1988, Prefacio a *Législation primitive considérée par la raison*, por L. de Bonald, pp. I-VI, París, Jean-Michel Place.

Ledru-Rollin, A.-A., 1850, *De la décadence de l'Angleterre*, 2 vols., París, Escudier Frères.

Lee, Dwight E. y Robert N. Beck, 1954, "The meaning of historicism", *American Historical Review* 59, núm. 3, abril: 568-577.

Lee, Richard E. e Immanuel Wallerstein (coords.), 2004, *Overcoming the two cultures: Science versus the humanities in the modern world-system*, Boulder, Paradigm.

Lee, W. R. y Eve Rosenhaft (eds.), 1997, *State, social policy and social change in Germany, 1880-1994*, 2a. ed. actualizada y revisada, Oxford, Berg.

Lefkowitz, Mary R., 1996, "Ancient history, modern myths", en M. R. Lefkowitz y G. R. Rogers (eds.), *Black Athena revisited*, pp. 5-23, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

——, 1997, *Not out of Africa: How Afrocentrism became an excuse to teach myth as history*, ed. rev., Nueva York, Basic Books.

Lefrane, Georges, 1930, "The French railroads, 1823-1842", *Journal of Economic and Business History* 2, núm. 2, febrero: 299-331.

Lehning, Arthur, 1938, The International Association, 1855-1859: A contribution to the preliminary history of the First International, Leiden, E.J. Brill.

—, 1970, *From Buonarroti to Bakunin: Studies in international socialism*, Leiden, E.J. Brill.

Lemoine, Robert J., 1932, "Les étrangers et la formation du capitalisme en Belgique", *Revue d'Histoire Économique et Sociale* 20, núm. 3: 252-336.

Lentini, Orlando (ed.), 1981, *La sociologia italiana nell'età del positivismo*, Bolonia, Il Mulino.

Léon, Pierre, 1960, "L'industrialisation en France en tant que facteur de croissance économique, du début du XVIIIe siècle à nos jours", en *Première Conférence Internationale d'Histoire Économique*, pp. 165-204, París y La Haya, Mouton.

Léon, Pierre, François Crouzet y Richard Gascon (eds.), 1972, *L'industrialisation en Europe au XIXe siècle, Cartographie et typologie*. Colloque International Du C. N. R. S., Lyon, 7-10 octubre, 1970, París, Éd. du CNRS.

Leopold, Joan, 1970, "The Aryan Theory of Race in India, 1870-1920: Nationalist and internationalist visions", *Indian Economic and Social History Review* 7, núm. 2, junio: 271-297.

—, 1974, "British applications of the Aryan theory of race to India, 1850-1870", *English Historical Review* 89, núm. 352: 578-603.

Lepenies, Wolf, 1989, *Between literature and science: The rise of sociology*, Cambridge, Cambridge University Press. [Publicado originalmente como *Die Drei Kulturen*.]

Lerner, Gerda, 1993, *The creation of feminist consciousness: From the Middle Ages to eighteen-seventy*, Nueva York, Oxford University Press.

Leslie, R. F., 1952, "Polish political divisions and the struggle for power at the beginning of the insurrection of november 1830", *Slavonic Review* 31, núm. 76, diciembre: 113-132.

—, 1956, *Polish politics and the revolution of november 1830*, Londres, Athlone Press.

Leuilliot, Paul, 1953, "Notes et remarques sur l'histoire économique et social de la France, sous la Restauration", *Revue de Synthèse*, n.s., 33, 74, ser. gen., julio-diciembre: 149-172.

Le Van-Mesle, Lucette, 1980, "La promotion de l'économie politique en France au XIXe siècle, jusqu'à son introduction dans les facultés (1815-1881)", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* 27, abril-junio: 270-294.

Levasseur, Émile, 1903-1904, *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France de 1789 à 1870*, 2a. ed. totalmente revisada, 3 vols., París, A. Rousseau.

Levy, Darline Gay *et al.* (eds.), 1979, *Women in revolutionary Paris, 1789-1795: Selected documents*, Urbana, University of Illinois Press.

Lévy-Leboyer, Maurice, 1964, *Les banques européennes et l'industrialisation internationale dans la première moitié du XIXe siècle*, París, Presses Universitaires de France.

—, 1968a, "La croissance économique en France au XIXe siècle: Résultat

préliminaires", *Annales E. S. C.* 23, núm. 4, julio-agosto: 788-807.
——, 1968b, "Le processus d'industrialisation: Le cas de l'Angleterre et la France", *Revue Historique*, año 92, CCXXXIX, abril-junio: 281-298.
——, 1970, "L'héritage de Simiand: Prix, profit et termes d'échange au XIXe siècle", *Revue Historique*, año 94, núm. 243, enero-marzo: 77-120.
——, 1971, "La décélération de l'économie française dans la seconde moitié du XIXe siècle", *Revue d'Histoire Économique et Sociale* 49, núm. 4: 485-507.
Lévy-Leboyer, Maurice y François Bourguignon, 1985, *L'économie française au XIXe siècle: Analyse macro-économique*, París, Economica.
Lewis, Gordon K., 1978, *Slavery, imperialism, and freedom: Studies in English radical thought*, Nueva York, Monthly Review Press.
——, 1983, *Main currents in Caribbean thoughts: The historical evolution of Caribbean society in its ideological aspects, 1492-1900*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
Lewis, Jane, 1984, *Women in England 1870-1950: Sexual divisions and social change*, Brighton, Wheatsheaf Books.
__ (ed.), 1987, *Before the vote was won: Arguments for and against women's suffrage*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
Lewis, W. A., 1957, "International competition in manufacturers", *American Economic Review* 47, núm. 2: 578-587.
Lhomme, Jean, 1960, *La grande bourgeoisie au pouvoir (1830-1880)*, París, Presses Universitaires de France.
Lichtheim, George, 1969, *The origins of socialism*, Londres, Weidenfeld & Nicolson.
Liddington, Jill y Jill Norris, 1984, *One hand tied behind us: The rise of the women's suffrage movement*, reimpresión corregida, Londres, Virago.
Lidtke, Vernon, 1980, "The formation of the working class in Germany", *Central European History* 13, núm. 4, diciembre: 393-400.
Lincoln, Andrew, 1980, "Through the undergrowth: Capitalist development and social formation in 19th century France", en R. Samuel (ed.), *People's history and socialist theory*, pp. 255-267, Londres, Routledge & Kegan Paul.
Lindenlaub, Dieter, 1967, *Richtungskämpfe im Verein für Sozialpolitik: Vierteljahresschaft für Sozial- und Wirtschartsgeschichte*, suplemento núm. 53, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag.
Lindholm, Marika, 1991, "Swedish feminism, 1835-1945: A conservative revolution", *Journal of Historical Sociology* 4, núm. 2, junio: 121-142.
Linebaugh, Peter y Marcus Rediker, 1990, "The many headed Hydra: Sailors, slaves and the Atlantic working class in the eighteenth century", *Journal of Historical Sociology* 3, núm. 3, septiembre: 225-522.
Lipset, S. M., 1983, "Radicalism or reformism: The sources of working-class politics", *American Political Science Review* 77, núm. 1, marzo: 1-18.
Lis, Catharine y Hugo Soly, 1977, "Food consumption in Antwerp between 1807 and 1859: A contribution to the standard of living debate", *Economic History Review*, 2a. ser., vol. 30, núm. 3: 460-486.

Lisanti, Nicola, 1979, "La nascita del movimento operaio, 1815-1860", en A. Agosti y G. M. Bravo (eds.), *Dall'età preindustriale alla fine dell'ottocento*, pp. 219-267, vol. 1 de *Storia del movimento operaio, del socialismo e delle lotte sociale in Piemonte*, Bari, De Donato.

Lissagaray, Prosper-Olivier, 1976, *Histoire de la Commune de 1871*, París, La Découverte.

Lladonosa, Manuel y Joaquím Ferrer, 1977, "Nacionalisme català i reformisme social en els treballadors mercantils a Barcelona entre 1903 i 1939. El C.A.D.C.I", en A. Balcells (ed.), *Teoría y práctica del movimiento obrero en España, 1900-1936*, pp. 281-329, Valencia, Fernando Torres, Ed.

Locke, John, 1965 [1689], *Two treatises of government*, Nueva York, New American Library/Mentor.

Logue, William, 1979, "Sociologie et politique: Le libéralisme de Célestin Bouglé", *Revue Française de Sociologie* 20, núm. 1, enero-marzo: 141-161.

—, 1983, *From philosophy to sociology: The evolution of French liberalism, 1870-1914*, De Kalb, Northern Illinois University Press.

Longuet, Jean, 1913, *Le mouvement socialiste international*, París, A. Quillet.

Lora, Guillermo, 1990, *A history of the Bolivian Labour Movement, 1848-1971*, Cambridge, Cambridge University Press.

Lorimer, Douglas A., 1978, *Colour, class, and the Victorians: English attitudes to the Negro in the mid-nineteenth century*, Leicester, Leicester University Press.

—, 1990, "Nature, racism, and late Victorian science", *Canadian Journal of History* 25, núm. 3, diciembre: 369-385.

Lorwin, Val, 1958, "Working-class politics and economic development in Western Europe", *American Historical Review* 63, núm. 2, enero: 338-351.

Louis, Paul, 1905, *Le colonialisme*, *Bibliothèque Socialiste*, núm. 36, París, Société Nouvelle de Librairie et d'Édition.

Lovett, Clara M., 1982, *The democratic movement in Italy, 1830-1876*, Cambridge, Harvard University Press.

Lowi, Theodore J., 1985, Prefacio a *Disenchanted realists, political science and the American crisis, 1884-1984*, de R. Seidelman, pp. vii-xvii, Albany, State University of New York Press.

Löwy, Michael, 1974, "Le problème de l'histoire (remarques de théorie et de méthode)", en G. Haupt *et al.*, *Les Marxistes et la question nationale, 1848-1914*, pp. 370-391, París, Maspéro.

Lukes, Steven, 1973, *Individualism*, Oxford, Basil Blackwell.

Lutfalla, Michel, 1972, "Aux origines du libéralisme économique en France, Le 'Journal des Economistes'. Analyse du contenu de la première série, 1841-1853", *Revue d'Histoire Économique et Social* 50, núm. 4: 494-517.

Luzzatto, Gino, 1948, "Aspects sociaux de la Révolution de 1848 en Italie", *Revue Socialiste*, n.s., núms. 17-18, enero-febrero: 80-86.

Lyon, Peyton V., 1961, "Saint-Simon and the origins of scientism and historicism", *Canadian Journal of Economics and Political Science* 27, núm. 1, febrero: 55-63.

Lytle, Scott H., 1955, "The second sex (September, 1793)", *Journal of Modern History* 27, núm. 1, marzo: 14-26.

Lyttleton, Adrian, 1993, "The national question in Italy", en M. Teich y R. Porter (eds.), *The national question in Europe in historical context*, pp. 63-105, Cambridge, Cambridge University Press.

MacCoby, S. (ed.), 1952, *The English radical tradition, 1763-1914*, Londres, Nicholas Kaye.

MacDonagh, Oliver, 1958, "The nineteenth century revolution in government: A reappraisal", *Historical Journal* 1, núm. 1: 52-67.

——, 1962, "The anti-imperialism of free trade", *Economic History Review*, n.s., 14, núm. 3, abril: 489-501.

——, 1981, "Ambiguity in nationalism: The case of Ireland", *Historical Studies* 19, núm. 76, abril: 337-352.

Macpherson, C. B., 1962, *The political theory of possessive individualism: Hobbes to Locke*, Oxford, Clarendon Press.

Maehl, William, 1952, "The triumph of nationalism in the German Socialist Party on the eve of the First World War", *Journal of Modern History* 24, núm. 1, marzo: 15-41.

Magraw, Roger, 1985, *France, 1815-1914: The bourgeois century*, Fontana History of Modern France, Londres, Fontana Press/Collins.

Maier, Charles S., 1992, "Democracy since the French Revolution", en John Dunn (ed.), *Democracy, the unfinished journey: 500 b.c. to a.d.*, 1993, pp. 125-153, Oxford, Oxford University Press.

Malefakis, Edward, 1977, "Un análisis comparativo del movimiento obrero en España e Italia", en A. Balcells (ed.) *Teoría y práctica del movimiento obrero en España, 1900-1936*, pp. 95-111, Valencia, Fernando Torres, Ed.

Maloney, John, 1985, *Marshall, orthodoxy and the professionalisation of economics*, Cambridge, Cambridge University Press.

Manacorda, Gaston, 1981, Comentarios en *Jaurès et la classe ouvrière*, 184-186, Collection Mouvement social, París, Éd. Ouvrières.

Mann, Michael, 1970, "The social cohesion of liberal democracy", *American Sociological Review* 35, núm. 3, junio: 423-431.

Manning, D. J, 1976, *Liberalism*, Londres, J. M. Dent & Sons.

Manuel, Frank E., 1956, *The new world of Henri Saint-Simon*, Cambridge, Harvard University Press.

Marcuse, Herbert, 1974, "Marxism and feminism", *Women's Studies* 2, núm. 3: 279-288.

Marczewski, Jean, 1961, "Y a-t-il eu un 'take off' en France?", *Cahiers de l'I.S.E.A.*, series AD: Évolution des Techniques et Progrès de l'Économie, núm. 1, febrero: 69-94.

——, 1963, "The take-off hypothesis and French experience", en W. W. Rostow (ed.), *The economics of take-off into sustained growth*, pp. 119-138, Londres, Macmillan.

——, 1965, "Le produit physique de l'économie française de 1789 à 1913

(comparison avec la Grande-Bretagne)", *Cahiers de l'I.S.E.A.*, series AF: Historie Quantitative de l'Économie Française, núm. 4, julio: vii-cliv.

—, 1987, "Préface" a "Le produit intérieur brut de la France de 1789 à 1982", de Jean-Claude Toutain, *Cahiers de l'I.S.E.A.*, series AF: Historie Quantitative de l'Économie Française, núm. 15, mayo: 3-48.

Marichal, Juan, 1955, "España y las raíces semánticas del liberalismo", *Cuadernos*, núm. 11, marzo-abril: 53-60.

—, 1956, "The French Revolution background in the Spanish semantic change of 'liberal'", en *American Philosophical Society Yearbook 1955*, pp. 291-293, Filadelfia American Philosophical Society.

Markovitch, Timohir J., 1965, "La crise de 1847-1848 dans les industries parisiennes", *Revue d'Histoire Économique et Social* 43, núm. 2: 256-260.

—, 1966, "L'industrie française de 1789 à 1964: Conclusions générales", *Cahiers de l'I.S.E.A*, series AF: Histoire Quantitative de l'Économie Française, núm. 7. noviembre.

—, 1967, "Le revenu industriel et artisanal sous la Monarchie de Juillet et le Second Empire", *Cahiers de l'I.S.E.A*, series AF: Histoire Quantitative de l'Économie Française, núm. 8, abril.

Marks, Harry J., 1939, "The sources of reformism in the Social Democratic Party of Germany, 1890-1914", *Journal of Modern History* 11, núm. 3, septiembre: 334-356.

Marriott, J. A. R., 1918, *The Eastern question: An historical study in European diplomacy*, 2a. ed., Oxford, Clarendon Press.

Marrus, Michael R., 1972, "French Jews, the Dreyfus Affair, and the crisis of French society", en R. J. Bezucha (ed.), *Modern European social history*, pp. 335-353, Lexington, D. C. Heath.

Marshall, Alfred, 1982, "Reply" [a "The perversion of economic history"], *Economic Journal* 2, núm. 3, septiembre: 507-519.

—, 1921, *Industry and trade*, Londres, Macmillan.

Marshall, Susan E., 1986, "In defense of separate spheres: Class and status politics in the antisuffrage movement", *Social Forces* 65, núm. 2, diciembre: 327-351.

Martin, Gaston, 1948, *L'abolition de l'esclavage (27 avril 1848)*, *Collection du Centenaire de la Révolution de 1848*, París, Presses Universitaires de France.

Martin, Kingsley, 1963, *The triumph of Lord Palmerston*, ed. rev., Londres, Hutchison.

Martin, Wendy, 1972, *The American sisterhood: Writings of the feminist movement from Colonial times to the present*, Nueva York, Harper & Row.

Marx, Karl y Friedrich Engels, 1976, "Manifesto of the Communist Party", en *Collected Works*, vol. 6, *Marx and Engels, 1845-1848*, pp. 477-519, Nueva York, International Publishers.

Mason, E. S., 1931, "Saint-Simonism and the rationalisation of industry", *Quarterly Journal of Economics* 45, agosto: 640-683.

Mastellone, Salvo, 1957, *La politica estera del Guizot (1840-1847)*, Florencia, La Nuova Italia.

Masure, Auguste, 1892-1893, "La reconnaissance de la monarchie de Juillet", 2 partes, *Annales de l'École Libre de Sciences Politiques* 7, octubre de 1892: 696-721; 8, enero de 1893: 72-117.

Mathias, Eric, 1971, "The social democratic working-class movement and the German national state up to the end of World War I", en *Mouvements nationaux d'indépendance et classes populaires aux xixe et xxe siècles en Occident et en Orient*, 1, pp. 175-183, París, Lib. Armand Colin.

Matoré, Georges, 1967, *Le vocabulaire et la société sous Louis-Philippe*, 2a. ed., Ginebra, Slatkine Reprints.

Matthew, H. C. G., 1973, *The liberal imperialists: The ideas and politics of a post-Gladstonian élite*, Londres, Oxford University Press.

——, 1979, "Disraeli, Gladstone, and the policy of mid-Victorian budgets", *Historical Journal* 22, núm. 3, septiembre: 615-643.

Mawet, Francine, 2000, "Inde, réponses ou questions?", en S. Vanséveren (ed.), *Modèles linguistiques et idéologies, "Indo-Européen"*, pp. 61-84, Bruselas, Éd. Ousia.

May, Arthur J., 1948, "L'Amérique et les révolutions du milieu du siècle dernier", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 2, pp. 395-434, París, Éd. du Minuit.

May, Martha, 1982, "The historical problem of the family wage: The Ford Motor Company and the five dollar day", *Feminist Studies* 8, núm. 2, verano: 399-424.

Mayer, Arno J., 1969, "Internal courses and purposes of war, 1870-1956: A research assignment", *Journal of Modern History* 41, núm. 3, septiembre: 291-303.

——, 1981, *The persistence of the old regime: Europe to the Great War*, Nueva York, Pantheon.

McBride, Theresa M., 1976, *The domestic revolution: The modernization of household science in England and France, 1820-1920*, Londres, Croom Helm.

McCalman, Iain, 1986, "Anti-slavery and ultra radicalism in early nineteenth-century England: The case of Robert Wedderburn", *Slavery and Abolition* 7, núm. 2, septiembre: 99-117.

McClelland, Charles E., 1980, *State, society, and university in Germany, 1700-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.

McCloskey, Donald N., 1971, "International differences in productivity? Coal and steel in America and Britain before World War I", en D. N. McCloskey (ed.), *Essays on a mature economy: Britain after 1840*, pp. 285-304, Londres, Methuen.

——, 1980, "Magnanimous Albion: Free trade and British national income, 1841-1881", *Explorations in Economic History* 17, núm. 3, julio: 303-320.

McCloskey, Donald N. y Kars G. Sandberg, 1971, "From damnation entrepreneur", *Explorations in Entrepreneurial History* 9, núm. 1, otoño: 89-108.

McCloskey, Donald N. y J. Richard Zesher, 1976, "How the gold standard worked, 1880-1913", en J. A. Frenkel y H. G. Johnson (eds.), *The monetary*

approach to the balance of payments, pp. 357-385, Londres, George Allen & Unwin.

McCord, Norman, 1958, *The Anti-Corn Law League, 1838-1846*, Londres, George Allen & Unwin.

McConnmach, Russell, 1974, "On Academic Scientists in Wilhelmian Germany", *Daedalus* 103, núm. 3: 157-171.

McDougall, Mary Lynn, 1978, "Consciousness and community: The workers of Lyon, 1830-1850", *Journal of Social History* 14, núm. 1, otoño: 129-145.

McGregor, O. R., 1957, "Social research and social policy in the nineteenth century", *British Journal of Sociology* 8, núm. 2, junio: 146-157.

McGrew, William W., 1976, "The land issue in the Greek War of independence", en N. P. Diamandouros (ed.), *Hellenism and the first Greek War of liberation (1821-1830): Continuity and change*, pp. 111-129, Tesalónica, Institute for Balkan Studies.

McKenzie, Robert y Allan Silver, 1968, *Angels in marble: Working class conservatives in urban England*, Londres, Heinemann.

McLaren, Angus, 1978a, "Abortion in France: Women and the regulation of family size, 1800-1914", *French Historical Studies* 10, núm. 3, primavera: 461-485.

—, 1978b, *Birth control in nineteenth-century England*, Londres, Croom Helm.

McMillan, James F., 1981a, "Clericals, anticlericals and the women's movement in France under the Third Republic", *Historical Journal* 24, núm. 2: 361-376.

—, 1981b, *Housewife or harlot: The place of women in French society, 1870-1940*, Brighton, Harvester Press.

Meek, Ronald L., 1967, "The Scottish contribution to Marxist sociology", en *Economics and ideology and other essays*, pp. 34-50, Londres, Chapman & Hall.

—, 1976, *Social science and the ignoble savage*, Cambridge, Cambridge University Press.

Melder, Keith, 1977, *The beginnings of sisterhood: The American woman's rights movement, 1800-1850*, Nueva York, Schocken Books.

Mellon, Stanley, 1958, *The political uses of history: A study of historians in the French Restoration*, Stanford, Stanford University Press.

Mellor, G. R, 1951, *British imperial trusteeship, 1783-1850*, Londres, Faber & Faber.

Menager, Bernard, 1981, "Forces et limites du bonapartisme populaire en milieu ouvrier sous le Second Empire", *Revue Historique*, año 105, CCLXV, 2, núm. 538, abril-junio: 371-388.

Merle, Marcel (ed.), 1969, *L'anticolonialisme européen de Las Casas à Marx. Textes choisis et présentés*, Collection U. París, Lib. Armand Colin.

Merrill, Lynn L., 1989, *The romance of Victorian natural history*, Nueva York, Oxford University Press.

Merriman, John M., 1975, "Radicalism and repression: A study of the demobilisation of the 'Democ-Socs' during the Second French Republic", en R.

Price (ed.), *Revolution and reaction: 1848 and the Second French Republic*, pp. 210-235, Londres , Croom Helm.

——, 1978, *Agony of the Republic: The depression of the left in Revolutionary France, 1848-1851*, New Haven, Yale University Press.

Meyssonier, Simone, 1989, *La balance et l'horloge: La genèse de la pensée libérale en France au XVIIIe siècle*, Montreuil, Éd. de la Passion.

Michaud, Stéphane (ed.), 1984, *Un fabuleux destin, Flora Tristán. Actes Du Premier Colloque International Flora Tristán*, Dijon, 3 y 4 mayo 1984, Dijon, Éd. Université de Dijon.

Michelet, Jules, 1860, *La femme*, 3a. ed., París, Hachette.

Michels, Roberto, 1908, *Il proletariato e la borghesia nel movimento socialista italiano*, Turín, Fratelli Bocca, Ed.

Michie, Ranald, 1993, "The City of London and international trade, 1850-1914", en D. C. M. Platt *et al.* (eds.), *Decline and recovery in Britain's overseas trade, 1873-1914*, pp. 21-63, Londres, Macmillan.

Middleton, Lucy (ed.), 1977, *Women in the labour movement: The British experience*, Londres, Croom Helm.

Mill, John Stuart, 1849, "The French revolution of 1848, and its assailants", *Westminster Review* LI, abril-julio: 1-47 [publicado de manera anónima]

——, 1970, "The subjection of women", en A. Rossi (ed.), *Essays on sex equality by John Stuart Mill and Harriet Taylor Mill*, pp. 123-242, Chicago, University of Chicago Press.

Miller, Sally M. (ed.), 1981, *Flawed liberation: Socialism and feminism*, Westport, Greenwood Press.

Milward, Alan S. y S. B. Saul, 1973, *The development of the economics of continental Europe, 1850-1914*, Londres, George Allen & Unwin.

Mink, Gwendolyn, 1986, *Old labor and new immigrants in American political development: Union, party, and state, 1875-1920*, Ithaca, Cornell University Press.

——, 1990, "The lady and the tramp: Gender, race, and the origins of the American welfare state", en L. Gordon (ed.), *Women, the state and welfare*, pp. 92-122, Madison, University of Wisconsin Press.

Minogue, K. R., 1963, *The liberal mind*, Londres, Methuen.

Mitchison, Rosalind, 1980, "Nineteenth century Scottish nationalism: The cultural background", en R. Mitchison (ed.), *The roots of nationalism: Studies in Northern Europe*, pp. 131-142, Edimburgo, John Donald.

Mock, Wolfgang, 1981, "The function of 'race' in imperialist ideologies: The example of Joseph Chamberlain", en P. Kennedy y A. Nicholls (eds.), *Nationalist and racialist movements in Britain and Germany before 1914*, pp. 190-203, Basingstoke, Macmillan.

Mokyr, Joel, 1974, "The industrial revolution in the Low Countries in the first half of the nineteenth century", *Journal of Economic History* 34, núm. 2: 365-391.

Mokyr, Joel y John V. C. Nye, 1990, "La grande quantification" [reseña de *L'économie française au XIXe siècle*, de M. Lévy-Leboyer y F. Bourgnigon], *Journal of Economic History* 50, núm. 1, marzo: 172-176.

Molnár, Miklós, 1971, "Mouvements d'indépendance en Europe: Rôle de la question agraire et du niveau de culture", en E. Labrousse (ed.), *Mouvements nationaux d'indépendance et classes populaires aux XIXe et XXe siècles en Occident et en Orient*, pp. 217-227, Comité International des Sciences Historiques, Commission Internationale d'Histoire des Mouvement Sociaux et des Structures Sociales, París, Lib. Armand Colin.
—, 1975, *Marx, Engels et la politique internationale*, París, Gallimard.
Mommsen, Hans, 1979, *Arbeiterbewegung und nationale Frage; ausgew. Aufsätze*, Gotinga, Vandenhoek & Ruprecht.
Mommsen, Wolfgang J. y Jürgen Osterhammel (eds.), 1985, *Imperialism and after: Continuities and discontinuities*, Londres, George Allen & Unwin.
Montgomery, David, 1980, "Strikes in nineteenth-century America", *Social Science History* 4, núm. 1, invierno: 81-104.
Mooers, Colin, 1991, *The making of bourgeois Europe: Absolutism, revolution, and the rise of capitalism in England, France and Germany*, Londres, Verso.
Moore, David Chioni (ed.), 2001, *Black Athena writes back: Martin Bernal responds to his critics*, Durham, Duke University Press.
Moore, David Cresap, 1961, "The other face of reform", *Victorian Studies* 5, núm. 1, septiembre: 7-34.
—, 1965, "The Corn Laws and high farming", *Economic History Review*, n.s., 18, núm. 3, diciembre: 544-561.
—, 1967, "Social structure, political structure, and public opinion in mid-Victorian England", en Robert Robson (ed.), *Ideas and institutions of Victorian Britain*, pp. 20-57, Londres, G. Bell & Sons.
Moore, R. J., 1964, "Imperialism and 'free trade' policy in India, 1853-54", *Economic History Review*, n.s., 17, núm. 1, agosto: 135-145.
Moorhouse, H. F., 1973, "The political incorporation of the British working class: An interpretation", *Sociology* 7, núm. 3, septiembre: 341-359.
—, 1975, "On the political incorporation of the working class: Reply to Gray", *Sociology* 9, núm. 1, enero: 105-110.
—, 1978, "The Marxist theory of the labour aristocracy", *Social History* 3, núm. 1, enero: 61-82.
Moravio, Sergio, 1980, "The Enlightenment and the sciences of man", *History of Science* 18, parte 4, núm. 142, diciembre: 247-268.
Morazé, Charles, 1957, *Les bourgeois conquérants, XIXe siècle*, París, A. Colin.
Morgan, David, 1975, *Suffragists and liberals: The politics of women suffrage in England*, Oxford, Blackwell.
Morgan, E. Victor, 1965, *The theory and practice of central banking, 1797-1913*, Londres, Frank Cass.
Morley, Charles, 1952, "The European significance of the November uprising", *Journal of Central European Affairs* 11, núm. 4, enero: 407-416.
Morrell, Jack y Arnold Thackray, 1981, *Gentlemen of science: Early years of the British Association for the Advancement of Science*, Camden Fourth Series 30, Oxford, Clarendon Press.

Moses, Claire Goldberg, 1982, "Saint-Simonian men/Saint-Simonian women: The transformation of feminist thought in 1830s' France", *Journal of Modern History* 54, núm. 2, junio: 240-267.

——, 1984, *French feminism in the nineteenth century*, Albany, State University of New York Press.

——, 1992, "Debating the present, writing the past: 'Feminism' in French history and historiography", *Radical History Review*, núm. 52, invierno: 79-84.

Moses, John A., 1990, *Trade union theory from Marx to Walesa*, Nueva York, Berg.

Moses, Wilson J., 1978, *The Golden Age of Black Nationalism, 1850-1925*, Hamden, Archon.

Moss, Bernard H., 1975a, "Parisian workers and the origins of republican socialism, 1830-1833", en J. M. Merriman (ed.), *1830 in France*, pp. 203-221, Nueva York, Franklin Watts.

——, 1975b, "Parisian producers' associations (1830-51): The socialism of skilled workers", en R. Price (ed.), *Revolution and reaction: 1848 and the Second French Republic*, pp. 73-86, Londres , Croom Helm.

——, 1976, *The origins of the French labor movement, 1830-1914: The socialism of skilled workers*, Berkeley, University of California Press.

Mosse, George L., 1947, "The Anti-League, 1844-1846", *Economic History Review* 17, núm. 2: 134-142.

——, 1985, *Nationalism and sexuality: Respectability and abnormal sexuality in modern Europe*, Nueva York, Howard Fertig.

Mouralis, Bernard, 1987, "Le concept du primitif: L'Europe, productrice d'une science des autres", *Notre Librairie*, núm. 90, octubre-noviembre: 86-91.

Muret, Maurice, 1925, *La crépuscule des nations blanches*, París, Payot.

Murphy, Marjorie, 1986, "The aristocracy of women's labor in autumn", *History Workshop Journal*, núm. 22 , otoño: 56-69.

Musson, A. E., 1959, "The Great Depression in Britain, 1873-1896: A reappraisal", *Journal of Economic History* 19, núm. 2, junio: 199-228.

——, 1963, "British growth during the Great Depression (1873-96): Some comments", *Economic History Review*, n.s., 15, núm. 3: 529-533.

——, 1964, "British industrial growth, 1873-96: A balanced view", *Economic History Review*, n.s., 17, núm. 2, diciembre: 397-403.

——, 1972a, *British trade unions, 1800-1875*, Londres, Macmillan.

——, 1972b, "The 'Manchester School' and exportation of machinery", *Business History* 14, núm. 1, enero: 17-50.

——, 1976, "Class struggle and the labour aristocracy, 1830-60", *Social History* 1, núm. 3, octubre: 335-356.

Myers, John Lynton, 1916, "The influence of anthropology on the course of political science", *University of California Publications in History* 4, núm. 1, 29 de febrero: 1-81.

Neale, R. S., 1972, *Class and ideology in the nineteenth century*, Londres , Routledge & Kegan Paul.

Neff. Emery. 1926. *Carlyle and Mill: Mystic and utilitarian*. Nueva York, Columbia University Press.

Neuman, R. P., 1974. "The sexual question and social democracy in Imperial Germany", *Journal of Social History*, núm. 7, primavera: 271-286.

Newbold. J. T. Walton. 1932. "The beginnings of the world crisis, 1873-96", *Economic Journal (Economic History)* 2, núm. 7, enero: 425-441.

Newell. William H., 1973. "The agricultural revolution in nineteenth century France", *Journal of Economic History* 33, núm. 4, diciembre: 697-731.

Newman. Edgar Leon. 1974. "The blouse and the frock coat: The alliance of the common people of Paris with the liberal leadership in the middle class during the last years of the Bourbon Restoration", *Journal of Modern History* 46, núm. 1, marzo: 26-59.

—. 1975. "What the crowd wanted in the French Revolution of 1830", en J. M. Merriman (ed.), *1830 in France*, pp. 17-41, Nueva York, Franklin Watts.

Newman. Gerald. 1987. *The rise of English nationalism: A cultural history, 1740-1830*. Nueva York. St. Martin's.

Newsinger. John. 1979. "Revolution and Catholicism in Ireland, 1848-1923", *European Studies Review* 9, núm. 4, octubre: 457-480.

Neyer. Joseph. 1960. "Individualism and socialism in Durkheim", en K. H. Wolff (ed.), *Emile Durkheim, 1858-1917*, pp. 32-76, Columbus, Ohio State University Press.

Nicolson. Harold. 1946. *The Congress of Vienna: A study in allied unity, 1812-1822*. Londres. Constable and Co.

Nipperdey. Thomas. 1988. "Zum Problem der Objektivität bei Ranke", en W. J. Mommsen (ed.), *Leopold von Ranke und die moderne Geschichtswissenschaft*, pp. 215-[illegible]. Stuttgart, Klett-Cotta.

Nisbet, Robert A., 1944. "De Bonald and the concept of the social group", *Journal of the History of Ideas* 5, núm. 3, junio: 315-331.

—. 1952. "Conservatism and sociology", *American Journal of Sociology* 58, núm. 2, septiembre: 167-175.

—. 1966. *The sociological tradition*. Nueva York, Basic Books.

Nolan, Mary. 1986. "Economic crisis, state policy, and working-class formation in Germany, 1870-1900", en I. Katznelson y A. R. Zolberg (eds.), *Working-class formation: Nineteenth-century patterns in Western Europe and the United States*, pp. [illegible]. Princeton, Princeton University Press.

Nora, Pierre. 1988. "Nation", en F. Furet *et al.* (eds.), *Dictionnaire Critique de la Révolution Française*, pp. [illegible]. París, Flammarion.

Norrell, Robert J., 1990. "After thirty years of 'new' labour history, there is still no socialism in Reagan Country", *Historical Journal* 33, núm. 1: [illegible].

Norton, Philip y Arthur Aughey. 1981. *Conservatives and conservatism*. Londres, Temple Smith.

Novick, Peter. 1988. *That noble dream: The "objectivity" question and the American historical profession*. Cambridge, Cambridge University Press.

Noyes, P. H., 1966, *Organization and revolution: German worker associations and the revolutions of 1848 and 1849*, Princeton, Princeton University Press.

Nye, John Vincent, 1987, "Firm size and economic backwardness: A new look at the French industrialization debate", *Journal of Economic History* 47, núm. 3, septiembre: 649-669.

——, 1991, "The myth of free-trade Britain and fortress France: Tariffs and trade in the nineteenth century", *Journal of Economic History* 51, núm. 1, marzo: 23-46.

Nye, Robert A., 1975, *The origins of crowd psychology: Gustave Le Bon and the crisis of mass democracy in the Third Republic*, Londres, Sage.

——, 1981, "Degeneration, hygiene, and sports in fin-de-siècle France", en E. L. Newman (ed.), *Proceedings of the Eighth Annual Meeting of the Western Society for French History*, pp. 404-412, Las Cruces, New Mexico State University Press.

——, 1984, *Crime, madness, and politics in modern France: The medical concept of national decline*, Princeton, Princeton University Press.

——, 1993, *Masculinity and male codes of honor in modern France*, Nueva York, Oxford University Press.

Obermann, Karl, 1965, "Der Wiener Kongress, 1814/1815", *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* 13, núm. 3: 474-492.

Oberschall, Anthony, 1965, *Empirical social research in Germany, 1848-1914*, París y La Haya, Mouton.

——, 1972, "The institutionalization of American sociology", en A. Oberschall (ed.), *The establishment of empirical sociology: Continuities, discontinuities, and institutionalization*, pp. 187-251, Nueva York, Harper & Row.

O'Boyle, Lenore, 1966, "The middle class in Western Europe, 1815-1848", *American Historical Review* 71, núm. 3, abril: 826-845.

——, 1967, "The 'middle class' reconsidered: A reply to Professor Cobban", *French Historical Studies* 5, núm. 1, primavera: 53-56.

——, 1979, "The classless society: Comment on Stearns", *Comparative Studies in Society and History* 21, núm. 3, julio: 397-413.

O'Brien, Patrick, 1986, "Do we have a typology for the study of European industrialization in the xixth century?", *Journal of European Economic History* 15, núm. 2, otoño: 291-333.

O'Brien, Patrick y Çağlar Keyder, 1978, *Economic growth in Britain and France, 1780-1914: Two paths to the twentieth Century*, Londres, George Allen & Unwin.

O'Brien, Patrick y Geoffrey Allen Pigman, 1992, "Free trade, British hegemony and the international economic order in the nineteenth century", Review of International Studies 18: 89-113.

Offen, Karen, 1983, "The second sex and the Baccalauréat in Republican France, 1880-1924", *French Historical Studies* 13, núm. 2, otoño: 252-286.

——, 1984, "Depopulation, nationalism, and feminism in *Fin-de-Siècle* France", *American Historical Review* 89, núm. 3, junio: 648-676.

—, 1986, "Ernest Legouve and the doctrine of 'equality in difference' for women: A case study of male feminism in nineteenth-century French thought", *Journal of Modern History* 58, núm. 2: 452-484.

—, 1987a, "Feminism, antifeminism, and national family politics in early Third Republic France", en M. J. Boxer y J. H. Quataert (eds.), *Connecting spheres: Women in the Western World, 1500 to the present*, pp. 177-186, Nueva York, Oxford University Press.

—, 1987b, "Sur l'origine des mots 'féminisme' et 'féministe'", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 34, julio-septiembre: 492-446.

—, 1988, "Defining feminism: A comparative historical approach", *Signs* 14, núm. 1, otoño: 119-157.

O'Gorman, F., 1967, *The Whig Party and the French Revolution*, Londres, Macmillan.

Olcott, Teresa, 1976, "Dead centre: The Women's Trade Union Movement in Londres, 1874-1914", *London Journal* 2, núm. 1, mayo: 33-50.

O'Neill, William L., 1969, *The woman movement: Feminism in the United States and England*, Londres, George Allen & Unwin.

—, 1971, *Everyone was brave: A history of feminism in America*, con un nuevo posfacio del autor, Nueva York, Quadrangle.

Onega López, Margarita, 1988, "'La defensa de las mujeres' en la sociedad del antiguo régimen: Las aportaciones del pensamiento ilustrado", en P. Folguer (ed.), *El feminismo en España: Dos siglos de historia*, pp. 3-28, Madrid, Fundación Pablo Iglesias.

Ortner, Sherry B., 1974, "Is female to male as nature is to culture?", en M. Z. Rosaldo y L. Lamphere (eds.), *Woman, culture, and society*, pp. 67-87, Stanford, Stanford University Press.

Ottaviano, Chiara, 1982, "Antonio Labriola e il problema dell'espansione colonial", *Annali della Fondazione Luigi Einaudi* 16: 305-328.

Paish, George, 1909, "Great Britain's capital investment in other lands", *Journal of the Royal Statistical Society* 72, núm. 3, 30 de septiembre: 465-480 (con discusión, pp. 481-495).

—, 1911, "Great Britain's capital investment in individual colonial and foreign countries, pt. 2", *Journal of the Royal Statistical Society* 74, enero: 167-187 (con discusión, pp. 187-200).

Palencia-Roth, Michael, 2008, "The presidential addresses of Sir William Jones: The Asiatic Society of Bengal and the ISCSC", *Diogenes* 55, núm. 2: 103-115.

Palmade, Guy P., 1961, *Capitalisme et capitalistes français au XIXe siècle*, París, Lib. A. Colin.

Pancaldi, Giuliano, 1994, "The technology of nature: Marx's thoughts on Darwin", en I. B. Cohen (ed.), *The natural sciences and the social sciences: Some critical and historical perspectives*, pp. 257-274, Boston Studies in the Philosophy of Science 150, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers.

Pankhurst, Richard K. P., 1957, *The Saint-Simonians: Mill and Carlyle*, Londres, Lalibela Books, Sidgwick & Jackson.

Pannekoek, A., 1912, "Révolution mondiale", *Le Socialisme*, núm. 214, año 6, núm. 21, enero: 4.

Paquot, Thierry, 1980, *Les faiseurs des nuages: Essai sur la genèse des marxismes français, 1880-1914*, París, Le Sycomore.

Parker, C. J. W., 1981, "The failure of liberal racialism: The racial ideas of C. A. Freeman", *Historical Journal* 24, núm. 4, diciembre: 825-846.

Parris, Henry, 1960, "The nineteenth-century revolution in government: A reappraisal reappraised", *Historical Journal* 3, núm. 1: 17-37.

Paxton, Nancy L., 1991, *George Eliot and Herbert Spencer: Feminism, evolutionism and the reconstruction of gender*, Princeton, Princeton University Press.

Payne, Howard C., 1956, "Preparation of a coup d'état: Administrative centralization and police powers in France, 1849-1851", en F. J. Cox *et al.* (eds.), *Studies in modern European history in Honor of Franklin Charles Palm*, pp. 175-202, Nueva York, Bookman Associates.

Payne, Peter L., 1967, "The emergence of the large-scale company in Great Britain, 1870-1914", *Economic History Review*, n.s., 20, núm. 3, diciembre: 519-542.

——, 1968, "Iron and steel manufactures", en D. H. Aldcroft (ed.), *The development of British industry and foreign competition, 1875-1914*, pp. 71-99, Londres, George Allen & Unwin.

Pelling, Henry (ed.), 1954, *The challenge of socialism*, Londres, Adam & Charles Black.

——, 1968, "The working class and the origins of the welfare state", en *Popular politics and society in late Victorian Britain*, pp. 1-18, Londres, St. Martin's Press.

——, 1976, *A history of British trade unionism*, Londres, Macmillan.

Perkin, Harold, 1969, *The origins of modern English Society, 1780-1880*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

——, 1977, "Individualism versus collectivism in nineteenth century Britain: A false antithesis", *Journal of British Studies* 17, núm. 1, otoño: 105-118.

Perkins, Dexter, 1927, *The Monroe Doctrine, 1823-1826*, Cambridge, Harvard University Press.

Perlman, Selig, 1918, "Upheaval and reorganization (since 1876)", en J. R. Commons *et al.* (eds.), *History of labor in the United States*, pp. 193-537, Nueva York, Macmillan.

——, 1922, *A history of trade unionism in the United State*, Nueva York, Macmillan.

Perlman, Selig y Philip Taft, 1935, *Labor movements*, vol. 4 de *History of labor in the United States, 1896-1932*, Nueva York, Macmillan.

Perrot, Jean-Claude y Stuart J. Woolf, 1984, *State and social statistics in France*, Chur, Harwood Academic Publishers.

Perrot, Michelle, 1967, "Les Guesdistes: Controverses sur l'introduction du marxisme en France", *Annales E.S.C.* 22, núm. 3, mayo-junio: 701-710.

——, 1974, *Les ouvriers en grève: France, 1871-1890*, 2 vols., París, Mouton.

——, 1976, "L'éloge de la ménagère dans le discours des ouvriers français au XIXe siècle", *Romantisme*, núms. 13-14: 105-121.

—, 1986, "On the formation of the French working-class", en I. Katznelson y A. R. Zolberg (eds.), *Working-class formation: Nineteenth-century patterns in Western Europe and the United States*, pp. 71-110, Princeton, Princeton University Press.

—, 1988, "Naissance du féminisme", en *Le féminisme et ses enjeux: Vingt-sept femmes parlent*, pp. 29-60, París, FEN-Edilig.

Phillips, G. A., 1971, "The triple indusurial alliance in 1914", *Economic History Review*, 2a. ser., 24, núm. 1, febrero: 55-67.

Picavet, François, 1891, *Les idéologues*, París, Félix Alcan.

Pierrard, Pierre, 1984, *L'Église et les ouvriers en France (1890-1940)*, París, Hachette.

Pinchbeck, Ivy, 1930, *Women workers and the industrial revolution, 1750-1850*, Londres, George Routledge & Sons.

Pinkney, David H., 1958, *Napoleon III and the Rebuilding of Paris*, Princeton, Princeton University Press.

—, 1963, "Laissez-faire or intervention? Labor policy of the first months of the July Monarchy", *French Historical Studies* 3, núm. 1, primavera: 123-128.

—, 1964a, "The crowd in the French Revolution of 1830", *American Historical Review* 70, núm. 1, octubre: 1-17.

—, 1964b, "The myth of the French Revolution of 1830", en D. H. Pinkney y T. Rapp (eds.), *A Festschrift for Frederick B. Artz*, pp. 52-71, Durham, Duke University Press.

—, 1972, *The French Revolution of 1830*, Princeton, Princeton University Press.

Plamenatz, John, 1952, *The revolutionary movement in France, 1815-1870*, Londres, Longman, Green.

Platt, D. C. M., 1968a, "The imperialism of free trade: Some reservations", *Economic History Review*, 2a ser., 21, agosto: 296-306.

—, 1968b, *Finance, trade, and politics: British foreign policy, 1815-1914*, Oxford, Clarendon Press.

—, 1973, "Further objections to an 'Imperialism of free trade', 1830-1860", *Economic History Review*, 2a. ser., 26, núm. 1, febrero: 77-91.

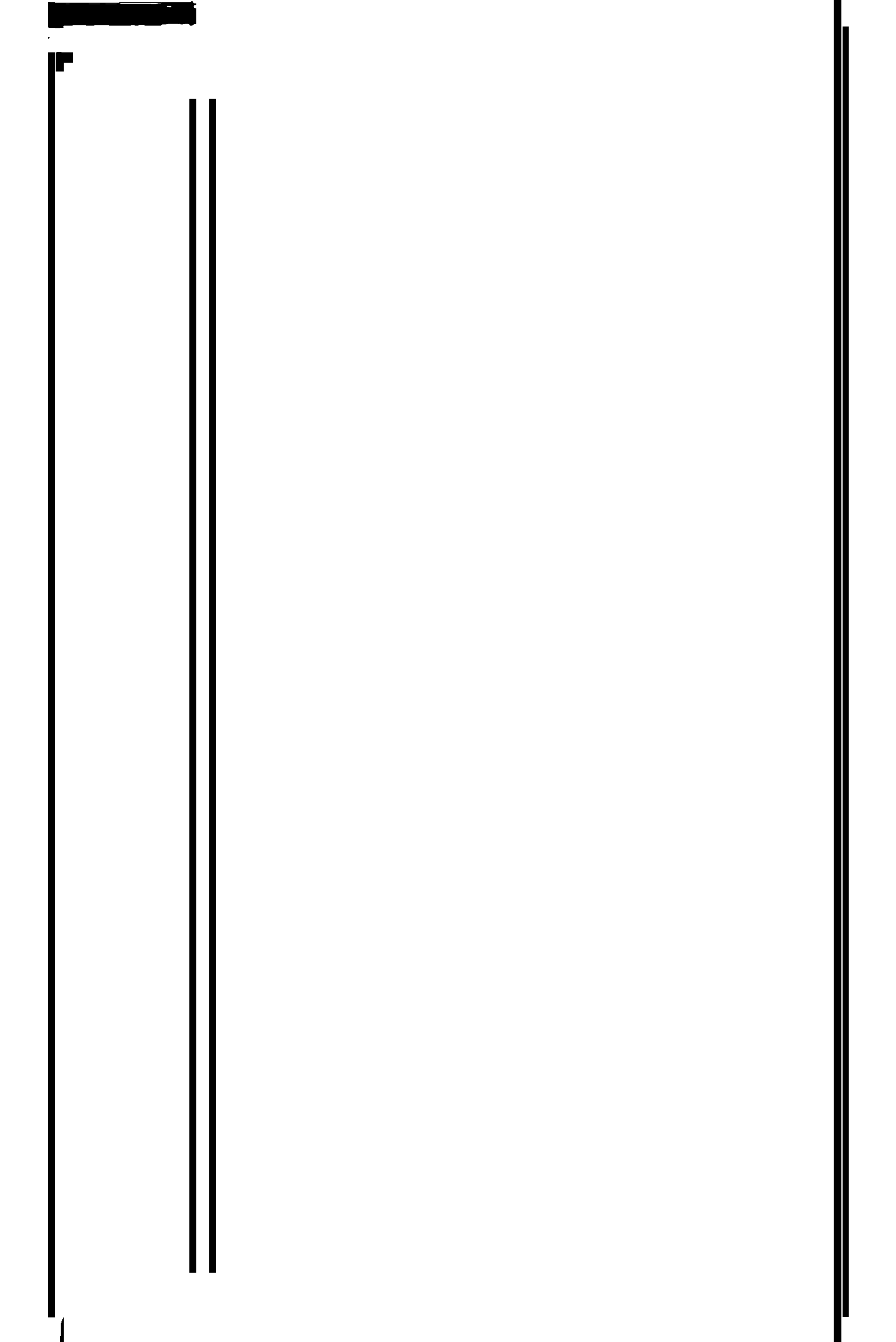
—, 1993a, "Introduction: Britain's decline", en D. C. M. Platt *et al.* (eds.), *Decline and recovery in Britain's overseas trade, 1873-1914*, pp. 1-12, Londres, Macmillan.

—, 1993b, "Particular points of strength in Britain's overseas trade", en D. C. M. Platt et al. (eds.), *Decline and recovery in Britain's overseas trade*, 1873-1914, pp. 65-76, Londres, Macmillan.

—, 1993c, "Trade competition in the regions of recent Settlement", en D. C. M. Platt *et al.* (eds.), *Decline and recovery in Britain's overseas trade, 1873-1914*, pp. 91-138, Londres, Macmillan.

Plechanow, Georg, 1902-1903, "Über die Anfänge der Lehre vom Klassenkampf", *Die Neue Zeit* 21, núm. 1: 275-286, 292-305.

Pleck, Elizabeth, 1983, "Feminist responses to 'Crimes against Women', 1868-1896", *Signs* 8, núm. 3, primavera: 451-470.



[redacted]

Plessen, Marie-Louise, 1975, *Die Wirksamkeit des Vereins für Sozialpolitik von 1872-1890: Studien zum Katheder- und Staatssozialismus*, Berlín, Duncker & Humboldt.

Plessis, Alain, 1973, *De la fête impériale au mur des fédérés, 1852-1871*, París, Éd. du Seuil.

——, 1987, "Le 'Retard français', la faute de la banque? Banques locales, succursales de la Banque de France et financement de l'économie sous le Second Empire", en P. Fridenson y A. Straus (eds.), *Le capitalisme français, 19e-20e siècle: Blocages et dynamismes d'une croissance*, pp. 199-210, París, Fayard.

Poggi, Stefano y Maurizio Bossi (eds.), 1994, *Romanticism in science: Science in Europe, 1790-1840*, Boston Studies in the Philosophy of Science 152, Dordrecht, Kluwer Academic Publ.

Pohl, Hans, 1989, *Aufbruch der Weltwirtschaft: Geschichte der Weltwirtschaft von der Mitte des 19. Jahrhunderts bis zum Ersten Weltkrieg*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag.

Polanyi, Karl, 1957, *The great transformation: The political and economic origins of our time*, Boston, Beacon Press.

Poliakov, Léon, 1974, *The Aryan myth: A history of racist and nationalist ideas in Europe*, Londres, Sussex University Press.

——, 1982, "Racism from the Enlightenment to the age of imperialism", en Robert Ross (ed.), *Racism and colonialism: Essays on ideology and social structure*, pp. 55-64, La Haya, Martinus Nijhoff.

Poliakov, Léon, Christian Delacampagne y Patrick Girard, 1976, *Le racisme, Collection Point de Départ*, París, Éd. Seghers.

Pollard, Sidney, 1963, "Factory discipline in the industrial revolution", *Economic History Review*, 2a ser., 16, núm. 2, diciembre: 254-271.

——, 1964, "The factory village in the industrial revolution", *English Historical Review* 79, núm. 312, julio: 513-531.

——, 1973, "Industrialization and the European economy", *Economic History Review*, 2a. ser., vol. 26, núm. 4: 636-648.

——, 1977, "Merchandise trade and exploitation", *Journal of European Economic History* 6, núm. 3, invierno: 745-749.

——, 1983, "England, Der unrevolutionäire Pionier", en J. Kocka (ed.), *Europäische Arbeiterbewegungen im 19. Jahrhurderts, Deutschland, Österreich, England und Frankreich im Vergleich*, pp. 21-38, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.

——, 1984, "Wirschaftliche Hintergründe des New Unionism", en Wolfgang J. Mommsen y Hans-Gerhard Husung (eds.), *Auf dem Wege zur Massengewerkschaft*, pp. 46-75, Stuttgart, Ernst Klett.

Ponteil, Félix, 1968, *L'éveil des nationalités et le mouvement libéral (1815-1848)*, nueva edición actualizada, *Peuples et Civilisations* 15, París, Presses Universitaires de France.

Poovey, Mary, 1988, *Uneven developments: The ideological work of gender in mid-Victorian England*, Chicago, University of Chicago Press.

Poper, Barbara Corrado, 1987, "The Influence of Rousseau's ideology of domesticity", en M. J. Boxer y J. H. Quataert (eds.), *Connecting spheres: Women in the Western world, 1500 to the present*, pp. 136-145, Nueva York, Oxford University Press.

Portal, Magda, 1983, *Flora Tristán, precursora*, Lima, La Equidad.

Postel-Vinay, Gilles y Jean-Marc Robin, 1992, "Eating, working, and saving in an unstable world: Consumers in nineteenth-century France", *Economic History Review*, 2a. ser., 45, núm. 3, agosto: 494-513.

Postgate, Raymond, 1974, "The principles of 1848", en G. Woodcock (ed.), *A hundred years of revolution, 1848 and after*, pp. 93-119, Nueva York, Haskell House.

Potter, J., 1955, "The British timber duties, 1815-60", *Economica*, n.s., 22, mayo: 122-136.

Potts, David B., 1965, "Social ethics at Harvard, 1881-1931: A study in academic activism", en Paul Buck (ed.), *Social sciences at Harvard, 1860-1920: From inculcation to the open mind*, pp. 91-128, Cambridge, Harvard University Press.

Pouthas, Charles H., 1962, "La réorganisation du Ministère de l'Intérieur et la reconstitution de l'administration préfectorale par Guizot en 1830", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* 9, octubre-diciembre: 241-263.

Pouthas, Charles H. *et al.*, 1983, *Démocratie, réaction, capitalisme, 1848-1860, Peuples et Civilisations* 16, París, Presses Universitaires de France.

Prewitt, Kenneth, 2004, "Political science and its audiences", *Political Science and Politics* 37, núm. 4, octubre: 781-784.

Preyer, Robert O., 1985, "The romantic tide reaches Trinity", en J. Paradis y T. Postlewait (eds.), *Victorian science and victorian values: Literary perspectives*, pp. 39-68, New Brunswick, Rutgers University Press.

Price, Richard, 1990, "Britain", en M. Van del Linden y J. Rojahn (eds.), *The formation of labour movements, 1870-1914: An international perspective*, pp. 3-24, Leiden, E. J. Brill.

Price, Roger, 1972, *The French Second Republic: A social history*, Londres, B. T. Batsford.

—, 1975a, *The economic modernization of France*, Londres, Croom Helm.

—, 1975b, Introducción a *Revolution and Reaction: 1848 and the Second French Republic*, R. Price (ed.), pp. 1-72, Londres, Croom Helm.

Prinz, Michael, 1989, "Wandel durch Beharrung: Sozialdemokratie und 'Neue Mittelschichten' in historischer Perspektive", *Archiv für Sozialgeschichte* 24: 35-73.

Procacci, Giuliano, 1972, *La lotta di classe in Italia agli inizii del secolo* xx, Roma, Ed. Riuniti.

Proctor, Robert N., 1991, *Value-free science? Purity and power in modern knowledge*, Cambridge, Harvard University Press.

Prothero, I. J., 1969, "Chartism in London", *Past and Present*, núm. 44, agosto: 76-105.

—, 1971, "London Chartism and the trades", *Economic History Review*, 2a ser., 24, núm. 2, mayo: 202-219.

——, 1979, *Artisans and politics in early nineteenth-century London, John Gast and his times*, Folkestone, William Dawson & Son.

Proudhon, Pierre-Joseph, 1912, *Les Femmelins: Les grandes figures romantiques*, París, Nouvelle Librairie Nationale.

Przeworski, Adam, 1980, "Social democracy as a historical phenomenon", *New Left Review*, núm. 122, julio-agosto: 27-58.

Przeworski, Adam y Michael Wallerstein, 1982, "The structure of class conflict in democratic capitalist societies", *American Political Science Review* 76, núm. 2, junio: 215-238.

Puccini, Sandra, 1976, "Condizione delle donne e questione femminile (1892-1922)", *Problemi del Socialismo* 17, núm. 4, ocubre-diciembre: 9-23.

Puech, Jules-L., 1925, *La vie et l'œuvre de Flora Tristán*, París, Marcel Rivière.

Pugh, Evelyn L., 1982, "Florence Nightingale and J. S. Mill debate women's rights", *Journal of British Studies* 21, núm. 2, primavera: 118-138.

Puryear, Vernon John, 1931, *England, Russia, and the Straits question, 1844-1856*, Berkeley, University of California Press.

Quataert, Jean H., 1979, *Reluctant feminists in German Social Democracy, 1885-1917*, Princeton, Princeton University Press.

Quero Molares, J., 1948, "L'Espagne en 1848", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 1, pp. 319-354, París, Éd. du Minuit.

Rabaut, Jean, 1983, "1900, tournant du feminisme français", *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne*, año 82, ser. 14, núm. 17: 5-16 [suplemento de la *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, núm. 1, 1983].

Racz, Elizabeth, 1952, "The women's rights movement in the French Revolution", *Science and Society* 16, núm. 2, primavera: 151-174.

Ragionieri, Ernesto, 1961, *Socialdemocrazia tedesca e socialisti italiani, 1875-1895*, Milán, Feltrinelli.

Rainger, Ronald, 1978, "Race, politics and science: The Anthropological Society of London in the 1860's", *Victorian Studies* 22, núm. 1, otoño: 51-70.

Ralle, M., 1973, "La notion de 'bourgeoisie' dans l'idéologie de la Première Internationale en Espagne", *La question de la 'bourgeoisie' dans le monde hispanique au XIXe siècle*, pp. 119-131, Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques 45, Burdeos, Éd. Bière. [Discusión pp. 131-135.]

Rancière, Jacques, 1981, *La nuit des prolétaires: Archives du rêve ouvrier*, París, Fayard.

——, 1983, "The myth of the artisan: Critical reflections on a category of social history", *International Labor and Working Class History*, núm. 24, otoño: 1-16.

——, 1984, "A reply", *International Labor and Working Class History*, núm. 25, primavera: 42-46.

Ravera, Camilla, 1978, *Breve storia del movimento femminile in Italia*, Roma, Ed. Riuniti.

Read, Donald, 1958, *Peterloo: The "massacre" and its background*, Manchester, Manchester University Press.

Reardon, Bernard, 1976, *Liberalism and tradition: Aspects of Catholic thought in nineteenth-century France*, Cambridge, Cambridge University Press.

Rebérioux, Madeleine, 1978a, Prefacio a *Les femmes et le socialisme*, de C. Sowerwine, pp. xi-xxiii, París, Presses de la FNSP.

—, 1978b, "La questione femminile nei dibatti della II Internazionale", en *Anna Kuliscioff e l'età del riformismo: Atti del Convegno di Milano*, diciembre 1974, pp. 140-154, Roma, Mondo Operaio/Ed. Avanti!

—, 1989, Prefacio a Paule Duhet (ed.), *1789: Cahiers de doléances des femmes et autres textes*, pp. i-xii, nueva edición aumentada, Paris, Des Femmes.

Rebérioux, Madeleine, Christiane Dufrancantel y Béatrice Slema, 1976, "Hubertine Auclert et la question des femmes à 'l'immortel congrès' (1879)", *Romantisme*, núms. 13-14: 123-152.

Rebérioux, Madeline y Georges Haupt, 1963, "L'attitude de l'Internationale", *Le Mouvement Social*, núm. 45, octubre-diciembre: 7-37.

Reddy, William M., 1979, "Skeins, scales, discounts, steam, and other objects of crowd justice in early French textile mills", *Comparative Studies in Society and History* 21, núm. 2, abril: 204-213.

—, 1984, *The rise of market culture: The textile trade and French society, 1750-1900*, Cambridge, Cambridge University Press.

Redford, Arthur, 1956, *Manchester merchants and foreign trade*, vol. 2, 1850-1939, Manchester, Manchester University Press.

—, 1968, *Labour migration in England, 1800-50*, 2a ed. rev., W. H. Chaloner, Nueva York, A. M. Kelley.

Reichand, Richard W., 1953, "The German working class and the Russian Revolution of 1905", *Journal of Central European Affairs* 13, núm. 2, julio: 136-153.

Reid, Alastair, 1978, "Politics and economics in the formation of the British working class: A response to H. F. Moorhouse", *Social History* 3, núm. 3, octubre: 347-361.

—, 1983, "Intelligent artisans and aristocrats of labour: The essays of Thomas Wright", en J. M. Winter (ed.), *The working class in modern British history: Essays in honor of Henry Pilling*, pp. 171-186, Londres, Cambridge University Press.

—, 1991, "Old unionism reconsidered: The radicalism of Robert Knight, 1870-1900", en E. F. Biagini y A. J. Reid (eds.), *Currents of radicalism: Popular radicalism, organised labour and party politics in Britain, 1850-1914*, pp. 214-243, Cambridge, Cambridge University Press.

Rémond, René, 1982, *Les droites en France*, París, Aubier Montaigne.

Rendall, Jane, 1985, *The origins of modern feminism: Women in Britain, France and the United States, 1780-1860*, Londres, Macmillan.

Renouvier, Charles, 1868, "De la philosophie du XIXe siècle en France", *L'Année Philosophique - Première année (1867)*, Paris, Lib. Germer Baillière.

Renouvin, Pierre, 1949, "L'idée d'États-Unis d'Europe pendant la crise de 1848", en *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Révolution de 1848*, pp. 31-45, Paris, Presses Universitaires de France.

——, 1954, *Le XIXe siècle*, vol. 1, *De 1815 à 1871: L'Europe des nationalités et l'éveil de nouveaux mondes*, *Histoire des Relations Internationales* 5, París, Lib. Hachette.

Rerup, Lorenz, 1980, "The development of nationalism in Denmark", en R. Mitchison (ed.), *The roots of nationalism: Studies in Northern Europe*, pp. 47-59, Edimburgo, John Donald.

Reynolds, James A., 1954, *The Catholic emancipation crisis in Ireland, 1823-1829*, New Haven, Yale University Press.

Rhys Davids, T. W., 1903-1904, "Oriental Studies in England and abroad", *Proceedings of the British Academy, 1903-1904*: 183-197.

Richard, Gaston, 1914, *La question sociale et le mouvement philosophique au XIXe siècle*, París, Lib. Armand Colin.

Richter, Melvin, 1960, "Durkheim's Politics and Political Theory", en K. H. Wolff (ed.), *Emile Durkheim, 1858-1917*, pp. 170-210, Columbus, Ohio State University Press.

——, 1964, *The Politics of Conscience: T. H. Green and His Age*, Cambridge, Harvard University Press.

Ringer, Fritz K., 1969, *The Decline of the German Mandarins: The German Academic Community, 1890-1933*, Cambridge, Harvard University Press.

——, 1979, *Education and Society in Modern Europe*, Bloomington, Indiana University Press.

——, 1992, *Fields of knowledge: French academic culture in comparative perspective, 1890-1920*, Cambridge, Cambridge University Press.

Rist, Charles, 1897, "La durée du travail dans l'industrie française de 1820 à 1870", *Revue d'Économie Politique* 11, núm. 4, mayo: 371-393.

Rist, Marcel, 1956, "Une expérience française de libération des échanges au dix-neuvième siècle, le traité de 1860", *Revue d'Économie Politique*, año 66 (noviembre-diciembre): 908-961.

Roberts, David, 1958, "Tory paternalism and social reform in early Victorian England", *American Historical Review* 63, núm. 2, enero: 323-337.

——, 1959, "Jeremy Bentham and the Victorian administrative state", *Victorian Studies* 2, núm. 3, marzo: 193-210.

——, 1963, "How cruel was the Victorian Poor Law?", *Historical Journal* 6, núm. 1: 97-107.

Roberts, J. M., 1978, *The French Revolution*, Oxford, Oxford University Press.

Robertson, William Spence, 1939, *France and Latin American independence*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Robinson, Ronald E., 1991, "Introduction: Railway imperialism", en C. B. Davis Jr. y K. E. Wilburn (eds.), *Railway imperialism*, pp. 1-6, Nueva York, Greenwood.

Rodgers, Brian, 1952, "The Social Science Association, 1857-1886", *Manchester School of Economic and Social Studies* 20, núm. 3, septiembre: 283-310.

Roehl, Richard, 1976, "French industrialization: A reconsideration", *Explorations in Economic History* 13, núm. 3, julio: 233-281.

Rogers, J. D, 1963, "Laissez-faire in England", *Palgrave's Dictionary of Political*

Economy, 2: 535-537, reimpresión de la ed. rev., Nueva York, Augustus M. Kelley.

Roller, Michel, 1948, "Les Roumaines en 1848", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 2, pp. 239-266, París, Éd. du Minuit.

Romalis, Coleman y Shelly Romalis, 1983, "Sexism, racism and technological change: Two cases of minority protest", *International Journal of Women's Studies* 6, núm. 3, mayo-junio: 270-287.

Rosanvallon, Pierre, 1985, *Le moment Guizot*, París, Gallimard.

Rosdolsky, Roman, 1964, "Engels und das Problem der 'geschichtlosen' Völker (Die Nationalitätenfrage in der Revolution 1848-1849 im Lichte der 'Neuen Rheinischen Zeitung')", *Archiv für Sozialgeschichte* 4: 87-282.

Rose, Ernst, 1951, "China as a symbol of reaction in Germany, 1830-1880", *Comparative Literature* 2, núm. 1, invierno: 57-76.

Rose, Michael E., 1974, *The relief of poverty, 1834-1914*, Londres, Macmillan.

Rose, R. B., 1984, "The 'red scare' of the 1790's: The French Revolution and the 'agrarian law'", *Past and Present*, núm. 103, mayo: 113-130.

Rose, Sonia O., 1986, "Gender and work: Sex, class, and industrial capitalism", *History Workshop Journal*, núm. 21, primavera: 113-131.

Rosen, Andrew, 1974, *Rise up women! The militant campaign of the Women's Social and Political Union, 1903-1914*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Rosenberg, Charles E., 1976, *No other gods: On science and American social thought*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Rosenberg, Hans, 1943, "Political and social consequences of the Great Depression of 1873-1896 in Central Europe", *Economic History Review* 13, núms. 1 y 2: 58-73.

Ross, Dorothy, 1979, "The development of the social sciences", en A. Olesen y J. Voss (eds.), *The organization of knowledge in modern America, 1860-1940*, pp. 107-138, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

—, 1984, "American social science and the idea of progress", en T. L. Haskell (ed.), *The authority of experts. Studies in history and theory*, pp. 157-175, Bloomington, Indiana University Press.

—, 1991, *The origins of American social science*, Cambridge Cambridge University Press.

Ross, Sydney, 1962, "Scientist: The story of a word", *Annals of Science* 18, núm. 2, junio: 65-85.

Rosselli, John, 1980, "The self-image of effeteness: Physical education and nationalism in nineteenth-century Bengal", *Past and Present*, núm. 86, febrero: 121-148.

Rossi, Alice S. (ed.), 1970, *Essays on sex equality [by] John Stuart Mill and Harriet Taylor Mill*, Chicago, University of Chicago Press.

—, 1973, *The feminist papers, from Adams to de Beauvoir*, Nueva York, Columbia University Press.

Rostow, W. W., 1938, "Investment and the Great Depression", *Economic History Review* 8, núm. 2, mayo: 136-158.

——, 1939, "Investment and real wages, 1877-86", *Economic History Review* 9, núm. 1, noviembre: 144-159.

——, 1942, "Adjustments and maladjustments after the Napoleonic Wars", *American Economic Review* 32, parte 2, supl., *Papers and Proceedings of the Fifty-fourth Annual Meeting of the American Economic Association*, marzo: 13-23.

——, 1948, *British economy of the nineteenth century*, Nueva York, Oxford University Press, 1948.

——, 1971, *The stages of economic growth*, 2a. ed., Cambridge, Cambridge University Press.

Roth, Guenther, 1963, *The social democrats in Imperial Germany: A study in working-class isolation and national integration*, Totowa, Bedminster Press.

Rothermund, Dietmar, 1986, *The German intellectual quest for India*, Nueva Delhi, Manohar.

Rougerie, Jacques, 1964, *Procès des Communards, présenté par Jacques Rougerie*, París, Juilliard, Collection "Archives".

——, 1965, "Sur l'histoire de la Première Internationale", *Le Mouvement Social*, núm. 51, abril-junio: 23-45.

——, 1968, "Remarques sur l'histoire des salaires à Paris au XIXe siècle", *Le Mouvement Social*, núm. 63, abril-junio: 71-108.

——, 1972, "1871, jalons sur une histoire de la Commune de París. Livraison spéciale préparée sous la direction de Jacques Rougerie avec la collaboration de Tristan Haan, Georges Haupt et Miklós Molnár", *International Review of Social History* 17, partes 1 y 2: i-ix, 1-624.

Rousseaux, Paul, 1938, *Les mouvements de force de l'économie anglaise, 1800-1913*, Bruselas y París, L'Édition Universelle/De Brouwer.

Rover, Constance, 1967, *Women's suffrage and party politics in Britain, 1866-1914*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Rowbotham, Sheila, 1974, *Women, resistance and revolution: A history of women and revolution in the modern world*, Nueva York, Pantheon.

——, 1977, *Hidden from history: 300 years of women's oppression and the fight against it*, 3a. ed., Londres, Pluto Press.

Rowe, D. J., 1967, "The London Working Men's Association and 'The peoples' charter'", *Past and Present*, núm. 36, abril: 73-86.

Royle, Edward, 1986, *Chartism*, 2a. ed., Londres, Longman.

Rubel, Maximilien, 1960, *Karl Marx devant le bonapartisme*, París y La Haya, Mouton.

Rubin, Gayle, 1975, "The traffic in women", en R. R. Reiter (ed.), *Toward an anthropology of women*, pp. 157-210, Nueva York, Monthly Review Press.

Rudé, Fernand, 1940, "La première expédition de Savoie (février 1831)", *Revue Historique*, CLXXXVIII-CLXXXIX, año 65, julio-diciembre: 413-443.

——, 1969, *L'insurrection lyonnaise de novembre 1831: Le mouvement ouvrier à Lyon de 1827-1832*, 2a. ed., París, Anthropos,

Rudé, George, 1967, "English rural and urban disturbances on the eve of the first Reform Bill, 1830-1831", *Past and Present*, núm. 37, julio: [illegible]102.

—, 1969, "Why was there no revolution in England in 1830 or 1848?", en M. Kossok (ed.), *Studien über die Revolution*, pp. 234-244, Berlín, Akademie-Verlag.

Rueschemeyer, Dietrich y Ronan Van Rossem, 1996, "The Verein für Sozialpolitik and the Fabian Society: A study in the sociology of policy-relevant knowledge", en D. Rueschemeyer y T. Skocpol, *States, social knowledge, and the origins of modern social policies*, pp. 117-162, Princeton, Princeton University Press.

Ruggiero, Guido de, 1959, *The history of European liberalism*, Boston, Beacon Press.

Rule, John, 1988, "The formative years of British trade-unionism: An overview", en John Rule (ed.), *British trade-unionism, 1750-1850*, pp. 1-28, Londres, Longman.

Ruwet, Joseph, 1967, *Avant les révolutions: Le XVIIIe siècle*, Bruselas, Fondation Charles Plisnier.

Ryan, Barbara, 1992, *Feminism and the women's movement: Dynamics of change in social movement, ideology and activism*, Nueva York, Routledge.

Sagnac, Philippe, 1901-1902, "Les juifs et Napoléon (1806-1808)", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* 2: 595-604.

Said, Edward W., 1978, *Orientalism*, Nueva York, Pantheon Books.

—, 1985, "Orientalism reconsidered", *Race and Class* 27, núm. 2, otoño: 1-15.

Sakellariou, Michel, 1948, "L'hellénisme et 1848", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 2, pp. 319-354, Paris, Éd. du Minuit.

Salvadori, Massimo, 1977, *The liberal heresy: Origins and historical development*, Londres, Macmillan.

Samuel, Raphael, 1977, "Workshop of the world: Steam power and hand technology in mid-Victorian Britain", *History Workshop*, núm. 3, primavera: 6-72.

Santarelli, Enzo, 1964, *La revisione del marxismo in Italia*, Milán, Feltrinelli.

Sartorius von Waltershausen, A., 1931, *Die Enstehung der Weltwirtschaft: Geschichte des zwischenstaatlichen Wirtschaftslebens von letzten Viertel des achtzehnten Jahrhunderts bis 1914*, Jena, Gustav Fischer.

Saul, S. B., 1960, "The American impact on British industry, 1895-1914", *Business History* 3, núm. 1, diciembre: 19-38.

—, 1971, "Some thoughts on the papers and discussion on the performance of the late Victorian economy", en D. N. McCloskey (ed.), *Essays on a mature economy: Britain after 1840*, pp. 393-397, Londres, Methuen.

Saville, John, 1990, *1848: The British state and the Chartist Movement*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sayers, R. S., 1932, "The question of the standard in the eighteenth-fifties", *Economic History* 2, núm. 7, enero: 575-601.

Schapiro, J. Salwyn, 1934, *Condorcet and the rise of liberalism*, Nueva York, Harcourt, Brace & Co.

—, 1939, "Utilitarianism and the foundations of English Liberalism", *Journal of Social Philosophy* 4, núm. 2, enero: 121-137.

——, 1949, *Liberalism and the challenge of fascism: Social forces in England and France (1815-1870)*, Nueva York, McGraw-Hill.

Schefer, Christian, 1907, *Les traditions et les idées nouvelles, la réorganisation administrative, la reprise de l'expansion (1815-1830)*, vol. 1 de *La France moderne et le problème colonial*, París, Félix Alcan.

——, 1928, *L'Algérie et l'évolution de la colonisation française*, París, Lib. Anc. Honoré Champion.

——, 1939, *Les origines de l'expédition du Mexique (1858-1862): La grande pensée de Napoléon III*, París, Marcel Rivière.

Schenk, H. G., 1947, *The aftermath of the Napoleonic Wars: The Concert of Europe - An experiment*, Nueva York, Oxford University Press.

Schlesinger, Arthur M., Jr, 1962, *The vital center: The politics of freedom*, Boston, Houghton Mifflin.

Schlote, Werner, 1952, *British overseas trade from 1700 to the 1930s*, Oxford, Basil Blackwell.

Schmoller, Gustav von, 1920, "Zur 25. jähringen Feier des Vereins für Sozialpolitik", en *Zwanzig Jahre Deutscher Politik (1897-1917)*, Aufsätze und Vorträge, pp. 23-34, Múnich, Duncker & Humblot.

Schnerb, Robert, 1936, "Napoleon III and the Second French Empire", *Journal of Modern History* 8, núm. 3, septiembre: 338-355.

——, 1963, *Libre échange et protectionnisme*, París, Presses Universitaires de France, Que sais-je?, núm. 1032,

——, 1968, *Le XIXe siècle: L'apogée de l'expansion européenne. Histoire générale des civilisations*, París, Presses Universitaires de France.

Schnetzler, Barbara V., 1971, *Die frühe amerikanische Frauenbewegung und ihre Kontakte mit Europa (1836-1869)*, Berna, Peter Lang.

Schoelcher, Victor, 1948, *Esclavage et colonisation*, París, Presses Universitaires de France.

Schorske, Carl E., 1955, *German social democracy, 1905-1917: The development of the great schism*, Cambridge, Harvard University Press.

Schöttler, Peter, 1985, *Naissance des bourses de travail, un appareil idéologique d'état à la fin du XIXe siècle*, París, Presses Universitaires de France.

Schroeder, Paul W., 1989, "The nineteenth century system: Balance of power or political equilibrium?", *Review of International Studies* 15: 135-153.

——, 1992a, "Did the Vienna Settlement rest on a balance of power?", *American Historical Review* 97, núm. 2, abril: 683-706.

——, 1992b, "A mild rejoinder", *American Historical Review* 97, núm. 3, junio: 733-735.

Schuman, Frederick L., 1958, *International politics: The Western state system and the world community*, 6a. ed., Nueva York, McGraw-Hill.

Schumpeter, Joseph, 1964, *Business cycles*, primera ed. abreviada, Filadelfia, McGraw-Hill.

Schuyler, Robert L., 1921, "The climax of Anti-Imperialism in England", *Political Science Quarterly* 36, núm. 4, diciembre: 537-560.

—, 1922, "The rise of anti-imperialism in England", *Political Science Quarterly* 37, núm. 3, septiembre: 440-471.

—, 1945, *The fall of the old colonial system: A study in British free trade, 1770-1870*, Londres, Oxford University Press.

Schwab, Raymond, 1950, *La Renaissance orientale*, París, Payot.

Schweber, S. S., 1985, "Scientists as intellectuals: The early Victorians", en J. Paradis y T. Postlewait (eds.), *Victorian science and Victorian values: Literary perspectives*, pp. 1-37, New Brunswick, Rutgers University Press.

Schwendinger, Herman y Julia R. Schwendinger, 1974, *Sociologists of the chair: A radical analysis of the formative years of North American sociology (1883-1922)*, Nueva York, Basic Books.

Scott, James C., 1998, *Seeing like a state: How certain schemes to improve the human condition have failed*, New Haven, Yale University Press.

Scott, Joan Wallach, 1974, *The glassworkers of Carmaux: French craftsmen and political action in a nineteenth-century city*, Cambridge, Harvard University Press.

—, 1981, "French feminists and the rights of 'man': Olympe de Gouge's declarations", *History Workshop Journal*, núm. 28, otoño: 1-21.

—, 1988, "A statistical representation of work: Le Statistique de l'industrie à Paris, 1847-1848", en *Gender and the politics of history*, pp. 113-138, Nueva York, Columbia University Press.

Sée, Henri, 1921, *Esquisse d'une histoire du régime agraire en Europe aux XVIIIe et XIXe siècles*, París, M. Giard.

—, 1923, "Esquisse de l'évolution industrielle de la France de 1815 à 1848: Les progrès du machinisme et de la concentration", *Revue d'Histoire Économique et Social* 11, núm. 4: 473-497.

—, 1924, "Quelques aperçus sur la condition de la classe ouvrière et sur le mouvement ouvrier en France de 1815 à 1848", *Revue d'Histoire Économique et Social* 12, núm. 4: 493-521.

—, 1927, *La vie économique de la France sous la monarchie censitaire (1815-1848)*, París, F. Alcan.

—, 1951, *Histoire économique de la France*, 2 vols., 2a. ed., París, A. Colin.

Seecombe, Wally, 1986, "Patriarchy stabilized: The construction of the male breadwinner wage norm in nineteenth-century Britain", *Social History* 11, núm. 1, enero: 53-76.

Semidei, Manuela, 1966, "De l'empire à la décolonisation à travers les manuels salaires français", *Revue Française de Science Politique* 16, núm. 1, febrero: 56-86.

Semmel, Bernard, 1970, *The rise of free trade imperialism*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sergent, Bernard, 1982, "Penser —et mal penser— les Indo-Européens (Note critique)", *Annales E.S.C.* 27, núm. 4, julio-agosto: 669-681.

Seton-Watson, Hugh, 1977, *Nations and states: An Enquiry into the origins of nations and the politics of nationalism*, Londres, Methuen.

Seton-Watson, R. W., 1937, *Britain in Europe, 1789 to 1914*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sewell, William H., Jr., 1974, "Social change and the rise of working class politics in nineteenth-century Marseille", *Past and Present*, núm. 65: 75-109.

——, 1979, "Property, labor, and the emergence of socialism in France, 1789-1848", en J. Merriman (ed.), *Consciousness and class experience in nineteenth-century Europe*, pp. 45-63, Nueva York, Holmes & Meier.

——, 1983, "Response to J. Rancière, 'The myth of the artisan'", *International Labor and Working-Class History*, núm. 24, otoño: 17-20.

——, 1985, "Ideologies and social revolutions: Reflections on the French case", *Journal of Modern History* 57, núm. 1, marzo: 57-85.

——, 1986, "Artisans, factory workers, and the formation of the French working class, 1789-1848", en I. Katznelson y A. R. Zolberg (eds.), *Working-class formation: Nineteenth century patterns in Western Europe and the United States*, pp. 45-70, Princeton, Princeton University Press.

——, 1988, "Le citoyen/la citoyenne: Activity, passivity, and the revolutionary concept of citizenship", en C. Lucas (ed.), *The political culture of the French Revolution: The French Revolution and the creation of modern political culture*, 2, pp. 105-123, Oxford, Pergamon Press.

——, 1990, "Collective violence and collective loyalties in France: Why the French Revolution made a difference", *Politics and Society*, 68, núm. 4, diciembre: 527-552.

Shapiro, Fred R., 1981, "On the origin of the Term 'Indo-Germanic'", *Historiographia Linguistica* 8, núm. 1: 165-170.

Shefter, Martin, 1986, "Trade unions and political machines: The organization and disorganization of the American working class in the late nineteenth century", en I. Katznelson y A. R. Zolberg (eds.), *Working class formation: Nineteenth-century patterns in Western Europe and North America*, pp. 197-278, Princeton, Princeton University Press.

Sherman, Dennis, 1974, "The meaning of economic liberalism in mid-nineteenth-century France", *History of Political Economy* 6, núm. 2, verano: 171-199.

Shine, Hill, 1941, *Carlyle and the Saint-Simonians: The concept of historical periodicity*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Sievers, Sharon, 1983, *Flowers in salt: The beginnings of feminist consciousness in modern Japan*, Stanford, Stanford University Press.

Siéyès, Emmanuel-Joseph, 1789, "Préliminaire de la Constitution, lu les 20 et 21 juillet 1789, au Comité de Constitution", en *Recueil des pièces authentiques approuvés par l'Assemblée Nationale de France*, 178-200, Ginebra.

——, 1985, *Écrits politiques*, París, Éd. des Archives Contemporaines.

Silbering, Norman J., 1923, "Financial and monetary policy of Britain during the Napoleonic wars", *Quarterly Journal of Economics* 38, noviembre: 214-233.

Silva, Pietro, 1917, *La monarchia di luglio e l'Italia*, Turín, Fratelli Bocca Ed.

Silver, Allan, 1967, "The demand for order in civil society: A review of some theories in the history of urban crime, police and riots", en D. J. Bordua (ed.), *The police*, pp. 1-24, Nueva York, Wiley.

Simon, André, 1946, "Les origines religieuses de l'indépendance belge", *Chantiers* 11, núm. 2, 15 de noviembre: 1-28.

—, 1949, *L'Église catholique et les débuts de la Belgique indépendante*, Wetteren, Éd. Scaldis.

—, 1959, "Lamennais en Belgique", *Revue Belge de Philologie et d'Histoire* 37: 408-417.

—, 1991, "Théoriciens français du racisme au 19e siècle", *Gavroche*, núm. 55, enero-febrero: 21-25.

Simon, Walter M., 1956, "History for Utopia: Saint-Simon and the idea of progress", *Journal of the History of Ideas* 17, núm. 3, junio: 311-331.

Simoni, Pierre, 1980, "Science anthropologique et racisme à l'époque de l'expansion coloniale: Le cas du Grand Dictionnaire Universel du XIXe siècle de Pierre Labrousse", *Historical Papers* (Ottawa) 15, núm. 1: 167-184.

Singelmann, Joachim y Peter Singelmann, 1986, "Lorenz von Stein and the paradigmatic function of social theory in the nineteenth century", *British Journal of Sociology* 37, núm. 3, septiembre: 431-452.

Sked, Alan (ed.), 1979, *Europe's balance of power, 1815-1848*, Londres, Macmillan.

Skinner, Andrew S., 1965, "Economics and history: The Scottish Enlightenment", *Scottish Journal of Political Economy*, 12, febrero: 1-22.

Skocpol, Theda, 1985, "Cultural idioms and political ideologies in the revolutionary reconstruction of state power: A rejoinder to Sewell", *Journal of Modern History* 57, núm. 1, marzo: 86-96.

Slaughter, Jane y Robert Kern, 1981, *European women on the left: Socialism, feminism, and the problems faced by political women, 1880 to the present*, Westport, Greenwood Press.

Slicher van Bath, B. H, 1963, *The agrarian history of Western Europe, A.D. 500-1850*, Nueva York, St. Martin's.

Smelser, Neil J., 1991, *Social paralysis and social change*, Berkeley, University of California Press.

Smith, Carol H., 1995, "Race-class-gender ideology in Guatemala: Modern and anti-modern forms", *Comparative Studies in Society and History* 37, núm. 4, octubre: 723-749.

Smith, Paul, 1967, *Disraelian conservatism and social reform*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

—, 1989, "Liberation as authority and discipline", *Historical Journal* 32, núm. 2, septiembre: 723-737.

Snyder, Carl, 1934, "Measures of the growth of British industry", *Economica* n.s., 1, noviembre: 421-435.

Soboul, Albert, 1948, "La question paysanne en 1848", 3 partes, *La Pensée*, núm. 18: 55-66; núm. 19: 25-37; núm. 20: 48-56.

—, 1962, "A propos des réflexions de Georges Rudé sur la sans-culotterie", *Critica Storica* 1, núm. 4, 31 de julio: 391-398.

Soffer, Benson, 1960, "A theory of trade union development: The role of the 'autonomous' workman", *Labor History* 1, núm. 2, primavera: 141-163.

Soffer, Reba N., 1982, "Why do disciplines fail? The strange case of British sociology", *English Historical Review* 97, núm. 385, octubre: 767-802.

Solle, Zdenek, 1969, "Die tschechische Sozialdemokratie zwischen Nationalismus und Internationalismus", *Archiv für Sozialgeschichte* 9: 181-266.

Soloway, Richard A., 1990, *Demography and degeneration: Eugenics and the declining birth-rate in twentieth-century Britain*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Somit, Albert y Joseph Tanenhaus, 1982, *The development of American political science: From Burgess to behavioralism*, Nueva York, Irvington Publ.

Sonenscher, Michael, 1989, "Editorial, 1789-1989", *History Workshop Journal*, núm. 28, otoño: v-vi.

Soreau, Edmond, 1931, "La loi Le Chapelier", *Annales Historiques de la Révolution française*, año 8, núm. 46, julio-agosto: 287-314.

Sorenson, Lloyd R., 1952, "Some classical economists, laissez faire, and the factory acts", *Journal of Economic History* 12, núm. 3, verano: 247-262.

Southgate, Donald G., 1965, *The passing of the Whigs, 1832-1886*, Londres, Macmillan.

——, 1977, "From Disraeli to Law", en lord Butler (ed.), *The Conservatives*, pp. 109-270, Londres, George Allen & Unwin.

Sowerwine, Charles, 1976, "The organisation of French socialist women, 1880-1914: A European perspective for women's movements", *Historical Reflections* 3, núm. 2, invierno: 3-24.

——, 1978, *Les femmes et le socialisme: Un siècle d'histoire*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

——, 1982, *Sisters or citizens? Women and socialism in France since 1876*, Cambridge, Cambridge University Press.

——, 1983, "Workers and women in France before 1914: The debate over the Courian Affair", *Journal of Modern History* 55, núm. 3, septiembre: 411-441.

Spain, Jonathon, 1991, "Trade unionists, Gladstonianian liberals and the labour law reforms of 1875", en E. F. Biagini y A. J. Reid (eds.), *Currents of radicalism: Popular radicalism, organised labour and party politics in Britain, 1850-1914*, pp. 109-133, Cambridge, Cambridge University Press.

Spengler, Oswald, 1926, *The decline of the West: Form and actuality*, Nueva York, A. A. Knopf.

Spitzer, Alan B., 1962, "The good Napoleon III", *French Historical Studies* 2, núm. 3, primavera: 308-329.

Stanton, Elizabeth Cady, Susan B. Anthony y Matilda Joslyn Gage (eds.), 1881, *History of woman suffrage*, Rochester, Charles Mann, 6 vols.

Stark, W., 1943, "Saint-Simon as a realist", *Journal of Economic History* 3, núm. 1, mayo: 42-55.

——, 1945, "The realism of Saint-Simon's spiritual program", *Journal of Economic History* 5, núm. 1, mayo: 24-42.

Starzinger, Vincent, 1965, *Middlingness: "Juste milieu" political theory in France and England, 1815-48*, Charlottesville, University Press of Virginia.

Stearns, Peter N., 1965, "Patterns of industrial strike activity during the July Monarchy", *American Historical Review* 70, núm. 2, enero: 371-394.

—, 1974, *1848: The revolutionary tide in Europe*, Nueva York, W. W. Norton.

—, 1979a, "The middle class: Toward a precise definition", *Comparative Studies in Society and History* 29, núm. 3, julio: 377-396.

—, 1979b, "Reply", *Comparative Studies in Society and History* 29, núm. 3, julio: 414-415.

Stengers, Jean, 1950-1951, "Sentiment national, sentiment orangiste et sentiment français à l'aube de notre indépendance", 2 partes, *Revue Belge de Philologie et d'Histoire* 28: 993-1029; 29: 61-92.

Stepan, Nancy, 1982, *The idea of race in science: Great Britain, 1800-1960*, Hamden, Archon Books.

Stern, Fritz, 1971, *The failure of illiberalism: Essays on the political culture of modern Germany*, Nueva York, Knopf.

Stern, Leo y Rudolf Sauerzapf, 1954, Introducción a L. Stern (ed.), *Die Auswirkungen der ersten russischen Revolution von 1905-1907 auf Deutschland*, pp. xi-lxxvi, Berlín, Rütten & Loening.

Stevenson, John, 1977, "The Queen Caroline Affair", en J. Stevenson (ed.), *London in the age of reform*, pp. 117-148, Oxford, Basil Blackwell.

—, 1979, *Popular disturbances in England, 1700-1870*, Londres, Longman.

Stewart, Robert, 1971, *The politics of protection: Lord Derby and the protectionist party, 1841-1852*, Cambridge, Cambridge University Press.

Stieg, Margaret F., 1986, *The origin and development of scholarly historical periodicals*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Stigler, George J., 1965, "The politics of political economists", en *Essays in the history of economics*, pp. 51-65, Chicago, University of Chicago Press.

Stites, Richard, 1957, "The Russian Revolution and women", en M. Boxer y J. Quataert (eds.), *Connecting spheres: Women in the Western world, 1500 to the present*, pp. 246-255, Nueva York, Oxford University Press.

—, 1978, *The Women's liberation movement in Russia: Feminism, Nihilism, and Bolshevism, 1860-1930*, Princeton, Princeton University Press.

Stocking, George W., Jr., 1971, "What's in a name? The origins of the Royal Anthropological Institute", *Man*, n.s., 6, núm. 3, septiembre: 369-390.

Stoddard, Lothrop, 1920, *The rising tide of color against white world-supremacy*, Nueva York, Charles Scribner's Sons.

Stokes, Eric, 1959, *The English utilitarians and India*, Oxford, Clarendon Press.

—, 1980, "Bureaucracy and ideology: Britain and India in the nineteenth century", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5a ser., 30: 131-156.

Stolcke, Verena, 1981, "Women's labours: The naturalisation of social inequality and women's subordination", en K. Young *et al.* (eds.) *Of marriage and the market: Women's subordination internationally and its lessons*, pp. 159-177, Londres, CSE Books.

Storr, Marthe Severn, 1932, *Mary Wollstonecraft et le mouvement féministe dans la littérature anglaise*, París, Presses Universitaires de France.

Strandmann, Hartmut Pogge von, 1969, "Domestic origins of Germany's colonial expansion under Bismarck", *Past and Present*, núm. 42, febrero: 140-159.

Strumingher, Laura S., 1984, "The legacy of Flora Tristán", *International Journal of Women's Studies* 7, núm. 2, mayo-junio: 232-247.

Stuart, Robert, 1992, *Marxism at work: Ideology, class and French socialism during the Third Republic*, Cambridge, Cambridge University Press.

Stürmer, Michael, 1977, "Krise, Konflikt, Entscheidung, die Sache nach dem neuen Cäser als europäische Verfassungsproblem", en K. Hammer y P. C. Hartmann (eds.), *Le Bonapartisme, phénomène historique et mythe politique*, pp. 102-118, Múnich, Artemis Verlag.

Suel, Marc, 1953, "L'adresse et sa discussion de 1814 à 1830", *Revue Internationale d'Histoire Politique et Constitutionnelle*, n.s., 3, núm. 11, julio-septiembre: 176-188.

Sugihara, Kaoru, 1986, "Patterns of Asia's integration into the world economy, 1880-1913", en W. Fischer *et al.*, *The emergence of a world economy, 1500-1914: Papers of the IX International Congress of Economic History*, 2, pp. 709-746, Wiesbaden, Franz Steiner.

Super, R. H., 1977, "The humanist at bay: The Arnold-Huxley Debate", en U. C. Knoepflmacher y G. B. Tennyson (eds.), *Nature and the Victorian imagination*, pp. 231-245, Berkeley, University of California Press.

Swingewood, Alan, 1970, "Origins of sociology: The case of the Scottish Enlightenment", *British Journal of Sociology* 21, núm. 2, junio: 164-180.

Sydie, Rosalind A., 1991, "From liberal to radical: The work and life of Mary Wollstonecraft", *Atlantis* 17, núm. 1, otoño-invierno:36-51.

Sykes, Robert, 1988, "Trade unionism and class consciousness: The 'revolutionary' period of general unionism, 1829-1834", en J. Rule (ed.), *British trade-unionism, 1750-1850*, pp. 178-199, Londres, Longmans.

Sztejnberg, Maxime, 1963, "La fondation du Parti Ouvrier Belge et le ralliement de la classe ouvrière à l'action politique", *International Review of Social History* 8, parte 2: 198-215.

Talmon, J. H., 1952, *The origins of totalitarian democracy*, Londres, Secker & Warburg.

Taricone, Fiorenza, 1992, "Cronologia per una storia sociale femminile, dall'Unità al fascismo", *Il Politico*, núm. 162, abril-junio: 341-364.

Tarlé, Eugène, 1929, "L'insurrection ouvrière de Lyon", 3 partes, *Revue Marxiste*, núm. 2, marzo: 132-153; núm. 3, abril: 265-294; núm. 4, mayo: 412-428.

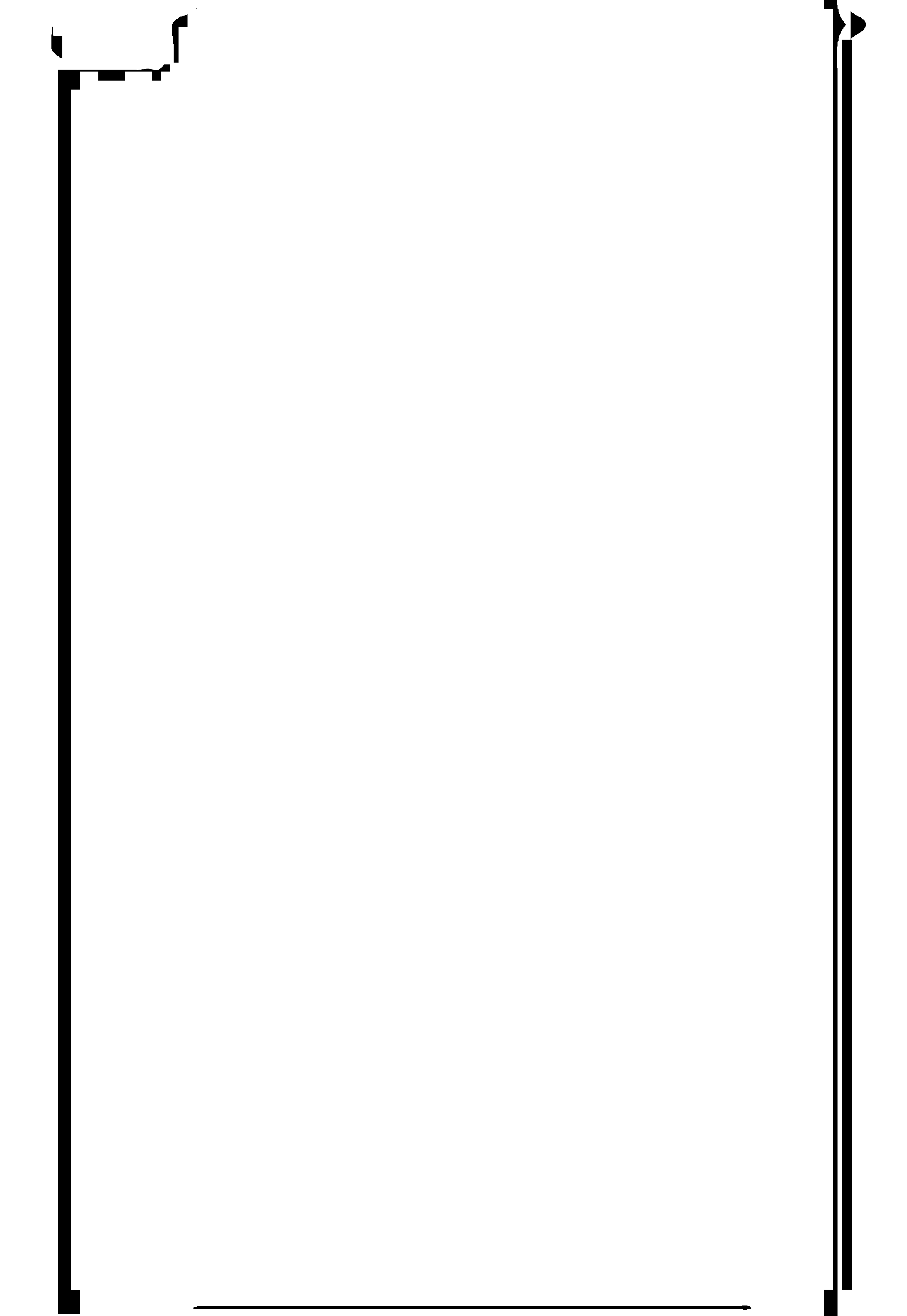
Taylor, Arthur J., 1960, "Progress and poverty in Britain, 1780-1850: A reappraisal", *History* 45, núm. 153, febrero: 16-31.

——, 1972, *Laissez-faire and state intervention in nineteenth-century Britain*, Londres , Macmillan.

Taylor, Barbara, 1983, *Eve and the New Jerusalem: socialism and feminism in the nineteenth century*, Nueva York, Pantheon.

——, 1992, "Mary Wollstonecraft and the wild wish of early feminism", *History Workshop Journal*, núm. 33, primavera: 197-219.

Taylor, Edward B., 1920, *Primitive culture*, Nueva York, J. P. Putnam.
Taylor, Keith, 1982, *The political ideas of the Utopian socialists*, Londres, Frank Cass.
Temperley, Harold, 1925a, *The foreign policy of Canning, 1822-1827*, Londres, G. Bell & Sons.
—, 1925b, "French designs on Spanish America in 1820-5", *English Historical Review* 40, núm. 158, enero: 34-53.
Terlinden, Charles, 1922, "La politique économique de Guillaume ler, roi des Pays-Bas en Belgique (1814-1830)", *Revue Historique*, año 47, CXXXIX, enero-abril: 1-40.
Therborn, Göran, 1974, *Science, class, and society: On the formation of sociology and historical materialism*, Goteborg, Tryck Revo Press.
Théret, Bruno, 1989, "Régimes économiques de l'ordre politique", doctorat d'état en science economique, Université Paris-I Panthéon-Sorbonne, 2 vols.
—, 1991, "Le système fiscal français libéral du XIXe siècle, bureaucratie ou capitalisme?", *Études et Documents* 3: 137-224.
Theriot, Nancy M., 1993, "Women's voices in nineteenth-century medical discourse: A step toward deconstructing science", *Signs* 19, núm. 1, otoño: 1-31.
Thibert, Marguerite, 1926, *Le féminisme dans le socialisme français de 1830 à 1850*, París, Marcel Giard.
Tholfsen, Trygve R., 1961, "The transition to democracy in Victorian England", *International Review of Social History* 6, parte 2: 226-248.
—, 1976, *Working class radicalism in mid-Victorian England*, Londres, Croom Helm.
Thomas, Edith, 1948, *Les femmes en 1848: Collection du Centenaire de la Révolution de 1848*, París, Presses Universitaires de France.
Thomis, Malcolm I., 1970, *The Luddites: Machine-breaking in Regency England*, Newton Abbot, David & Charles.
Thomis, Malcolm I. y Peter Holt, 1977, *Threats of revolution in Britain, 1789-1848*, Londres, Macmillan.
Thompson, Dorothy, 1976, "Women and nineteenth-century radical politics", en J. Mitchell y A. Oakley (ed.), *The rights and wrongs of women*, pp. 112-138, Baltimore, Penguin.
—, 1984, *The Chartists: Popular politics in the industrial revolution*, Londres, Temple Smith.
Thompson, E. P., 1997, *The romantics: England in a revolutionary age*, Nueva York, New Press.
Thompson, F. M. L., 1963, *English landed society in the nineteenth century*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
Thompson, Victoria, 1996, "Creating boundaries: Homosexuality and the changing social order in France, 1830-1870", en Joan Wallach Scott (ed.), *Feminism and history*, pp. 398-428, Oxford, Oxford University Press.
Thompson, William, 1983, *Appeal of one half of the human race, women, against*





the pretensions of the other half, men, to retain them in political, and hence in civil and domestic slavery, Londres, Virago.

Thönnessen, Werner, 1973, *The emancipation of women: The rise and decline of the women's movement in German social democracy, 1863-1933*, Londres, Pluto Press.

Thysser, A. Pontoppidon, 1980, "The rise of nationalism in the Danish monarchy 1800-1864, with special reference to its socio-economic and cultural aspects", en R. Mitchison (ed.), *The roots of nationalism: Studies in Northern Europe*, pp. 31-45, Edimburgo, John Donald.

Tickner, Lisa, 1987, *The spectacle of women: Imagery of the suffrage campaign*, 1907-1914, Londres, Chatto & Windus.

Tilly, Charles, 1964, "Reflections on the revolutions of Paris. An essay on recent historical Writing", *Social Problems* 12, núm. 1, verano: 99-121.

——, 1972, "How protest modernized in France, 1845-1855", en W. O. Aydelotte *et al.* (eds.), *The dimensions of quantitative research in history*, pp. 192-255, Princeton, Princeton University Press.

——, 1986, *The contentious French: Four centuries of popular struggle*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.

Tilly, Charles, Louise Tilly y Richard Tilly, 1975, *The rebellious century, 1830-1930*, Cambridge, Harvard University Press.

Tilly, Charles y Lynn Lees, 1974, "Le peuple de juin 1848", *Annales, E.S.C.* 29, núm. 5, septiembre-octubre: 1061-1091.

Tilly, Richard H., 1990, *Vom Zollverein zum Industriestaat: Die wirtschaftlichsoziale Entwicklung Deutschlands, 1834 bis 1914*, Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag.

Tissot, Louis, 1948, "Les événements de 1848 dans les pays du Nord", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 1, pp. 373-400, París, Éd. du Minuit.

Tixerant, Jules, 1908, *Le féminisme à l'époque de 1848, dans l'ordre politique et dans l'ordre économique*, París, V. Giard & E. Brière.

Todorov, Tzvetan, 1989, *The deflection of the Enlightenment*, Stanford, Stanford Humanities Center.

Tomaszewski, Jerzy, 1993, "The national question in Poland in the twentieth century", en M. Teich y R. Porter (eds.), *The national question in Europe in historical context*, pp. 293-316, Cambridge, Cambridge University Press.

Tønnesson, Kåre D., 1978, *La défaite des sans-culottes: Mouvement populaire et réaction bourgeoise en l'an III*, Oslo, Presses Universitaires d'Oslo.

Torstendahl, Rolf, 1993, "The transformation of professional education in the nineteenth century", en S. Rothblatt y B. Wittrock (eds.) *The European and American university since 1800: Historical and sociological essays*, pp. 109-141, Cambridge, Cambridge University Press.

Toutain, Jean-Claude, 1987, "Le produit intérieur brut de la France de 1789 à 1982", *Économies et sociétés. Cahiers de l'I.S.M.E.A.*, ser. AF 15, 21, núm. 5, mayo.

Treble, J. H., 1973, "O'Connor, O'Connell and the attitudes of Irish immi-

grants towards Chartism in the North of England, 1838-48", en J. Butt e I. F. Clarke (eds.), *The Victorians and social protest: A symposium*, pp. 33-70, Newton Abbot y Hamden David & Charles/Archon Books.

Tribe, Keith, 1988, *Governing economy: The reformation of German economic discourse, 1750-1840*, Cambridge, Cambridge University Press.

—, 2005, "Political economy and the science of economics in Victorian Britain", en M. Daunton (ed.), *Organization of knowledge in Victorian Britain*, pp. 115-137, Oxford, Oxford University Press.

Tristan, Flora, 1846, *L'émancipation de la femme ou le testament de la paria*, obra póstuma, completada con sus notas y publicada por A. Constant Éd., París.

—, 1983, *The Workers' Union*, Urbana, University of Illinois Press.

Trouillot, Michel-Rolph, 1991, "Anthropology and the savage slot: The poetics and politics of otherness", en T. G. Fox (ed.), *Recapturing anthropology: Working in the present*, pp. 17-44, Santa Fe, School of American Research Press.

—, 1995, *Silencing the past: Power and the production of history*, Boston, Beacon Press.

Tudesq, André-Jean, 1964, *Les grands notables en France (1840-1849): Étude historique d'une psychologie sociale*, París, Presses Universitaires de France, 2 vols.

Tuñón de Lara, Manuel, 1972, *El movimento obrero en la historia de España*, Madrid, Taurus.

Turin, Yvonne, 1989, *Femmes et religieuses au XIXe siècle: Le féminisme "en religion"*, París, Éd. Nouvelle Cité.

Turner, R. Steven, 1974, "University reformers and professional scholarship in Germany, 1760-1806", en L. Stone (ed.), *The university in society*, 2, pp. 495-531, Princeton, Princeton University Press.

—, 1980, "The Prussian universities and the concept of research", *Internationales Archiv für Sozialgeschichte der deutschen Literature* 5: 68-93.

Twellmann, Margrit, 1972, *Die deutsche Frauenbewegung: Ihre Anfange und erste Entwicklung*, vol. 2, *Quellen 1843-1889*, Marburger Abhandlungen zur Politischen Wissenschaft, vol. 17, núm. 1-2, Meisenheim-am-Glan, Verlag Anton Hain.

Valensi, Lucette, 1977, "Nègre/Negro: Recherches dans les dictionnaires français et anglais du XVIIIe au XIXe siècles", en P. Guiral y E. Temine (eds.), *L'idée de race dans la pensée politique française contemporaine*, pp. 157-170, París, Éd. du CNRS.

—, 1993, *The birth of the despot: Venice and Sublime Porte*, Ithaca, Cornell University Press.

Van del Linden, Marcel, 1988, "The rise and fall of the First International: An interpretation", en F. Holthoon y M. Van del Linden (eds.), *Internationalism in the Labour Movement, 1830-1940*, pp. 323-335, Leiden, E. J. Brill.

—, 1989, "Pourquoi le déclin de la Première Internationale était-il inéluctable?", *Cahiers d'Histoire de l'I.R.M.*, núm. 37: 125-131.

Van Kalken, Frans, 1930, "La révolution de 1830, fut-elle prolétarienne?", *Le Flambeau* 13, núms. 1-2, enero: 45-54.

Veblen, Thorstein, 1964a [1918], *The higher learning in America*, Nueva York, Augustus Kelley.
——, 1964b [1915], *Imperial Germany and the industrial revolution*, Nueva York, Augustus Kelley.
Vellacott, Jo, 1987, "Feminist consciousness and the First World War", *History Workshop Journal*, núm. 23, primavera: 81-101.
Verley, Patrick, 1989, *L'industrialisation, 1830-1914: Nouvelle histoire économique de la France contemporaine*, vol. 2, París, La Découverte.
——, 1987, "Lecteurs forts et secteurs faibles dans l'économie française des années 1860: Une simulation économétrique", en P. Fridenson y A. Straus (eds.), *Le capitalisme français, 19e-20e siècle: Blocages et dynamismes d'une croissance*, pp. 151-173, París, Fayard.
Vermeil, Edmond, 1948a, "Pourquoi la tentative de 1848 a-t-elle échoué en Allemagne?", *Revue Socialiste*, n.s., núms. 17-18, enero-febrero: 99-106.
——, 1948b, "Un paradoxe historique: La Révolution de 1848 en Allemagne", en F. Fejtö (ed.), *Le printemps des peuples: 1848 dans le monde*, 2, pp. 9-63, París, Éd. du Minuit.
Veysey, Lawrence R., 1965, *The emergence of the American university*, Chicago, University of Chicago Press.
——, 1979, "The plural organized world of the humanities", en A. Oleson y J. Voss (eds.), *The organization of knowledge in modern America, 1860-1920*, pp. 51-106, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
Vidal, César, 1931, *Louis-Philippe, Metternich et la crise italienne de 1831-1832*, París, E. de Boccard.
Vigier, Philippe, 1977, "Le Bonapartisme et le monde rural", en K. Hammer y P. C. Hartmann (eds.), *Le Bonapartisme, phénomène historique et mythe politique*, pp. 11-21, Múnich, Artemis Verlag.
Villieurs, Marc de, barón, 1910, *Histoire des clubs de femmes et des régions d'Auragones, 1793-1848-1871*, París, Plon.
Vincent, Gérard, 1987, *Sciences Po: Histoire d'une réussite*, París, Éd. Olivier Orban.
Vincent, J. R., 1981, "The parliamentary dimension of the Crimean War", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5a. ser., 31: 37-49.
Viner, Jacob, 1927, "Adam Smith and laissez faire", *Journal of Political Economy* 35, núm. 2, abril: 198-232.
——, 1949, "Bentham and J. S. Mill: The utilitarian background", *American Economic Review* 39, núm. 2, marzo: 360-382.
——, 1960, "The intellectual history of laissez faire", *Journal of Law and Economics* 3, octubre: 45-69.
Vogel, Lise, 1983, *Marxism and the oppression of women: Toward a unitary theory*, New Brunswick, Rutgers University Press.
von Laue, Theodore H., 1953, "The high cost and the gamble of the Witte system: A chapter in the industrialization of Russia", *Journal of Economic History* 13, núm. 4, otoño: 425-448.

——, 1961, "Russian peasants in the factory, 1892-1904", *Journal of Economic History* 21, núm. 1, marzo: 61-80.

——, 1964, "Russian labor between field and factory, 1892-1903", California *Slavic Studies* 3: 33-65.

Vovelle, Michel, 1993, *La découverte de la politique: Géopolitique de la Révolution française*, París, La Découverte.

Waelti-Walters, Jennifer, 1990, *Feminist novelists of the Belle Époque: Love as a lifestyle*, Bloomington, Indiana University Press.

Wagner, Donald O., 1931-1932, "British economists and the empire", 2 partes, *Political Science Quarterly* 46, núm. 2, junio de 1931: 248-276; 47, núm. 1, marzo de 1932: 57-74.

Walker, Kenneth O., 1941, "The classical economists and the factory act", *Journal of Economic History* 1, núm. 2, noviembre: 168-177.

Walker-Smith, Derek, 1933, *The protectionist case, 1840-1846*, Oxford, Basil Blackwell.

Walkowitz, Judith R., 1982, "Male vice and feminist virtue: Feminism and the politics of prostitution in nineteenth century Britain", *History Workshop Journal*, núm. 13, primavera: 79-90.

Wallerstein, Immanuel, 1989, *The modern world-system*, vol. 3, *The second era of great expansion of the capitalist world-economy, 1730-1840s*, San Diego, Academic Press [*El moderno sistema mundial*, vol. III, *La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, México, Siglo XXI, 1998].

——, 1995, "Three ideologies or one? The pseudo-battle of modernity", en *After Liberalism*, pp. 72-92, Nueva York, New Press ["¿Tres ideologías o una? La seudobatalla de la modernidad", en *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI-UNAM, 1996, pp. 75-94].

Wallerstein, Immanuel *et al.*, 1996, *Open the social sciences: Report of the Gulbenkian Commission on the restructuring of the social sciences*, Stanford, Stanford University Press [*Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1996].

Walmsley, Robert, 1969, *Peterloo: The case reopened*, Manchester, Manchester University Press.

Ward, J. T., 1962, *The factory movement, 1830-1855*, Londres, Macmillan.

——, 1973, *Chartism*, Londres, B. T. Batsford.

Ward-Perkins, C. N., 1950, "The commercial crisis of 1847", *Oxford Economic Papers*, n.s., 2, núm. 1, enero: 75-94.

Ware, Vron, 1992, *Beyond the pale: White women, racism, and history*, Londres, Verso.

Washington, Joseph R., Jr. (ed.), 1984, *Jews in black perspectives: A dialogue*, Rutherford, Fairleigh Dickinson University Press.

Watson, George, 1973, *The English ideology: Studies in the language of Victorian politics*, Londres, Allan Lane.

Webster, C. K., 1925, *The foreign policy of Castlereagh, 1815-1822: Britain and the European alliance*, Londres, G. Bell & Sons.

——, 1931, *The foreign policy of Castlereagh, 1812-1815: Britain and the reconstruction of Europe*, Londres, G. Bell & Sons.

Wehler, Hans-Ulrich, 1970, "Bismarck's imperialism, 1862-1890", *Past and Present*, núm. 48, agosto: 119-155.

——, 1971, *Sozialdemokratie und Nationalstaat: Nationalitätenfrage in Deutschland, 1840-1914*, 2a. ed. rev., Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.

——, 1985, *The German Empire, 1871-1918*, Leamington Spa, Berg.

Weigall, David, 1987, *Britain and the world, 1815-1986*, Nueva York, Oxford University Press.

Weil, Maurice-Henri, 1919, *Metternich et l'Entente Cordiale, une dépêche inédite, les manœuvres et les inquiétudes du Chancelier*, París, Auguste Picard.

——, 1921, *Guizot et l'Entente Cordiale*, París, Félix Alcan.

Weill, Georges, 1913, "Les Saint-Simoniens sous Napoléon III", *Revue des Études Napoléoniennes*, año 2, III, mayo: 391-406.

——, 1924, *Histoire du mouvement social en France (1852-1924)*, 3a. ed. rev., París, F. Alcan.

——, 1930, *L'éveil des nationalités et le mouvement libéral (1815-1848)*, París, Lib. Félix Alcan.

Weindling, Paul, 1989, "The 'Sonderweg' of German eugenics: Nationalism and scientific internationalism", *British Journal for the History of Science* 22, parte 3, núm. 74, septiembre: 321-333.

Weingart, Pater, 1989, "German eugenics between science and politics", en K. M. Olesko (ed.), *Science in Germany, The intersection of institutional intellectual issues*, pp. 260-282, *Osiris*, 2a. ser., 6.

Weisz, George, 1979, "L'idéologie républicaine et les sciences sociales: Les durkheimiens et la chaire d'historie d'économie sociale à la Sorbonne", *Revue Française de Sociologie* 20, núm. 1, enero-marzo: 83-112.

Wengenroth, Ulrich, 1994, *Enterprise and technology: The German and British steel industries, 1865-1895*, Cambridge, Cambridge University Press.

Werner, Karl Ferdinand, 1977, Prefacio a K. Hammer y P. C. Hartmann (eds.), *Le Bonapartisme, phénomène historique et mythe politique*, pp. ix-xii, Múnich, Artemis Verlag.

White, R. J., 1950, Introducción a R. J. White (ed.), *The conservative tradition*, pp. 1-24, Londres, Nicholas Kaye.

——, 1973 [1957], *Waterloo to Peterloo*, Nueva York, Russell & Russell.

Willard, Claude, 1965, *Le mouvement socialiste en France (1893-1905): Les Guesdistes*, París, Éd. Sociales.

——, 1971, *Le socialisme de la Renaissance à nos jours*, París, Presses Universitaires de France.

——, 1978, *Socialisme et communisme français*, ed. rev., París, Lib. Armand Colin.

Williams, Glanmor, 1980, "Wales: The cultural bases of nineteenth and twentieth century nationalism", en R. Mitchison (ed.), *The roots of nationalism: Studies in Northern Europe*, pp. 119-129, Edimburgo, John Donald.

Williams, Gwyn A., 1982, "Druids and democrats: Organic intellectuals and

the first Welsh radicalism", en R. Samuel y G. S. Jones (eds.), *Culture, ideology, and politics: Essays for Eric Hobsbawm*, pp. 246-276, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Williams, Judith Blow, 1972, *British commercial policy and trade expansion, 1750-1850*, Oxford, Clarendon Press.

Williams, Raymond, 1983, *Culture and society, 1780-1950*, con un nuevo prefacio, Nueva York, Columbia University Press.

Williamson, Jeffrey G., 1962, "The long swing: Comparisons and interactions between British and American balance of payments, 1820-1913", *Journal of Economic History* 22, núm. 1, marzo: 21-46.

Willson, A. Leslie, 1964, *A mythical image: The ideal of India in German romanticism*, Durham, Duke University Press.

Wilson, Charles, 1965, "Economy and society in late Victorian Britain", *Economic History Review*, n.s., 18, núm. 1, agosto: 183-198.

Winterarl, Barry D. y Stanley N. Katz, 1987, "Foundations and ruling class élites", *Daedalus*, núm. 1, invierno: 1-39.

Winch, Donald, 1963, "Classical economics and the case for colonization", *Economica*, n.s., año 43, vol. 30, núm. 120, noviembre: 387-399.

—, 1965, *Classical political economy and colonies*, Londres, G. Bell & Sons.

—, 1990, "Economic knowledge and government in Britain: Some historical and comparative reflections", en M. O. Furner y B. Supple (eds.), *State and economic knowledge: The American and British experience*, pp. 40-47, Washington, D. C. y Cambridge, Woodrow Wilson International Center for Scholars/Cambridge University Press.

Wittrock, Björn, 1993, "The modern university: The three transformations", en S. Rothblatt y B. Wittrock (eds.), *The European and American university since 1800: Historical and sociological essays*, pp. 303-362, Cambridge, Cambridge University Press.

Wolff, Richard J., 1986, "Christian democracy and Christian unionism in Italy, 1890-1926", *Italian Quarterly* 27, núm. 103, invierno: 49-57.

Wood, George H., 1909, "Real wages and the standard of comfort since 1850", *Journal of the Royal Statistical Society* 72, parte 1, 31 de marzo: 91-103.

Woolf, Stuart, 1989, "French civilization and ethnicity in the Napoleonic Empire", *Past and Present*, núm. 124, agosto: 96-120.

—, 1991, *Napoleon's integration of Europe*, Londres, Routledge, Chapman & Hill.

—, 1992, "The construction of a European world-view in the Revolutionary-Napoleonic Years", *Past and Present*, núm. 137, noviembre: 72-101.

Wright, Gordon, 1938, "The origins of Napoleon III's free trade", *Economic History Review*, 9, núm. 1, noviembre: 64-67.

Wright, H. R. C, 1955, *Free trade and protection in the Netherlands, 1816-30*, Cambridge, Cambridge University Press.

Wright, Vincent, 1975, "The coup d'état of December 1851: Repression and the limits to repression", en R. Price (ed.), *Revolution and reaction: 1848 and the Second French Republic*, pp. 303-333, Londres, Croom Helm.

Wurms, Renabe, 1983, "Kein einig Volk von Schwestern: Frauenbewegung 1890-1914", en F. Hervé (ed.) *Geschichte der deutschen Frauenbewegung*, pp. 41-83, Colonia, Pahl-Rugenstein.

Yaari, Aryeh, 1978, *Le défi national*, vol. 1, *Les théories marxistes sur la question nationale à l'épreuve de l'histoire*, París, Éd. Anthropos.

——, 1979, *Le défi national*, vol. 2, *Les révolutions éclatées*, París, Éd. Anthropos.

Yeo, Eileen, 1981, "Christianity in Chartist struggle, 1838-1842", *Past and Present*, núm. 91, mayo: 109-139.

——, 1982, "Some practices and problems of Chartist democracy", en J. Epstein y D. Thompson (eds.), *The Chartist experience: Studies in working-class radicalism and culture, 1830-1860*, pp. 345-380, Londres, Macmillan.

Yeo, Richard R., 1993, *Defining science: William Whewell, Natural knowledge and public debate in early Victorian Britain*, Cambridge, Cambridge University Press.

Yeo, Stephen, 1977, "A new life: The religion of socialism in Britain, 1883-1896", *History Workshop*, núm. 4, otoño: 5-56.

Zagatti, Paola, 1988, "Colonialismo e razzismo: Immagini dell'Africa nella pubblicistica postunitaria", *Italia Contemporanea*, núm. 170, marzo: 21-37.

Zak, L. A., 1971, "Die Grossmächte und die deutschen Staaten am Ende der napoleonischen Kriege", *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* 19, núm. 11: 1536-1547.

Zeldin, Theodore, 1958, *The political system of Napoleon III*, Londres, Macmillan.

——, 1959, "English ideals in French politics during the nineteenth century", *Historical Journal* 2, núm. 1: 40-58.

——, 1967, "Higher education in France, 1848-1940", *Journal of Contemporary History* 2, núm. 3, julio: 53-80.

——, 1979, *France, 1848-1945*, vol. 1, *Politics and anger*, Oxford, Clarendon Press.

Zévaès, Alexandre, 1953, "La fermentation sociale sous la restauration et sous la Monarchie de Juillet", *Revue Internationale d'Histoire Politique et Constitutionnelle*, n.s., 3, núm. 11, julio-septiembre: 206-234.

Ziolkoski, Theodore, 1990, *German romanticism and its institutions*, Princeton, Princeton University Press.

Zolberg, Aristide R., 1972, "Moments of madness", *Politics and Society* 2, núm. 2, invierno: 183-207.

——, 1999, "The great wall against China: Responses to the first immigration crisis, 1885-1925", en J. L. Lucassen (ed.), *Migration, migration history, history: Old paradigms and new perspectives*, pp. 291-315, Berna, Peter Lang.

Zubrzycki, J., 1953, "Emigration from Poland in the nineteenth and twentieth centuries", *Population Studies* 6, núm. 3, marzo: 248-272.

Zylberberg-Hocquard, Marie-Hélène, 1978, *Féminisme et syndicalisme en France*, París, Anthropos.

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO

C

G

H

M

S

ÍNDICE